Baltasar Castiglione

EL CORTESANO

Cuarta edición



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.



BALTASAR DE CASTIGLIONE

EL CORTESANO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
ROGELIO REYES CANO

QUINTA EDICIÓN
REVISADA Y AMPLIADA

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

Ediciones para

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición:	*8 -*	*XI*	*- 1945*
Segunda edición:	*29 -*	*IV*	*- 1946*
Tercera edición:	*24 -*	*II*	*- 1967*
Cuarta edición:	*29 -*	*IV*	*- 1980*
Quinta edición:	*19 -*	*IX*	*- 1984*

Traducción de Juan Boscán

Depósito legal: M. 22.113 — 1984

ISBN 84 — 239 — 0549 — 7



Impreso en España
Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 19 de septiembre de 1984

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

A Mariluz, que vive y guarda el hondo secreto de la sencillez.

INTRODUCCIÓN

1. Castiglione y «El Cortesano» en la Italia del Renacimiento.

Si toda creación literaria es en último término un producto histórico, es decir, un exponente —más o menos directo, más o menos consciente— del momento en que fue gestada, a pocos libros podrá atribuirse tal condición con más propiedad y evidencia que al Cortesano. Nacido al estímulo de la madura *civiltà* del primer *Cinquecento* italiano, su resonancia y significado desbordaron fronteras y se dejaron bien pronto sentir en los más refinados ambientes de la Europa renacentista. En dos sentidos. Primero en el de su favorable acogida cultural, es decir, en la apreciación que el libro suscitó como producto de consumo de lectores muy definidos (apreciación avalada por la existencia de numerosas ediciones fuera de Italia) en cuanto obra que ilustraba con sumo acierto literario valores prototípicos e ingredientes culturales, sociales y hasta políticos del mundo italiano de su tiempo, punta de lanza del humanismo europeo del siglo XVI. Después, en su fuerza de proyección estrictamente literaria, como texto estimulador de una fecunda actividad creativa nacida al conjuro de su extraordinario prestigio intelectual y artístico. Actividad literaria que, como luego tendremos ocasión de recordar, produjo en España altísimos frutos, desde la propia traducción del libro que hizo Juan Boscán, ya de por sí un texto modélico, a la obra cervantina, sin olvidar a escritores de la significación de un fray Luis de León, un Herrera o un Cristóbal de Villalón.

No parece el dominio de la creación literaria un dominio fácilmente reductible a fórmulas clasificatorias, pues la experiencia nos

enseña que toda taxonomía puede desvirtuarse con sólo cambiar de punto de mira y toda estimación revisarse cuando entran en liza presupuestos nuevos. Pero es esa misma experiencia de lectores la que confirma, al menos, la existencia de dos tipos de obras en el rico muestrario de la literatura universal: unas que se significan por su asombrosa capacidad de conectar con cierta inmediatez con lectores de diferentes tiempos y circunstancias; y otras que no disfrutan de esa versatilidad *clásica* pero que, leídas desde una actitud cultural recuperadora de la adecuada perspectiva histórica, pueden llegar a revelársenos también a los hombres de hoy en una sazón sin duda muy próxima a la que debieron percibir los lectores contemporáneos. Huelga decir que EL CORTESANO encaja con suma facilidad en este segundo grupo, ya que sus innegables valores literarios reclaman del lector moderno un orden de percepción muy apoyado en una información cultural previa. Y no sólo porque la obra de Castiglione sea un texto marcadamente culturalista, como lo eran, por otra parte, tantos libros de su tiempo, sino porque en la Italia renacentista esa figura del humanista-literato que tan bien encarna nuestro autor asienta su creación sobre un legado cultural de primer orden, convertido además en experiencia de vida personal y social. Y claro está (y esto es lo más significativo para nosotros) también en experiencia de estilo, en experiencia literaria. Cultura, vida y literatura no son, pues, compartimentaciones separables sino ingredientes que concurren mezclados en la realización estética final de EL CORTESANO y en general en los textos de los escritores humanistas de la época. Ello aconseja especial atención al marco histórico y cultural del libro de Castiglione, a la biografía del autor y a las circunstancias externas de la creación.

1.1. *El autor.*

En la biografía del conde Baltasar de Castiglione confluyen varios factores muy representativos de la vida italiana de fines del siglo XV y comienzos del XVI. Coinciden en su persona la condición de hombre de armas de una corte renacentista, una rica formación humanística y literaria y una probada capacidad para la gestión diplomática. Finura de espíritu, habilidad para la convivencia política, soltura dialéctica, templanza de carácter, fácil y honda relación con artistas y literatos del momento... lo convierten en alto ejemplo humano de una atmósfera socio-cultural emanada de los núcleos cortesanos de la Italia del Renacimiento, muy reducidos en extensión pero extraordinariamente activos por lo general en gestión política y en vida cultural. Castiglione había nacido en Casatico (Mantua) en 1478 en el seno de una familia noble. Su padre, Cristoforo, era *uomo d'arme* de la familia Gonzaga, apellido que también portaba su madre Luisa. Estudió en Milán latín y griego bajo

la dirección de señalados maestros y frecuentó la corte de Ludovico el Moro, en la que permaneció hasta 1499, fecha de la muerte de su padre. Estancia juvenil en el Milán de los Sforza que fue primera experiencia cortesana de Castiglione e iniciación de una andadura áulica que había de marcar su biografía futura y la más señalada de sus obras. Vuelto a Mantua, se puso al servicio del marqués Francisco Gonzaga, al que acompañó en la batalla de Garellano (1503), perdida frente a los españoles. Poco después (1504) se instaló en la corte de Urbino, primero al servicio de Guidobaldo de Montefeltro y más tarde de su sucesor Francisco María de la Rovere. Estos años de Urbino (1504-1513) fueron especialmente significativos en la vida de Castiglione pues señalan el comienzo de su importante carrera política y diplomática: en 1506 viaja a Inglaterra, a recibir de manos de Enrique VII la orden de la Jarretera para el duque Guidobaldo; en 1507 a Milán, como embajador cerca del rey francés Luis XII. Participa también, al lado de sus señores los duques, en varios hechos de armas, y en 1513 sus servicios son recompensados con el título de conde que le otorga de la Rovere, título que llevaba aparejada la concesión del feudo de Novellara.

Pero la estancia de Castiglione en Urbino tiene además un significado cultural y literario de primer orden, pues en esa corte inicia estrecha relación con escritores importantes, hombres de cultura y amenos conversadores, algunos de los cuales habrían de protagonizar el demorado coloquio de EL CORTESANO. Personas reales, conocidas por él en el diario trajín palaciego de Urbino, fueron, en efecto, Pietro Bembo, Ludovico de Canosa, Julián de Médicis, el Único Aretino, los hermanos Fregoso..., exponentes todos de un gusto por el diálogo reposado y abierto y de una fruición inequívocamente humanista por la relajante confrontación dialéctica, cuya práctica frecuente en los salones cortesanos sirvió de inmediato acicate a Castiglione para escribir su gran libro, esbozado ya en su mente desde la muerte del duque Guidobaldo. Andando el tiempo, la corte de Urbino —modelo histórico de un refinamiento cultural esplendoroso— será para nuestro escritor agridulce recurrencia nostálgica de sus mejores años. De aquélla y de sus señores y amigos de entonces hará encendidos elogios en las páginas de EL CORTESANO, cuando ya la muerte había arrebatado a muchos de ellos. Urbino supuso además la iniciación literaria de Castiglione, que compone su égloga en vulgar *Tirsi* y escribe probablemente el importante prólogo a la *Calandria* de su amigo Bernardo Bibbiena.

De Urbino parte Castiglione hacia Roma como embajador del duque en la corte papal de León X, misión que hubo de abandonar en 1516, a la caída de Francisco María de la Rovere, una vez que el ducado pasó a poder de Lorenzo de Médicis, sobrino del Papa. Los tres años romanos fueron ricos en contactos culturales y en amistades, entre ellas la del pintor Rafael, que inmortalizó a nuestro es-

critor en un gran retrato. Castiglione escribió por entonces una famosa carta a León X sobre las antigüedades de Roma y sus criterios de restauración, carta atribuida durante mucho tiempo a Rafael, y que refleja ese amoroso culto renacentista por los vestigios artísticos de la época clásica que el propio Castiglione cantó en su célebre soneto *Superbi colli, e voi, sacre ruine...*, punto de partida de una rica literatura elegíaca sobre el tema.

Sus gestiones diplomáticas cerca de León X fueron, sin embargo, infructuosas para los intereses del duque de Urbino, que perdió transitoriamente el ducado. En 1516 Castiglione lo sigue a Mantua, a la corte del marqués Gonzaga, donde de la Rovere se afincó con el propósito de recuperar por las armas su sede. No contó para este fin con la colaboración de nuestro autor, que entre tanto había contraído matrimonio con la mantuana Hipólita Torelli, lo que tal vez influyó en su acercamiento a los Gonzaga. Por ello de la Rovere, una vez recuperado su ducado a la muerte de León X, lo desposeyó de inmediato de la propiedad de Novellara. Al servicio de los Gonzaga (primero de Francisco y más tarde de Federico) Castiglione se mueve entre Mantua y Roma en el desempeño de la actividad que le era propia desde los años de Urbino: la diplomacia. Su mayor éxito fue la obtención del nombramiento del marqués Federico como capitán general de la Iglesia, nombramiento inscrito en la política general de reconciliación entre Papado e Imperio por la que entonces abogó Castiglione. La muerte de León X y la elección de Adriano VI para el solio pontificio paralizan momentáneamente su gestión diplomática y vuelve a Mantua en 1522. En 1520 había muerto su esposa, lo que impulsó a Castiglione a abrazar el estado eclesiástico. El breve pontificado de Adriano y el nombramiento de otro papa Médicis (Clemente VII) facilitan, sin embargo, su reinserción en la corte romana, adonde vuelve un año después de su partida para ser nombrado protonotario apostólico y casi inmediatamente (1524) nuncio en España.

La embajada de Castiglione en la corte española de Carlos V estuvo sujeta desde el principio a toda suerte de dificultades, emanadas de la naturaleza misma del encargo (asegurarse la buena relación del emperador con el Papado) y de la política oscilante, en ocasiones profrancesa y antimperial, del mismo Clemente VII. Con la confesada convicción de que le esperaba, en efecto, una misión delicadísima y poco grata, Castiglione partió para España y llegó a Madrid en marzo de 1525. Su epistolario nos habla de los contratiempos diplomáticos y del ajetreado ir y venir en pos de la corte imperial por los caminos españoles, con la salud algo quebrantada y frecuentemente desazonado por la falta de instrucciones de Roma. Discrepan los historiadores acerca del verdadero papel desempeñado por el nuncio, para algunos excesivamente dócil a los objetivos de Carlos V y para otros víctima de la incoherente y tantas veces oportunista política papal. La tensión entre Clemen-

te VII y Carlos V culminó, como es sabido, con el desastroso Saco de Roma de mayo de 1527, suceso que el Pontífice recriminó a Castiglione por no haber sabido prevenirlo y evitarlo. Éste justificó su proceder diplomático en una carta desde España dirigida al Papa en diciembre de 1527, en la que auguraba próximos frutos en la política de relación entre el Imperio y el Papado, como efectivamente sucedió con los acuerdos de Bolonia (1529-1530). Mención especial merece también el valiente proceder de Castiglione al entrar en polémica con el secretario del emperador, Alfonso de Valdés. Su *Risposta* de 1528 es, en efecto, una dura réplica a la carta que Valdés le enviara justificando sus afirmaciones del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* (1527). En esa *Risposta* brota no sólo la reacción obligada del representante oficial del Papado en España, sino la sentida indignación del hombre soliviantado por los incomprensibles argumentos exculpatorios del Saco que Valdés alega.

Tras los sucesos de 1527 y la prisión del Pontífice, se vislumbran en el horizonte los futuros acuerdos de Bolonia y la confirmación de la política proimperial propugnada por Castiglione desde España. El nuncio, sin embargo, no podrá disfrutar del todo de tan buenos augurios políticos pues, quebrantado por la enfermedad, termina sus días en la ciudad de Toledo en febrero de 1529. Carlos V dijo de él que *es muerto uno de los mejores caballeros del mundo,* escribió de su puño y letra una carta de condolencia al Pontífice y autorizó el traslado de sus restos a Mantua, donde fue enterrado en junio de 1530. Las palabras de elogio de Carlos V, más allá de toda formalidad panegírica, parecen tener un sentido recopilador de la no muy dilatada pero ciertamente intensa y rica biografía de Baltasar de Castiglione, definida por el emperador con la virtud humana de la caballería, tal y como se entendía aún en el primer Renacimiento español. Esa condición de caballero, aplicada en su sentido más genuino de hombre de corte, le cuadraba a Castiglione, adornado no sólo de muchas de las altas virtudes cortesanas que él mismo formulara en su libro, sino de otros atributos culturales de primer orden, entre ellos su sólida formación humanística y su capacidad literaria. Castiglione fue un producto genuino del refinamiento cultural y humano que se respiraba en las cortes italianas del *Cinquecento* y un paradigma inequívoco de ese mundo peculiar, heredero directo del humanismo *quattrocentesco.* Semejante testimonio humano de vida y de cultura puede explicarnos sin la menor brusquedad el nacimiento de un libro como EL CORTESANO.

1.2. *El libro.*

El *Libro del cortegiano* fue obra de larga gestación, sometida además a constante labor de pulimento y corrección, como correspondía a la estricta conciencia técnica y literaria del autor. Conce-

bido en los años de Urbino, a poco de la muerte del duque Guidobaldo, fue al parecer redactado entre 1513 y 1518, al estímulo de la rica experiencia romana de Castiglione y del nostálgico recuerdo de la exquisita corte de Urbino, marco espacial y humano de la obra. Sucesivamente corregida por el autor, según confirman diferentes códices, la redacción manuscrita circuló, como entonces era habitual, entre amigos y allegados. Al partir para España, Castiglione solicitó el manuscrito a Victoria Calonna, marquesa de Pescara y gran admiradora del libro, quien no sólo no cumplimentó la petición, sino que lo hizo copiar y permitió que otros muchos tuviesen acceso a él. Finalmente, desde España, el nuncio autorizó su publicación en el año 1528 y en las prensas venecianas de Andrea d'Asolo, suegro del impresor Aldo Manuzio. En la carta-dedicatoria al obispo de Viseo, que precede al texto de EL CORTESANO, Castiglione lamenta amargamente la imprevisible desatención de una dama como Victoria Colonna y alude al peligro de que otros imprimieran el libro sin su consentimiento, razón por la que al fin había decidido publicarlo él mismo.

Salió, pues, EL CORTESANO al mercado editorial precedido ya de justa fama y esperado por muchos que no lo conocían manuscrito. Literariamente se inserta en un molde retórico vigente en su siglo: el de los *tratados* renacentistas, que a su vez conectaban con los modelos consagrados en la tradición clásica revitalizada por los humanistas. Ingrediente fundamental de ese molde retórico era la forma dialogada, muy común en la época. Recordemos tanto los precedentes clásicos (Platón y Cicerón sobre todo) tenidos en alta estima por los humanistas como otros ejemplos cercanos a Castiglione, entre ellos los *Asolani* (1505) de su amigo Pietro Bembo, diálogo sobre el amor que se desarrolla a lo largo de tres días en la villa de Asolo, residencia de la reina de Chipre. El texto de Castiglione se ajusta a lo que se conoce como diálogo ciceroniano u oratorio, distinto al diálogo lucianesco, más vivo y desenfadado, cuyo modelo siguió Erasmo. Otra concesión al tratadismo de la época es el carácter didáctico de EL CORTESANO, es decir, lo que el libro supone de trazado de un ideal de perfección humana —el cortesano perfecto— propuesto como modelo de imitación para los aspirantes al mundo de la corte. El propio Castiglione legitima ese retrato trayendo a colación ejemplos ya prestigiados desde la Antigüedad: el perfecto rey, el perfecto orador, etc. Trabaja, pues, sobre esquemas literarios ya sancionados por la tradición:

> «Otros hay que quieren entrarme por otra parte; y dicen que siendo tan difícil y casi imposible hallarse un hombre tan perfeto que yo quiero que sea nuestro Cortesano, ha sido excusado escribille tal; porque vana cosa es mostrar lo que no se puede aprender. A éstos respondo que no se me dará nada de haber errado con Platón, con Xenofonte y con Marco Tulio, y dexo de disputar agora, en respuesta desto, del mundo intelligible y de

las ideas, entre las cuales, así como (según la opinión destos sabios) hay idea de la perfeta república y del perfeto rey y del perfeto orador, así también la hay del perfeto cortesano...»[1].

Las dos anteriores coordenadas literarias (dialogismo y didactismo) enmarcan una materia argumental que el autor sitúa en una referencia espacio-temporal muy concreta y para él entrañable: la corte de Urbino del año 1507. En efecto, todo el libro de EL CORTESANO se plantea como evocada transcripción de las conversaciones sostenidas a lo largo de cuatro veladas por los contertulios de la duquesa Isabel Gonzaga. Junto a ella, la señora Emilia Pía, que también modera sagazmente las discusiones, y los cortesanos amigos del autor, que intervienen activamente en las mismas. La corte de Urbino, exaltada como modelo ideal de corte por la brillantez del ingenio de los cortesanos y por la finura de gustos y maneras, actúa como verdadera *cornice* o marco que posibilita el diálogo, tal como ocurre en el *Filocolo* o en el *Decamerón* boccacescos. También aquí la estructura dialogada se apoya en la existencia de una *reina* que señala el orden dialéctico. El tema del coloquio (cuáles deben ser las condiciones del cortesano perfecto) se escoge después de pasar revista a otros posibles argumentos, o sea, en el marco de un planteamiento dialéctico. Por eso en el prólogo al libro I Castiglione habla de su intención de *formar con parole un perfetto cortegiano*. Es decir, la figura ideal brotará en el ámbito de una dialéctica *(con parole)* propia de la corte misma, del lugar mismo en el que el cortesano tiene su sede. El marco dialógico es, pues, fundamental en el trazado de esa figura ideal, que no va a ser objeto de un tratado discursivo sino de un enfoque en que lo conversacional propicia cotejo de pareceres distintos, juego dialéctico en suma. En EL CORTESANO ese juego dialéctico es sosegado y natural. Los interlocutores entran en la plática precedidos de verbos introductores y hasta de no pocas acotaciones insertas en el relato. Y lo hacen en cualquier momento de la conversación, flexibilidad que permite completar y matizar juicios, contradecir afirmaciones. Ello da juego al libro, enriquece y agiliza el coloquio. El curso del diálogo se va llenando así de incisos, de ágiles disquisiciones, de riquísima ejemplificación surgida al hilo del tema central del libro. Y todo el discurrir de la plática parece además presidido por un sabio sentido del humor encarnado en los contertulios, por un sutil sentido de la autoironía y por una suerte de *savoir faire* comprensivo para las opiniones ajenas, todo ello en un marco de respeto y elegancia y en un ambiente distendido y sosegado que en la intención de Castiglione

---

[1] B. de Castiglione, *El Cortesano* (trad. de Juan Boscán), estudio de M. Menéndez Pelayo, índice y notas de A. González Palencia, Madrid, C. S. I. C., 1942, anejo XXV de la *Revista de Filología Española*, pág. 18. En lo sucesivo todas las citas de *El Cortesano* se harán por esta edición.

aspira a reproducir un ideal conversacional producto de una *civiltà* entendida como norma de vida.

Tales *pláticas entre algunos singulares hombres* que, en frase de Castiglione, aspira a reproducir su obra, se articulan en cuatro libros, cada uno precedido de su correspondiente prólogo. Semejante estructura responde a un criterio de claridad y de orden que delimite sin confusiones los cuatro grandes temas objeto de discusión. A pesar de ello, la interrelación entre las partes es palpable, e inequívoca la unidad de la obra.

—Libro I.

Después de una elogiosa descripción de los valores y encantos de la casa y corte de Urbino, los caballeros presentes se reúnen tras la cena con la señora del palacio, la duquesa Isabel Gonzaga, esposa del duque Guidobaldo, y con su cuñada Emilia Pía. Para abrir el coloquio se plantean varias *cuestiones,* sucesivamente desechadas hasta elegir la que parece más pertinente: las cualidades que ha de tener el cortesano perfecto. Tal cometido se encomienda a Ludovico de Canosa, quien desarrolla la cuestión con frecuentes interrupciones de otros contertulios. Este primer libro traza un detallado cuadro de los valores y cualidades físicas y morales del cortesano ideal y alterna, como es habitual a lo largo de toda la obra, la exposición discursiva con la ejemplificación y el relato de casos y sucedidos. También se introduce el debate sobre la tan discutida en la época *cuestión de la lengua,* según la práctica de Castiglione de interpolar en EL CORTESANO temas de divagación culta o erudita. La plática concluye con la llegada del prefecto de Roma. Los contertulios prosiguen la velada entre danzas y juegos hasta que, al levantarse la duquesa, se retiran todos a dormir.

—Libro II.

Se abre con un prólogo en el que Castiglione censura la tendencia de los viejos a la excesiva ponderación de las cortes del pasado y al vituperio de las presentes. Desautoriza el tópico del elogio de cualquier tiempo pasado y exalta los valores de las cortes de su época, en especial la de Urbino.

El coloquio se abre de nuevo en la velada siguiente a la del libro I y la intervención principal corre a cargo de Federico Fregoso sobre modos, lugares y circunstancias en los que el buen cortesano usará las cualidades y maneras diseñadas por Ludovico de Canosa. El tema de divagación intercalado es el de las burlas y gracias que ha de practicar el cortesano en la conversación. En este punto se da la palabra a Bernardo Bibbiena, quien esboza una verdadera tipolo-

gía de gracias verbales y ejemplifica abundantemente con sabrosas anécdotas y cuentecillos. El libro II termina con el problema de la *condición de las mujeres,* suscitado por el asunto de las burlas, y de la diversidad de puntos de vista pro y antifemeninos. Por ello se encomienda a Julián el Magnífico la tarea de trazar el retrato dé la perfecta *donna di palazzo,* que queda aplazada hasta la noche siguiente.

—*Libro III.*

El tema de la perfecta dama proyecta la discusión sobre el viejo pleito literario en torno a la condición natural de la mujer, encomiada ardientemente por el Magnífico y vituperada por Gaspar Pallavicino. La ya clásica *querella* sobre las mujeres, de mucha vigencia todavía en el siglo XVI, es retomada por Castiglione en este libro III, pero en realidad se va desarrollando a lo largo de todo EL CORTESANO. Como divagación interpolada puede señalarse la riquísima ejemplificación de virtudes femeninas que el Magnífico desgrana en un alarde de erudición clásica.

—*Libro IV.*

El prólogo que antecede a esta cuarta plática de EL CORTESANO ofrece un tono más personal y menos teórico que los tres anteriores. Castiglione recalca el hecho de escribir sobre el pasado, sobre acontecimientos recordados. Lamenta la muerte de algunos de los antiguos contertulios (Pallavicino, César Gonzaga y Roberto de Bari) y vuelve a elogiar a los personajes de la casa de Urbino. Se percibe un tono ligeramente doliente, una sentida nostalgia de los días felices. En cuanto a su contenido, este libro IV ofrece una seria reflexión intelectual sobre dos temas muy importantes en la época. El primero, desarrollado por Octaviano Fregoso, se refiere a las relaciones entre el buen cortesano y el príncipe, punto éste de gran trascendencia en los tratados políticos contemporáneos (Guicciardini, Maquiavelo...). Castiglione no elude en este caso el juicio sobre delicadas cuestiones, como las formas de gobierno o el criterio moral de la obediencia al señor. Una rica casuística ejemplificadora obvia el riesgo del doctrinarismo. El segundo tema de este cuarto libro (la teoría del amor platónico defendida por Pietro Bembo) es de una enorme repercusión cultural y literaria en la Europa del siglo XVI. El autor quiso, sin duda, ponderar su importancia como cuestión angular de todo EL CORTESANO, como argumento de cierre que venía a culminar la larga reflexión sobre el hombre que supone en realidad el libro. Tal vez por ello puso su emocionado panegírico en boca de una figura tan prestigiosa como

Pietro Bembo, quien concluyó EL CORTESANO con una arrebatada invocación final a la más alta de las formas de amor a que podía aspirar el ser humano.



La sinopsis argumental que acabamos de trazar sólo puede darnos una idea muy aproximada de un libro tan rico y complejo como EL CORTESANO, producto por igual de dos fuentes de inspiración sumamente importantes. Por una parte, el riquísimo bagaje cultural de extracción clásica y humanista que nutre la inteligencia literaria de Castiglione. Por otra, la propia experiencia autobiográfica del autor, el elemento personal e histórico volcado en las páginas del libro. El armazón intelectual de EL CORTESANO lo integran las ideas de numerosos autores de la antigüedad grecolatina revitalizados por los humanistas: Platón, Aristóteles, Cicerón, Virgilio, Horacio, Jenofonte...; al lado de las de escritores y tratadistas *vulgares* sólidamente incorporados al mundo cultural que representa Castiglione: Dante, Petrarca, Boccaccio... y otros más cercanos, como Poliziano, Ficino, Alberti y León Hebreo. Hay que precisar los mecanismos y criterios de semejante apropiación cultural, alejada de todo mimetismo grosero y entendida más bien como fuente de referencias que legitiman convicciones enteramente personales. El variado bagaje cultural de EL CORTESANO está —como afirma Bruno Maier— «ben padroneggiato dal Castiglione, e riesce a tradursi in qualcosa di nuovo e di vivo, ovvero a fondersi perfettamente con le sue personali convinzioni, e con l'ideologia che le alimenta e le sorregge» [2]. Responde este criterio vitalista de la *mímesis* a un modo de proceder propio de la mentalidad renacentista, que dota de sentido operativo y renovador a los contenidos culturales heredados. Desde este punto de vista EL CORTESANO va mucho más allá de un *vademecum* culturalista en el que verificar referencias estereotipadas. Por el contrario, lo que hay es una flexible integración personal de un mundo cultural firmemente asimilado por la práctica humanista de Castiglione. Una gran conocedora de la obra, la hispanista italiana Margherita Morreale, lo ha expresado en estos términos:

> «Castiglione llevaba dentro de sí la significación de una existencia que hizo suya, y que quiso proponer como ejemplo a sus contemporáneos. La unidad peculiar del saber y de lo sabido *(cognitio rei* más bien que *cognitio circam rem)* es la que distingue al *Libro del Cortegiano,* en cuanto al contenido, de mil otros libros de preceptiva ética y social. La interioridad que fluye de la propia vivencia del autor se conjuga con los temas universales del neoplatonismo: singular unión de lo personal idealizado con lo ideal

[2] En *Dizionario critico della letteratura italiana,* Turín, U. T. E. T., 1974, I, página 544.

> hecho vida; unión, además, que se vierte en un ritmo espacioso y en un estilo abierto y persuasivo. Por esto Castiglione fue transmisor de neoplatonismo a la Europa del siglo XVI, tan eficaz o mejor que Marsilio Ficino y León Hebreo, que Ecuícola y Cataneo, que Diaceto y Pietro Bembo»[3].

Si en el reconocimiento de este hecho la crítica es prácticamente unánime, mayores han sido las desavenencias a la hora de enjuiciar EL CORTESANO como expresión del contexto histórico del autor. Una línea crítica originada en el *Illuminismo* y materializada en la famosa *Storia della Letteratura Italiana* de De Sanctis puso el acento en la condición utópica del libro y en lo que éste podía tener de buen ejercicio retórico desligado de la vida y de abstracción idealista. Estudiosos como Toffannin, Mario Rossi o Prezolini contribuyeron más tarde a reafirmar esas ideas. Más recientemente, otros autores (Cian, Vicinelli, Loos, Maier...) han ponderado, por el contrario, lo que EL CORTESANO tiene de proyección autobiográfica de Castiglione y de rigurosa historicidad, en tanto que reflejaría no ya un prototipo humano idealmente diseñado sino una figura en buena medida existente en la realidad histórica de la Italia renacentista, realidad que en sus altos niveles de civilización y refinamiento posibilitaría la presencia de personajes humanos muy próximos al canon de nuestro autor. A este respecto hay que recordar la variopinta sarta de personajes contemporáneos que intervienen o son aludidos en el curso del diálogo: papas, reyes, políticos, *condottieri,* clérigos, hombres de letras, científicos, cortesanos, bufones... Buena parte de la historia italiana del siglo XVI discurre por entre esa riquísima nómina que Castiglione recoge no con la puntualidad del historiador profesional pero sí con el sabor del literato. En la amplia escena de EL CORTESANO representan sus papeles de muy diversos modos: unos con gran protagonismo; otros con detalles menores: su capacidad para el juego o los chistes, sus frases ingeniosas, su conducta modélica en algún trance... El libro posee por ello valor testimonial e informativo de primer orden.

La historicidad de EL CORTESANO no es, sin embargo, un caso de realismo moderno sino de idealización literaria que opera sobre una experiencia real. Maier, por ejemplo, ha visto en la obra un elemento *autobiografico-rievocativo,* o sea, una experiencia evocada por el autor y luego proyectada literariamente, y resalta el dato de que los mismos protagonistas del coloquio —amigos de Castiglione— aparezcan con actitudes y comportamientos muy cercanos a los verdaderos[4]. E. Benora, por su parte, señala cómo Castiglione no es un simple nostálgico de las cortes del pasado, es decir, no se

---

[3] *Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español,* Madrid, 1959, anejo I del *Boletín de la Real Academia Española,* I, pág. 149.

[4] *Op. cit.,* pág. 543.

ciñe al esquema retórico de los *laudatores temporis actis*, sino que tenía conciencia de estar interpretando su momento histórico, un momento de madurez de la civilización italiana:

> «Applicando una sua alquanto empirica dialettica del male e del bene, egli concludeva invece che la maturità dei tempi aveva portato gli uomini ad essere più capaci di compiere il bene e sopratutto più consapevoli del loro agire» [5].

Ofreció por ello, como indica Maier, una cara de la vida cortesana —refinada, culta, caballeresca, virtuosa— tan real como la otra, la de la astucia y la intriga política, tratada preferentemente por los escritores políticos de su tiempo. Y articuló un verdadero mensaje ético al diseñar un tipo humano «capace di costituire un singolare esempio di sagezza interiore e di esperto e alto equilibrio vitale» [6], lo que puede explicar también la amplia fortuna del personaje literario del cortesano y su apropiación por parte de escritores como Gracián y Montaigne, trazadores de tipos humanos ideales. Hay, en efecto, en la obra un innegable compromiso ético cuando el autor defiende, por ejemplo, la relación entre la obediencia al príncipe y la moral personal, y en general cuando postula una concepción del hombre que se basa en la razón y en el equilibrio de las pasiones.

Por otra parte, Castiglione está lejos de caer en el ingenuo utopismo de presentar a su prototipo humano de modo aséptico, abstraído de la contingencia vital y cerrado a los recursos y subterfugios de la condición humana. El importante papel que en el libro se otorga a lo aparencial o a la práctica de un sabio disimulo en muchas situaciones, parece un dato inequívoco de que el autor sabe muy bien que la sabiduría de vivir dignamente es el resultado de un sutil equilibrio entre la norma abstracta y la inmediata concreción de cada hora. Esa conciencia relativiza el didactismo enciclopédico de EL CORTESANO e introduce no pocas notas personales de Castiglione, en especial un fuerte sentimiento nostálgico de un pasado real, una verdadera búsqueda del tiempo perdido.

2. LOS GRANDES TEMAS DE «EL CORTESANO».

La rigurosa ordenación de la materia argumental a lo largo de los cuatro libros de EL CORTESANO facilita la adopción de un criterio temático que considere una por una las cuatro cuestiones sobre las

---

[5] En *Storia della Letteratura Italiana*, directores: Emilio Cecchi, Natalino Sapegno, Milán, Garzanti, 1970, IV, pág. 204.
[6] *Op. cit.*, págs. 544-545.

que discurre todo el coloquio. Por la obligada concisión que exige esta *Introducción* nos limitaremos a esbozar sus contenidos y a comentarlos brevemente:

2.1. *El «perfecto cortesano».*

Fue práctica habitual en la literatura renacentista la creación de cánones y arquetipos que con frecuencia se materializaban en personajes y sobre todo en protagonistas de la *fábula.* En ese contexto hay que situar la pretensión de Castiglione de diseñar con toda suerte de pormenores la personalidad de ese *perfetto cortegiano* de su libro. «Uno dei caratteri fondamentali —recuerda B. Maier en su edición del libro—, se non addiritura quello fondamentale, del Rinascimento, è l'aspirazione alla perfezione, il raggiungimento d'un tipo umano divenuto realmente *compos sui* e sviluppato in tutte le direzioni. La "perfezione" è il nuevo, grande mito del secolo: di questa perfezione, perseguita nel tipo del principe eccellente, maestro di tecnica politica, impegnato a lottare con la propria "virtù" contro le oscure insidie dell'avversa "fortuna", si fa assertore vigoroso il Machiavelli; d'una non dissimile perfezione, impersonata nel tipo dell'artista capace di essere il "primo omo del mondo", è celebratore entusiastico, sino ai margini dell'epica, Benvenuto Cellini, in quella sua *Vita,* ch'è tutta un rinascimentale conflitto tra "virtù" e "fortuna"; di quell'umanità d'eccezione, esemplaristica e perfetta, che si sublima nella "virtù" degli artisti e sembra personificarsi in Michelangelo, è ammirato e devoto scriba il Vasari; d'un mondo ideale di perfezione, proiettato in un clima di mitica lontananza, ma pur largamente contesto di spunti affettivi e di pretesti vitali e nascente dal più profondo *humus* del secolo, è evocatore altissimo Ludovico Ariosto» [7].

A ese ideal de perfección vigente en la cultura de la época apuntan no sólo el cortesano, sino también los otros dos personajes arquetípicos de la obra: la *donna di palazzo* o *perfecta dama* y el príncipe. Las tres figuras han de contemplarse como otros tantos paradigmas de comportamiento interrelacionados. Yerra, sin embargo, quien vea en la figura del cortesano, tal como aquí se describe, sólo un exponente del perfecto hombre de corte en sentido restringido y profesionalizado, pues lo que Castiglione hace en realidad es dictar normas de conducta que atañen a un ideal de hombre en sentido total, un canon físico, moral, cultural y hasta literario que refleja todo un código de comportamiento propio del hombre superior. Menéndez y Pelayo expresó esta idea con mucho acierto en su estudio sóbre la traducción de Juan Boscán:

---

[7] *Il libro del cortegiano con una scelta delle opere minori.* A cura di B. Maier, Turín, U. T. E. T., 1955, pág. 12.

«El perfecto cortesano y la perfecta dama cuyas figuras ideales traza, no son maniquíes de corte ni ambiciosos egoístas y adocenados que se disputan en oscuras intrigas la privanza de sus señores y el lauro de su brillante domesticidad. Son dos tipos de educación general y ampliamente humana, que no pierde su valor aunque esté adaptada a un medio singular y selecto, que conservaba el brío de la Edad Media sin su rusticidad, y asistía a la triunfal resurrección del mundo antiguo sin contagiarse de la pedantería de las escuelas. La educación, tal como la entiende Castiglione, desarrolla armónicamente todas las facultades físicas y espirituales sin ningún exclusivismo dañoso, sin hacer de ninguna de ellas profesión especial, porque no trata de formar al sabio, sino al hombre de mundo, en la más noble acepción del vocablo» [8].

Varias son las componentes fundamentales de ese ideal humano. En primer término el sentido de equilibrio que ha de presidir sus acciones y sus gestos. A medida que se progresa en la lectura del texto de Castiglione puede verse, en efecto, cómo se decanta como idea central la elusión de todo extremismo en el hacer y en el decir, de forma que una virtud no se convierta en vicio, por exceso o por defecto. Se exige al cortesano un ejercicio permanente de refinada contención y al mismo tiempo de controlada audacia. Equilibrio, pues, entre acción y pensamiento, entre dedicación a las armas y disciplina intelectual, entre las actividades propias del ejercicio de la caballería y el refinamiento verbal del salón de corte. Todo un precedente histórico del futuro *honnête homme* de la Europa ilustrada y del *gentleman* inglés.

Otra exigencia del *perfecto cortesano* es la naturalidad, la huida de toda forma de afectación. Todo el libro está insistentemente informado por ese pensamiento. La gracia —repite una y otra vez el autor— brota de la naturalidad; y el arte, para serlo, no ha de parecerlo, y ha de aplicarse con cuidadoso descuido, pues el artificio tiene que enmascararse tras la apariencia de espontaneidad y facilidad. Ideal estético que preside, como es sabido, toda la literatura renacentista y que Castiglione aplica a diferentes facetas de la personalidad del cortesano: a su manera de hablar y de escribir, a su acicalamiento personal, a su proceder en sociedad, etc. En clara relación con ese código de comportamiento se hallan otras virtudes morales también exigibles a su persona, entre ellas la de la templanza, virtud de origen ciceroniano que «constituye un elemento importante en la formación estético-moral del individuo» [9], y la de la modestia. El cortesano ha de ser también un verdadero «filósofo moral» y poseer la cualidad de conformarse a las situaciones.

Dentro de esas líneas generales que conforman el ideal humano

---

[8] Estudio preliminar a la edición citada, pág. XXXII.
[9] M. Morreale, *op. cit.*, I, pág. 198.

del hombre de corte cabe aludir más someramente a otros pormenores que completan su retrato. Así el cortesano debe ser hombre de limpio linaje, por ser la honra cualidad más propia de la sangre noble y que obliga a más. Ha de tener ingenio, buena disposición de cuerpo y gracia, que lo hagan agradable a primera vista. Ha de ser diestro en el ejercicio de las armas, pero no pendenciero. Integrar en su persona las armas y las letras, aunque su verdadera profesión sea la primera, y las letras un necesario ornamento. Éstas son algo naturalmente deseado por los hombres, un don de Dios que el cortesano debe cultivar. Por ello ha de poseer instrucción más que mediana; conocer el latín y el griego, pero familiarizarse también con el francés y el español, prueba de que Castiglione está atento a lo que el tiempo político demanda en su querida Italia; ser lector de poesía, oratoria e historias; escribir en prosa y verso en vulgar, tanto por deleite propio como por pasatiempo con las mujeres... Y porque escribiendo él mismo, estará en mejor disposición para entender y juzgar a los que escriben. Necesitará, asimismo, el conocimiento de la música, platónicamente descrita por Castiglione en términos que tanto recuerdan a los expresados más tarde por nuestro fray Luis de León en su *Oda a Salinas:*

> «e ricordarò quanto sempre appresso gli antichi sia stata celebrata e tenuta per cosa sacra, e sia stato opinione di sapientissimi filosofi il mondo esser composto di musica e i cieli nel moversi far armonia, e l'anima nostra pur con la medesima ragion esser formata, e però destarsi e quasi vivificar le sue virtù per la musica» [10].

Palabras que Boscán traduce así:

> «y acordaros he cuán estimada y honrada haya siempre sido entre los antiguos, y aun fue, pues me metéis en ello opinión de muchos sabios y famosos filósofos ser el mundo compuesto de música, y los cielos, en sus movimientos, hacer un cierto son y una cierta armonía, y nuestra alma con el mismo concierto y compás ser formada, y por esta causa despertar y casi resucitar sus potencias con la música» [11].

No sólo la música. También la pintura ha de contarse entre las habilidades del cortesano. La naturaleza, con su belleza, es una gran pintura de Dios, al igual que la armonía del cosmos refleja la música divina. Se trata de la idea platónica del Dios-pintor, análoga a la del Dios-músico. Esta exaltación de la pintura supone una importante novedad, pues aunque en su tiempo era tenida por arte mecánica, Castiglione la celebra como verdadera arte liberal y proclama su superioridad sobre la escultura. El cortesano ha de cantar

[10] Ed. cit. de B. Maier, pág. 169.
[11] Ed. cit., págs. 91-92.

y tañer, pero sin hacer nunca ostentación de semejantes gracias, que, al igual que todas las restantes que posea, ha de parecer siempre natural y sin artificio, aunque su aprendizaje lleve tiempo y esfuerzo. En la danza será grave, sin ejecutar movimientos ridículos; y en la conversación ha de saber mudar estilo y maneras para adaptarse a su interlocutor. La conversación más alta que puede tener un cortesano es con el príncipe, al que debe agradar, pero sin lisonja, y con el que debe ser discreto y comedido, pero retirarle sus servicios si aquél da muestras de ruindad o injusticia. No está, en efecto, obligado a obediencia en cosas injustas, aunque no conviene, salvo casos muy claros, alterar las órdenes recibidas.

Tampoco faltan en el libro apreciaciones sobre el vestido del cortesano, que debe ser de color negro u oscuro en los usos ordinarios, y vistoso y colorista en juegos, torneos, máscaras, etc. Mostrará en el vestir la gravedad y el sosiego de la nación española, y en su aderezo una *moderada diligencia,* pues los hábitos, como los ademanes, suelen ser señales externas de calidad. En la relación social ha de ser cauto y contenido: hablar con templanza, no cobrar fama de mentiroso o vano, no decir cosas difíciles de creer, no demostrar innecesariamente su ignorancia en algún punto, disimular las carencias ajenas o ponderar descuidadamente los encantos de su interlocutor, pero sin salirse de los términos que convienen. Y en la elección de amigos, considerar que éstos han de estar muy conformes «con las condiciones, con las voluntades, con los corazones y con los juicios». Por ello la amistad íntima sólo es posible con un amigo verdadero, aunque se debe amar y honrar a los demás. Al fin y al cabo Castiglione nos presenta la figura del cortesano en estrecha relación con los demás protagonistas de la vida de la corte, los restantes *cortegiani,* grupo aristocrático y refinado que constituye un mundo superior y aparte, en el que los de fuera «están como sobreentendidos; son los espectadores anónimos, cuya presencia da relieve a los lances y destrezas del hombre de corte, o están sumidos en el nombre colectivo de vulgo, sinónimo de ignorancia y volubilidad y término de comparación que sirve para ensalzar la superioridad del sabio» [12].

Esta visión idealizada y superior de la corte —similar a la que ofrece Ludovico Ariosto en su *Orlando Furioso*— contrasta con la carga peyorativa que la palabra *corte* arrastraba en muchos textos literarios medievales y renacentistas, patente, por ejemplo, en el *Tratado de la miseria de los cortesanos* de Eneas Silvio Piccolomini o en el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de fray Antonio de Guevara. En el libro de Castiglione desemboca, y al mismo tiempo se legitima, una auténtica *topica* procortesana que estimulará la reacción contraria y dará lugar a numerosos textos literarios contra la vida de la corte. Seguramente no son ajenos a esa reacción obras

[12] M. Morreale, *op. cit.*, I, pág. 109.

como el *Ragionamento de le Corti,* de Pietro Aretino, y el *Aula de cortesanos,* de nuestro Cristóbal de Castillejo, por citar sólo algunas muestras de un tema literario de cierto peso a lo largo del siglo XVI y que aún reclama un estudio más atento [18].

No queda cerrado, con lo señalado hasta ahora, el código de comportamiento del héroe de Castiglione, pues faltan tres referencias muy importantes en las que el autor se demora y que nosotros consideraremos más adelante. En primer término está la naturaleza del amor del cortesano, punto iniciado en los dos primeros libros y que en realidad se desarrolla y culmina en el cuarto, con la intervención de Pietro Bembo. Aludiremos a ello en el apartado de esta *Introducción* sobre el amor platónico. Las otras dos cuestiones están muy interrelacionadas: cuál debe ser el ideal lingüístico del cortesano y qué burlas y gracias han de sazonar su conversación. Ambos enunciados se resuelven, una vez más, con la apelación del autor al principio de naturalidad, que, aplicado al terreno lingüístico-literario, reincide en la crítica a la afectación y en el legítimo enmascaramiento del necesario artificio. Trataremos con más amplitud estos puntos cuando estudiemos la lengua y el estilo de EL CORTESANO.

2.2. *La «perfecta dama» en el ámbito literario de la querella sobre la mujer.*

El retrato de la *donna di palazzo* o *gentildonna* (expresiones ambas de contenido positivo frente al ya desvalorado *cortegiana,* que Castiglione usa en contadas ocasiones y que Boscán soslaya siempre en su traducción) se ajusta a un esquema similar al del cortesano, tanto por su condición arquetípica como por el hecho de presentarla como una totalidad de virtudes. Aunque muchas de estas virtudes sean comunes a los dos personajes (nobleza de linaje, gracia natural, carencia de afectación...), la mujer ha de ser muy diferente al hombre: éste debe mostrar gallardía varonil; ella, por el contrario, una «delicadeza tierna y blanda». Y ha de estar dotada de una cualidad fundamental —la hermosura—, cuya falta supone un obstáculo importante. En términos generales el ideal femenino de Castiglione se ajusta al canon de la literatura amorosa del Renacimiento, si bien conviene aclarar que no se trata tanto de una heroína del amor cuanto de un modelo de comportamiento más rico y variado, que requiere virtudes morales, pero sobre todo virtudes sociales, y que a las cualidades naturales de madre, esposa o mujer de casa, une la inteligencia, la cultura, el conocimiento de las artes, el garbo en la conversación..., en suma, un conjunto de

[18] Véase mi trabajo *Medievalismo y renacentismo en la obra poética de Cristóbal de Castillejo,* Madrid, Fundación Juan March, 1980, especialmente páginas 35-46.

virtudes vigentes en esa atmósfera culta, refinada y civil de las cortes italianas frecuentadas por el autor. Se trata, sin duda, de un paso adelante en la consideración positiva de la mujer, que se refleja, por ejemplo, en lo que Boscán y Garcilaso dicen de la señora Jerónima Palova de Almogávar en los preliminares de la traducción española del libro:

> «vuestro entendimiento y juicio —escribe Boscán— es tal que vos no os habéis de encerrar en las estrechezas ordinarias de otras mujeres, sino que toda cosa de saber os ha de convenir totalmente» [14].

Para Castiglione, es necesario que la dama posea «cierta afabilidad graciosa» que le permita tratar con toda suerte de hombres honrados y mantener con ellos conversación dulce y honesta. Su comportamiento debe atenerse a una «cierta medianía difícil, y casi compuesta de contrarios», es decir, ni ser retraída en exceso ni demasiado desenvuelta. Ha de conocer muchas y variadas cosas, para poder hablar y hacer su conversación «larga, agradable y sustancial». Y saber danzar, cantar y tañer, con movimientos contenidos y con instrumentos adecuados a la condición femenina.

Cuestión importante es el trato de la dama con los que «anduvieren con ella de amores». A este respecto debe distinguir entre el enamorado fingido y el veraz, tomar por cosa liviana lo que el hombre le dice y «no entender luego que cree ser amada». Si el que le habla lo hace desconsideradamente, debe frenar con pocas palabras su atrevimiento; y si es discreto y le habla mansamente, sin descubrir los amores muy a las claras, entonces ha de fingir que no lo ha entendido. Si le comunica su amor claramente, aparentar que lo toma como burla y hablarle de modo que no pueda deducir ni que lo desdeña ni que lo acepta; ni que recoge sus alabanzas ni que las desprecia. La dama ha de poseer también la virtud de la castidad y mostrar mucho escrúpulo, por razón de su fama, ante el amor que no se oriente al matrimonio. Parece defenderse, sin embargo, por boca de Federico Fregoso, una idea muy laxa en el caso de las casadas que lo fueron, por fuerza de sus padres o por otras circunstancias, contra su voluntad. Para ellas se justifica «algún alivio» en punto de amores. La dama soltera, en cambio, sólo debe amar a hombre con quien pueda casarse y a éste puede hacerle todas las demostraciones de amor, salvo las que «podrían dar esperanza de cosas deshonestas». Siguiendo los viejos usos del amor cortés, esta dama puede ganar *servidores,* que sufrirán trabajos y fatigas y que a veces obtendrán la gracia de alguna señal de amor, por pequeña que les parezca, «y preciarán más una blandura o un buen mirar de ésta [dama], que ser totalmente señor de otra». No

[14] Ed. cit., pág. 7.

olvidemos que el ideal es que esa *dama perfecta* sea amada por el *cortesano perfecto* descrito en los dos primeros libros, pues el fin del amor es la virtud.

En obligada relación con el retrato de la dama, el libro III de EL CORTESANO plantea dialécticamente, y con toda suerte de pormenores, el pleito literario de la condición de las mujeres, la vieja controversia sobre la bondad o maldad del género femenino, desarrollada ahora entre Julián el Magnífico y Gaspar Pallavicino. Como en otros muchos textos de los siglos XV y XVI, se vuelven aquí a esgrimir argumentos en pro y en contra, se ejemplifica con casos de mujeres famosas y se introduce una rica gavilla de pequeñas anécdotas. No debe sorprendernos la atención de Castiglione a este viejo modelo retórico de la querella sobre la mujer —de raíces clásicas e intenso tratamiento medieval— cuando otros muchos autores de su tiempo (Erasmo entre ellos) también lo emplearon. El tema, sin duda, interesaba; no era algo pasado de moda sino un punto que suscitaría interés en la sabrosa conversación de corte. Desde su declarado neoplatonismo Castiglione tiende a ver a la dama como reflejo de la hermosura divina, pondera sus virtudes naturales y se demora con preferencia en la ejemplificación positiva del Magnífico. Pero por coherencia dialéctica concede también generosa atención a los argumentos misóginos.

Con este fin Pallavicino recuerda la sarta de vicios ya tópicos en la literatura antifemenina: la proclividad de las mujeres a los afeites y acicalamientos artificiales; sus envidias; sus naturales flaquezas; su incapacidad para guardar secretos, etc. Razona filosóficamente la idea de la perfección natural del hombre, frente a la imperfección de la mujer, alegando que ésta es de complexión fría y el hombre de complexión caliente. Alude al pecado de Eva como causa de los males del mundo... La línea de pensamiento del Magnífico persigue, en cambio, la ponderación de la mujer, pero no como criatura enfrentada y superior al hombre sino en cuanto ser que en el plano filosófico no comporta ninguna inferioridad respecto a aquél, pues las mujeres están «naturalmente dispuestas a recibir las mismas virtudes que suelen recibir los hombres». Casi todos sus argumentos nacen como réplica a los ataques de Pallavicino y generan una rica ejemplificación de casos y personas, desde la Antigüedad bíblica y grecolatina hasta la más reciente historia de Europa y particularmente italiana. Destaca, por ejemplo, el largo panegírico de la reina Isabel la Católica, a la que se otorga un sinfín de cualidades propias de la *perfecta dama:*

> «Si los pueblos de España, los señores, los privados, los hombres y las mujeres, los pobres y los ricos, todos no están concertados en querer mentir en loor della, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso enxemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad y de toda virtud,

> en fin, que esta gloriosa Reina; y puesto que la fama desta señora en toda parte sea muy grande, los que con ella vivieron y vieron por sus mismos ojos las cosas maravillosas della, afirman haber esta fama procedido totalmente de su virtud y de sus grandes hechos» [16].

Estos elogios del papel cumplido por la reina de España coinciden con los de otros escritores italianos de la época, entre ellos Iacopo Sannazaro, en sus farsas sobre la conquista de Granada, y Andrea Navagero, embajador veneciano en España y amigo de Castiglione. Alusiones a personajes y costumbres españolas volveremos a encontrarlos en otras páginas de EL CORTESANO, como una prueba más de la consciente historicidad del libro.

Para concluir la defensa de las mujeres, César Gonzaga afirma de ellas que elevan los pensamientos y acciones del hombre y lo proyectan al conocimiento de las cosas más altas. Vieja idea ésta de la mujer como medio de perfeccionamiento del hombre, extraída de la *tópica* del amor cortés y que dará todavía mucho juego literario en la órbita del neoplatonismo renacentista.

2.3. *La reflexión política: la figura del «príncipe».*

Buena parte del libro IV de EL CORTESANO refleja la preocupación de su autor por un aspecto de la realidad que no podía estar ausente de la obra: la vida política. Castiglione encara el tema como una faceta más del comportamiento del cortesano pues, como señala Fregoso, faltaba todavía una cosa por decir de él: a qué fin van encaminadas todas las perfecciones acumuladas en su persona en los dos primeros libros. Pues bien, ese fin será ganar la voluntad del príncipe a quien el cortesano sirviere, inclinarlo al bien y apartarlo del mal. Tal enunciado supone tocar el tema de la moral política, tanto del cortesano como del príncipe, en obligada interrelación. En ese sentido EL CORTESANO participa del gusto de la época por el tratadismo político, en el que brillaron sus compatriotas Maquiavelo, Guicciardini, etc., y recoge la tradición de los *avisos de príncipes* medievales. Sin embargo, la forma dialogada y el tono distendido da a las grandes cuestiones tratadas una nota de naturalidad y de sencillez que contrasta con la mayor severidad de los tratados políticos. El criterio teórico bajo el que los contertulios de Urbino discuten el tema no impide la reflexión sobre la política italiana contemporánea ni la ejemplificación con gobernantes y políticos del momento, que son juzgados a la luz de la experiencia pública y la visión diplomática de Castiglione.

---

[16] *Ibid.*, pág. 261.

Antes de trazar el retrato del príncipe ideal, se enumeran los vicios en los que más comúnmente los príncipes incurren: no admitir consejo ni parecer de nadie; aborrecer a la razón y a la justicia; creer que gobernar es tarea fácil; adquirir soberbia; retraerse del público por suponer que así se alcanza más autoridad; caer en presunciones e ignorancias que los llevan a cometer errores..., etc. A continuación se dictan normas ideales de conducta. Se propugna, por ejemplo, que el príncipe ordene su vida conforme a las reglas de hombres sabios y singulares de la Antigüedad, y que se guíe por la razón y la virtud. La virtud y el vicio —dice Fregoso— no son enteramente naturales sino adquiridos. Hay a lo sumo una predisposición natural a la virtud, que tiene que ser desarrollada con la doctrina y el arte, para lo cual hacen falta maestros. He aquí el fin más alto que espera al cortesano en su quehacer público: el magisterio político; es decir, criar al príncipe, al que ha de iniciar en la gran virtud de la temperancia o continencia, pues de ella se derivan otras muchas virtudes. No parece gratuito que muchas páginas del libro IV se dediquen precisamente a esa virtud, producto de la supremacía de la razón humana sobre los apetitos, y prueba del verdadero *conocimiento* o *ciencia* en el hombre. La exaltación de esta virtud cobra más sentido si la relacionamos con todo lo que se dijo en los dos primeros libros acerca del cortesano como modelo de contención racional y de discreta equidistancia entre los extremos.

Por la virtud el príncipe se convertirá, platónicamente, en espejo de Dios:

> «Por eso, como en el cielo el sol y la luna y las otras estrellas muestran acá en el mundo, casi como en un espejo, una cierta semejanza de Dios; así en la tierra mucho más propia imagen de Dios son aquellos buenos príncipes que le aman y le temen, y muestran a los pueblos la clara luz de su justicia acompañada con la sombra de aquella alta razón y entendimiento divino» [16].

El príncipe debe ser ejemplo para los súbditos; temer *por* su pueblo, no *a* su pueblo, como los tiranos; atender más a la vida contemplativa que a la activa. Vida contemplativa que consiste en dos cosas: conocer y juzgar bien, y mandar con justicia cosas que estén puestas en razón y sean lícitas. Y mandarlas en lugar y tiempo convenientes. El fin de todo gobierno ha de ser la paz y el descanso de los súbditos, y la guerra sólo se legitima por muy contadas causas: defensa del territorio, expulsión del tirano, etc.

En la crianza del príncipe el cortesano debe atender primero al cuerpo que al alma (pues éste es el orden cronológico de aparición), y antes al apetito que a la razón, pues el apetito (tendencias naturales) aparece en el hombre antes que el entendimiento. Le enseñará a amar a Dios y a ser buen cristiano; a ser equitativo con

[16] *Ibid.*, pág. 139.

sus súbditos, manteniéndolos en una discreta medianía (ni demasiado ricos ni demasiado pobres) que asegure la paz; a ocuparse de las cosas aparentemente pequeñas, etc. Y ha de decirle siempre la verdad en todo, frente a tanta lisonja como habitualmente le rodea.

Entre los ejemplos humanos aducidos figuran tres personajes de la política europea de la época: el futuro Enrique VIII de Inglaterra, cuyo elogio se atribuye en el libro al propio Castiglione, a través de sus cartas desde la corte inglesa; el futuro rey de Francia Francisco I; y el futuro Carlos I de España, «el cual no siendo aún de edad de diez años, muestra ya tan gran ingenio y tan ciertos indicios de bondad, de prudencia, de beninidad, de grandeza de ánimo, y de toda virtud, en fin, que si el imperio de la cristiandad viniere, como se espera, en sus manos, creerse puede que con su fama porná silencio en la de muchos emperadores antiguos, y se igualará con los que más famosos han sido en el mundo» [17]. A nadie puede ocultársele cómo juega en este triple elogio la profesionalidad diplomática de Castiglione, que reparte con sumo cuidado y equilibrio dones y virtudes a los tres príncipes que poco más tarde habían de convertirse en los monarcas más importantes de Europa; que ya lo eran de hecho cuando EL CORTESANO llega a la imprenta. El autor los exalta pensando, claro está, en su relación con Italia, cuya suerte le preocupa seriamente. De ahí tantas alusiones como hay en el libro a la triste situación de su patria, sometida al dominio de estados foráneos y expuesta al peligro de extranjerización.

Otro punto del debate político es el de la naturaleza de las formas de gobierno. Por boca de Octaviano Fregoso se defiende como forma superior la monarquía o gobierno de un príncipe, por considerarla más acorde con la naturaleza y ser contraria a la peor forma de gobernar, que es la tiranía. Pietro Bembo defiende la república por otros motivos. En la delicada cuestión de las relaciones entre política y moral —resuelta por Maquiavelo en su *Príncipe* en favor de la autonomía de la primera—, Castiglione busca una salida que no consiste en la mera subordinación de la primera a la segunda sino en una «utilità che miri al bene e tenga presente una finalità di ordine morale» [18].

2.4. *El amor platónico.*

El amor es tema central del libro de Castiglione y las referencias a él constantes, a cuenta del comportamiento del cortesano y de la dama. Se habla en primer término de un amor de carácter conven-

---

[17] *Ibid.*, págs. 355-356.
[18] B. Maier, *Introducción* a la edición citada de U. T. E. T., pág. 27.

cional, descrito, según los esquemas heredados de la literatura cortés y del petrarquismo, como dolencia difícil de prevenir y curar, que acarrea el sufrimiento del enamorado, no tanto por conseguir el cuerpo de la mujer cuanto «por conquistar aquella gran fortaleza del alma, rompiendo aquellas duras peñas y calentando aquellos cuajados hielos que en los tiernos corazones de las mujeres se hallan». El amor como estímulo para el caballero en los hechos de armas; declarado con los ojos, mensajeros de la pasión, pero mantenido secreto ante los demás. El amor como acatamiento y servicio a la dama, a la que ha de contentarse siempre, ganando su voluntad, eludiendo la pasión de los celos...

Sin embargo, lo más interesante que Castiglione ha dicho sobre el tema, su verdadera teoría sobre el amor —deudora de la filosofía platónica— no se explicita hasta las páginas finales del libro IV, cuando Bembo recibe el encargo de Emilia Pía de abundar sobre una idea que aquél acaba de enunciar: cómo el cortesano viejo puede amar incluso con mayor honra y prosperidad que los jóvenes. Este aserto —que trae inevitablemente el recuerdo de las viejas *cuestiones de amor* debatidas en el ámbito de la literatura áulica medieval y muy concretamente del episodio de las trece cuestiones del *Filocolo* de Bocaccio— sirve de pretexto y punto de arranque de la rica teorización del gran humanista veneciano.

Bembo se propone hablar de dos cosas: qué es el amor y en qué consiste la bianaventuranza que pueden alcanzar los enamorados. Siguiendo a los clásicos, define el amor como «un deseo de gozar lo que es hermoso, y porque el deseo nunca apetece sino lo que conoce, es necesario que el conocimiento sea siempre primero que el deseo, el cual naturalmente ama al bien, pero de sí mismo es ciego y no lo ve» [19]. Por eso cada virtud, cuyo oficio es *conocer,* tiene por compañera otra cuyo oficio es *desear.* Y el alma humana puede conocer por tres vías: por el *sentido,* del cual nace el *apetito,* que es común a las bestias; por la *razón,* de la cual nace la *elección,* que es propia del hombre; y por el *entendimiento,* del cual nace la *voluntad.* Por el entendimiento el hombre participa de la condición angélica.

El hombre, pues, puede inclinarse a los deseos del sentido (puesto que el apetito sólo desea las cosas sensibles) o a los deseos del entendimiento (es decir, a los bienes del espíritu codiciados por la voluntad). Por ambas vías podrá gozar de la *belleza* o *hermosura,* que es condición que atañe a todas las cosas, tanto naturales como artificiales, «que sean compuestas con buena proporción y debido temple, cuanto la natura de cada una dellas sufre» [20]. La hermosura que ahora nos ocupa es, sin embargo, la que despierta ese deseo llamado amor, y Bembo la define como «un lustre o un

---

[19] *Ed. cit.,* pág. 371.
[20] *Ibid.*

bien que emana de la bondad divina», que se extiende sobre todas las cosas creadas (como se derrama la luz del sol) y que se infunde en los cuerpos, sobre todo en los rostros humanos, y en especial en «un rostro bien medido y compuesto, con una cierta alegre y agradable concordia de colores distintos, y ayudados de sus lustres y de sus sombras y de un ordenado y proporcionado espacio y términos de líneas» [21]. Este lustre o bien infundido en ese rostro ennoblece al sujeto que lo posee, y lo alumbra con una «gracia y resplandor maravilloso, como rayo de sol que da en un hermoso vaso de oro muy bien labrado y lleno de piedras preciosísimas» [22]. De esta manera, ese rostro atrae a sí los ojos que lo ven y, penetrando a través de ellos, se imprime en el alma de quien lo mira, trastornándola con una «nueva y extraña dulzura», llenándola de deleite y encendiéndola y moviéndola a fuerte deseo de él.

Definido así el amor en su origen como un fuerte deseo de la belleza infundida en los cuerpos y sobre todo en los rostros humanos, se llega justo al momento en que el contemplador ha de inclinarse por uno de los dos caminos señalados antes. Los que se dejan guiar por el sentido cometen un gran error, pues creen que aquel cuerpo en que se infundió la belleza es la causa principal de ésta, y estiman, en consecuencia, que para gozarla enteramente es necesario juntarse lo más posible con dicho cuerpo. De esta falsa apreciación se sigue un placer también falso. Por eso «todos aquellos enamorados que cumplen sus carnales deseos con sus amigas» vienen a dar en una de estas dos miserias: *a)* después del placer carnal quedan hartos y aborrecen a la amiga, reconociendo el engaño que «el falso juicio del sentido le ha hecho», y *b)* quedan permanentemente insatisfechos, siempre con el deseo sin colmar, «engañados con aquella muestra o semejanza del bien». Bembo aprovecha aquí la ocasión para trazar un cuadro satírico del típico enamorado tan reiterado en la literatura del siglo XV. Tales amadores pasan vida «congoxosa y miserable», están llenos de «afanes, tormentos, dolores, adversidades, sobresaltos y fatigas», andan ordinariamente «amarillos y afligidos», en continuas «lágrimas y suspiros», etc. Suelen ser hombres mozos los que «andan envueltos en este amor vicioso, enemigo total de la razón, sujetos a un código de comportamiento en que el alma —prisionera del cuerpo y no ejercitada en la contemplación espiritual— «no puede por sí misma entender claramente la verdad» y por eso da crédito a los engañosos sentidos. Tales personas —víctimas del *loco amor*— son inhábiles para gozar los bienes del verdadero amor.

Distinto es el caso de los que se guían por el entendimiento, que suele darse más entre los hombres de edad madura, «cuando ya el alma no está tan cargada con la carga del cuerpo, y cuando el calor

---

[21] *Ibid.*, pág. 372.
[22] *Ibid.*

natural comienza a entibiarse»[23]. Estos no sufren el error de los sentidos, sino que alcanzan y gozan verdaderamente la belleza, de la que nace un bien continuo, «porque la hermosura es cosa buena, y por consiguiente el verdadero amor della ha de ser bueno, y siempre ha de producir efectos buenos en las almas de aquellos que con el freno de la razón corrigen la malicia del sentido, lo cual pueden hacer los viejos mucho más fácilmente que los mozos»[24]. La belleza, pues, aparece así identificada con la bondad, idea que uno de los interlocutores intenta rebatir a Bembo con el argumento de que hay mujeres y hombres bellos pero a la vez malvados, lo que provoca más explicitaciones de aquél, que vuelve a recordar el origen divino de la hermosura y la describe como un círculo cuyo centro es la bondad. De ahí que la belleza del cuerpo suela traslucir la bondad interior, es decir, la belleza del alma, producto de la divina. Esta idea platónica será objeto de rica ejemplificación. La correspondencia entre belleza y bondad la encuentra Bembo en el rostro de los animales («los feos comúnmente son malos, y los hermosos buenos»), en la naturaleza (la fábrica del mundo, con la armonía celeste, el orden y trabazón del firmamento, la perfección del hombre como *pequeño mundo*, etc.), en el arte, etc.

Ésta es la hermosura que debe gozar el amor *sustancial y alto*, no el *loco amor* que sigue el vulgo. Ante una mujer adornada de las cualidades oportunas (que le hace sentir ese *no sé qué* que enciende su alma), el cortesano —sobre todo si es ya maduro, pues al joven le es concedido amar sensualmente— debe pensar que el cuerpo donde esa hermosura se halla no es la fuente de donde aquélla nace; antes bien, la belleza, por ser una cosa sin cuerpo, un rayo divino, pierde valor al hallarse envuelta en algo tan vil como es el cuerpo. Aquélla debe gozarse primordialmente con los *ojos* («aquel resplandor, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes y todos los otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura»), con los *oídos* («la suavidad del tono de la voz; el son de las palabras y la dulzura del tañer y del cantar, si su dama fuere música»), pero no con el tacto. Podrá a lo sumo tomar la mano de su dama y hasta besar a ésta, siempre que tenga a la razón como camino, pues «siendo el beso un ayuntamiento del cuerpo y del alma, es peligro que quien ama viciosamente no se incline más a la parte del cuerpo que a la del alma»[25]. Pero el enamorado que se atiene a la razón sabe que «aunque la boca sea parte del cuerpo, todavía por ella salen las palabras que son mensajeras del alma, y sale asimismo aquel intrínseco aliento que se llama también alma». Nada hay, pues, de deshonesto en esta forma de besar, ya que ese

[23] *Ibid.*, pág. 374.
[24] *Ibid.*
[25] *Ibid.*, pág. 385.

ayuntamiento es un modo de abrir la puerta a las almas de los dos, que se intercambian y se convierten en una, de tal manera que «cada cuerpo de entrambos queda con dos almas, y una sola compuesta de las dos rige casi dos cuerpos» [26]. *Ayuntamiento espiritual* llama finalmente Bembo al beso, con una alusión directa a Platón, quien dijo que «besando una vez a su amiga le vino el alma a los dientes para salirse ya del cuerpo» [27].

Hasta aquí Bembo sólo ha descrito el primer grado del amor, aquél en que todavía la belleza se contempla y percibe como una cualidad adscrita al cuerpo de la amada. Cabe, sin embargo, otro peldaño más en esa escala de perfección que el amor supone, y es gozarse en la contemplación de la belleza en sí misma, separada del cuerpo:

> «Conviene que el Cortesano, ayudado de la razón, enderece totalmente su deseo a la hermosura sola sin dexalle tocar en el cuerpo nada, y cuanto más pueda la contemple en ella misma simple y pura, y dentro en la imaginación la forme separada de toda materia, y formándola así la haga amiga y familiar de su alma, y allí la goce y consigo la tenga días y noches en todo tiempo y lugar sin miedo de jamás perdella, acordándose siempre que el cuerpo es cosa muy diferente de la hermosura y que no solamente no le acrecienta, mas que le apoca su perfición» [28].

Semejante abstracción librará al cortesano de los tópicos *males* del amor convencional: celos, sospechas, iras, locuras, separaciones de los amantes, etc., pues «consigo se llevará siempre en su corazón su tesoro, y aun con la fuerza de la imaginación se formará dentro de sí mismo aquella hermosura mucho más hermosa que en la verdad no será» [29].

Tampoco culmina ahí la ascención amorosa, pues enseguida se vislumbra un grado más: pasar de esa consideración de la belleza particular a la de la belleza universal propia de toda la naturaleza humana. El cortesano

> «juntará en su pensamiento poco a poco tantas bellezas y ornamentos, que juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas a la unidad de aquella sola que generalmente sobre la humana naturaleza se extiende y se derrama; y así no ya la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal que todos los cuerpos atavía y ennoblece, contemplará; y desta manera, embebecido y como

---

[26] *Ibid.*, pág. 386.
[27] *Ibid.*
[28] *Ibid.*, pág. 388.
[29] *Ibid.*, págs. 388-389.

encandilado con esta mayor luz, no curará de la menor, y ardiendo en este más ecelente fuego, preciará poco lo que primero había tanto preciado»[30].

Esa etapa posibilita nuevos ascensos en la perfección del amor. En primer lugar el que el alma cobre conciencia de su origen divino, pues «apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y exercitada en las cosas del entendimiento», se vuelve a contemplar su propia sustancia, «casi como recordada de un pasado sueño», y ve «la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada a ella». Recordemos los versos de fray Luis de León en su *Oda a Salinas:*

el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

En ese trance —señala Bembo— el alma estará ciega para las cosas terrenales y tendrá grandes ojos para las celestiales. Quedará desembarazada de las fuerzas que mueven el cuerpo, sentirá el deseo de juntarse con la hermosura angélica y, libre ya de la ceguera de la *oscura noche* de las cosas del mundo, llegará a la contemplación de la belleza divina, penúltimo grado del amor, puesto que el más alto de todos será, finalmente, el goce de esa misma belleza. Esta hermosura divina, fuente y principio de toda hermosura, es indistinta de la suprema bondad, y constituye «el término bienaventurado de nuestros deseos, el verdadero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias, y el seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar desta miserable vida»[31].

Bembo recapitula al final su teoría del amor recurriendo al símil de la *escala,* por la que puede subirse desde el peldaño más bajo (el deseo de la belleza sensual) hasta el más alto (apetencia de la belleza divina). La relación de esta subida con la simbología religiosa se hace aún más evidente cuando Bembo, arrebatado y con los ojos vueltos al cielo, invoca y exalta a ese amor supremo. Invocación que en la deliciosa traducción de Boscán nos desliza anticipadamente no pocas muestras del decir poético de ascetas y místicos de nuestro Renacimiento: «fuente perenal» que «siempre deleita y nunca harta»; «viva llama» que consume toda material bajeza, que enajena y nos transforma en lo amado y nos conduce a «aquella bienaventurada muerte que da vida», etc.[32].

---

[30] *Ibid.*, pág. 389.
[31] *Ibid.*, pág. 392.
[32] *Ibid.*, págs. 393-394.

La finalidad última del amor (el encuentro con la Divinidad) otorga, pues, al libro de Castiglione una importante dimensión religiosa, presente ya en cuestiones de menor trascendencia teórica como son las críticas a prelados y religiosos indignos y al estado de la Iglesia, que el autor ha venido introduciendo casi siempre en forma de anécdotas. Todo un sentido interpretativo del mundo, resuelto en un trascendentalismo filosófico que integra platonismo y cristianismo, dota al héroe ideal de Castiglione de una grandeza humana que sobrepasa los estrechos límites del edén cortesano y lo proyecta en una dimensión vertical. Su humanismo de vida supone tanto una ética social, de relación humana, como una aspiración al perfeccionamiento del espíritu y a la trascendencia.

Este verdadero tratado sobre el amor que acabamos de esbozar se apoya en una personal y bien digerida lectura tanto de la filosofía de Platón (en especial del *Fedro* y *El banquete)* como de los platónicos y neoplatónicos anteriores y contemporáneos de Castiglione: Marsilio Ficino, Diaceto, Equícola, el propio Bembo, León Hebreo, etc. Dos son los textos probablemente más manejados por nuestro autor: el tratado *Sopra lo amore* de Ficino, verdadero Platón cristianizado, y los *Asolani* de Bembo. La crítica ha señalado las deudas de Castiglione para con el platonismo y los neoplatónicos en varios de los puntos que hemos enumerado en el resumen anterior: la definición del amor como deseo de las cosas bellas; la idea de la belleza como simetría y armonía de partes; la antinomia entre amor sensual y amor espiritual; la identificación de belleza y bondad; la idea de la bondad como centro del círculo constituido por la belleza; el símil del hombre como microcosmo o resumen del universo; el goce de la belleza a través de la vista y el oído; el sentido místico de la belleza y el amor; el origen divino del amor, etcétera. Hay que resaltar, sin embargo, la alta calidad artística y la fuerte impronta personal con que Castiglione, por boca de Pietro Bembo, sabe dar forma literaria a tantos elementos librescos a través del discurso más poético e inspirado de todo EL CORTESANO. Discurso que, no sin intención, el propio Bembo reconoce sugerido por «el sagrado ímpetu del amor», en una clara alusión al carácter marcadamente emotivo y a la profunda dimensión lírica de las últimas páginas del libro, que en eso se diferencian sustancialmente de las restantes.

3. LENGUA Y ESTILO DE LA OBRA: LA TEORÍA LINGÜÍSTICA Y EL «TRATADO DE LA RISA».

Ya en 1513, en el prólogo a la *Calandria* de Bernardo Bibbiena, Castiglione declaraba rotundamente la pertinencia de la lengua vulgar como instrumento literario:

«La lingua che Dio e la Natura ci ha dato, non deve appresso a noi essere di manco estimazione nè di minor grazia che la latina, la greca, l'ebraica.»

Al ponderar este hecho, el autor de EL CORTESANO hacía su primera contribución declarada al ideal renacentista que propugnaba el uso literario del vulgar no ya como necesidad social para una comunicación más amplia y efectiva, sino como una exigencia estrictamente lingüística y de estilo que, sin menoscabo del reconocimiento debido al latín, significaba a la par cierta rectificación al exclusivismo de los humanistas. Pero la más rotunda justificación teórica de la lengua de EL CORTESANO la encontramos en el libro mismo, precisamente en el retrato del perfecto hombre de corte y a cuenta de la crítica a la afectación. Allí se defiende el principio de naturalidad en la lengua y se define a la escritura como imagen de lo hablado:

«Paréceme luego estraña cosa juzgar en el escribir por buenas aquellas palabras que en ninguna suerte de hablar se sufren, y querer que lo que totalmente y siempre paresce mal en lo que se habla, parezca bien en lo que se escribe. Porque cierto, o a lo menos según mi opinión, lo escrito no es otra cosa sino una forma de hablar que queda después que el hombre ha hablado, y casi una imagen o verdaderamente vida de las palabras» [33].

La lengua de EL CORTESANO se ajusta, pues, a dos criterios generales muy comunes en la Italia renacentista: aprecio del vulgar frente al preferente uso humanístico del latín; e ideal estilístico de la naturalidad *hablada* frente al exagerado artificio de la literatura del siglo anterior. Ambos criterios se reconocen en las reflexiones del libro I acerca de la lengua del cortesano. Allí se habla, por ejemplo, de la conveniencia de adecuar la escritura a la lengua hablada, ya que ésta puede proporcionarle propiedad, facilidad y llaneza, de modo que parezca «que habla la misma natura». Esta recurrencia a los modelos lingüísticos naturales supone, como ha señalado Luigi Russo, una alusión evidente «al fondamento naturalistico di tutta la poetica rinascimentale. Seguire la natura: non è un realismo di tipo idealistico-romantico, come quello che avremo in tutto il sec. XIX dal Manzoni al Verga, ma un realismo inteso come mimèsi della realtà fenomenologica» [34].

Pero la facilidad y llaneza de que habla Castiglione suelen ir unidas a la elegancia y no significan ausencia de trabajo y de arte, sino disimulada dificultad, como toda la naturalidad del cortesano:

---

[33] *Ibid.*, pág. 64.
[34] *Commedie fiorentine del '500*, Florencia, Sansoni, 1939, págs. 156-169.

> «Todo esto se haga tan sin trabajo, que el que escuchare piense que aquello no es nada de hacer, y que está en la mano hacello él también; pero después cuando venga a proballo, se halle muy lexos de poder hacello.»

Las palabras deben ser estimadas sobre todo si traen «sustancia de muy singulares sentencias» y no son vacías. De ahí que Castiglione propugne y legitime todo aprovechamiento lexical no arcaizante, es decir, que resulte funcional y operativo para la creación literaria. Acepta, a este respecto, la imitación de las «autoridades» toscanas del *Trecento* (en particular Boccaccio, muy presente en la sintaxis de EL CORTESANO), pero no su léxico anticuado. Pondera el ingenio natural del escritor por encima de la imitación de los antiguos y satiriza fuertemente a los que llevan ese principio de imitación al extremo de no atreverse a escribir en su lengua natural. La imitación, entendida con ese valor restrictivo, la considera muchas veces un freno al desarrollo natural de la lengua, a la nueva creación. Se trata —señala Maier— de

> «un'intelligente restrizione del concetto tipicamente umanistico dell'«imitazione»; restrizione asserita in nome del buon senso e della necessità d'inserire nella vita del proprio tempo, e di tenere conto delle esigenze inmediate di questo» [35].

Por el contrario, es muy abierto en la aceptación del neologismo griego y latino y hasta de las voces españolas y francesas cuando éstas son de uso en Italia. Concibe la lengua como organismo en evolución, que cambia con la mudanza de las cosas. Y establece una estrecha relación entre lengua y literatura cuando afirma que una lengua queda dignificada precisamente por su producción literaria, idea ésta de amplia fortuna en la teoría lingüística del siglo XVI.

¿Cuál es en concreto el modelo lingüístico que Castiglione adopta al escribir EL CORTESANO? No el dialecto lombardo, que el autor conoce por nacimiento y que no duda en aprovechar en algunos pasajes, sino el toscano. Pero tampoco el toscano marcadamente literario que propugnaban otros escritores de su tiempo, entre ellos el Bembo, sino un toscano más vivo y próximo a la norma hablada, y penetrado de formas procedentes de otras regiones de Italia. Tanto la reflexión lingüística como los usos y el estilo de EL CORTESANO han de entenderse en el ámbito de la *questione della llingua,* larga y fecunda polémica que llena el *Cinquecento* italiano y que buscaba sobre todo definir las características de una lengua que fuese verdaderamente nacional y que sirviese de instru-

[35] *Introducción* a la edición citada de U. T. E. T., pág. 21.

mento de la comunicación literaria para toda Italia. En esa polémica participan autores que, en la línea del Bembo, defendían la fidelidad a los modelos toscanos del *Trecento* (algunos, como el propio Maquiavelo, específicamente al modelo florentino), junto a otros (Speroni, Calmeta, Trissino...) que propugnaban la creación de una lengua italiana común apoyada en otros presupuestos. Entre estos últimos llegó a defenderse un modelo de *lengua cortesana* integradora de usos y palabras procedentes de todas las regiones de Italia, frente al marcado toscanismo del Bembo, quien, fiel en el fondo a la práctica humanista de ponderar los modelos latinos, traspasaba ahora la dignidad literaria de aquéllos a los nuevos modelos toscanos. Entre ambas posiciones (cerrada defensa de un toscanismo de extracción literaria o búsqueda de una lengua común más representativa de la realidad lingüística de toda la nación italiana), la actitud de Castiglione está llena de razonables matices. Acepta, por ejemplo, la necesidad de ceñirse al uso toscano defendido por Bembo, pero propone al mismo tiempo sustituir las formas toscanas que más se habían alejado del latín por otras más latinizantes conservadas en otros dialectos de Italia. Reconoce sin ambages la primacía literaria de los modelos toscanos a la hora de establecer un criterio lingüístico válido para su tiempo, pero a la vez se pone en guardia contra cualquier restricción purista o arcaizante que prive de sentido vital a esos modelos y los reduzca a simple literariedad vacía. Por eso no se cierra a los usos nuevos creados en el encuentro de las gentes de los más diversos lugares de Italia. Y sin defender propiamente esa *lengua cortesana* que señalábamos antes, tampoco se queda en los reducidos límites de la teoría del Bembo. Va más allá que éste en la valoración del vulgar y en el trazado práctico de una lengua literaria menos arcaica, más natural y viva:

> «... la fuerza y verdadera regla de hablar bien, consiste más en el uso que en otra cosa, y siempre es tacha usar palabras que no se usen; por esto no convenía usar yo muchas de las del Bocacio, las cuales en su tiempo se usaban, mas agora ya andan desechadas aun por los mismos toscanos. Tampoco he querido obligarme a la costumbre del hablar toscano de nuestros tiempos, porque el trato que hay entre diversas naciones ha tenido siempre fuerza de llevar de la una a la otra, casi como las mercadurías, así también nuevos vocablos, los cuales después permanecen o caen, según son por el uso admitidos o desechados. Y esto, demás de estar probado con el testimonio de los antiguos, vese claramente en el Bocacio; en el cual hay tantas palabras francesas, españolas y provenzales, y algunas por ventura no bien entendidas por los toscanos modernos, que si se quitasen todas dél, quedarían sus libros mucho menores. Y porque (a mi parecer) la costumbre del hablar de las otras ciudades principales de Italia donde se juntan hombres sabios, ingeniosos y elocuentes que tratan cosas grandes de gobiernos de estados, de

letras, de armas y de diversos negocios, no es justo que sea del todo despreciado en los vocablos que en todos estos lugares se usan hablando» [36].

Por eso —comenta E. Bonora— «al Castiglione non sfuggivano le ragioni del primato dei toscani, ma pur pensando a una lingua colta e letteraria egli rifiutava il purismo arcaizzante, per la chiara visione dei rapporti tra lingua parlata e lingua scritta e dell'evolversi necessario della lingua» [37].

El hecho de que ni Calmeta ni Bembo —personajes ambos de EL CORTESANO— hablen del problema en el libro, puede hacer pensar que Castiglione quiso, en esta *questione della lingua,* dejar patente su independencia tanto de los defensores de la *lengua cortesana* como de los partidarios extremados del toscanismo literario. Por otra parte, su participación en la polémica fue relativa, pues más que al establecimiento de una teoría lingüística apunta claramente a un ideal de estilo: «Il suo discorso sulla lingua si legava ad un ampio discorso sullo stile, e, più dalle teorie di moderni assertori della lingua cortegiana, prendeva impulso da una profonda assimilazione delle norme retoriche degli antichi e da un'originale fusione di gusto classico e moderno» [38].

En efecto, la lengua de EL CORTESANO es deudora tanto de los usos de la lengua popular y de la norma hablada culta como de los «muchos latinismos que van como engarzados en su vestidura o que forman parte de su urdimbre» [39]. El latín no fue un obstáculo para el desarrollo del vulgar literario en el Renacimiento italiano, «pues son los mismos cultores del latín los que trasfunden en la prosa italiana sus experiencias humanistas» [40], y cunde la idea de que la nueva lengua ha de aprender y beneficiarse de los preceptos de la antigua, como el latín lo hizo del griego. En ese sentido puede decirse que no hay solución de continuidad entre los antiguos humanistas y los que cultivan la literatura en vulgar. El esencial humanismo latinizante de Castiglione no entra, pues, en pugna con su apego a la escritura en vulgar, sino que asegura esa «cognizione d'arte e di precetti» latinos que contribuirán a ennoblecerla. De ahí los numerosos pasajes clásicos que se incorporan con naturalidad, sin envaramiento, al tejido de su prosa, un placer típicamente humanista. Humanismo que en Castiglione no se resuelve en la idealización nostálgica del mito de la Antigüedad clásica como modelo exclusivo de *civiltà* literaria y artística. Por el contrario, propugna una nueva visión del mundo apoyándose en la sustancia de la clasicidad, lo que supone un concepto activo e innova-

---

[36] Ed. cit. de la traducción de Boscán, págs. 16-17.
[37] *Op. cit.*, pág. 177.
[38] *Ibid.*
[39] M. Morreale, *op. cit.*, I, pág. 69.
[40] *Ibid.*, pág. 35.

dor del humanismo, detectable tanto en la lengua como en los temas de su libro.

En la construcción la prosa de EL CORTESANO muestra un sereno equilibrio que permite a un tiempo lo literario y lo conversacional; la gravedad y la ligereza; la estudiada disposición arquitectónica de la frase y la facilidad dialéctica. A juicio de B. Maier, su diálogo se ciñe a los usos coloquiales del ambiente cortesano vivido por el propio Castiglione, ese *parlato aulico* que se desarrolla:

> «alla presenza di principi, di gentiluomini e di gentildonne: una conversazione in cui trovano la loro adeguata collocazione sia i lunghi squarci espositivi, teorici, narrative, sia le battute rapide e brevi e le pronte, acuminate schermaglie verbali, e in cui, come taluni eccessi polemici sono smussati o spenti nell'allegria di un sorriso o di una celia, così le soverchie effusioni oratorie e gli indugi sottilmente disquisitori, sono contrappesati da qualche espressione che riconduce alla realtà, al tono vivace e garbato costantemente perseguito dall'autore» [41].

De ese modo la severidad doctrinal que cabría esperar de un tratado se ve continuamente desmentida por la interpolación de anécdotas, sucedidos, juegos dialécticos, etc., que aseguran la fluidez verbal y sintáctica del libro y lo mantienen en los límites de lo conversacional culto, sin romper nunca ese tono elegante con que los interlocutores hablan hasta de las cosas menos elevadas. No hay en el estilo de EL CORTESANO la descuidada facilidad que cabría esperar si se toma al pie de la letra la afirmación inicial del autor de que pretendía hacer una obra *parlata*. Nada más lejos del ideal artístico y de la competencia técnica de un humanista como Castiglione. Por el contrario, su ideal de la naturalidad hablada presupone unos interlocutores cultos y está presidido por una fuerte preocupación formal y una conciencia estilística muy clara. El resultado es una prosa armónica y equilibrada en la construcción del período; grave y dotada al mismo tiempo de la virtud de la *sprezzatura;* es decir, válida también para reflejar —al lado de la declamación oratoria y la seriedad discursiva— la soltura conversacional y hasta el juego humorístico. Varias *autoridades* literarias (sobre todo Cicerón y Boccaccio) sirven de modelos de una prosa que hay que seguir viendo sobre la perspectiva del *Quattrocento* italiano:

> «La frase de Castiglione, con su distribución elíptica de sustantivos abstractos, remata elegantemente un período de corte ciceroniano. La preciosidad verbal del humanista de Mantua se engarza en complejos y bien moldeados párrafos y se acompaña con unas cadencias inspiradas directa o indirectamente en la prosa de Boccaccio» [42].

---

[41] *Dizionario critico...*, pág. 543.
[42] M. Morreale, *op. cit.*, I, pág. 42.

Otro ingrediente de mucha incidencia en el estilo de EL CORTESANO es el humor. Un concepto del humor que forma parte del alto ideal conversacional de los protagonistas y que con frecuencia afecta al sentido mismo de los temas que se discuten en el libro. Abundan, por ejemplo, los comentarios irónicos o jocosos a lo dicho por los contertulios, lo que presta gracia y movilidad al coloquio. Nunca ese humor será desenfadado en exceso y mucho menos chocarrero o de mal gusto, pero deberá formar parte del bagaje dialéctico del buen cortesano, quien ha de saber deslizar oportunamente en la conversación *facezie* o gracias verbales (burlas, motes, chistecillos, anécdotas...). Varios pasajes del libro II están dedicados a la risa y constituyen en realidad una verdadera tipología de gracias verbales, un sabroso repertorio de burlas sutiles, en su mayor parte atribuidas a figuras contemporáneas de Castiglione. Se trata, como es sabido, de una práctica enteramente renacentista, que a la par que rescata del olvido un riquísimo material muchas veces folklórico, presta amenidad al diálogo. M. Morreale ha señalado las fuentes literarias de esa especie de *tratado de la risa* del libro II: la *Institutio oratoria* de Quintiliano, el *De sermone* de Pontano y sobre todo, como ya subrayó V. Cian, el segundo libro del *De oratore* de Cicerón. El mérito de Castiglione reside en haber integrado la preceptiva clásica sobre la risa en el ambiente cortesano de su tiempo, aclimatando la terminología de Cicerón «en el idioma vernáculo, contribuyendo eficazmente a soldar la materia romance y renacentista [los chistes, anécdotas, etc.] con las formas clásicas. Su esfuerzo repite en cierto modo la lucha verbal del propio Cicerón, intermediario entre la cultura griega y la lengua latina.

Al incorporar [Castiglione] la preceptiva de la risa en su obra (después de los capítulos sobre la amistad y las virtudes sociales), le confiere un papel importante no tan sólo como norma práctica de conversación, sino para la propia formación del cortesano: síntesis y piedra de toque de sus demás cualidades bajo la insignia de una refinada *mediocrità*» [43]. No hay que olvidar, a cuenta de las *facezie* del cortesano, que Castiglione ha diseñado en realidad la figura del «homo facetus» renacentista, aquel que hace de la conversación apacible y jocosa, propia del ambiente distendido de las veladas cortesanas, un ideal ligado el sentido lúdico de la existencia y también del arte y la literatura. Dimensión lúdica que tiene sin duda mucho que ver con la frecuente aparición en el libro de los bufones, a los que se otorga gran protagonismo. Hay en este dato una innegable relación con el dominio de la llamada *literatura del loco,* con el sentido paradójico y positivo de la *necedad* que Erasmo había ponderado en su *Elogio de la locura.* No en vano Castiglione llega a afirmar en algún pasaje de su libro que «en cada uno de no-

[43] *Ibid.*, pág. 207.

sotros hay alguna simiente de locura, la cual, si se granjea, puede multiplicarse casi en infinito».

Digamos finalmente que una alta dosis de sutil ironía discurre por entre las páginas de este libro singular que es en tantos aspectos EL CORTESANO. Ironía que se aplican a sí mismos los personajes o que hacen extensiva a las ideas y actitudes que se defienden en el curso del diálogo. Ese continuo reír de los interlocutores es preciso entenderlo como otra muestra de su probada capacidad para la autoironía, de su honda sabiduría vital y de un inteligente distanciamiento que al par que debate sobre ideas y personas no olvida nunca el relativismo de todo lo humano.

4. «EL CORTESANO» EN ESPAÑA.

4.1. *La traducción de Juan Boscán.*

EL CORTESANO es un libro de gran trascendencia en la Europa del Renacimiento pues contribuyó a difundir un ideal humano y literario que procedía de uno de los ámbitos más cultos y refinados de aquel tiempo. El texto de Castiglione se convirtió bien pronto en un manual de *civiltà* —y también de etiqueta— fervientemente leído en círculos aristocráticos y literarios de los principales países europeos. Cumplió también la importante misión de divulgar las tesis del neoplatonismo italiano del *Cinquecento* con más efectividad, sin duda, que los mismos tratados específicos sobre el tema (Ficino, León Hebreo, etc.), a lo que contribuyó en no poca medida su condición de obra literaria y su elegante llaneza de estilo.

España fue de los lugares que más pronto conocieron y asimilaron EL CORTESANO, tanto por las especiales circunstancias de relación política y cultural mantenidas con Italia a lo largo del siglo XVI —y de manera directa con el nuncio Castiglione— como por haber hallado en la persona de Juan Boscán un temprano traductor de excepcional valía. Conocidas son las afinidades italianizantes del poeta catalán: su amistad con el embajador veneciano Navagero y su decisión de introducir en España las nuevas formas métricas y el lenguaje poético del petrarquismo.

En una de las estancias de Garcilaso en Italia éste conoce el libro de Castiglione y lo envía inmediatamente a su amigo Juan Boscán con la intención de que lo tradujera y lo diese a la imprenta:

> «Y porque hube miedo que alguno se quisiese meter en traducir este libro, o por mejor decir, dañalle, trabajé con Boscán que sin esperar otra cosa hiciese luego imprimille por atajar la presteza que los que escriben mal alguna cosa suelen tener en publicalla» [44].

[44] Ed. cit. de la traducción de Boscán, pág. 11.

El texto traducido se publicó, en efecto, en las prensas barcelonesas de Pedro Monpezat, en abril de 1534. Boscán lo dedica a la señora Gerónima Palova de Almogávar en una carta en la que, tras justificar retóricamente su decisión de traducir el libro, razona los criterios de traducción. El propio Garcilaso, que al parecer aconsejó a Boscán en los últimos retoques de la obra, tercia también en este juego prologal ponderando tales criterios y elogiando efusivamente el texto de su amigo. La traducción es bien recibida por los lectores españoles y conoce numerosas ediciones a lo largo del siglo XVI [45]. Tan favorable acogida se debe en primer término a la resonancia del texto original pero no debe olvidarse hasta qué punto contribuyó también la alta calidad de la traducción de Boscán. Quien primero se percató de ello fue el mismo Garcilaso, que la catalogó como una traducción distinta y excepcional confrontada con los criterios que hasta el momento regían en las versiones españolas de textos extranjeros. Vio en ella el poeta toledano no la estrecha fidelidad del que se ata al *rigor de la letra*, sino la honda del que sigue sobre todo la *verdad de las sentencias:*

> «dióse Boscán en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo a leer este su libro o (por mejor decir) vuestro, no mè parece que le hay escrito en otra lengua. Y si alguna vez se me acuerda del que he visto y leído, luego el pensamiento se me vuelve al que tengo entre las manos. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fue huir del afectación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos en los buenos oídos, y no nuevos ni al perecer desusados de la gente. Fue demás desto, muy fiel tradutor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino a la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dexó todo tan en su punto como lo halló, y hallólo tal que con poco trabajo podrían los defensores de este libro responder a los que quisiesen tachar alguna cosa dél» [46].

Esta manera, flexible y moderna, de entender la traducción supone, en efecto, una novedad en la España de la época y representa un positivo avance frente a la técnica habitual de los *romanceadores,* es decir, de los que trasladaban los textos greco-latinos al castellano. En opinión del propio Boscán, era «vanidad baxa y de hombres de pocas letras andar romanzando libros; que aun para hacerse bien, vale poco, cuánto más haciéndose tan mal, que ya no hay cosa más lexos de lo que se traduce que lo que es tradu-

---

[45] Un total de 14, incluyendo la primera, señala A. González Palencia en la citada edición de 1942, pág. 401. La última es de Amberes, 1588. Después *El Cortesano* deja de publicarse en España hasta la edición de 1873 de A. M. Fabié.

[46] Ed. cit., pág. 10.

cido» [47]. Él, por el contrario, no va a *romanzar* sino a *traducir*, es decir, a mudar el libro «de una lengua vulgar en otra quizá tan buena», afirmación que supone un paso adelante en la valoración renacentista del vulgar castellano frente a otros vulgares como el italiano, al que todavía Boscán parece otorgar cierta superioridad, tal vez por su mayor riqueza en *autoridades* literarias. Opinión concomitante con la de su amigo Garcilaso, que desdeña la tradición literaria castellana y dice a cuenta de EL CORTESANO:

> «tengo por muy principal el beneficio que se hace a la lengua castellana en poner en ella cosas que merezcan ser leídas; porque yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apenas ha nadie escrito en nuestra lengua sino lo que se pudiera muy bien escusar» [48].

Como ha señalado M. Morreale, había entre los mismos romanceadores medievales una línea de traducción más liberal que no buscaba tanto la literalidad de las palabras cuanto hacerlas asequibles al entendimiento del lector romance, ajustándose a la fidelidad del contenido. Boscán caminaría por esta segunda dirección, ya avalada en lo antiguo por la autoridad de Cicerón y San Jerónimo:

> «Boscán guarda "cuanto guardar se puede" la intención de Castiglione. En la transfusión del contenido es mucho más fiel que la mayoría de sus antecesores medievales. Con una constancia admirable hace correr la pluma por los cuatro voluminosos libros del *Cortegiano*, omitiendo tan sólo unos pocos párrafos. Pero, en vez de ir hacia la lengua del original, la atrae hacia la suya propia, y llena el texto castellano de palabras "mudadas de su propia significación" [49].»

La verdadera labor de recreación literaria que subyace en los criterios de traducción de Boscán fue también captada por Garcilaso cuando afirmó que «cada vez que me pongo a leer este su libro... no me parece que le hay escrito en otra lengua». A este concepto creativo del hecho de traducir podrían añadirse otros datos que prueban sobreabundantemente cómo Boscán aplicó en la versión de EL CORTESANO toda una teoría de la traducción sumamente moderna y muy encajada en la reflexión lingüística y literaria de nuestro primer Renacimiento. Sirva de muestra su inequívoca defensa de la lengua vernácula, patente en su criterio de soslayar en lo posible los abundantes latinismos del texto de Castiglione, traduciéndolos «por el más cercano que en nuestra lengua vulgar se

---

[47] *Ibid.*, pág. 5.
[48] *Ibid.*, pág. 10.
[49] *Op. cit.*, I, pág. 18.

hallare»; o en su deseo de evitar los italianismos; o en su propósito de escribir con naturalidad, idea esta última que sitúa a Boscán en la línea del propio Castiglione y, claro está, de Garcilaso y Juan de Valdés.

Para saber en qué medida Boscán logra aplicar en la práctica de la traducción tales postulados teóricos es imprescindible manejar el admirable estudio de la hispanista italiana M. Morreale, tantas veces aludido en estas páginas. En el mismo se señalan los criterios generales que presiden la versión del escritor catalán: concreción de lo abstracto del original; predominio del enfoque afectivo y existencial sobre el discursivo; tendencia a lo dinámico sobre lo estático; amortiguación del sentido estético del texto italiano; cristianización e hispanización de conceptos y cuestiones, etc. Su traducción es un importante hecho cultural, pues «Boscán no se guía solamente por un propósito de inteligibilidad. La suya es una preocupación mucho más amplia, y mucho más significativa en sus aciertos, ya que abarca lo social y lo estético» [60]. Parte, sin duda, de un profundo conocimiento de la lengua italiana, lo que le permite verter el texto prácticamente íntegro, pero al mismo tiempo traducir con libertad, cambiando o añadiendo según su criterio. Y sobre todo adaptando términos y expresiones originales a los usos españoles, es decir, vulgarizándolos y castellanizándolos en el sentido más vivo. Aligera la carga erudita del texto de Castiglione, reduce al mínimo los cultismos, los superlativos en *-íssimo,* las formas esdrújulas, los verbos a final de frase, los hipérbatos, los adjetivos antepuestos..., y en general cuantos recursos heredados del léxico y la sintaxis latinos se integraban con naturalidad en la fluencia de la prosa culta del escritor italiano, heredera directa del elegante período boccaccesco, pero que eran sentidos un tanto artificiales en español. Boscán ilustra muy bien, en este aspecto, la reacción renacentista española contra la extremada latinización de la literatura del siglo XV. Está animado, como señala M. Morreale, por un ideal de «inteligibilidad y llaneza» y no por la obsesión, frecuente en los traductores del siglo, de introducir palabras nuevas a toda costa:

> «La traducción del *Cortesano* es para la centuria décimosexta lo que los romanceamientos alfonsíes para el siglo XIII: forja una prosa que ya no quiere ser latina, sino fluir por sus propios cauces en estrecha relación con la lengua hablada. Claro está que a dos siglos y medio de distancia ya no se puede hablar en los mismos términos de impulso creador, pero no es menos significativo el esfuerzo de Boscán por respetar el genio de la lengua y reinstaurarla en su pureza, después de la irrupción de latinismos —y pseudolatinismos— del período anterior» [61].

---

[60] *Ibíd.,* pág. 24.
[61] *Ibíd.,* pág. 278.

También en cuanto al contenido, se trata de incardinar el texto original en el ambiente y en el sistema de valores de la España contemporánea. De ahí los inevitables reajustes a la hora de traducir términos italianos (*cittadino, civile, cortegiano, gentilomo, palazzo, architetto, grazia, sprezzatura, facezia, animo, anima, bellezza,* etc.) muy pertinentes en el ámbito cultural, ideológico y social de la Italia renacentista pero no siempre bien encajados, si se traducen a la letra, en la realidad española que tiene delante el traductor. Boscán apuesta en estos casos por la decidida españolización de tales términos y por su adaptación a los usos de la nueva cultura en la que tenía que circular el libro de Castiglione. Ello supone muchas veces una importante pérdida de matices y una restricción en su elevado tono cultural y filosófico, aunque a cambio nos haya dejado una obra del mejor sabor castizo y, en último término, un texto coherentemente encajado en unos cauces de cultura y pensamiento que en muchos aspectos reflejan todavía la marcada fijación medieval del siglo XVI español. Como producto de esa consciente españolización de la materia y la lengua de EL CORTESANO (que refleja un entendimiento muy sutil de lo que debe ser el texto traducido: un *nuevo* texto que apela a un *nuevo* lector) pueden entenderse varias omisiones de Boscán, algunas muy representativas de la vida española de su tiempo [52]. Concluye por ello M. Morreale diciendo que

> «lo que Boscán conserva del original tiene un sentido histórico no menos significativo de lo que rechaza: aquello como síntesis de la tradición española y como primera modalidad de la influencia de Castiglione, esto como piedra de toque de influjos posteriores.
>
> Boscán trabaja principalmente con materiales ya dados; otros los amplía hasta adecuarlos al original y unos cuantos los admite a conciencia como nuevos. Los elementos equivalentes en el original y la traducción pertenecen a la comunidad espiritual románica y europea, y pueden agruparse de un modo lato bajo la rúbrica de la idealización, bien sea el idealizado orador, cortesano o caballero. Al hacerse Castiglione vehículo de neoplatonismo no hace más que acelerar e intensificar una floración que también por otros conductos hallará en España terreno abonado. Con más razón puede decirse esto de temas aristotélicos o estoicos que en las páginas del *Cortegiano* se hacen materia de conversaciones cortesanas. Si acaso lo que se nota es una más resuelta cristianización de los términos y la contaminación de lo re-

---

[52] A título de ejemplo podemos citar dos casos, ambos en el capítulo VI del libro II del texto de Boscán. En el primero se omite un chiste a cuenta de los *marranos* españoles (pág. 284 de la edición de Maier), y en el segundo se prescinde igualmente de una gracia verbal que Castiglione pone en boca de la reina de España y que a Boscán pudo parecer de escaso gusto (pág. 303 de la edición de Maier).

ligioso y lo profano. Las trabas verbales, cuando las hay, y las desviaciones semánticas delatan esa retardación cultural que en España enlaza la Edad Media con la época barroca» [53].

No es necesario ponderar, por las referencias que hemos ido señalando, cómo el libro de Juan Boscán tuvo en el siglo XVI español un significado que excede en mucho a su carácter de traducción. No fue, desde luego, una traducción más entre las muchas versiones de libros italianos que enriquecen la centuria. Supuso, en primer lugar, la defensa de un ideal teórico del hecho de la traducción planteado en términos modernos y en los albores mismos de nuestro Renacimiento. Y fue también un verdadero ejercicio de lengua y de estilo, pionero de otros muchos que vinieron detrás; un modelo literario que en ese preciso momento histórico nada desdice de otras grandes obras de creación. Contribuyó por ello en gran medida a la creación de la lengua literaria de la España renacentista, en un sentido paralelo al que en el plano teórico protagonizó un libro como el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés. Superior en calidad literaria y en ingenio recreador a las restantes traducciones italianas de la época, llegó a ser ponderado por Menéndez y Pelayo como «el mejor libro en prosa escrito en España durante el reinado de Carlos V» [54].

4.2. *Otras resonancias literarias.*

Bien a través de la traducción de Boscán, bien por la lectura directa del italiano, EL CORTESANO de Castiglione ejerció una influencia decisiva sobre importantes autores españoles del siglo XVI y prolongó sus ecos en no pocas obras del XVII. Existe ya un trabajo general sobre esta cuestión y numerosos estudios parciales que recogemos puntualmente en la bibliografía final. Como orientación al lector, recordemos en primer término la incidencia de Castiglione en la teoría lingüística del primer Renacimiento español y de manera muy especial en la reflexión de Juan de Valdés, punto subrayado en los trabajos de Menéndez Pidal, Lapesa, Bataillon, Lore Terracini, etc. También Terlingen lo ha tenido muy en cuenta en su estudio sobre los italianismos en el español. En poesía el primero que refleja la huella de EL CORTESANO es el propio Boscán, en su *Historia de Leandro y Hero,* analizada desde esa perspectiva por Otis H. Green, y en la canción segunda, tratada por M. Morreale. También Garcilaso, sobre todo en su *Égloga primera,* estudiada por Parker. Y un libro reciente de J. M. Corominas sigue la pista de la obra italiana a través de *La Araucana* de Ercilla. Fray

[53] *Op. cit.,* I, pág. 280.
[54] Ed. cit. de la traducción de Boscán, pág. LIII.

Luis de León, Herrera y otros muchos poetas contemporáneos recogen también los frutos del neoplatonismo de EL CORTESANO.

En la prosa tienen especial relieve las deudas para con Castiglione de Cervantes, subrayadas sobre todo en los trabajos de A. Castro, Avalle-Arce, Fucilla, Riley, Mades y otros; y las que pueden detectarse en el idealismo de la literatura pastoril (Avalle-Arce, López Estrada...). Como libro escrito bajo la «influencia directa» de Castiglione considera M. Morreale el *Scholástico* de Cristóbal de Villalón, también analizado por Kindcaid, Hamilton, etc. La crítica reconoce asimismo influjos del *Cortesano* en el libro del mismo título de Luis Milán, en *El Caballero perfecto* de Salas Barbadillo y en la obra de Baltasar Gracián. La fortuna del título original se revela igualmente en *El Cortesano descortés* del propio Salas Barbadillo y en otros varios libros —como el citado de Luis Milán y *El Cortesano,* de Gabriel Bocángel—, que lo adoptan como prestigioso reclamo. Conviene aludir, por otra parte, a la resonancia de otras obras de Castiglione de menor entidad, como es el caso del famoso soneto *Superbi colli...,* que tanto contribuyó al desarrollo del tema literario de las ruinas en la España de los siglos XVI y XVII (Fucilla, Orozco, Lara, Vranic...); y a la acogida de algunos motivos antiguos, a los que EL CORTESANO pudo servir de eficaz vehículo. Es el caso de la vieja idea clásica del hombre como microcosmo, rastreada en la literatura española por Francisco Rico. Merece también subrayarse el significado de la versión de Boscán como hecho de traducción realmente modélico ponderado por cierta crítica (Morreale, Sarolli, García Yebra...).

5. CRITERIOS DE LA PRESENTE EDICIÓN.

Nos atenemos en esta edición al texto traducido por Juan Boscán (Barcelona, Pedro Monpezat, 1534), tantas veces citado, en la versión que preparó A. González Palencia para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, 1942). Esa versión reproduce, en efecto, el texto de la edición *princeps,* aunque añade también la división en capítulos y la sinopsis argumental de cada uno de ellos tal como aparecen en la traducción de Boscán a partir de la tercera edición (Salamanca, 1540). Como es sabido, ninguna de estas referencias están en el original de Castiglione. No obstante, su inclusión parece aconsejable como orientación para la lectura de un texto como EL CORTESANO, que carece de otras divisiones externas suficientemente indicativas.

En el texto dado por González Palencia nos hemos limitado a corregir erratas y a introducir mínimas precisiones en la ortografía y puntuación (uso sistemático de los dos puntos tras los verbos introductores de los diálogos, modernización de la práctica acentual, etcétera). En cuanto a las notas, las reducimos prácticamente a la

sumaria información sobre los personajes (en especial los pertenecientes al entorno del autor) y a las indispensables referencias histórico-culturales que pueden ayudar a una mejor comprensión de la obra. Nos servimos, sobre todo, para ello de la abundantísima información facilitada por la edición, ya clásica, de V. Cian, y por las más modernas de B. Maier y C. Cordiè, que el lector verá recogidas en nuestra bibliografía final. Somos conscientes de que el interesante libro de Juan Boscán merece una verdadera edición crítica que ofrezca el texto con criterios de transcripción modernos y aclare a pie de página los problemas lingüísticos y literarios que suscita, partiendo, claro está, de la espléndida lectura interpretativa de M. Morreale. Bueno será, mientras tanto, disponer de él y proceder a su lectura en una edición asequible y sobre un texto suficientemente fiable como este que ofrecemos hoy en «Selecciones Austral».

ROGELIO REYES CANO

Universidad de Sevilla.

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL

1. *Principales ediciones modernas.*

Il Cortegiano. Annotato e illustrato da V. CIAN, Firenze, Sansoni, 1894 (4.ª ed., 1947).
Il libro del Cortegiano, en *Opere* di Baldassare Castiglione, Giovanni della Casa e Benvenuto Cellini. A cura di C. CORDIÈ, Milano, Ricciardi, 1960.
Il libro del cortegiano con una scelta delle opere minori. A cura di B. MAIER, Torino, U.T.E.T., 1955 (2.ª ed., 1964)
La seconda redazione del Cortegiano. Edizione critica per cura di G. GHINASSI, Firenze, Sansoni, 1968.
Il cortegiano. A cura di S. DEL MISSIER, Novara, 1968.

2. *Estudios generales.*

BATTAGLIA, S.: «L'idea del cortigiano», en *Mitografia del personaggio,* Napoli, 1966.
BIANCO DI SAN SECONDO, E.: *Baldassare Castiglione nella vita e negli scritti,* Verona, 1941.
BONGIOVANNI, G.: *Baldassare Castiglione,* Milano, 1929.
CARTWRIGHT, J.: *Baldassare Castiglione, the perfect Courtier, his Life and Letters: 1479-1529,* London, 1908.
CIAN, V.: *La lingua di Baldassare Castiglione,* Firenze, Sansoni, 1942.
CIAN, V.: *Un illustre nunzio pontificio del Rinascimento: Baldassare Castiglione,* Città del Vaticano, 1951.
LOOS, E.: *Baldassare Castigliones «Libro del Cortegiano». Studien zur Tugendauffassung des Cinquecento,* Frankfurt am Main, 1955.

MAIER, B.: «Baldassare Castiglione», en AA. VV., *Letteratura italiana, I minori,* II, Milano, 1961.
ROSSI, M.: *Baldassare Castiglione. La sua personalità. La sua prosa,* Bari, 1946.
RUSSO, L.: «Baldassare Castiglione», en *Belfagor,* XIII (1958), págs. 505-522.
TOFFANNI, G.: *Il Cortegiano nella trattatistica del Rinascimento,* Napoli, 1962.
VICINELLI, A.: *Baldassare Castiglione, il cortigiano, il letterato, il politico,* Torino, 1931.

3. *Ediciones modernas de la traducción de Boscán.*

El Cortesano. Ed. de Antonio María FABIÉ, Madrid, «Libros de Antaño», 1873, III.
El Cortesano. Prólogo de Augusto F. de AVILÉS, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. [1930], «Bibliotecas Populares Cervantes», núms. 65-66, 2 vols.
El Cortesano. Traducción de Juan Boscán, estudio preliminar de M. MENÉNDEZ Y PELAYO, índice y notas de A. GONZÁLEZ PALENCIA, Madrid, C.S.I.C., 1942, Anejo XXV de la *Revista de Filología Española.*
El Cortesano, Madrid, Espasa-Calpe, 1945 (4.ª ed.: 1980). Reproduce la edición de FABIÉ. Obra incompleta, pues omite el libro II del *Cortesano.*
El Cortesano. Edición de Teresa SUERO ROCA, Barcelona, Bruguera, 1972. Reproduce también el texto de FABIÉ.

4. *Estudios sobre Castiglione y la literatura española.*

ALCAZAR, C.: «En el centenario de Boscán», en *Revista de la Universidad de Madrid,* III (1943), págs. 141-152.
ARMISEN, A.: *Estudios sobre la lengua poética de Boscán. La edición de 1543,* Zaragoza, 1982.
AVALLE-ARCE, J. B.: *La novela pastoril española,* Madrid, 1974 (2.ª ed.)
BATAILLON, M.: *Erasmo y España,* México, 1966 (2.ª ed. en español).
BATAILLON, M.: «Heritage classique et culture chrétieenne», en *L'Humanisme dans les lettres espagnoles,* Paris, 1979, páginas 15-29.
BLANCO GONZÁLEZ, B.: *Del Cortesano al Discreto,* Madrid, 1962.
CASTRO, A.: *El pensamiento de Cervantes,* Barcelona-Madrid, 1972 (2.ª ed.)
COROMINAS, J. M.: *Castiglione y La Araucana. Estudio de una influencia,* Madrid, 1980.

DARTS, D. H.: *Juan Boscán,* Boston, 1978.
FOULCHÉ DELBOSC, R.: «Notes sur le sonnet *Superbi colli», en Revue Hispanique,* XI (1904), págs. 225-243.
FUCILLA, J. G.: «Notes sur le sonnet *Superbi colli* (Rectificaciones y suplemento)», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo,* XXXI (1955), págs. 51-93.
FUCILLA, J. G.: «The Role of the *Cortegiano* in the Second Part of the *Don Quijote»,* en *Hispania,* XXXIII (1950), páginas 291-296. Reproducido en *Relaciones hispanoitalianas,* Madrid, 1953., páginas 17-26.
GARCÍA YEBRA, V.: *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia,* Madrid, 1983.
GIANNINI, A.: «La *Cárcel de Amor* y el *Cortegiano* de B. Castiglione», en *Revue Hispanique,* XLVI (1919), págs. 547-568.
GREEN, O. H.: «Boscán and *Il Cortegiano:* The *Historia de Leandro y Hero»,* en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (1948), reproducido en *España y la tradición occidental. El espíritu castellano en la literatura desde «El Cid» hasta Calderón,* Madrid, 1969, I, págs. 158-169.
HAMILTON, R.: «Villalón y Castiglione», en *Bulletin Hispanique,* LIV (1952), págs. 200-202.
JULIÁ MARTÍNEZ, E.: *La influencia de Italia en el Renacimiento español,* Valladolid, 1942.
KERR, E.: «Prologomena to an edition of Villalón's *Scholástico»,* 2, en *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), XXXII (1955), páginas 204-213.
KREBS; E.: «El *Cortesano* de Castiglione en España», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* VIII (1940), págs. 93-146 y 423-435; IX (1941), págs. 135-142 y 517-543; X (1942), páginas 53-118 y 689-748.
KINDCAID; J.: *Cristóbal de Villalón,* Nueva York, 1973.
LAPESA; R.: *Introducción* a Juan de Valdés, *Diálogo de la Lengua,* Zaragoza, 1940.
LARA GARRIDO, J.: «Notas sobre la Poética de las ruinas en el Barroco», en *Analecta Malacitana,* III, 2 (1980), páginas 385-399.
LÓPEZ ESTRADA, F.: *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa,* Madrid, 1974.
MADES, L.: *The armor and the brocade, a study of «Don Quixote» and «The Courtier»,* Nueva York, 1968.
MARICHALAR, A.: «El Cortesano. En el centenario de Boscán», en *Escorial,* IX (1942), págs. 377-409.
MARSHALL, P.: *Introducción* a *El Caballero Perfecto* de Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, Boulder, 1949.
MENÉNDEZ PIDAL, R.: «El lenguaje del siglo XVI», en *La lengua de Cristóbal Colón,* Madrid, 1958, págs. 47-84 (1.ª ed.: 1942).

MENÉNDEZ Y PELAYO, M.: «Juan Boscán», en *Antología de poetas líricos castellanos,* Madrid, 1945, X (1.ª ed.: 1908), reproducido con el título «Estudio sobre Castiglione y el Cortesano», en B. Castiglione, *El Cortesano.* Trad. de Juan Boscán, estudio preliminar de MENÉNDEZ Y PELAYO, M., índice y notas de A. González Palencia, Madrid, 1942, págs. VII-LXIV.

MOLINARO, J. A.: «Boscán's Traslation of *Il Cortegiano* and his Linguistic Devices», en *Quaderni Ibero-Americani,* III (1959), páginas 584-591.

MOREL-FATIO, A.: «Histoire d'un sonnet», en *Revue d'histoire littéraire de la France,* I (1884), págs. 97-102.

MORREALE, M.: *Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español,* Madrid, 1959, 2 vols.

MORREALE, M.: «Castiglione y *El Héroe:* Gracián y *Despejo*», en *Homenaje a Baltasar Gracián,* Zaragoza, 1958, págs. 137-143.

MORREALE, M.: *«Claros y frescos ríos:* Imitación de Petrarca y reminiscencias de Castiglione en la segunda canción de Boscán», en *Thesaurus,* VIII (1952), págs. 165-173.

MORREALE, M.: «El mundo del cortesano», en *Revista de Filología Española,* XLII (1958-1959), págs. 229-260.

MORREALE, M.: «Para una lectura de la diatriba entre Castiglione y Alfonso de Valdés sobre el Saco de Roma», en *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España.* Actas de la III Academia Literaria Renacentista. Salamanca, 1983, páginas. 65-103.

OROZCO, E.: «Ruinas y jardines. Su significación y valor en la temática del Barroco», en *Temas del Barroco,* Granada, 1947, páginas 118-176.

PARDUCCI, A.: *Saggio sulla poesia lirica di Juan Boscán,* Bologna, 1952.

PARKER, A.: «An Age of Gold: Expansion and Scholarship in Spain», en D. Hay, ed., *The Age of the Renaissance,* Nueva York, 1967, págs. 221-248. Trad. española: *La época del Renacimiento,* Barcelona, 1969, págs. 235-248.

PARKER, A.: «Theme and imagery in Garcilaso's Firs Eclogue», en *Bulletin of Hispanic Studies,* XXV (1948), págs. 222-227. Trad. española en E. L. Rivers, ed., *La poesía de Garcilaso,* Barcelona, 1974, págs. 199-208.

RALLO, A.: *Introducción* a *El Crótalon de Cristóforo Gnofoso,* Madrid, 1982.

RICO, F.: *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas,* Madrid, 1970.

RILEY, E.: *Teoría de la novela en Cervantes,* Madrid, 1966.

ROMERA NAVARRO, M.: «La defensa de la lengua española», en *Bulletin Hispanique,* XXXI (1929), págs. 204-255.

SAROLLI, G. R.: «Boscán as translator: St. Jerome or the Humanists?», en *Modern Language Notes,* LXXVII (1962), páginas 187-191.

TERLINGEN, J.: *Los italianismos en español desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVIII*, Amsterdam, 1943.

TERRACINI, L.: *Lingua come problema nella letteratura spagnola del Cinquecento*, Torino, 1979.

VRANIC, S.: «La evolución de la poesía de las ruinas en la literatura española de los siglos XVI y XVII», en *Ensayos sevillanos del Siglo de Oro*, Valencia, 1981, págs. 64-72.

LOS QUATRO LIBROS DEL CORTESA/
NO, COMPUESTOS EN ITALIANO POR EL CONDE
BALTHASAR/
CASTELLON Y AGORA NUEVAMENTE
TRADUZIDOS EN LEN/
GUA CASTELLANA POR BOSCÁN

[PRIVILEGIO]

Don Carlos, por la Divina Clemencia Emperador de Romanos, siempre augusto rey de Germania. Doña Joana, su madre, y el mismo Don Carlos por la gracia de Dios, reyes de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalem, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de León, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las islas indias y tierra firme del mar océano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Bravancia, e Condes de Barcelona, Flandes y Tirol, e Señores de Vizcaya y de Molina, e Duques de Athenes y Neopatria, Condes del Rosellón y Cerdaña, Marqueses de Oristán y Gociano. Por cuanto por parte de vos Pedro Mompezat nos ha sido hecha relación que Joan Boscán, criado de nuestra casa, ha traducido de toscano en romance castellano un libro intitulado *El Cortesano,* y nos habéis enviado a suplicar que os hiciésemos merced y mandásemos por el tiempo que fuésemos servido que vos, o la persona o personas que vuestro poder oviesen y no otras algunas puedan imprimir y vender en todos nuestros reinos y señoríos el dicho libro. E nos, acatando lo susodicho, y que por algunos de nuestro consejo el dicho libro ha sido visto y examinado y aprobado por bueno, lo habemos tenido así por bien. Por ende, con tenor de las presentes de nuestra cierta sciencia y autoridad real, os damos licencia y facultad que por tiempo y espacio de diez años primero siguientes que se cuenten del día de la data desta en adelante, la persona o personas que vuestro poder para ello hubieren, y no otras algunas, en todos nuestros reinos y señoríos puedan imprimir e impriman y vendan el dicho libro desuso declarado, so pena que cualquier persona o personas que sin tener vuestro poder para ello, lo imprimieren o vendieren, o hicieren vender o imprimir, pierdan toda la impresión que hicieren o vendieren y los moldes y aparejos con que

lo hicieren, e incurran cada uno dellos en pena de mil florines de oro por cada vez que lo contrario hicieren. La cual dicha pena se reparta en esta manera. La tercera parte para la persona que lo acusare, y la otra parte para el juez que lo esecutare. Y la otra tercera parte para nuestro fisco. E por las mismas presentes o su traslado auténtico signado de escribano público, mandamos a todos y cualesquier oficiales nuestros exercientes jurisdición en los nuestros dichos reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir con efecto la presente nuestra real provisión y todo lo en ella contenido, y contra ella no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar por alguna manera so incorrimiento de nuestra ira e indignación, y pena de mil florines de oro del que lo contrario hiciere esigideros y a nuestros cofres aplicaderos. En testimonio de lo cual mandamos hacer las presentes con nuestro sello común en el dorso selladas. Dat. en nuestra villa de Monzón a XX días de Deciembre del año del nacimiento de Nuestro Señor, Mil quinientos treinta y tres.

El Rey.

[DEDICATORIAS]

A LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA DOÑA GERÓNIMA PALOVA DE ALMOGÁVAR

No ha muchos días que me envió Garcilasso de la Vega (como Vuestra merced sabe) este libro llamado *El Cortesano,* compuesto en lengua italiana por el conde Baltasar Castellón. Su título y la autoridad de quien me le enviaba, me movieron a leelle con diligencia. Vi luego en él tantas cosas tan buenas, que no pu(e)de dexar de conocer gran ingenio en quien le hizo. Demás de parecerme la invinción buena y el artificio y la dotrina, parecióme la materia de que trata no solamente provechosa y de mucho gusto, pero necesaria por ser de cosa que traemos siempre entre las manos. Todo esto me puso gana que los hombres de nuestra nación participasen de tan buen libro y que no dexasen de entendelle por falta de entender la lengua, y por eso quisiera traducille luego. Mas como estas cosas me movían a hacello, así otras muchas me detenían que no lo hiciese, y la más principal era una opinión que siempre tuve de parecerme vanidad baxa y de hombres de pocas letras andar romanzando libros; que aun para hacerse bien, vale poco, cuánto más haciéndose tan mal, que ya no hay cosa más lexos de lo que se traduce que lo que es traducido. Y así tocó muy bien uno, que hallando a *Valerio Máximo* en romance y andando revolviéndole un gran rato de hoja en hoja sin parar en nada, preguntado por otro qué hacía, respondió que buscaba a *Valerio Máximo.* Viendo yo esto, y acordándome del mal que he dicho muchas veces de estos romancistas (aunque traducir este libro no es propriamente romanzalle, sino

mudalle de una lengua vulgar en otra quizá tan buena), no se me levantaban los brazos a esta traducción. Por otra parte me parecía un encogimiento ruin no saber yo usar de libertad en este caso, y dexar por estas consideraciones o escrúpulos de hacer tan buena obra a muchos, como es ponelles este libro de manera que le entiendan.

Andando yo en estas dudas, Vuestra merced ha sido la que me ha hecho determinar, mandándome que le traduxese; y así, todos los inconvinientes han cesado y sólo he tenido ojo a serviros; y estoy tan confiado con tener tan buen fin, que esta sola confianza basta para hacerme acertar esto. Cuanto más que este libro dándose a vos es vuestro, y así vos miraréis por él en aproballe y defendelle si fuere bueno, o en ponelle en parte donde no parezca, siendo malo. Yo sé que si yo no le he estragado en el traducille, el libro es tal que de ninguna otra cosa tiene necesidad sino de un ingenio como el de Vuestra merced que sea para entendelle y gustalle. Y así he pensado muchas veces que este *Cortesano* ya cuanto a lo primero es dichoso, porque en Italia alcanzó por señora a la Marquesa de Pescara, que tiene fama de la más avisada mujer que hay en todas aquellas tierras, y casi en sus manos nació y ella le tomó a su cargo y le crió y le hizo hombre para que pudiese andar por el mundo ganando honra; y agora en España habrá alcanzado a ser de Vuestra merced, que (por hablar templadamente) tenéis las mismas cualidades della; y a él podréisle hacer tanta honra que quizá le baste para no querer más, ni curar de otra cosa ya sino de sosegarse y descansar de sus trabajos en vuestras manos.

Yo no terné fin en la traducción deste libro a ser tan estrecho que me apriete a sacalle palabra por palabra, antes, si alguna cosa en él se ofreciere, que en su lengua parezca bien y en la nuestra mal, no dexaré de mudarla o de callarla. Y aun con todo esto he miedo que según los términos de estas lenguas italiana y española y las costumbres de entrambas naciones son diferentes, no haya de quedar todavía algo que parezca menos bien en nuestro romance. Pero el sujeto del libro es tal, y su proceso tan bueno, que quien le leyere será muy delicado si entre tantas y tan buenas cosas no perdonare algunas pequeñas, compensando las unas con las otras. La materia de que trata, luego en el principio de la obra se verá, es hacer un cortesano perfeto, y tal como Vuestra merced le sabría hacer si quisiese. Y porque para un perfeto cortesano se requiere una perfeta dama, hácese también en este libro una dama tal que aun podrá ser que la conozcáis y le sepáis el nombre si la miráis mucho.

Para todo esto ha sido necesario tocar muchas cosas en diversas facultades, todas de gran ingenio y algunas dellas muy hondas y graves. Por eso no me maravillaría hallarse quizá algunos de los que consideran las cosas livianamente y no toman dellas sino el aire que les da en los ojos, que les parezca mal enderezar yo a

Vuestra merced un libro, que aunque su fin principal sea tratar de lo que es necesario para la perfición de un cortesano, todavía toque materias entricadas y más trabadas en honduras de ciencia de lo que pertenezca a una mujer y moza y tan dama. A esto respondo que el que hizo el libro entendió esto mejor que ellos, y de tal manera mezcló las cosas de ciencia con las de gala que las unas se aprovechan y se valen con las otras, y están puestas tan a propósito y tan en su lugar, y los términos que hay en ellas, si algunos por ser de filosofía se aciertan a ser pesados, son tan necesarios allí donde están, y asentados con tan buen artificio, y tan desculpados por los mismos que allí los usan, y dichos tan chocarreramente donde es menester, que a todo género de personas, así a mujeres como a hombres, convienen y han de parecer bien, sino a necios. Y aunque todo esto no fuese, vuestro entendimiento y juicio es tal que vos no os habéis de encerrar en las estrechezas ordinarias de otras mujeres, sino que toda cosa de saber os ha de convenir totalmente. Y en fin, porque ya sobre esto no haya nada más que debatir, quiero aprovecharme de un argumento casi semejante al de un filósofo, que disputando un día con él muchos, y haciéndole grandes razones para proballe que no había movimiento en las cosas, la respuesta que les dió para concluilles fue levantarse de donde estaba sentado y pasearse, y allí nadie pudo negar el movimiento. Y así a éstos quiero yo también concluilles con que Vuestra merced se mueva un poco, y os vean cómo entendéis y gustáis las cosas, por altas que sean, y entonces verán si os son convenibles o no. En fin, Vuestra merced ha de ser aquí el juez de todo; vos veréis el libro y el cortesano y lo que yo he hecho por él en habelle puesto en vuestras manos. Si os pareciere que he salido de esto con mi honra, agradecéme la voluntad y la obra, y si no, a lo menos la voluntad, pues ha sido de serviros, no se pierda.—BOSCÁN.

A LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA DOÑA GERÓNIMA PALOVA DE ALMOGÁVAR

Si no hubiera sabido antes de agora dónde llega el juicio de Vuestra merced, bastárame para entendello ver que os parecía bien este libro. Mas ya estábades tan adelante en mi opinión, que pareciéndome este libro bien hasta aquí por muchas causas, la principal por donde agora me lo parece es porque le habés aprobado, de tal manera que podemos decir que le habés hecho, pues por vuestra causa le alcanzamos a tener en lengua que le entendemos. Porque no solamente no pensé acabar con Boscán que le traduxese, mas nunca me osé poner en decírselo, según le vía siempre aborrecerse con los que romanzan libros, aunque él a esto no lo llama roman-

zar, ni yo tampoco; mas aunque lo fuera, creo que no se escusara dello mandándolo Vuestra merced. Estoy muy satisfecho de mí, porque antes que el libro viniese a vuestras manos, ya yo le tenía en tanto como entonces debía; porque si ahora después que os parece bien empezara a conocelle, creyera que me llevaba el juicio de vuestra opinión. Pero ya no hay que sospechar en esto, sino tener por cierto que es libro que merece andar en vuestra manos para que luego se le parezca donde anduvo, y pueda después andar por el mundo sin peligro. Porque una de las cosas de que mayor necesidad hay, doquiera que hay hombres y damas principales, es de hacer, no solamente todas las que en aquella su manera de vivir acrecientan el punto y el valor de las personas, mas aun de guardarse de todas las que pueden abaxalle. Lo uno y lo otro se trata en este libro tan sabia y tan cortesanamente que no me parece que hay qué desear en él sino vello cumplido todo en algún hombre, y también iba a decir en alguna dama, si no me acordara que estábades en el mundo para pedirme cuenta de las palabras ociosas. Demás de todo esto, puédese considerar en este libro, que como las cosas muy acertadas siempre se estienden a más de lo que prometen, de tal manera escribió el Conde Castellón lo que debía hacer un singular cortesano, que casi no dexó estado a quien no avisase de su oficio.

En esto se puede ver lo que perdiéramos en no tenelle; y también tengo por muy principal el beneficio que se hace a la lengua castellana en poner en ella cosas que merezcan ser leídas; porque yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestraa, que apenas ha nadie escrito en nuestra lengua sino lo que se pudiera muy bien escusar, aunque esto sería malo de probar con los que traen entre las manos estos libros que matan hombres.

Y supo Vuestra merced muy bien escoger persona por cuyo medio hiciésedes este bien a todos, que siendo a mi parecer tan dificultosa cosa traducir bien un libro como hacelle de nuevo, dióse Boscán en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo a leer este su libro o (por mejor decir) vuestro, no me parece que le hay escrito en otra lengua. Y si alguna vez se me acuerda del que he visto y leído, luego el pensamiento se me vuelve al que tengo entre las manos. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fue huir del afetación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oídos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fue, demás desto, muy fiel tradutor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino a la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dexó todo tan en su punto como lo halló, y hallólo tal que con poco trabajo podrían los defensores de este libro responder a los que quisiesen tachar alguna cosa dél. No hablo en los hombres de tan tiernos

y delicados oídos que entre mil cosas buenas que terná este libro les ofenderá una o dos que no serán tan buenas como las otras, que destos tales no puedo creer sino que aquellas dos les agradan y las otras les ofenden, y podríalo probar con muchas cosas que ellos fuera desto aprueban.

Mas no es de perder tiempo con éstos, sino remitillos a quien les habla y les responde dentro en ellos mismos, y volverme a los que con alguna apariencia de razón podrían en un lugar desear satisfación de algo que les ofendiese, y es que allí donde se trata de todas las maneras que puede haber de decir donaires y cosas bien dichas a propósito de hacer reír y de hablar delgadamente, hay algunas puestas por enxemplo, que parece que no llegan al punto de las otras, ni merecen ser tenidas por muy buenas de un hombre que tan avisadamene trató las otras partes; y de aquí podrían inferir una sospecha de no tan buen juicio ni tanta fineza del autor como le damos. Lo que a esto se puede responder es que la intinción del autor fue poner diversas maneras de hablar graciosamente y de decir donaires, y porque mejor pudiésemos conocer la diferencia y el linaje de cada una de aquellas maneras, púsonos un enxemplo de todas, y discurriendo por tantas suertes de hablar, no podía haber tantas cosas bien dichas en cada una déstas, que algunas de las que daba por enxemplo no fuesen algo más baxas que otras. Y por tales creo yo que las tuvo sin engañarse punto en ellas, un autor tan discreto y tan avisado como éste. Así que ya en esto se ve que él está fuera de culpa: yo sólo habré de quedar con una, que es haberme alargado más de lo que era menester. Mas enójanme las sinrazones y hácenme que las haga con una carta tan larga a quien no me tiene culpa. Confieso a Vuestra merced que hube tanta invidia de veros merecer sola las gracias que se deben por este libro, que me quise meter allá entre los renglones o como pudiese. Y porque hube miedo que alguno se quisiese meter en traducir este libro, o por mejor decir, dañalle, trabajé con Boscán que sin esperar otra cosa hiciese luego imprimille por atajar la presteza que los que escriben mal alguna cosa suelen tener en publicalla. Y aunque esta tradución me diera venganza de cualquier otra que huviera, soy tan enemigo de cisma, que aun ésta tan sin peligro me enojara. Y por esto casi por fuerza le hice que a todo correr le pasase, y él me hizo estar presente a la postrera lima, más como a hombre acogido a razón que como ayudador de ninguna enmienda. Suplico a Vuestra merced que, pues este libro está debaxo de vuestro amparo, que no pierda nada por esta poca de parte que yo dél tomo, pues en pago desto, os le doy escrito de mejor letra, donde se lea vuestro nombre y vuestras obras.—GARCILASSO DE LA VEGA.

AL MUY ILUSTRE Y REVERENDO SEÑOR [1] DON MIGUEL DE SILVA, OBISPO DE VISEO

Al tiempo que el Sr. Guidubaldo de Montefeltro, duque de Urbino [2], falleció, yo, juntamente con otros caballeros que le habían servido, quedé en servicio del duque Francisco María de la Rovere [3], heredero y sucesor dél en el Estado. Y sintiendo yo entonces en mi corazón el olor fresco de las virtudes del duque Guido, y acordándome del contentamiento que yo en aquellos años había tenido con la dulce conversación y compañía de tan ecelentes hombres como entonces se hallaron en la corte de Urbino, fui movido a escribir estos libros del *Cortesano,* y esto hícelo en pocos días con propósito de corregir después con el tiempo los errores que del deseo de pagar presto esta mi deuda habían procedido. Mas la fortuna me ha traído muchos años siempre tan ocupado en negocios y trabajos tan continos, que yo nunca he tenido espacio de enmendar y poner este libro en el punto que convenía para que mi flaco juicio quedase satisfecho. Así que hallándome en España, y siendo allí por cartas de Italia informado que la señora Vitoria de la Colona, marquesa de Pescara [4], a quien yo di traslado de este libro, y no a otra persona ninguna, había (quebrándome su palabra) hecho trasladar dél ya una muy gran parte, no pude dexar de recibir pena dello temiéndome de algunos inconvenientes que en semejantes casos pueden acaecer. Todavía me confié mucho esperando que el ingenio y seso de esta señora (la virtud de la cual yo siempre he tenido en grande veneración, como a cosa divina) serían bastantes a proveer que ningún perjuicio me viniese de haber yo obedecido a sus mandamientos. Después supe que aquella parte del libro que se había hecho trasladar, se hallaba en Nápoles en poder de muchos, y (según comúnmente son los hombres amigos de novedades) parecía que los más dellos andaban ya por hacella imprimir. Y así yo, de miedo de este peligro, determinéme de ver y enmendar luego en el libro lo poco que me sufría la brevedad del tiempo, con intención de publicalle, juzgando ser menos mal dexalle que le viesen poco corregido por mi mano, que muy dañado y destruido por la ajena. De manera que siguiendo esta determinación mía, comencé a leelle; y luego en el comienzo, consi-

---

[1] Noble y diplomático portugués, que frecuentó la corte romana de León X y fue nombrado cardenal en 1541 por el papa Pablo III.

[2] Guidobaldo de Montefeltro (1472-1508), hijo de Federico II y esposo de Isabel Gonzaga.

[3] Nieto de Guidobaldo, al que sucedió en el ducado de Urbino en 1508. Entre 1516 y 1521 fue desposeído del mismo por el papa León X.

[4] Victoria Colonna (1492-1547), famosa aristócrata y literata de la época, esposa del marqués del Vasto Francisco de Ávalos. Inspiró, como es sabido, la actividad artística de Miguel Ángel.

derando el título, tomóme una tristeza grave, la cual después, leyendo adelante, creció en mayor grado, acordándome que los más de quellos que están introducidos en el proceso de la obra son ya muertos. Porque demás de los que van puestos en el prólogo del postrer libro, muerto es el mismo Micer Alfonso Ariosto, al cual es enderezada esta obra, mancebo bien criado, discreto [5], dulce, de buenas costumbres y hábil en toda cosa que conviniese a un buen hombre de corte. Falleció asimismo el duque Julián de Médici [6], cuya bondad y nobleza merecían más largo tiempo en el mundo ser gozadas. Muerto es también Micer Bernardo [7], cardenal de Santa María *in Portico,* el cual por una gracia y viveza de ingenio que naturalmente tenía, fue muy aceto a todos los que le conocieron; y muerto es Otavián Fregoso [8], varón señalado en nuestros tiempos, manánimo y hombre de gran conciencia, lleno de bondad, de ingenio, de prudencia y cortesía, y verdaderamente amigo de honra y de virtud, y tan merecedor de ser loado, que sus mismos enemigos nunca pudieron dexar de loalle; y aquellas desdichas y adversidades, que él con gran ánimo continamente sufrió, harto claramente mostraron que la fortuna, como siempre ha sido, así también agora es contraria a la bondad. Muertos son, en fin, muchos otros de los nombrados en este libro, a los cuales parecía que la natura les hubiese prometido y les debiese larga vida. Pero lo que más es de doler y que no debría decirse sin lágrimas, es que también la señora Duquesa [9] es muerta. Y si mi corazón se altera por la pérdida de tantos amigos y señores míos que me han dexado en esta vida como en un desierto lleno de trabajos, razón es que mucho más gravemente sienta el dolor de la muerte de esta señora que de todos los otros; pues ella mucho más que todos los otros valía, y yo también más a ella que a los otros era en cargo. Así que por no tardarme en pagar lo que debo a la memoria de una señora tan ecelente y de los otros que fallecieron; movido también (como arriba dixe) por el peligro que a este libro comenzaba a recrecerse, hele hecho imprimir y hele publicado tal cual de la brevedad del tiempo me ha sido concedido.

Y pues vos no conocistes ni a la señora Duquesa ni a ninguno de

---

[5] Alfonso Ariosto (1475-1525). Primo de Ludovico Ariosto, el autor del *Orlando Furioso.* Fue amigo de Castiglione y encarnó él mismo en su persona el tipo de cortesano refinado y distinguido.

[6] Julián de Médicis (1479-1516), duque de Nemours e hijo menor de Lorenzo el Magnífico. Como otros personajes de la casa de los Médicis, compuso también poemas. Bembo lo incluyó como interlocutor en sus *Prose della volgar lingua.*

[7] Se trata de Bernardo Dovizi (1470-1520), llamado *Bibbiena,* humanista, diplomático y cardenal. Escribió la obra teatral *Calandria,* prologada por Castiglione.

[8] Octaviano Fregoso, noble genovés, refugiado en la corte de Urbino y más tarde duque de Venecia. Fue hecho prisionero por el ejército de Carlos V y murió en Ischia en 1524.

[9] Se refiere a Isabel Gonzaga, duquesa de Urbino (1471-1526), verdadera «reina» del diálogo reflejado en *El Cortesano.*

los otros que murieron, salvo al duque Julián y al cardenal de Santa María *in Portico*, porque agora los conozcáis, aunque son muertos, os envío este libro como un retrato de la corte de Urbino, no hecho por mano de Rafael o de Miguel Angel, sino de un pintor muy baxo y mal diestro y que solamente sabe debuxar, asentando las líneas principales sin acompañar ni hermosear la verdad con la lindeza de las colores, ni hacer parecer por arte de perspetiva lo que no es. Mas aunque yo haya mostrado con gran diligencia cuanto he podido, con las pláticas que en este libro se introducen, las proprias calidades y condiciones de los que en esta obra están nombrados, yo os confieso que no he podido llegar, no solamente a exprimir, mas ni aun a señalar las virtudes de la señora Duquesa, porque ni el estilo mío basta a esplicallas, ni mi entendimiento a imaginallas. Y si en esto o en otras cosas dinas de reprehensión (de las cuales pienso que habrá muchas en este libro) yo fuere reprehendido, quiero que sepan todos que no he de contradecir a la verdad ni he de defenderme falsamente; mas porque hay hombres que huelgan tanto alguna vez de reprehender, que reprehenden hasta aquello que no merece ser reprehendido, yo agora no dexaré de responder a algunos que me echan culpa porque en el escribir no he seguido al Bocacio, ni he querido obligarme a la costumbre del hablar toscano de nuestros tiempos, y cuanto a lo primero decilles he, que aunque el Bocacio fuese de gentil ingenio, conforme a lo que en su tiempo se usaba, y en alguna parte escribiese con discreción y industria, todavía se tiene por determinado que mejor escribió cuando se dejó ir tras su vena y instinto natural sin otro estudio ni cuidado de limar sus escritos, que cuando con diligencia y trabajo se esforzó en ser más limado y corregido. Por esto los mismos que son de su bando afirman que él en sus proprias cosas tuvo el juicio muy errado, despreciando las que le han hecho honra y preciando las que valen poco o no nada. Así que si yo siguiera aquella manera de escribir que en él es reprehendida hasta por aquellos que en lo demás le alaban, no pudiera huir por lo menos aquella misma culpa que a él se dió acerca de esto, y aun fuera mayor la mía, porque él erró pensando que acertaba, y yo erraría agora conociendo que yerro; y también si yo siguiera aquella otra forma que en sus escritos es aprobada por muchos y menos estimada por él, pareciérame, siguiéndole en esto, mostrar claramente que yo no concordaba en mi juicio con el del autor a quien seguía, lo cual no pudiera dexar (si yo no me engaño) de ser inconveniente o desatino.

Y ya que todas estas cosas faltaran, no pudiera yo con el sujeto seguir al Bocacio, no habiendo él escrito jamás cosa de materia semejante a estos libros del *Cortesano*, y en la lengua (a mi parecer) tampoco debía seguille; porque la fuerza y verdadera regla de hablar bien, consiste más en el uso que en otra cosa, y siempre es tacha usar palabras que no se usen; por esto no convenía usar yo

muchas de las del Bocacio, las cuales en su tiempo se usaban, mas agora ya andan desechadas aun por los mismos toscanos. Tampoco he querido obligarme a la costumbre del hablar toscano de nuestros tiempos, porque el trato que hay entre diversas naciones ha tenido siempre fuerza de llevar de la una a la otra, casi como las mercadurías, así también nuevos vocablos, los cuales después permanecen o caen, según son por el uso admitidos o desechados. Y esto, demás de estar probado con el testimonio de los antiguos, vese claramente en el Bocacio; en el cual hay tantas palabras francesas, españolas y provenzales, y algunas por ventura no bien entendidas por los toscanos modernos, que si se quitasen todas dél, quedarían sus libros mucho menores. Y porque (a mi parecer) la costumbre del hablar de las otras ciudades principales de Italia donde se juntan hombres sabios, ingeniosos y elocuentes que tratan cosas grandes de gobiernos de estados, de letras, de armas y de diversos negocios, no es justo que sea del todo despreciada en los vocablos que en todos estos lugares se usan hablando; pienso que he podido con razón usar aquéllos escribiendo que traen consigo gracia y gentileza en la pronunciación, y son comúnmente tenidos por buenos y proprios para declarar lo que conviene, aunque no sean toscanos ni tengan su principio de Italia. Demás de esto, úsanse en Toscana muchos vocablos manifiestamente corrompidos del latín, los cuales en la Lombardía y en otras partes de Italia han quedado enteros y sanos, y tan generalmente son usados de todos, que por los hombres principales son admitidos por buenos, y por el vulgo entendidos sin dificultad. Así que yo no pienso haber errado si escribiendo he usado algunos de éstos, y más aína tomado el entero y sano de mi patria que el corrompido y estragado de la ajena. Y no tengo por buena regla la de muchos que dicen que la lengua vulgar tanto parece mejor cuanto menos se parece con la latina, ni puedo entender por qué razón a una costumbre de hablar se deba dar tanto mayor autoridad que a otra, que bastando la toscana para abonar y ennoblecer los vocablos latinos corrompidos y faltos, y dalles tanta gracia, que así mancos se puedan usar por buenos, lo cual yo no niego, no pueda también la lombarda o cualquier otra sostener los mismos latinos puros, enteros, proprios y no mudados en ninguna cosa con tal que sean tolerables.

Y verdaderamente, así como querer formar vocablos nuevos o mantener los antiguos, a pesar de la costumbres, se puede decir que es una presunción muy loca, así también querer contra la fuerza de la misma costumbre destruir y casi enterrar vivos los que ha muchos años que duran y con el amparo del uso se han defendido de la malinidad del tiempo largo, conservando su autoridad y lustre en tiempo que por las guerras y estragos de Italia, la lengua, los edificios, los vestidos y costumbres recibieron alteración y mudanza, demás de ser cosa muy difícil, parece crueldad y casi un alzarse contra las cosas divinas. Por esto si yo no he querido, escri-

biendo, usar las palabras del Bocacio que ya no se usan en Toscana, ni someterme a las leyes de aquellos que no tienen por lícito usar las que no son usadas por los toscanos de este tiempo, creo que tengo harto buena desculpa. Y pienso que en la materia del libro y en la lengua, en cuanto una lengua puede ayudar a otra, he seguido autores tan aprobados cuanto lo es el Bocacio, y no creo que se me deba tener a mal haber querido más hacerme tener por lombardo hablando lombardo, que no por toscano hablando demasiadamente toscano, porque no me acaeciese como a Theophrasto, el cual, por querer hablar muy ateniés, fue conocido de una simple vejezuela por no ateniés. Pero porque desto en el primer libro se trata largamente, no diré más sino que por quitar todo quistión, yo confieso a mis reprehensores inorar esta su lengua toscana, tan difícil y secreta, y digo que he escrito en la mía, y como yo hablo, y a hombres que hablan como hablo yo. Y así pienso no haber en esto agraviado a nadie. Porque cierto creería yo que cada uno en este mundo tiene licencia de escribir y hablar en su propria lengua natural, y así también la tienen todos de no leer ni escuchar lo que no les parece bien. Por esto, si ellos no quisieren leer mi *Cortesano,* no pensaré que me hacen agravio.

Otros hay que quieren entrarme por otra parte; y dicen que siendo tan difícil y casi imposible hallarse un hombre tan perfeto como yo quiero que sea nuestro Cortesano, ha sido excusado escribille tal; porque vana cosa es mostrar lo que no se puede aprender. A éstos respondo que no se me dará nada de haber errado con Platón, con Xenofonte y con Marco Tulio, y dexo de disputar agora, en respuesta desto, del mundo intelligible y de las ideas, entre las cuales, así como (según la opinión destos sabios) hay idea de la perfeta república y del perfeto rey y del perfeto orador, así también la hay del perfeto cortesano, a la imagen de la cual, si yo no he podido llegarme mucho con mi estilo, tanto menor trabajo ternán los cortesanos de llegarse con las obras al término y raya que yo con mi escribir les habré puesto. Y si aun con todo esto no pudieren alcanzar aquella perfición (cualquiera que ella sea) que yo he trabajado de exprimir en estos mis libros, aquel que más cerca se le llegare, será el más perfeto, como de muchos ballesteros que tiran a un terrero, cuando ninguno dellos da en el blanco, el que más cerca dél se pone, es el mejor.

No faltan algunos también que digan que yo he pensado formar a mí mismo, presumiendo que las calidades que pongo en el Cortesano todas se hallen en mí. A éstos no quiero negar que no haya probado todo aquello que yo querría que supiese el cortesano. Y tengo por cierto que quien no hubiese tenido alguna noticia de las cosas que en este libro se tratan, mal podría, por muy doto que fuese, escribillas. Mas yo no soy tan sin juicio en conocer a mí mismo, que presuma de saber todo lo que sé desear. Pero, en fin, la defensión destas cosas de que me acusan, y por ventura de

muchas otras, remito por agora al parecer de la opinión común. Porque las más veces la multitud del vulgo, aunque perfetamente no conozca, todavía siente por un natural instinto un cierto olor del bien y del mal, y sin saber dar dello razón ninguna, al uno recibe y ama, y al otro desecha y aborrece. Así que, si generalmente este mi libro pareciere bien, ternéle por bueno y creeré que merece vivir, y si mal, ternéle por malo y pensaré que él mismo trae consigo su remedio, porque presto se perderá dél la memoria. Y si todavía mis reprehensores no quedaren satisfechos con este común juicio, conténtense a lo menos con el del tiempo, el cual de toda cosa en fin descubre las secretas tachas, y porque es padre de la verdad y juez sin pasión, suele siempre dar de la vida o de la muerte de lo que se escribe justa sentencia.—BALTASAR CASTELLÓN.

PRIMER LIBRO DEL CORTESANO
DEL CONDE BALTASAR CASTELLÓN A MISER ALFONSO ARIOSTO
TRADUCIDO DE ITALIANO EN CASTELLANO

[PRÓLOGO]

Mucho tiempo he dudado cuál de dos cosas sería para mí más difícil, o negaros aquello que tan ahincadamete me habéis pedido muchas veces, o disponerme a hacello como mejor pudiese. Por una parte me parecía muy áspero negar yo cosa alguna, en especial buena, a persona a quien en estremo amo y de quien en estremo me siento amado, y por otra parte juzgaba por cosa desconvenible, a quien teme las justas reprehensiones cuanto temer se deben, emprender lo que no esperase poderse llegar al cabo. En fin, después de muchos debates he determinado probar cuanto en esto pueda ayudar a mi diligencia la afición y el deseo grande de servir, con el cual en las otras cosas tanto suele ser acrecentada la industria de los hombres. Así que, señor, vos me mandáis que yo escriba cuál sea (a mi parecer) la forma de cortesanía más convenible a un gentil cortesano que ande en una corte para que pueda y sepa perfetamente servir a un príncipe en toda cosa puesta en razón, de tal manera que sea dél favorecido y de los otros loado, y que, en fin, merezca ser llamado perfeto cortesano, así que cosa ninguna no le falte. Por eso, considerando yo tal mandamiento, digo que si a mí no me pareciera mayor mal ser de vos tenido por poco amigo que de los otros por poco sabio, sin duda yo me escusara de esta fatiga, temiendo no me juzgasen por loco todos aquellos que conocen cuán recia cosa sea entre tanta diversidad de costumbres como se usan por las cortes de los reyes cristianos escoger la más perfeta forma y casi la flor de esta cortesanía. Porque la costumbre hace que muchas veces una misma cosa agora nos parezca bien y agora mal; por do suele acontecer que los usos, las costumbres, las cerimonias y los modos que en un tiempo estuvieron en mucha estima vengan a ser despreciados, y por el contrario, los despreciados vengan a ser tenidos en muy gran precio. Por esto se ve claramente que el uso tiene mayor fuerza que la razón para introducir en nosotros cosas nuevas y destruir las viejas, de las cuales el que quiere juzgar la perfición, hartas veces se engaña. Así que, conociendo yo

esta dificultad y muchas otras en la materia que agora he de tratar, soy forzado a dar algunas desculpas, y protestar que este error (si con todo se pudiere decir error) sea de entrambos; por manera que si de esto reprehensión alguna se me recreciere, también os quepa a vos parte della, que no menor culpa será la vuestra en haberme dado cargo desigual a mis fuerzas que la mía en habelle acetado.

Vengamos ya, pues, a dar principio a lo que agora nos es propuesto, y si posible fuere, formemos un cortesano tal que el príncipe que mereciere ser dél servido, aunque alcance pequeño estado, pueda llamarse muy gran señor. Yo en este libro no seguiré una cierta orden o regla de precetos, la cual los que enseñan cualquier cosa suelen seguir comúnmente; mas (según la costumbre de muchos antiguos) renovando una agradable memoria, recitaré algunas pláticas que entre algunos singulares hombres sobre semejante propósito verdaderamente pasaron, en las cuales, aunque yo no haya sido presente (por hallarme entonces, cuando esto pasó, en Inglaterra), trabajaré agora, cuan puntualmente la memoria me sufriere, de acordallas según poco después que fui vuelto las supe de persona que muy fielmente me las contó, y con esto veréis lo que creyeron y juzgaron en esta materia hombres ecelentes y de muy gran fama, a cuyo juicio en toda cosa se puede dar mucha fe. Hará también a nuestro propósito, por llegar ordenadamente al fin do nuestra habla se endereza, recitar la causa por donde estas pláticas se levantaron.

[CAPÍTULO I]

[*En que se da noticia de la nobleza de la casa y corte del Duque de Urbino, y cuán noble y valeroso señor fue el duque Federico, cuya nobleza y virtudes heredó el hijo llamado Guidubaldo, en cuya casa y corte pasaron todas las pláticas y materias que se tratan en este libro entre los cortesanos y damas de su palacio, y pone las causas dello.*]

Casi en medio de Italia, a un lado de las montañas llamadas el Apennino, hacia el golfo de Venecia, está puesta (como todos saben) la pequeña ciudad de Urbino, la cual, aunque esté entre sierras, y no tan apacibles como por ventura son otras que vemos en muchas partes, ha alcanzado la influencia del cielo tan favorable que toda su tierra al derredor es fertilísima y llena de mucho frutos. De manera que demás de tener el aire muy sano, se halla abundantísima de toda cosa que sea menester para el vivir humano. Pero entre sus mayores bienaventuranzas, tengo yo por la más principal que de mucho tiempo acá siempre ha sido señoreada de muy buenos y valerosos señores. No embargante que en los universales daños de las guerras de Italia se haya visto también esta ciudad, como las otras, por algún tiempo sin este bien. Mas no volviendo muy atrás podemos probar esta bienaventuranza suya con la gloriosa memoria del duque Federico [10], el cual en sus días ennobleció y honró a toda Italia, y entre los que agora viven no faltan verdaderos y ecelentes testigos de su prudencia, de su humanidad, de su justicia, de su liberalidad, de su ánimo nunca vencido, y de su saber y arte en la guerra, de la cual en especial hacen fe sus tantas vitorias, su tomar de lugares inespunables, su presteza en las

---

[10] Federico II de Montefeltro (1422-1482), duque de Urbino y padre de Guidobaldo. Fue muy elogiado por el poeta Poliziano.

empresas, y el haber muchas veces con muy poca gente desbaratado grandes y poderosos exércitos y nunca jamás haber perdido batalla. De suerte que podemos con mucha razón igualalle a muchos de los antiguos famosos. Este señor, demás de otras muchas cosas que hizo dinas de ser loadas, edificó en el áspero asiento de Urbino una casa (según opinión de muchos), la más hermosa que en toda Italia se hallase, y así la forneció de toda cosa oportuna, que no casa, mas ciudad parecía, y no solamente de aquello que ordinariamente se usa, como vaxillas de plata, de aderezos de cámara, de tapicería muy rica, y de otras semejantes cosas, la proveyó; mas por mayor ornamento la ennobleció de infinitos bultos de los antiguos, de mármol y de bronzo, de pinturas singularísimas y de todas maneras de instrumentos de música, y en todo ello no se pudiera hallar cosa común, sino escogida y muy ecelente.

Tras esto, con mucha costa y diligencia juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y hebraicos, y guarneciólos todos de oro y de plata, considerando que ésta era la mayor ecelencia de todo su palacio. Al cabo, siguiendo su natural curso, ya de sesenta y cinco años, murió con tanta gloria con cuanta siempre habia vivido. Dexó por sucesor suyo un solo hijo varón de diez años que sin madre le había quedado, el cual se llamó Guidubaldo. Éste pareció no menos heredero de las virtudes de su padre que del Estado, y luego con maravillosa disposición y habilidad de ingenio comenzó a dar tan grande esperanza de sí, cuanta no parecía que se pudiese tener de hombre mortal alguno. De suerte que todos concluían que ninguna cosa había hecho el duque Federico de mayor ecelencia que haber dado al mundo un tal hijo. Mas la fortuna, invidiosa de tanta virtud, con toda su fuerza se puso en contrastar a tan gran principio. De tal manera, que no habiendo llegado aún el duque Guido a edad de veinte años, cayó malo de gota, la cual con muy graves dolores, creciendo siempre, tanto en todos los miembros en breve tiempo le cargó, que ni estar en pie ni menearse podía; y así uno de los más hermosos y bien dispuestos cuerpos del mundo quedó en su verde edad desfigurado y perdido. Y no contenta aún desto la fortuna, en todo le fue tan contraria, que muy pocas veces llegó él al cabo cosa que desease. Y puesto que no le faltaba gran prudencia de juicio ni maravilloso esfuerzo ni constancia de ánimo, no por eso todo lo que comenzaba, así en los hechos de guerra, como en toda otra cosa, o pequeña o grande, dexaba siempre de sucedelle mal. Y desto dan testimonio muchas y diversas desdichas suyas, las cuales él de contino con tan buen corazón sufrió, que nunca de la fortuna su virtud fue vencida. Antes él, con mucho valor, despreciando siempre su mala dicha, en las enfermedades como sano, y en las adversidades como bien fortunado, con grande autoridad y reputación vivió. De manera que aunque fuese tan doliente como hemos

dicho, siguió la guerra con muy honrados partidos. Primeramente en servicio de los serenísimos reyes de Nápoles, Alfonso [11] y Fernando [12] menor; después con Papa Alexandre VI, y con venecianos y florentines. Tras todo esto, subido al pontificado Julio II, fue capitán de la iglesia, en el cual tiempo, siguiendo su costumbre, procuraba sobre todo que su casa estuviese siempre llena de caballeros principales y valerosos, con los cuales muy familiarmente trataba, gozando de la conversación dellos, y en todo esto no era menor el placer que él daba que el que recebía, por ser muy doto en la lengua latina y en la griega, y tener, juntamente con la afabilidad y buena conversación, mucha noticia de muchas cosas. Y demás desto, tanto la grandeza de su corazón le encendía, que aunque él no pudiese con su persona exercitar las cosas de caballería (como en otro tiempo había hecho), a lo menos holgaba en extremo de vellas exercitar a los otros; con buenas palabras, agora corrigiendo y agora alabando a cada uno según los méritos, claramente mostraba cuán grande juicio fuese el suyo en semejantes exercicios. Desto procedía que en justas, en torneos, en saber menear un caballo y en jugar toda suerte de armas, asimismo en fiestas, en burlas, en música, y finalmente, en todas las cosas convenibles a caballeros de alta sangre, cada uno se esforzaba de mostrarse tal cual convenía a compañía tan escogida. Repartíanse, pues, todas las horas del día en honrados y deleitosos exercicios. Mas porque el Duque por su dolencia solía ordinariamente irse a echar temprano, todos tenían por costumbre de pasarse en aquella misma hora a la Duquesa, adonde hallaban siempre a Emilia Pía [13], la cual por ser de tan vivo ingenio y buen juicio, como sabéis, parecía maestra de todos en dar a cada uno el seso y el arte y el valor que convenía. Así que, juntados los unos y los otros, nunca faltaba buena conversación entre ellos, así en cosas de seso como en burlas, y cada uno en su semblante venía lozano y alegre, de tal manera que por cierto aquella casa se pudiera llamar la propria casa del alegría. Yo no creo que jamás en otro lugar tan perfetamente como en éste se viese cuán grande fuese el deleite que se recibe de una dulce y amada compañía. Porque dexando aparte la honra que era para cada uno de nosotros servir a tal señor como el que arriba dixe, a todos en nuestros corazones nacía un estraño contentamiento cada vez que delante la Duquesa veníamos, y parecía que ella era la que a todos nos tenía en una conformidad de amor juntos y atados, de suerte que nunca concordia de voluntad o amor de hermanos fue mayor que el que allí era entre nosotros.

---

[11] Alfonso II de Aragón (1448-1495), nombrado rey de Nápoles en 1494.
[12] Fernando II de Aragón (1469-1496), rey de Nápoles.
[13] Dama de la familia de los Pío, amiga de la duquesa Isabel y esposa del conde Antonio de Montefeltro, hermano natural del duque Guidobaldo. Junto a la duquesa, dirige y modera el coloquio en *El Cortesano.*

Lo mismo se hallaba entre aquellas señoras que allí estaban, con las cuales teníamos una suelta y honesta conversación, porque cada uno podía asentarse y hablar y burlar y reír con quien le parecía. Pero tanto era el acatamiento que se tenía a la Duquesa, que la misma libertad era un muy gran freno, y no había ninguno de nosotros que no tuviese por el mayor placer de todos servilla, y por el mayor pesar enojalla, y de aquí se seguía que la mucha libertad no quitaba la buena crianza. Las burlas y las risas en presencia della, demás de ser vivas y graciosas, traían consigo una dulce y honrada autoridad.

Aquella templanza y grandeza que en todos los hechos y palabras y ademanes della se mostraban burlando y riendo, hacían que, aun de quien nunca otra vez la hubiese visto, fuese tenida por muy gran señora; y así imprimiendo ella todo esto en los que le estaban cerca, parecía que a todos traía templados a su propria calidad y punto, de manera que cada uno se esforzaba a seguir el estilo conforme al della, tomando de una tal y tan gran señora regla de buenas costumbres y crianza. Mas, en fin, todas sus grandes calidades yo no entiendo agora de escribillas, pues no hace a nuestro propósito, y pues son harto más conocidas en el mundo de lo que yo podría decir, y si algunas virtudes suyas pudieran por ventura en algún tiempo estar encubiertas, la fortuna, casi maravillándose de tantos bienes, ha querido con muchas adversidades y tentaciones de desdichas descubrirlas, por mostrar que en un tierno corazón de mujer pueden la prudencia y la fortaleza hacer compañía con la hermosura, y hallarse todas aquellas virtudes, que aun en los hombres muy sustanciales y graves pocas veces se hallan.

Pero dexando esto, digo que la costumbre de los caballeros de aquella casa era irse luego, después de haber cenado, para la Duquesa, adonde, entre otras muchas fiestas y músicas que continuamente allí se usaban, algunas veces se proponían algunas sotiles quistiones, y otras se inventaban algunos juegos ingeniosos, a la voluntad agora del uno y agora del otro, con los cuales los que allí estaban enamorados descubrían por figuras sus pensamientos a quien más les placía. Alguna vez se levantaban disputas de diversas cosas, o se atravesaban motes entre algunos. Y así holgaban estrañamente todos con esto por estar (como he dicho) aquella casa llena de muy singulares hombres, entre los cuales (como sabéis) eran los más señalados Otavián Fregoso, Miser Federico [14] su hermano, el manífico Julián de Médici, Miser Pietro Bembo [15], Miser

---

[14] Federico Fregoso, arzobispo de Salerno y amigo personal de Castiglione. En 1522 pasó a Francia huyendo de los españoles y se puso al servicio de Francisco I.

[15] Pietro Bembo (1470-1547), importante humanista veneciano, afincado en la corte de Urbino entre 1506 y 1512. En sus *Prose della volgar lingua* nos dejó una de las más penetrantes reflexiones sobre la lengua italiana de la época renacentista.

César Gonzaga [16], el conde Ludovico de Canossa [17], Gaspar Pallavicino [18], Ludovico Pío [19], Morello de Ortona [20], Pietro de Nápoles [21], Miser Roberto de Bari [22], y otros muchos caballeros, sin los que iban y venían, que, aunque no ordinariamente, la mayor parte del tiempo allí se hallaban: éstos eran Miser Bernardo Bibiena, el único Aretino [23], Juan Cristóforo Romano [24], Pero Monte [25], Therpandro [26], Miser Nícolo Phrigio [27]. De manera que nunca en aquella casa faltaban los más ecelentes ingenios en cualquier facultad que en Italia se hallasen, como poetas, músicos, y otras suertes de hombres para holgar.

Así que habiendo papa Julio II con su presencia y con ayuda de franceses reducido Boloña a la obediencia de la Sede Apostólica en el año de mil y quinientos y seis, y volviéndose a Roma, pasó por Urbino, adonde, cuan honradamente y con cuan largo y manífico aparato se pudiera hacer en la más principal ciudad de Italia, fue recebido; de suerte que no solamente el Papa, mas todos los Cardenales y los otros cortesanos quedaron en extremo satisfechos. Hubo algunos tan contentos de la conversación de aquellos caballeros que allí hallaron, que, partiéndose el Papa y la corte, se quedaron muchos días en Urbino. En este tiempo, no sólo se usaba el estilo acostumbrado de las fiestas y otros placeres ordinarios; mas cada uno tenía diligencia en añadir algo por su parte, en especial en los juegos, los cuales cada noche se trataban.

La orden dellos era ésta: que luego, llegados todos delante la Duquesa, se asentaban a la redonda, cada uno a su placer o como le cabía, y al asentar poníanse ordenadamente un galán con una dama hasta que no había más damas, porque casi siempre eran más ellos.

---

[16] César Gonzaga (1475-1512), noble y diplomático de la casa de Mantua. Era primo de Castiglione, con el que colaboró en la composición de la égloga *Tirsi.*

[17] Ludovico de Canosa (1476-1532), noble veronés, pariente de Castiglione, obispo y embajador del papa León X en Inglaterra y Francia. Fue amigo de Erasmo de Rotterdam.

[18] Gaspar Pallavicino (1486-1511), marqués de Cortemaggiore y amigo personal de Castiglione.

[19] Hermano de Emilia Pía. Fue un importante hombre de armas que murió luchando contra los franceses bajo las banderas del papa Julio II.

[20] Se trata, al parecer, de un viejo caballero de la corte de Urbino que gozaba de prestigio como *condottiero.*

[21] Personaje de escaso relieve, ocasional visitante de la corte de Urbino. Estaba al servicio del papa Julio II.

[22] Joven caballero de la corte de Urbino y amigo personal de Castiglione.

[23] Se trata de Bernardo Accolti (1458-1535), poeta vagabundo, improvisador, ligado a la actividad literaria y recreativa de varias cortes italianas. No guarda relación con el famoso Pietro Aretino.

[24] Juan Cristoforo Romano (1465 ?-1512), escultor, músico y poeta que trabajó en varias cortes italianas de su tiempo.

[25] Maestro de armas y de ejercicios caballerescos de la corte de Urbino.

[26] Antón María Terpandro, poeta petrarquista, amigo de Castiglione.

[27] Noble de origen alemán y diplomático al servicio del papa Julio II. En 1510 ingresó en la Cartuja de Nápoles.

Después, como le parecía a la Duquesa se regían, la cual las más veces daba el cargo de gobernar a Emilia. Así que el día después de la partida del Papa, estando todos a la hora acostumbrada en el lugar ya dicho, después de muchas pláticas buenas y de mucho gusto, la Duquesa ordenó que Emilia comenzase aquella noche los juegos, la cual, después de habello rehusado un rato, dixo: Señora, pues a vos os parece que yo sea la que agora he de dar el comienzo a esto, yo, no pudiendo por ninguna vía dexar de obedeceros, determino de levantar un juego, del cual pienso llevar poca reprensión y menos fatiga, y será que cada uno proponga a su voluntad un juego que hasta aquí nunca se haya visto, y que después se escoja el que parezca mejor. Diciendo esto, volvióse a Gaspar Pallavicino dándole el cargo de proponer primero, el cual luego así respondió: A vos toca, señora, decir primero el juego que más os contentare. Ya yo lo he dicho, respondió ella, y en esto volvióse a la Duquesa suplicándola que mandase a Gaspar Pallavicino que obedeciese. La Duquesa entonces, riendo, dixo a Emilia: Porque todos de aquí adelante os obedezcan, ya os hago desde agora mi lugartiniente y os doy todo mi poder.

Extraña cosa es esta (respondió Gaspar Pallavicino) que siempre las mujeres se escusen de fatigas, por cierto razón sería procurar de saber a lo menos la causa desto. Mas por no ser yo el primero que desobedece dexaré esto para otro tiempo y diré lo que agora hace al caso, y así comenzó: A mí me parece que nuestros juicios, así en amar, como en todas las otras cosas, son diferentes, y por esto acontece muchas veces que lo que el uno tiene por muy bueno el otro lo tenga por muy malo. Pero, no embargante esto, todos se conforman en seguir siempre y preciar mucho la cosa amada. Por manera que suelen los enamorados, con su demasiada afición, engañarse tanto, que piensan que aquella persona que aman sea sola en el mundo perfeta. No podemos decir que éstos no se engañen, pues nuestra naturaleza no admite perficiones tan acabadas como ellos imaginan, ni hay nadie a quien alguna cosa no falte. Pues luego yo sería de parecer que nuestro juego fuese que dixese cada uno cuál virtud o perfición querría que especialmente tuviese su dama, y pues no se puede alcanzar que haya persona en el mundo sin alguna falta, ya que esto ha de ser, cuál tacha en ella sufriría con menos pena. Y en esto veremos cuál de los que aquí estamos sabrá hallar virtudes más ecelentes y provechosas, y vicios más tolerables y menos dañosos para quien ama y para quien es amado.

En acabando de decir esto Gaspar Pallavicino, señaló Emilia a Costanza Fregosa [28] (porque era la segunda que allí por orden estaba asentada) que dijese. La cual ya se aparejaba para hablar, pero la Duquesa la atajó diciendo que pues Emilia no habia querido

[28] Constanza Fregoso, hermana de los mencionados Fregoso y esposa del conde Marco Antonio Landi, de Piacenza.

tomar trabajo en hallar algún juego, tampoco era razón que las otras le tomasen, sino que todas igualmente gozasen de la misma libertad, en especial siendo tantos los hombres que allí estaban, que no había peligro que faltasen juegos. Así se hará, respondió Emilia, y diciendo a Costanza Fregosa que no hablase, dio el cargo de hablar a César Gonzaga, el cual así dixo:

Quien con diligencia considerare todos nuestros hechos, hallará siempre en ellos diversas faltas, y es porque la natura, así en esto como en todo lo demás, es varia; al uno ha dado lumbre de razón en una cosa y al otro en otra. De aquí es que sabiendo éste lo que aquél no sabe y siendo inorante en lo que el otro entiende, cada uno fácilmente conoce el error de su compañero y no el proprio; y así, a todos nos parece que somos muy sabios, y más por ventura en aquello en que somos más locos; y por esto hemos visto en esta casa que muchos que al principio fueron tenidos por hombres de muy gran seso, después cayeron en opinión de perdidos. De lo cual ha sido causa la diligencia que cada uno de nosotros ha siempre tenido en escudriñar y levantar la locura del otro, y esto parece que es como lo que (según fama) acaece en la Pulla con los que están mordidos de un animal que allí se llama tarántola. Para la cura déstos se inventan mucho instrumetos de música, y andan con ellos mudándoles muchos sones, hasta que aquel humor, que es causa de aquella dolencia, por una cierta conformidad que tiene con alguno de aquellos sones, sintiendo el que más cuadra a su propria calidad, súpitamente movido, tanto mueve al enfermo, que mediante este movimiento le reduce a su verdadera salud. Así nosotros, cuando en alguno sentimos alguna ascondida fuerza de locura, tan sotilmente y con tantas razones y consejos y artes la despertamos, que en fin conocemos muy bien hacia donde se encamina. Después, entendido el humor, tanta priesa le damos y así la meneamos y revolvemos, que luego la hacemos llegar al perfeto punto de manifiesta locura. Y así los unos salen locos en hacer versos, los otros en ser muy músicos, algunos en amores, otros en danzar y bailar, quien en menear un caballo, quien en jugar de armas, cada uno, en fin, según su vena, y desto (como sabéis) se han habido infinitos placeres. Así que tengo yo por cierto que en cada uno de nosotros hay alguna simiente de locura, la cual, si se granjea, puede multiplicarse casi en infinito. Por eso querría que nuestro juego fuese agora disputar esta materia, y que cada uno dixese, habiendo yo de enloquecer públicamente, en qué género de locura daría y sobre qué cosa se fundarían más aína mis desatinos. Esto se podrá sacar por aquellas señales o centellas de locura que cada día salen de mí. El mismo juicio se haga en los otros, guardando la orden de nuestros juegos, y cada uno procure de fundar su opinión sobre algún verdadero argumento. El fruto que sacaremos desto será conocer nuestras faltas para mejor guardarnos dellas. Y si la vena de locura que descubriéremos fuere tan abun-

dante, que parezca ser sin remedio, ayudalle hemos en hacella mayor; y (según la doctrina de fray Mariano [29]) habremos ganado una alma, que no habrá sido poca ganancia. Deste juego rieron mucho, y hablaron en él todos un gran rato. El uno decía: yo enloqueciera de pensar. El otro: yo de mirar. Decía otro: pues yo ya estoy loco no sé si es de entramas cosas. Y así hablaba cada uno lo que se le antojaba.

Entonces fray Serafín [30], riendo por el arte que solía, dixo: Eso sería muy larga cosa; pero si vosotros queréis, yo os diré otro mejor juego y podrá cada uno sobre él decir su parecer. ¿Por qué es que casi todas las mujeres se aborrecen con los ratones y quieren bien a las culebras? y apostar [he] que nadie sepa acertallo, sino yo, que sé este secreto por una extraña vía. En esto ya comenzaba a decir su conseja, mas Emilia le mandó que callase, y dexando la dama que allí luego por orden estaba asentada, señaló al único Aretino, al cual le cabía la mano que hablase. Él entonces, sin esperar más, comenzó a hablar por aquellos términos de que solía usar algunas veces, y dixo:

Yo querría ser juez con autoridad de poder con todo género de tormentos sacar la verdad de los malhechores. Y esto por descubrir los engaños de una señora harto desabrida y ingrata, la cual con los ojos de ángel y con el corazón de serpiente nunca trae la lengua conforme con el ánimo; antes con fingida y engañosa blandura en ninguna cosa entiende, sino en hacer notomía de corazones, tanto que en aquella parte de África arenosa no se halla tan ponzoñosa sierpe, que tanto desee siempre henchirse de humana sangre como esta falsa y áspera mujer, la cual no solamente con su dulce voz y blandas palabras, mas con los ojos, con la risa, con el semblante y con otras mil maneras, trae asidos cuantos la oyen y la veen, y todo esto no para más de matallos luego. Pero pues yo no puedo, como querría, aprovecharme de los tormentos que se suelen dar de cadenas y de cuerdas y de fuego por saber una verdad, deseo a lo menos saberla con un juego, el cual es éste: que cada uno de nosotros diga lo que le parece que significa aquella letra S que la señora Duquesa trae en la cabeza; que, aunque sea esto también un artificioso velo para poder engañar, por ventura le daremos agora algún entendimiento que quizá ella hasta aquí no le haya pensado. ¿Qué sabemos si la fortuna, doliéndose de las fatigas que los hombres pasan por esta señora, la ha traído a que descubra con esta pequeña señal el entrañable deseo que tiene de matar y enterrar en congoxas a quien quiera que la mira o la sirva? Rióse desto la Duquesa; mas viendo el único Aretino que ella quería escusarse de las culpas que él le echaba, díxole: no, señora, no es tiempo

---

[29] Florentino, fraile dominico y bufón, que vivió en diversas cortes italianas. Murió en 1531.

[30] Fraile y bufón de la corte de Urbino.

agora deso. No os cabe a vos el lugar de hablar por agora. Emilia, entonces, volvióse al Único y díxole:

No hay nadie aquí que no os otorgue ventaja en todo, y mucho más en conocer a la señora Duquesa; y así, como vos con vuestro gran entendimiento la conocéis mejor que los otros, así también la amáis más que todos, los cuales no pueden entender sino ciegamente cuanto ella sea perfeta, así como las aves de flaca vista que no alcanzan a tener ojos para el sol; y por esto vuestro juicio ha de declarar esta duda, que todo lo otro sería trabajar en vano. Así que esta demanda quédese para vos solo, pues vos solo sois el que la puede sacar en limpio.

El Único en esto, después que hubo callado un poco, siéndole replicado que hablase, al cabo dixo un soneto, declarando lo que significaba aquella letra S. Muchos pensaron que entonces allí le había hecho; mas por otra parte pareció tan ingenioso y de tan gentil estilo, que vieron todos cómo no se pudiera hacer sino siendo muy pensado. Y así, después de habelle los que allí estaban alabado mucho y pasado sobre él algunas pláticas, Otavián Fregoso, al cual le cabía ya decir su juego, en tal manera, sonriéndose, comenzó:

Señores, si yo quisiese afirmar que nunca en mi vida estuve enamorado, soy cierto que la señora Duquesa y la señora Emilia, aunque no lo creyesen, mostrarían creello y dirían que esto ha sido por haberme yo desconfiado jamás poder acabar con mujer ninguna que me quisiese bien; lo cual, por cierto, yo hasta aquí no lo he trabajado con tanta fuerza que por razón deba perder ya las esperanzas de podello alcanzar siquiera alguna vez; ni tampoco he dexado de enamorarme porque yo me tenga en tanto o a las mujeres en tan poco que piense que no haya muchas que merezcan ser amadas y servidas de mí; mas helo dexado de miedo de los continos llantos de algunos enamorados, los cuales, amarillos, tristes y afligidos, con gran silencio, parece que siempre traen su proprio descontentamieto escrito en los ojos, y si hablan, acompañando las palabras con sospiros, continamente tratan de lágrimas, de tormentos, de desesperaciones y de deseos de muerte. Con esto yo, si alguna vez veo en mí encendida alguna centella de amores, prestamente me esfuerzo con toda industria a matalla, no porque quiera mal a las mujeres (como piensan estas señoras), mas por lo que cumple a mi salud. Después he visto otros desta misma dolencia muy al revés de los que arriba dixe, los cuales no sólo se alaban y andan ufanos cuando sus amigas los miran o les hablan bien o les muestran un blando gesto, pero todos sus males tienen por buenos y en todos hallan gusto; por manera que las rencillas, las iras y los malos tratamientos, todo lo llaman dulce y todo les sale bien. Estos tales tengo yo por más que bienaventurados, porque si tanto deleite hallan en los desabrimientos de amor, los cuales por los otros enamorados son tenidos por mas ásperos que la muerte, pienso que en las blanduras deben sentir aquella bienaventuranza estrema que en

este mundo no se halla. Así que yo querría que agora nuestro juego fuese que cada uno de nosotros dixese, habiendo de desgustarse con él su dama, ya que hubiese de ser por fuerza, cuál causa entre todas antes escogería que fuese la que moviese a ello; porque si aquí se hallan algunos que hayan probado aquellos dulces desabrimientos que hemos dicho, soy cierto que por cortesía escogerán alguna de aquellas causas que tan dulces los hacen. Y yo aun por ventura con esto podría ser que cobrase ánimo de pasar un poco más adelante en esto de los amores, con esperanza de hallar también aquella dulzura donde muchos otros hallan tantas amarguras, y desta suerte no podrían estas señoras de aquí adelante reprehenderme más por hombre que no ama.

Pareció muy bien a todos este juego, y ya cada uno se aparejaba a hablar en él; pero no acudiéndoles Emilia, miser Pietro Bembo, que venía luego por orden, así dixo:

Señores, en muy gran duda me ha puesto el juego del señor Otavián Fregoso, tratando de los desabrimientos de amor; los cuales, aunque sean diferentes, para mí a lo menos siempre han sido de una manera en ser muy recios y darme mucha fatiga, y no creo que de mí se podría aprender cosa bastante para hacellos blandos; mas por ventura son éstos más o menos fuertes, según acaece ser la causa de donde nacen. Yo me acuerdo ya haber visto alguna vez aquella señora a quien yo amaba enojada conmigo por alguna sospecha vana que de mí hubiese tomado, o verdaderamente por otra opinión falsa que contra mí tuviese por algo que en mi perjuicio le hubiesen dicho. Esto entonces me penaba tanto que yo jurara ninguna pena poderse igualar con la mía, y el mayor dolor que en aquella hora yo sentía, era padecer tan grande aflicción, no por culpa mía, sino por poco amor suyo. Otras veces la vi desabrida por cosa que supe yo que era culpa mía, y esto me llegaba tanto al alma que en aquel punto yo dixera que el pasado mal había sido muy liviano en comparación del que entonces sentía; y parecíame que haber yo enojado a la persona del mundo que más deseaba tener contenta, llevaba a todos los tormentos que pudiesen sentirse. Así que es mi voto que nuestro juego sea que cada uno diga, habiendo de estar mal con él su dama, qué querría más, o que lo estuviese por culpa della o por culpa dél, y con esto sabremos cuál es mayor dolor, o enojar a la persona que amáis o recibir enojo della. Todos esperaban la respuesta de Emilia, cuando ella, no curando más del Bembo, se volvió a miser Federico Fregoso, señalándole que hablase, el cual luego así comenzó:

Señora, yo querría que mi voto agora se convertiese en remitirme al de algún otro destos señores que aquí han hablado, que yo por mí (si me fuese lícito) de buena voluntad aprobaría algún juego de los que se han dicho; porque en verdad me parecen todos buenos; mas por no quebrar la regla dada en esto, digo que el que quisiese loar esta nuestra corte, aun sin entrar en lo que merece la

señora Duquesa, la cual con su ecelente virtud sería para levantar de tierra hasta el cielo el más baxo espíritu que en el mundo hubiese, bien podría sin ninguna sospecha de lisonja decir que en Italia con gra dificultad se hallarían otros tantos caballeros tan singulares, no solamente en su principal profesión de caballería, mas aun en otras muchas cosas, como los que agora aquí se hallan. Porque si en algún lugar hay hombres que merezcan ser llamados buenos cortesanos y sepan juzgar lo que más pertenece a la perfición de buena cortesanía, ciertamente se puede bien creer que aquí están. Así que, por castigar muchos locos, los cuales piensan ser buenos cortesanos si van cargados de presunción y hacen mil desenvolturas fuera de propósito, paréceme que hará al caso que agora sea nuestro juego escoger alguno de la compañía, el cual tome cargo de formar un perfeto cortesano, esplicando en particular todas las condiciones y calidades que se requieren para merecer este título. Y si algo se dixere que no parezca convenir a este propósito, pueda cada uno de nosostros contradecir a ello como hacen los filósofos en las disputas.

Proseguía más adelante en esto miser Federico, pero Emilia le atajó diciendo: Ese juego (si la señora Duquesa fuere servida) ha de ser por agora el nuestro. Respondió la Duquesa que le placía. Entonces todos, los unos como entre sí y los otros alto, dijeron que aquel era el mejor juego que se pudiera en el mundo hallar. Y así, sin esperar el uno la respuesta del otro, importunaban a Emilia que señalase el que había de comenzalle. La cual, volviéndose a la Duquesa, le suplicó que determinase quién le comenzaría, porque ella no quería en esto dar su sentencia, por no mostrar cuál tenía por más suficiente en aquello, de manera que los otros quedasen injuriados. Respondió la Duquesa: como quiera que sea, vos habéis de hacer esta eleción, y guardaos de desobedecer por no dar enxemplo a lo otros que hagan los mismo.

[CAPÍTULO II]

[*Cómo fue nombrado por Emilia dama, y confirmado por la Duquesa, el conde Ludovico de Canosa para que tomase el cargo de formar un perfeto cortesano, el cual acetó el cargo, y comenzando, dixo que lo primero que le pertenece al cortesano es ser de buen linaje.*]

Emilia entonces, riendo, dixo al conde Ludovico de Canosa: Pues así es, por no perder más tiempo, vos, señor Conde, tomaréis agora este cargo en la manera que ha ordenado miser Federico, no porque yo os tenga por tan buen cortesano como conviene para tratar delgadamente esta materia, mas porque diciendo vos (según

de vos se espera) muchas cosas, y aun quizá todas, al revés de como se han de decir sobre esto, pienso que el juego se hará mucho mejor, porque así será forzado que cada uno os responda contradiciéndoos, lo cual no sería si otro más avisado que vos tomase este cargo, que entonces nadie podría contradecir, y así el juego sería frio.

Respondió a esto el Conde: Señora, bien seguros somos que no faltará quien contradiga a la verdad estando aquí vos presente. Rieron todos con esta respuesta un rato, y él pasó adelante diciendo: Mas yo por cierto querría mucho escusarme de este trabajo, porque me parece muy dificultoso, y conozco en mí que lo que vos, señora, habéis dicho burlando, no dexa de ser gran verdad. Dixistes que yo no supiera decir lo que conviene al que quiere ser buen cortesano, y ciertamente para probarse esto, paréceme que yo basto por testigo, porque si yo no lo soy bueno, mal sabré dar las reglas necesarias para serlo. Pero consuélame ver que no es culpa mía, y que merezco desto no ninguna o muy poca reprehensión. Porque sin duda muy peor es dexar de hacer bien por no querer que por no saber; mas como quiera que esto sea, pues vos sois servida de darme este cargo, yo no puedo ni quiero rehusalle por no ir contra la orden y voluntad vuestra, la cual yo precio harto más que la mía.

Por ser, dixo entonces miser César Gonzaga, pasada ya gran parte de la noche, en especial pues tenemos aquí agora otros muchos pasatiempos, pienso que será bien dexar esto para mañana, y así daremos espacio al señor Conde de pensar lo que ha de decir sobre esto, porque, a la verdad, hablar tan desapercebidamente en materia tan honda y de tantas diferencias, no puede dexar de ser muy difícil cosa.

Yo no querría, respondió el Conde, hacello como aquel que se quitó el sayo por saltar más, y saltó después menos, y por esto me parece gran dicha que sea tan tarde, porque con la brevedad del tiempo seré forzado a hablar poco, y también no haber tenido espacio de pensar me será descargo y hará que tenga licencia de decir lo que primero me veniere a la boca. Así que, por salir presto desta obligación y desembarazarme ya desta carga que traigo a cuestas, digo que en toda cosa hay tanta dificultad de conocer la verdadera perfición, que casi es imposible. Esto es por la diversidad de los juicios. Porque se hallan muchos que quieren los hombres habladores, y a estos tales llaman ellos hombres de buena conversación. Otros los desean callados y mansos. A algunos les parecen mejor los que andan siempre entendiendo en algo, y desasosegados. A otros, los que en toda cosa muestran un buen reposo y una discreta consideración. Y así cada uno alaba o desalaba lo que se le antoja, encubriendo siempre la tacha con el nombre de la virtud que le está más junta, o la virtud con el nombre de la más junta tacha. De suerte que del descarado y soberbio dicen que es libre y valeroso;

del templado, que es seco; del necio, que es bueno; del malicioso, que es sabio, y así de todos los otros. No embargante esto, yo tengo por cierto que cualquier cosa tiene su perfición, la cual podrá con razonables argumentos ser conocida por quien de aquella tal cosa tuviere noticia. Y porque (como he dicho) la verdad muchas veces está encubierta, y yo no presumo de tener el conocimiento necesario para conocella siempre, yo no puedo alabar sino aquella suerte de cortesanos que tengo en más, y aprobar lo que según mi poco juicio me parece más conforme a lo verdadero. Mi opinión seguilla heis, si os parece bien, y si no, aterneisos a la vuestra si fuere diferente de la mía, y en tal caso no defenderé yo mi razón porfiándola mucho; porque no solamente a vosotros os puede parecer una cosa y a mí otra, mas yo mismo puedo tener sobre un mismo caso, en diversos tiempos, diferentes juicios.

Quiero, pues, cuanto a lo primero, que este nuestro cortesano sea de buen linaje; porque mayor desproporción tienen los hechos ruines con los hombres generosos que con los baxos. El de noble sangre, si se desvía del camino de sus antepasados, amancilla el nombre de los suyos, y, no solamente no gana, mas pierde lo ya ganado; porque la nobleza del linaje es casi una clara lámpara que alumbra y hace que se vean las buenas y las malas obras; y enciende y pone espuelas para la virtud, así con el miedo de la infamia como con la esperanza de la gloria. Mas la baxa sangre, no echando de sí ningún resplandor, hace que los hombres baxos carezcan del deseo de la honra y del temor de la deshonra, y que no piensen que son obligados a pasar más adelante de donde pasaron sus antecesores. Muy al revés déstos son los de gran linaje, porque tienen por gran vergüenza no llegar a lo menos al término do los suyos llegaron. Por eso acontece casi siempre que los más señalados en las armas y en los otros virtuosos exercicios vienen de buena parte; y es la causa de esto, que la natura en aquella secreta simiente que en toda cosa está mezclada, ha puesto y enxerido una cierta fuerza y propriedad de su principio para todo aquello que dél procede, por manera que lo que nace tiene semejanza a aquello de donde nace. Esto no solamente lo vemos en las castas de los caballos y de otros animales; mas aun en los árboles, los cuales suelen las más veces echar las ramas conformes al tronco; y, si alguna vez yerran desto, es por culpa de quien los granjea. Lo mismo es en los hombres, los cuales si alcanzan quien los críe bien, casi siempre se parecen a aquéllos de donde proceden, y aun acaece muchas veces salir mejores; pero si les falta la buena crianza, hácense como salvajes; y, de no ser bien granjeados, nunca en el árbol se maduran; verdad es que o por la buena costelación o por la buena naturaleza nacen algunos acompañados de tantas gracias, que parece que no nacieron, sino que fueron hechos por las proprias manos de Dios puramente sin otro medio, y ennoblecidos de todos los bienes del alma y del cuerpo. Al contrario déstos se veen otros tan necios y desconcer-

tados, que no se ha de creer sino que la natura por despecho o por burla los echó en el mundo.

Estos así como pocas veces, ni por mucho trabajo que en ello pongan ni por muy buena crianza que reciban, pueden llevar buen fruto, así los otros con poca fatiga suben al más alto grado de escelente perfición. Y por daros un enxemplo, mirá al Sr. D. Hipólito Deste, Cardenal de Ferrara [31], el cual ha alcanzado tan próspero nacimiento, que su persona, su semblante, sus palabras y todos sus movimientos son con tanta gracia y tan conformes a lo que más conviene, que, aunque sea mozo, es de tanta autoridad, que más parece aparejado para mostrar a los otros que para aprender de ninguno; asimismo en el tratar con hombres y con mujeres de cualquier calidad, en el burlar y en el reír es tan dulce y tan gracioso, que cuantos le hablan o le veen le quedan luego aficionados para siempre.

[CAPÍTULO III]

[*En el cual se prosigue la plática sobre lo del buen linaje, en que hay sotiles contradiciones y hermosas réplicas, añadiendo primero el Conde a su cortesano que sea de claro ingenio y gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo.*]

Pero volviendo a nuestro propósito, digo que entre este singular don de naturaleza y aquella bestial necedad de que arriba hemos hecho mención, hay un cierto medio; de manera que los que no son así de tan perfecto natural, pueden con industria corregir en gran parte sus faltas. Y así nuestro Cortesano, demás del linaje, quiero que tenga favor de la influencia de los cielos en esto que hemos dicho, y que tenga buen ingenio, y sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo, y alcance una cierta gracia en su gesto, y (como si dixésemos) un buen sango [32] que le haga luego a la primera vista parecer bien y ser de todos amado. Sea esto un aderezo con el cual acompañe y dé lustre a todos sus hechos, y prometa en su rostro merecer el trato y la familiaridad de cualquier gran señor.

Aquí, no esperando más, Gaspar Pallavicino dixo: Porque nuestro juego traiga la forma que concertamos, y no parezca que se tenga en poco la facultad a nosotros dada de contradecir, digo que (según mi opinión) no es tan necesario (como afirmáis) el buen linaje en el cortesano; antes si yo pensase decir en esto cosa nueva,

---

[31] Hipólito Gonzaga (1479-1520), cardenal de Ferrara y protector de Ludovico Ariosto. Castigione le envió el manuscrito de *El Cortesano.*

[32] *Sango:* traduce del original *sangue,* probablemente con el valor de *agrado, simpatía.*

yo os traería por enxemplo muchos, los cuales, siendo de muy alta sangre, han sido llenos de vicios, y, por el contrario, otros de ruin linaje, que con su virtud han autorizado a sus descendientes. Y si fuese verdad lo que habéis dicho, que en todas las cosas está puesta una secreta fuerza de la primera simiente, sin duda todos seríamos de una misma calidad y condición por haber procedido de un mismo principio; y así también hubiera habido igualdad en los linajes. Pero creo yo que son otras muchas las causas destas nuestras diversidades y altezas y baxezas de grados; entre las cuales pienso que es la fortuna la más principal; porque en todo lo del mundo la vemos señorear, y tomar casi por un pasatiempo, levantar hasta el cielo sin ningunos méritos a los que se le antoja, y enterrar en lo más baxo a los que más merecieran ser ensalzados. Yo cierto bien os confieso lo que decís del próspero nacimiento de aquellos que nacen ya dotados de los bienes del alma y del cuerpo; mas esto así se vee en los de ruin como en los de buen linaje. Porque la natura no distingue tan sotilmente estas cosas, antes (como ya dixe) a cada paso se hallan en hombres baxos dones naturales de mucho precio.

Así que, tomado por fundamento que esta nobleza no se alcanza ni por ingenio ni por fuerza ni por arte, y que más aína se ha de agradecer a la virtud de nuestros antepasados que a la nuestra, pienso que es muy gran sinrazón querer que nuestro Cortesano, por no ser generoso, haya de perder por eso su valor y la nobleza propria de su espíritu, y que no le basten harto para hacelle perfeto las otras calidades que habéis nombrado, como son ingenio, hermosura de rostro y buena disposición de cuerpo, y aquella gracia que le haga luego a la primera vista agradable a todo el mundo.

No niego yo, dixo entonces el Conde Ludovico, que aun en los hombres baxos no puedan reinar las mismas virtudes que reinan en los de alta sangre; mas sin replicar lo que ya hemos dicho, ni traer otras muchas razones que se hallarían en loor desta nobleza, la cual siempre en todo el mundo ha alcanzado con harta razón muy gran honra, porque justo es de los buenos nacer los buenos, me parece a mí que habiendo nosotros de formar un cortesano sin tacha, es necesario hacelle de buen linaje. Y esto no solamente por muchas otras razones, mas aun por aquella buena opinión general que siempre se sigue tras la nobleza y el lustre de la buena sangre. Y si queréis ver esto, mirá que si aquí hay dos hombres igualmente buenos cortesanos y ninguno dellos es conocido, a la hora que se sepa ser el uno hombre de linaje y el otro no, claro está que el baxo será menos estimado, y terná necesidad de mucha diligencia y de mucho tiempo para imprimir en todos aquel buen conceto de sí que el otro, en el mismo punto que fueron informados de su sangre, dexó imprimido. Pues de cuanta importancia sea este imprimirse en la gente una buena opinión o mala, no hay quien dexe de alcanzallo. Que no curando de ir más lexos, en esta casa hemos

visto notarse hombres, los cuales, siendo en estremo locos y groseros, tuvieron fama por toda Italia de grandes cortesanos, y, aunque a la postre hayan sido descubiertos, muchos días nos truxeron engañados, y sostuvieron en nosotros aquella buena opinión de sí que luego sin más alcanzaron, puesto que sus obras fuesen conforme a su valer poco. Hemos también conocido otros al principio muy poco estimados, y después al cabo ser tenidos en mucho.

Destos engaños que se reciben son diversas las causas: entre las otras hay una muy grande, y es la tema o la determinada porfía de los señores, que, por hacer milagros, quieren a fuerza de brazos hacer valer los que ellos mismos conocen que no son para valer, y aun estos señores muchas veces también se engañan. Mas, porque todo el mundo los sigue y les aprueba cuanto hacen, suele comúnmente del favor dellos nacer gran fama, a la cual por la mayor parte nuestros juicios son tan sujetos, que, si alguna vez hallan alguna cosa contra la común opinión, piensan que no es así, sino que reciben en aquello engaño, y dudan cómo pueda ser hallarse algo que repune a lo que todos sienten, y así sospechan que debe de haber allí algún secreto, y esperan que se descubra, porque realmente tienen por cierto que estas opiniones universales se fundan siempre sobre verdad y nacen de causas razonables. Así que, visto que nuestros corazones son naturalmente aparejados a amar y a aborrecer, como se vee en las justas, en los torneos y en otros juegos donde hay alguna competencia, que allí entonces los que miran, en la misma hora se aficionan sin saber por qué a la una de las partes con deseo estremo que aquélla quede vencedora y la otra vencida, hemos de decir, que, acerca de la opinión que del valor y del punto de cada uno se concibe, la buena fama o la mala luego de la primera entrada nos mueve a una destas dos pasiones. Y por eso acontece que cuando decimos nuestro parecer en algo, las más veces juzgamos con amor o con aborrecimiento. Pues luego bien claro veis cuán importante sea este primer conceto que recebimos de las cosas, y cuánto deba trabajar de alcanzalle bueno al principio el que quiere tener nombre de buen cortesano.

[CAPÍTULO IV]

[*En el cual, concluyendo el Conde que el cortesano ha de ser de buen linaje, dice que le conviene ser diestro en el uso y exercicio de las armas, y que debe huir el alabarse dello, sobre lo cual hay entre los cortesanos diversas razones y réplicas.*]

Mas dexando esto, por venir ya a particularizar algo, pienso que el principal y más proprio oficio del cortesano sea el de las armas, las cuales sobre todo se traten con viveza y gallardía, y el que las

tratare sea tenido por esforzado y fiel a su señor. La fama destas buenas condiciones alcanzalla ha quien hiciere en todo tiempo y lugar las obras conformes a ello; faltar en esto, no puede ser sin infamia. Y, como en las mujeres la honestidad una vez alterada mal puede volver a su primer estado, así la reputación de un caballero que ande en cosas de caballería, si una sola vez un solo punto se daña por cobardía o otra vileza, siempre queda dañada y con mengua. Así que, cuanto más ecelente fuere este nuestro cortesano en esto de las armas, tanto más merecerá ser alabado por todo el mundo. Aunque, a la verdad, yo agora no entiendo de afirmar ser necesario en él aquel perfeto conocimiento de la guerra y aquellas otras calidades que en un capitán se requieren. Sería esto meterse en muy grandes honduras y hacer la obligación mayor que conviene. Por eso contentarnos hemos (como hemos dicho) con que sea fiel y esforzado y que lo sea siempre. Porque muchas veces se muestra más el buen corazón en las cosas pequeñas que en las grandes. Que cada día acontece en los peligros de importancia, donde hay muchos testigos, hallarse hombres que, aunque sean de poco ánimo, todavía movidos por la vergüenza o por la compañía, van adelante casi con los ojos cerados, y satisfacen a lo que su obligación los fuerza, pero Dios sabe cómo.

Estos mismos después en las afrentas de menor aprieto donde les parece que sin ser notados pueden dexar de meterse al peligro, de buena voluntad saben acogerse y tomar la parte más segura. Pero los que, aun cuando piensan ni ser mirados ni vistos ni conocidos, muestran buen corazón y no faltan en cosa, por pequeña que sea, de la cual por alguna vía les pueda quedar sospecha de deshonra, estos tales alcanzan verdaderamente aquella virtud de esfuerzo que nosotros en nuestro cortesano buscamos. El cual con todo esto no queremos que se muestre tan fiero que continamente traiga braveza en el rostro y en las palabras, haciéndose un león, y diciendo que *«sus arreos son las armas y su descanso el pelear»* [33] y amenazando al mundo con aquella ferocidad con que suelen amenazar los soldados. A estos tales con razón se puede decir lo que una gentil dama dixo una vez delante de otras muchas a un caballero que agora yo no quiero nombrar, el cual, siéndole por ella pedido que danzase, y no quiriendo él aquello ni oír música ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de corte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo preguntado por esta señora de qué se pagaba, pues, respondió con un semblante muy fiero: Yo, de pelear. Díxole ella entonces, con una buena risa: Pues luego agora que no hay guerra ni hay para qué

---

[33] Estas palabras, que no figuran en el original italiano, reproducen los primeros versos de un famoso romance del *Cancionero de Amberes* (mediados del siglo XVI): «Mis arreos son las armas / mi descanso es pelear / mi cama las duras peñas / mi dormir siempre es velar»... Versos puestos también por Cervantes en boca de don Quijote (primera parte, cap. 2).

seáis, yo sería de parecer que os concertasen y os untasen bien, y, puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros arneses para cuando fuésedes menester. Y con esto dexóle en su necedad, con mucha burla que hicieron todos dél. Sea luego éste que nosotros buscamos áspero y fiero solamente cuando viere los enemigos; hállese entonces siempre con los primeros, pero en cualquier otro lugar parezca manso y templado, huyendo sobre todo la vanidad de quererse mostrar gran hombre y señalado entre todos; guárdese de alabarse desvergonzadamente, porque con esto cuantos le oyeren se moverán a odio y a asco contra él.

Pues yo pocos hombres (respondió Gaspar Pallavicino) he conocido ecelentes que no tengan por costumbre de alabarse, y paréceme que se les puede bien sufrir; porque el que se siente en sí valer, cuando se vee no ser conocido según sus obras de los que no las saben o no las entienden, se duele que su valor así se pierda entre la gente, y hale de descubrir por fuerza en alguna manera por no carecer de su debida honra, la cual es la verdadera satisfación de los virtuosos trabajos. Y por esto, entre los que antiguamente escribieron, comúnmente el que mucho vale no dexa de loarse. Yo no digo que no sean intolerables los que sin méritos se alaban; pero nosotros no hacemos cuenta que sea déstos nuestro Cortesano.

Si vos, dixo entonces el Conde, lo entendistes bien, yo solamente he reprehendido el alabarse el hombre desvergonzadamente y sin ninguna consideración. Y cierto (como vos decís) no se debe tener mala opinión de un hombre señalado que templadamente se alabe; antes ha de ser este tal tenido por mejor testigo en aquello que otro. Bien es verdad que quien alabándose a sí mismo no parece mal, ni es pesado ni contra sí levanta mala voluntad en los que le oyen, es ciertamente en gran manera discreto, y hace tanto, que, demás del loor que él mismo se da, merece que todos los otros le loen mucho.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Eso nos habéis vos de mostrar.

No faltó, respondió el Conde, entre los autores antiguos quien lo mostrase; pero (según mi opinión) lo más esencial desto consiste en decir las cosas de manera que quien las dice no parezca tener fin a vanidad, sino que las traiga tan a propósito y acudan ellas tan a su punto, que sea falta o cortedad dexar de decillas. Y en fin, el que se alabare, hágalo de tal arte que todos piensen que querría él escusallo, no como estos bravos, que no hacen sino abrir la boca echando palabras al viento; como uno de los nuestros, que habiéndole en Pisa atravesado con una pica el muslo hasta la otra parte, dixo que no lo había sentido más que si le picara una mosca. Y otro dixo que no osaba tener espejo en su cámara, porque, cuando se enojaba, hacía el rostro tan espantoso, que si entonces se viese no podría dexar de hacerse a sí mismo muy gran miedo. Riéronse todos desto; pero atravesó César Gonzaga, diciéndoles:

Vosotros, señores, ¿de qué os reís? ¿No sabéis que Alexandre, oyendo un día que un filósofo tenía por opinión que había infinitos mundos, comenzó a llorar, y preguntado por qué lloraba, respondió: porque aun yo no he acabado de conquistar uno habiendo tantos. ¿Qué más dixera, si hubiera tenido propósito de conquistallos todos? ¿No os parece que ésta fue mayor braveza que ninguna de las que aquí se han dicho?

Así Alexandre, dixo entonces el Conde, era hombre más ecelente que éstos de que agora hemos hablado. Las personas muy señaladas tienen licencia de presumir mucho de sí, porque quien ha de hacer grandes hechos es necesario que ose hacellos y esté de sí muy confiado; no ha de ser caído ni baxo, pero ha de ser templado en sus palabras, mostrando menos presunción de la que tuviere; no presuma tanto que llegue ya su presumir a locura.

Paró aquí el Conde un poco, y entonces dixo riendo miser Bernardo Bibiena: Acuérdome que arriba dixistes que este nuestro cortesano convenía que fuese gentil hombre de rostro y de cuerpo, con una gracia que le hiciese ser agradable a todo el mundo. La gracia y la hermosura del rostro ya yo sé cierto que la tengo, y por eso tantas mujeres (como sabéis) se mueren por mí de amores. De la buena disposición del cuerpo estoy algo dudoso, en especial con estas mis piernas, que por decir verdad no me parecen tan buenas como yo querría; de lo demás yo me contento harto. Así que yo deseo que vos me declaréis en particular esta buena disposición del cuerpo cuál ha de ser, porque yo salga desta duda y viva de aquí adelante con el espíritu más sosegado.

Gustaron desto todos, y luego el Conde acudió diciendo: Por cierto la gracia que decimos del rostro a vos no os falta, y aun con vos mismo, sin dar otro enxemplo, se puede muy bien mostrar cuál ella ha de ser; porque sin duda vuestro gesto se nos asienta mucho, y os quedamos aficionados en la misma hora los que os vemos, no embargante que no sois muy delicado en las faciones; pero mostráis en vuestra cara una buena gravedad de hombre, y por otra parte parecéis dulce. Esta calidad es muy buena y suélese hallar en muchas y diversas formas de rostros, y, en fin, es tal cual yo la querría para nuestro Cortesano; no regalada ni muy blanda, ni mujeril como la desean algunos, que no sólo se encrespan los cabellos, y, si a mano viene, se hacen las cejas, mas aféitanse y cúranse el rostro con todas aquellas artes y diligencias que usan las más vanas y deshonestas mujeres del mundo. Estos son los que en el andar y en el estar y en todos los otros ademanes son tan blandos y tan quebrados, que la cabeza se les cae a una parte y los brazos a otra, y, si hablan, son sus palabras tan afligidas que en aquel punto diréis que se les sale el alma. Y las veces que se hallan entre hombres principales, entonces se precian de usar con todas sus fuerzas estas tales blanduras (o por mejor hablar) deshonestidades. Estos, pues la natura no los hizo mujeres, como ellos

(según muestran) quisieran parecer y ser, no debrían como buenas mujeres ser estimados, sino echados como públicas rameras, no solamente de donde hubiese conversación y trato de señores, mas aun de otra cualquier parte donde hombres de bien tratasen. Así que, viniendo agora a hablar de la disposición de la persona, digo que basta, cuanto a la estatura del cuerpo, que ni sea en estremo grande ni sea en estremo pequeña, porque entrambas cosas traen consigo una cierta maravilla perjudicial, y suelen los hombres desta suerte, así demasiadamente grandes o pequeños, ser mirados casi como unos monstruos; mas si me preguntáis cuál destos dos estremos escogería yo antes por menos malo, deciros he que el ser muy pequeño; porque verdaderamente los hombres estrañamente grandes, demás de ser comúnmente groseros, son desmañados y inhábiles para todo exercicio de armas y de ligereza, y no querría yo que esta tacha tuviese nuestro Cortesano, antes le conviene mucho tener la persona suelta, y por eso cumple que sea de buena disposición y de miembros bien formados, mostrando en ellos fuerza y soltura. También es razón que sea hábil y exercitado en todo aquello que en un buen hombre de guerra se requiere. Destas cosas tenía yo por la más principal ser diestro en toda suerte de armas a pie y a caballo, y saberse aprovechar dellas, conociendo los tiempos y las posturas, y todo aquello en que un hombre se puede aventajar de otro.

Pero entre todas las otras armas se ha de tener principalmente destreza en las que ordinariamente se usan entre caballeros; y porque éstas no solamente en las guerras, a donde por ventura no hay necesidad de tantos primores, mas aun en las quistiones particulares, que suelen entre hombres honrados levantarse, son muy necesarias. En especial que acontece (como cada día vemos) reñir y revolverse un ruido, y allí entonces las más veces no hay lugar de aprovecharse de otras armas sino de las que en aquel punto os halláis más a mano; y en tal caso está claro que, el que fuere más diestro, estará más cerca de llevar lo mejor y con menos peligro. Y lo que algunos dicen que en las afrentas, donde más es menester, allí todo el artificio y toda la destreza se olvidan, no lo apruebo; porque, ciertamente los que en tal tiempo pierden el arte, de creer es que ya de miedo tenían perdido el corazón y el seso. Hace también mucho al caso (según mi opinión) saber luchar, porque ayuda en gran manera a todas las armas de pie. Es asimismo bien que entienda el cortesano para sí y para sus amigos lo necesario en carteles de batalla, y que sepa hacer buena su querella y aventajarse en los puntos que hubiere en ella, mostrándose siempre en todo esforzado y prudente. Pero no sea liviano en venir fácilmente a estos desafíos, escúselos cuanto pudiere, hasta que le fuerce la obligación de su honra. Porque, demás del peligro que estas cosas en sí traen, quien a esto se arroja livianamente sin causa necesaria, tiene muy gran culpa y merece grave reprehensión, aunque salga bien dello.

Téngase con todo en esto gran aviso, que cuando el hombre esté en los casos desta calidad ya tan adelante que no pueda tornarse atrás sin vergüenza, parezca entonces en los tratos que preceden al pelear, y después cuando peleare, muy determinado, muestre presteza y gana y corazón. No lo haga como algunos que se les va todo el negocio en palabras y en puntos, y, tocando a ellos el escoger las armas, escogen las que no corten o que no tengan punta, y ármanse de pies a cabeza como si hubiesen de esperar docientos tiros de pólvora, y, pareciéndoles que les basta harto no ser vencidos, no curan sino de defenderse temporizando con sus enemigos, retrayéndose y rodeando con tanta cautela o (por mejor decir) vileza, que la honra, que deste su pelear llevan, es por lo menos grita de rapaces. Acontéceles a estos tales como a aquellos dos de Ancona, que poco ha se diron campo en Perusa y fueron reídos de todo el pueblo. ¿Quiénes fueron ésos?, preguntó Gaspar Pallavicino.

Respondió César Gonzaga: Dos primos hermanos. Dixo entonces el Conde: Antes, según pelearon, debieran de ser hermanos; y prosiguió diciendo:

Aprovechan también las armas en tiempo de paz para diversos exercicios. Muéstranse y hónranse con ellas los caballeros en las fiestas públicas en presencia del pueblo, de las damas y de los príncipes. Por eso cumple que nuestro cortesano sea muy buen caballero de la brida y de la jineta, y que no se contente con sólo tener buen ojo en conocer un caballo y ser diestro en menealle; mas aun trabaje de pasar algo más adelante que los otros en todo, de manera que se señale siempre y, como se lee de Alcibiades, que donde quiera que se hallase llevaba ventaja a todos, hasta en aquelllo en que ellos mayor habilidad tenían, así éste de quien hablamos sea en la propria facultad de cada uno más ecelente que todos aquéllos con quien tratare. De suerte que en cabalgar a la brida, en saber bien revolver un caballo áspero, en correr lanzas y en justar, lo haga mejor que los italianos; en tornear, en tener un paso, en defender o entrar en un palenque, sea loado entre los más loados franceses; en jugar a las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara o echar una lanza, se señale entre los españoles. Pero, sobre todo, si quiere merecer aquella opinión general buena, que tan preciada es en el mundo, acompañe todas sus cosas con un buen juicio y una buena gracia. Puédense también hallar muchos otros exercicios, los cuales, aunque no procedan derechamente de las armas, tienen con ellas muy gran deudo y traen consigo una animosa lozanía de hombre. Entre éstos son los principales la caza y la montería, que en ciertas cosas se parecen con la guerra, y sin duda son los pasatiempos que más convienen a señores y a hombres de corte, y los antiguos los usaban mucho. Si quisiéredes también, no daña saber nadar, y antiguamente los hombres principales lo aprendían para muchos casos que pueden ofrecerse. Hace asimismo al

caso tener habilidad en saltar, en correr, en tirar barra. Porque, demás del provecho que todo esto hace en la guerra, suele algunas veces atravesarse alguna porfía o competencia en semejantes cosas, y el que entonces se muestra más hábil queda mejor, especialmente en la opinión del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quiere vivir en el mundo; y, porque lo digamos todo, es también un buen exercicio el juego de la pelota, en el cual se conoce claramente la disposición y soltura del cuerpo, y casi todo aquello que en los otros exercicios se vee. Suele asimismo el voltear sobre una mula o un caballo parecer muy bien, y, puesto que sea trabajoso y difícil, aprovecha más que otra cualquiera cosa para hacer que el hombre sea ligero y suelto; y demás destos provechos, si se hace sueltamente y con buen ademán, es (a mi parecer) una buena vista, y holgaría yo tanto con ella como con otra fiesta.

Así que siendo nuestro cortesano en todos estos exercicios más que medianamente instruido y exercitado, debe contentarse y no curar de muchos otros que hay, como son voltear en el suelo y sobre una cuerda, y otras tales cosas que no son para hombres de bien, sino para chocarreros que andan con ellas ganando dineros por el mundo.

Mas porque exercitarse siempre en todo esto que hemos dicho no se podría hacer sin gran fatiga, por ser exercicios trabajosos, y también continuándose demasiadamente enhadarían y perderían aquella frescura y maravilla que hay en las cosas nuevas o en las que se hacen pocas veces, es necesario mudar a ratos, y con la diversidad remediar el hastío que anda siempre envuelto en nuestra vida. Por eso quiero que nuestro Cortesano se dé algunas veces a otras cosas más sosegadas y más mansas. Y así debe, por no causar continamente invidia, y porque le tengan por hombre de buena conversación, hacer todo lo que los otros hacen con tal que sea lo que hiciere honesto y virtuoso, y que él se rija siempre con tan buen juicio, que no haga necedades ni locuras, sino que burle, ría, sepa estar falso, dance y se muestre en todo de tan buen arte, que parezca avisado y discreto, y en nada le falte buena gracia.

[CAPÍTULO V]

[*En que se prosigue la plática de los exercicios del Cortesano. Y habiendo dicho el Conde en las pláticas pasadas que en todo lo que hiciere el Cortesano lo haga con buena gracia y aire que a todos agrade, hace una pregunta miser César Gonzaga sobre esta gracia. Sobre lo cual pasan hermosas razones y réplicas.*]

Por cierto, dixo entonces miser César Gonzaga, no se debría atajar esta plática, pero también si yo callase no me aprovecharía

de la libertad que tenemos de hablar en este juego, ni tampoco sabría una cosa que deseo mucho saber. Y no me tengáis a mal si yo agora, habiendo de contradecir, pregunto, que ya esto mismo lo ha hecho miser Bernardo Bibiena, el cual de pura codicia de ser tenido por gentil hombre ha quebrantado la ley que hemos puesto en este nuestro juego que cada uno pudiese contradecir, pero no preguntar.

¿Conocéis (dixo entonces la Duquesa) cómo de un yerro solo se levantan muchos? Por eso quien yerra y da mal enxemplo, como miser Bernardo, no solamente merece ser castigado por lo que él erró, mas aun por lo que hizo errar a los otros.

Yo, pues, señora (respondió entonces miser César Gonzaga) seré agora libre de la pena que mereciera, si a miser Bernardo se ha de dar la suya y la mía.

Antes entrambos, dixo la Duquesa, habéis de ser punidos dobladamente. Él de su error y de haberos a vos traído a que errásedes, y vos del vuestro y de haber seguido el suyo.

Señora, respondió miser César, yo hasta aquí aun no he errado, y así por no participar en la culpa de miser Bernardo, acuerdo de callar; y en esto ya callaba.

Mas Emilia le dixo riendo: Decí, señor, lo que quisiérades, que yo, con licencia de la señora Duquesa, perdono a quien ha tenido culpa y a quien la tuviere en cosa tan pequeña como ésa.

Acudió a esto la Duquesa diciendo: A mí me place que se haga así; mas mirá que no os engañéis pensando que es mejor la clemencia que la justicia; porque perdonando mucho a los malos se hace perjuicio a los buenos. Pero con todo, yo no quiero por agora que mi rigor, siendo contra vuestra blandura, sea causa que dexemos de oír la pregunta de miser César.

Y así entonces él (señalándole la Duquesa y Emilia que hablase) dixo: Si bien me acuerdo, paréceme, señor Conde, que vos muchas veces esta noche habéis replicado que el Cortesano ha de dar lustre a todas sus obras y palabras y ademanes, y, en fin, a todos sus movimientos con la buena gracia. Ésta queréis que sea la sal que se haya de echar en todas las cosas para que tengan gusto y sean estimadas. Y cierto creo yo que en esto sin mucha dificultad todos serán de vuestra opinión; porque hasta la sola fuerza del vocablo prueba que el que tiene gracia aquél agrada. Mas visto que vos habéis dicho ser esto comúnmente un don de natura, el cual, cuando no es totalmente perfeto se puede con industria y diligencia mejorar, me parece a mí que los que alcanzan tan buen nacimiento y son tan ricos deste tesoro, como algunos que vemos, tienen muy poca necesidad de otro maestro. Porque la buena influencia del cielo los levanta casi a pesar dellos más alto de lo que sabrían desear, y hácelos, no solamente agradables, mas maravillosos a todo el mundo. Por eso no se ha de hablar déstos, no estando en nuestra mano alcanzallo por nosotros mismos. Mas aquellos que

no son de tan próspera costelación como estos otros, sino que paran en sólo tener aparejo de alcanzar esta gracia, poniendo en ello estudio y trabajo y diligencia, deseo saber con qué arte y con qué reglas pueden alcanzallas, así en los exercicios corporales, en los cuales, según decís, es muy necesaria, como aun en toda cosa que se haga o se diga. Así que, pues con alabarnos tanto esta calidad, nos habéis puesto a todo estraño deseo de alcanzalla, sois obligado a decirnos qué camino hemos de llevar para llegar a ella, si queréis cumplir con el cargo que la señora Emilia os ha dado.

No so yo por cierto obligado, dixo el Conde, a mostraros cómo habéis de tener buena gracia; mi obligación es agora solamente de declararos cuál ha de ser un perfeto cortesano. Mas con todo esto no penséis que yo emprenda de mostraros esta perfición de manera que seáis ciertos de salir con ella, en especial habiéndoos dicho poco ha que el cortesano había de saber luchar, voltear y muchas otras cosas, las cuales si yo nunca las aprendí, vosotros podéis ver cómo las sabré mostrar. Podrá bien ser que así como un buen soldado, cuando ha menester algunas armas, se va al armero, y le dice de qué forma, de qué talle y de qué temple las quiere, mas no por eso le muestra cómo ha de hacellas, ni amartillarlas ni templarlas, que así agora yo también sepa por ventura deciros cuál ha de ser un cortesano perfeto; mas no mostraros cómo lo habéis de hacer puntualmente para serlo. Pero todavía, por satisfacer cuanto posible me fuere a vuestra pregunta, puesto que vulgarmente se diga que la gracia no se puede aprender, digo que el que quisiere tratar los exercicios corporales con gracia, prosuponiendo con todo que no sea naturalmente inhábil, debe comenzar temprano y tener desde el comienzo los mejores maestros que pudiere. Esto cuán importante cosa sea, bien lo dio a entender Filipo, rey de Macedonia, pues quiso que Alexandre, su hijo, tuviese por maestro desde el a, b, c, a Aristótil, tan famoso filósofo, y quizá el mayor que haya jamás habido en el mundo.

De los hombres que nosotros conocemos, mirá cuán bien y cuán agraciadamente hace todos estos exercicios el Sr. Galeazzo San Severino [34], caballerizo mayor de Francia, y es la causa desto, demás de la natural disposición que tiene de la persona, haberse desvelado mucho en buscar siempe buenos maestros, y tener cabe sí ecelentes hombres para aprender de cada uno dellos lo mejor. De manera que como en luchar, voltear y jugar de muchas suertes de armas, ha alcanzado por guía a nuestro Pero Monte, el cual (como sabéis) es el verdadero y solo maestro de todo artificio de fuerza y ligereza, así en menear un caballo, justar y cualquier otra cosa, ha tenido siempre delante sus ojos los más perfetos hombres que en aquellas facultades se hayan conocido. Así que quien deseare ser

---

[34] Uno de los capitantes de Ludovico el Moro, que posteriormente prestó servicios a los reyes Luis XIII y Francisco I de Francia. Murió en la batalla de Pavía (1525).

buen discípulo, no sólo ha de poner diligencia en hacer bien lo que hiciere, mas aun ha de trabajar cuanto pudiere de tomar el aire y las otras cosas de su maestro, y ha de desear transformarse en él si posible fuese; y tras esto, cuando se sintiese haber ya aprovechado mucho, hará al caso estar atento en ver diversos hombres diestros de estas tales habilidades, y, rigiéndose con aquel buen juicio que siempre ha de llevar por guía, andar tomando, ora del uno (y) ora del otro, diversas cosas. Y en fin, como las abejas andan por los verdes prados entre las yerbas cogiendo flores, así nuestro Cortesano ha de tomar la gracia de aquellos que a él le pareciere que la tienen, y de cada uno llevar la mejor parte. Pero de tal manera, que no lo haga como un amigo nuestro a quienes todos vosotros conocéis, el cual pensaba parecerse mucho al rey D. Fernando menor de Aragón; y en lo que más había siempre trabajado de parecelle, era en alzar de rato en rato la cabeza, torciendo la una parte de la boca, la cual costumbre había el rey cobrado de una dolencia. De éstos se hallan muchos que piensan haber hecho una gran hazaña si alcanzan a parecerse sólo en alguna cosa a algún hombre muy señalado, y hartas veces, dexando todo lo bueno, se quedan con una sola tacha que aquél terná. Pero pensando yo mucho tiempo entre mí de dónde pueda proceder la gracia, no curando agora de aquella que viene de la influencia de las estrellas, hallo una regla generalísima, la cual pienso que más que otra ninguna aprovecha acerca desto en todas las cosas humanas que se hagan o se digan; y es huir cuanto sea posible el vicio que de los latinos es llamado afetación; nosotros, aunque en esto no tenemos vocablo proprio, podremos llamarle curiosidad o demasiada diligencia y codicia de parecer mejor que todos. Esta tacha es aquella que suele ser odiosa a todo el mundo, de la cual nos hemos de guardar con todas nuestras fuerzas, usando en toda cosa un cierto desprecio o descuido, con el cual se encubra el arte y se muestre que todo lo que se hace y se dice, se viene hecho de suyo sin fatiga y casi sin habello pensado. De esto creo yo que nace harta parte de la gracia; porque comúnmente suele haber dificultad en todas las cosas bien hechas y no comunes, y así en éstas la facilidad trae gran maravilla, y, por el contrario, la fuerza y el ir cuesta arriba no puede ser sin mucha pesadumbre y desgracia y hácelas ser tenidas en poco por grandes que ellas sean; por eso se puede muy bien decir que la mejor y más verdadera arte es la que no parece ser arte; así que en encubrilla se ha de poner mayor diligencia que en ninguna otra cosa; porque, en el punto que se descubre, quita todo el crédito y hace que el hombre sea de menos autoridad. Acuérdome sobre esto haber leído que ya hubo algunos ecelentes oradores antiguos que artificiosamente se esforzaban a dar a entender que no tenían letras, y, disimulando el saber, mostraban sus oraciones ser hechas simplemente y con pureza, según la natura y la verdad los guiaban, no con estudio ni con arte, la cual, si fuera conocida, pusiera sospecha de algún

engaño en los oyentes. Veis luego cómo descubrir el arte y mostrar un cuidado demasiado atento en las cosas destruya toda la gracia.

¿Quién hay de vosotros que dexe de reírse cuando nuestro miser Pier Paulo[35] danza a su modo con aquellos saltillos y con aquellas sus piernas estiradas de puntillas, sin menear más la cabeza que si fuese un palo, y todo con tanta atención que no parece sino que va contando los pasos? ¿Quién, por ciego que sea, no verá en esto la desgracia que trae consigo el cuidado y la gracia que se muestra en el descuido de muchos hombres y mujeres que aquí están presente cuando, con una descuidada desenvoltura, hablando o riendo o conversando discretamente con todos, no muestran dárseles nada por lo que hacen, antes parece que sólo no se acuerdan dello? De suerte que dan a entender tenello todo tan en la mano que ya casi no saben ni pueden errar.

En esto, no esperando más miser Bernardo Bibiena, dixo: Veis ahí cómo nuestro miser Roberto habrá ya por lo menos caído (según vuestras reglas) en la buena manera del danzar, aunque a todos estotros señores no les parezca así. Porque, cierto, si en ello lo mejor es el descuido y el tenello todo en poco y el mostrar casi pensar más en otra cosa que en lo que se hace, yo digo que miser Roberto danza mejor que todos, pues por mostrarse muy descuidado se dexa caer la capa y los pantufos, y así se va danzando sin mirar en nada.

Respondió el Conde entonces: Pues queréis que se descubran aquí agora nuestrras tachas sea mucho en hora buena. ¿Y cómo vos no sabéis que eso que en miser Roberto llamáis descuido es el mayor cuidado, y (por usar del vocablo proprio) la más verdadera afetación de todas? ¿No veis vos claramente la demasiada diligencia que él pone en mostrarse descuidado? Y ese su no pensar en lo que hace es un pensar muy grande y por eso hemos de decir que aquel su desprecio, porque pasa ya los términos de la buena medianía, es vicio, y muestra más aína curiosidad que otra cosa, y así no puede sino parecer mal y salirle al revés de su intinción; pues por desear demasiadamente encubrir el arte, la descubre. Por eso tengo yo por determinado que esta tacha de la afetación o desordenado deseo de parecer bien no está menos en el descuido que en el cuidado, si entrambas cosas eceden y pasan el medio. Ya veis que el desprecio en sí es loable; mas, si llega la cosa a dexaros caer la capa, reírse han de ello. Asimismo la diligencia y el atavío son cosas que merecen ser alabadas; mas, si están ya tanto en el estremo que no oséis menear la cabeza por no desconcertar el cabello, o traigáis siempre con vos el peine y el espejo, o mandéis que un paje os ande a cada paso rodeando con la escobilla, vosotros mismos podéis juzgar si serán tachas. Todos estos son puros estremos, los cuales, demás de ser viciosos, son contrarios de aquella

---

[35] Un cortesano de Urbino no bien identificado.

pura y gentil llaneza que suele naturalmente asentarse en nuestros corazones. Bien habréis visto alguna vez cuán desagraciado se muestre encima de un caballo o de una mula uno que vaya estirado en la silla y muy mesurado a la valenciana [36], y cuánto mejor parezca otro que ande descuidado y tan suelto como si anduviese a pie. ¿Cuánto más agrada y cuánto es tenido por más honrado un caballero que sigue la guerra si es manso y habla poco y no se alaba, que otro que está siempre loándose y con bravezas y reñegos espanta al mundo, de lo cual no puede ser otra la causa sino extrema codicia de parecer esforzado? Lo mismo acontece en todas las otras cosas que se tratan, de cualquier calidad que sean.

Dixo el manífico Julián entonces: Todo eso también se puede ver en la música, en la cual es muy defendido hacerse dos consonancias perfetas, la una luego después la otra, tanto que nuestro mismo sentido se aborrece naturalmente con ella y se huelga muchas veces con una segunda o con una sétima que en sí son ásperas y intolerables disonancias. Esto es porque continuar aquellas perfetas enhada, y señala una demasiada y curiosa armonía, la cual con mezclar algunas imperfetas se modera; y también lo bueno puesto cabe lo malo parece muy mejor, y hace estar nuestros oídos más atentos y gustar de lo perfeto con mayor gana, holgándose con aquella disonancia como con cosa descuidada.

Luego bien veis, respondió el Conde, que en eso también daña la afetación como en las otras cosas; y así hubo algunos grandes pintores antiguos que (según se dice) tuvieron como refrán la mucha diligencia ser dañosa. Y por eso Apeles reprehendió a Prothógenes [37], porque cuando pintaba, de nunca satisfacerse, jamás sabía quitar la mano de la tabla.

Esa misma tacha, dixo entonces miser César, tiene nuestro fray Serafín, que tampoco la quita, a lo menos hasta que se quitan los manteles.

Rióse el Conde y prosiguió diciendo: Paréceme que Apeles quería en eso mostrar a Prothógenes que no sabía parar ni conocer lo que bastaba; lo cual todo le venía de este vicio de ser curioso y más diligente en procurar de hacer sus obras perfetas que era menester. Así que aquella virtud contraria a la afetación, la cual por agora nosotros la llamaremos desprecio, demás de ser el verdadero principio de donde nace la buena gracia, trae consigo otro ornamento, con el cual toda obra nuestra si se acompaña, por pequeña que sea, no sólo descubre luego el saber de quien la hace, mas aun hartas veces parece mucho más de lo que es realmente. Porque en la misma hora creen los que están presentes que quien tan descui-

---

[36] En el original: *alla veneziana*, es decir, de modo ridículo, por alusión a la escasa pericia de los venecianos en el arte ecuestre. La traducción de Boscán parece atribuir a los valencianos la misma incapacidad.

[37] Poeta y escultor griego del siglo IV a. de C., imitador de Apeles.

dadamente y tan sin pena hace lo que hace, podría hacer mucho más si quisiese, y que le quedan dentro grandes secretos, y que no es nada todo aquello para con lo que haría, si en ello pusiese diligencia o cuidado. Y por replicaros agora los mismos enxemplos, mirá un hombre con una espada en la mano o con otra arma, que, si quiriendo jugar della se pone en alguna postura tan sueltamente y tan sin trabajo, que parezca hacello naturalmente, luego con la sola facilidad del ademán se muestra diestro en aquel exercicio. Asimismo en el danzar un solo paso o un solo movimiento, que se haga con buen aire y no forzado, en la misma hora descubre el saber de quien danza. Y un músico en el cantar, con un solo grito bien entonado descansado y dulce y tal que parezca haberse hecho aquello así acaso, hace creer que sabe mucho más de lo que sabe. También en la pintura una sola raya o un solo rasgo dado con el pincel diestramente y con livianeza, de manera que se muestre la mano, sin ser guiada por el arte, irse ella misma fácilmente de suyo al término conforme a la intinción del pintor, manifiesta claramente ser bueno aquel maestro en su oficio, acerca de la opinión del cual cada uno después se estiende según su juicio. Lo mismo acontece casi en cualquier otra cosa.

[CAPÍTULO VI]

[*En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto Cortesano huir como de pestilencia la afetación, que es una tacha que desbarata y destruye totalmene el lustre de la buena gracia; el cual aviso se dio en el capítulo pasado por una generalísima regla. Y sobre esta materia del hablar y el escribir pasa gran disputa entre los cortesanos.*]

Así que nuestro Cortesano será tenido por ecelente y en todo terná gracia, especialmente en hablar, si huyere la afetación; en el cual error caen muchos, y algunos nuestros lombardos alguna vez más que otros, los cuales, en estando un año fuera de sus casas, cuando vuelven, luego hablan romano o español o francés, y Dios sabe cómo. Todo esto procede de un gran deseo de mostrarse muy sabios, y aciertan, pues, bien; porque no hacen en esto sino trabajar con todas sus fuerzas de alcanzar una estraña y aborrecible tacha. Por cierto yo recibiría agora muy gran pena si en estas nuestras pláticas quisiese usar aquellas antiguas palabras toscanas que ya en nuestros tiempos no se usan, y aun creo que vosotros os reiríades de mí si yo lo hiciese.

Claro está, dixo entonces miser Federico, que sería malo, hablando así agora nosotros familiarmente como hablamos, servirnos

de aquellas palabras que ya están fuera de uso; porque, como vos decís, fatigarían a quien las dixese y a los que las oyesen, y no serían entendidas de muchos sin harta dificultad. Pero escribiendo creería yo que erraría quien no se aprovechase de ellas, porque dan mucha gracia y autoridad a lo que se escribe, y compónese dellas una lengua más grave y más llena de majestad que de las modernas.

Yo no sé, respondió el Conde, qué gracia o qué autoridad puedan dar a la escritura aquellas palabras que se deben huir no solamente en el hablar común como agora es este nuestro, lo cual vos mismo habéis confesado, mas aun en toda otra cosa que imaginarse pueda. Y porque veáis mejor esto, tomá agora aquí un hombre de buen juicio que haya de hacer un razonamiento sobre alguna materia de mucha calidad en el proprio senado de Florencia, que es la cabeza de Toscana, o haya en la misma ciudad de hablar privadamente con alguna persona de estado sobre negocios importantes, o con otro que sea acostumbrado de tratar cosas de gusto o si quisiéredes con damas o caballeros, burlando en fiestas o juegos o adonde quiera que se halle, o en cualquier tiempo o lugar o propósito que se le ofrezca; yo tengo por cierto que con mucho aviso se guardara de usar aquellas palabras antiguas de los toscanos, y, si por su desdicha o necedad las usare, no se escusará de ser burlado o de hacer harto asco a quien le oyere. Paréceme luego estraña cosa juzgar en el escribir por buenas aquellas palabras que en ninguna suerte de hablar se sufren, y querer que lo que totalmente y siempre paresce mal en lo que se habla, parezca bien en lo que se escribe. Porque cierto, o a lo menos según mi opinión, lo escrito no es otra cosa sino una forma de hablar que queda después que el hombre ha hablado, y casi una imagen o verdaderamente vida de las palabras y por esto en el hablar (el cual en el mismo punto que la voz es fuera de la boca queda derramado y perdido) pueden quizá sufrirse algunas cosas que en el escribir no se sufren, porque la escritura conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole tiempo de considerarlas maduramente. Y así es razón que en ella se tenga mayor diligencia y arte por hacella mejor y más corregida; pero no tampoco de manera que las palabras escritas sean diferentes de las habladas, sino que tome el que escribiere las más escogidas de las que hablare. Que ciertamente, si en el escribir fuese lícito lo que es defendido en el hablar, seguirse ía este inconveniente, que la licencia sería más ancha en aquello en que más estrecho y mayor estudio se ha de poner. Y de esta suerte la industria que se pone en el escribir, en lugar de aprovechar dañaría. Por eso está claro que lo que se requiere en lo que se escribe se requiere también en lo que se habla, y aquel hablar es mejor que se parece con el mejor escribir. Pienso asimismo que se sufre menos escribir mal que hablar mal; porque los que escriben no están siempre presentes a los que leen, como los que hablan a aquéllos con quien hablan. Así que, prosupuestos estos fundamentos, yo diría que el

hombre juntamente con huir muchas palabras de las toscanas antiguas, podría usar sin miedo, escribiendo y hablando, las que hoy en día se usan en la misma Toscana y en las otras partes de Italia, y tienen en la pronunciación alguna gracia. Y es mi opinión que quien sigue otra ley sino ésta, tienen muy grande peligro de caer en aquel tan odioso vicio de la afetación, del cual hemos hablado poco ha.

Yo, señor, os confieso, dixo entonces miser Federico, que el escribir es un modo de hablar. Mas hase de considerar esta diferencia: que si las palabras habladas traen consigo alguna escuridad, la habla no penetra en el corazón del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca dificultad o (por mejor decir) una cierta agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad a lo que se escribe, y hacen que quien lee, no sólo está más atento y más sobre sí, pero aun mejor considera y con mayor hervor gusta del ingenio y dotrina del que escribe; y trabajando un poco con su buen juicio, recibe aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles. Y, si la inorancia del que leyere fuere tanta que no pueda valerse con la dificultad, será culpa suya y no del autor que aquello escribió, y no se habrá de juzgar por esto que aquella lengua en que aquello está escrito no merezca ser aprobada. Y, en fin, la razón más principal que me mueve a tener por bien de usar las palabras solamente de los antiguos toscanos es considerar que el tiempo, el cual hasta agora las ha conservado, es gran testigo y aprueba mucho que no pueden ser sino buenas y declaradoras de aquello que en ellas ha de ser sinificado, porque de otra manera cayéranse luego, o a lo menos no duraran tanto, y demás desto, tienen aquella gracia y veneración que la antigüedad suele dar no sólo a las palabras, mas a los edificios, a las medallas, a las pinturas y a toda cosa que pueda ser conservada, y muchas veces sólo con su lustre y autoridad ponen hermosura y fuerza en la habla, de cuya virtud y gracia todo sujeto, por baxo que sea, puede quedar tan ennoblecido que merezca ser muy alabado; y aun más os digo, que esa vuestra costumbre, de la cual vos hacéis tanto caso, no dexa de ser (si yo no me engaño) harto peligrosa, y puede muchas veces ser mala. Porque cierto si en el hablar se halla haberse apoderado algún mal vicio en los inorantes, no me parece que por eso se deba tomar por regla ni ser seguido por cada uno. Demás desto, los usos son muy diversos, y cada ciudad principal en Italia habla diferentemente de todas las otras. Por esto, si vos no particularizáis cuál es la más aprobada lengua, podría el hombre usar así la de Bérgamo como la de Florencia, y (según lo que vos habéis dicho) no erraría. Paréceme luego que el que quisiere huir todo escrúpulo, será bien que tenga diligencia en escoger un autor entre los otros a quien siga, el cual sea aprobado por consentimiento de todos. Este

ha de ser la guía y el escudo contra los reprehensores. Y si me preguntáis quién querría yo que fuese, deciros he que el Petrarca (en la lengua vulgar digo) o el Bocacio, y quien déstos se apartare andará a tiento como si caminase a escuras, y así por fuerza habrá de errar el camino. Pero nosotros somos tan confiados, que nos despreciamos de hacer lo que hicieron los ecelentes antiguos, y presumimos de no tener necesidad de traer delante nuestros ojos algún autor tras quien enderecemos nuestro tino; pues sin esto yo digo que es imposible escribir bien. Puédese probar con Virgilio, el cual, puesto que con su divino ingenio y juicio hubiese quitado el esperanza a todos de poder bien seguille, no por eso dexó él de seguir a Homero.

Esta disputa del escribir, dixo entonces Gaspar Pallavicino, merece ciertamente ser bien escuchada; mas todavía pienso que haría más al caso mostrar al Cortesano la forma que ha de tener en el hablar; porque, a mi parecer, tiene mayor necesidad dello, y más veces se ha de aprovechar del hablar que del escribir.

Respondió el manífico Julián entonces: Antes si vosotros queréis que nuestro Cortesano sea perfeto, es necesario mostralle entrambas cosas. Y aun creo que sin éstas quizá todas las otras valdrían harto poco; por esto si el señor Conde quisiere acabar de pagar su deuda, mostrárselas ha agora.

Respondió a esto el Conde: Ya vos, señor, no acabaréis conmigo que yo emprenda eso; poque harta locura sería la mía querer mostrar lo que no sé. Y ya que lo supiese, ¿quién me pone a mí en pensar hacer con tan pocas palabras lo que apenas hicieron con grandísimo estudio y diligencia hombres de singular dotrina, a los cuales remitiría yo agora nuestro Cortesano, si todavía se estendiese mi obligación a mostralle a hablar y escribir bien?

El señor Manífico habla, dixo entonces miser César, del escribir y hablar vulgar, no del latino. Por eso lo que está escrito en este caso por los hombres dotos que decís, va fuera de lo que aquí tratamos, y así conviene agora que vos digáis en esto lo que se os entiende, que tampoco os pediremos más.

Ya yo lo he dicho, respondió el Conde. Mas, pues la plática es sobre la lengua toscana, tocaría más por ventura al señor Manífico que a otro ninguno dar en esto la sentencia.

Yo no puedo ni debo, dixo el Manífico, contradecir a quien dice que la lengua toscana lleva ventaja a las otras; bien es verdad que muchas palabras hay en Petrarca y en Bocacio que agora ya en nuestros tiempos no son admitidas por el uso. Éstas yo, por decir verdad, no querría usallas ni hablando ni escribiendo, ni aun ellos creo que sí agora viviesen las usarían.

Antes las usarían, dijo miser Federico, y vosotros, señores toscanos, debríades renovar vuestra lengua y no dexar perdella, como veo que lo hacéis. Que ya menos noticia hay della en Florencia que en otros muchos lugares de Italia.

Respondió entonces miser Bernardo: Las palabras que en Florencia no se usan han quedado en los hombres baxos y aldeanos, y con esto, como corrompidas y dañadas por la vejez, son desechadas por las personas de calidad.

[CAPÍTULO VII]

[*En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinión, que es que las reglas que sirven para el hablar, sirvan para el escribir.*]

No nos salgamos, dixo entonces la Duquesa, de nuestro primer propósito, sino que acabemos ya con el Sr. Conde que muestre al Cortesano de hablar y escribir bien, sea toscano o el que fuere.

Yo, señora, respondió el Conde, ya he dicho lo que en esto sé, y es mi opinión que las mismas reglas que sirven a lo uno sirven a lo otro. Pero, pues así lo mandáis, responderé a miser Federico, el cual tiene contrario parecer del mío, y por ventura habré de alargarme más de lo que conviene, pero también con esto haré pago. Primeramente digo que, según mi opinión, esta nuestra lengua, la cual nosotros llamamos vulgar, es a mi parecer nueva, aunque haya mucho tiempo que se use, porque de haber sido Italia, no solamente fatigada y saqueada por bárbaros, mas largo tiempo poseída y habitada por ellos, con el trato de aquellas naciones la lengua latina se dañó y deste dañarse procedieron otras lenguas, las cuales, así como los ríos que nacen de la cumbre del Apenino se apartan los unos hacia el mar de Venecia, y los otros hacia el de Italia, así también se dividieron ellas; y algunas mezcladas con alguna latinidad, por diversos caminos llegaron a diversas partes, y una se quedó en Italia, no sin mucha participación de lo bárbaro. Ésta ha andado entre nosotros largo tiempo descompuesta y varia por no haber alcanzado quien la pusiese en concierto y le diese lustre escribiendo en ella; después estuvo en Toscana algún tanto mejor tratada y no tan confusa como en otras partes de Italia, y parece que le quedó allí la flor de aquellos primeros tiempos, por haber aquella nación guardado más que las otras la buena pronunciación y la orden gramatical que conviene, y alcanzado tres famosos autores, los cuales ingeniosamente, y con las palabras y términos que se usaban en sus tiempos, han dicho todo lo que han querido. Esto más prósperamente que a todos los otros (según mi opinión) sucedió a Petrarca en las cosas de amores. Después, de tiempo en tiempo levantándose por toda Italia entre hombres principales que siguen corte y tratan cosas de armas y de letras algún deseo de hablar y escribir mejor que no se hacía en aquella primera edad grosera, cuando los estragos hechos por los bárbaros no

habían aún cesado, dexaron de usarse muchas palabras en Florencia y en Toscana y en toda Italia, y en lugar de aquéllas tomáronse otras. Y así en esto se hizo la mudanza que se suele hacer en todas las cosas humanas.

Lo mismo ha siempre acaecido en las otras lenguas, y si las primeras cosas escritas de los más antiguos latinos hubiesen durado hasta agora, veríamos, si las leyésemos, cuán diferente fue el hablar de Evandro y de Turno [38] y de los otros latinos de aquel tiempo, del que después usaron los postreros reyes romanos y los primeros cónsules. Acordaos que los versos que cantaban los salios apenas eran entendidos de los que después dellos sucedieron; mas porque estaban así ordenados por aquellos que primero lo instituyeron, no se mudaban por acatamiento de la religión. Siguiendo este proceso, los oradores y los poetas anduvieron dexando muchas palabras usadas por sus antecesores. Antonio [39], Craso [40], Hortensio [41] y Cicerón huían hartas de las de Catón; Virgilio muchas de las de Ennio [42], y así lo hacian los otros, los cuales, aunque honraban mucho la antigüedad, no la preciaban tanto que se obligasen a seguilla en todo, como vos queréis que lo hagamos agora nosotros; antes, en lo que les parecía, la tachaban; como Horacio, que quiso que fuese lícito hacer vocablos nuevos, y dixo que sus antecesores fueron necios en alabar a Plauto; y Cicerón en hartos lugares reprehende a muchos de sus antepasados, y por decir mal de Servio Galba, afirma que sus oraciones tenían mucho de lo antiguo, y dice que Ennio también despreció en algunas cosas a los que fueron antes dél; de manera que si nosostros quisiéremos seguir los antiguos, no los seguiremos, y Virgilio, que vosotros decís que siguió a Homero, no le siguió en la lengua. Así que yo estas palabras antiguas (cuanto por mí) huillas ía siempre, salvo en ciertos lugares, y aun en éstos pocas veces las usaría. Y paréceme que quien de otra manera lo hace no yerra menos que erraría el que quisiese, por seguir los antiguos, comer bellotas agora que tenemos abundancia de trigo. Y a lo que decís que los vocablos antiguos sólo con aquel lustre de la antigüedad ennoblecen tanto cualquier sujeto por baxo que sea, que le hacen dino de ser loado, respondo que ni esas palabras antiguas ni aun las buenas tengo en tanto, que si no traen sustancia de muy singulares sentencias piense que deban ser estimadas. Porque el apartar las sentencias de las palabras no es otra cosa sino apartar el alma del cuerpo, lo cual ni en la una cosa ni en la otra puede hacerse sin que lo compuesto quede destruido. Así que lo que más importa y es más necesario al Cortesano para

[38] Personajes míticos de la *Eneida* de Virgilio.
[39] Marco Antonio (143-87 a. de C.), famoso orador romano.
[40] El orador Lucio Licinio Craso (140-91 a. de C.).
[41] El orador Quinto Hortensio Ortalo (114-50 a. de C.).
[42] El autor de los *Anales*, poema épico latino.

hablar y escribir bien, es saber mucho. Porque el que no sabe, ni en su espíritu tiene cosa que merezca ser entendida, mal puede decilla o escribilla. Tras esto cumple asentar con buena orden lo que se dice o se escribe, después esprimillo distintamente con palabras que sean proprias, escogidas, llenas, bien compuestas y sobre todo usadas hasta del vulgo, porque éstas son las que hacen la grandeza y la majestad del hablar, si quien habla tiene buen juicio y diligencia y sabe tomar aquellas que más propriamente esprimen la sinificacion de lo que se ha de decir, y es diestro en levantallas, y dándoles a su placer formas como a cera, las pone en tal parte y con tal orden, que luego en representándose den a conocer su lustre y su autoridad, como las pinturas puestas a su proporcionada y natural claridad.

Todo esto que digo se ha de entender así del escribir como del hablar, en el cual todavía se requieren algunas cosas que no son necesarias en el escribir, como es la buena voz, no muy delgada ni muy blanda como de mujer, ni tampoco tan recia ni tan áspera que sea grosera; pero sonorosa, clara, suave y bien asentada, con la pronunciación suelta y con el gesto y ademanes que convengan con lo que se dice; los cuales (a mi parecer) consisten en ciertos movimientos del cuerpo no forzados ni curiosos; mas templados, con un semblante conforme, y con un menear de ojos que traiga consigo gracia y ande concertado con las palabras, y, cuanto más sea posible, sinifique hasta con el gesto la intinción y el sentimiento del que habla. Pero todo esto sería de poco provecho si las sentencias que están dentro en las palabras no fuesen buenas, ingeniosas, agudas, elegantes y graves, según la materia y el lugar y el tiempo.

Yo he miedo, dixo entonces Morello de Hortona, que si este nuestro Cortesano habla entre nosotros tan elegante y sustancialmente, no se hallen algunos que no le entiendan.

Mas antes le entenderán todos, respondió el Conde, porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia. Y no penséis que yo tampoco diga que hable él ordinariamente de cosas muy fundadas, sino que muchas veces defienda a las otras de placer, como de juegos, de motes y de burlas, según se ofreciere. Pero en todo tenga continuamente buen seso y presteza y abundancia no confusa. No muestre vanidad ni mochachería en nada. Y si le acaeciere hablar en alguna materia escura o difícil, conviene que, con las palabras y sentencia bien distintas, declare sotilmente su intinción, y con una cierta manera diligente y no pesada, desembarace y dexe llana toda forma de hablar dudosa. Asimismo cuando haga al caso sepa hablar con gravedad y fuerza, y tenga entonces habilidad para mover las pasiones y sentimientos que hay en nuestros corazones, y sea para encendellos y trastornallos, según fuere la necesidad del negocio, y algunas veces los enternezca y casi los emborrache de dulzura con aquella pureza de buenas entrañas que haga parecer que la misma natura habla. Todo esto se haga tan sin tra-

bajo, que el que escuchare piense que aquello no es nada de hacer, y que está en la mano hacello él también; pero después cuando venga a proballo, se halle muy lexos de poder hacello. Querría también que hablase y escribiese nuestro Cortesano de manera que no sólo tomase los buenos vocablos de toda Italia, mas aun que alguna vez usase algunas palabras francesas o españolas, de las que son por nosotros en nuestro uso recebidas; como agora, por enxemplo, no me parecería mal que sobre algo que viniese a propósito dixese *acertar, aventurar* y otros semejantes vocablos, con tal que se pudiese esperar que habían de ser entendidos.

Sería también bueno que alguna vez tomase algunas palabras en otra significación apartada de la propria, y transfiriéndolas a su propósito, las enxiriese como una planta en otra mejor por hacellas más hermosas, y por declarar con ellas y casi figurar las cosas tan a lo proprio que ya no nos pareciese oíllas, sino vellas y tocallas. De esto no podría dexar de seguirse gran deleite al que oyese o leyese. Y a vueltas de todo esto no ternía por malo que se formasen algunos otros vocablos nuevos, y con nuevas figuras o términos de hablar, sacándose por gentil arte de los latinos, como los latinos los solían sacar de los griegos. Así que, con esto, si entre los hombres dotos y de ingenio y de juicio que en nuestros tiempos entre nosotros se hallan, hubiese algunos que quisiesen poner diligencia en escribir de la manera que hemos dicho, en esta nuestra lengua, cosas dinas de ser leídas, presto la veríamos pura y elegante y abundosa de gentiles términos y figuras, y aparejada a que en ella se escribiese también como en otra cualquiera.

Y si mejorada y tratada por esta arte no saliese puramente antigua toscana, quedaría italiana común, copiosa y varia, y casi como un deleitoso jardín llena de diversas flores y frutos. Esto no sería cosa nueva, porque ya los antiguos griegos, de las cuatro lenguas que usaban, escogiendo de cada una las palabras, los modos y las figuras que mejor les parecieron, hicieron otra que se llamó común; y así todas cinco debaxo de un solo nombre fueron llamadas lengua griega, y, puesto que la de Atenas fuese elegante, pura y abundosa más que las otras, lo buenos autores, que no eran atenieses, no la codiciaban tanto que en la manera del escribir y casi en el olor y propriedad de su natural habla no fuesen conocidos, mas por eso no eran despreciados, antes los que querían parecer muy atenienses eran reprehendidos y burlados. También entre los escritores latinos fueron estimados muchos que no eran romanos, aunque no hubiesen alcanzado aquella limpia pureza de la lengua romana, la cual pocas veces se dexa alcanzar de los que son de nación estranjeros. No fue desechado Tito Livio, puesto que no faltó quien dixo haber hallado en él una cierta patavinidad [43], ni Virgilio, aunque fue reprehendido que no hablaba romano.

---

[43] Es decir, su condición de paduano.

Y como sabéis, fueron también alabados y preciados muchos que nacieron en tierras bárbaras. Pero nosotros, más estrechos y rigurosos que los antiguos, cargámonos de nuevas leyes sin ningún propósito, y tiniendo delante nuestros ojos el camino trillado, buscamos los rodeos o (por mejor hablar) los despeñaderos. Porque en nuestra natural lengua, el oficio de la cual (como de todas las otras) es bien y distintamente declarar los concetos del alma, nos holgamos con la escuridad, y es bueno que llamándola lengua vulgar queremos en ella usar palabras que ni del vulgo ni de los hombres principales y dotos son entendidas, y no nos contentamos con usallas así livianamente, mas traémoslas siempre entre las manos mucho más que en otra nación alguna, sin considerar que todos los buenos antiguos continamente abominaron mucho los vocablos hallados fuera de la común costumbre; la cual vos, según me parece, no la tomáis como ella se ha de tomar; porque por una parte decís que si algún mal vicio en el hablar se ha apoderado en muchos inorantes, no por eso se debe llamar costumbre ni tenerse por regla; y por otra os he oído decir hartas veces que en lugar de *capitolio* queréis que se diga *campidoglio*, por *Hierónimo Girolamo*, y *aldace* por *audace*, y por *patrone padrone*, y otras tales fealdades de palabras corrompidas que han quedado no sé cómo en el mundo, no por más sino porque quizá se hallan escritas por algún antiguo toscano necio y porque así las usan hoy día los hombres baxos y aldeanos de Toscana. La buena costumbre de hablar no es ésa, sino la que nace de los hombres de ingenio, los cuales con la dotrina y esperiencia han alcanzado a tener buen juicio, y con él concurren y consienten todos a una mano en acetar los vocablos que les parecen buenos, los cuales se conocen por una cierta estimativa natural, no por arte o regla alguna. ¿No sabéis vos que las figuras del hablar, las cuales dan mucha gracia y lustre a la habla, todas son abusiones de las reglas gramaticales? Pero son admitidas y confirmadas por el uso, sin poderse dar otra razón dello sino solamente porque agradan y suenan bien al oído y traen suavidad y dulzura. Ésta creo yo que sea la buena costumbre, en la cual tanta habilidad pueden tener los romanos, los napoletanos, los lombardos y los otros como los toscanos. Verdad es que hay cosas que en todas las lenguas son siempre buenas, como la facilidad, la buena orden, la abundancia, las gentiles sentencias, las cláusulas numerosas que satisfagan bien al oído; y, por el contrario, la afetación y las otras cosas, que son al revés destas, son malas.

Pero de las palabras, unas están en reputación un tiempo, después envejecen y pierden del todo la gracia; otras van cobrando fuerzas y suben hasta ser tenidas en muy gran precio, y como en los tiempos del año, en los unos los árboles pierden la hoja y en los otros echan y llevan fruto, así el tiempo hace caer los vocablos viejos, y el uso hace renacer otros de nuevo, dándoles autoridad y gracia, hasta que con la edad, cayéndose poco a poco, éstos también

como los otros llegan al término donde se acaban y fenecen; porque, en fin, no solamente nosotros, mas aun todas nuestras cosas son mortales. Considerá que de la lengua de los oscos ya ninguna noticia nos queda; la proenzal, que muy poco ha era celebrada por autores famosos, agora ni aun de los moradores de aquella provincia es entendida. Así que yo pienso que si el Petrarca y el Bocacio (según dixo muy bien el señor Manifico) fuesen agora vivos, no usarían muchas palabras de las que están en sus libros; y por esto no me parece bien que nosotros en ellas los sigamos. Pero tampoco dexo de alabar aquellos que en su escribir tienen algunos buenos autores por familiares a los cuales sigan. Mas tras esto también digo que se puede escribir bien sin curar de seguir a nadie, en especial en esta nuestra lengua, en la cual podemos por la costumbre ser guiados, lo que no osaría yo decir de la latina.

[CAPÍTULO VIII]

[*En que, prosiguiendo el Conde su plática, dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.*]

Dixo entonces miser Federico: ¿Por qué queréis que yo haga más caso de la costumbre en la lengua vulgar que en la latina? Mas antes de la una y de la otra, respondió el Conde, la costumbre es la guía. Pero porque aquellos que tenían la latina por su lengua propria y natural, como nosotros tenemos la vulgar, no están ya en el mundo, es necesario que de sus escritos aprendamos lo que ellos aprendieron del uso. Y, si bien lo miráis, ninguna otra cosa quiere decir hablar antiguo sino costumbre antigua de hablar; y así locura sería darse al hablar antiguo, solamente por deseo de hablar como se hablaba y no como se habla.

Luego los antiguos (respondió miser Federico) no imitaban.

Antes creo yo, dixo el Conde, que muchos lo hacían, pero no en toda cosa; que si Virgilio hubiera en todo imitado a Hesíodo, no le pasara el pie delante, ni Cicerón a Craso, ni Ennio a sus antecesores. Homero es tan antiguo que, según opinión de muchos, así lleva a todos los poetas heroicos en antigüedad como en ecelencia de escribir. Así que, siendo él el primero, ¿a quién queríades vos que hubiese imitado?

A algún otro, dixo miser Federico, que quizá fue más antiguo, del cual nosotros no tenemos noticia por el mucho tiempo.

El Petrarca, pues, y el Bocacio, dixo el Conde, ¿a quién diréis que siguieron, que aun ayer parece que se puede decir que eran vivos?

Yo no lo sé, respondió miser Federico; mas de creer es que ellos también tuvieron ojo a seguir a alguno, aunque nosotros no sepamos a quién.

Respondió a esto el Conde: Bueno está de ver que los autores, a la imitación de los cuales los otros tienen fin, deben de ser mejores que aquellos que los imitan, y así gran maravilla sería que durando la fama déstos, se hubiese perdido tan brevemente la de aquellos otros que, según esta cuenta, debieran de ser mejores. Por esto creo yo que si Petrarca y Bocacio siguieran a alguno, no pudiéramos dexar de saber quién fue éste. Pero tengo yo por cierto que sus verdaderos maestros fueron sus ingenios y sus proprios juicios naturales. Esto no se debe tener por cosa nueva; porque casi siempre por diversos caminos se puede llegar a lo más alto de cualquier ecelencia. Ninguna naturaleza hay que no tenga en sí muchas cosas, que aunque sean de un mismo género no sean diferentes por alguna vía; mas no embargante esta diferencia, tiniendo igualdad de grado, son también iguales en gloria. Mirá las composturas de la música y sus armonías, que agora son graves y tardas, agora prestas y de nuevos puntos; pero, puesto que sean diferentes, todas deleitan, aunque cada una de su manera. Esto se vee en la forma del cantar de Bidón [44], la cual es tan artificiosa, presta, ardiente, levantada y de sones tan varios que los sentidos de quien le oye todos se alborozan y se trasportan, y así encendidos y trasportados parece que se levantan hasta el cielo. No menos mueve en su cantar nuestro Marcheto Cara [45], pero más blandamente, el cual con un arte suave y llena de una llorosa dulzura, enternece y traviesa las almas, imprimiendo en ellas dulcemente una pasión deleitosa. También hay de una misma suerte cosas diferentes, que igualmente placen a nuestros ojos tanto que con dificultad se puede juzgar cuáles contenten más. En la pintura son muy señalados Leonardo Vincio el Mantegna, Rafael, Miguel Angel, Jorge de Castelfranco [46], y todos difieren los unos de los otros; mas de tal manera difieren que en ninguno dellos se halla que falte nada, sino que cada uno en su género es perfetísimo.

Lo mismo se vee en muchos poetas griegos y latinos, los cuales, siendo diversos en el escribir, son iguales en la fama. Los oradores también han siempre tenido entre sí tanta diversidad, que casi cada temporada ha producido y aprobado una suerte de oradores propria y conforme a aquel tiempo, los cuales no solamente de sus antecesores y sucesores, mas aun de sus contemporáneos han sido diferentes, como en los griegos se escribe de Isócrates, Lisias, Eschines y muchos otros, que aunque todos fueron ecelentes, a nadie se parecieron sino a sí mismos. Entre los latinos después, aquel Carbón, Lelio, Scipión Africano, Galba, Sulpicio, Cotta, Graco, Marco Antonio, Craso y tantos otros que sería muy larga cuenta de nombrallos, todos fueron muy singulares; pero

[44] Bidón de Asti, famoso cantor de capilla del papa León X.
[45] Cantor y compositor de Verona, muy celebrado en el siglo XVI.
[46] Más conocido en el mundo del arte con el nombre de *Giorgione*.

tampoco se parecieron los unos con los otros. De manera que quien se parase a pensar todos los oradores que han sido, cuantos oradores tantas formas de hablar hallaría. Antójaseme también que tengo en la memoria que Cicerón en un lugar introduce a Marco Antonio diciendo a Sulpicio hallarse muchos que, no imitando a nadie, alcanzaron grado de singular perfición. Estos fueron algunos que introduxeron una nueva forma de hablar, hermosa pero desacostumbrada, en la cual no seguían a nadie, y el mismo Cicerón afirma que los maestros deben considerar la natura de los discípulos, y, tomando aquélla por guía; encaminallos y ayudallos en la vía a que su ingenio y natural disposición los inclina. Por esta causa, señor miser Federico, pienso yo que si el hombre de suyo no tiene conformidad con un autor, no es bien ponelle en la imitación de aquél; porque no sería sin amortigualle la virtud de su ingenio y embarazársela, desviándosela del camino en el cual ella naturalmente hubiera medrado y hecho fruto, si no la atajaran. Así que yo no alcanzo cómo pueda ser bien, en lugar de enriquecer esta lengua y dalle espíritu, grandeza y luz, hacella pobre, flaca, baxa y escura, y procurar de echalla en tanta estrecheza, que seamos obligados, aunque nos pese, a seguir solamente al Petrarca y al Bocacio. Que cuanto desta manera, paréceme a mí que tampoco sería muy gran pecado dar también crédito en la forma del hablar al Policiano [47], a Lorenzo de Médici, a Francisco Diaceto [48] y a algunos otros que no dexan de ser toscanos, y, por ventura, no de menor dotrina y juicio que fueron el Petrarca y el Bocacio. Y verdaderamente estraña miseria sería luego a dos pasos hallar atajado o acabado el camino, y no pasar de donde llegó casi el primero de los que han escrito, y perder así sin más toda la esperanza que tantos y tan altos y tan maravillosos ingenios puedan en algún tiempo hallar más de una buena manera de hablar en la lengua que a ellos les es propria y natural. Pero hoy en día hay muchos escrupulosos, los cuales casi supersticiosamente, y como en un caso recio de conciencia, hablando desta su lengua toscana, espantan a los tristes que los escuchan, de manera que hasta a muchos hombres de calidad y dotos hacen caer en tanto miedo, que no osan abrir la boca y confiesan no saber hablar aquella lengua que desde la cuna aprendieron entre las tetas de sus amas. Mas paréceme que hemos hablado harto en esto, por esto será bien que volvamos a tratar de nuestro Cortesano.

Respondió entonces miser Federico: Yo quiero deciros esto primero, y es que yo no niego ser las inclinaciones y ingenios de los hombres diferentes, y así no tengo por bien que un colérico y arrebatado se ponga en escribir cosas mansas y sosegadas, ni algún otro

[47] Poeta italiano del siglo XV (1449-1492), autor de las *Stanze per la giostra* y del *Orfeo*.
[48] Pensador florentino (1466-1522), discípulo de Marsilio Ficino y divulgador de sus tesis neoplatónicas.

grave y severo componga libros de dulzuras, porque cada uno me parece que se debe aplicar a su natural instinto, y desto pienso que hablaba Cicerón cuando decía que los maestros habían de tener respeto a la naturaleza de los discípulos, por no hacer como los ruines labradores que siembran trigo en la tierra que no es buena sino para viñas; pero a mí no me cabe que en una lengua particular, la cual no es universalmente a todos los hombres así propria, como son los discursos del alma, los pensamientos y muchas otras operaciones, sino una invinción contenida debaxo de ciertos términos, no sea más razón tener fin a seguir aquellos que hablan mejor, que hablar a caso; y que, como en el latín el hombre se debe esforzar a parecer a Virgilio o a Cicerón más aína que a Silio o a Cornelio Tácito, así también en el vulgar no se haya de tener por mejor seguir la manera del hablar de Petrarca y Bocacio que la de de los otros, y en ella declarar bien cada uno su intinción, y no descuidarse de lo que Cicerón dice, que debemos tener gran ojo a nuestra habilidad natural. Y por aquí se podrá ver que aquella diferencia que vos decís hallarse entre los buenos oradores, consiste en el sentido y no en la lengua.

Yo he miedo, dixo entonces el Conde, que nosotros no nos metamos en muy grandes honduras y no dexemos nuestro principal propósito del Cortesano; mas con todo, preguntos: ¿en qué está la bondad desta lengua?

Respondió miser Federico: En guardar bien la propriedad della, y tomarla en aquella sinificación en que la tomaron los que bien escribieron, usando el mismo estilo y la misma compostura de cláusulas que ellos usaron.

Querría saber, dixo el Conde, ese estilo y esa compostura que decís, si procede de las sentencias o de las palabras.

De las palabras, respondió miser Federico.

Pues luego vos confesáis, dixo el Conde, que las palabras de Silio y de Cornelio Tácito no son las mismas que se hallan en Virgilio y en Cicerón, ni están puestas en la misma sinificación en que éstos las pusieron.

Las mismas son, respondió miser Federico, mas algunas hay dellas fuera de su lugar, y tomadas diferentemente.

Respondió a esto el Conde: Y si de los libros de Cornelio y de Silio se quitasen todas aquellas palabras que están en otra sinificación diferente de como las puso Cicerón y Virgilio, las cuales por ventura serían harto pocas, ¿no diríades vos que Cornelio se podría igualar con Cicerón, y Silio con Virgilio, y que sería bien seguir aquella su forma de estilo?

Atravesó en esto Emilia y dixo: a mí me parece que esa vuestra disputa ya dura mucho y comienza a ser pesada, por eso sería bien dexalla para otro tiempo.

Todavía miser Federico porfiaba a responder, pero Emilia le atajaba cada vez.

Al cabo dixo el Conde: Muchos quieren decir su opinión en los estilos, y hablan de las cláusulas qué concierto de sílabas han de llevar para caer bien, asimismo dan su sentencia en la imitación, cuál ha de ser. Mas por decir verdad, todos ellos con cuanto dicen no me saben hacer entender el bien de todo esto en qué consista, ni por qué las cosas que ha tomado Virgilio de Homero y de algunos otros, estén tan bien que digáis que son suyas, o que las tomó para mejorallas y no para tomallas. Pero no entender yo esto, por ventura no es culpa dellos, sino mía que no lo alcanzo. Mas porque cuando el hombre está muy diestro y resumido en una cosa, siempre sabe bien mostralla, dudaría yo que ellos entiendan lo que no saben hacerme entender, sino que, en fin, yo creo que alaban a Virgilio y a Cicerón porque muchos los alaban, y no porque conozcan la ventaja que hay dellos a los otros; la cual cierto no consiste en sólo haber tenido buen aviso en dos o en tres o en diez vocablos, dichos diferentemente de como otros los dixeron; que también en Salustio, en César, en Varrón y en otros buenos autores se hallan algunos términos usados por diversa vía de la de Cicerón; mas no embargante esto, está bien todo y todo parece bien. Porque ciertamente no consisten el valor y la fuerza de una lengua en cosas de tan poca calidad. A este propósito bien dixo Demóstenes, cuando, burlándose Eschines de ciertas palabras que había usado, no siendo puras de Atenas, y preguntándole si aquellos vocablos eran monstruos o algunos desastrados agüeros, le respondió, riendo, que no iban en aquello los estados ni los señoríos de Grecia. Así yo haría también poco caso si fuese reprehendido de algún toscano porque hubiese dicho *satisfato*, y *no sodisfato; honorebole*, y no *horrebole; causa*, y no *cagione; populo*, y no *popolo*, y otros semejantes vocablos.

Levantóse entonces miser Federico y dixo: Yo os suplico que me escuchéis solamente dos palabras.

Pero en esto Emilia atajóle diciéndole con una risa: No más por agora sobre eso. El que más hablare en esa materia no ha de ser mi amigo. Yo quiero que la dexemos para otra noche. Pero vos, señor Conde, pasá adelante en decir lo que hiciere al propósito de nuestro Cortesano, y parézcase agora vuestra buena memoria en saber tornar la plática adonde la dexastes.

Señora, respondió el Conde, paréceme que se quebró el hilo; mas con todo, si yo bien me acuerdo, pienso que decíamos que aquella pestilencial tacha de la afetación da siempre a todas las cosas mortal desgracia, y por el contrario, estrema gracia el descuido y la llaneza avisada, en loor de la cual y en vituperio de la afetación, muchas más cosas se podrían decir; pero yo agora diré solamente una: Estraño deseo tienen generalmente todas las mujeres de ser, o a lo menos de parecer, hermosas, por eso lo que naturalmente en esto no alcanzaron, con artificio trabajan de alcanzallo. De aquí nace el afeitarse, el ponerse mil aceites en el rostro, el en-

rubiarse los cabellos, el hacerse las cejas y pelarse la frente y el padecer muchos otros tormentos por aderezarse; los cuales, vosotras, señoras, creéis que a nosotros son muy secretos, y hágoos saber que los sabemos todos.

Rióse a esto Constanza Fregosa, y dixo: Podría ser que fuese mejor cortesía agora la vuestra en proseguir vuestro razonamiento y hablar del Cortesano, que en querer descubrir las miserias o tachas de las mujeres sin ningún propósito.

Antes con muy gran propósito, respondió el Conde, porque esas vuestras diligencias de que yo hablo os quitan toda la gracia, y ya veis cómo nacen de la afetación, con la cual descubrís claramente la ansia que tenéis por ser hermosas. ¿No veis vosotras cuánto mejor parezca una mujer que, ya que se afeite, lo haga tan moderadamente que los que la vean estén en duda si va afeitada o no, que otra cosa ta enxalbegada que parezca a todos una pared o una máscara, y ande tan yerta que no ose reírse por no quebrar la tez, y nunca mude de color sino a la mañana cuando se compone y después todo el día esté como un mármol sin menearse, dexándose ver solamente, no a la claridad del sol, sino a la luz de las velas, como mercader cauteloso que muestra sus paños o sus sedas en la tienda do entre la claridad tan medida como es menester para sus engaños? Pues ¿cuánto más que todas las otras agrada la que muestra su color limpio y natural sin mistura de artificio, aunque no sea muy blanca ni muy colorada, sino que parezca con su cara propria agora algo amarilla por alguna alteración, agora con un poco de color por vergüenza o por otro algún acidente, con sus cabellos acaso descompuestos, con el rostro claro y puro, sin mostrar diligencia ni codicia de parecer bien? Ésta es aquella descuidada pureza que tanto suele contentar a nuestros ojos y a nuestro espíritu, el cual siempre anda recelándose de donde quiera que haya artificio, porque allí sospecha que hay engaño. Están muy bien a una mujer los buenos dientes, porque no mostrándose así claramente como se muestra el rostro, antes por la mayor parte del tiempo estando cubiertos, de creer es que no se pone en ellos tanto cuidado como en la cara; con todo, quien se riese sin causa, sólo por mostrallos, ya descubriría el arte, y aunque los tuviese muy buenos parecería mal, y no quedaría menos frío que el Egnacio [49] de Catullo. Lo mismo es de las manos, las cuales, si siendo hermosas y delicadas se muestran alguna vez a tiempo, según el caso se ofrece, por descuido, huelga mucho el hombre de vellas, y desea que otra vez acaezca cosa por donde se puedan tornar a ver, lo que no sería si se mostrasen siempre; porque quien las trae cubiertas, no señala deseo de mostrallas, antes se ha de creer que las tiene buenas, no por diligencia ni por arte, sino porque así son de suyo. ¿No habéis vosotros mirado cuando acaso acontece que yendo una dama por la

[49] Egnatius, personaje de *Carmina*, del poeta latino Catulo.

calle, o estando en otro lugar burlando, se le descubre un poco el pie o el chapín descuidadamente, si entonces se vee bien aderezado lo que muestra, cuán bien parece? De mí os digo que huelgo mucho de vello, y que creo que vosotros también, porque cada uno agradece más el aderezo en parte así ascondida que adonde siempre se vee; y traer en aquello la mujer concierto, más parece que es por ser ella naturalmente ataviada de suyo y para sí, que porque tenga cuidado de parecer bien a nadie, pues aquel atavío no es sino en parte donde no se ha de creer que se traiga para ser visto. Desta manera se huye o se disimula el vicio de la afetación. El cual bien podéis ya conocer cuanto destruya la buena gracia, así del cuerpo como del alma; de la cual aun hasta agora poco hemos hablado. Y ciertamente no es razón descuidarse della, porque cuanto de mayor valor es el cuerpo, tanto más merece ser bien tratada y granjeada.

[CAPÍTULO IX]

[*Cómo al perfeto Cortesano le conviene ser ornado y ataviado en el ánima como en el cuerpo, y qué ornato debe ser éste.*]

Y así, cómo se deba hacer esto en nuestro Cortesano diremos brevemente, dexando aparte las reglas de muchos sabios filósofos que desta materia han escrito y declarado qué cosa es virtud del alma, y sotilmente disputado de la divinidad della. Bastará agora para nuestro propósito hacer que sea éste de quien hablamos hombre de bien y limpio en sus costumbres; porque en sólo esto se contiene la prudencia, la bondad, el esfuerzo, la virtud, que por los filósofos es llamada temperancia, y todas las otras calidades que a tan honrado título, como es de Cortesano, convienen. Y cierto yo pienso que sólo aquel es verdadero filósofo moral que quiere ser bueno, y para alcanzar esto no hay necesidad de muchos precetos, sino desta tal voluntad. Por eso bien decía Sócrates que sus dotrinas y sus consejos habían hecho ya gran fruto, luego que con ellos sus discípulos se movían a querer conocer y aprender la virtud. Y es ésta por cierto muy gran verdad, porque aquellos que han llegado al término de no desear otra cosa sino ser buenos, fácilmente alcanzan la ciencia necesaria para serlo. Y así sobre esto no curemos por agora de hablar más. Pero demás de la bondad, el substancial y principal aderezo del alma pienso yo que sean las letras, no embargante que los franceses tengan solamente las armas en mucho, de tal manera que no sólo no estiman la dotrina, mas aun se aborrecen con ella y desprecian a los hombres letrados como a gente baxa, y cuando quieren decir a alguno una recia lástima, llámanle estudiante.

Dixo entonces el manífico Julián: Por cierto, señor, vos decís

gran verdad en eso, que es error ya ha largo tiempo que reina en los franceses. Mas si quisiese nuestra dicha que mosiur Dangolema [50] sucediese, según se espera, a la Corona, creo que, como la gloria de las armas florece en Francia, así también florecería la de las letras. Porque no ha mucho que hallándome yo en la corte vi este señor, y parecióme que, demás de la disposición del cuerpo y hermosura del rostro, mostraba una tan gentil autoridad y grandeza mezclada con una tan graciosa afabilidad, que todo el reino de Francia parecía venille estrecho. Después supe, por relación de muchos caballeros franceses y italianos, grandes virtudes dél; dixéronme sus ecelentes costumbres, su grandeza de ánimo, su valor, su liberalidad; y entre todas estas cosas fui informado que amaba y preciaba estrañamente las letras y hacía muy gran cuenta de los hombre dotos, reprehendiendo muchos sus mismos naturales, porque eran tan enemigos de toda cosa de dotrina, en especial tiniendo casi dentro en sus casas un tan honrado y principal estudio [51], como el de París, adonde todo el mundo acude.

Gran maravilla es, dixo entonces el Conde, que siendo tan mozo, sólo por su natural inclinación se haya puesto por tan buen camino contra la costumbre de su misma nación, y pues los pueblos comúnmente suelen seguir hacia donde se inclinan sus señores, no sería mucho que en breve tiempo fuesen las letras estimadas en Francia, las cuales de cuanta dinidad y virtud sean bien lo podrán entender los franceses si quisieren, viendo que ninguna cosa hay tan naturalmente deseada por los hombres ni más propria a ellos que el saber; y así gran bestialidad es decir o creer que no sea siempre bueno. Y si yo hablase con ellos o con otros que no fuesen de mi opinión en esto, quizá yo les haría ver bien claro cuánto a nuestra vida y autoridad sean provechosas y necesarias las letras; las cuales sin duda han sido un don singular de Dios, enviado por su gran liberalidad a nosotros desde el cielo. No me faltarían agora enxemplos de muchos ecelentes capitanes antiguos, los cuales todos ennoblecieron las armas con la dotrina. Alexandre tuvo, como sabéis, en tanta veneración a Homero, que siempre tenía la *Iliade* a la cabecera de su cama; y no sólo en las letras que llaman de humanidad, mas aun en la especulación de la filosofía puso muy gran diligencia teniendo a Aristótil por maestro. Alcibíades acrecentó sus grandes calidades, y las hizo ser más señaladas, con ser muy doto y con estar siempre en compañía de Sócrates. César, cuán amigo fuese de las letras sus mismos Comentarios, que él divinamente dexó escritos, lo declaran. De Scipión Africano se dice que siempre traía en las manos aquellos libros de Xenofonte que tratan debaxo del nombre de Cyro cómo ha de ser criado y instruido un príncipe para ser perfeto. Podría deciros de Lúculo, de

---

[50] El futuro Francisco I, rey de Francia.
[51] Alusión a la famosa Universidad de la Sorbona.

Silla, de Pompeo, de Bruto y de muchos otros romanos y griegos; pero sólo quiero que os acordéis de Annibal, el cual, como habréis leído, fue entre todos un capitán muy señalado, y aunque era de condición feroz, de nación bárbara, ajeno de toda humanidad, sin fe ni ley, despreciador de los hombres y de los dioses, no por eso dexó de tener letras y de alcanzar alguna noticia de lo griego; y, si yo no me engaño, acuérdome haber leído que compuso un libro en lengua griega.

Pero escusado es deciros todo esto a vosotros que bien conocéis cuán gran engaño reciban los franceses pensando que las letras embaracen las armas, y no dexáis de entender que en las cosas graves y peligrosas de la guerra la verdadera espuela es la gloria, y quien se mueve por intereses de dinero o de otro provecho alguno a pelear, demás que nunca hace cosa buena, no merece ser llamado caballero, sino muy ruin mercader. Tras esto, que la verdadera gloria sea aquella que se encomienda a la memoria de las letras, todos lo saben, sino aquellos cuitados que las inoran. ¿Qué hombre hay en el mundo tan baxo y de tan vil espíritu, que leyendo los hechos de César, de Alexandre, de Scipión, de Annibal y de otros muchos no se encienda en un estraño deseo de parecelles y no tenga en poco esta nuestra breve vida de dos días por alcanzar la otra de fama perpetua, la cual, a pesar de la muerte, nos hace vivir mientras más va con más honra?

Por cierto el que no siente el provecho que hay en las letras tampoco puede sentir la grandeza de la gloria por ellas conservada, y solamente mide la fama con la edad de un hombre o de dos, porque no puede tener memoria de más tiempo. Y así no la precia tanto como la preciaría si supiese que por el medio de los buenos autores que escriben, no sólo dura muy largos días, mas aun con el tiempo, con el cual todas las otras cosas se enflaquecen y se caen, ella cobra mayores fuerzas y se levanta. De aquí viene que el hombre inorante, no pudiendo, por las razones ya dichas, tener en tanto la gloria como el que sabe, tampoco puede ni osa ponerse a tantos peligros por alcanzalla. Pero no querría que si alguno quisiese contradecirme, me traxese delante, por destruir mi opinión, algunos efetos contrarios que alguna vez parece que hacen las letras en esto de las armas, y me diese luego en los ojos con los italianos, diciéndome que con su tratar cosas de dotrina de unos tiempos acá no son tan guerreros como a caballeros conviene, lo cual por cierto yo no niego, aunque bien se podría decir que la culpa de algunos pocos ha causado daño y deshonra a todos los otros. Déstos procede la verdadera causa de nuestros males y de nuestra virtud caída, no quiero decir muerta. Mas harto mayor vergüenza sería agora para nosostros publicarse estas nuestras lástimas, que para los franceses manifestarse sus inorancias. Así que mejor será pasar con silencio lo que sin dolor no puede traerse a la memoria. Por eso dexemos esto y volvamos a nuestro Cortesano,

el cual querría yo que fuese en las letras más que medianamente instruido, a lo menos en las de humanidad, y tuviese noticia, no sólo de la lengua latina, mas aun de la griega, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No dexe los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y en prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar; porque demás de lo que él gustará dello, terná en esto un buen pasatiempo para entre mujeres, las cuales ordinariamente huelgan con semejantes cosas. Y, si por otras ocupaciones o por poca diligencia no alcanzare en esto tanta perfición que lo que escribiere merezca ser muy alabado, sea cuerdo en callarlo, porque no hagan burla dél; solamente lo muestre a algún amigo de quien se fíe, y no cure por eso de dexar de escribir algo a ratos, que aunque no lo haga muy bien, todavía le aprovechará, para que, escribiendo, entienda mejor lo que los otros escribieren. Que a la verdad muy pocas veces acontece que quien no escribe sepa, por doto que sea, juzgar los escritos ajenos, ni guste de las diferencias y ventajas de los estilos, y de aquellas secretas advertencias y finezas que se suelen hallar en los antiguos.

Demás desto, haránle estos exercicios abundoso y largo en la conversación y (como respondió Aristipo a un tirano) osado en hablar con todos sin miedo. Pero ha de tener a vueltas desto siempre en la memoria este consejo: que en todo sea prudente, y más aína temeroso que atrevido; y guárdese de darse a entender falsamente que sepa lo que no sabe. Porque naturalmente todos somos más de lo que conviene codiciosos de ser loados, y mayor deleite reciben nuestros oídos con la dulzura de las palabras que se dicen en loor nuestro, que con todas las músicas del mundo, y por eso los que sin mucho seso las admiten, suelen quedar no solamente engañados, mas aun burlados y reídos de los mismos que los alaban. Viendo los antiguos sabios este peligro, no faltó entre ellos quien escribiese libros, declarando por cuál manera se pudiesen conocer los verdaderos amigos entre los lisonjeros. Pero esto ¿qué aprovecha si hay infinitos hombres que, conociendo claramente la lisonja, quieren bien al que la dice y se aborrecen con el que virtuosamente los desengaña? Y aun muchas veces, pareciéndoles que quien los alaba se alarga poco, ellos le ayudan, hablando de sí mismos tan vanamente que hasta el desvergonzado lisonjero que está presente se corre dello. Mas dexemos en su ceguedad a estos ciegos y hagamos que nuestro Cortesano sea de tan buen juicio que no consienta que le hagan de lo blanco prieto, ni presuma de sí sino lo que manifiestamente conociere ser verdad. Este aviso tenga principalmente en aquellas cosas que miser César, si bien os acordáis, en su juego tocó, las cuales, según él dixo, hartas veces hemos nosotros usado como a instrumentos para enloquecer a muchos. Todavía será más seguro que, aunque conozca ser verdaderos los loores que le dan, los reciba con templanza y no los sufra

así puramente sin más, ni los confiese sin alguna contradición, sino que moderadamente casi los niegue, mostrando siempre tener en efeto por su principal profesión la de las armas, y sinificando que todas las otras buenas calidades son por ornamento de aquéllas. Esto en especial se ha de hacer entre hombres de guerra, por no ser como aquellos que entre letrados quieren parecer guerreros, y entre guerreros letrados. En esta manera, por lo que ya hemos dicho, podrá el Cortesano huir el vicio de la afetación y hacer que las cosas medianamente buenas parezcan perfetas.

Respondió a esto miser Pietro Bembo: Yo no sé, señor Conde, por qué queréis que este nuestro Cortesano, tiniendo letras y tantas otras buenas calidades, tenga todas estas cosas por ornamento de las armas, y no las armas con todo lo demás por ornamento de las letras, las cuales, por sí solas, sin otra compañía, llevan tanta ventaja a las cosas de la guerra cuanta es la que el alma lleva al cuerpo. Porque el exercicio dellas así pertenece propriamente al alma, como el otro de las armas pertenece al cuerpo.

Respondió entonces el Conde: Antes al alma y al cuerpo pertenece el exercicio de las armas; pero yo no quiero que vos, señor miser Pietro Bembo, seáis juez desta causa, porque seríades algo sospechosos para una de las partes, ni tampoco hace agora al caso volver en campo esta disputa, habiendo ya sido otras veces largamente disputada por hombres sabios, aunque yo realmente la tengo por determinada en favor de las armas, y quiero también que el Cortesano, pues yo puedo formalle a mi voluntad, sea de mi parte en esto, y si vos todavía quisiéredes ser de parecer contrario, vengan aquí un hombre de guerra y un letrado, y como el letrado está en la mano que defenderá su opinión con las letras, así el de guerra defienda a la suya con las armas, y veamos quién podrá más.

¡Ah, dixo miser Pietro, aun agora acabáis de condenar los franceses porque tienen en poco la dotrina; y os dexáis de decir que con ella los hombres llegan a entender de cuánto valor sea la gloria, y se hacen inmortales por fama, y agora tan presto parece que ya mudáis de opinón! ¿No se os acuerda que

Giunto Alexandro a la famosa tomba
del fiero Achile, sospirando dise:
O fortunato che sí chiara tromba
trovasti e chi di te sí alto scrise? [52]

Pues si Alexandre, tiniendo envidia a Achiles, no se la tuvo de sus hechos, sino de su buena fortuna, que le hubiese dado un tan

[52] Versos del *Canzoniere* de Petrarca (soneto CLXXXVII):

Y llegado Alejandro a la gran tumba
del fiero Aquiles, suspirando dijo:
¡Afortunado tú, que clara trompa
has encontrado, y quien de ti escribiera!

(Trad. de Jacobo Cortines.)

gran autor como Homero para que escribiese sus cosas y se las levantase hasta el cielo, claro está que preciaba más el saber de Homero que el pelear de Achiles. Pues luego, ¿qué otro juez o qué otra sentencia queréis sobre esto sino esta que dio uno de los mayores capitanes del mundo?

Yo condeno, respondió el Conde, los franceses, porque piensan que las letras estorban las armas, y tengo por cierto que a nadie conviene más la dotrina que a un caballero que ande en cosas de guerra, y por eso estas dos calidades, asidas y ayudadas la una con la otra, quiero que se hallen en nuestro Cortesano; así que, señor, por decir yo esto no me parece que haya mudado de opinión; mas, como he dicho otra vez, no quiero agora disputar esta materia. Basta saber que los hombres dotos, cuando escriben, casi nunca se ponen en alabar sino los varones famosos en guerra y sus hazañas maravillosas, las cuales de suyo merecen gloria por la propria y esencial virtud de donde nacen. Demás desto, dan estas cosas una muy alta y singular materia a los que escriben, con la cual ennoblecen sus escritos, y en parte hacen que para siempre duren, los cuales por ventura no serían tan leídos ni estimados si les faltase un tan honrado sujeto. Y si Alexandre tuvo invidia a Achiles por velle que había alcanzado un tan grande pregonero de sus hechos, no se concluye por eso que tuviese en más las letras que las armas, en las cuales, si se conociera quedar tan atrás de Achiles, como sabía que en el escribir lo quedarían de Homero todos aquellos que dél escribiesen, no hay duda sino que deseara antes el hacer bien en sí que el escribir bien en otro, y la codicia que tenía de alcanzar un singular autor de sus cosas la convertiera en procurar hacellas mejores.

Por eso creo yo que lo que él dixo no fue sino un secreto loor de sí mismo y un desear lo que entonces no tenía, que era alcanzar algún ecelente y maravilloso hombre que escribiese su historia, y no lo que ya pensaba tener, que era el esfuerzo y el saber en las armas, en el cual estaba muy confiado que podía bien igualarse con Achiles, y así le llamó *fortunato,* casi soñalando que si su fama no fuese en todo tiempo tan ensalzada como aquella que fue celebrada por un poeta tan divino, no sería por culpa suya ni por falta de hazañas señaladas, sino por la fortuna, la cual había puesto en manos de Achiles a Homero, como un milagro de natura, por glorioso pregón de sus hechos; y también quizá con aquellas palabras tuvo fin a despertar algún ingenio de algún autor ecelente para que escribiese el proceso de sus cosas, mostrando habelle de quedar por ello en tanto cargo, cuanto era el amor que tenía a la memoria que en el mundo quedaba por el beneficio de las letras, de las cuales basta agora lo que hemos dicho.

Antes sobra, respondió Ludovico Pío; porque pienso que no se podrá hallar vaso en que quepa todo lo que vos queréis echar en este Cortesano.

[CAPÍTULO X]

[*Cómo al perfeto Cortesano le pertenece ser músico, así en saber cantar y entender el arte, como en tañer diversos instrumentos.*]

Esperá, pues, un poco, dixo entonces el Conde, que muchas otras cosas han aún de entrar en él, y así volvió a decir: Habéis de saber, señores, que este nuestro Cortesano, a vueltas de todo lo que he dicho, hará al caso que sea músico; y demás de entender el arte y cantar bien por el libro, ha de ser diestro en tañer diversos instrumentos. Porque, si bien lo consideramos, ningún descanso ni remedio hay mayor ni más honesto para las fatigas del cuerpo y pasiones del alma que la música, en especial en las cortes de los príncipes, adonde no solamente es buena para desenfadar, mas aun para que con ella sirváis y deis placer a las damas, las cuales de tiernas y de blandas fácilmente se deleitan y se enternecen con ella. Por eso no es maravilla que ellas en los tiempos pasados y en éstos de agora hayan sido comúnmente inclinadas a hombres músicos, y holgado estrañamente con oír tañer y cantar bien.

Atravesó a esto Gaspar Pallavicino diciendo: La música pienso yo que, como otras muchas vanidades, es muy conforme a las mujeres, y aun quizá también a algunos que parecen hombres, mas no lo son, los cuales no debrían por ninguna vía con semejantes deleites y regalos ablandar ni enternecer sus corazones, de manera que se enflaqueciesen y se hiciesen medrosos.

No digáis eso, respondió el Conde; si no, haréisme entrar en grandes procesos de loores de la música, y acordaros he cuán estimada y honrada haya siempre sido entre los antiguos, y aun fue, pues me metéis en ello opinión de muchos sabios y famosos filósofos ser el mundo compuesto de música, y los cielos, en sus movimientos, hacer un cierto son y una cierta armonía, y nuestra alma con el mismo concierto y compás ser formada, y por esta causa despertar y casi resucitar sus potencias con la música. Y así se lee de Alexandre que oyendo alguna vez, estando comiendo, tañer y cantar algunas cosas bravas y furiosas, fue forzado de dejar la comida y arremeter a las armas; después, mudando el músico aquella arte de son y ablandándose, amansarse él también, y volver de las armas a la mesa. Mas os digo que Sócrates filósofo, siendo tan grave y tan estrecho, como sabéis, aprendió a tañer vihuela pasando ya de setenta años. También me acuerdo que Platón y Aristótil quieren que el mancebo, para criarse bien, sea instruido en la música, y prueban con infinitas razones la fuerza della en nosotros ser muy grande, y tener todos los que quieren salir singulares hombres necesidad por muchas causas de aprendella desde niños, no sólo por aquella dulzura de son que nos da en

los oídos, mas aun por ser ella bastante a hacer en nosotros un nuevo hábito bueno, y una costumbre que se endereza derechamente a la virtud y hace nuestros corazones más dispuestos a estar sosegados y contentos, así como los exercicios corporales hacen ser el cuerpo más recio y más suelto. Aprovecha asimismo, según la opinión de estos dos filósofos, a las cosas de la guerra y al gobierno de la república, y así Licurgo la aprobó en sus rigurosas leyes. Léese también que los lacedemonios, gente muy guerrera, y los pueblos de Candía [53], usaban vihuelas y arpas y otros géneros de instrumentos blandos cuando habían de pelear, al punto que ya estaban los escuadrones para romper. Bien supo todas estas ecelencias de la música Epaminundas y muchos otros singulares capitanes antiguos, pues con tanta diligencia la aprendieron, y si algunos hubo en aquellos tiempos que no la supiesen, como Temístocles, fueron por ello harto menospreciados. ¿No habéis vosotros leído que una de las primeras cosas que aquel buen viejo Chirón [54] avezó a Achiles en su edad más tierna fue la música, y que quiso aquel sabio maestro que aquellas manos que habían de derramar tanta sangre troyana estuviesen muchas veces ocupadas en tañer? ¿Qué caballero habrá luego que haya vergüenza de seguir en esto a Achiles y a otros muchos famosos capitanes que yo podría nombrar agora? Así que no queráis vos, señor, quitar a nuestro Cortesano un tan gran bien como es la música, la cual no sólo amansa nuestros corazones, mas aun los de las fieras hartas veces, y el que no la gusta se puede pensar dél que tiene los sentimientos y espíritus discordes entre sí. Mirá cuánto puede, que ya hubo músico que con ella hizo llegar un muy gran pescado al navío donde él iba, y le truxo a que, tomándole en sus espaldas, le sacase en tierra. Ésta es la que en los sagrados templos celebra los divinos oficios y canta a Dios los loores y las gracias por los beneficios recebidos, y así de creer es que a Él le sea muy aceta, y que Él nos la haya dado por un muy dulce alivio de nuestras fatigas y congoxas. Con ésta los trabajados labradores debaxo del ardiente sol engañan su mismo trabajo con el grosero y rústico cantar. Con ésta la mozuela, que antes de amanecer se levanta descalza y mal vestida a hilar o a texer, se defiende del sueño, y hace deleitosa su trabajosa labor. Ésta es una recreación muy alegre para los miserables marineros después que la fortuna y los vientos han cesado. Con ésta descansan los cansados romeros de sus largas y enojosas romerías, y los afligidos encarcerados entre sus hierros y cadenas se consuelan. Y que ésta sea con su cantar, aunque a las veces acaezca ser grosero, un muy grande y ordinario refrigerio de nuestros trabajos y enfados, puédese ver en esto que hasta las amas cuando veen llorar sus niños, luego, sin saber cómo, casi por un natural instinto se

[53] Candía: nombre con el cual fue designada por los venecianos la isla de Creta.
[54] Legendario centauro de la *Ilíada*, que educó a Aquiles.

mueven a acallarlos y hacellos dormir con algún cantar, los cuales, tiniendo la sola natura por maestra, con aquel son en el mismo punto sosiegan y duermen y olvidan las lágrimas a ellos proprias, y dadas naturalmente en naciendo, como por un anuncio de todas las tristezas y desventuras que en todo el discurso de la vida continuamente han de pasar.

Aquí, callando un poco el Conde, dixo el manífico Julián: Por cierto yo no soy del parecer del Sr. Gaspar Pallavicino. Antes pienso, por las razones que vos habéis dicho y por otras muchas, que conviene la música, no sólo por un ornamento bueno, mas de pura necesidad, al Cortesano. Pero querría saber esta calidad y las otras que le habéis señalado, cómo y en qué tiempo y por qué arte han de ser por él tratadas. Porque ya sabéis que muchas cosas que de suyo son buenas, suelen hartas veces, por hacerse fuera de tiempo, ser malas, y, por el contrario, otras que parecen de poca importancia, usándose bien y discretamente, vienen a tenerse en mucho.

[CAPÍTULO XI]

[*Que al Cortesano conviene tener noticia del pintar, y sobre este punto pasaron sotiles razones entre los cortesanos.*]

Quiero, dixo entonces el Conde, primero que entremos en eso, hablar de otra cosa, la cual, por ser de mucha calidad, si yo no me engaño, cumple que nuestro Cortesano la sepa, y es saber debuxar o trazar y tener conocimiento de la propria arte del pintar. Y no os maravillés que yo le desee esta arte, la cual hoy en día quizá es tenida por mecánica, y por ventura no parece que convenga a caballero, que yo me acuerdo haber leído que los antiguos, en especial en toda Grecia, querían que los mancebos generosos estudiasen dentro en las escuelas y se exercitasen en la pintura como en cosa virtuosa y necesaria, y fue esta arte recebida en el primer grado de las liberales, después con público mandamiento fue proveído que no se mostrase a los siervos. Tuviéronla también los romanos en mucho, y désta el antiguo y noble linaje de los Fabios tomó el uno de los tres nombres; y así el primer Fabio fue llamado Pintor, porque realmente lo fue muy grande, y tan dado a la pintura, que habiendo pintado los muros del templo de la Salud, intituló en ellos su nombre; pareciéndole que, aunque fuese de casa tan honrada y llena de tantos títulos de consolados, de triunfos y de otras dinidades y fuese muy gran letrado en muchas facultades y entendido en leyes y puesto en la cuenta de los oradores, todavía acrecentaría su fama dexando aquella memoria de haber sido tan gran pintor. Otros muchos hubo de alta sangre famosos en esta arte, de la cual, demás de ser de muy gran valor y estima, se sacan grandes

provechos, mayormente en la guerra, donde comúnmente suele ser necesario saber trazar regiones, asientos, ríos, puentes, riscos, fortalezas y semejantes cosas, las cuales, aunque siempre se tuviesen en la memoria, lo que casi es imposible, no se podrían mostrar por otra vía.

Verdaderamente, quien no precia esta arte paréceme hombre fuera de toda razón; que si bien lo contemplamos, toda la fábrica de este mundo que vemos con el ancho cielo de claras estrellas lumbroso, y en el medio de todo la tierra rodeada de mar, de montes, de valles, de ríos diversificada y de diversos árboles, de lindas flores, de estrañas yerbas aderezada, podemos decir que no es otra cosa sino una milagrosa y gran pintura por las manos de la natura y de Dios compuesta, la cual quien fuere para contrahacella merecerá ser alabado de todo el mundo. Arte es esta que no se puede llegar a saber mucho della sin tener noticia de muchas cosas; y si no, pruébelo quien quisiere y vello ha. Por eso los antiguos la estimaban y hacían gran honra a los oficiales della; y así llegó a lo más alto de su perfición, como se puede bien conocer en los bultos antiguos de mármol y de bronzo que en nuestros días se veen. Y, puesto que sea diferente la pintura de la esculptura, la una y la otra nacen de una misma fuente, que es la buena traza o figura que el oficial en sí concibe para la obra que ha de hacer. Por eso, como lo de los bultos es cosa divina, así también se puede decir que lo son las pinturas, y por ventura son tanto más ecelentes cuanto es mayor el artificio que en ellas cabe.

Emilia, entonces, volviéndose a Juan Christóphoro Romano, que allí estaba asentado, díxole: ¿Qué os parece desto? ¿Confesaréis vos que en la pintura quepa mayor artificio que en la esculptura?

Respondió Juan Christóphoro: Yo, señora, tengo por opinión que la esculptura es de mayor trabajo, de mayor arte y de mayor dinidad que la pintura.

Respondió a esto el Conde: Bien podría ser verdad que los bultos fuesen de mayor estima, porque duran más tiempo, y así está claro que siendo hechos por una memoria satisfacen más que las pinturas al fin por donde se hicieron. Pero, demás de la memoria, fueron inventadas estas dos artes por un hermoso atavío del mundo, y por esta vía lleva muy gran ventaja la pintura, la cual, si no es tan duradera, digámoslo así, como la esculptura, todavía permanece mucho, y eso que dura tiene harto mayor frescura y lindeza.

Creo yo verdaderamente, dixo Juan Christóphoro, que vos habláis al revés de lo que sentís, y todo ello es por hacer placer a vuestro Rafael. Y aun quizá os parece que la ecelencia del pintar que conocéis en él sea tan estrema que la del esculpir no pueda en ninguna manera subir a tan alto grado; mas esta perfición pensá que no es del arte, sino de un maestro solo. Con todo, no dexo yo

cierto de conocer que entrambas artes son una artificiosa imitación de natura; pero más perfetamente se saca lo natural al proprio en una figura de mármol o de bronzo, en la cual son todos los miembros macizos, formados y medidos como si fuesen naturales, que en una imagen pintada, en la cual no se vee sino lo de encima, y las colores con que se engañan los ojos, y así no me negaréis vos que no sea más llegado a la verdad el ser que el parecer. Pienso también que la esculptura sea más difícil porque el yerro que en ella se hace es imposible enmendalle; que ya veis que el mármol no se puede mudar ni recibe enmienda, sino que es necesario si en él una figura se yerra hacer otra de nuevo, lo que no acaece en la pintura, la cual es fácil cosa mudalla mil veces, y añadir y quitar della, mejorándola siempre.

Rióse el Conde y dixo: Yo no hablo aquí por defender la parte de Rafael, ni habéis vos de crer que sé tan poco que no conozca la perfición de Miguel Angel y la vuestra y la de otros en el esculpir; mas yo agora trato del arte, y no de los maestros della.

Y vos bien decís que entrambas artes son una imitación de natura; pero decir que la esculptura tiene ser y la pintura no, sino parecer, es muy gran engaño; que aunque los bultos sean todos macizos, como si fuesen vivos, y las pinturas solamente se parezcan en lo de encima, muchas cosas faltan a los bultos que no faltan a las pinturas, como los lustres y las sombras, porque otro lustre tiene la carne y otro el mármol, y esto naturalmente lo contrahace el pintor con lo claro y con lo escuro, templándolo según la necesidad de la obra, lo que no puede hacer el esculptor. Y, puesto que en el pintar no se haga la imagen redonda ni maciza, hácense todavía las junturas y los miembros como macizos y redondeados, tan diestramente, que casi por una cierta manera que no se sabe decir, figuran o dan a entender aquellas partes que no se veen, y todo con tal arte, que claro se comprende que el pintor las conoce y las entiende bien. A esto es necesario otro mayor artificio en hacer aquellos miembros que se han de medir a la proporción de la vista por la perspectiva, la cual, a poder de líneas muy medidas, de colores, de lustres y de sombras, suele mostrar en un muro pintado derecho lo llano y lo lexos más o menos, como ella quiere.

Tras esto, ¿no os parece que sea mucho contrahacer las colores naturales, figurando propriamente las carnes, los paños y todas las otras cosas que tienen color? Esto no lo hará ya el esculptor por más que haga, ni sacará tampoco a lo proprio la viva gracia de unos ojos negros o zarcos, con aquella claridad de aquellos enamorados rayos; ni mostrará la color de unos cabellos rubios, no el resplandor de unas armas, no una noche escura, no una fortuna de mar, no los relámpagos y rayos, no un fuego de una ciudad que se quema, no el reír del alba con aquella frescura de color de rosas y con aquellos sus rayos, los unos como de puro oro y los otros colorados. No mostrará, en fin, cielo, mar, tierra, cuestas, bosques,

vegas, jardines, ríos, ciudades, casas ni otras cien mil cosas, las cuales todas el pintor las saca perfetamente. Por eso tengo yo la pintura por más noble, y por cosa en que cabe mayor artificio que en la esculptura.

Y pienso que entre los antiguos floreció y llegó al punto de su perfición como las otras cosas, lo cual aun agora en nuestros días se puede bien juzgar por algunos pedazos della que nos han quedado, en especial en las grutas de Roma. Pero más claros testigos desto son los libros que antiguamente se escribieron, en los cuales a cada paso se refiere la ecelencia del pintar y de sus maestros que en aquellos tiempos estaban en grande reputación con los príncipes y con las repúblicas.

Y así se lee que Alexandre amó tanto a Apeles Ephesio que, habiéndole hecho sacar al proprio una amiga suya toda desnuda, y conociendo que el buen pintor así pintándola, su poco a poco se había enamorado en estremo della, sin considerar ninguna otra cosa más, se la dio. Liberalidad verdaderamente de Alexandre, no sólo dar sus tesoros y sus tierras, mas aun su propria afición y deseos.

Quien esto hizo por Apeles ya veis si le quería bien, pues por satisfacer a la voluntad dél, no miró el enojo que hacía en esto aquella mujer a quien tanto amaba, la cual bien se puede creer que no holgaría mucho de trocar un tan gran rey por un pintor. Escríbense otros mil enxemplos del amor que Alexandre tuvo a Apeles; honróle tanto, que mandó con públicos pregones que nadie sino él fuese osado de pintar su figura. ¿Quién acabaría de contar las competencias y disputas de muchos pintores famosos, en las cuales se mostraba tanta sotileza que todo el mundo las ensalzaba y se espantaba de vellas? Podría deciros con cuánta solenidad los capitanes y emperadores antiguos solían aderezar sus triunfos de pinturas, y con cuánta majestad las ponían en los lugares públicos, y cómo daban por ellas grandes sumas de dineros, y que hubo ya pintores que holgaron de dar sus obras graciosamente, viendo que ningún precio bastaba a pagallas, y que fue una tabla de Prothógenes tan estimada, que tiniendo Demetrio [65] puesto cerco sobre Rodas y pudiéndola entrar dándole fuego por la parte donde él sabía que aquella pintura estaba, por no quemalla, dexó de dar el combate y así no tomó el lugar. Asimismo os podría traer a la memoria cómo los atenieses enviaron Metrodoro, filósofo y pintor singular, a Lucio Paulo [66], para avezalle sus hijos, y aderezalle el triunfo que había de hacer en aquellos días. Gran argumento es de haber tenido esta arte antiguamente mucha autoridad, ver cuántos autores ecelentes han escrito della; pero no quiero extenderme más por agora sobre esto. Bastará decir que conviene a nuestro Cortesano tener noticia del pintar, como de cosa virtuosa y útil y preciada

[65] General de Alejandro Magno, que llegó a ser rey de Macedonia.
[66] Lucio Pablo Emilio, macedonio, vencedor de Perseo en Pidna (168 a. de C.)

en aquellos tiempos cuando los hombres valían harto más que agora. Y ya que otro deleite ni fruto se secase della, sino que demás de lo que aprovecha para saber alcanzar el primor de las estatuas antiguas y modernas, de los vasos, de los edificios, de las medallas, de los camafeos, de los entalles y de otras semejantes cosas, abre mucho el juicio para conocer la lindeza de los cuerpos vivos, no sólo en la delicadeza de los rostros, mas aun en la proporción de todo lo demás, así de los hombres como de los otros animales.

Veis luego cómo tener conocimientos del pintar es causa de un muy gran gusto. Esto imagínenlo aquellos que todo su gozo y paraíso ponen en contemplar la hermosura de alguna mujer. ¿Cuánto, pues, más holgarían ellos en esta contemplación si supiesen bien en qué está puntualmente el primor de una buena pintura? Porque más perfetamente entenderían aquella hermosura que les da tan entero contentamiento.

Rióse a esto miser César Gonzaga, y dixo: Yo cierto no soy pintor, pero todavía gustaré más de ver una mujer hermosa que no haría aquel vuestro gran Apeles si agora resucitase.

Ese gusto vuestro, respondió el Conde, no procede totalmente de la lindeza que veis; mucha parte dél nace del gran amor que vos por ventura tenéis a aquella mujer que tan linda os parece. Y si queréis decir verdad, la primera vez que la vistes no holgastes con mil partes tanto como después mientras más fue. Pues si la hermosura siempre ha sido aquella misma, ¿por qué razón vuestro placer no ha de ser el mismo? Hemos de confesar que vos crecistes en amor, y así también ha crecido el deleite que sentís en vella.

Yo no niego eso, dixo miser César; pero digo que como el placer nace del afición, así el afición nace de la hermosura; y desta manera la hermosura es la que principalmente lo hace todo.

Muchas otras cosas, respondió el Conde, sin la hermosura, nos enamoran hartas veces, como las buenas costumbres, el saber y el hablar, los ademanes y aquel no sé qué del gesto y mil otras cosas, las cuales quizá por alguna vía las podríamos también llamar hermosuras. Mas sobre todo, lo que más hace amar es ser amado, de manera que ya podríamos enamorarnos con gran hervor de alguna mujer que no fuese hermosa, de esa hermosura de que vos habláis. Pero los amores que solamente nacen de la gentileza que vemos por defuera en los cuerpos, sin duda dan muy mayor placer al que más sotilmente la conoce que al que menos. Y así, tornando a nuestro propósito, pienso que mucho más se holgaba Apeles mirando la hermosura de Campaspe [57] que no Alexandre. Por esto se puede bien creer que el amor de entrambos procedía solamente de la hermosura della, y que quizá determinó Alexandre por este respeto dalla a quien él sabía que más perfetamente la pudiera cono-

[57] Mujer amada por Alejandro Magno y retratada por Apeles.

cer. ¿No habéis vos leído que aquellas cinco doncellas de Crotón [58], las cuales entre las otras de aquel pueblo fueron escogidas por Zeusis, pintor, para hacerse de todas ellas una sola figura hermosísima, fueron celebradas con grandes versos de muchos poetas, no por más sino porque habían sido aprobadas por hermosas de un tan gran juez de hermosuras como era Zeusis?

Aquí, mostrando miser César no quedar satisfecho ni querer consentir por ninguna vía que otri pudiese gustar más que él de ver la hermosura de una mujer, comenzó a replicar; pero en esto oyeron un gran estruendo y un hablar alto de muchos que venían, y así, mirando todos hacia la puerta de la sala donde estaban, vieron muchas hachas y luego muchos caballeros principales que llegaban acompañando al Prefeto [59], el cual volvía de salir con el Papa, y en apeándose, preguntó qué hacía la Duquesa, y así supo lo que entonces pasaba, y de qué suerte era el juego de aquella noche, y cómo habían dado el cargo al conde Ludovico de tratar qué calidades había de tener un perfeto Cortesano; y por esto, dándose cuanta más priesa podía, trabajaba de llegar a tiempo que pudiese oír algo. Y así, entrando por la sala, hecha reverencia a la Duquesa, asentáronse todos, y él púsose con las damas. Lo mismo hicieron algunos de sus caballeros, en los cuales era el marqués Phebus y Ghirardino, hermanos de Ceva [60], miser Héctor Romano [61], Vincencio Calmeta [62], Horacio Florido [63] y muchos otros.

En esto, estando allí todos callando, dixo el Prefeto: Señores, harto sin tiempo habría sido mi venida si yo fuese causa que se atajasen tan buenas cosas como agora debieran de pasar entre vosotros. Por eso no me hagáis este agravio que quitéis a mí y a vosotros mismos un tan buen rato.

Respondió a esto el conde Ludovico: Antes pienso, señor, que haría por agora al caso callar yo; porque, habiendo sido esta noche mío el cargo de tratar la materia que cuando vos llegastes se trataba, se han ofrecido tantos puntos, que ya, por decir verdad, yo estoy cansado de hablar, y así creo que lo estarán estos señores de escuchar, por no haber sido mi habla tal cual pertenecía a compañía de tantos hombres sabios, y cual se requería en una tan gran cosa como es la de que agora tratábamos, en la cual, pues yo no quedo satisfecho de mí, tampoco pienso que lo quedarán los otros. Por

---

[58] Ciudad de la Magna Grecia, actualmente en la provincia de Catanzaro.

[59] Se refiere a Francisco María de la Rovere, elegido prefecto o gobernador de Roma por su tío el papa Julio II.

[60] Hijos del marqués Juan de Ceva, participaron en las luchas políticas de su tiempo al lado de los franceses o del Imperio, según las circunstancias.

[61] Se trata probablemente de Ettore Giovenale, uno de los trece caballeros que participaron en el famoso desafío de Barletta.

[62] Poeta cortesano (h. 1460-1508) de orientación petrarquista, conocido también por su defensa de una *lengua cortesana*, expuesta en su *Della volgar poesia*, libro perdido.

[63] Secretario, embajador y hombre de confianza de Francisco María de la Rovere.

eso, señor, vos habéis sido mejor librado en llegar tan tarde, y no será malo que en lo que queda por decir, otro suceda en mi lugar, que quienquiera que éste sea, pienso que lo hará mejor que yo, en especial agora que estoy cansado.

No sufriré yo, respondió el manífico Julián, por ninguna cosa, que dexéis de cumplir la palabra que me distes. Y creo yo que al señor Prefeto no le pesará oír lo que vos me habéis prometido declarar.

¿Qué os he prometido yo de declarar, dixo el Conde?

Prometistes demostrarnos, respondió el Manífico, cómo debía el Cortesano usar aquellas buenas calidades que, según vos habéis dicho, se requieren en él.

Era el Prefeto, aunque muy mozo, muy avisado y harto más discreto de lo que parecía poder caber en tan pocos días, y en todo lo que en él se vía, mostraba, con una gentil grandeza de ánimo, una viveza de ingenio maravillosa, verdadero pronóstico ciertamente de aquel alto grado de virtud, donde se esperaba que había de llegar; y así, oyendo las palabras del Manífico, dixo luego:

Si todo eso queda por decir, paréceme que yo podría aún haber venido harto a buen tiempo, porque alcanzando yo a saber cómo el Cortesano deba usar sus buenas calidades, sabré también cuáles hayan de ser éstas, y así llegaré a entender todo lo que hasta aquí se ha dicho. Por eso, señor Conde, no os escuséis de pagar enteramente vuestra deuda, en especial pues ya tenéis pagada una buena parte della.

No habría yo de pagar tanto, respondió el Conde, si los cargos fuesen repartidos algo más igualmente; pero el yerro fue dar poder de tener el gobierno destos juegos a una señora que es muy parte. Y en esto, volvióse riendo a Emilia, la cual luego así respondió:

No debríades vos quexaros desto, mas pues vos lo hacéis así y os agraviáis tan sin causa, daremos un pedazo desta honra, que vos tenéis por fatiga, a algún otro. Y así, en diciendo esto, volvióse a miser Federico Fregoso y díxole: Pues vos, señor, levantasteis este juego del Cortesano, será bien que os quepa parte dél, y ésta quiero que sea satisfacer a la pregunta del señor Manífico declarando en cuál modo y manera y tiempo deba el Cortesano tratar sus buenas condiciones y calidades, y obrar todas aquellas cosas que el señor Conde ha dicho convenille.

Señora, dixo entonces miser Federico, si vos de las buenas calidades quisiéredes apartar el modo y el tiempo y la manera y el bien obrallas, sabé que será eso querer separar lo que no puede ser separado; porque estas cosas son las que ellas con ellas se ayudan; y con este concierto se hacen las calidades buenas y el saber obrallas bueno. Por eso, habiendo el señor Conde hablado tan bien en todo, y aun tocado algo en esto que agora decimos, pues ya estaba tan adelante y tenía ya concebido en su juicio lo que quedaba por

decir sobre esto, fuera por cierto muy mejor que acabara él esta plática.

Hacé cuenta, dixo Emilia, que sois vos el Conde, y decí lo que se os figurare que él dixera, y así quedará todo remediado.

Dixo entonces el Calmeta: Señores, ya es muy tarde; por eso, aunque no sea sino porque miser Federico, si fuere breve en su hablar, no tome por achaque que le faltó el tiempo, ternía por bien que se dexase esto para mañana y se gastase el rato que nos queda en algún otro pasatiempo de menos competencia y porfía.

Fueron todos de este parecer, y con esto la Duquesa mandó a dos damas de las suyas que danzasen. Y así ellas, en comenzando a tañer los tañedores, danzaron una baxa y una alta, y después bailaron con tanta gracia que todos holgaron estrañamente de vellas. En fin, por ser ya pasada la mayor parte de la noche, la Duquesa se levantó, y así todos, con mucho acatamiento despidiéndose della, se fueron a dormir.

FIN DEL PRIMERO LIBRO

EL SEGUNDO LIBRO DEL CORTESANO
DEL CONDE BALTASAR CASTELLÓN

TRADUCIDO DE ITALIANO EN CASTELLANO

[PRÓLOGO]

Maravillado me he muchas veces considerando de dónde proceda un error, el cual, por verse comúnmente en los viejos, podemos bien decir que les es propio y natural; y es que casi todos ellos alaban los tiempos pasados y reprehenden los presentes, vituperando nuestros hechos y costumbres y todo lo que ellos en su mocedad no hacían; y verdaderamente parece maravilla y una cosa muy fuera de razón que la edad ya madura, la cual con la larga esperiencia suele hacer en las otras cosas perfetos los juicios de los hombres, en sola ésta los estrague y dañe tanto que no entiendan que, si el mundo empeorara siempre y fueran los hijos generalmente peores que los padres, mucho ha ya que hubiéramos llegado al cabo del mal, y no tuviéramos adonde pasar más adelante. Pero vemos que no solamente en nuestros días, mas en los pasados, reinó siempre esta dolencia en los viejos, según claramente se puede alcanzar por lo que los autores más antiguos han escrito, en especial los cómicos, los cuales más naturalmente que los otros pintan la imagen de nuestra vida. La causa de esta falsa opinión pienso que sea porque los años, huyendo, se llevan tras sí muchos de nuestros bienes, y entre los otros nos quitan de la sangre gran parte de los espíritus vitales, y así nuestra complisión se muda y el órgano se enflaquece, por el cual obran las potencias de nuestra alma; por eso en la edad ya vieja, como en el otoño vemos caer de los árboles las hojas, así de nuestros corazones caen las flores del contentamiento, y en lugar de los serenos y claros pensamientos entra la numblosa y turbia tristeza acompañada de mil malas venturas, de manera que el cuerpo y el alma entrambos juntamente están enfermos, y de los pasados placeres ninguna otra cosa nos queda sino una memoria muy honda y una imagen de aquel dulce tiempo de nuestra mocedad, la cual, cada vez que se nos representa, nos hace parecer que el cielo y la tierra y todas las otras cosas hacen fiesta y se andan riendo al derredor de nuestros ojos, y entonces se nos antoja que en nuestro pensamiento, como en un

deleitoso jardín, florece la primavera del alegría. Por cierto sería muy mejor, cuando vemos ya declinar los días y sentimos que nuestros placeres con la edad se acaban, pues los perdemos, perder también dellos la memoria, y hallar, como decía Temístocles, una arte para olvidar. Porque tan engañosos son los sentidos de nuestro cuerpo, que suelen muchas veces engañar el juicio de nuestra alma; y así los viejos me parecen como los que partiéndose de algún puerto, si miran la tierra, se les antoja que se mueve, y que es ella la que se parte y ellos los que se quedan; siendo muy al revés, que el puerto, que es el tiempo y los placeres, está siempre quedo en su estado, y nosotros con la nave, que es nuestra vida mortal, huyendo corremos los unos tras los otros, pasando de una en cien mil tormentas por aquel bravo mar que toda cosa traga y consume, y nunca nos es posible tomar tierra, antes combatidos de mil vientos contrarios, al cabo damos al través, donde quedamos perdidos para siempre.

Así que el corazón de los viejos, por ser un sujeto desproporcionado a muchos placeres, no puede bien gustallos, y acontéceles a éstos como a los que padecen calentura, los cuales tienen el gusto tan dañado, que cualquier vino, por bueno que sea, les amarga; así ellos por su indisposición, aunque a ratos también tengan sus deseos, no hallan sabor en los placeres, antes los tienen por fríos y por muy diferentes de aquellos que se acuerdan en su tiempo haber gustado, aunque en la verdad sean los mismos. Por esto, hallándose dellos desposeídos, se duelen reciamente y condenan los tiempos presentes, no considerando que la mudanza que ellos sienten no viene del tiempo, sino de sí mismos, y, por otra parte, acordándose de los deleites pasados, se acuerdan también del tiempo en que los sintieron, y así le alaban y le sospiran diciendo que aquél era bueno, porque todavía le hallan un cierto olor de aquello que en él sentían cuando era presente.

Esto no puede ser menos, pues nuestros corazones naturalmente se aborrecen con todas las cosas que fueron en algunos días compañeras de nuestros enojos, y aman las que hicieron compañía a nuestros placeres. Y así acaece que un hombre enamorado huelga de ver la ventana donde alguna vez vio a su amiga, aunque la vea cerrada; y todos generalmente holgamos con una sortija, con una carta, y en fin, con toda cosa que en algún tiempo nos haya traído mucha alegría; asimismo nos alegramos con un huerto o con otro lugar cualquier que sea donde hayamos recebido algún placer muy grande; y por el contrario, nos entristecemos con un aposiento, por bueno que nos parezca, si hemos estado en él alguna vez presos, o padecido algún trabajo o enojo recio, y he conocido yo hartos hombres que en ninguna manera bebieran en vaso que se pareciese a otro en que hubiesen tomado algún xarabe siendo enfermos; porque así como aquella ventana o sortija o carta al uno representa una memoria que mucho le deleita, acordándole que cual-

quiera destas cosas fue casi como una parte de sus placeres, así al otro el aposiento o el vaso parece que le traiga juntamente con la memoria la prisión o la enfermedad.

Esta causa creo yo que haga a los viejos decir bien del tiempo pasado y mal del presente, y por eso se quexan y hablan mil sinrazones de todo lo del mundo, en especial de las cortes de los príncipes, y andan diciendo que las que ellos vieron en su tiempo fueron sin comparación mejores y más llenas de singulares nombres, y que no se puede creer la ventaja que llevaban a éstas que agora se ven. Y todas las veces que se ofrece hablar sobre esto, comienzan a poner en el cielo con grandes esclamaciones los cortesanos del duque Philipo [64] y también del duque Borso [65], y recitan dichos de Nicolo Picinino [66], y dicen con un gran hervor y con lástima que en aquellos tiempos muy pocas veces se usaba matar hombres, y que no había peleas ni asechanzas ni engaños, sino que todo era bondad y fe y amor y paz con todos, y que entonces solamente valían las buenas costumbres y la honestidad, y que los cortesanos no eran más que unos religiosos, y que guay de aquel que hubiese dicho entonces una mala palabra a otro, o hecho un gesto o un ademán poco honesto a una mujer. Afirman más, que agora todo es al revés desto, y que ya en los cortesanos no se halla aquella caridad o amor fraternal, que este término usan ellos, o aquel vivir medido de aquellos tiempos, y que en las cortes de los reyes ya no hay sino invidias y enemistades y malas crianzas, y una muy suelta vida en todo linaje de vicios; las mujeres, desenvueltas deshonestamente y desvergonzadas; los hombres, regalados y enternecidos, caídos y enflaquecidos todos en cosas mujeriles. Condenan también los vestidos por deshonestos y demasiadamente blandos; en fin, reprehenden infinitas cosas, muchas de las cuales merecen por cierto reprehensión, porque realmente no se puede negar que entre nosotros no haya muchos bellacos y malos hombres, y que estos nuestros tiempos no sean harto más llenos de vicios y maldades que aquellos suyos. Mas no embargante que ellos en parte digan verdad y tengan razón, paréceme todavía que no saben bien entender la causa desta diferencia, y por decillo en una palabra, que son necios, pues querrían que en el mundo fuesen todos los bienes sin ningunos males, lo cual es imposible, porque siendo el mal contrario del bien, y el bien del mal, es casi necesario que por un proceso y orden natural de contrarios y por un cierto contrapeso, el uno sostenga y fortifique al otro, y menguando o creciendo el uno, mengüe también o crezca el otro, pues ningún contrario se halla sin otro su contrario. ¿Quién no sabe que en el mundo no habría justicia si no hubiese injurias, ni mananimi-

---

[64] Felipe María Visconti (1391-1447), duque de Milán, aficionado a las letras.
[65] Borso de Este (1450-1471), duque de Ferrara y protector de las artes y las letras.
[66] Capitán, natural de Perugia y conocido por su facilidad para los dichos y motes.

dad si no hubiese flaquezas de espíritu, ni templanza si no fuese la destemplanza, ni salud si no fuesen las dolencias, ni verdad si no hubiese mentiras, ni dicha si no hubiese desdichas?

Por esto dice bien Sócrates en los libros de Platón que se maravilla porque Esopo no hizo una fábula fingiendo a Dios, que ya que nunca había podido juntar el placer y el desplacer, de manera que estuviesen mezclados en uno, a lo menos los atara entrambos por los cabos, de tal arte que el principio del uno fuese el fin del otro, y así el alegría truxera consigo mayor gozo, sucediendo luego después de la tristeza. ¿Quién puede holgar mucho con el reposo si primero no ha sentido la pena del trabajo? ¿Quién se deleita con el comer y beber y dormir si antes no ha padecido hambre, sed y sueño? Creo yo luego que las pasiones y las enfermedades sean dadas a los hombres por la natura, no principalmente por hacellos sujetos a ellas, que no parecería cosa convenible que aquella que es madre de todo bien diese de su propio consejo determinado tantos males; mas hubo de ser así por fuerza, porque siendo naturalmente hechos el placer y la salud y los otros bienes, hubieron, por consiguiente, de seguirse tras ellos el desplacer y la enfermedad y los otros males. Por eso, siendo las virtudes concedidas al mundo graciosamente por un don o merced que la natura nos ha querido hacer dellas, luego en el mismo punto por aquella cadena o atadura de contrarios les acudieron necesariamente los vicios por compañeros, de manera que siempre, como hemos dicho, creciendo o menguando el uno, es forzado que también el otro crezca o mengüe. Y así cuando nuestros viejos alaban las cortes pasadas de los reyes, diciendo que en ellas no había hombres tan dados a los vicios como hay en las nuestras, no conocen que tampoco entonces los había tan virtuosos como los hay agora en nuestros días. Y que esto sea así no es maravilla, porque ningún mal es tan malo como aquel que nace de la simiente del bien corrompida; y por eso, produciendo agora la natura muchos mejores ingenios que no entonces, hase de seguir que, así como entre estos nuestros, aquellos que echan hacia el bien salen mejores y aprovechan más que no hacían aquellos suyos, así también los otros que echan hacia el mal vienen a ser peores y hacen menos fruto. Y no se ha de decir que los hombres de aquel tiempo, que no dexaban de hacer mal sino por no saber hacelle, mereciesen en tal caso alguna gloria, porque aunque el mal que ellos hacían era poco, no podía ser mayor, pues ya ellos hacían todo lo peor que sabían. Y que los ingenios de aquel tiempo, generalmente, no llegasen a los de agora, bien se puede juzgar por todo lo que en ellos se vee, así en las letras como en las pinturas, estatuas y edificios y toda otra cosa.

Reprehenden asimismo estos viejos en nosotros muchas cosas que de suyo ni son buenas ni malas, y no por más dicen mal dellas, sino porque ellos no las hacen; predican ser vergüenza que los mancebos anden paseándose por el lugar cabalgando, en especial a

mula, y que traigan peña [67] o ropas que no sean muy cortas, especialmente de verano, y que no deben traer bonete, a lo menos hasta haber diez y ocho años, y otras mil cosas desta calidad, en las cuales verdaderamente se engañan; porque estos nuestros usos, demás de ser muy buenos de tratar y provechosos, son introducidos por la costumbre y agradan a todos generalmente, así como en aquellos tiempos parecía bien andar, según ellos decían, en *giornea* [68] con calza abierta y zapatos de estraño talle, y traer por una gran gala todo el día un gavilán en la mano sin propósito, y danzar sin tocar la mano de la dama y usar otras mil cosas que todas agora serían grandes groserías. Así que, pues ellos vivían según su uso, tengamos también nosotros licencia de vivir según el nuestro, sin ser reprehendidos falsamente dellos. Tras esto es muy gran donaire oílles decir, cuando quieren alabarse mucho: yo había veinte años y aun dormía con mi madre y con mis hermanas, y hasta mucho tiempo después no supe qué cosa era mujer, y agora los mochachos aun andan en los brazos de sus amas y ya saben más ruindad que sabían entonces los hombres de treinta años. ¿No ven estos necios que en decir esto hacen nuestra razón buena y confirman que agora los niños saben más que no hacían entonces los viejos? Dexen luego de condenar nuestros tiempos diciendo que están llenos de vicios, sepan que no pueden quitar éstos sin quitar también las virtudes. Acuérdense que en el tiempo que florecían aquellos ingenios más que de hombres, entre los buenos se hallaban muchos muy perversos, los cuales, si vivieran hasta agora, fueran entre los nuestros señaladísimos en el mal, así como en el bien lo fueran los buenos, y desto todas las historias hacen fe.

Pero basta lo que se ha dicho contra estos viejos; por eso dexaremos agora este proceso, el cual, aunque haya quizá sido demasiadamente largo, súfrase, pues ha hecho a nuestro propósito y ya pues hemos probado que las cortes de los príncipes de nuestros tiempos no son de menos calidad que aquéllas tan alabadas por los viejos, volveremos a esplicar lo que más adelante pasó en la materia de nuestro Cortesano, y por aquí fácilmente se podrá entender cuál fue, entre las otras cortes, la de Urbino, y cuáles debieran ser aquellos dos señores que de caballeros de tan alto precio y de tan grandes ingenios se servían, y cómo se podían llamar bienaventurados los que gozaban de tal compañía.

---

[67] Peña: *pelliza*

[68] En el original: *l'andar in giornea*. La *giornea* era el traje suntuoso que se usaba en las grandes ceremonias.

[CAPÍTULO I]

[*En que se platica en cuál modo y manera, tiempo y sazón deba el Cortesano usar de sus buenas calidades, y poner en obra todo lo que le conviene.*]

Venido, pues, el siguiente día, hubo entre los caballeros y las damas grandes pláticas sobre las hablas y disputas de la noche pasada. La principal causa desto fue el Prefeto, que, deseoso de saber lo que se había dicho en todo aquello, andaba preguntándolo a cuantos él pensaba que se lo sabrían decir, y como en semejantes cosas suele acaecer, cada uno le respondía de su manera, los unos eran de una opinión y los otros de otra, y aun muchos estaban diferentes en el recitar lo que el Conde dixo por no habelles bien quedado en la memoria. Así que todo aquel día no se habló sino en esto; y luego, en anocheciendo, cenaron todos los caballeros con el Prefeto, y después, en acabando de cenar, él y todos los que con él cenaron se fueron para la Duquesa, la cual, viendo tantos caballeros y acordándose que venían más temprano que solían, dixo:

Gran obligación me parece, miser Federico, esa que os han puesto; mucho habéis de hacer para salir bien a todos los pasos donde pienso yo que os esperan.

Aquí, no esperando el único Aretino que miser Federico respondiese, dixo: ¿Cómo tan gran obligación es ésa? ¿Quién es tan loco que sabiendo hacer una cosa no la haga siempre a su tiempo?

Estando en esto, cada uno se asentó en su lugar en la manera ya dicha, esperando con mucha atención el propuesto razonamiento.

Miser Federico, entonces, volviéndose al único Aretino, le dixo: así que a vos no os parece, señor Único, que sea muy trabajoso y difícil cargo el que me cabe esta noche, de mostrar en cuál modo y manera y tiempo deba el Cortesano usar sus buenas calidades, y poner por obra todo aquello que hemos dicho convenille.

A mí no me parece tan gran cargo ése, respondió el Único, y creo yo que baste para todo ello decir con una palabra que el Corte-

sano no ha menester más sino ser hombre de buen juicio, según el señor Conde dixo en la disputa desta noche pasada. Y siendo así, pienso que sin otras leyes, con sólo esto podrá tratar lo que supiere a tiempo y con buen arte. Esta generalidad basta, sin curar de particularizalla más ni reducilla a pesadumbre de reglas, lo cual, demás de ser difícil, también me parece escusado; porque no siento yo quién fuese tan indiscreto que, estando entre muchos oyendo música, se pusiese súpitamente a jugar de armas, o anduviese bailando por las calles, aunque lo hiciese muy bien, o cuando quisiese consolar una madre que se le hubiese muerto un hijo, por consolalla, se fundase en decille gracias y en hacer del Cortesano. Por cierto creo yo que esto no acontecería a nadie que no fuese del todo loco.

A mí me parece, señor Único, dixo entonces mister Federico, que vos andáis mucho por los estremos, porque acaece alguna vez errar el hombre, de manera que no se conozca así fácilmente haber errado. Los yerros bien sabéis vos que no son iguales todos, y puede ofrecerse que sepa uno refrenarse de una locura pública y totalmente clara, como alguna de las que vos habéis traído por enxemplo, y no sepa después regirse en dexar de alabarse sin propósito, en no traer una presunción pesada, en no decir una razón por parecer gracioso, la cual, por ser dicha fuera de tiempo, salga fría. Estos errores muchas veces vienen encubiertos de un cierto velo que no los dexa ser descubiertos ni conocidos de quien los hace, si con gran diligencia no se miran; y, sobre ser ya nuestra vida por muchas causas de suyo harto ciega, todavía por la negra codicia de la honra lo es mucho más, porque cada uno se quiere mostrar gran hombre en lo que piensa que sabe, o sea verdadero o falso este pensamiento. Así que el regirse bien en esto paréceme que consiste en una cierta prudencia y juicio de buena elección, y en conocer lo más y lo menos que en las cosas se añade o se quita haciéndolas a su tiempo o fuera dél; y puesto que el Cortesano sea tan avisado y discreto que sepa juzgar y pesar estas diferencias, no dexará por eso de hallar más fácilmente lo que en todo esto buscare, si se le abriere el juicio con algún preceto, y le fuere mostrado el camino y casi el lugar donde fundarse deba, que no haría si sólo tuviese ojo a la generalidad. Habiendo, pues, el señor Conde ayer en la noche con tanta abundancia y tan gentil manera hablado en esta materia de la cortesanía, ciertamente me ha puesto miedo de no poder así satisfaceros, señores, en lo que me toca, como él os satisfizo en lo que le tocaba.

Con todo, por hacer que me quepa alguna parte de su honra y asegurarme de no errar, a lo menos en esto, quiero conformarme con su opinión en todo lo quél dixo; así que, aprobando sus sentencias acerca del linaje, del ingenio, de la disposición del cuerpo, de la gracia del gesto y de todo lo demás del Cortesano, digo que por alcanzar fama y buena reputación con todos y favor con el príncipe

a quien sirviere, paréceme necesario que sepa asentar bien el proceso de su vida y aprovecharse de sus buenas calidades, generalmente en la conversación de aquellos que tratare, y esto hágalo con tal arte que no mueva contra sí invidia ni mala voluntad a nadie; lo cual es difícil, que hasta aquí muy pocos hemos visto salir con ello. La causa desto es ser todos naturalmente más inclinados a reprehender lo malo que a loar lo bueno, y hay muchos que por una cierta malinidad (la cual parece que sacaron del vientre de sus madres) hasta aquello que conocen claramente ser bueno, trabajan con todas sus fuerzas de destruíllo y de hallarle dentro alguna tacha, o a lo menos alguna semejanza della. Por eso conviene que nuestro Cortesano en sus cosas sea cauteloso, y que todo lo que hiciere y dixiere sea dicho y hecho con prudencia, y no sólo ponga cuidado en tener partes y condiciones ecelentes, mas ordene el tenor de su vida con tal orden, que el todo responda a estas partes, de manera que siempre se muestre uno y tal en toda cosa que nunca discorde de sí mismo, sino que de todas sus buenas calidades componga un solo cuerpo; de tal arte, que cualquier obra suya salga hecha y compuesta de todas las virtudes juntas, conforme al oficio (según dicen los estoicos) del hombre sabio. Que aunque en todo hecho nuestro siempre hay una virtud que en aquello es principal, todavía están todas entre sí de tal manera atadas que se enderezan a un fin, y todas pueden concurrir y servir para un mismo efeto. Por eso cumple tener manera en aprovecharse bien dellas y hacellas más lucir compasándolas y asentándolas de arte, que casi por la oposición o contrariedad de la una salga y se conozca más claramente la otra, como acaece en los buenos pintores, los cuales con las sombras hacen que se parezcan y se muestren más los resplandores de los relevados, y también con los resplandores abaxan y ponen en lo hondo las sombras de los llanos, y mezclan así las colores, y matízanlas con tal modo que por la diversidad de todas, cada una se muestra mejor; y también el asentar de las figuras, la una al contrario de la otra, les ayuda a hacer su oficio conforme a su intinción. Así que, siguiendo esta orden, la templanza y la mansedumbre parecerán bien en un caballero que sea recio y esforzado en las armas, y como la braveza en su tiempo se muestra mayor en el que es manso, así la mansedad sale y se muestra más en el que es bravo, cuando lo ha de ser. Por eso el hablar poco y el hacer mucho, el no alabarse de las cosas grandes, disimulándolas con buen modo, acrecienta estas virtudes en persona que sepa discretamente aprovecharse desta arte. Esto mismo es en todas las otras buenas calidades. Será, pues, bien que nuestro Cortesano en cuanto haga y diga se guíe por algunas reglas universales, en las cuales pienso que brevemente se contiene todo lo que yo he de decir agora:

La primera y más importante es que huya (como muy bien trató ayer el señor Conde) sobre todo el vicio de la afetación. Tras esto,

considere atentamente la calidad de lo que hace o dice, el lugar, en presencia de quién, a qué tiempo, la causa por que lo hace, la edad y profesión suya, el fin donde tiene ojo y los medios con que puede llegar allá. Y así, con estas consideraciones, aplíquese cuerdamente a todo lo que hubiere de hacer o de decir.

Después que esto hubo dicho miser Federico, pareció que paraba algo. Atravesó en esto Morello de Ortona, diciendo:

Esas vuestras reglas antójaseme que aprovechan poco; yo por mí os digo que tanto me sé agora en esto como antes que os las oyese, no embargante que se me acuerda ya otras veces habellas oído a algunos frailes cuando me confesaba, y paréceme que las llamaban ellos las circunstancias.

Sonrióse a esto miser Federico, y prosiguió diciendo: Si bien nos acordamos, quiso ayer el señor Conde que el principal oficio del Cortesano fuese el de las armas, y declaró largamente de qué manera habia de usalle, y así no curaremos agora de replicar esto. Con todo, debaxo de nuestras reglas se podrán también comprehender que hallándose el Cortesano en algún rencuentro o batalla o combate de tierra, o en otra semejante pelea, debe con gentil acuerdo procurar de apartarse de la multitud de la gente, de manera que haciendo alguna cosa señalada entre pocos, se señale más que haciéndola entre muchos. Y hágala, si pudiere, en presencia de los más principales y estimados que hubiere en el exército, y mejor si la hiciere delante los proprios ojos de su Rey o de su Capitán general. Porque, a la verdad, razón es aprovecharse de las cosas bien hechas de tal arte que no se pierdan, y tengo yo por cierto que así como es malo buscar vanamente gloria de lo que no la merecéis, así también lo es apartaros o desposeeros de la que justamente os viene, y haciendo cosas honradas no querer dellas aquel loor que es el solo y verdadero premio de los virtuosos trabajos. A este propósito yo me acuerdo haber conocido muchos neciamente esforzados que por pequeñas cosas (en las cuales se podía ganar poca honra) se ponían a grandes peligros, y no dudaban por hacer una cabalgada y tomar treinta vacas, de aventurar ni más ni menos sus vidas, como las aventuraran por ser en un combate los primeros del escala. Esto no lo hará nuestro Cortesano si tuviere en su memoria la causa principal que le hace seguir la guerra, la cual no ha de ser otra sino la honra. Más adelante tenga también aviso en las fiestas públicas, que si justare o torneare, o jugare a las cañas, o hiciere otro cualquier exercicio semejante a éstos, considerado el lugar y en presencia de quién lo hace, salga no menos aderezado y gentil hombre que bien armado para su seguridad. Tenga fin a henchir los ojos del pueblo con todas aquellas cosas que le pareciere que puedan tener gracia y ser tenidas por galanas, y así saque buenos aderezos en su caballo, los vestidos vistosos y de hombre avisado, y, si fuere menester sacar letra, sea la invinción aguda, y la letra propria para el caso; salga, en fin, de manera que

lleve tras sí embebecidos cuantos le vieren. Tenga cuidado de no ser de los postreros al salir; acuérdese que el pueblo, y en especial las mujeres, están más atentas y alborozadas para los primeros que para los que vienen después; porque al principio todos, con la codicia y el gozo de aquella novedad, notan cualquier cosa por pequeña que sea, y así la notan que les queda dentro muy imprimida; después, continuado aquel mirar con el largo proceso de los otros que vienen, no solamente el corazón y los ojos se hartan, mas aun se cansan. Por esta causa hubo entre los antiguos un señalado representador de comedias que siempre en ellas trabajaba de ser el primer personaje que saliese a representar lo que le cabía. Mire también con diligencia nuestro Cortesano que, si se ofreciere hablar en cosas de armas, tenga respeto a la profesión de aquellos con quien hablare, y sea la plática tan conforme a ellos, que de una arte hable en esto con los hombres y de otra con las mujeres. Y si quisiere tocar algo en loor suyo, hágalo disimuladamente, como acaso, sin detenerse en ello, y todo tan cuerdamente que no salga un punto de lo que ayer el señor Conde dixo. ¿Paréceos agora, señor Morello, que nuestras reglas podrían aprovechar algo? ¿No miráis cómo aquel nuestro amigo, del cual pocos días ha que os hablé, debía de haberse olvidado con quién y la causa por que hablaba, cuando por trabar plática con una gentil dama (a la cual hasta entonces nunca había visto), luego a las primeras palabras le comenzó a decir que había muerto tantos hombres, y que era tan esforzado, y que sabía muy bien jugar de espada de dos manos, y encendióse tanto en esto que llegó la cosa a querelle mostrar cómo había el hombre de reparar algunos golpes de hacha estando armado, y cómo estando desarmado, y decille las presas de los puñales? De manera que la cuitada estaba como si estuviera en cruz, y no vía la hora cuando le echase de sí, quizá temiendo que no la matase a ella también como a los otros. En estas necedades caen los que no miran las circunstancias que vos decís haber oído a los frailes que os confesaron. Pero dexando esto, digo que de los exercicios del cuerpo hay algunos que casi siempre se hacen en lugares públicos, como el justar, el tornear, el jugar a las cañas y todos los otros que cuelgan de las armas. Habiendo luego nuestro Cortesano de exercitarse en éstos, lleve primeramente tan buen concierto de caballo, de armas y de aderezos que no le falte nada, y no viéndose bien a punto de todo esto, se quede, que si lo hiciese mal, no sería buena desculpa decir que no tenía buen caballo o buenas armas, pues por ser aquello su principal profesión, no puede dexar de ser yerro faltalle en ella algo. Tras esto debe mucho considerar en presencia de quién se muestra y con qué compañeros. Porque no sería cosa convenible que un caballero fuese a honrar con su persona una fiesta o boda de aldeanos, adonde los que mirasen y los que con él viniesen fuesen hombres baxos.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: En nuestra tierra de Lombar-

día no se miran todos esos primores; antes muchos caballeros mancebos se hallan allí que bailan los días de las fiestas todo el día en el campo con los villanos, y con ellos tiran barra, luchan, corren y saltan, y esto creo yo por cierto que no es malo, porque allí en aquello no compiten de linaje o de valor, sino de fuerzas y de maña, en lo cual muchas veces los villanos suelen llevar ventaja, o a lo menos ser iguales con los hombres honrados, y aun parece que aquella llaneza de trato de no tener punto en aquello los caballeros con aquella gente baxa, sino tratar así familiarmente con ellos, traiga consigo una cierta libertad de vida y una humanidad que los hace ser bienquistos de los otros.

El bailar en el campo, respondió miser Federico, a mí por ninguna vía puede contentarme, ni sé qué fruto o deleite se saque dél; mas el luchar, el saltar y el correr, ya que alguno quiera todavía usallo con los villanos, hágalo a lo menos a manera de probarse, y (como se suele decir) por un pasatiempo y casi por burla, no por competencia ni por honra; y aun así, no quiero que se ponga en ello sino cuando tuviere casi por cierto que ha de llevar lo mejor; que no podría sino parecer muy mal y ser una cosa harto fea, quedar un caballero llevado de un villano, especialmente en lucha. Por esto creo yo que todavía será mejor dexar de hacello, a lo menos en presencia de muchos, porque en tal caso el vencer traería poca ganancia, y el ser vencido mucha pérdida. También el juego de la pelota suele ser las más veces en público, y es una de las cosas en que parece bien haber muchos que miren. Quiero, pues, que así este exercicio, como los otros que no son de armas, haga nuestro Cortesano como cosa fuera de su oficio, y de la cual no muestre querer ni esperar honra, y no parezca que ponga en ello mucho tiempo ni diligencia, aunque lo haga a maravilla bien; y no le acaezca como a algunos, que porque son inclinados a música y saben dos puntos en ella, en hablando con alguno, quienquiera que sea, luego, por poco que cese la plática, comienzan con un falsete a cantar entre dientes. Otros hay que andando por las calles, y aun por la iglesia, dan a cada paso sus arremetidas de bailar. Otros, que adondequiera que topen con un amigo suyo, luego hacen un ademán, o se ponen en alguna postura de jugar de espada o de luchar o de otra cosa a que más sean inclinados.

Dixo a esto miser César Gonzaga: mejor cierto lo hace un cardenal mozo [69] que tenemos en Roma, el cual, porque se siente ligero y hábil de su persona, a cuantos le vienen a visitar, aunque nunca otra vez los haya visto, en la misma hora los lleva a un huerto que tiene dentro en su casa, y allí, a pura porfía y casi como por fuerza, haciéndolos desnudar en calzas y en jubón, los hace saltar con él.

Rióse miser Federico, y pasando adelante su habla, dixo: Hay algunos otros exercicios que se pueden usar en público y en secreto,

[69] Tal vez Galeotto de la Rovere, cardenal romano, nieto del papa Julio II.

como el danzar. Y en éste pienso yo que haya de tener alguna consideración el Cortesano. Porque danzando en una fiesta en presencia de muchos, paréceme que debe traer una honrada autoridad mezclada con una gentileza lozana, y con buen aire, y aunque se halle muy suelto y se vea señor de lo que hace, no cure de dar saltillos ni hacer habilidades ni meter mucha obra, lo cual todo ya veis que nos parece bien en nuestro Barleta [70], pero en un caballero y buen galán creo yo que nos parecería mal, aunque, con todo, en una cámara, estando así familiarmente entre otros, podría hacello y aun ternía licencia de bailar sueltamente los bailes que entre hombres de bien se usan. Pero en público ha de ser más recogido, sino cuando fuere máscara, que entonces puede andar más suelto, aunque le conozcan, y aun ésta es la mejor manera de todas para mostrarse en las fiestas con armas y sin ellas; porque el ir máscara trae consigo una cierta libertad, con la cual, además de otras muchas cosas, puede el hombre tomar la figura de aquello en que se siente más hábil, y ser diligente y ataviado para la principal intinción de la cosa en que se quiere mostrar, y en cierta manera descuidado para lo que no importa, lo cual suele dar estraña gracia comúnmente en todo, como si un mancebo se vistiese en hábito de viejo, pero suelto, sin embarazo, porque pudiese mostrar su soltura y ligereza, y un caballero en forma de pastor o de villano, mas con buen caballo, y él tan bien vestido y aderezado cuanto lo sufriese aquella invención que trae. Acaece en estas cosas que luego el sentido de los que miran corre a imaginar lo que a los ojos primeros se representa, y viendo después salir mayor cosa de la que aquel hábito prometía, huélgase y recibe dello muy gran gusto. Por eso en las fiestas donde se ofrece a ver momerías no convernía, antes sería bien señalada frialdad, que un rey viniese momo de su propria forma de rey, porque aquel placer que hemos dicho recrecerse con la novedad, en este caso faltaría; que a nadie es nuevo que el príncipe sea el príncipe, y aun él, cuando viesen todos que, demás de ser rey, quiere también entonces parecello, claro está que perdería la libertad de hacer todas aquellas cosas que son fuera de la majestad de rey, y aun si en semejante fiesta se revolviese algún ruido donde se diesen buenas cuchilladas, podría decir alguno que el rey supo lo que hizo en venir momo hecho rey, porque no le cupiese parte de aquel peligro. Tras esto habría en ello otra gracia: que haciéndose rey burlando, después en las veras, cuando estuviese sin máscara, lo parecería de burlas, y podría ser que fuese aquello la verdadera momería. Mas ciertamente, si el príncipe en tales fiestas toma forma nueva y trata llanamente con los suyos, pero de tal manera que pueda ser conocido, cobra, por despreciar su grandeza, otra mayor grandeza, y es querer llevar a los otros, no en autoridad, sino en virtud, y mostrar que para su valor no hay necesidad

[70] Músico predilecto de la duquesa Isabel.

de ser príncipe. Digo, pues, que el Cortesano, en las fiestas que hemos dicho de armas, debe tener esta misma consideración conforme a su estado. En el voltear después sobre una mula, en el luchar, correr y saltar, huya cuanto pudiere la multitud del pueblo, o a lo menos déxese ver pocas veces, porque no hay en el mundo cosa tan ecelente, de la cual los inorantes no se harten y vengan a tenella en poco si la ven muy a menudo. El mismo seso quiero que tenga en lo de la música, y no lo haga con muchos, que adonde quiera que se hallen, hasta con señores que nunca hayan visto, luego en llegando, sin dexarse mucho rogar, se ponen a hacer lo que saben, y aun alguna vez también lo que no saben, de manera que ya parece que no hayan venido allí sino por aquello, y que tengan sólo aquel oficio por propio. Taña luego y cante el Cortesano solamente como por un pasatiempo, y aun esto casi forzado, no en presencia de gente baxa ni de mucho pueblo; y aunque sepa bien el arte y entienda perfetamente lo que hace, disimule el estudio que hubiere puesto en ello y la fatiga, la cual es necesaria en toda cosa para hacerse bien, y muestre en sí casi despreciar aquella gracia con tan buena maña, que por una parte señale tenella en poco, y por otra procure de hacella tan maravillosamente que todos se la tengan en mucho.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Muchas maneras hay de música, así en cantar como en tañer; por eso yo holgaría de saber cuál sea la mejor, y a qué tiempo debe usar ésta el Cortesano.

Muy buena música, respondió miser Federico, me parece cantar diestramente por el libro; mas aun pienso que es mejor cantar con una vihuela. Porque toda la dulzura consiste casi en uno que cante solo, y con mayor atención se nota y se entiende el buen modo y el aire no ocupándose los oídos en más de una sola voz que si se ocupan en muchas, y allí entonces se juzga más delgadamente un yerro por pequeño que sea, lo que no acaece si muchos cantan, porque el uno ayuda al otro. Mas por lo que yo estoy mejor con el cantar con una vihuela, es por lo que vulgarmente llamamos recitar, el cual da tanta gracia y fuerza a las palabras, que es maravilla. Traen asimismo grande y gentil armonía los instrumentos de tecla, porque tienen las consonancias muy perfetas, y fácilmente se pueden hacer en ellos muchas cosas que a nuestros sentidos parecen dulces. No deleita menos una música de cuatro vihuelas de arco, porque es estrañamente suave y artificiosa. El cantar asienta muy bien en todos estos instrumentos; de los cuales bástele al Cortesano tener noticia, aunque cuanto más ecelente fuere en ellos, tanto mejor será, pero no cure mucho de los que Minerva y Alcibíades desecharon, porque parece que en cierta manera son ascorrosos [71]. El tiempo en que más se pueden usar todas estas músicas

[71] *Ascoroso:* «la persona que tiene o toma asco de alguna cosa hedionda o dañada» *(Diccionario de Autoridades)*

pienso yo que sea cada vez que el hombre se halle con una compañía familiar de amistad, cuando no haya otros negocios. Será mejor y converná mucho más si fuere entre mujeres; porque en esto la presencia y vista dellas suelen ablandar y enternecer los corazones de los que están presentes, y los hacen más aparejados a que en ellos más hondamente penetre la suavidad de la música, y aun levantan el espíritu de quien la hace. Todavía será en esto necesario (como ya he dicho) huir la multitud, en especial de gente baxa. La guía y casi el alma de todas estas cosas ha de ser la discreción, porque realmente sería imposible imaginar todos los casos que pueden ofrecerse. Y así, si el Cortesano fuere buen juez de sí mismo, sabrá bien conformarse con los tiempos y conocer la disposición y la gana de los que hubieren de escuchalle; juzgará su misma edad y hallará cuán desconvenible cosa y cuánta risa sería ver un hombre de alguna autoridad, viejo, cano y sin dientes, lleno de rugas, con una vihuela en las manos, tañendo y cantando entre damas, aunque lo hiciese razonablemente. Demás de la vista en esto, que sería harto para reír, habría otra bien gran burla, que él en semejante caso no podría sino cantar cosas de amores, y ya veis en un viejo, tal cual hemos dicho, cómo cuadrarían, por más que él, entre otros milagros suyos, mostrase holgar mucho de encender a despecho de su vejez el hielo de sus entrañas.

Respondió entonces el manífico Julián: No quitéis agora, señor, a los cuitados de los viejos este placer de la música, que yo he conocido ya hartos hombres de mucha edad tener muy singular voz y ser bien diestros y sueltos en el tañer, tanto que llevaban en esto gran ventaja a algunos mozos.

No quiero yo (dixo miser Federico) quitar a los viejos este placer, pero quiero quitaros a vosotros y a estas señoras que no os riáis dellos. Si quisieren los viejos tañer y cantar, mucho enhorabuena, háganlo en secreto para sí mismos, solamente por descansar de los trabajosos pensamientos y graves cuidados de que nuestra vida está siempre llena, y por gustar aquella divinidad, la cual creo yo que gustaban Pithágoras y Sócrates en la música; y si ellos por ventura no fueren muy diestros en hacella, a lo menos de estar en ella acostumbrados les verná este bien, que por un cierto hábito hecho en sus almas recibirán mayor gusto de oílla que otro cualquiera que no la hubiese usado ni tuviese della alguna noticia. Porque así como los brazos de un herrero, aunque de suyo fuesen floxos, serían, por estar exercitados en aquel amartillar contino, quizá para más que los de otro hombre naturalmente recio, pero no usado a cosas de trabajo, así los oídos exercitados en la música muy mejor y más presto la entenderán, y con más deleite la juzgarán que otros por buenos y sotiles que sean, no siendo usados en la diversidad de sus consonancias, porque realmente a estos que vienen nuevos a oílla no les entran las diferencias ni los buenos puntos della, antes, sin dexalles ningún gusto de sí, pasan de largo;

no embargante que hasta las fieras (como ya aquí se ha dicho) huelguen también con ella. Así que éste es propriamente el placer que ha de caber a los viejos de la música; lo mismo ha de ser en el danzar, porque a la verdad estos exercicios se han de dexar primero que la edad nos fuerce a dexallos.

Luego mejor será (respondió Morello de Ortona casi enojado) sacar de la cuenta todos los viejos, y decir que solamente los mozos han de ser llamados cortesanos.

Rióse entonces miser Federico, y dixo: ¿Conocéis agora, señor Morello, cómo los que andan tras estas cosas de gala, si no son mozos, trabajan a lo menos de parecello, y así se tiñen los cabellos y se hacen la barba dos veces en la semana? Y esto es porque la natura les dice al oído que andar en aquellas frescuras o mocedades no conviene sino a los mozos.

Rieron desto todas aquellas señoras que allí estaban, porque bien vieron que aquellas palabras derechamente tocaban a Morello, y así pareció quél se corrió un poco dellas.

Otras maneras de pasatiempos hay con mujeres, prosiguió adelante miser Federico, conformes a los viejos.

¿Qué tales?, dixo Morello, ¿diréis vos agora, si a mano viene, que contar consejas?

Y aun eso también, respondió miser Federico; pero cada edad (como sabéis) trae consigo sus pasatiempos y tiene alguna virtud propria, y asimismo algún proprio vicio. Por eso los viejos, como por una parte son ordinariamente prudentes, templados, astutos, así también por otra son grandes habladores, escasos, pesados, medrosos, siempre riñen en casa, ásperos con sus hijos, quieren que todos sean hechos a su gusto; por el contrario, los mancebos son animosos, francos, verdaderos y llanos; mas también son burladores y mudables, que en un punto aman y desaman, sueltos a todos sus apetitos, y enemigos de buenos consejos. Destos dos estremos de edades, la de enmedio es la más templada, porque ya dexó las malas condiciones de la mocedad y no ha llegado aún a las de la vejez; así que estos que están ya casi al cabo, cumple que con el buen seso sepan corregir sus vicios naturales. Por eso deben los viejos guardarse de loarse mucho y de las otras tachas que (según hemos dicho) les son proprias, y aprovecharse de aquella prudencia y buen conocimiento que por largo uso habrán alcanzado, y ser casi como unos profetas enviados por Dios a los que quisieren pedilles consejo. Han de tener buena gracia en contar lo que supieren, de manera que venga bien a propósito, acompañando la gravedad de los años con una conversación dulce y templada. Con esto podrán ser buenos cortesanos y sabrán estar con hombres y con mujeres, y los que los trataren holgarán en todo tiempo con ellos, aunque no los vean tocar ni tañer, ni los vean danzar; acuérdense también, cuando hiciere al caso, de mostrar su valor en las cosas de calidad. Este mismo juicio han de tener los mancebos, no en

seguir el estilo de los viejos, porque claro está que lo que conviene a los unos no convernía en todo a los otros, y suélese decir que mucho seso en hombre mozo es mala señal; pero ténganle en corregir sus vicios naturales. Por eso yo me huelgo algunas veces de ver un mancebo, especialmente en cosas de armas, que sea un poco grave y callado sin peso, y que esté algo sobre sí, sin aquellas desenvolturas y desasosiegos que en tal edad se ven a cada paso; porque los que esto tienen, paréceme que alcanzan un no sé qué más que los otros. Tras esto, aquella manera así sosegada señala una cierta braveza de notar, porque es de creer que a su tiempo se moverá, no por ira, sino por juicio, y será más gobernada por la razón que por el apetito; ésta es la que casi siempre en los hombres de grande ánimo se conoce, y asimismo la vemos en aquellos animales brutos que tienen más nobleza y corazón que los otros, como en el león y en el águila, y esto no es sin causa; porque aquel presto y furioso movimiento sin palabras, ni otra señal de cólera, que, con toda su fuerza recogida juntamente en un punto, casi como la pelota del escopeta rompe y revienta de aquel sosiego, que es su contrario, tiene mayor violencia y ímpetu que no aquel otro que, creciendo por grados, se enciende poco a poco. Por eso aquellos que habiendo de entrar en algún peligro hablan mucho y andan saltando acá y acullá sin saber estar quedos, parece que todo el esfuerzo se les va en aquello, y según dice nuestro Pero Monte, acontéceles como a los mochachos, que andando de noche cantan de miedo. Así que, como en un mancebo la mocedad sosegada y madura es de loar, porque parece entonces que la liviandad, la cual en tal edad es una muy común tacha, se tiempla y se corrige, así en un viejo se ha de preciar la vejez verde y viva, porque señala que la viveza y esfuerzo del espíritu es tan grande que calienta y da fuerza a aquella edad flaca y fría, y la sostiene en aquel buen medio, que es la mejor parte de nuestra vida. Pero, en fin, aun todas estas calidades no bastarían en nuestro Cortesano para alcanzar una ecelente opinión general con señores y caballeros y damas, si no alcanzase juntamente con ello un gentil y gracioso trato en la conversación familiar con todos.

[CAPÍTULO II]

[*En el cual, prosiguiendo miser Federico su plática, dice qué tal ha de ser la conversación del Cortesano con el príncipe y con las otras personas.*]

Desto creo yo que con trabajo se pueda dar regla cierta, por las infinitas y diversas maneras de conversar que se ven a cada paso, tanto que de cuantos hombres hay en el mundo, no se hallarían dos que fuesen totalmente de una misma condición y arte. Por eso

quien ha de aplicarse a la conversación de tantos, es necesario que se rija con su proprio juicio, y conociendo las diferencias de los unos y de los otros, cada día y cada hora mude estilo y manera conforme al punto y a la calidad de aquéllos con quien tratare. Cuanto yo, por mí os digo que en esto no os sabría dar otras reglas sino las que ya os he dado; las cuales, según me parece, aprendió el señor Morello confesándose cuando era mochacho.

Rióse en esto Emilia, y dixo: Vos, señor miser Federico, andáis por escusaros de trabajo; mas no os ha de aprovechar nada, que aquí habéis de hablar sobre esto hasta que sea hora de irse a dormir.

¿Y si yo, señora, respondió miser Federico, no tengo qué decir?

Ahí se verá, dixo Emilia, vuestro ingenio. Y como, si es verdad lo que hartas veces he oído decir, que hubo ya en el mundo hombres tan ingeniosos y elocuentes que compusieron libros en loor de la mosca, y no les faltó qué escrebir sobre ello, otros en loor de la cuartana, otros loando el ser calvo, ¿no seréis vos agora bastante a saber hallar qué decir un rato de la noche sobre la cortesanía?

Ya, señora, respondió miser Federico, nos hemos quebrado tanto la cabeza sobre esto y hemos pasado tantas cosas, que bien se pudieran haber hecho dos libros dello. Mas, pues no me vale justicia ni razón, yo hablaré hasta que a vos os parezca que haya cumplido con lo que soy obligado, o a lo menos con lo que pudiere. Yo pienso que la conversación a que más el Cortesano con todas sus fuerzas ha de tener ojo para hacella dulce y agradable, ha de ser la que hubiere de tener con su príncipe; y, puesto que este nombre de conversación traiga consigo una cierta sinificación de igualdad que parece no poder caber entre señor y criado, todavía nosotros por agora la llamaremos así. Quiero, pues, que el Cortesano, demás de haber ya dado y dar cada día grandes pruebas de su valor, se dé con todo su corazón y pensamiento a amar y casi adorar, sobre toda otra humana cosa, al príncipe a quien sirviere, y su voluntad y sus costumbres y sus artes todas las enderece al placer dél.

A esto, no esperando más, Pedro de Nápoles dixo: De esos cortesanos harto se hallarían hoy en día por nuestros pecados. Que vos, según me parece, en lugar de pintarnos un buen Cortesano, nos habéis pintado en breves palabras un gentil lisonjero.

Vos os engañáis, dixo miser Federico, porque los lisonjeros no aman a sus señores ni a sus amigos, lo cual, según ya he dicho, no ha de caber en nuestro Cortesano; antes su principal fin ha de ser amar a quien debe; pero bien veis vos que agradar y seguir la voluntad del señor a quien servís se puede hacer fácilmente sin lisonja. Porque yo aquí no entiendo de hablar sino de las cosas puestas en razón y honestas, o verdaderamente de aquellas que en sí no son ni buenas ni malas, como sería el jugar o el darse más a

un exercicio que a otro; en éstas quiero yo que el Cortesano, aunque le venga cuesta arriba, se fuerce y esté en ellas, de manera que su señor siempre que le vea piense que le ha de hablar en cosas que sean de su gusto. Esto alcanzallo ha si tuviere buen juicio para conocer lo que el príncipe ha gana, y ingenio y cordura para saberse aplicar a aquello, y determinación para hacer con buena voluntad lo que por ventura no hiciera sino por fuerza. Tiniendo todas estas cosas, nunca delante de su príncipe estará desabrido ni triste ni callado con desgusto, como muchos que siempre parece que están agraviados de sus señores, y ésta es una tacha harto aborrecible; lo cual muchas veces suele acaecer, que no sé por cuál desdicha nuestra anda siempre por las cortes de los reyes esta pestilencia, que ordinariamente los que son más bien tratados de los señores y más medrados y de baxos subidos a tener autoridad y honra, ésos se quexan más descaradamente, y dicen peor dellos que los otros que por ventura podrían hacello con alguna causa, y a la verdad éstos y aquéllos y todos son de culpar gravemente si lo hacen. Guardarse ha nuestro Cortesano de presumir locamente y de traer nuevas enojosas; no será indiscreto en decir palabras que ofendan, por decir las que agraden; no será pertinaz ni porfiado, como algunos que no huelgan sino de ser pesados y importunos, que han ya tomado por oficio de contradecir groseramente a toda cosa; no será chismero, vano ni mentiroso; no fanfarrón ni lisonjero, sino templado y comedido, tiniendo siempre, especialmente en público, el acatamiento a su príncipe que como criado le debe. No hará lo que hacen muchos, que en topando con cualquier gran señor, por sólo habelle hablado una vez, luego se van para él muy familiarmente, con unas risas simples, con un gesto muy conversable o muy necio, y hablan y burlan con él tan sin respeto como si fuese un igual dellos, o quizá otro menor a quien quisiesen favorecer. Pocas veces, o casi nunca, pedirá a un señor cosa para sí mismo, porque está en la mano que, tiniendo aquel a quien la pidiere empacho de negársela, se la dará más por vergüenza que por voluntad, y así no podrá dársela sino desabridamente y de mal arte, lo cual sería mucho peor que si se la negase determinadamente; y aun si hubiere de pedir algo para otros, mirará también el tiempo discretamente, y no pedirá sino lo que fuere honesto y justo, y ofrecerse ha a pedillo de manera que si en ello hubiere algo que pueda causar alguna pesadumbre o sinsabor, se quite luego aquello y hará con buena maña que las dificultades parezcan livianas. En fin, sepa traer el negocio de tal arte, que aquel señor le conceda entonces lo que le pidiere, o a lo menos, si se lo negare, no quede con escrúpulo de habérselo negado, sino satisfecho de haberse visto con desembarazo y libertad de no dárselo no queriéndoselo dar. Porque a las veces los señores, cuando alguno les pide algo con gran hervor, si no lo dan, paréceles que queda muy ofendido aquel tal en no haber alcanzado cosa que tanto mostraba desear; y por el mismo

caso comienzan a querelle mal, porque sospechan que aquél también, de agraviado, les quiere mal a ellos, y así, por una cierta vergüenza y desconfianza que dél tienen, vienen a cargarse con él cada día más, y nunca se aseguran para podelle tener buena voluntad. Procurará también nuestro Cortesano de ser, por más autoridad que tenga, comedido con su señor, en no entrar adonde él estuviere, cuando le vea retraído, si primero no fuere llamado; porque suelen los señores, cuando están en secreto, holgar de poder hablar a su placer y hacer lo que se les antoja sueltamente sin embarazo de nadie, y por eso no quieren ser vistos ni oídos de persona que pueda notalles algo; y por cierto en esto no dexan de tener alguna razón; antes no la tienen aquellos que les echan culpa porque tienen en su cámara personas baxas y de poco ser para otras cosas, sino para aquello de servir y de chocarrear con ellos algunos ratos; bueno es que tiniendo nosotros nuestros desenfados, nos pese que ellos, que son señores, los tengan también. Por eso, si el Cortesano que fuere naturalmente grave y acostumbrado a tratar cosas de importancia, se hallare alguna vez con algún señor déstos en parte donde haya de estar con él familiarmente, debe mudar todo su estilo tomando casi una nueva forma y dexar las cosas de calidad para otra hora, haciendo su conversación dulce, tratando de burlas y de cosas de placer y conformándose con lo que entonces más conviniere, para no atajalle su pasatiempo. En fin, en esto y en toda otra cosa mire mucho en no selle odioso, y espere que los buenos tratamientos y favores le vengan, y que no muestre él solicitallos ni buscallos tan descubiertamente como lo hacen muchos, que parece que les va la vida en aquello; y se les acaece quedar desfavorecidos algún día, o ven que otros quedan mejor, entristécense y angústianse tanto que no pueden disimular su invidia, hasta llegar la cosa a término que ya todos corren a vellos para burlar y holgar con tan buena fiesta, y aun los mismos señores gustan de favorecer a otro delante dellos por hacellos rabiar. Estos mismos, cuando después se hallan con alguna miseria de prosperidad, andan luego tan levantados y tan beudos [72] con aquella su hinchada ufaneza, que no caben en sí ni saben do echar las manos ni do poner los pies, y están a dos dedos de llamar a todos sus amigos que vengan a ver aquella su bienaventuranza y a congratularse con ellos della. No quiero yo que sea como éstos nuestro Cortesano. Mas tampoco se entiende que me parezca mal que ame el favor; pero no le ha de tener en tanto que muestre no poder vivir sin él, y cuando le alcanzare, no se alboroce con él como con cosa nueva, ni señale maravillarse de habelle alcanzado. Mire también que no le rehúse baxamente, como algunos que de groseros o de cortos o de desvalidos no saben recebir las honras que les hacen, sino que de tal manera se encogen que dan a entender no tenerse por merece-

[72] *Beudo:* «lo proprio que beodo o borracho» *(Diccionario de Autoridades)*

dores dellas; bien que sería yo de opinión que el hombre todavía procurase más aína de dexarse estar un poco atrás que de ir muy delantero en las cosas, y que no fuese muy fácil en acetar los favores que se le ofreciesen, sino que mostrase rehusallos templadamente, agradeciéndolos y estimándolos con tan buen arte, que el que se los hiciese quedase con gana y casi con obligación de hacérselos mayores cada día. Porque vemos por experiencia, y está en razón, que si nosotros no admitimos livianamente el favor, sino que con el modo ya dicho le rehusamos un poco, como a cosa que nos viene ancha, luego le parece a quien nos le hace que tenemos en mucho su autoridad y sabemos conocer la honra que de su parte nos viene, y así queda con gusto y con gloria de habernos honrado. Estos son los verdaderos y bien fundados favores que hacen ser estimados los hombres, porque no siendo alcanzados por negociación ni pedidos como por limosna, claro está que cada uno ha de pensar que se alcanzaron por pura virtud y méritos, en especial siguiéndose luego tras ellos llaneza y humildad en quien los recibe.

Paréceme, dixo entonces miser César Gonzaga, que habéis hurtado ese paso del Evangelio, donde dice: «Cuando fueres convidado en alguna boda, asiéntate en el lugar más baxo, porque viniendo aquel que te hubiere convidado, te diga: amigo, subíos acá más arriba, y así con estas palabras quedarás honrado en presencia de los otros que allí estuvieren.»

Rióse miser Federico, y dixo: No hiciera yo tal por la vida, que fuera gran sacrilegio hurtar del Evangelio; pero con todo, vos sois un hombre harto más doto en la sagrada escritura de lo que yo pensaba.

Tras esto, prosiguió adelante su habla, diciendo: Pensá bien en cuánta afrenta se ponen los que a ciegas, sin saber cómo, se meten en pláticas con señores; la ganancia que por lo menos llevan desto es que aquel señor con quien ellos andan por tratar, luego comienza a secarse y no les responde, o si les reponde, es tan desabridamente que todos lo conocen, y si estas diligencias no le bastan para echar de sí estos importunos, vuelve la cabeza a otra parte y déxalos claramente como a perdidos. Así que, por alcanzar de los señores que os hagan honra, ningún camino hay tal como merecella. Y no conviene que el hombre, en viendo a otro haber llegado a tener cabida con algún señor, se ponga luego a seguir los mismos pasos pensando por allí llegar adonde el otro llegó; porque ya veis que una misma cosa no parece bien en todos. Hallaréis uno a quien Dios habrá dado una gracia tan natural que no dirá ni hará cosa que no os haga reír con ella, y si otro que naturalmente tire algo a lo grave y a las cosas de seso, quisiere ponerse en hacer lo mismo, estará en la mano que por avisado que sea quedará frío, y tan desgraciado, que haga asco a quien le oya, y en fin, será como el asno, que por hacer lo que hacía el perro, retozando, puso las patas en los pechos de su dueño. Por eso es necesario que cada uno, conociéndose a sí,

conozca sus mismas fuerzas y se aplique adonde su habilidad le llevare, considerando siempre lo que es de seguir y de huir.

Antes que paséis más adelante, dixo aquí Vincencio Calmeta, paréceme que, si yo bien lo he entendido, poco ha que dixistes que el mejor camino para alcanzar que os hagan honra es merecella, y que más aína debe el Cortesano esperalla que le venga que ir a buscalla locamente. Yo dudo que esa regla sea tan provechosa como vos lo hacéis, y aun parece que la esperiencia está en contrario, porque hoy en día solamente son favorecidos de los señores los que andan cargados de presunción, y vos podéis ser buen testigo desto, que habréis visto algunos que estaban harto caídos y bien olvidados de sus señores, y después, con sólo el presumir, se valieron y llegaron a ser queridos y estimados; de éstos vemos infinitos a cada paso; pero de esotros que con buen tiento y con templanza hayan subido y medrado, yo de mí os digo que aun hasta aquí no he visto ninguno, y vos pensá en ello cuando quisiéredes, que también creo que hallaréis harto pocos, y si miráis la corte de Francia, la cual en nuestros tiempos es una de las mejores de la cristiandad, hallaréis en ella que todos los más sabidos y estimados tienen una presunción loca, y no solamente la tienen unos con otros, mas aun con el mismo Rey.

No digáis eso, respondió miser Federico, que antes en Francia son todos muy bien criados; verdad es que tienen una cierta libertad y una conversación suelta, la cual es natural a toda aquella nación; así que por eso no se deben llamar soberbios ni locos, porque ya es su arte aquélla, y aunque burlen y huelguen como hombres que presumen más de lo que es razón, no dexan en su caso de preciar y honrar mucho a las personas de valor y bien criadas.

Respondió el Calmeta: Mirá los españoles, que son habidos por grandes cortesanos; iea!, decí si hallaréis muchos que no traigan consigo una soberbia y fantasía loca dondequiera que se hallen con hombres y con mujeres, y tanto más que los franceses, cuanto a la primera vista os parecerán más dulces y más mansos; y en verdad yo los tengo en esto por cuerdos. Porque (como dixe) los señores de nuestro tiempo así quieren los hombres.

No os sufriré yo, respondió miser Federico, que pongáis esa tacha en los señores de nuestro tiempo, que muchos dellos hallaríamos muy amigos de hombres llanos y de buena crianza; la cual yo por eso no digo que sola baste a hacer que el hombre sea estimado y bien querido; pero tengo por determinado que si se juntare con un buen valor, traerá mucha honra al que la poseyere, y aunque ella no hable de sí, las honradas obras hablarían dondequiera que menester fuere, y serán puestas en mayor precio que si se mezclaran con presunción y locura; con todo, no niego yo que no haya muchos españoles muy locos y llenos de una fantasía harto pesada; pero digo que los de mayor punto y todos aquellos que se apartan

de la banda, comúnmente son blandos y mansos y bien criados. Discurriendo más adelante, hállanse otros hombres de otra calidad, tan fríos y tan encogidos, que ordinariamente andan apartados, huyendo de conversación, de manera que se hacen tener o por empachados o por soberbios, y éstos por ninguna vía los alabo, ni quiero que la templanza sea tan seca que llegue a ser grosería. Pero sea el Cortesano, cuando hiciere al caso, largo y abundoso en su conversación, y si se ofreciere hablar en cosas graves, hable en ellas como hombre sabio y prudente, y tenga juicio para saberse conformar con las costumbres de las tierras donde se hallare; después, en las otras cosas de menos sustancia, sea dulce y alegre, tiniendo siempre por fundamento la virtud, no invidioso ni maldiciente, ni cure de ganar amistades o haciendas por ruines caminos y vergonzosos ni por medios desastrados.

Pues yo os aseguro, dixo entonces el Calmeta, que todos los otros caminos aprovechan por ventura menos que esos que vos agora habéis condenado por tan malos; porque hoy en día, que esto quiero tornar a decir cien veces, los señores no hacen bien sino a los que se valen por esas vías ilícitas y defendidas.

No digáis eso, respondió miser Federico, que de esa manera todos los señores de nuestro tiempo serían malos, lo cual ciertamente vemos no ser así, antes hay muchos buenos. Mas si nuestro Cortesano, por su desdicha, hubiere tropezado en servir a algunos de los ruines, en la misma hora que le conozca por tal, despídase de su servicio, por no sentir el dolor que sienten los buenos cuando sirven a los malos.

Valdráos a la fe, respondió el Calmeta, si le acertáredes bueno, que ya después, cuando el mal recaudo está hecho, habréis de sufrir el que Dios os ha dado, o sea bueno, o sea malo; porque muchos y grandes respetos fuerzan a un hombre de bien a perseverar en el servicio de un señor después que ha comenzado a servílle. La mala dicha todo está en no acertar al principio, y en este caso son los cortesanos como las tristes aves que nacen en triste valle.

A mí me parece, dixo miser Federico, que la razón debe siempre tener más fuerza que los respetos, y así remediado solamente que el caballero no dexe a su señor en mitad de una guerra o en alguna adversidad, de manera que parezca que le dexó por mejorarse, o porque le vía en tan baxo estado que no esperaba poder medrar con él, en todo otro tiempo puede y debe despedirse de sus servicios, en el cual, si porfiase a perseverar, no podría sino desautorizarse mucho entre los hombres de honra. Porque razón es pensar que quien sirve a los buenos es bueno, y malo quien sirve a los malos.

Querría, dixo entonces Ludovico Pío, que me sacásedes de una duda, y es ésta: Si un caballero que vive con un príncipe o con un señor, es obligado a obedecelle en las cosas injustas que le mandare.

En cosas injustas, respondió miser Federico, no debemos obedecer a nadie.

¿Y si yo estoy, replicó Ludovico Pío, en servicio de un señor que me trate bien y tenga confianza en mí, que le he de servir en todo lo que me fuere posible, mandándome que mate un honbre, o haga cualquier otra cosa, no la haré?

Vos debéis, dixo miser Federico, hacer el mandamiento de vuestro señor en todo lo que a él le fuere provecho y honra no en lo que le ha de ser daño y vergüenza. Por eso, si él os mandare que hiciésedes una traición, no solamente no seríades obligado a hacella, mas sello íades a no hacella por lo que cumpliría a entrambos; que no habéis vos de perjudicar vuestra honra, y ser ministro de la infamia de aquél con quien vivís; verdad es que muchas cosas traen al principio color de buenas que son malas, y muchas le traen de malas que son buenas. Por eso alguna vez es lícito que el hombre por servicio de su señor mate mil hombres, cuando más uno, y haga otras cosas, las cuales, a quien no las considerase bien, parecerían malas, no siéndolo.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Suplícoos agora, señor, que por hacer merced habléis en eso un poco y nos declaréis cómo se puedan conocer las cosas realmente buenas entre las aparentes.

Si vos mandáis, señor, respondió miser Federico, yo por agora no me deterné en todo eso, que sería un largo proceso, sino que lo remito todo a vuestro buen juicio.

Declarános, replicó Gaspar Pallavicino, a lo menos otra duda.

¿Qué duda queréis que os declare?, respondió miser Federico.

Querría saber, dixo Gaspar Pallavicino, dándome un señor cargo de algún negocio con instruciones tasadas de lo que hubiese de hacer, si después en el proceso de aquella negociación yo viese venir las cosas de manera que me pareciese poderse hacer aquel negocio mejor y más brevemente y con más honra, no rigiéndome puntualmente por los memoriales dados desde el principio, si debo todavía estar atado a las instrucciones o gobernarme por mi mismo juicio, y por lo que viere suceder en la cosa.

Respondió entonces miser Federico: Yo en eso os diré lo que siento sólo con el enxemplo de Manlio Torquato, el cual, por demasiado amor que tuvo a su patria, mató a su hijo [78], si yo este tal hecho suyo le aprobase totalmente; mas en verdad no le apruebo ni tampoco oso condenalle contra la opinión y autoridad de tantos años. Porque sin duda es harto peligro, en los cargos que os dan, torcer de los mandamientos de los señores, confiando más de vuestro juicio que de las reglas por ellos dadas, que si por caso vuestro seso os engaña y la cosa sale mal, ya cuanto a lo primero no habés hecho lo que os mandaron, y después habés echado a

[78] Quien, contrariando la orden de su padre, había combatido contra sus enemigos los latinos.

perder con vuestras proprias manos el negocio, sin tener recurso a ninguna desculpa ni quedaros esperanza de perdón; y si os sucede bien, dicen luego que habéis sido dichoso, y échanlo todo a vuestra buena fortuna y vos habéisos de contentar desto. Hay también en ello este inconveniente: que se introduce de unos en otros una costumbre de regirse muchos después en los cargos por su proprio juicio, no curando de lo que les es mandado, viendo que otros (los cuales quizá eran más sabios y tuvieron otras calidades y fueron ayudados por la fortuna) lo acertaron haciéndolo así, y desta manera hartos hombres inorantes y livianos dan consigo al través, confiando de sí demasiadamente en las cosas importantes y haciendo lo que se les antoja por mostrarse sabios y dar a entender que tienen autoridad para poder hacer lo que quieren en negocios ajenos, lo cual es muy malo y causa de infinitos errores. Todavía digo que en esto se puede tomar este medio: que el que tal cargo tiene debe poner delante sus ojos y pesar maduramente por la una parte el provecho que se espera en aquel negocio si le guiare según su seso, y por la otra, el daño que en él se teme, y viendo que el daño se trasluce que ha de ser mayor sucediendo mal la cosa, que no el provecho sucediendo bien, paréceme que debe dexar toda otra consideración, y arrimarse solamente a lo que primero le fue mandado; y, por el contrario, si el provecho se muestra mayor acudiendo bien el negocio que el daño acudiendo mal, creería yo que podría en tal caso con alguna razón seguir lo que a él le pareciese mejor, y apartarse un poco del rigor de las instruciones a él dadas, haciéndolo como los buenos mercaderes, que ponen en aventura lo poco por ganar lo mucho, mas no lo mucho por ganar lo poco. Con todo, débese en esto tener gran respeto a la natura y costumbre de aquel señor por cuyo mandamiento fue tomado el tal cargo y gobernarse según fuere; que si se viese en él una condición tan estrecha y rigurosa, como se suele ver en muchos, yo no consejaría entonces a ningún amigo mío que mudase en un solo punto la orden de lo que le fuese mandado, porque no le aconteciese lo que se lee haber acontecido a un maestro de artillería de los atenienses, al cual, mandándole Publio Craso Muciano [74], que era capitán general por los romanos en Asia, que fuese a Atenas a tomar de allí uno de dos árboles de nao que él había visto para hacer un cierto ingenio por dar combate a una ciudad que tenía cercada, y diciéndole que tomase el mayor, el maestro, como sabio y exercitado en tales cosas, conoció que el menor aprovecharía más para aquel efeto y sería mejor traer, y así envióle a Muciano, el cual, informado de cómo había pasado todo, mandó venir al cuitado del maestro, y preguntándole por qué no había obedecido puntualmente su mandamiento, y no admitiéndole ninguna razón de las muchas buenas que él le daba, le hizo desnudar y azotalle tanto, hasta que a puros

[74] Publio Licinio Craso, jurista y militar romano del siglo II a. de C.

azotes le mataron, pareciéndole que en lugar de obedecelle le había querido dar consejo. Así que es necesario con estos hombres tan recios tratar muy delicadamente y con gran tiento. Pero dexemos a una parte esto de la conversación que se ha de tener con señores, y vengamos a la que hemos de tener con nuestros iguales o con los que no fueren muy mayores, de la cual no nos hemos de descuidar, sino tener muy gran fin a ella, por ser más general y habella menester más veces.

[CAPÍTULO III]

[*En que habiendo dicho miser Federico en el capítulo pasado cómo debe el Cortesano conversar con señores, dice agora en éste cómo debe conversar con sus iguales.*]

Puesto que haya muchos necios que yendo en compañía del mayor amigo que tienen, luego que topan con otro que trae mayor fausto y es, como dicen, de los bien vestidos, se pegan con él por mejorarse, y andan siempre tanteando las compañías y escogiéndolas, no por su gusto ni por virtud, sino por una vanidad miserable, que viendo desde una legua un señor en una plaza, o en otro lugar donde haya mucho pueblo, luego se van para él a gran priesa desatinados, rompiendo por la gente, y no paran hasta ponérsele al lado, y allí, aunque no tengan qué decille, buscan qué hablalle; y así dicen cosas escusadas y mil frialdades, acompañándolas con grandes gestos, dando de la cabeza y de las manos, agora riéndose y agora mesurándose por mostrar que tratan cosas de mucha gracia o de mucha calidad, y por dar a entender que privan estrañamente con aquel señor; pero pues estos tales no se precian de hablar sino con señores, así agora nosotros no nos preciemos de hablar con ellos.

Querría, dixo el manífico Julián entonces, pues habéis, señor miser Federico, hecho mención destos que de tan buena voluntad se acompañan con los bien vestidos, que nos mostrásedes de qué manera se debe vestir el Cortesano, y qué suerte de vestidos le convenga más, y, acerca de los atavíos de su cuerpo, cómo haya de regirse; porque en esto vemos infinitas diferencias: los unos se visten a la francesa, los otros a la española, hay algunos que quieren parecer tudescos, y no faltan hartos que se vistan ya como turcos, quien trae barba y quien no. Sería luego muy gran bien en tanta confusión saber escoger lo mejor.

Yo, en verdad, dixo miser Federico, no sabría dar en esto regla cierta, sino que me parece que debe el hombre en el vestir conformarse con los más, y pues, como vos decís, la costumbre en esto es varia, y los italianos son tan amigos de trajes nuevos, pienso que

cada uno puede ya vestirse a su placer. Mas yo no sé cuál fortuna haya sido ésta, que Italia no tenga ya, como solía, hábito conocido por italiano, que, aunque estos que agora se usan hagan ser tenidos por groseros los que en otro tiempo se usaron, a lo menos aquéllos quizá eran una señal de libertad como éstos han sido un mal anuncio de sujeción, el cual, en fin, ha habido de salir verdadero. Y como se escribe que habiendo Darío, el primer año que peleó con Alexandre, hecho aderezar su espada y mudalla al talle de las de Macedonia, fue interpretado por los adevinos que aquella nación en cuyo talle había mudado Darío su espada, había de venir a señorear la Persia; así el haber nosotros tomado diversas maneras de vestidos de diversas naciones, pienso que haya sinificado que todos aquellos pueblos en cuyos hábitos los nuestros se han mudado, habían de llegar a sojuzgarnos y tenernos cativos, lo cual ha sido harto más verdad de lo que fuera menester para nosotros; que ya no queda provincia ni tierra que no esté rica de nuestros despojos, tanto que no queda ya qué despojar, y aun la desventura no cesa de pasar cada día más adelante. Pero no entremos agora en materias enojosas, sino que volvamos a los vestidos de nuestro Cortesano, los cuales pienso que, como se usen y no sean contrarios a su profesión, puedan en lo demás todos estar bien, con tal que satisfagan a quien los trae. Verdad es que yo querría que no siguiesen los estremos, echando demasiadamente a la una parte o a la otra, como el hábito francés que ecede en ser muy ancho, y el tudesco en ser muy angosto, sino que fuesen como los que, tomando del uno y del otro, son corregidos y reducidos en mejor forma por los italianos, y no ternía por malo que echasen algo más hacia lo grave que hacia lo vano; por eso me parece que tiene más gracia y autoridad el vestido negro que el de otra color, y ya que no sea negro, sea a lo menos escuro. Esto entiéndese del vestir ordinario; que para sobre armas no hay duda sino que están mejor las colores alegres y vistosas, y los vestidos lozanos y de fiesta, bordados y acuchillados, pomposos y soberbios. También han de ser así en las fiestas, en los juegos de cañas, en las máscaras y en semejantes cosas, porque desta manera traen consigo una cierta viveza y gallardía, que hace mucho al propósito para las armas y para estas tales fiestas; pero en lo demás, querría que mostrasen el sosiego y la gravedad de la nación española, porque lo de fuera muchas veces da señal de lo de dentro.

Yo cierto, dixo entonces miser César Gonzaga, no me fatigaría mucho sobre eso; porque si un caballero en las otras cosas vale, los vestidos no le quitan ni le dan reputación.

Vos decís gran verdad, respondió miser Federico; mas si viésemos agora en esa calle un caballero con una ropa de diversas colores, y con un sayo lleno de cuchilladitas y de cintillas y de tiras y de ribetes, ¿no le terníamos por loco o por truhán?

Por cierto, dixo miser Pietro Bembo, no le ternía por loco o por

truhán quien hubiese vivido en Lombardía algún tiempo; porque allí así andan todos.

Pues luego, respondió la Duquesa riendo, si así andan todos, no les echemos culpa, siéndoles tan común y tan proprio ese hábito, cuanto lo es a los venecianos el traer mangas anchas y a los florentines capirotes.

No hablo yo agora, dixo miser Federico, más de Lombardía que de otras naciones; porque en toda parte hay muchos locos y muchos cuerdos. Mas por pasar adelante en esto de los vestidos, y decir en ello lo que me parece, quiero que nuestro Cortesano sea ataviado y primo en el vestir, y tenga una moderada diligencia en aderezarse, de tal manera que no sea mujeril ni vano, ni decline más a una cosa que a otra, como vemos muchos que tienen tanto cuidado del cabello, que se descuidan de lo demás; otros que no curan sino de los dientes; otros solamente de la barba; otros de borceguís; otros de bonetes; otros de cofias; y así acaéceles que aquello poco que traen concertado y lucido parece prestado, y todo lo otro parece proprio dellos. Esta tal costumbre sería yo de parecer que huyese nuestro Cortesano; y más le doy por consejo que consigo determine qué manera de tresno y de arte quiere que parezca la suya, y conforme a aquélla se vista, y haga que el vestido le ayude a que le tengan todos por cual él querría ser tenido, hasta los que no le oyan hablar ni le vean hacer nada.

A mí nadie me hará creer, dixo entonces Gaspar Pallavicino, que se use entre hombres de bien juzgar las condiciones y el arte por los vestidos, y no por las palabras y obras; porque así muchos se engañarían; y no sin causa se trae por refrán que el hábito no hace al monje.

No digo yo, respondió miser Federico, que por sólo el vestido se hayan de hacer juicios resolutos y ciertos de las condiciones de los hombres, y que no se conozcan más por las palabras y obras que por lo que el hombre viste; pero digo que aun el hábito no es pequeño argumento de la fantasía y manera de quien le trae, aunque a las veces se pueda en esto recebir engaño. También los ademanes y costumbres y otras cosas que apenas tienen nombre dan señal de la calidad de aquél en quien se veen.

¿Qué cosas halláis vos, repondió Gaspar Pallavicino, por las cuales nosotros podamos hacer estos juicios, que no sean palabras o obras?

Por cierto, señor, dixo miser Federico, vos debéis de ser un sotil lógico; mas porque no presumáis agora que vos sólo lo sabéis todo, yo os quiero decir cómo entiendo esto: Algunas obras hay que, aun después de hechas, quedan, como es el edificar, el escribir y otras tales cosas; otras no quedan, como son estas que hacen agora a mi propósito; por eso no llamo yo en este nuestro caso al pasear, al reír, al mirar y a semejantes cosas, obras; pero, como quiera que las llamemos, todavía esto que se vee de fuera da muchas veces no-

ticia de lo de dentro. Decíme, ¿no juzgastes vos por muy liviano y vano hombre aquel nuestro amigo, de quien hablábamos esta mañana, cuando le vistes pasear con aquel torcer de cabeza, meneándose todo y casi requiriendo con un gesto blando a cuantos topaba que le quitasen el bonete? Así también cuando veis a uno que está embelesado mirando alguna cosa bobamente, o anda dando grandes risadas fuera de propósito, aunque no hable ni haga más, ¿no le tenéis por un muy gran majadero? Bien alcanzáis luego que estas maneras y costumbres (las cuales yo agora no entiendo de llamallas obras) bastan a hacer que en gran parte seamos conocidos. Mas dexando esto, paréceme que otra cosa hay harto importante para hacer que estén en muy buena o en muy mala opinión los hombres, y es el escoger aquellos amigos con los cuales se ha de tener estrecha conversación. Porque mucha razón es que, los que por gran amistad y familiar compañía están siempre juntos, estén también con las condiciones, con las voluntades, con los corazones y con los juicios, muy conformes; y así, quien trata con necios o con malos, es luego tenido por necio o por malo; y por el contrario, quien trata con buenos y sabios y discretos, es tenido por tal como ellos. Porque naturalmente se hace juntarse fácilmente cada cosa con otra semejante a ella; por eso cumple que se tenga gran seso y consideración en comenzar estas amistades, porque de dos estrechos amigos, quien conoce al uno luego piensa que el otro es ni más ni menos que aquél.

Respondió entonces miser Pietro Bembo: Paréceme que se debe mirar mucho en obligarse a una amistad tan estrecha como esa que vos decís, no solamente por ganar o perder reputación, mas porque se hallan pocos amigos verdaderos hoy en día. Y no creo yo que en el mundo ya veamos otro Pílades y Orestes, otro Theseo y Pirithoo, ni otro Scipión y Lelio [75], antes no sé por cuál desdicha nuestra hemos caído en esta miseria, que cada día acontece dos amigos muy grandes y de muy largo tiempo, al cabo o por malinidad o por invidia o por liviandad, o por alguna otra ruin causa, venir a desavenirse, y echar cada uno la culpa al otro, teniéndola quizá entrambos. Por eso, viéndome yo en estas amistades muchas veces engañado por amigos a los cuales amaba estrañamente, y de los cuales confiaba ser estrañamente amado, heme recogido y he determinado entre mí que lo mejor es no fiar de nadie ni entregarse totalmente a ningún amigo por grande que sea, de tal manera que le comunique el hombre todos sus secretos sin reservarse ninguno. Porque en nuestros corazones hay tantos rincones y escondrijos, que es imposible ningún saber humano bastar a conocellos todos. Mi opinión es luego que debemos amar a uno más que a otro, según los méritos y valor de aquél; pero no asegurarse ni engolosi-

75 Parejas de amigos, unos de la mitología clásica y otros de la realidad histórica, que constituyen reconocidos paradigmas de la virtud de la amistad.

narse tanto en la dulzura del amistad, que después nos arrepintamos della tarde y con mal.

Por cierto, dixo entonces miser Federico, no podría ser tanta la ganancia como la pérdida, si aquel más subido punto del amistad se quitase de la conversación humana, el cual (según mi opinión) nos da cuanto bien alcanza nuestra vida. Por eso yo nunca confesaré que por razón se sufra poder nosotros vivir sin esta perfeta amistad, antes presumo de concluiros, con claros y necesarios argumentos, que sin ella los hombres serían mucho más miserables y desventurados que todos los otros animales; y si algunos, como bárbaros y ajenos de nuestra ley, dañan este santo nombre de amistad, no por eso la hemos de desarraigar de nuestros corazones, y por culpa de los malos quitar a los buenos tanto bien. Pues yo osaría jurar que aquí entre nosotros hay más de un par de amigos, el amor de los cuales es tan sin engaño, que está muy seguro de perderse, y aparejado a durar hasta la muerte con grande conformidad, no menos que el de aquellos antiguos que vos habéis nombrado poco ha; y así suele ser todas las veces que el hombre, demás de la inclinación que nace de las estrellas, escoge un amigo que en las costumbres se parezca con él. En todo esto que digo, se tome la virtud por fundamento; porque no puede ser amistad la de los malos. Pero este ñudo tan apretado que (como he dicho) ha de ser entre los amigos, no alabo yo que sea de más de dos; porque de otra manera quizá sería peligroso; que, como sabéis, con mayor dificultad se acuerdan tres instrumentos de música que dos. Así que yo querría que nuestro Cortesano tuviese un singular y sustancial amigo, tal, si fuese posible, cual hemos dicho; después, según la calidad y el valor de cada uno, amase y honrase a los otros, y procurase siempre de tratar más con los mejores y más estimados que con los que no fuesen tales, aunque éstos le quisiesen y honrasen mucho. Todo esto ternálo hecho si fuere bien criado y hombre de buena condición, franco, tratable y dulce en la compañía, inclinado a hacer placeres, diligente y desvelado en el provecho y honra de sus amigos, así ausentes como presentes, sufriéndoles sus tachas naturales, con tal que sean de sufrir, sin romper con ellos por pequeñas cosas, y corrigiendo en sí mismo lo que familiarmente y con amor le fuere reprehendido; no procurando mejorarse entre los otros con buscar lugares más honrados, o con hacer lo que hacen algunos que muestran despreciar cuando veen, y quieren con una gravedad pesada dar ley a todo, y, demás de ser porfiados sin propósito en lo que no va nada, reprehenden todo lo que ellos no hacen, y continuamente buscan causas de quexarse de sus amigos, lo cual es una cosa en estremo odiosa.

Aquí, callando un poco miser Federico, dixo Gaspar Pallavicino: Querría que tratásedes algo más particularmente de este conversar con los amigos; porque a la verdad, no os veo tocar sino generalidades, y señalar las cosas casi pasando de largo.

¿Cómo de largo?, respondió miser Federico. ¿Querríades vos, por ventura, que os dixese hasta las mismas palabras formadas que se han de decir? ¿No os parece que basta lo que hemos hablado ya sobre esto?

Paréceme que basta, respondió Gaspar Pallavicino; pero todavía deseo saber algunas particularidades del arte que se ha de tener en el tratar con hombres y con mujeres; la cual cosa a mí me parece necesaria y muy importante, considerando que en las cortes de los reyes lo más del tiempo se gasta en esto, y que esta conversación, para no cansar, no ha de ser siempre de una manera.

Yo pienso, dixo miser Federico, que nosotros hemos dado al Cortesano noticia de tantas cosas, que podrá muy bien variar la conversación y aplicalla a la calidad de las personas que tratare; presuponiendo con todo que sea de buen juicio y se gobierne con él, y sepa, según los tiempos, fundarse a ratos en cosas graves, y a ratos ocuparse en fiestas y en juegos.

¿En qué juegos?, dixo Gaspar Pallavicino.

Respondió entonces riendo miser Federico: Preguntémoslo a fray Serafín, que cada día los halla nuevos.

No hablando agora, replicó Gaspar Pallavicino, en materia de motes ni de otras burlas, ¿paréceos que sería tacha en el Cortesano ser jugador?

A mí no, por cierto, dixo miser Federico, si ya no lo fuese tanto que por ello dexase las otras cosas de más sustancia, o mostrase mucha codicia de ganar, o fuese tramposo, o perdiendo se entristeciese de manera que le tuviese por escaso.

¿Qué me diréis, dixo Gaspar Pallavicino, del juego del axadrez?

Respondió miser Federico: Que es un gentil y agudo juego, y un buen pasatiempo; mas hállole una sola tacha, y es que puede ser ruin estremo sabelle jugar en cabo bien, porque el que quisiese ser ecelente en él, habría de gastar mucho tiempo, y poner en ello tanto estudio como en otra cualquier ciencia, y, en fin, cuando bien hubiese trabajado, no alcanzaría de saber más de una cosa, que es juego; y así en esto pienso que acaecería lo que casi nunca suele acaecer, que sea la medianía más de loar que la ecelencia.

Muchos españoles, respondió Gaspar Pallavicino, se hallan grandes maestros en este y en otros juegos, y no gastan mucho tiempo en ellos, ni tampoco dexan de hacer lo que conviene en las otras cosas.

Creé, respondió miser Federico, que no es poco el tiempo que gastan en ellos, mas hácenlo disimuladamente. Pero aquellos otros juegos que vos decís que saben, demás del axadrez, quizá son como muchos que yo he visto hacer a gente baxa, que no sirven sino para hacer estar al vulgo con las bocas abiertas; éstos no merecen otro loor ni otro premio sino el que dio Alexandre a uno que tomaba una sarta de garbanzos y enhilábala de harto lexos en una aguja. Mas dexando esto, digo que porque la fortuna, así en abonar

o dañar la opinión de los hombres como en muchas otras cosas, tiene gran fuerza, suele acontecer que veremos un caballero muy honrado y de buena condición y gracioso, y con todo esto habrá algunos señores que se aborrezcan con él sin causa que se pueda entender, sino que dirán que no es de su gusto; y cuando este tal les viniere delante, no siendo conocido de los otros que estuvieren presentes, aunque sea avisado y tenga muy buen arte, harán poco caso dél y le dexarán descontento y casi afrentado; y así los que vieren esto, en la misma hora seguirán la opinión destos señores, y parecelles ha que es hombre baxo; no holgarán con él, dirán que cuanto habla son frialdades; comenzarán todos a burlar dél y a correlle, tanto que no le aprovecharán sus buenas respuestas, ni tomar las burlas cortesanamente ; y podrá ser que llegue la cosa a ponérsele al derredor los pajes, y que ande la burla tan descarada, que, aunque sea el más valeroso y sabio hombre del mundo, haya por fuerza entonces de quedar perdido. Por el contrario, si algunos destos grandes señores favorecieren a un necio que no sepa hablar ni hacer cosa buena, luego la condición déste y el arte y el saber y las costumbres serán aprobadas y puestas en el cielo con grandes esclamaciones y misterios, y parecerá que toda la corte le tenga respeto y le vaya a mirar como a hombre diferente de todos los otros; y dirán todos en oyéndole una palabra, que por ventura será algún término o donaire de escudero, que nunca hombre tal dixo, y no habrá en todo el día otra fiesta sino recitar sus dichos, y querer hacerse cada uno gracioso con trabajar de recitallos bien. Ésta es la ceguedad común de los hombres que ordinariamente traen su opinión atada a la de los señores. Por esto quiero que nuestro Cortesano, demás de su saber y su valer, se ayude en esto lo mejor que pudiere con buena maña, y siempre que hubiere de ir a alguna parte donde haya gente principal, si no fuere conocido, procure que primero vaya allá su buena opinión que su persona; y tenga manera que allí sean informados de la buena cuenta en que le tienen en otras partes los señores y los caballeros y las damas; porque aquella fama, que es vista proceder de muchos buenos juicios, causa un cierto y firme crédito bueno, el cual después, hallando los ánimos de aquellos que os tratan dispuestos y casi granjeados, fácilmente con las obras se mantiene y se mejora. Demás destos provechos que se siguen, haciendo esto se huye una pesadumbre que yo suelo recebir harto grande, cuando llego a alguna parte donde no me conocen, que luego se llega alguno a mí muy mesurado, y me pregunta: Señor, ¿quién sois? ¿Cómo es vuestro nombre?

Por cierto, yo no sé, respondió miser Bernardo Bibiena, cómo pueda aprovechar esa maña que vos decís, porque de mí os sé decir haberme acaecido hartas veces, y creo que a muchos otros, que habiendo concebido en mi juicio gran opinión de alguna cosa por relación que della tenía de muchos hombres sabios y de autoridad, des-

pués, en viéndola, no me parecía tal cual me habían dicho, antes quedaba muy atrás de donde yo la esperaba. La causa desto no podía ser otra sino haber creído yo demasiadamente a la fama y formado en mí un tan gran conceto, que, midiéndole después con la verdad, aunque el efeto fuese grande, todavía quedaba corto para la medida de lo que yo había imaginado. Otro tanto temo que no acaezca al Cortesano. Por eso no sé yo cómo sea bien enviar, según habéis dicho, adonde hubiéredes de ir, vuestra buena opinión primero que vuestra persona, para que todos os esperen con gran alborozo. Catá que nuestros corazones cada hora y cada punto figuran cosas, a las cuales es imposible corresponder el hombre; y así más se pierde en esto que se gana.

Dixo aquí miser Federico: Las cosas que suelen parecer muy menores que su fama son comúnmente las que, en viéndose, pueden con los ojos ser juzgadas; como si agora por caso vos nunca hubiésedes visto Nápoles ni Roma, y oyésedes alabar mucho estas dos ciudades, estaría en la mano imaginar más dellas de lo que después la vista os parecería; pero en las condiciones y artes de los hombres no es así, porque aquello que se vee de fuera es lo menos. Por eso, si la primera vez que viéredes un caballero y le oyéredes hablar, luego no halláredes en él tanto como os dixeron y creístes, claro está que, siendo vos discreto, no perderéis así presto la buena opinión que dél cobrastes, como haríades en aquello de lo cual el ojo puede ser luego el juez, sino que esperaréis de rato en rato descubrir en él algún secreto o primor que hasta entonces no haya sido menester descubrirse, tiniendo por determinado que no se puede recebir engaño en un crédito ganado por relación de tantos buenos juicios. Y siendo después este caballero tal cual yo prosupongo que sea nuestro Cortesano, cada día os confirmará más en su buena reputación, porque él con las obras os la hará firme, y vos con la imaginación os la haréis mayor de como la viéredes. Y cierto, no se puede negar que los primeros concetos imprimidos en nuestros juicios no puedan en nosotros mucho, y que no sea bien tenelles gran respeto. Y porque mejor veáis cuánto poder tengan, os quiero decir esto: que yo en mis días he conocido un caballero, el cual, aunque era harto gentil hombre y razonablemente avisado y bueno en las armas, no era tan señalado en ninguna destas cosas que no hubiese muchos que pudiesen llevalle en todas ellas gran ventaja; pero ya como quiera que esto fuese, su buena dicha fue tal, que una señora bien gentil dama y harto principal se enamoró dél, y creciendo cada día este amor por las demostraciones que el caballero hacía de amalla también a ella, como se sentía della ser amado, y no habiendo ningún lugar ni forma de hablarse, fatigada esta señora y apretada de su dolor, fue forzada de descubrirse a una su grande amiga, de la cual esperaba algún remedio para su deseo; ésta no era menos hermosa, ni menos estimada que estotra, y así viéndola estar tan enamorada y decir tanto bien de este caba-

llero, al cual ella nunca había visto, tiniéndola por mujer de precio y de buen juicio, pensó que hombre a quien una tan gentil dama se había aficionado y tenía en tanto, no podía dexar de ser muy avisado y de gran punto; y con esto tan fieramente se enamoró dél, que comenzó luego por términos a descabullirse della, y a tomar la negociación para sí y a mostrarle a él cuánto le quería, haciendo todas las diligencias posibles para ganalle la voluntad, lo cual no fue muy malo de acabar, porque a la verdad era ella mujer harto más para ser rogada que para rogar. Ora oí un estraño caso: No mucho tiempo después acaeció que una carta que escribía esta segunda mujer que hemos dicho a aquel su servidor, vino a las manos de una otra señora en estremo hermosa y virtuosa, y aun más estimada que las otras; la cual, siendo, como es costumbre dellas, codiciosa de saber secretos, en especial de otras mujeres, abrió esta carta, y leyéndola, entendió bien que era escrita con estremo amor. Las dulzuras y los regalos que ella al principio leyó, luego la movieron a lástima de aquella señora que tan perdida mostraba estar, que bien la conoció en la letra, y aun sabía a quién la carta iba. Después, revolviendo entre sí muchas veces aquellas palabras y blanduras, tanta impresión hicieron en ella, que, considerando cuán señalada persona debiera de ser aquél a quien una tan especial mujer amaba tan de verdad, en la misma hora ella también cayó a enamorarse dél como las otras; y así aquella carta hizo en ella más que hiciera quizá otra que él le enviara. Y como suele alguna vez acontecer que una ponzoña aparejada puesta para matar a uno mata a otro, que por desastre inorantemente viene primero a comer della, así esta señora, por inorancia y por codicia, vino a tomar con sus proprias manos los bebedizos que la mataron. ¿Qué diréis a esto? La cosa fue harto pública, y anduvo de manera que muchas mujeres sin éstas, parte por hacer despecho a las otras, parte por competencia, trabajaron estrañamente por gozar del amor deste caballero, y anduvieron casi como niñas a los cabellos por quién le llevaría. Todo esto procedió de la primera opinión que recibió en sí aquella señora, viéndole tan querido de la otra.

Aquí, riendo, Gaspar Pallavicino, respondió: Muy gran donaire es que vos, por confirmar vuestro parecer con razones, nos traigáis enxemplos de mujeres, las cuales en sí por la mayor parte van fuera de toda razón; y si queréis decir la verdad, yo os seguro que ese tan querido de tantas señoras debiera ser algún necio y baxo hombre; porque dolencia es común dellas inclinarse ordinariamente a los más ruines, y seguir siempre tras la primera por donde quiera que se encamine. Demás desto, son tan invidiosas ellas con ellas, que aunque ese que habéis dicho fuera un monstruo, todas procuraran de cogelle por quitalle las unas a las otras.

A esto se alborotaron todos y comenzaban a contradecille ya con gran furia; pero la Duquesa les mandó que callasen, y luego, volviéndose a Gaspar Pallavicino, díxole sonriéndose: El mal que

decís de las mujeres está tan lexos de ser verdad, que pues por esta causa toda la deshonra es vuestra en decille, no he de sufrir que os respondan, ni quiero que con las muchas buenas razones que contra vos se podrían decir en esto, perdáis esa mala costumbre, sino que llevéis de vuestro pecado el castigo, el cual ha de ser la mala opinión que de vos ternán todos aquellos que os oyeran hablar tan mal.

Atravesó entonces miser Federico, diciendo: No digáis, señor Gaspar Pallavicino, que las mujeres sean tan fuera de razón, aunque veáis (según lo que he contado dellas) que se muevan a amar más aína por opinión ajena que por la propria, que muchos hombres sabios hartas veces hacen lo mismo. Y si aquí no hemos agora de hablar a sabor de nadie, sino decir verdades, no me negaréis que vos y todos nosotros no sigamos a cada paso más las opiniones de los otros que las nuestras. Y si queréis ver esto, acordaos que unos versos que el otro día nos truxeron acá, diciéndonos que eran del Sanázar [76], luego los recogimos y los tuvimos por muy ecelentes, y los alabamos con voces al cielo; después, sabida la verdad que eran de otro, en la misma hora los dexamos caer, y quedaron con tan poca reputación, que fueron tenidos por menos que razonables. Y agora también poco ha, cantándose en presencia de la señora Duquesa un motete, nunca pareció bien ni fue estimado hasta que se supo que era de Josquin de Pris [77]. Mas, en fin, ¿qué otra señal queréis de la fuerza de la opinión, sino lo que pasó por vos mismo no ha muchos días? ¿No os acordáis que, bebiendo de un mismo vino, una vez decíades que era muy singular, y otra que no valía nada, no por más sino porque os dieron a entender que eran dos vinos, el uno de ribera de Génova, y el otro desta tierra? Y aun después que fue descubierto el engaño, no queríades desengañaros en ninguna manera, sino que tan firmemente se os había encaxado aquella falsa opinión, la cual había procedido solamente de las palabras de los otros, que la porfiábades contra todos. Debe, pues, el Cortesano tener en los principios gran cuidado de dar buena opinión de sí, y considerar cuán malo y dañoso sea lo contrario; a lo cual están más aparejados que los otros los que toman por oficio ser graciosos, y se han ocupado con sus donaires, buenos o malos, una cierta licencia bien ruin de decir y hacer lo que primero se les antoja sin recelo de nada. De aquí viene que estos tales se meten muchas veces en cosas, de las cuales, no sabiendo descabullirse, saltan en ayudarse con decir gracias para hacer reír, y esto, haciéndose por esta vía, ha de hacerse de necesidad tan desgraciadamente, que en lugar de mover risa mueve asco. Acontéceles también a éstos, que por mostrarse muy cortesanos y decidores,

---

76 Iacopo Sannazaro, humanista y poeta italiano del siglo XVI, autor de la *Arcadia*.

77 Famoso músico francés de la época (1450-1521), que vivió mucho tiempo en las principales cortes de Italia.

según ellos dicen, en presencia de mujeres de precio, y aun a ellas muchas veces, se ponen en decir deshonestidades y desvergüenzas, y el que entonces las hace parar más coloradas, aquél se tiene por mejor hombre de corte; dan ellos allí unos con otros grandes risadas y gustan y précianse entre sí de haber alcanzado un don de Dios tan grande como es ser graciosos por esta arte. Pero lo que a éstos los hace hacer mayores bestialidades es codicia estraña de ser tenidos por compañeros. Éste es el título que más sustancial les parece, y del cual ellos se alaban más; y por alcanzalle se hablan unos a otros muy rotamente sin ninguna crianza, pensando que ésta es la verdadera familiaridad, y dícense mil bellaquerías y burlan de manos a cada paso, dándose de puñadas, echándose tierra en los ojos, haciéndose caer los caballos encima por valladares; después, cuando están en la mesa, no queda cosa que no se la arrojen a los ojos; tras esto luego las grandes risas y vocerías, y el que más suelto y desvergonzado ha andado en esto, aquel tal lleva lo mejor y la honra de la jornada; y si alguna vez convidan a estas sus fiestas algún caballero que esté algo encogido entre ellos, y no quiere así soltarse a estas borracherías, luego le dicen que es perdido por parecer grave, y que quiere ser tenido por filósofo y que no sabe ser compañero. Mas ¿cómo haremos si aun hay peor que esto? Que se hallan hombres que compiten y apuestan por quién podrá comer y beber cosas de las que menos se suelen asentar en el estómago y son más ascorosas, y comen muchas dellas tan ajenas de nuestra natura, que es imposible acordallas sin asco.

¿Qué cosas pueden ser ésas?, preguntó Ludovico Pío.

Hacé que os las diga, respondió miser Federico, el señor marqués Phebus, que muchas veces las ha visto en Francia, y quizá se debe de haber hallado en alguno de los banquetes donde estas gentilezas se usan.

Respondió el marqués de Phebus: Yo por cierto no he visto hacerse cosas desas en Francia que también no se hagan en Italia. Pero séos decir que cuanto bueno tienen los italianos, en vestirse, en el andar con damas, en el banquetear, en el tratar cosas de armas y en otra cualquier cosa de buen cortesano, todo lo tienen de los franceses.

No digo yo, respondió miser Federico, que en Francia no se hallen hombres de gentil crianza y de muy buen arte; y yo de mí os hago saber que he conocido hartos déstos, pero algunos hay bien desordenados; y cierto, hablando en general, los españoles se compadecen más con los italianos, porque aquella gravedad sosegada natural de España me parece más conforme a nosotros que la presta y arrebatada desenvoltura de los franceses, la cual no les está mal a ellos, antes les da gracia por serles tan propria, que claramente se conoce no traer ningún artificio. Mas lo bueno es hallarse muchos italianos perdidos por parecer franceses, y todo lo que toman dellos es levantar mucho la cabeza y menealla cuando

hablan, y hacer una reverencia atravesada de mala gracia, y andar cabalgando por las calles tan apriesa, que no hay mozo de espuelas que pueda tener con ellos; y haciendo esto les parece que nacieron en mitad de Francia, y que pueden usar de aquella libertad francesa, la cual no se sufre sino en los que desde niños se criaron entre hombres de aquella nación. Lo mismo acontece en el saber hablar diversas lenguas, lo cual apruebo en el Cortesano, en especial que sepa la española y la francesa; porque el trato destas dos naciones es muy ordinario en Italia, y entrambas lenguas nos cuadran más que otras, y los dos príncipes destos dos reinos, por ser poderosísimos en la guerra y abundantísimos en la paz, siempre tienen cada uno su corte llena de muy singulares hombres que andan acá y acullá por todo el mundo, y a nosotros hartas veces nos conviene tratar con ellos. Otras muchas reglas podría daros que no dexarían de hacer al caso; pero no quiero gastar tiempo en cosas tan sabidas, como sería decir que el Cortesano no ha de tener por oficio ser glotón ni gran bebedor, ni disoluto, ni roto en su vivir con ciertas maneras de hombre baxo y más de villano que de caballero. Porque el que viviere así, no solamente no se ha de esperar dél que salga buen hombre de corte, mas ha de ser tenido en cuenta de un pastor. Pero, en fin, digo que sería bien que supiese nuestro Cortesano tan perfetamente lo que ha de saber, que todo lo que hiciese y dixiese fuese hecho y dicho fácilmente y sin trabajo, tanto que todos se maravillasen dél, y él de nadie. Entiéndese que en esto no hubiese una cierta soberbia pesada, como la de algunos que muestran no maravillarse de lo que los otros hacen, porque presumen de sabello hacer ellos mucho mejor, y con un callar odioso lo desprecian como a cosa que sólo hablar della es risa, y casi quieren dar a entender que no solamente no hay nadie que les llegue al pie, pero que no se hallaría quien fuese para entender dónde llega la hondura de lo que ellos saben. Por eso debe el Cortesano huir estas maneras aborrecibles, y con buena voluntad y dulzura alabar las cosas bien hechas de los otros, y aunque él se conozca en sí llevar grandísima ventaja a todos, disimulallo templadamente y mostrar no tenerse por tal.

[CAPÍTULO IV]

[*En el cual, siguiendo miser Federico su plática, da ciertos avisos y reglas que el Cortesano debe guardar en su conversación.*]

Mas porque en esta nuestra humanidad muy pocas veces, o quizá nunca, se hallan estas perficiones tan acabadas, no debe el hombre, aunque se vea faltar en algo, desconfiarse luego de sí mismo ni perder el esperanza de llegar a un término harto bueno,

puesto que no pueda alcanzar aquella perfeta y más subida ecelencia adonde él tiene ojo. Porque en cualquier arte hay muchos grados sin el mejor, y todos merecen ser loados; y así el que tiene fin a llegar a lo más alto, alcanza desto a lo menos pasar casi siempre más adelante de la mitad del camino. Pero, en fin, dexando esto, es mi parecer que nuestro Cortesano, si en alguna cosa, demás de en las armas, se hallare ecelente, se aproveche y honre con ella de buen arte, y sea tan discreto que sepa con maña traer los hombres que quisiere a que le vean y oyan aquello en que él se sintiere más hábil, mostrando siempre hacello, no por vanidad de mostrarse, sino acaso, ni de su propria voluntad, sino rogado; y a todo lo que hubiere de hacer o decir, venga siempre, si posible fuere, apercebido, pero de manera que parezca venir descuidado; tenga también aviso que en las cosas en que se conociere solamente alcanzar una razonable medianía, pase por ellas livianamente sin fundarse mucho, de arte que se pueda creer que sabe más en ellas de lo que muestra; como en otro tiempo acontecía haber algunos poetas que señalaban sotilísimamente algunos puntos de filosofía o de otras ciencias, y por ventura sabían harto poco dellas; pero en aquello en que totalmente se viere inorante, no quiero que pare poco ni mucho, ni cure de querer ganar fama en ello; antes si viniere sobre habla, confiese claramente que no lo sabe.

Eso yo os seguro, dixo el Calmeta, que no lo hiciera Nicoleto [78], el cual, siendo ecelentísimo filósofo, informado por relación de muchos que el Gobernador de Padua le quería dar una catreda de Leyes, no sabiendo más dellas que de volar, nunca, por más que sus amigos le dixesen, quiso desengañarse ni confesar que no las sabía, diciendo siempre que en aquello no quería seguir la opinión de Sócrates, y que no era cosa de filósofo decir no sé.

No digo yo, respondió miser Federico, que el Cortesano vaya él mismo sin ninguna necesidad a decir no sé esto, que yo tampoco no estoy bien con la necedad de los que sin más se condenan; antes suelo reírme mucho de algunos que sin ningún propósito cuentan algo que les acaeció, en lo cual, aunque quizá no se haya atravesado culpa dellos, todavía les cabe dello alguna sombra de infamia, o por lo menos algún deslustre; como hacía un caballero que todos conocéis bien, el cual, cada vez que delante dél se hablaba de la batalla de Parmesana [79] contra el rey Carlos, luego, con gran diligencia, comenzaba a contar de qué manera había él huido, tanto que ya de aquella jornada no parecía que le quedaba otra cosa de que alabarse; y si allí tras esto se ofrecía hablar de una famosa justa que hubo en aquellos días, decía luego que justando en ella había dado

[78] Paolo Nicola Vernia, filósofo del siglo XV, profesor de Física en la Universidad de Padua.

[79] Nombre con que se conoce también a la batalla de Fornovo (6 de julio de 1495), en la que el rey francés Carlos VIII fue derrotado por la Liga de los estados italianos.

una gran caída; y otras veces, estando en pláticas con muchos, parecía que andaba por hacerse venir a propósito de contar cómo una noche, yendo a hablar por concierto con una señora, le dieron muy buenos palos. En estas tales necedades no consiento yo que caya nuestro Cortesano; mas soy de parecer que huya cualquier ocasión por la cual haya él de mostrarse en cosa que inore, y si ya la necesidad le apretare tanto que no pueda hallar salida, no será tan malo confesar claramente que no sabe aquello, como ponerse a peligro de quedar confuso. Si así lo hiciere, huirá una culpa, en la cual caen muchos, los cuales, no sé cómo, por una perversa inclinación y juicio desconcertado, siempre se ponen a hacer lo que no saben y dexan lo que saben. Y porque mejor veáis esto, yo conozco un muy singular músico, el cual, dexada totalmente la música, se ha dado con todas sus fuerzas a componer versos, creyendo en todo su seso ser en ellos muy gran hombre, y hacen todos burla dél, y es lo bueno que, perdiéndose en esto, ha perdido también la música. Sé asimismo de otro, que siendo uno de los mejores pintores del mundo, desprecia y olvida aquella arte, en que es estremado, y hase puesto en aprender filosofía, en la cual tiene unas imaginaciones tan estrañas y unas quimeras tan nuevas, que él con toda su pintura no sabría pintallas. De estos tales se hallan a cada paso infinitos. Otros hay que siguen otra cierta vía, que no dexa de parecerme harto buena si es acompañada con buen juicio; y éstos son algunos, los cuales, conociéndose ecelentes en una cosa, toman otra por principal en la cual saben menos; pero todavía no son en ella inorantes, y cuando se ofrece caso, hacen, en la que se sienten valer, maravillas; y desto se sigue que quien los vee tan grandes maestros en lo que muestran tener por accesorio, piensa que lo son mayores en lo que tomaron por principal. Esta arte, si discretamente, como he dicho, se usare della, no podrá sino aprovechar.

A ésa no la llamaría yo arte, respondió Gaspar Pallavicino, sino un gentil engaño, y por cierto yo nunca sería de parecer que, en el que quisiese ser hombre de bien, se sufriese en algún tiempo engañar.

Esto que yo he dicho podría ser, respondió miser Federico, más aína un ornamento para acompañar y dar lustre a lo que se hace, que engaño; y ya que lo fuese, no sería de reprehender. Decí: si viésemos agora aquí esgrimir dos hombres diestros, y el uno, por serlo más, armase al otro algún tiro con que le diese, ¿no diríamos todos que le engañó? Pero este engaño no sería malo, y aun tomándolo propriamente, no hubiera sido aquello engaño, sino saber el uno más de aquella arte que no el otro. Asimismo si vos tuviésedes un diamante o un rubí que desengastado pareciese bueno, pero todavía viniendo a manos de un buen platero, engastado muy bien por él, pareciese mucho mejor, claro está que diríades que aquel platero engaña los ojos de quien vee aquella piedra, mas también os parecería que merece loor de tal engaño. Porque, a la verdad,

las manos del oficial, con el buen juicio y con el artificio, dan ornamento y ponen gracia a lo que labran. Pues luego no digamos que el arte o aquel tal engaño (si vos estáis todavía en llamarle así) merezca reprehensión alguna. Podemos también decir no ser malo que un hombre que se conozca habilidad en una cosa, busque mañosamente ocasión de mostrarse en ella, encubriendo lo que le pareciere della menos bueno; mas todo esto sea con una disimulación avisada, como hacía el rey Don Hernando de Nápoles [80], que, sin mostrar que pensaba en ello, buscaba siempre causas para quitarse el sayo, porque quedando en calzas y en jubón sabía que había de parecer a todos muy bien dispuesto; y asimismo, porque no tenía buenas manos, pocas veces o casi nunca se quitaba los guantes; pero esto hacíalo de manera que muy pocos hombres le caían en ello. Paréceme también haber leído que Julio César de muy buena gana traía la corona del laurel, porque pudiese con ella mejor encubrir la calva. Mas cumple ser en estas mañas muy prudente y de singular juicio, por no salirse de los términos que convienen. Porque acaece cada día que el hombre, por huir de un yerro da en otro, y por querer ganar honra se deshonra. Es luego lo más seguro en el modo del vivir y en la conversación ordinaria, regirse siempre con templanza, y tomar una buena medianía, la cual ciertamente es un grande y recio escudo contra la envidia y el odio, del cual nos hemos de defender con gran diligencia, viendo que con él nos aguardan todos a cada paso. Asimismo digo que es muy necesario que nuestro Cortesano se guarde de cobrar fama de mentiroso y de vano; y en esto suelen algunos dar de ojos, aun sin merecello; por eso en su hablar tenga aviso de no decir cosas recias de creer, y calle muchas veces la verdad si pareciere mentira; no sea como algunos que jamás cuentan sino milagros y imposibilidades; y quieren ser de tanta autoridad, que, si dicen que han visto volar un buey, piensan que les hacen agravio en no creello. Otros hay que en comenzando a trabar amistad con alguno, por granjear aquel nuevo amigo, luego el primer día que le hablan comienzan a hacelle grandes juramentos que no hay persona en el mundo a quien amen tanto como a él, y que desean poner mil vidas por su servicio; y así hínchenle destas vanidades; y si después se ofrece partirse dél para algún lugar que está algo lexos, muéstranse tristes, haciendo que lloran y que no pueden de puro dolor hablar palabra; desta manera, por querer ser tenidos por grandes y verdaderos amigos, hácense tener por mentirosos y necios lisonjeros. Pero querer yo agora referir todos los vicios que se pueden ofrecer en esto de la conversación, sería un largo y trabajoso proceso. Así que para lo que deseo en el Cortesano, bastará decir, demás de lo dicho, que procure de ser tal, que nunca le falte qué hablar conforme a las personas que tratare, y sepa con una buena dulzura hacer que huel-

[80] Fernando II

guen con él los que le oyeren, y levantallos discretamente con motes y gracias y buenas burlas, y hacellos reír de manera que, sin jamás ser pesado, sea gustoso para los que lo hubiere de ser. Yo pienso que ya la señora Emilia terná por bien de darme licencia de callar; y, si todavía no quisiere dármela, yo con mis palabras mismas seré condenado a no quedar por tan buen cortesano como éste de quien tratamos; porque no solamente las buenas cosas para hablar, las cuales quizá ni agora ni en otro tiempo de mí habréis oído, mas aun las otras mías comunes y ordinarias me faltan todas.

Dixo entonces riendo el Prefeto: Yo no quiero consentir que nadie reciba en vos tan grande engaño, como sería no teneros por muy buen cortesano; y verdaderamente el deseo vuestro de callar no es tanto por faltaros qué decir, como por querer escusaros de trabajo. Así que, porque no parezca que en disputa de tantos hombres tan señalados haya quedado algo por declarar, tené por bien de decirnos qué cosas haya de tener principalmente un hombre para ser gracioso, y cómo se deban usar esos motes y gracias, de las cuales vos poco ha hecistes mención; y en fin, mostrarnos el arte que conviene a toda suerte de burlas y de donaires, para mover risa y dar placer con gentil manera; porque cierto, yo pienso, que todo esto haga mucho al caso y sea necesario al Cortesano.

Señor, respondió miser Federico, las gracias y los motes son más don y gracia de la natura que del arte; y en esto se hallan unas naciones más prestas que otras, como los toscanos, que verdaderamente son muy vivos. También los españoles son harto sueltos y graciosos en las burlas; pero en éstos y en todos los otros se hallan muchos que, por ser demasiadamente grandes habladores, pasan el término que conviene, y quedan groseros y fríos; porque no tienen respeto a la calidad de aquél con quien hablan, ni al lugar donde se hallan, ni al tiempo, ni a su propria autoridad, ni a la templanza que ellos mismos debrían guardar.

Respondió entonces el Prefeto: Vos, por una parte, afirmáis que las gracias y los motes no van por arte, y por otra, diciendo que en ellos se ha de guardar la autoridad y la templanza, y tener respeto al tiempo y a la persona con quien se habla, mostráis ser esto una cosa que se pueda aprender, y que haya en ella alguna forma de dotrina.

Estas reglas o circunstancias, respondió miser Federico, que yo, señor, he tocado agora en esto, son tan generales, que a toda cosa vienen bien y aprovechan. Mas yo he dicho en las gracias no haber arte, porque dellas se hallan dos suertes solamente, de las cuales, la una consiste en el hablar largo y no interrumpido, como se vee en algunos que cuentan con tan buena gracia, y exprimen tan perfetamente algo que les haya acontecido o hayan visto o oído, que con los gestos y ademanes y palabras nos lo pintan y nos lo ponen delante los ojos, y casi nos lo hacen tocar con las manos; ésta por ven-

tura, por no alcanzar vocablo proprio en nuestro romance, se podría llamar, aprovechándonos del latín, festividad o urbanidad. La otra suerte de donaires es breve, y está solamente en los dichos prestos y agudos, y que alguna vez pican, como suele pasar entre nosotros muchas veces, y aun parece que no tienen gracia si no muerden algo; éstos, entre los antiguos, solían también llamarse dichos; agora comúnmente se llaman gracias o donaires, o en cierta coyuntura, motes, si quisiéredes. Digo, pues, que en la primera suerte que hemos dicho poderse llamar urbanidad, la cual consiste en aquella propria y sabrosa manera de contar alguna cosa, no hay necesidad de arte, porque la natura misma hace y forma los hombres hábiles a saber decir un cuento gracioso y acompañarle con un no sé qué, que le da más gracia, concertando el gesto y los ademanes con la voz y palabras, y aplicándolo todo como conviene para esplicar propriamente y representar lo que quieren. Pues en la otra de los dichos prestos y vivos, ¿qué puede aprovechar el arte? Viendo por esperiencia que el donaire, para ser gracioso, ha de ser tan presto que os dé en el alma antes que quien le dice parezca que le pueda haber pensado; de otra manera será siempre frío. Por eso pienso que todo esto sea obra del ingenio y buena natura.

Tomó entonces la mano miser Pietro Bembo, y dixo: No os niega el señor Prefeto lo que decís, que la natura y el ingenio no hagan principalmente el caso para esto de que tratamos, en especial acerca de la invinción; pero no hay duda sino que en el alma de cualquier hombre, sea de cuan alto entendimiento vos quisiéredes, nacen unos concetos buenos y otros malos, en los cuales hay más y menos; el juicio después los lima y los enmienda y pone en su punto, y, escogiendo los buenos, desecha los malos. Por eso, dexando agora lo que pertenece al ingenio, decí lo que consiste en el arte, declarándonos, de las gracias y motes que suelen mover risa, cuáles convengan al Cortesano y cuáles no, y en qué tiempo y manera se deban usar; que esto es lo que el señor Prefeto os pregunta.

Dixo entonces miser Federico con una risa: No hay aquí nadie de nosotros a quien yo no otorgue ventaja en todo, en especial en esto de ser gracioso, salvo si por ventura las necedades, que muchas veces hacen reír más que las buenas razones, no fueran aquí admitidas por gracias. Y en esto, volviéndose al conde Ludovico y a miser Bernardo Bibiena, dixo: Veis aquí los maestros desto de que ahora hablamos, y ellos, si yo hubiere de tratar esta materia, será necesario que me avecen lo que conviniere.

Respondió el conde Ludovico: Ya vos me parece que os dais a usar eso de que decís que no sabéis nada, y comenzáis a ser gracioso en querer hacer reír estos caballeros, burlando de miser Bernardo y de mí; porque todos saben muy bien que lo que alabáis en nosotros se halla en vos más perfetamente. Mas si estáis cansado, mejor ternía que suplicásedes a la señora Duquesa que mandase

dexar lo que queda de esta plática para mañana, que no, con buenas palabras o con engaños, saliros de vuestra obligación.

Comenzaba miser Federico a responder, pero luego Emilia le atajó diciendo: No hace agora al propósito que toda la disputa se pase en esas cortesías; baste que entrambos seáis conocidos y tenidos por lo que sois. Mas porque me acuerdo que ayer vos, señor Conde, me distes culpa que yo no repartía igualmente los trabajos, será bien que miser Federico descanse un poco, y demos el cargo de tratar de cómo ha de ser un hombre gracioso a miser Bernardo Bibiena. Porque, no solamente en aquella suerte de gracias que aquí se ha dicho caber debaxo de una razón larga, alcanza mucho, mas aun me acuerdo que hartas veces ha prometido de escribir sobre esta materia, y por esto es de creer que la terná muy bien vista, y que no podrá sino satisfacernos enteramente en ella. Después que se hubiere tratado esto, volverá miser Federico a hablar en lo que le queda por decir del Cortesano.

Por cierto, señora, dixo entonces miser Federico, no sé si me queda algo por decir; mas sea lo que fuere, yo acuerdo agora, como si fuese un caminante cansado del largo camino y fatigado del mucho sol, descansar un rato en el hablar de miser Bernardo, al son de sus palabras, como debaxo de una sombra de algún deleitoso y fresco árbol, al ruido de alguna fuente viva. Y así, después de haber reposado un poco, podrá ser que tenga aliento para decir algo más de lo que he dicho.

Respondió riendo miser Bernardo: Si yo os muestro la cabeza veréis qué sombra se puede esperar de las hojas de mi árbol [81]. De sentir el ruido de alguna fuente viva podrá ser muy bien; porque yo fui ya convertido en una fuente, no de alguno de los antiguos dioses, sino de nuestro fray Mariano, y desde entonces nunca me ha faltado el agua.

Comenzaron a reír desto todos; porque esta burla que miser Bernardo tocó, por haber acaecido en Roma en presencia de Galeoto [82], cardenal de San Pedro Víncula, era muy sabida.

Después que cesó la risa, dixo Emilia: ¿Para qué es hacernos reír con decir gracias? No curéis vos agora de decillas, sino de mostrarnos cómo se han de decir, y de qué coyunturas o pasos se suelen levantar, y, en fin, declaranos todo lo que en esta materia supiéredes; y por no perder más tiempo, comenzá.

Pienso, dixo miser Bernardo, que es ya muy tarde, y así he miedo de ser pesado y de parecer, hablando de gracias, desgraciado. Por eso ternía por bien que se dexase esto para mañana.

Aquí respondieron muchos que era temprano, y que de muy gran rato aún no sería la hora acostumbrada de irse.

---

[81] Alusión burlesca a la precoz calvicie de Bibbiena, jugando con la imagen del árbol sin hojas.

[82] El ya citado Galeotto de la Rovere, cardenal romano, nieto de Julio II.

[CAPÍTULO V]

[En el cual miser Bernardo, a quien la señora Emilia dio la mano en el hablar, muestra cuáles son los términos y modos que debe usar el Cortesano en el decir de las gracias y motes para hacer reír, y cómo se deben fundar.]

Entonces miser Bernardo, volviéndose a la Duquesa y a Emilia, díxoles: Yo no quiero escusarme de tomar este cargo, no embargante que, pues suelo maravillarme de los que son tan confiados que osan cantar con una vihuela delante Jacomo San Secondo [83], no debría agora en presencia de tantos caballeros tan avisados, que saben esto y otra cualquier cosa mejor que yo, atreverme a tratar esta materia. Con todo, por no dar mal enxemplo ni ser causa que otro desobedezca lo que le fuere mandado, diré cuanto más brevemente pudiere lo que se me ofrece acerca de las cosas que suelen mover risa; la cual es tan natural a nosotros, que, por describir un hombre, se suele decir que es un animal dispuesto a reírse; porque el reír solamente se vee en los hombres, y es casi siempre testigo de una cierta alegría que se siente dentro en el corazón, el cual naturalmente es inclinado al placer, y apetece el reposo y desenfadarse, y así vemos muchas cosas inventadas para este efeto, como las fiestas y tantas maneras de juegos como se usan. Y, porque nosotros comúnmente amamos los que nos dan estos pasatiempos, solían los reyes antiguos, los romanos y los atenieses y muchos otros, por ser bienquistos del pueblo y deleitar los ojos y los sentidos de la gente, hacer grandes teatros y otros públicos edificios, y allí mostrar nuevos juegos, correr de caballos y de carros, combates de lugares, estrañas animalias, comedias, tragedias y bailes de mil maneras. Y holgaban de ver esto hasta los más graves filósofos, los cuales, con semejantes fiestas y con banquetes, recreaban sus almas fatigadas de aquellas altas especulaciones y divinos pensamientos. Este o otro cualquier género de desenfado buscan de buena gana todos los hombres, de cualquier calidad que sean; porque no solamente los labradores, los marineros y todos aquellos que con ásperos exercicios ganan su vida; mas los santos religiosos y los encarcerados, que de punto en punto esperan la muerte, andan también buscando algún camino y remedio para su recreación y descanso. Así que todo lo que mueve risa decimos que alegra y da placer, y hace que aquel rato el hombre se olvide de las enojosas pesadumbres, que tienen nuestra vida lo más del tiempo ocupada. Por eso todos, como veis, huelgan con el reír; y es mucho de loar el que le mueve en los otros a buena sazón y por

[83] Famoso músico de la época, amigo de Castiglione.

buen arte. Mas qué cosa sea esta risa y dónde tenga su asiento, y cómo ocupe las venas, los ojos, la boca y las ijadas, y parezca que quiere reventar, tanto que a las veces no nos sea posible tenella, por más que lo trabajemos, dexallo he por agora a Demócrito que lo dispute; el cual podría muy bien ser que, aunque prometiese de declarárnoslo, no saliese con ello. Pero, dexando esto, digo que el fundamento y casi la fuente donde nacen las gracias que hacen reír, consiste en una cierta desproporción o diformidad, si quisiéredes así llamalla; porque solamente nos reímos de aquellas cosas que en sí desconvienen y parece que están mal, pero realmente no lo están. Yo esto no lo sé declarar de otra manera. Mas si vosotros queréis mirallo bien, veréis que casi siempre aquello de que nos reímos es una cosa que en sí no conviene, y con todo esto no está mal. Cuáles sean, pues, los términos y modos que debe usar el Cortesano para mover esta risa, y hasta qué punto le sea permitido estenderse, trabajaré de decillo cuanto mi juicio me bastare. Ya una por una esto está sabido que él no ha de hacer reír siempre ni ha de burlar desatentadamente, como hacen los necios y los locos y los truanes. Y puesto que en las cortes de los príncipes los hombres de esta suerte, así rotamente sueltos, parezca que en cierta manera se sufren, y aun sean menester muchos ratos, todavía no deben ser llamados cortesanos, sino que cada uno ha de tener su nombre y ser tenido por quien es. La medida también y el término de hacer reír mordiendo, cumple que sea diligentemente considerado, y se mire la calidad de la persona que mordéis. Porque claro está que lastimar a un triste, cargado de dos mil desventuras, o burlar de un gran bellaco y malvado público, no sería ninguna gracia ni movería risa en nadie. Que destos así tan malos, pues que merecen mayor castigo que ser burlados, y de aquellos tan miserables no sufren nuestros corazones que se haga burla de ellos, salvo si no son tan locos que en mitad de sus miserias estén muy vanos y se muestren soberbios. Débese también tener respeto a los que son generalmente amados de todo el mundo y que pueden mucho, porque con el burlar a éstos podría el hombre caer en enemistades peligrosas. Así que lo que conviene en esto es reírse de las tachas de las personas, ni tan afligidas que muevan compasión, ni tan malas que merezcan pena de muerte, ni tan poderosas que un pequeño desabrimiento suyo baste a hacer gran daño. Asimismo habéis de saber que donde se fundan los motes para hacer reír, se pueden también fundar las sentencias graves para loar y reprehender; y puédese algunas veces acudir a todo esto con unas mismas palabras. Como por alabar un hombre franco, que pone su hacienda en común por los amigos, se suele decir que lo que tiene no es suyo; y lo mismo se dice por tocar a uno que haya robado, o por otras vías injustamente alcanzado lo que tiene. Dícese también en italiano: aquélla es una mujer de *assai*, queriéndola alabar de sabia y buena; lo mismo se podría decir por tacharla, señalando que fuese mujer de

muchos. Pero más veces se ofrece aprovecharse de los mismos fundamentos para esto que de las mismas palabras, como pocos días ha, estando en una iglesia tres caballeros oyendo misa delante de una señora, con la cual el uno dellos andaba de amores, llegó a ella un pobre a pedille por Dios, y con grande inoportunidad gimiendo, replicó muchas veces que le diese limosna; con todo esto, ella ni se la daba ni tampoco se la negaba con decille por señas ni por palabras que Dios le ayudase, sino que estaba siempre sobre sí, como si pensase en otra cosa. Dixo entonces a sus compañeros el que era servidor della: Bien veis agora lo que yo puedo esperar desta señora. ¿No miráis que es tan cruda, que no solamente no da limosna a aquel pobre hecho pedazos y muerto de hambre, que tantas veces y con tanto dolor se la pide, mas aun no quiere dalle licencia ni decille que se vaya? Tanto huelga de ver delante sí una persona que esté muriendo en miserias y en vano le pida remedio. Respondió el uno de los dos: Esa que vos decís, no es crueza, sino un querer ella haceros conocer que no ha gana de dar a quien le pide con mucha importunidad. Acudió el otro diciendo: Antes quiere dar a entender que aunque ella no dé lo que le piden, todavía huelga de ser rogada. Veis aquí cómo en no haber esta señora echado de sí aquel pobre, se fundó un dicho de reprehensión rigurosa, otro de loor templado, y otro de burla que la mordía. Volviendo, pues, a declarar las maneras de las gracias que hacen a nuestro propósito, digo que, según mi opinión, tres suertes dellas se hallan, aunque miser Federico haya sólo hecho mención de dos: de la que cae en el hablar largo, que, según él dixo, se puede llamar urbanidad, y consiste en el efeto de una cosa; y de la presta y aguda viveza que está en un dicho solo. A estas dos nosotros agora añadiremos la tercera, que llamamos recaudos falsos o burlas, en las cuales hay cuentos largos y dichos breves, y aun alguna cosa puesta por obra. Aquella primera que cae en el hablar largo y que dura un rato sin ser atajado, es casi como cuando el hombre dice algún cuento, en el cual se pueden notar una cosa o muchas graciosas. Y por daros un enxemplo, habéis de saber que en aquellos mismos días que murió papa Alexandre VI, y sucedió en el pontificado Pío III, hallándose en Roma en el palacio miser Antonio Agnello [84], vuestro Mantuano, señora Duquesa, y en aquel punto platicando de la muerte del uno y de la creación del otro, y echando sobre esto diversos juicios con unos amigos suyos, díxoles: Señores, bien creo que sabréis cómo en el tiempo de Catullo hablaban las puertas sin lengua y oían sin oídos, y así descubrían muchos adulterios; agora, puesto que los hombres no valen tanto como valían en aquellos tiempos, quizá las puertas, muchas de las cuales se hacen, a lo menos aquí en Roma, de aquellos mármoles antiguos, alcanzan la misma virtud que alcanzaban las de entonces; y yo para mí creo

[84] Noble y diplomático de Mantua, amigo de Bembo y de Sannazaro.

que estas dos sabrían agora declararnos todos estos puntos que tratamos, si dellas quisiésemos sabellos. Estaban a esto muy atentos los que le escuchaban esperando en qué había de parar. Miser Antonio entonces, siguiendo su pasear por aquella sala donde andaban, alzó los ojos como acaso a una de dos puertas que había allí, y parándose un poco, mostró con la mano a los que eran allí presentes unas letras que encima de aquella puerta estaban, las cuales decían: «Papa Alexandre»; y al cabo había una v y una i, que significaban, como sabéis, sexto, y dixo:

¿No miráis que esta puerta dice *Alexandro papa vi*[85], que significa Alexandro papa por fuerza? Porque fue hecho Papa aprovechándose más con todos de la fuerza que de la razón. Agora veamos, pues ésta nos ha dicho lo que queríamos saber del Papa muerto, si nos diría estotra algo del nuevamente elegido. Y volviéndose a la otra puerta, mostró en ella estas letras, una N, dos pp, y una v, que querían decir. *Nicolaus papa quintus.* Y luego dixo. ¡Oh qué malas nuevas! Veis aquí cómo estotra dice: *Nihil Papa valet*[86].

Esta manera de saber burlar, bien conocéis que puede ser buena, y algunas veces será conforme a lo que conviene a cualquier buen hombre de corte, o sea verdadero lo que se cuenta, o fingido; porque en tal caso es lícito fingir; y siendo el fundamento puesto sobre verdad, puédese aderezar con atreverse a mentir un poco, quitando o poniendo, según es menester. Mas la verdadera y perfeta fineza desto es mostrar tan propriamente y tan sin trabajo, con ademanes y con palabras, lo que el hombre quiere esprimir, que a los que lo oyan les parezca ver hecho y formado delante sus ojos lo que se cuenta. Y tanta fuerza tiene esta manera de contar así distinta y propria, que muchas veces es causa que parezca bien una cosa y sea tenida por muy buena, aunque de suyo no lo sea. Y, puesto que en lo que se cuenta se requieran los gestos y los ademanes conformes, y aquella fuerza que consiste en la voz viva, todavía también en lo que se escribe se conoce la destreza y ecelencia del saber bien esplicar lo que hace al caso. Decime, ¿quién no se reirá con lo que Juan Bocacio refiere en la octava jornada de sus novelas, cuando escribe cómo se esforzaba el cura de Verlongo en cantar bien unos kiries y unos santus, luego que sentía que su amiga la Bel-color estaba en la iglesia[87].

También hay muchos graciosos cuentos en las de Calandrino[88] y en muchas otras. A esta misma habilidad parece que tira el contrahacer o remedar, en lo cual yo hasta aquí ninguno he visto más hábil que nuestro miser Roberto de Bari.

---

[85] El equívoco radica en el sentido de la palabra latina *vi*, es decir, *por la fuerza*.
[86] Es decir, *el Papa no vale nada*.
[87] Se trata de la *giornata* VIII, *novella* II del Decamerón.
[88] Protagonista de varias *novelle* del Decamerón, significado por su capacidad para la burla.

No sería, dixo miser Roberto, pequeño loor ése, si cupiese en mí, porque yo cierto trabajaría siempre de remedar más aína lo bueno que lo malo; y, si yo pudiese con esto alcanzar de parecer a alguno que yo conozco, terníame por muy dichoso. Pero he miedo que todo mi contrahacer no sea de cosas que hacen reír, las cuales, según vos habéis dicho, consisten en una cierta desconveniencia o diformidad que no puede dexar de ser tacha.

Tacha sí, respondió miser Bernardo, mas no parece mal, y quiero que sepáis que este remedar de que nosotros hablamos, no puede caber sino en persona de ingenio y de juicio; porque demás de saber asentar las palabras y ademanes en su punto y poner delante los que están presentes el semblante y la manera y las costumbres de aquél a quien remedáis, es necesario en esto ser prudente, y tener gran respeto al lugar, al tiempo y a las personas que la veen, y no arrojarse a truhanerías ni eceder los términos convenibles, en lo cual todo sabéis vos maravillosamente regiros; y por eso pienso que lo entendéis muy bien. Que a la verdad ya vos veis cuán mal parecería que un caballero tenido en buena reputación, por contrahacer a alguno, fingiese en su gesto llorar o reír, o formase puntualmente las voces del otro, o luchase consigo mismo, como hace Berto; o se vistiese un vestido de villano en presencia de muchos, como Estracino [89], o hiciese semejantes cosas, las cuales, en estos que agora hemos dicho, parecen bien por ser éste el oficio proprio dellos; mas a nosotros no conviene, sino pasando disimuladamente, hurtar esto del remedar, guardando siempre la autoridad que se requiere en los hombres de honra, no diciendo palabras sucias ni haciendo cosas deshonestas, ni torciendo el rostro o la persona con una desenvoltura desvergonzada y baxa, sino componiendo los ademanes y todos los movimientos de manera que los que estuvieren presentes imaginen por nuestras palabras y gestos mucho más de lo que ven y oyen , y con esto sean movidos a reírse. Débese también en esto tener ojo a no burlar pesado contrahaciendo perjudicialmente algunas tachas, en especial unas fealdades que hay de rostro o de cuerpo, porque, así como las diformidades de la persona dan muchas veces grande y graciosa materia de risa a quien discretamente sabe burlar dellas, así también el que lo hace descaradamente y con aspereza, no solamente es habido por truán, mas por enemigo.

Por eso cumple, aunque sea dificultoso, tener en esto, como he dicho, el arte de nuestro miser Roberto, el cual remeda a todos los que quiere, tocándole en sus tachas; mas hácelo tan sotilmente, que, aunque ellos estén presentes y lo vean, no se corren dello, antes gustan ni más ni menos como si la fiesta se hiciese en otros; y desto escusado será daros enxemplos, pues cada día los veis en

[89] Nombre con el que era conocido el actor, poeta y bufón sienés Nicolò Campani (1478-1523).

él. Trae asimismo risa, lo cual también se contiene debaxo de saber contar bien un cuento, el recitar con buena gracia ciertos defetos de algunos, con tal que no sean muy grandes ni merecedores de otra mayor pena que de ser castigados con burla que se haga dellos, como serían algunas groserías simples o dichas con una poca de locura presta y que picase. Hacen también reír las afetaciones o curiosidades cuando son estremas, asimismo algunas muy grandes mentiras y bien compuestas. En las simplezas fue singular la que recitó pocos días ha miser César, la cual fue, que hallándose él un día con el corregidor deste lugar, vio venir un labrador a quexarse que le habían hurtado un asno; el cual, después que se hubo fatigado mucho, y encarecido su pobreza y el engaño que le había hecho el ladrón, dixo al cabo por hacer su pérdida más grave: ¡Oh señor, si vos hubiérades visto mi asno, conociérades muy mejor la razón que yo tengo de quexarme! Porque es cierto que cuando él estaba aderezado y puesta su albarda, no parecía sino un Tulio [90]. Otro hubo que, topando un rebaño de cabras, y viendo venir delante dellas un gran cabrón, se paró, y, con una estraña maravilla , dixo: ¿No miráis qué hermoso cabrón? Parece un San Pablo. De otro oí decir al señor Gaspar Pallavicino, que conoció, el cual había ofrecido al duque Hércules de Ferrara [91], por ser su criado antiguo, dos hijitos suyos por pajes, los cuales, antes que llegasen a edad de poder venir a servílle, murieron; sabiendo esto el Duque, mostró al padre sentimiento dello, diciéndole que le pesaba mucho, porque de una sola vez que los había visto le habían luego parecido muy bonicos y muy gordezuelos. Respondióle el padre: Señor, no es nada lo que vistes; que de poco acá se habían hecho los más lindos y bien criados y discretos mochachos que yo pudiera pensar jamás, y cantaban ya entrambos como si fueran dos gavilanes. Y no ha muchos días que un dotor de los nuestros, viendo pasar por la plaza cabe sí un azotado, y habiendo mancilla dél, porque, no embargante que el verdugo le sacudía muy bravos azotes y las espaldas le corrían todas sangre, le vía andar tan a paso como si anduviera paseándose por su desenfado, díxole: Hermano, andá más apriesa y saldréis más presto dese trabajo. El bueno del azotado entonces, volviéndose al dotor con un gran ceño, paróse como enfadado de lo que había oído, y así estuvo un poco quedo, mirándole sin hablar palabra; después díxole: Oíslo, hombre de bien, cuando a vos os azotaren id vos a vuestro placer si quisiéredes, agora dexame a mí ir al mío. No sé también si os acordáis de una necedad harto buena que poco ha nos contó el señor Duque [92] de un abad, el cual, hallándose un día en una plática, que el duque Faderique [93]

---

[90] Cicerón.
[91] Hércules I de Este (1471-1505).
[92] Guidobaldo.
[93] Federico de Montefeltro, duque de Urbino.

tenía con otro sobre lo que se había de hacer de una gran cantidad de tierra que se sacó, haciendo los cimientos deste palacio, en el cual todavía a la sazón se labraba, dixo: Señor, yo he pensado donde se eche muy fácilmente esa tierra: mandá que se haga otra gran cava, y allí se podrá echar toda sin ningún embarazo. Respondió el Duque con harta risa: ¿Y la que se sacare desta cava que decís, dónde la echaremos? Mandalla hacer, dixo el abad, tan grande que quepa la de la una y de la otra. En fin, por más que el Duque replicase que cuanto mayor se hiciese la cava tanto más tierra habría, nunca a este abad le pudieron meter en la cabeza que no fuese posible hacella tan grande que pudiese caber en ella toda la tierra de la una y de la otra, ni jamás le sacaron otra respuesta, sino: hacelda siempre mayor. Mirá qué buena estimativa debiera tener el señor abad.

Dixo entonces miser Pietro Bembo: ¿Y por qué vos no contáis también la del vuestro comisario [94] Florentín? El cual, estando cercado del duque de Calabria [95] en una fortaleza, y hallando un día dentro ciertos pasadores con hierba que se los habían tirado los del campo, escandalizóse mucho, y escribió al Duque que si la guerra se había de hacer tan cruda, él también pornía hierba en las pelotas de los tiros de pólvora, y entonces cada uno que mirase por sí.

Rióse miser Bernardo, y dixo: Catá, miser Pietro, que, si no calláis, yo también contaré todas las necedades que he visto y oído de vuestros venecianos, que no son pocas, en especial cuando se quieren hacer grandes hombres de caballo.

Pidos por merced, respondió miser Pietro, que no las contéis, que yo tengo agora otras dos muy singulares de florentines que podría decir, y callarlas he por amor de vos.

Mira, dixo miser Bernardo, que no serán sino de seneses, que ya están en costumbre de caer en semejantes simplezas; como uno, que oyendo no ha muchos días leer en el Consejo ciertas cartas, en las cuales, por no repetir tantas veces el nombre de aquél de quien en ellas se hablaba, se replicaba este término, el sobredicho, dixo al que las leía: teneos agora ahí un poco por me hacer merced, y decime ese sobredicho si es amigo de nuestra república.

No pudo tener la risa miser Pietro, y dixo: Yo hablo de florentines, y no de seneses.

Pues luego contá libremente, dixo Emilia, lo que quisiéredes, y no curéis de tener respeto a nadie, sino decí.

Prosiguió miser Pietro: Cuando los florentines tenían guerra con los pisanos, halláronse una vez, por los demasiados gastos que se ofrecieron, muy alcanzados; y así, tratándose un día en el Consejo qué manera se podría tener para hallar dineros, después de haberse

[94] Jefe de las milicias florentinas.
[95] Alfonso, jefe del ejército pontificio y napolitano en la guerra contra Lorenzo de Médicis.

movido muchos caminos y hablado muy sustancialmente en ello, dixo un ciudadano de los antiguos: Yo he pensado dos formas de hallar dineros prestas y ciertas: la una es que, considerando ser la mayor renta que nosotros tenemos la de los derechos de las entradas de las puertas de Florencia, como tenemos once puertas, mandemos hacer con la misma hora otras once; y así, doblándose las puertas, doblarse han también las rentas de las entradas; la otra sea que se provea luego que en Pistoya y en Prato [96] se abran las casas de la moneda, ni más ni menos como en Florencia, y días y noches no se haga allí otra cosa sino hacer moneda, y toda la que se hiciere sean muy buenos ducados; y este remedio, a mi parecer, será más breve y aun menos costoso.

Rieron mucho del sotil consejo deste buen ciudadano, y cesado el reír, dixo Emilia: Pues cómo, ¿así sufriréis vos, miser Bernardo, que miser Pietro burle tan descaradamente de los florentines sin que os venguéis dél?

Respondió riendo miser Bernardo: Yo le perdono esa injuria; porque si él me ha hecho pesar en burlar de los florentines, hame hecho mayor placer en obedeceros, y lo mismo haré yo siempre que se ofrezca caso para ello.

Dixo entonces miser César: ¿Qué más hermosa simpleza que la que yo oí de un bresciano? El cual, habiendo estado en Venecia este año pasado el día de la Ascensión, contaba en mi presencia a unos compañeros suyos las grandes cosas que allí en aquella fiesta había visto, y decía cómo estaban todas las calles llenas de tantas mercadurías, de tanta plata, de tantos paños, de tanta tapicería; y que después la Señoría salió con gran procesión a hacer aquella cerimonia que se hace allí de desposar la mar, y para esto entraron todos, como es de costumbre, en aquella galera que llaman ellos Bucentoro, en la cual iban tantos caballeros aderezados, tantos sones y tantos cantores, que parecía un paraíso. Y preguntándole uno de aquellos sus compañeros qué manera de música le había allí más contentado, respondió: Todas eran buenas, pero entre las otras yo vi tañer una cierta trompeta de estraña arte, que el que la tañía no hacía sino cada vez meterse más de dos palmos della por la garganta, y luego después la sacaba, y luego la tornaba a meter y a sacar, tanto que yo estaba pasmado, que nunca vistes otra tan gran maravilla.

Riéronse entonces todos viendo la necedad deste cuitado, que hubiese pensado que aquel tañedor que se metiese por la garganta aquella parte del sacabuche que entra y sale.

Volvió entonces miser Bernardo a su plática, y dixo: Las afetaciones y curiosidades que paran en una medianía común, aborrecen; pero cuando van fuera de toda medida y son estremas, mueven risa, como vemos muchos que a cada paso las dicen; los

---

[96] Ciudades de la Toscana, próximas a Florencia.

unos preciándose de tener muy gran cuerpo, los otros de ser esforzados, otros de venir de muy buen linaje; y así también las mujeres, unas tiniéndose por muy hermosas, y otras fingiéndose muy delicadas, y haciéndose todas llenas de misterios. Como acaeció en estos días a una señora, la cual, estando triste y pensativa en una fiesta donde había muchas damas y caballeros, y siéndole preguntado en qué pensaba que la hiciese estar así tan deśabrida, respondió: Yo estaba pensando en una cosa que cada vez que se me acuerda me llega al alma y no la puedo echar de mí; y es que habiendo el día del juicio de resucitar todos los cuerpos, y parecer desnudos ante Dios y todo el mundo, yo no puedo en ninguna manera sufrir que entonces haya de ser visto el mío también desnudo como los otros. Estas tales afetaciones, porque pasan el término, traen comúnmente más risa que pesadumbre. Y aquellas grandes mentiras que eceden el grado de toda credulidad, cuando están bien compuestas, ya vosotros veis cómo hacen reír. Y agora me acuerdo que aquel nuestro amigo, que siempre se halla razonablemente proveído dellas, poco ha que me contó una muy singular.

Dixo entonces el manífico Julián: Esa no sé yo qué tal fue, pero séos decir que la que el otro día afirmaba por cosa muy cierta un nuestro toscano mercader Luchés [97], es la mayor y más estraña que yo he oído en mi vida.

Mandó entonces la Duquesa al Manífico que la contase. Y así él, riendo, comenzó a decir:

Este mercader, según él dixo, hallándose una vez en Polonia, determinó de comprar una gran cantidad de martas cebellinas con pensamiento de traellas a Italia y ganar en ellas mucho. Después de haber entrado algunos días en la plática de esto, no pudiendo él ir en persona a Moscovia, por la guerra que entonces era entre el rey de Polonia y el duque de Moscovia, concertó por medio de algunos de aquella tierra, que un día determinado viniesen con sus martas ciertos mercaderes moscovitas a los confines de Polonia, y que él también para el mismo tiempo se hallaría allí, y podrían tratar cara a cara el negocio. Así que yendo el Luchés con sus compañeros al lugar aplazado, llegó a un gran río llamado el Boristhenes [98], el cual estaba tan cuajado y tan duro de yelo como si fuera un mármol; y vio que los moscovitas, los cuales también por miedo de la guerra se temían de los de Polonia, habían ya llegado a la otra parte del río, mas no osaban pasar más adelante; y así, habiéndose los unos y los otros conocido, después de haberse hecho algunas señas, los moscovitas comenzaron a hablar alto diciendo el precio que querían por sus martas; pero tan estremo era el frío, que era imposible ser entendidos, porque las palabras, antes que llegasen a la otra parte del río donde estaba el mercader Luchés y sus intérpretes, se

[97] Es decir, natural de Lucca, en la Toscana.
[98] Nombre latino del río Dnieper.

helaban todas en el aire y quedaban cuajadas. Viendo esto aquéllos de Polonia que sabían ya la costumbre, tomaron por remedio hacer un gran fuego en mitad del río, que aquél era, al parecer dellos, el término donde llegaba la voz todavía caliente antes de ser atajada por el yelo; y aun el río estaba tan duro y tan macizo, que bien podía sostener el fuego; de manera que hecho esto, las palabras que por espacio de una hora habían estado heladas en el aire, comenzaron a derretirse y a decender murmurando, como las nieves cuando se desatan de las sierras el mes de mayo, y así en el mismo punto fueron entendidas perfetamente, no embargante que los hombres de la otra parte ya eran idos; mas porque al Luchés le pareció demasiado el precio que aquellas palabras pedían por las martas, no quiso concertarse, ni curó más dellas.

Riéronse entonces todos, y miser Bernardo dixo: Por cierto la que yo quiero contar no es tan sotil, pero todavía es harto buena, y es ésta: Tratándose pocos días ha de la tierra o mundo nuevamente hallado por los portogheses, y contándose muchas estrañezas de diversos animales y de otras cosas que ellos de allí traen cada día a Porthogal, aquel nuestro amigo que yo os he dicho contó por cosa cierta haber visto una mona de forma en estremo diferente de las que acá nosotros solemos ver, la cual, según él decía, jugaba al axadrez maravillosamente, y una vez, entre otras muchas, hallándose delante del rey de Porthogal el caballero que la había traído, y jugando con ella al axadrez, la mona jugó algunos lances sotilísimos, de manera que apretó tanto a aquel caballero que en fin le dió mate; de lo cual quedando él corrido, como lo suelen quedar todos los que pierden en semejante juego, tomó el rey del axadrez, que era muy grande, y arrojándole a la cabeza de la mona, hirióla; la cual prestamente saltó a la otra parte quexándose con grandes gritos y pareciendo que pedía justicia al Rey de la sinrazón que se le había hecho. El caballero dende a un rato volvió a requerilla que jugase; ella, rehusándolo primero un poco con sus ademanes y monerías, en fin tornó a jugar, y como la otra vez, así también estotra le truxo a muy mal punto. Al cabo, viendo la mona que estaba ya en su mano dalle mate, con una nueva astucia quiso asegurarse de no ser otra vez herida, y así disimuladamente, sin que nadie cayese en ello, puso la mano derecha debajo del codo izquierdo de aquel caballero y quitóle una almohadilla de tafetán que él tenía por regalo para arrimar el brazo, y hecho esto, luego en un mismo punto con la izquierda le dio mate de peón, y con la derecha se cubrió la cabeza con la almohadilla; después dio un gran salto delante del Rey, mostrando alegría y ufaneza de su vitoria. Ora ¿no veis bien cuán sabia y discreta era esta mona?

Dixo entonces miser César Gonzaga: No es posible sino que debiera ser dotora y de gran autoridad entre las otras; y aun pienso que la república de las monas indianas la envió a Porthogal por ganar reputación en tierra estraña.

Todos entonces rieron de la gruesa mentira, y gustaron mucho de lo que miser César había dicho.

Y luego, siguiendo su habla miser Bernardo, dixo: Bien creo que ternéis ya entendido lo que a mí me ha ocurrido de las gracias que consisten en el efeto de alguna cosa y en el hablar una razón larga; por eso agora será bien tratar de las que están en un dicho sólo y alcanzan una presta agudeza puesta brevemente en la sentencia o en las palabras. Y así, como en aquella primera suerte de hablar manso y estendido, el cual se puede llamar, aprovechándonos del latín, según aquí se ha dicho, festivo o urbano, debemos guardarnos con todas nuestras fuerzas, o contando o remedando algo, de parecer truanes o chocarreros, o hombres de los que hacen reír con sus necedades o locuras, así en estotra del hablar breve y presto conviene también que huya el Cortesano de ser tenido por malino y perjudicial, y no cure de decir donaires por sólo hacer despecho y tocar en la llaga que más duele. Sepa que los que se dan a esto son muchas veces, por la sola culpa de la lengua, castigados en todo el cuerpo. Así que, viniendo a las gracias que están en un dicho breve, digo que aquellas son sotilísimas que nacen de una palabra o razón que se puede echar a dos sentidos, lo cual entre los latinos, especialmente en este caso, se llama ambigüidad, aunque con todo las que tienen este fundamento no hacen siempre reír, antes son casi solamente tenidas por sotiles y delicadas, y se gustan más con silencio que con risa. De este arte fue lo que dixo pocos días ha el nuestro miser Anníbal Paleoto [99] a uno que le traía un bachiller para avezar gramática a sus hijos. Que después que se le hubo alabado por muy doto y dicho, viniendo al partido, que demás del salario quería una cámara con su cama y con todo su aderezo, porque él *non avea letto,* respondió miser Anníbal: Pues ¿cómo puede ser doto *se non a letto?* [100]. Veis aquí cómo se fundó la sotileza desto en aquella sinificación varia del *non haber letto.* Mas porque estas gracias puestas por este camino suelen ser vivas, y traer mucha agudeza por causa que quien las dice toma las palabras dellas en sinificación diferente de como las toman los otros, parece, según dixe, que mueven más maravilla que risa, salvo si se juntan con otra manera de dichos. Así que aquella suerte de donaires que más se usa para hacer reír es cuando nosotros esperamos oír una cosa y el que responde sale a decirnos otra; llámase esto fuera de opinión; y si a esto se juntare el otro género que arriba diximos fundarse sobre los términos que tienen dos entendimientos, el donaire entonces será harto gracioso y lleno de sal. Como el otro día, tratándose hacer un hermoso suelo, que nosotros llamamos *mattonato* [101], en una cámara de la señora Duquesa, después de

---

[99] Noble boloñés, nombrado senador en 1514 por el papa León X.

[100] La gracia procede del doble significado de la palabra italiana *letto: cama* y *leído.*

[101] *Mattonato:* enladrillado. La división de la palabra, a efectos de burla, facilita el sentido siguiente: *matto:* loco; *nato:* nacido.

muchas pláticas, vos, Juan Cristóphoro, dixistes: Si nosotros pudiésemos haber a las manos al obispo de Potencia [102], y hacelle muy bien allanar, haría mucho a este nuestro propósito, porque cierto él es el más hermoso *mattonato* que yo en mi vida haya visto. Todos rieron mucho con esto. Porque dividiendo aquella palabra *mattonato,* hicístesla de las que se pueden echar a dos entendimientos, y tras esto, decir que fuese allanado un obispo y que dél se hiciese suelo de una cámara, fue esto muy fuera de la opinión de todos los que escuchaban, y así fue gracia sotil y aparejada para hacer reír. Pero destos dichos que tienen dos sinificaciones, los cuales por los latinos son llamados ambiguos, hay muchas suertes; por eso cumple estar en ellos sobre aviso, y con buen juicio tener ojo a las palabras, huyendo las que suelen hacer el donaire frío, o las que vienen tan forzadas que parecen ser traídas por los cabellos, o las que, según hemos dicho, son totalmente maliciosas y no pueden dexar de ser pesadas. Como hallándose una vez muchos en casa de uno con quien tenían amistad, el cual era ciego de un ojo que se le había vaciado, y convidándoles él a comer con mucha cortesía, todos, agradeciéndole su buena crianza, se fueron, salvo uno que le dixo: yo me quedaré aquí, porque ya a lo menos veo para uno un lugar vacío. Con esto quiso tocalle en el ojo que le faltaba y fue pesado; porque lastimó a aquel su amigo sin causa y sin ser primero por él lastimado, y dixo lo que pudiera decirse contra todos los tuertos; y la verdad es que semejantes motes sobre casos universales no placen, porque parece que pueden ser pensados. Desta misma manera fue aquello que se dixo a uno que no tenía narices: ¿Y tú cómo te pones los antojos o con qué hueles las rosas? Pero entre las otras gracias aquéllas suelen parecer muy bien cuando, de lo que os dice alguno para morderos, tomáis las mismas palabras en el mismo sentido, y sacáis dellas cosa con que le derroquéis, hiriéndole con sus mismas armas; como un pleiteante que estaba una vez delante del juez dando voces, diciéndole su adversario: ¿tú por qué ladras?, respondió luego: porque veo un ladrón. Por esta arte fue también cuando Galeotto de Narni [103], pasando por Sena [104], se paró en una calle a preguntar por el mesón, y viéndole un senés así gordo y barrigudo como era, dixo riendo: Los otros suelen traer las alforjas detrás, y éste, según veo, las trae delante. Respondióle entonces Galeotto: Oíslo, hermano, así se ha de hacer en tierra de ladrones.

---

[102] Iacopo di Nimo, obispo de Potenza entre 1506 y 1521 y muy criticado por la opinión popular.

[103] Humanista y aventurero del siglo XV, conocido también por su obesidad. Enseñó en las universidades de Bolonia y Padua.

[104] Siena.

[CAPÍTULO VI]

[*En el cual, prosiguiendo miser Bernardo su plática sobre el decir de las gracias, dice otros muchos y diversos fundamentos sobre que el Cortesano puede fundar sus gracias y donaires.*]

Otra suerte hay también de dichos, la cual vulgarmente llamamos derivar, y ésta consiste en mudar o quitar o poner una letra o sílaba; como el que dixo a uno que siempre hablaba suciedades, y preciábase mucho de ser buen griego: Vos debéis ser harto más doto en la lengua latina que no en la griega. Y a vos, señora, os escribieron una carta con un sobrescrito que decía: A la señora Emilia Impía. Trae asimismo mucha gracia aplicar a algún caso un verso o más, o algún refrán o dicho muy trillado, tomándole en otro propósito diferente de como le tomaron los primeros inventores; alguna vez se puede traer al mismo propósito, pero en tal caso será mejor si se mudare alguna palabra; como lo que dixo uno, que siendo casado con una mujer muy fea y desabrida, preguntándole otro cómo se hallaba, respondióle: Ya vos veis cómo puedo yo hallarme *Que furiarum maxima iusta me cubat* [105]. Y miser Jerónimo Donato [106], andando con otros compañeros suyos un Jueves Santo las estaciones de Roma, topó en una calle muchas mujeres hermosas juntas, y diciendo uno de aquellos que con él iban:

Quod coelum stellas, tot habet tua Roma puellas, [107]

acudió él con estotro verso:

Pascua quotque hedos, tot habet tua Roma cinedos; [108]

mostrando otros mancebos que venían de la otra parte. Dixo también miser Marco Antonio de la Torre [109] al obispo de Padua[110] lo que se sigue: Hay un monesterio de monjas en Padua, al cual solía tener cargo de servir en decir las misas y en confesar un religioso tenido por hombre de muchas letras y de buena vida; aconteció que tiniendo este buen padre muy estrecha familiaridad con las señoras monjas, y confesándolas muchas veces, las cinco dellas (y

---

[105] *Junto a mí duerme la mayor de las Furias.*

[106] Noble y embajador veneciano, destacado en el conocimiento de las letras (1457-1511).

[107] *Tantas jóvenes hay en tu Roma como estrellas en el cielo.*

[108] *Tantos maricas hay en tu Roma como corderos en los pastos.*

[109] Noble veronés, médico y profesor en varias universidades italianas y amigo de Leonardo de Vinci.

[110] Pietro Barozzi, elegido obispo en 1487 y muerto en 1507.

por ventura no había otras tantas en el monesterio) se empreñaron dél. Descubierta la cosa, el bueno del fraile quisiera huir, mas no supo, y así el Obispo le mandó prender. El triste, a la hora que se vio preso, confesó cómo, inducido por tentación del diablo, había caído en aquel pecado; de manera que el Obispo estaba muy determinado a castigalle gravemente; mas porque este fraile era hombre de dotrina tenía muchos amigos, los cuales todos procuraron con diligencia de valerle en tan grande afrenta; entre los otros acordó de ir miser Marco Antonio al Obispo a ver si podría alcanzar algún perdón para el triste del religioso. El Obispo estaba recio, y no quería por manera alguna escuchalle; pero él, no embargante esto, todavía porfiaba, desculpando al malechor con el aparejo del lugar, con la flaqueza humana y con otras muchas cosas; en fin, ni por eso el Obispo quería ablandarse, sino que decía : Yo no lo haré por más que vos digáis, porque desto yo he de dar cuenta a Dios. Y tras esto, después de muchas réplicas, dixo al cabo: ¿Y qué responderé yo a Dios el día del juicio cuando me dixere: *Redde racionem villicationis tuae?* [111] Respondió entonces miser Marco Antonio: Señor, podéis responderle aquello que dice el Evangelio: *Domine quinque talenta tradidisti mihi: ecce allia quinque superlucratus sum* [112]. Ya entonces el Obispo no pudo tener la risa, y con esto templó su ira y la pena que estaba aparejada al malhechor. Es también bueno interpretar algunos nombres y fengir el sobrenombre de aquél de quien se trata, o sobre alguna otra cosa que acaezca; como no ha muchos días, pidiendo el Proto de Luca [113], el cual, como sabéis, es muy gracioso, el obispado de Callo [114], respondióle el Papa: ¿No sabes tú que *callo* en lengua española quiere decir no hablo, y tú eres un gran hablador? Así que no convernía a un obispo nunca poder nombrar su título sin decir mentira, por eso calla. A esto dio el Proto una respuesta, la cual, aunque no se comprenda debaxo del género destotra, es harto buena, y fue: Que habiendo porfiado mucho sobre lo que pedía, y viendo que no aprovechaba nada, en fin dixo: Padre Santo, si vuestra Santidad me diere este obispado, no será sin una buena recompensa; porque yo renunciaré a quien vuestra Santidad mandare dos oficios muy honrados y de gran provecho. ¿Qué oficios renunciarás tú?, dixo el Papa. Respondió el Proto: Yo renunciaré el oficio mayor y el otro de Nuestra Señora. No pudo entonces el Papa, aunque era muy grave, dexar de reírse. Y preguntando yo un día a Phedra [115] por qué era que haciendo la Iglesia el Viernes Santo oración, no solamente por los cristianos,

---

111 *Ríndeme cuenta de tu administración.*

112 *Señor, tú me diste cinco talentos y he aquí que yo he ganado otros cinco.*

113 Bufón de la corte papal en el siglo XVI.

114 *Cagli*, próximo a Urbino.

115 Se refiere a Tomás Inghirani (h. 1470-1516), de Volterra, diplomático, actor y literato, conocido por el sobrenombre de Fedra por haber representado ese papel del *Hipólito* de Séneca con mucha fortuna.

mas aun por los paganos y por los judíos, no hacía mención de los cardenales como de los obispos y otros perlados; respondióme que los cardenales se comprendían en aquella oración que dice: *Oremus pro hereticis et scismaticis* [116]. Y el nuestro conde Ludovico dixo que yo decía mal de una señora que le relucía mucho el rostro, porque cuando la miraba me veía en su gesto como en un espejo, y desto parecíale a él que no podía sino pesarme. Desta arte fue lo que pasó miser Camillo Paleoto [117] con miser Antonio Porcaro [118], el cual diciendo de un su amigo que cuando se confesaba decía siempre a su confesor que ayunaba de muy buena voluntad, y oía cada día misa y hacía muchas limosnas, dixo en fin: Y desta manera paréceme que éste, en lugar de acusarse, se alaba; y respondióle miser Camillo: Antes se acusa, porque todas esas cosas tiene él por grandes pecados. ¿No se os acuerda también cuán bueno fue lo que el otro día dixo el señor Prefeto? El cual, maravillándose Juan Thomás Galeoto [119] de uno que pedía docientos ducados por un caballo, y diciendo que no daría por él un maravedí, porque demás de otras muchas tachas no tenía el rostro firme a las armas, antes huia dellas tanto que era imposible hacelle llegar a ellas, dixo queriendo morder al que le vendía: Por cierto, si ese caballo tiene eso que huya de las armas, yo me maravillo que su dueño le quiera dar por ningún dinero. Suélese también muchas veces decir una razón a otro fin del que se usa, como llegando un día el Sr. Duque [120] a un río harto grande para pasallo a vado, y diciendo a un su trompeta: pasa primero, volvióse el trompeta con el bonete en la mano, y haciendo mucho del bien criado, dixo: pase vuestra señoría. Es también buen arte de burlar cuando el hombre parece que toma solamente las palabras del que habla, y no la sentencia, como acaeció una vez, que topando un tudesco una tarde por Roma al nuestro miser Philippo Beroaldo [121], que era su maestro, y diciéndole: *Domine magister, Deus det vobis bonum sero* [122], respondióle el Beroaldo: *Et tibi malum cito* [123]. Dixo asimismo miser Jacomo Sadoleto al Beroaldo, que estaba diciendo que en todo caso se quería ir a Boloña: ¿Por qué causa queréis vos agora dexar a Roma, donde

[116] *Oremos por los herejes y cismáticos:* comienzo de la solemne oración que se recita en la liturgia del Viernes Santo, después del canto de la Pasión según San Juan.

[117] Maestro de retórica boloñés, hermano de Aníbal Paleoto y amigo de Castiglione.

[118] Noble romano.

[119] Personaje no identificado, pero que debía ser muy conocido en la corte de Urbino.

[120] Guidobaldo.

[121] Boloñés, profesor de Letras en el Arehiginnasio de Roma y director de la Biblioteca Vaticana. Murió en 1518. Fue muy amigo de Castiglione.

[122] *Señor maestro, Dios os dé el bien tarde* (El alemán, que no conocía bien el latín, quería decir: *una buena tarde).*

[123] *Y a ti el mal inmediatamente.*

[124] Humanista de Módena, gran latinista y secretario de León X y Clemente VII. Fue cardenal y amigo de Castiglione.

hay tantos pasatiempos, y iros a Boloña, donde no hay sino revueltas? Respondióle el Beroaldo: *Per tre conti*[125]. Y en esto ya había levantado tres dedos de la mano izquierda por señalar tres causas en su partida, cuando miser Jacomo prestamente le atajó, diciendo: *Questi tre conti* que os hacen ir a Boloña son: el uno el conde Ludovico de Sant Bonifacio[126], el otro el conde Hércules Rangón[127], y el otro el conde de Pepoli[128]. Gustaron desto todos, porque estos tres condes habían sido discípulos del Beroaldo, y eran gentiles mozos, y estudiaban en Boloña. Así que las gracias desta calidad suelen tener gusto y hacer reír, porque traen consigo respuestas muy contrarias de las que el hombre espera; y naturalmente en semejantes cosas nuestro mismo error nos deleita, del cual comúnmente nos reímos, hallándonos engañados de lo que esperábamos. Habéis de saber también que las maneras del hablar, y las figuras que tienen gracia en las cosas de seso y graves, las más veces también la tienen en las burlas y dichos graciosos. Mirá las palabras contrapuestas cuán bien parecen cuando una cláusula contraria se opone a la otra; lo mismo es en las gracias. Desta manera fue lo que dixo un genovés, el cual, por ser gran gastador, siendo reprehendido de un logrero muy codicioso que le dixo: ¿Y tú cuándo acabarás de echar a mal tu hacienda?, respondió: Cuando tú acabares de robar la ajena. Y porque, como hemos dicho, allí donde se fundan las gracias que muerden, se pueden también fundar los dichos graves que alaban, es un modo gentil y gracioso para entrambos efetos, cuando el hombre consiente o confirma lo que dice otro, mas interprétalo de otra manera de como aquél lo entiende; como en estos días, diciendo un cura de un lugar la misa a sus feligreses, y comenzando, después de haber echado las fiestas, la Confisión general (como es costumbre) en nombre del pueblo, diciendo: Yo pecador me confieso a Dios que pequé en reír, en burlar, en escarnecer, en mal pensar, y lo que se sigue, haciendo mención de todos los pecados mortales, un amigo suyo muy familiar, volviéndose a los que le estaban cerca, díxoles: Vosotros séme testigos de lo que por su misma boca confiesa haber hecho el cura, porque yo entiendo de acusalle ante el Obispo. Mucho sirve también, así a los dichos graciosos para picar como a los graves para alabar, las metáforas o traslaciones conformes, en especial si son respuestas, y si el que responde se tiene todavía en la misma translación dicha por el otro que le habla. Por esta arte fue la respuesta que se dió a miser Palla de Strozzi[129], el cual,

---

125 *Por tres causas.*
126 Cortesano de León X.
127 Diplomático y guerrero de Módena.
128 Noble boloñés.
129 Noble y humanista florentino, enemigo de la familia de los Médicis y exiliado por ello en Padua.

siendo echado de Florencia, y estando siempre puesto en sacar de dondequiera alguna ocasión para derrocar a Cosme de Médici [130], su adversario, y queriéndoselo dar a entender, envió allá un criado suyo, y díxole: Mira, dirás de mi parte a Cosme de Médici que la gallina está sobre los huevos. Dado este mensaje por el mensajero, respondióle Cosme de Médici: Y tú de mi parte dirás a miser Palla que, estando las gallinas fuera del nido, mal pueden estar sobre los huevos. Con una metáfora alabó también miser Camillo Porcaro [131] muy gentilmente a miser Antonio Colonna [132], el cual, sabiendo que miser Camillo en un razonamiento suyo había alabado a algunos señores italianos famosos en las armas, y entre ellos había hecho mención dél, honrándole no menos que a los otros, después de habérselo agradecido mucho, le dixo: Vos, miser Camillo, habéis hecho conmigo lo que con sus dineros suelen hacer algunos mercaderes, los cuales, cuando se hallan algún ducado falso, por pasalle le ponen a vueltas de otros muchos buenos, y con esto tienen remedio para poder gastalle. Respondió entonces miser Camillo: Los que hacen ducados falsos suelen dorallos tan bien, que a la vista parecen muy mejores que los buenos; por eso, si en los hombres fuese esto, como en los ducados, podríase entonces sospechar que vos érades falso, porque parecéis mejor que los otros. Véis aquí cómo este fundamento es común a entrambas maneras de dichos, y así se hallarían muchos otros, de los cuales se podrían dar infinitos enxemplos, en especial en cosas de seso; como aquello que dixo el Gran Capitán, el cual un día, estando comiendo, y siendo ya la mesa tan llena que apenas podían caber más, vio que habían quedado en pie dos caballeros italianos, los cuales habían servido muy bien en la guerra, y, en viéndolos, levantóse luego, y hizo levantar a todos para que les hiciesen lugar, y dixo: Dexá asentar a comer esos dos caballeros, que, si no por ellos, nosotros no terníamos agora qué comer. Dixo también a Diego García [133], el cual le aconsejaba que se quitase de un lugar peligroso donde daba la artillería: Pues Dios no ha puesto miedo en vuestro corazón, no curéis vos agora de ponelle en el mío. Y el rey Luis [134], que hoy en día es rey de Francia, siéndole dicho poco después que fue rey, que entonces era tiempo de castigar sus enemigos que le habían ofendido mientras era duque de Orliens, respondió que no tocaba al rey de Francia vengar las injurias hechas al duque de Orliens. Puede también el hombre morder de buen arte con una cierta gravedad

---

[130] Duque de Florencia (1389-1464) e iniciador de la grandeza de los Médicis.

[131] Hermano del ya citado Antonio Porcaro. Profesor de elocuencia en Roma y obispo de Teramo. Murió en 1517.

[132] Noble y guerrero romano, enemigo de los Borgia. Participó en la batalla de Garellano bajo las órdenes del Gran Capitán y murió en 1522.

[133] Diego García de Paredes, soldado español al servicio del Gran Capitán, famoso por su participación en el desafío de Canosa (1503).

[134] Luis XII (1462-1514).

sin mover risa; como cuando dixo Gein Ottomani [135], hermano del Gran Turco, siendo prisionero en Roma, que el justar le parecía mucho para burlas y poco para veras. Y él mismo, oyendo que el rey don Hernando menor [136] tenía la persona muy suelta para toda cosa, y que corría muy bien y saltaba y volteaba, y era hábil en semejantes exercicios, dixo que en su tierra los esclavos hacían todo aquello, pero que los señores desde niños no aprendían sino de ser francos, y que esto era su exercicio, y desto se preciaban. Casi por esta arte fue (aunque algo más para hacer reír) lo que dixo el arzobispo de Florencia [137] al cardenal Alexandrino [138]: que los hombres no tenían sino hacienda y cuerpo y alma; que la hacienda estaba puesta en trabajo por culpa de los letrados, y el cuerpo por la de los médicos, y el alma por la de los teólogos.

Respondió aquí el manífico Julián: A eso se pudiera añadir lo que decía Nicoleto [139], que muy pocas veces se hallaba letrado que pleitease, ni médico que tomase medicina, ni teólogo que fuese buen cristiano.

Rióse miser Bernardo, y pasó adelante su plática, diciendo: Infinitos enxemplos hay déstos, y todos de hombres sabios y de mucha autoridad. Las comparaciones también y apodaduras hartas veces tienen gracia y hacen reír, como lo que escribió nuestro Pistoya [140] al Serafín [141]: Tórname a enviar el maletón que te parece; porque, si bien os acordáis, Serafín tenía proprio talle de maleta. Hay asimismo algunos que huelgan de apodar hombres y mujeres, a caballos, a perros, a aves, a casas, a carros y a semejantes disparates, lo cual algunas veces parece bien, otras es una muy gran frialdad; por eso conviene en esto considerar el lugar, el tiempo, las personas y todas las otras cosas que ya tantas veces hemos dicho.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Harto buena comparación fue aquella que hizo Juan Gonzaga [142] del gran Alexandre a Alexandre su hijo.

Yo no la sé, respondió miser Bernardo.

Jugaba, dixo Gaspar Pallavicino, a los dados Juan Gonzaga, y, como él tiene de costumbre, había ya perdido una gran suma de

---

[135] Hijo de Mohamed II y hermano de Bayaceto. Fue entregado por éste a los caballeros de Malta y hecho prisionero en Italia bajo el poder de los papas Inocencio VIII y Alejandro VI. Murió en 1495.

[136] El ya mencionado Fernando II de Aragón, rey de Nápoles.

[137] Roberto Folco, elegido arzobispo de Florencia en 1481.

[138] Se refiere a Giovanni Antonio Di San Giorgio, de Piacenza, arzobispo y gran jurista. Murió en 1509.

[139] Nicoleto de Orbieto, miembro de la corte de León X y hombre con fama de hábil en las gracias verbales.

[140] Se refiere a Antonio Cammelli, natural de Pistoia (1440-1502), poeta cortesano y burlesco, antecesor del Berni.

[141] Serafino Aquilano (1466-1500), otro poeta cortesano.

[142] Noble y guerrero (1474-1523), hábil en las gracias verbales, que vivió algún tiempo en la corte de Urbino. Su hijo Alejandro, muy dado a los juegos, vivió entre 1497 y 1527.

ducados, y todavía perdía más; Alexandre su hijo, el cual, aunque es mochacho, juega de tan buena voluntad como su padre, mirábale con mucha atención, y mostraba estar triste; el conde Pianella[143] entonces, que con otros caballeros era allí presente, dixo: Veis aquí, señor Juan Gonzaga, al señor Alexandre vuestro hijo, que siente pesar de lo que perdéis, y se fatiga esperando que ganéis para que le deis algo; por eso sacalde ya desta congoja, y antes que perdáis esos dineros que tenéis delante, dalde a lo menos algún ducado, por que pueda irse a jugar con otros mochachos. Respondió a esto Juan Gonzaga: Vos, señor, os engañáis, porque Alexandre no piensa en esas poquedades; antes como se escribe que el Gran Alexandre, cuando era mochacho, oyendo que Philipo, su padre, ha vencido una gran batalla y conquistado todo un reino, comenzó a llorar, y preguntado por qué lloraba, respondió porque pensaba que su padre ganaría tantas tierras que no le dexaría a él qué ganar; así agora Alexandre, mi hijo, se duele y casi está ya llorando, viendo que yo, su padre, pierdo; porque piensa que he de perder tanto que no le he de dexar a él qué perder.

Parecióles bien esto, y prosiguiendo miser Bernardo, dixo: Mirá, señores, que en esto del burlar se ha de tener gran ojo a que los donaires no sean contra Dios, ni en ellos se atraviesen reñiegos o juramentos desacatados, porque en esto suelen alguna vez pasar los hombres tan adelante, que, con rabia de parecer graciosos, no piensan que hay gracia sino donde hay reñegar, y andan haciéndose grandes cortesanos y procurando de ser loados, con lo que merecen, no solamente ser reprehendidos, mas aun castigados gravemente, y esto es una muy aboninable bellaquería; y así los tales que tienen por gentileza decir mal a Dios deben ser echados de toda conversación de caballeros y hombres de honra. Parecen asimismo muy mal los que son deshonestos y sucios en su hablar, y estando con mujeres no les tienen ningún acatamiento en cuanto dicen; antes de ninguna cosa muestran gustar tanto como de hacellas parar coloradas, diciéndoles mil deshonestidades, y sobre esto se hacen muy desenvueltos, y andan buscando gracias y agudezas; como no ha mucho que en Ferrara, en un convite en presencia de muchas damas, hallándose un florentín y un senés, los cuales por la mayor parte, como lo sabéis, son enemigos, dixo el senés por morder al florentín: Nosotros hemos casado a Sena con el Emperador y hémosle dado Florencia en dote; y esto dixo porque en aquellos días se hablaba que el Emperador había tomado los seneses en su protección, y ellos le habían dado una gran cantidad de dineros. Respondió luego el florentín una cosa que aun dexalla de decir aquí agora creo que será lo más seguro.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Decilda por los mejores términos que pudiéredes, o a lo menos decímela a mí, que yo la ca-

[143] Giacomo de Atri, que estaba al servicio del marqués de Mantua.

llaré, o si alguna destas señoras quisiere después sabella, yo se la diré como mejor supiere.

Volviéndose entonces a él miser Bernardo, díxole: Este florentín que os he dicho respondió al senés: Sena será cuanto a lo primero cabalgada a la francesa; después, como dice el refrán italiano, el dote se pleiteará a buen reposo. Estas palabras fueron agudas; mas por haber sido en presencia de mujeres, parecieron deshonestas y no conformes al lugar donde esto pasó.

Las mujeres, dixo entonces Gaspar Pallavicino, no huelgan sino de oír hablar semejantes cosas, y ¿vos queréis agora quitalles ese pasatiempo? Yo de mí os digo que más veces me he puesto colorado por palabras desta calidad que me han dicho mujeres, que por las que me han dicho hombres.

De esas tales mujeres no hablo yo, dixo miser Bernardo; hablo yo de las virtuosas y honradas, que merecen ser estimadas y acatadas de todo el mundo.

Sería necesario, respondió Gaspar Pallavicino, hallar alguna sotil regla para saber conocellas, porque infinitas veces las que parecen mejores son peores.

Miser Bernardo entonces, riendo, dixo: Si aquí no estuviese presente el señor manífico Julián, el cual en toda parte es tenido por un fuerte defensor de mujeres, yo tomaría esta demanda por propria y os respondería, pero no quiero hacelle tan gran agravio como sería tomalle la mano en este caso.

Aquí Emilia, con una buena risa, dixo: No tienen necesidad las mujeres de defensor contra acusador tan flaco; por eso dexalde al señor Gaspar Pallavicino en su mala opinión, la cual más aína le habrá venido de nunca haber él hallado mujer que solamente haya querido velle, que de falta a las mujeres; y no curéis sino de seguir adelante vuestra habla.

Dixo a esto miser Bernardo: Por cierto, señora, ya a mí me parece haber señalado muchos pasos de donde se puedan levantar dichos sotiles y avisados, los cuales después ternán tanto mayor gracia cuanto más fueren de mejores palabras y términos acompañados. Todavía sin éstos se podrían decir muchos otros, como cuando, por encarecer o desencarecer algo, se dicen cosas que eceden todo género de muestra que tenga color de verdad; y desta manera fue lo que dixo Mario de Volterra [144] de un perlado, diciendo que se tenía por tan alto de cuerpo, que en Roma, cuando entraba en la iglesia de San Pedro, ordinariamente se abaxaba por no dar con la cabeza en lo más alto de la puerta. Dixo asimismo el señor manífico Julián, que aquí está presente, que Golpino [145], su criado, era tan flaco y tan seco, que una mañana soplando el fuego

---

[144] Obispo de Aquino (1516) y hombre dado a las gracias.

[145] Originariamente tal vez por *Volpino*, con el significado de *astuto*. Apodo, pues, aplicado a los siervos de esa condición.

había sido llevado del humo por la chimenea arriba hasta encima; y si no que fue tanta su dicha que quedó atravesado en una de aquellas ventanillas que suelen estar en lo más alto, el humo y él hubieran juntamente volado por esos aires. Dixo también miser Augustín Venazzano [146] que un mercader muy escaso, el cual no había querido vender su trigo estando en harto gran precio, viendo después que había abaxado mucho, se ahorcó de una viga de su cámara, y un criado suyo, sintiendo el ruido, corrió allá, y viendo su señor ahorcado, prestamente cortó la soga, y así libróle de la muerte; el mercader, después vuelto en sí, quería que en todo caso su criado le pagase la soga que le había cortado. Por este camino parece que vaya lo que dixo Lorenzo de Médici a un truán frío: No me harás reír aunque me hicieses cosquillas. Respondió también desta misma arte a otro loco, el cual una mañana, hallándole muy tarde en la cama, le reprehendió diciéndole: ¿Qué dormir es ése? Yo ya he estado en el mercado nuevo y en el viejo, y después fuera de la puerta en San Gallo al derredor de la cerca haciendo exercicio, y he hecho otras mil cosas, y vos aún dormís? Díxole entonces Lorenzo: Más vale lo que yo he soñado en una hora que lo que tú has hecho en cuatro. Es también bueno cuando el hombre con una respuesta reprehende lo que no parece que sea su intinción de reprehender; como estando un día comiendo el marqués Federico de Mantua [147], padre de la señora Duquesa, con muchos caballeros, uno dellos, después que hubo comido toda una escudilla de potaje, dixo: Señor Marqués, perdoname, y esto dicho, comenzó a sorber el caldo que le quedaba. Díxole el Marqués entonces: A los puercos habéis vos de pedir perdón deso, que a mí no me hacéis injuria. Dixo asimismo miser Nicolo Leonico [148] por decir mal de un tirano que falsamente estaba en opinión de franco: Ved cuán largo y dadivoso es este señor, que no solamente da su hacienda, mas aun la ajena. Harto gracioso y de buen arte es también lo que consiste en una cierta disimulación cuando se dice una cosa y debaxo de aquélla se entiende otra; no hablo de aquellas disimulaciones totalmente contrarias, como es llamar a un enano gigante, o a un negro Juan blanco, o a un feísimo hermosísimo, porque tales contrariedades son demasiadamente claras, no embargante que alguna vez hacen reír, sino de unas solapadas y chocarreras, cuando, con un hablar mesurado y grave, burlando, dice el hombre sabrosamente lo que no tiene en el corazón; como un día diciendo un caballero una muy gran mentira a miser Agustín Soglieta [149], y esforzándose mucho en afirmalla con gran fuerza, porque le parecía que

---

[146] Hombre de letras, secretario de Pietro Bembo y de otros escritores de la corte romana de León X.

[147] Federico I Gonzaga, duque de Mantua (1440-1484).

[148] Filósofo veneciano (1456-1531) de tendencia aristotélica.

[149] Político y literato genovés, amigo de Castiglione. Murió en 1527.

con harto trabajo se la haría creer, dixo al cabo miser Agustín: Suplícoos agora, señor, si en algún tiempo me habéis de hacer merced alguna, sea ésta: que tengáis por bien que yo no crea agora eso que vos me decís. Replicando el otro y porfiando con grandes juramentos ser verdad lo que decía, tornó en fin a decille miser Agustín: Pues así, señor, lo mandáis, yo soy contento de creello por haceros placer, porque en verdad otras mayores cosas haría yo por vos.

Casi desta manera fue cuando D. Juan de Cardona [150] dixo por uno que se quería partir de Roma: Éste, a mi parecer, lo yerra en quererse ir, porque es tan gran bellaco que, estando en Roma aun por tiempo, podría ser cardenal. Por esta arte fue también lo que dixo Alfonso Santa Cruz [151], el cual, habiendo en aquellos días recebido muchos agravios del cardenal de Pavía en una cierta negociación que traía con él, y paseándose fuera de Boloña con algunos caballeros hacia el lugar donde suelen ahorcar los malhechores, viendo un ahorcado, puso los ojos en él con un gesto triste, y dando un gran sospiro, dixo con una voz tan alta que todos lo oyeron: Dichoso tú que no tienes que ver con el cardenal de Pavía [152]. Esta forma de decir gracias que alcanza esta manera de ironía o disimulación parece muy conveniente a hombres de autoridad, porque es grave y tiene gusto, y puédese usar en las burlas y en las veras; por eso muchos de los antiguos y de los más estimados la usaron, como Catón y Scipión Africano menor; mas sobre todos se dice haber sido en ella señalado Sócrates, y en nuestros tiempos el rey D. Alfonso I de Aragón [153]; el cual, asentándose una vez a comer y quiriéndose lavar las manos, quitóse unas sortijas que traía en los dedos con muy preciosas piedras, y diólas al primero que se llegó a tomallas casi sin mirar quién era; éste pensó que el rey no había echado de ver a quién las había dado, y que con otros pensamientos de mayor calidad fácilmente se descuidaría dellas, y a esto se determinó más viendo que el Rey no se las pedía, y así pasando días y semanas y meses sin sentimiento de nada, tuvo ya por cierto que todo estaba seguro, de manera que casi dende a un año después, quiriéndose el Rey otra mañana lavar las manos, éste mismo tornó a ponérsele delante y alargó la mano para volver a tomar otras tantas sortijas; entonces el Rey, llegándosele al oído, díxole: Bástente las primeras, que ésta agora serán buenas para otro. Veis cómo estas palabras fueron graciosas y delgadas y graves, y dignas verdaderamente de la mananimidad de un Ale-

[150] Capitán español, miembro de la familia de los Cardona, uno de cuyos integrantes —Hugo— participó en las guerras de Italia al servicio del Gran Capitán.
[151] Probablemente otro de los capitanes españoles que combatieron en la Italia de la época.
[152] Francisco Alidosi, cardenal de Pavía y de Bolonia, famoso por su despotismo y crueldad.
[153] Se trata de Alfonso V el Magnánimo, que reinó en Nápoles entre 1442 y 1450.

xandre. Semejante a esto que tira a lo irónico o disimulado se halla otro modo, cuando con buenas palabras y cubiertas se reprehende una cosa viciosa; como lo que dixo el Gran Capitán por un caballero suyo, el cual, después de la jornada de la Ciriñola, cuando ya la victoria estaba ganada y todas las cosas en seguro, le vino muy bien armado encima de un gran caballo como si hubiera de pelear. Viéndole entonces el Gran Capitán, volvióse a D. Hugo de Cardona [154], y díxole: Agora ya podemos estar seguros de tormenta, pues Sant Elmo nos ha aparecido. Y así con esta palabra, mansa y disimulada, le tocó, porque ya sabéis que Sant Elmo siempre suele aparecer después de la tempestad y da señal de bonanza. Estando también Otaviano Ubaldino [155] en Florencia con algunos hombres honrados de la ciudad, y hablando de ciertos soldados de aquel tiempo, uno de aquellos ciudadanos le preguntó si por ventura conocía a Antonello de Forli [156], el cual entonces había huido del Estado de Florencia. Yo no le conozco, respondió Otaviano, sino cuanto he oído siempre decir que es un diligente soldado. Acudió entonces a esto otro florentín, diciendo: Yo os diré cuán diligente es, que se parte antes que pida licencia. Sotil forma de decir es también cuando el hombre saca de lo que otro le dice lo que aquél no querría; y desta manera pienso que fue lo que respondió el señor Duque [157] a aquel alcaide que perdió la fortaleza de Sant León [158] cuando este Estado fue tomado por el Papa Alexandre [159] y dado al duque Valentín [160]; y fue que estando el señor Duque en Venecia en el tiempo que he dicho, venían a él cada día muchos de los suyos a dalle secretamente avisos de cómo pasaban las cosas de su Estado. Entre los otros, vino este alcaide, el cual, después de haberse desculpado lo mejor que supo echando toda la culpa a su desdicha, le dixo: Señor, no estéis con tanto pesar desto, que aun yo me siento bastante a hacer de manera que se pueda cobrar Sant León. Respondió entonces el señor Duque: No os fatiguéis más en eso, Alcaide, que ya el perdelle fue hacer de manera que se pudiese cobrar. Hay otra forma de dichos, cuando un hombre tenido por avisado dice una cosa que parece necedad; como el otro día dixo miser Camillo Paleoto por uno que había fallecido: Este necio, en comenzando a ser rico, se murió. Semejante a esto se suele usar una cierta disimulación aguda y graciosa, cuando un hombre, como he dicho, sabio, muestra no entender lo que entiende; como lo que dixo el marqués Federico de Mantua, el cual, importunado de uno que se le vino a quexar con grandes voces que unos vecinos

---

154 Véase la nota 150.
155 Nieto de Federico de Montefeltro y tutor del duque Guidobaldo.
156 Guerrero del siglo XV que estuvo al servicio de varios señores.
157 Guidobaldo.
158 Castillo de la Romagna, cercano a San Marino.
159 Alejandro VI.
160 El famoso César Borgia, hijo del futuro Alejandro VI.

suyos le tomaban con lazos los palomos de su palomar, y viéndole estar así medio llorando y pidiendo justicia, tiniendo todavía un palomo en la mano colgado del pie juntamente con el lazo, que así le había hallado muerto, le respondió que se proveería en ello. No sosegado este importuno con esto, antes volviendo a sus quexas, replicándolas muchas veces y encareciendo el daño que había recebido, mostrando siempre al palomo así ahorcado, y diciendo: ¿Qué os parece, señor, que se deba hacer desto? Díxole el Marqués; a mí me parece que ya una por una ese palomo en ninguna manera se ha de enterrar en lugar sagrado; porque habiéndose así ahorcado él mismo, de creer es que es muerto desesperado.

Casi por esta arte fue lo que pasó Scipión Nasica [161] con Ennio [162]; que yendo una vez Scipión a casa de Ennio por hablalle, y llamándole desde la calle, una su criada le respondió que no estaba allí, y Scipión oyó claramente que el mismo Ennio había dicho a aquella su criada que dixiese aquello, y así fuése. No mucho después fue Ennio a casa de Scipión, y así también le llamó desde la calle. Scipión entonces, a altas voces, él mismo manifiestamente le respondió que no estaba en casa. Allí Ennio, maravillándose por una parte, y por otra riéndose, díxole: ¿Pues cómo?, ¿no conozco yo vuestra voz? Respondióle Scipión entonces: Vos, señor, sois muy sobrado con vuestros amigos; creí yo el otro día a vuestra criada cuando me dixo que no estábades en casa, y vos agora no que queréis creer a mí. Es asimismo bueno cuando uno queda mordido en lo que el primero mordió al otro; como acaeció una vez que estando Alonso Carrillo [163] en la corte de España mandóle el Rey prender por algunas mocedades de poca importancia, y luego otro día le soltaron; y así, yendo a palacio aquella mañana, entró en una sala donde había muchos caballeros y damas, y luego en viéndole la marquesa de Moya [164], burlando de aquella su prisión, le dixo: Por cierto, señor Alonso Carrillo, a mí me pesaba mucho de vuestra desdicha, porque todos los que os conocían pensaban que el Rey os había de mandar ahorcar. Respondióle entonces Alonso Carrillo: Yo también, señora, lo temí harto, pero tuve siempre esperanza que vos me pidiérades por marido. Veis cómo esta viveza fue delgada y dicha a buen tiempo, porque ya sabéis la costumbre de España y de otras muchas naciones acerca desto cuando llevan alguno a ahorcar. Así respondió también Raphael, pintor, a dos cardenales con los cuales tenía mucha familiaridad. Ellos, por hacelle decir algo, tachaban en su presencia una pintura que él había hecho, donde estaban San Pedro y San Pablo; la tacha que le

---

[161] Político y militar romano, que llegó a ser cónsul en el año 191 a. de C. Participó en la conquista de la península ibérica.

[162] El poeta latino.

[163] Nieto del arzobispo de Toledo del mismo nombre, con fama de hombre dado a las burlas y gracias verbales.

[164] Beatriz de Bobadilla, dama española amiga de la reina Isabel la Católica.

ponían era que aquellas dos figuras estaban pintadas con los rostros demasiadamente colorados. Díxoles entonces Raphael: Señores, no os maravilléis deso, que yo adrede he querido pintar esos dos santos así, por sacallos más a lo proprio; porque de creer es que San Pedro y San Pablo, allí donde están, están tan colorados como aquí los veis, de vergüenza que tienen de ver su iglesia regida por tales hombres como vosotros.

Son asimismos sotiles aquellos dichos que traen consigo una cierta ascondida sospecha de burla, como una vez haciendo un hombre gran llanto y llorando mucho porque su mujer se había ahorcado de una higuera, otro se llegó, y tirándole bonico de la halda, díxole: Hermano mío, ¿podríades vos hacerme tan señalada merced que me diésedes siquiera un ramito de aquella higuera por enxerille en algún árbol de mi huerto? Hay algunos otros donaires que muestran una cierta paciencia, dichos mansamente con gravedad; como trayendo una vez un hombre una arca en las espaldas, y a descuido dando con ella un golpe a Catón, después de habelle dado, díxole: Aparta. Catón entonces, volviéndose a él muy sosegado, respondióle: ¿Cómo?, ¿otra vez me quieres dar? Suele también mover risa cuando un hombre, habiendo hecho un error, por remedialle dice adrede alguna cosa que parece locura, o en cierta manera descaramiento, pero todavía hace a su propósito, y con ella se ayuda para no quedar atajado; como en estos días, hallándose en el Consejo de Florencia dos hombres honrados, cada uno de los cuales era de bando contrario del otro, según muchas veces acaece en estas repúblicas, el uno dellos, el cual era de casa Altoviti [165], dormía, y un amigo suyo que le estaba asentado al lado, por reír, aunque su adversario, que era de casa Alamanni, no hablase ni hubiese hablado, dándole del codo le despertó y díxole: ¿No oís lo que hulano dice? Respondé, que los del Consejo quieren saber vuestro parecer. El Altoviti entonces, todo soñoliento, sin pensar nada, se levantó y dixo: Señores, yo digo todo lo contrario de lo que ha dicho el Alamanni. Respondió el Alamanni: Yo no he dicho nada. Pues luego, dixo el Altoviti, de lo que dixéredes.

Desta arte fue también lo que pasó el vuestro maestro Seraphín, médico de aquí de Urbino, con un aldeano desta tierra, el cual, habiendo recebido un tan gran golpe en el ojo que a la verdad le había perdido, todavía, pensando que no era tanto, se fue a curar con maestro Seraphín; él, viéndole, aunque conociese ser imposible sanalle, todavía, por sacalle dineros, como la herida le había sacado el ojo, prometióle largamente salud, y así haciéndole remedios, aunque vanos, cada día le pedía dineros, afirmando que dentro en cinco o seis días comenzara a cobrar la vista. El cuitado del paciente dábale eso poco que tenía; al cabo, viendo que la cura se alargaba mucho, comenzó a quexarse del médico y a decir que no sentía me-

[165] Altoviti y Alamanni eran dos importantes familias nobles florentinas.

joría ni vía más con aquel ojo que si no le tuviese; en fin, viendo maestro Seraphín que poco era ya lo que le podía apañar, díxole: Hermano, necesario será haber paciencia, sabé que habéis perdido el ojo, y en esto no hay remedio, y quiera Dios que no perdáis el otro. Este pecador, oyendo tales nuevas, comenzó a llorar y a quexarse muy reciamente, diciendo a voces: Vos me habéis muerto y robado mis dineros, yo pediré justicia de vos al Duque. Y tras esto daba los mayores gritos del mundo. Maestro Seraphín entonces, haciendo mucho del bravo, dixo por descabullirse: ¡Ah, don Villano, puerco! ¿Luego vos también queríades tener dos ojos como los caballeros y los hombres honrados? ¡Andá para villano, que vos no merecéis más de un ojo! Estas palabras dixo el médico con tanta fuerza que el triste labrador calló de espanto, y, abaxando su cabeza, fuése con Dios, pensando que quizá no tenía razón, ni le había sido hecho ningún agravio. Tiene asimismo harta gracia declarar alguna cosa o intepretalla burlando, como lo que dixo Raphael de Paz [166], que viendo una carta que el Prior de Mesina [167] escribía a una señora con el sobrescrito que decía: «Esta carta se ha de dar a quien causa mi penar», dixo: Paréceme que esta carta va a Pablo Tolosa [168]. Rieron con esto los que estaban presentes, porque todos sabían que Pablo Tolosa había prestado al prior diez mil ducados, y él, por ser gran gastador, no tenía forma de volvérselos. Semejante es a esto cuando alguno familiarmente dice su parecer a otro a manera de consejo, pero disimuladamente; como dixo Cosme de Médici a un su amigo, el cual era muy rico, pero sabía poco, y con el favor de Cosme había alcanzado un oficio fuera de Florencia, y preguntando éste en su partida a Cosme qué manera le parecía que había de tener para regirse bien en aquel su oficio, respondióle Cosme: Vístete de colorado y habla poco. Dixo asimismo el conde Ludovico a otro necio que le preguntó cómo podría pasar desconocido por un cierto lugar peligroso: Vestíos como dotor o con algún otro vestido de hombre sabio. Dixo también Juanote de Paz [169] a uno que quería hacer un sayo de armas de las más diversas y diferentes colores que se pudiesen hallar: Toma palabras y obras del Cardenal de Pavía. Solémonos también reír de algunas cosas que no conciertan, y son casi a manera de desvaríos; como el otro día dixo uno a miser Antonio Fizzo [170] por un forlinés: ¿Queréis ver si es necio, que se llama Bartholomé? Y otro: Tú buscas caballerizo y no tienes caballos, y a éste no le falta otra

---

166 Noble florentino enemigo de los Médicis. Nacido en 1471, murió en la batalla de Rávena (1512).

167 El capitán español Pedro de Acuña, muerto también en la batalla de Rávena.

168 Tal vez un capitán español de la época.

169 Personaje no identificado, perteneciente a una de las familias nobles de Florencia.

170 Se trata de Antonio Rizzo (Fizzo es errata de Boscán), tal vez un cortesano de Urbino.

cosa sino hacienda y seso. Hay otras para hacer reír que parecen que conciertan y que son conformes; como en estos días, habiendo sospecha que un amigo nuestro había hecho hacer una renunciación falsa de un beneficio, díxole Antonio Torello[171], sabiendo que otro clérigo estaba muy malo: ¿Qué estás ahí perdiendo tiempo? ¿Por qué no envías por aquel tu escribano y apañarás estotro beneficio? Hay asimismo algunas para el mismo efeto, que no son conformes y tienen en sí desproporción; como el otro día habiendo el Papa enviado por miser Juan Luca de Pontrémolo y por miser Domingo de la Puerta[172], los cuales, como sabéis, son corcovados, y no muy derechos en la justicia, y, haciéndolos oidores, diciendo que quería enderezar la Rota, dixo miser Latín Juvenal[173]: Nuestro señor el Papa se engaña en querer con dos tuertos enderezar la Rota. Suele también ser cosa para hacer reír cuando el hombre confiesa lo que le dicen y aun más adelante, pero muestra entendello de otra manera; como habiéndose desafiado el capitán Peralta y Aldana[174], y estando entrambos ya dentro en el campo para pelear, y pidiendo el capitán Molart[175], que era padrino de Aldana, a Peralta el juramento que en semejantes casos se suele pedir, si traía consigo algunas oraciones o conjuros que le guardasen de ser herido, Peralta juró que no traía consigo oraciones, ni conjuros, ni reliquias, ni otra devoción ninguna en que tuviese fe; Molart entonces, por tocalle de judío, díxole: No gastéis tiempo en eso, que esto yo lo juraré por vos. Es asimismo bueno para este propósito de mover risa usar a tiempo aquellas figuras o términos de hablar que, según hemos dicho, se llaman metáphoras o traslaciones; como una vez habiendo maestre Marcantonio[176] compuesto una muy larga comedia de diversos autos, díxole Botón de Cesena[177]: Paréceme que para el aparato de vuestra comedia serán menester cuantos leños hay en Esclavonia[178]. Respondióle entonces maestro Marcantonio: Y para el aparato de vuestra tragedia no será menester más de tres.

Muchas veces se dice también una palabra en la cual hay una secreta sinificación, lexos de lo que parece que se quiere decir; como tratándose una vez de un capitán, el cual, a la verdad, en sus días las más veces ha sido desbaratado, y entonces a dicha había sido vencedor, y diciendo uno de aquellos que hablaban dél que el día que entró en aquel lugar que había tomado, traía vestido un sayo

171 Clérigo, camarero secreto de los papas Julio II y León X. Murió en 1536.
172 Los dos personajes son desconocidos.
173 Noble romano (1486-1533), poeta en latín y en vulgar y amigo de Castiglione.
174 Capitanes de las tropas españolas destacadas en Italia en la época de Castiglione.
175 Uno de los franceses que participaron en la batalla de Rávena.
176 Médico de Urbino, contemporáneo de Castiglione.
177 Personaje no identificado.
178 Es decir, en los bosques de la Dalmacia.

de terciopelo carmesí, con el cual solía siempre aderezarse después de haber ganado alguna vitoria, dixo el señor Prefeto: Debe de ser nuevo. Harto buena gracia es también para hacer reír cuando el hombre responde a lo que no ha dicho el otro con quien él habla, o muestra creer que se haya hecho aquello que no se ha hecho y se debiera hacer; como Andrea Goscia [179], hallándose una vez en casa de un señor, el cual le hizo tan poca cortesía que [no] le mandó asentar, díxole: Pues vuestra señoría me lo manda, por obedecelle, asentarme he, y en diciento esto, asentóse. Mueve también risa cuando de buen arte el hombre se excusa de algún yerro; como el otro día, diciendo yo a un capellán del señor Duque que yo conocía otro clérigo que decía la misa más presto que él, respondióme: no es posible; y llegándose más cerca, díxome al oído: Sabé la verdad, que ordinariamente me dexo casi la mitad de la misa. Asimismo Biagín Crivello [180], sabiendo que era muerto un clérigo en Milán que tenía un muy buen beneficio, pidióle al Duque [181], el cual estaba ya determinado de dalle a otro. Así que viendo Biagín que no le valía razón con el Duque, díxole: Pues cómo, señor, si yo he hecho matar a este clérigo, ¿por qué no queréis vos darme su beneficio? Tiene también gracia algunas veces desear cosas que no pueden ser; como el otro día uno de nuestros amigos, viendo que todos estos señores se exercitaban jugando de armas, y él estaba echado sobre una cama mirándolos a buen reposo, dixo: ¡Oh quién me diese que esto que yo agora hago fuese exercicio de valiente hombre y buen soldado! Es asimismo buen arte y graciosa, en especial en personas graves y de autoridad, responder al revés de lo que querría aquél con quien se habla; pero esto ha de ser hecho mansamente y casi con una cierta consideración dudosa y una falsedad avisada; como el rey D. Alfonso I de Aragón, que habiendo dado a un criado suyo armas y caballos y vestidos, porque le dixo que la noche antes había soñado que su alteza le daba todo aquello, y luego pocos días después, diciéndole el mismo criado que había tornado a soñar que le daba muchos ducados, respondióle: De aquí adelante no creáis en sueños. Casi por esta misma manera respondió el Papa al obispo de Cervia [182], el cual le dixo por tentalle: Padre Santo [183], por toda Roma, y aun en palacio, dicen todos que Vuestra Santidad me hace gobernador. Díxole entonces el Papa: Dexaldos decir, que son unos bellacos; no hayáis miedo, que yo os prometo que no es verdad.

Podría quizá, señores, discurrir más adelante por muchos otros pasos, de donde se suelen sacar gracias para hacer reír; como serían algunas cosas dichas con miedo, o con una gran maravilla, o

---

[179] Se trata de Andrea Coscia, personaje no identificado.
[180] Capitán milanés al sercicio de Ludovico el Moro.
[181] Ludovico el Moro.
[182] El dominico Tomás Cattanei, que fue obispo de esa ciudad entre 1486 y 1515.
[183] El papa Julio II.

con amenazas, o sin orden y con ira. Demás desto hay ciertos casos nuevos, que acontecidos traen risa. Estar asimismo el hombre callando con un cierto gesto como maravillado de algo, y aun él mismo reír sin propósito, hace reír; pero a mí me parece que lo que he dicho basta por agora, porque las gracias que consisten en las palabras, creo yo que no salen de aquellos términos que nosotros hemos tocado; las otras, después que están en el efeto, puesto que tengan infinitas partes, todavía se reducen en pocas; mas en el uno y en el otro género dellas la principal cosa es engañar la opinión y salir muy lexos de donde os esperan los que escuchan. Y es necesario para ser bueno el donaire, que sea mezclado con este engaño, o disimulando, o burlando, o reprehendiendo, o usando otra cualquiera manera, y no embargante que las gracias todas muevan risa, hacen todavía en el reír diversos efetos, porque algunas dellas traen consigo una cierta pureza de hablar con una dulzura gustosa y templada; otras pica agora cubiertamente, y agora descubiertamente; otras tienen un cierto brío y una lozanía traviesa; otras hacen reír en siendo oídas; otras después cuanto más se piensa en ellas; otras con la risa nos hacen que nos corramos; otras nos enojan y nos mueven alguna ira; pero en todas las suertes dellas se ha de considerar la disposición de los oyentes, porque a los afligidos las burlas más los afligen, y hay algunas dolencias que con los remedios se encrudescen. Tiniendo, pues, el Cortesano en el burlar y en el decir gracias respeto al tiempo, a las personas, a su propria calidad y estado, y mirando en no usallo demasiadamente, porque a la verdad cansa y enfada estar todo el día y en todas las pláticas y sin propósito arrimado siempre a decir donaires, podrá ser llamado gracioso, con tal que mire también en no ser tan pesado o mofador que se haga tener por malino, mordiendo sin causa o con odio manifiesto y a personas muy poderosas, que es mal seso; o muy miserables, que es crueldad; o muy malvadas, que es vanidad; o diciendo cosas con que ofenda a quien no querría, que es inorancia; porque hay algunos que piensan que son obligados a decir siempre donaires, y a tocar a cada uno sin más todas las veces que pueden, sea como fuere. Entre estos tales se hallan aquellos que, por decir un remoque o una agudeza, no dexarán de difamar una mujer honrada, lo cual es muy mal hecho y merece ser gravemente castigado, porque en este caso las mujeres van en la cuenta de los miserables, y por eso no deben ser lastimadas, pues no tienen armas para defenderse; pero, demás destas consideraciones, conviene que, el que hubiere de ser dulce y gracioso, sea formado de una cierta naturaleza dispuesta a todas las suertes de decir gracias, y a éstas aplique sus costumbres, sus ademanes y su semblante, el cual, cuanto más grave y firme fuere, tanto más hará que las cosas que se dixeren parezcan sabrosas y sotiles. Mas vos, miser Federico, que pensastes descansar debaxo deste árbol sin hojas, y recrear en la sequedad de mi habla, pienso que os habréis arrepentido, y os parecerá

ser entrado en el mesón de Montefior[184]. Por eso bien será que, como correo plático, por salir de una ruin posada os partáis algo más temprano de lo acostumbrado, y sigáis adelante vuestro camino.

Mas antes estoy, respondió miser Federico, aposentado tan a mi placer, que acuerdo de estarme quedo más de lo que tenía pensado. Por eso entiendo de reposar aún hasta tanto que vos deis fin a vuestra habla, de la cual me parece que os habéis dexado una parte que al principio señalastes, que son las burlas hechas o recaudos falsos, y no ternía por buenos que estos caballeros quedasen sin ser enteramente pagados de todo lo que les prometistes. Mas así como en lo de las gracias nos habéis mostrado muchas buenas cosas, y nos habéis puesto corazón para osallas usar con el enxemplo de tantos singulares ingenios y grandes hombres y príncipes y reyes y papas, así también creo que en esto de los recaudos falsos nos daréis tanto esfuerzo que aun podrá ser que nos atrevamos a haceros alguno.

Dixo entonces riendo miser Bernardo: Vosotros no seréis los primeros; pero quizá no será eso tan liviana cosa de hacer como pensáis, porque tantas burlas me han hecho en este mundo que ya todo me parece engaño, y de todo me guardo, como algunos perros que, de haber sido quemados con agua caliente, han también miedo a la fría. Pero ya, pues acordáis todos que yo trate destotra parte que decís se me había olvidado, pienso podella concluir con pocas palabras.

[CAPÍTULO VII]

[*Cómo habiendo ya miser Bernardo concluido en el capítulo pasado su plática sobre el decir de las gracias y los donaires, dice agora en éste las maneras y fundamentos de las burlas que suelen hacer los amigos unos a otros.*]

Y cuanto a lo primero, paréceme que recaudo falso no es otra cosa sino un engaño que puede pasar entre amigos de cosas que no ofenden nada, o a lo menos poco; y como en las gracias el decir al revés de lo que se espera trae risa, así en las burlas hechas, también la trae el hacer al revés de lo que esperamos, y éstas tanto más placen cuanto son más sotiles por una parte, y por otra moderadas, porque el que quiere burlar desatentadamente, ofende muchas veces; de donde forzadamente han de nacer rencillas y grandes enemistades. Mas los fundamentos destas burlas son casi los mismos de las gracias. Por eso, por no replicallos, digo solamente

184 Hostería de mala fama, situada entre Pesaro y Urbino.

que dos suertes de recaudos falsos se hallan, cada una de las cuales podría partirse en muchas partes: la una es cuando se hace algún engaño sotilmente y con sabor, quinquiera que sea el engañado; la otra, cuando muy disimuladamente se echa de mano o se finge alguna cosa para hacer picar, de tal manera que el hombre mismo corra a engañarse de suyo. La primera suerte es del arte que fue una burla que pocos días ha se hizo, con un nombre fingido de un español llamado Castillo, a dos grandes señoras, que yo no quiero nombrar agora.

¿Por qué no queréis, dixo la Duquesa, nombrallas?

No querría, respondió miser Bernardo, que les pesase.

Replicó la Duquesa riendo: Por cierto no parece mal hacer también estas burlas a grandes señores, y he oído yo decir que se hicieron muchas al duque Federico, al rey Don Alfonso de Aragón, a la reina Doña Isabel de España, y a muchos otros grandes príncipes, y a ellos no solamente no habelles pesado, mas haber hecho largas mercedes a los que les burlaron.

Respondió miser Bernardo: Ni aun con todo esto las nombraré yo.

Decí, pues, como quisiéredes, dixo la Duquesa.

Prosiguió entonces miser Bernardo, diciendo: Pocos días ha que llegó al lugar que yo agora entiendo un villano de Bérgamo, y, en llegando, tomáronle luego ciertos caballeros cortesanos, y vistiéronle tan concertadamente, que según le aderezaron bien, aunque nunca había hecho sino guardar bueyes, dixérades, si no le hubiérades visto antes, que era un muy honrado caballero y un muy buen galán. Y así, siendo dicho a aquellas dos señoras que allí había llegado un español, criado del cardenal Borja [186], que se llamaba Castillo, hombre muy avisado y gran músico y buen danzador, y, en fin, el mejor cortesano que hubiese en toda España, en la misma hora desearon mucho hablalle, y así enviaron luego por él. Venido delante dellas, después de habelle muy bien recebido, hiciéronle asentar, y comenzaron a hablalle muy de propósito y casi los más de los que estaban allí presentes sabían que aquél era un vaquero de Bérgamo. Por eso, viendo que aquellas señoras le hacían tanta honra, no podían valerse de risa. Y tras esto había otra mayor gracia, que el bueno del pastor hablaba su lengua natural bergamasca; pero los caballeros que ordieron esta burla, dixeron primero a estas señoras que este caballero, entre las otras cosas, era gran burlador, y hablaba a maravilla todas las lenguas, en especial la que se suele usar en Lombardía entre la gente baxa, de manera que siempre pensaron que él estaba falso en hablar como villano, y que lo hacía por burlar; y así a cada palabra se volvía la una a la otra con grandes maravillas, y decían: ¿No miráis cuán propriamente contrahace aquella lengua? En fin, tanto duró esta plá-

[186] Francisco Borgia (1441-1511), nombrado cardenal por Alejandro VI en 1500.

tica, que a todos les dolían ya las ijadas de risa, y él, al cabo, hubo de dar tan buenas señas de sí, que ya estas señoras hubieron de caer en la cuenta, aunque con trabajo pudieron desengañarse. De estos recaudos falsos cada día vemos muchos; mas entre los otros, aquéllos son muy graciosos que al principio espantan, y después para todo en burla, porque el mismo burlado se ríe de sí mismo viéndose que ha habido miedo de nada; como yendo yo una vez de camino, y quedando una noche en Paglia [186], aconteció que en el mismo mesón donde yo posaba posaban otros tres caminantes compañeros, los dos de Pistoya y el uno de Prato; los cuales, después de haber cenado, se pusieron, como muchas veces se hace, a jugar, y dende a poco rato el uno de los dos pistoleses, perdiendo su resto, quedó sin blanca, de manera que comenzó a desesperarse y maldecirse y a reñegar muy fieramente, y así, echando mil reñiegos, se fue a dormir. Los otros dos que quedaron jugando, después que hubieron jugado un buen rato, determinaron de hacer una burla a este que se fue a echar, y así, sintiendo que ya dormía, mataron todas las lumbres y cubrieron una poca de brasa que les había quedado en un brasero, de manera que toda la casa quedó a escuras, y luego pusiéronse a hablar alto y a hacer ruido, y mostraban estar en alguna gran contienda sobre el juego, diciendo el uno: tú tomaste la carta debaxo, y el otro negándolo y diciendo a voces: Tú has envidado con flux, el juego iba a monte, y con estas porfías era tanto el estruendo, que recordó el que dormía, y sintiendo que sus compañeros jugaban y hablaban así como si viesen las cartas, abrió un poco los ojos, y no viendo lumbre en la cámara, dixo: ¿Y qué diablo hacéis vosotros ahí toda la noche dando voces? Y en diciendo esto volvióse a dormir. Los otros no curaron de respondelle nada, sino que todavía pasaron adelante su porfía, de manera que éste volvió a despertarse, y despierto del todo, comenzó a maravillarse un poco, y viendo que en la cámara no había señal de lumbre ni de claridad ninguna, y que no embargante esto, aquéllos todavía jugaban y andaban en tantas reyertas, díxoles: ¿Cómo podéis ver vosotros las cartas a escuras? Respondió el uno: Tú debes de haber perdido la vista juntamente con los dineros. ¿Y no ves agora tú aquí dos candelas ardiendo? Levantóse entonces aquél un poco, así como estaba en la cama, y puesto de codos, casi enojado, dixo: O yo estoy borracho, o ciego, o vosotros mentís. Levantáronse en esto los dos, y fueron atinando hacia la cama con grande risa, mostrando creer que él burlaba dellos, y él replicaba siempre: Yo os digo a vosotros que no os veo. En fin, los dos comenzaron a mostrar maravillarse mucho. Y el uno dixo al otro: Aun sería el diablo, por cierto que me parece que debe decir verdad, dad acá esa lumbre, y veamos si por ventura se le habría enturbiado la vista. Este pecador entonces tuvo por cierto que había cegado, y llorando

---

[186] Lugar, o tal vez hostería, junto al río Paglia, afluente del Tíber.

muy crudamente dixo: ¡Oh hermanos míos, yo estoy ciego! Y en la misma hora empezó a reclamar a Nuestra Señora de Lorito, y a rogalla con grandes lágrimas que le perdonase las blasfemias que había dicho contra ella después de haber perdido el dinero. Los dos compañeros consolábanle, y decían: No es posible que vos no veáis, guarda que no debe ser sino imaginación. ¡Oh cuitado de mí, replicaba el otro, que no es imaginación, ni veo más que si nunca tuviera ojos! Vos tenéis a lo menos, respondían los dos, los ojos bien claros. Y decía el uno al otro: Mirá cómo los abre bien, y cómo parece que los tiene buenos; ¿quién creería que no ve? El cuitado, mientras más los otros le consolaban, más reciamente lloraba, y a cada palabra pedía misericordia a Dios. Al cabo dixéronle los otros: Hacé voto de ir a Nuestra Señora de Lorito [187] devotamente descalzo y desnudo, que éste es el mejor remedio de todos, y nosotros iremos luego a Aguapendiente [188] y a estos otros lugares vecinos por buscar algún médico, y vos esforzaos, que nosotros no os faltaremos. Este pobre desventurado arrodillóse entonces en la cama, y con infinitas lágrimas, y con grandísimo arrepentimiento de haber dicho mal a Dios, hizo voto de ir desnudo a Nuestra Señora de Lorito; y ofrecióle un par de ojos de plata, y no comer carne en miércoles, ni huevos en viernes, y ayunar a pan y agua los sábados, por honra de Nuestra Señora, si le alcanzaba la gracia de cobrar la vista. En esto, los dos compañeros, entrando en una otra cámara, encendieron una candela y volvieron con la mayor risa del mundo a ponerse delante de este cuitado, el cual, puesto que se viese libre de tan gran trabajo como podéis pensar, estaba todavía tan atónito del pasado miedo que no solamente no podía reír, mas ni aún hablar; y los dos compañeros no hacían sino porfialle que era obligado a cumplir todos los votos que había hecho, pues Nuestra Señora le había alcanzado gracia que cobrase la vista.

De la otra suerte de burlas, la cual es cuando el hombre pica en algo y queda engañado, no es menester daros otro enxemplo, sino contaros lo que me aconteció a mí no ha muchos días. Porque estas Carnestoliendas pasadas el Cardenal de San Pedro Víncula [189], el cual sabe cuánto suelo yo holgar de hacer burla a frailes cuando voy máscara, habiendo primero bien concertado lo que se quería que hiciese, vino un día juntamente con el Cardenal de Aragón [190] y algunos otros Cardenales a unas ventanas que están en la calle de Bancos [191], mostrando quererse estar allí por ver pasar las máscaras, como es costumbre de Roma. Yo, yendo máscara, pasé luego por delante dellos, y viendo estar un fraile hacia la una parte de la

---

[187] Santuario de Nuestra Señora de Loreto, en la provincia de Ancona.
[188] Lugar del Lacio, hoy en la provincia de Viterbo.
[189] Galeotto de la Rovere.
[190] Luis, hijo natural del rey de Nápoles Fernando I de Aragón. Era amigo personal de Castiglione.
[191] Famosa calle romana, sede de bancos y oficinas de la Curia papal.

calle, a mi parecer algo turbado, holguéme y vi que aquello era lo que yo buscaba; y así en la misma hora me fui corriendo para él, como suele un halcón hambriento ir volando tras el ave que ha gana de matar; y preguntándole a las primeras palabras quién era, en respondiéndome él, mostré conocelle, y con muchas razones comencé a hacelle creer que la justicia andaba buscándole por algunas malas informaciones que dél tenía, y por eso que se viniese conmigo hasta la Chancillería [192], que allí yo le pornía en salvo. Él entonces, sobre la turbación que ya mostraba, mostrándose más turbado, todo medroso y temblando, parecía que no sabía qué hacerse, y decía que él había muy gran miedo que si se alexaba de San Celso [193] no lo prendiesen; yo, poniéndole siempre buen corazón, díxele en fin tanto, que él saltó en las ancas de mi caballo. Entonces, cuando yo vi esto, yo me tuve por rey, y no me trocara por todo el mundo; y así luego arremetí mi caballo por Bancos adelante, el cual iba dando saltos y echando coces acá y acullá. Imaginad vosotros agora qué hermosa vista sería un fraile en ancas de un caballo de una máscara con sus hábitos volando, y cayéndosele la cabeza agora para adelante, y agora para atrás, que a cada paso parecía que había de dar conmigo en el suelo. Viendo tan buena fiesta aquellos señores, comenzaron a tirar huevos desde las ventanas, luego hicieron lo mismo todos los banqueros y cuantos allí estaban; de manera que nunca con tanta abundancia cayó del cielo granizo con cuanta entonces caían huevos de aquellas ventanas, los cuales casi todos me cabían a mí; mas yo, pues iba máscara, no recebía de aquello pena, antes me parecía que la risa y todo era sobre el fraile; y por esto no hacía sino dar doscientas vueltas por Bancos hacia arriba y hacia abaxo, y siempre con aquel monstruo en las espaldas, no embargante que él casi llorando me rogaba que le dexase apear, y que no hiciese tan gran afrenta a los hábitos. Y diciendo esto el Ribaldo, hacíase dar ascondidamente muchos huevos a algunos mozos de espuelas que allí estaban puestos para esto, y mostrando tenerme abrazado por no caer, estrujábamelos todos en los pechos y muchas veces en la cabeza, y otras en mitad de la frente, tanto que yo estaba perdido y atestado de toda la suciedad del mundo. En fin, cuando ya todos estuvieron cansados de reír y de tirar huevos, saltó el bueno del fraile de las ancas de mi rocín, y echándose atrás la cogulla, mostróme su cabeza con un gran cabello, y díxome: Miser Bernardo, yo soy un mozo de mulas de San Pedro Víncula, y soy el que cura vuestro macho. Yo quedé entonces tal, que no sé si fue mayor el dolor o la saña o la vergüenza que hube; pero ya por menos mal púseme a huir a gran priesa hacia mi posada, y en todo el otro día nunca osé parecer; y fue tanta la risa desta burla que hasta hoy dura.

---

192 Palacio construido según el proyecto de Bramante.
193 Calle romana, próxima a la de los Bancos antes mencionada.

Y así entonces, tornando todos a reír nuevamente desto, prosiguió miser Bernardo diciendo: Es asimismo buena manera de hacer burlas, en la cual también se pueden fundar gracias, cuando mostráis creer que uno quiere hacer una cosa, y en la verdad aquél no quiere hacella; como estando yo una tarde, después de cenar, en la puente de León [194], y andando allí burlando con César Beccadello [195], comenzamos a trabarnos de los brazos como si quisiéramos luchar. Esto hacíamos porque nos parecía que en la puente no había nadie, y estando así acudieron dos franceses, los cuales, viéndonos tan revueltos, preguntaron qué era, y paráronse por ponernos en paz, pensando que reñíamos. Yo entonces prestamente dixe: Ayudáme, señores, que este cuitado de hombre a ciertos tiempos de luna enloquece; y veis aquí agora cómo le ha tomado esta locura de quererse echar de la puente abaxo. Aquellos dos entonces arremetieron, y juntamente conmigo tomaron a César, y teníanle muy asido; y él siempre volviéndose a mí, decíame que yo era loco, y forcejeaba por descabullirse; los otros entonces teníanle más recio, de manera que comenzó a cargar mucha gente, y cuanto más el buen César andaba dando de las manos y de los pies, porque ya estaba enojado, tanto más era la gente que acudía, y viendo todos la fuerza grande que él ponía por soltarse, tenían por determinado que todo aquello hacía por echarse en el río, y por eso trababan más reciamente dél. Llegó la cosa a tanto, que al cabo muchos se juntaron para tomalle, y así cargando todos dél, le llevaron en peso al mesón, todo desbaratado y sin bonete, y amarillo de cólera y de vergüenza, que, en fin, no le aprovechó cosa que dixese, porque de una parte los franceses no le entendían, y de la otra yo también, ayudando a llevalle al mesón, andaba siempre doliéndome de su desdicha que así hubiese enloquecido.

Así que de los recaudos falsos se podría, como hemos dicho, hablar largamente; pero basta agora replicar que los fundamentos donde ellos se fundan son los mismos de las gracias. Infinitos enxemplos tenemos dellos que cada día pasan por nosotros; y entre los otros son muy graciosos algunos que hay en las novelas de Juan Boccacio. Como aquellas burlas que hacían Bruno y Buffalmaco a su Calandrino, y a maestre Simón [196], y otras de mujeres que realmente son sotiles. Y acuérdome haber conocido muchos hombres agudos y sabrosos en esto; y entre los otros conocía en Padua un estudiante siciliano llamado Poncio [197], el cual viendo una vez un villano que traía un muy buen par de capones para vendellos, llegóse a él fingiendo que los quería comprar, y después que estuvieron concertados en el precio, díxole que se fuese con él hasta su

[194] Se refiere al puente sobre el río Ródano de la ciudad francesa de Lyon.
[195] Noble boloñés, muy conocido en las cortes italianas del tiempo de Castiglione.
[196] Personajes todos del *Decamerón* de Boccaccio (*giornata* VIII, *novella* 9).
[197] Identificado, al parecer, con Cayo Calogero Ponzio, autor de versos y comedias vulgares.

posada, y que demás de la paga le daría colación. Y así, llevándole de calle en calle, le llevó hasta una parte de la ciudad donde hay un campanario, el cual está apartado de la iglesia, de manera que se puede andar al derredor, y enfrente de una delantera de las cuatro del campanario viene a dar una calleja pequeña; allí Poncio, trayendo ya pensado lo que había de hacer, dixo al villano: Tú has de saber que yo he apostado ese par de capones con un mi compañero a esto: que él dice que esta torre tiene de cerco bien cuarenta pies, y yo digo que no, y en el mismo punto que te hallé acababa de comprar este cordel para medilla, por eso antes que lleguemos a mi posada quiero sacar en limpio cuál de nosotros gana; y en diciendo esto, sacóse de la manga el cordel, y dió el un cabo dél al villano, y díxole: Dame acá en tanto esos capones, tenértelos he; y así tomándolos, tomó el otro cabo del cordel con la una mano, y haciendo con la otra como que quería medir, comenzó a andar al derredor de la torre, habiendo primero hecho quedar al villano y tener recio el cordel en la parte contraria de la delantera que hemos dicho que da en la calleja, a la cual, cuando el buen Poncio llegó, hincó un clavo en la pared y ató en él el cordel, y, dexándole así, fuése pie ante pie por la calleja adelante con los capones. El villano estuvo quedo un buen rato, esperando que el otro acabase de medir; en fin, después que hubo llamado muchas veces y dicho a voces: ¿Qué hacéis allá tanto que nunca acabáis?, fue a ver lo que era, y halló que quien tenía el cordel no era Poncio, sino el clavo, el cual le quedó tan solamente en pago de los capones; de esta arte hizo Poncio infinitas burlas. Muchos otros ha habido también graciosos en estos recaudos falsos; como fue el Gonella [198] y el Meliolo [199] en días pasados, y agora el nuestro fray Mariano y fray Serafín, que aquí está presente, y otros muchos que todos conocéis; y a la verdad ésta es una gracia que parece harto bien en hombres que tienen esto por oficio, y no entienden en otra cosa. Mas las burlas del Cortesano parece que todavía deben apartarse algo más de la truhanería, y en ninguna manera han de llegar a ser engaños de chocarreros para sacar provecho, como vemos muchos bellacos que andan por el mundo con diversas invinciones de trampas para ganar dineros, fingiendo agora una cosa y agora otra; hase también de mirar que no sean recias ni pesadas, y sobre todo se ha de tener, así en esto como en todo lo demás, gran respeto y acatamiento a las mujeres, en especial donde se traviesa la honra dellas.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Por cierto, señor miser Bernardo, vos os inclináis algo demasiadamente a la parte de las mujeres. Decíme, ¿por dónde fundáis vos que hayan de tener los hombres más respeto a ellas que no ellas a los hombres? ¿No os parece que hemos de tener nosotros en tanto nuestra honra como

---

198 Bufón florentino del siglo XIV, mencionado por Cervantes en el *Quijote*.
199 Bufón de la corte de Mantua, de fines del siglo XV y principios del XVI.

ellas la suya? Luego desa manera vuestra opinión es que las mujeres tengan licencia de burlar a su placer de los hombres, y los hombres hayan de estar mudos, y, aun encima de todo ello, agradecelles los agravios que dellas reciben.

Respondió a esto miser Bernardo: No digo yo que las mujeres, en la conversación y en el burlar, no deban tener con los hombres aquellas consideraciones que hemos dicho; pero digo que en lo que toca a la honestidad, ellas pueden más libremente mordernos que nosotros a ellas. La causa desto es porque nosotros mismos habemos hecho esta ley que en los hombres no sea deshonra ni tacha vivir deshonestamente, y en las mujeres sea una vergüenza tan recia y una infamia tan extrema, que aquélla de quien una vez se habla mal, o sea verdad o mentira, haya de quedar para siempre con mengua. Por eso, pues, tocando en la honestidad dellas, hay tan gran peligro de ofendellas gravemente, digo, que debemos mordellas en otra cosa, y en ésta poner silencio, porque el donaire o la burla que lastima pasa el término que hemos dicho que conviene a cualquier hombre de honra.

Aquí, parando un poco miser Bernardo, dixo riendo Otavián Fregoso: Podría muy bien el señor Gaspar Pallavicino responderos a eso y decirnos que esa ley que, según vos decís, nosotros mismos hemos hecho, quizá no es tan fuera de razón como a vos os parece, porque siendo las mujeres animales imperfetísimos, y de poco o de ningún valor en comparación de los hombres, era necesario, pues de suyo no eran dispuestas a hacer ninguna obra virtuosa, que con la vergüenza y el temor de la infamia se les pusiese un freno, que casi por fuerza introduxiese en ellas alguna buena calidad; y entre todas las otras parece que les sea más necesaria la continencia, y esto porque no estemos en duda de nuestros mismos hijos, si son nuestros o ajenos; y de aquí ha sido poner tantas fuerzas y inventar tantas artes para hacellas continentes, y así casi les permitimos que en todas las otras cosas valgan poco y siempre hagan al revés de lo que debrían, con tal que en la bondad no falten. Por eso, siéndoles lícito errar en todo lo demás, sin que por ello se les recrezca mengua, si nosotros las quisiéremos morder en aquellas tachas, las cuales, como hemos dicho, les son permitidas, y por el mismo caso no les desconvienen ni las alteran en nada, nosotros ni ternemos gracia ni moveremos risa, porque ya vos aquí habéis dicho que la risa suele moverse con algunas cosas que en sí no convienen.

Dixo entonces la Duquesa: ¿Así habláis vos, señor Otavián, en las mujeres, y después quexaisos si ellas no os quieren bien?

Deso no me quexo yo por cierto, respondió Otavián, antes les agradezco que lo hagan así, pues no amándome, tampoco me obligan a que las ame. Y mirá, señora, que lo que yo he dicho no ha sido deciros mi parecer determinado en esto; ha sido deciros solamente que el señor Gaspar pudiera traer en defensión suya todas las razones que yo he tocado.

Gran cosa sería para las mujeres, dixo miser Bernardo, si pudiesen confederarse con dos tan grandes enemigos suyos, como sois vos y el señor Gaspar.

Yo no les soy enemigo, respondió Gaspar Pallavicino; pero vos me parece que lo sois de los hombres, porque si queréis que nosotros no toquemos a las mujeres en la honestidad, debríades también ponelles ley a ellas que no nos tocasen en cosas que para nosotros son tan vergonzosas como para ellas el ser deshonestas. Decí, ¿por qué no ha de ser tan buena la respuesta que dió Alonso Carrillo a la Marquesa de Moya sobre la esperanza que tuvo de salvar la vida pidiéndole ella por marido, como lo que ella le dixo, diciéndole que todos los que le conocían pensaban que el Rey le había de mandar ahorcar? Y, pues vos decís que en Juan Boccacio las burlas de las mujeres son tan buenas, ¿por qué no fue tan lícito a Ricardo Minutoli engañar la mujer de Phillippello, y hacella venir al baño, como a Beatriz hacer levantar de la cama a Egano [200] su marido, y hacer que Anichino le diese muy buenos palos, después que hubo estado holgando con él a sus vicios un buen rato? ¿Y qué me diréis de la otra que se ató el cordel al dedo del pie, y hizo creer a su marido que no era ella?

Dixo miser Bernardo entonces: Señores, pues solamente era mi cargo tratar esta materia de cómo ha de ser un hombre gracioso, y decir esto en qué consiste, yo no entiendo agora de meterme en otras pláticas, y pienso también aver ya dicho la causa por donde a mí no me parezca cosa razonable lastimar a las mujeres en dicho ni en hecho acerca de la bondad dellas. Asimismo me acuerdo que les he dado por regla que tampoco ellas burlen a los hombres en lo que les duele. Digo más, que en las burlas y motes que vos, señor Gaspar, agora alegastes, no me parece mal lo que dixo Alonso Carrillo a la Marquesa, puesto que la tocaba algo en la honestidad; porque rodeó la cosa de harto lexos, y puso la lástima tan escondida, que lo que él dixo se pudiera entender simplemente a la letra; de manera que si fuera menester pudiera disimularse el sentido de aquello, y afirmarse que no se había dicho a aquel fin. Otra cosa dixo él, a mi parecer harto desconvenible, y fue que pasando la Reina delante la posada de la Marquesa, vio él a la puerta pintados con carbón muchos de aquellos animales deshonestos que se pintan por los mesones de muchas maneras, y visto esto, llegándose a la Condesa de Castañeda, díxole: He aquí, señora, las cabezas de los puercos que mata cada día la Marquesa en sus monterías. Veis cómo, aunque sea ésta una ingeniosa traslación y bien sacada de los monteros, que tienen por gloria hincar a sus puertas muchas cabezas de las fieras que matan, todavía es este dicho demasiadamente suelto y deshonesto; y más que no fue respuesta, que el responder tiene algo mayor licencia, y es menos descortesía

---

200 Personajes del *Decamerón*.

y más de cortesano, aunque con él lastiméis un poco; porque parece que sois movido, y aun obligado con lo que el otro os dice, a respondelle, y no puede ser sobre pensado. Mas volviendo al propósito de las burlas de las mujeres, no digo yo que hagan ellas bien en engañar a sus maridos, mas digo que alguno de aquellos engaños que recita Juan Boccacio dellas son muy delicados, en especial los que vos mismo habéis contado; pero, según mi opinión, la burla de Ricardo Minutoli pasa el término, y es más recia que la de Beatriz; porque mucho más quitó Ricardo a la mujer de Filipello que no Beatriz a Egano su marido; que claro está que Ricardo, con aquel engaño hízole a ella fuerza, y trúxola a que hiciese de sí misma lo que no quería; pero Beatriz engañó a su marido por hacer de sí lo que había gana.

Dixo a esto Gaspar Pallavicino: Con ninguna otra cosa puede Beatriz excusarse de culpa sino con haber errado por amor, el cual ya veis si se debe perdonar en los hombres como en las mujeres.

En verdad, respondió miser Bernardo, las pasiones de amor gran desculpa traen consigo de cualquier yerro; mas aunque esto sea, yo osaría afirmar que un hombre de bien, estando enamorado, debe, así en esto como en todas las otras cosas, ser verdadero y no tramposo. Y si es verdad que sea vileza y falta muy abominable ser traidor, aunque lo seáis contra vuestro enemigo, considerá cuándo más grave debe ser el tal yerro contra persona que améis y tengáis en mucho; y creo yo que cualquier buen enamorado, si sufre tantas fatigas y tanto no poder dormir, si se aventura a tantos peligros, si derrama tantas lágrimas y usa tantas artes y maneras, como cada día vemos, por contentar a su dama, no es principalmente por alcanzar el cuerpo, sino por conquistar aquella gran fortaleza del alma, rompiendo aquellas duras peñas y calentando aquellos cuajados hielos que en los tiernos corazones de las mujeres se hallan; y éste pienso yo que sea el mayor y más sustancial gusto, y el fin verdadero donde la intinción de un alto corazón tira. Y yo de mí os digo que querría más, si estuviese enamorado, conocer claramente que la que yo amo me ama con toda verdad y me ha dado su alma sin darme otra satisfacción ninguna, que alcanzar della contra su voluntad todo lo que se pudiese alcanzar; porque en tal caso a mí me parecería ser solamente señor de un cuerpo muerto. Por eso aquellos que satisfacen a sus deseos por medio destas burlas que ahora hemos dicho, las cuales más aína podrían quizá llamarse traiciones que burlas, hacen perjuicio y gran injuria a la parte agraviada, y con todo esto no alcanzan el fin que debe desear el verdadero enamorado, pues sólo llegan a poseer el cuerpo sin el alma. Lo mismo digo de algunos otros que en amores usan nigromancias y hechizos, o hacen fuerza, o dan cosas para hacer dormir, o se aprovechan de semejantes artificios. Y habéis de saber, tras esto, que las dádivas también disminuyen mucho el gusto de los amores; porque, cuando se atraviesa dar, puede dudar el enamo-

rado que su amiga no le ama, sino que hace demostraciones de amalle por sacar provecho dél; por eso los amores de mujeres principales son tenidos en mucho, porque parece que no pueden proceder sino de puro amor, y no se ha de creer que una mujer de precio muestre amar a nadie sino amándole verdaderamente.

Yo no digo, respondió Gaspar Pallavicino, que los pensamientos, las fatigas y los peligros de los enamorados no deban tener más principalmente su fin enderezado al vencimiento del alma de la mujer amada, que no al del cuerpo; pero digo que estos engaños, que vos en los hombres llamáis traiciones y en las mujeres burlas, son unos muy buenos medios para alcanzar el hombre lo que desea, porque siempre el que es señor del cuerpo de una mujer lo es del alma. Y, si bien se os acuerda, la mujer de Filipello, después del mucho enojo que recibió por el engaño que Ricardo le hizo, conociendo al cabo cuánto eran más sabrosos los besos del enamorado que los del marido, convertiendo toda su dureza en blandura, amó a Ricardo desde aquel día muy tiernamente. Veis aquí cómo lo que nunca pudo hacer el dar contino, ni las muchas señales de amor de muy largo tiempo, en breve espacio se hizo con estar él con ella holgando aquel rato; así que esta burla o traición, si así quisiéredes llamalla, fue buen camino para alcanzar aquella gran fortaleza del alma que habéis dicho.

Paréceme, señor, dixo miser Bernardo, que vos hacéis un falsísimo prosupuesto, porque si las mujeres diesen siempre el alma a quien les tiene el cuerpo, todas amarían más a sus maridos que a ninguna otra persona del mundo; de lo cual se ve por experiencia lo contrario; mas Juan Boccacio era, como vos, con gran sinrazón, gran enemigo dellas.

Yo no soy enemigo dellas, respondió Gaspar Pallavicino, aunque pocos hombres de valor se hallan que no las tengan en poco, puesto que por algún respeto muestren tenellas en mucho.

Respondió a esto miser Bernardo: Vos agora en eso no solamente hacéis injuria a las mujeres, mas aun a todos los hombres que las aman y las precian; pero, en fin, yo, como ya he dicho, no me quiero salir por agora de mi principal propósito, que es el de las burlas, ni entrar en una demanda tan recia, como sería defender las mujeres contra vos, que sois un gran guerrero; por eso acuerdo de dar fin a esta mi habla, la cual por ventura ha sido harto más larga que fuera menester, y no tan buena como vosotros esperábades. Y pues yo veo todas estas señoras estar a esto tan sosegadas y sufrir con tanta paciencia las injurias que les decís, pensaré dende agora ser verdad en parte lo que ha dicho el señor Otavián, que a ellas no se les da nada de cualquier tacha que les pongan, con tal que no las toquen en la bondad.

Las más de aquellas señoras entonces, porque la Duquesa les señaló que lo hiciesen así, se levantaron, y todas, riendo, arremetieron contra Gaspar Pallavicino como por mesalle, y aun hacer dél

lo que hicieron de Orfeo las sacerdotisas de Baco; y decían a voces: Agora veréis si nos pesa que digan mal de nosotras. Y así, por la mucha risa, y porque todos a esto se levantaron en pie, fue tanto el alboroto, que algunos que ya comenzaban a tener sueño por ser ya tarde, quedaron muy desvelados.

Y comenzó Gaspar Pallavicino a decir: ¿Veis cómo por no tener estas señoras justicia quieren aprovecharse de la fuerza, y así andan por desbaratar la plática, metiendo el juego a barato?

No se os hará, respondió Emilia, como pensáis; que vos agora, pues veis a miser Bernardo cansado con lo mucho que ha dicho sobre la materia que ha tratado, comenzáis a decir mal de mujeres, pensando que no habrá quien vuelva por ellas, y engañaisos en eso; porque nosotras pornemos en campo un caballero de refresco, que ni estará cansado, ni dexará de pelear con vos, a fin que vuestras culpas sean castigadas; y en esto, volviéndose al manífico Julián, el cual hasta entonces había siempre callado, díxole: A vos os tienen todos por un muy gran protetor de las mujeres; por eso agora es tiempo de mostrar que no sin causa alcanzastes tan buena fama. Y si hasta aquí habéis llevado alguna satisfación de tan honrado oficio, pensá que agora, si nos defendiéredes de tan fuerte enemigo, nos obligaréis a que sea la remuneración mayor, y ha de ser tan grande este cargo que nos echáredes, que aunque nunca hagamos sino pagaros, habrá de quedar la deuda siempre en pie.

Respondió el manífico Julián a esto: Paréceme, señora, que vos honráis agora mucho a vuestro adversario, y muy poco a quien ha sido de vuestra parte; porque cierto hasta aquí ninguna cosa ha dicho el señor Gaspar Pallavicino contra las mujeres a la cual miser Bernardo no haya maravillosamente respondido, y creo yo que nadie hay de nosotros que dexe de conocer cuán gran acatamiento les deba el Cortesano, y que el que fuere bien criado y discreto jamás se porná en burlallas de poco honestas. Por eso, disputar una verdad tan manifiesta parece que es casi poner duda en lo que está claro. Mas, porque lo digamos todo, pienso que el señor Otavián ha hablado un poco más largo de lo que convenía, diciendo que las mujeres son animales imperfetísimos, y no dispuestas a hacer ninguna obra virtuosa, y de poco o de ningún valor en comparación de los hombres, y porque muchas veces se da fe a las personas de autoridad, hasta en las cosas que no son del todo verdaderas, no solamente cuando hablan en seso, mas aun cuando están burlando, ha sido el señor Gaspar movido con las palabras del señor Otavián a decir que los hombres sabios las tienen en poco, lo cual es falsísimo; antes muy pocos hombres especiales he conocido yo que no las amasen y acatasen mucho; porque la virtud dellas, y por consiguiente su reputación, no es menor, si yo no me engaño, que la de los hombres. Pero todavía, si esto hubiese de venir a disputarse, la parte de las mujeres recibiría muy gran perjuicio, porque estos caballeros han formado un Cortesano tan ecelente, que quien pusiere

el pensamiento a contemplalle tal, imaginará las perficiones de las mujeres no poder llegar a tan alto término; por eso debría ponerse la cosa en igualdad. Mas para esto sería primero necesario que un hombre tan sabio o tan bien hablado como el señor conde Ludovico y el señor miser Federico formase una Dama con todas las ecelencias conformes a una mujer perfeta, como ellos han formado un Cortesano con las ecelencias conformes a un perfeto hombre; y entonces, si el que defendiese la parte dellas fuese siquiera medianamente avisado y hábil en su hablar, pienso que por ser ayudado de la verdad mostraría claramente que las mujeres valen tanto como los hombres.

Mas antes valen mucho más, respondió Emilia, y si no vedlo: que la virtud parece que es mujer, y el vicio hombre.

Rióse a esto Gaspar Pallavicino, y volviéndose a miser Nicolo Frigio, díxole: ¿Qué os parece a vos desto, señor Frigio?

Que he lástima al señor Manífico, respondió el Frigio, porque engañado con los ofrecimientos y blanduras de la señora Emilia, ha dicho cosas que yo por su honra me corro dellas.

Respondió riendo Emilia: Harto más os correréis vos de vos mismo cuando viéredes al señor Gaspar Pallavicino confesar su culpa y la vuestra, y pedirnos perdón, a tiempo que quizá nosotras no querremos dárselo.

Dixo la Duquesa entonces: Por ser ya muy tarde, pienso que será bien dexar esto para mañana, en especial porque me parece bueno el consejo del señor Manífico, que antes de venir a esta disputa se forme una Dama perfeta, como han formado estos caballeros un perfeto Cortesano.

Señora, dixo entonces Emilia, quiera Dios que no hayamos puesto nuestra justicia en manos de quien esté conjurado con el señor Gaspar, y nos pinte una cortesanía que no sepa sino de estar en la cocina y de hilar.

Por cierto ése es, dixo el Frigio, el proprio oficio de las mujeres.

Yo quiero, dixo entonces la Duquesa, fiar del señor Manífico, el cual, por ser de tan buen entendimiento y juicio, como todo el mundo sabe, imaginará la más alta perfición que desearse pueda en mujer, y así como lo sabrá pensar, así también la sabrá decir, y desta manera no nos faltarán razones para contradecir a lo que falsamente nos levanta el señor Gaspar.

Señora, respondió el Manífico, yo no sé si ha sido buena determinación la vuestra en quererme dar cargo de tanta calidad, porque en verdad yo no me hallo bastante para tan gran cosa; y no penséis, señora, que mi habilidad sea tan grande que pueda igualar con la del señor Conde y la del señor miser Federico, los cuales, con la abundancia de su buen hablar, han formado un Cortesano tal que podemos decir que nunca fue ni puede ser quizá; mas todavía, si vos mandáis que yo tome este cargo, sea a lo menos con la misma condición que hasta agora se ha guardado, y es que cada

uno pueda, donde le pareciere, contradecirme; porque yo esto no pensaré que sea sino ayudarme, y haciéndose así, podrá ser que con enmendar mis yerros se descubra aquella perfición que agora buscamos en una gentil dama.

Yo espero, respondió la Duquesa, que vos hablaréis tan bien en esto que se os podrá contradecir muy poco. Así que levantá vuestro espíritu, y hacenos tal esta dama que estos nuestros adversarios se corran de decir que no puede igualarse con el Cortesano, del cual basta por agora lo que miser Federico ha dicho, que harto nos parece que le ha subido, en especial poniéndole en tan alto punto que haya de ser puesto en comparación con una dama.

Señora, dixo miser Federico, a mí ya poco o no nada me queda por decir del Cortesano, y lo que tenía pensado de decir más adelante, háseme olvidado todo, con lo que miser Bernardo ha dicho sobre la materia que ha tratado.

Si así es, dixo la Duquesa, mañana, acudiendo acá todos a buen hora, ternemos tiempo de hablar en la una cosa y en la otra. Y dicho esto levantáronse todos, y haciendo cada uno reverencia a la Duquesa, fuéronse a sus posadas.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO DEL CORTESANO

EL TERCER LIBRO DEL CORTESANO

DEL CONDE BALTASAR CASTELLÓN
A MISER ALFONSO ARIOSTO

TRADUCIDO DE ITALIANO EN CASTELLANO

[PRÓLOGO]

Léese que Pitágoras, sotilísimamente y con gran arte, halló la medida del cuerpo de Hércules, desta manera: que sabiendo cierto que aquel espacio, en el cual de cinco en cinco años se celebraban los juegos olímpicos en Acaya, cerca de Élide, delante el templo de Júpiter Olímpico, había sido medido por Hércules y hecho dél un estadio de seiscientos y veinte y cinco pies de los suyos, y que los otros estadios que después por toda Grecia fueron instituidos eran también de seiscientos y veinte y cinco pies, pero con todo esto menores que aquel primero, fácilmente conoció, tiniendo ojo a esta proporción, cuánto el pie de Hércules hubiese sido mayor que los otros pies humanos. Y así, entendida la medida del pie, con ella llegó a entender todo el cuerpo de Hércules haber sido tanto mayor que los de los otros hombres proporcionalmente, cuanto aquel otro estadio ecedía en grandeza a los otros. De esta arte vos, señor miser Alfonso, podréis claramente, por esta pequeña parte de todo el cuerpo, sacar cuánta ventaja llevase la corte de Urbino a todas las otras de Italia, considerando cuánto en ella estos juegos, los cuales fueron inventados para desenfadar los corazones fatigados de otros negocios graves, fuesen mejores que todos los que en las otras cortes de Italia se usaban. Y si estas cosas en que no iba mucho eran tales, pensá cuáles serían las otras de más importancia, donde el seso y el cuidado suelen poner todas sus fuerzas. En esto yo oso hablar muy confiadamente con esperanza de ser creído, porque ya veis que yo no alabo cosas tan antiguas, que tenga licencia de fengir, y puedo muy bien probar cuanto digo con muchos hombres de autoridad que aún viven, y que en su presencia han visto y conocido la vida y costumbres que en aquella casa de Urbino un tiempo florecieron, a la cual yo debo tanto que quedo obligado a esforzarme de trabajar con toda diligencia que su memoria no se pierda, y hacella vivir con mis escritos en los corazones de nuestros descendientes, de donde podrá proceder por ventura que

en los tiempos venideros no falte quien tenga invidia a nuestros tiempos, porque no hay que sepa los maravillosos hechos de los antiguos, que en su corazón no forme una cierta opinión de aquéllos de quien se escribe, mayor que no parece que puedan exprimir los libros, por más que divinamente estén escritos. Así, yo deseo que todos aquéllos en cuyas manos viniere este nuestro libro, si con todo en algún tiempo tanto favor mereciere que de caballeros de honra y de damas de precio merezca ser leído, piensen y tengan por cierto haber sido la corte de Urbino mucho más ecelente y llena de singulares hombres que pudiésemos nosotros escribiendo esplicallo. Y, si en mí hubiese tanta elocuencia, cuanto en ellos había valor, no ternía yo agora necesidad de otros testigos para hacer que a nuestras palabras diesen todos entera fe.

[CAPÍTULO I]

[*Cómo la Duquesa dio el cargo al Manífico Julián de formar una perfeta Dama con las calidades que le convienen, así como queda un perfeto Cortesano en lo ya platicado en los dos libros pasados, el cual, acetándolo, comenzó su plática.*]

Siguiendo, pues, nuestro propósito, digo que vueltos aquellos caballeros el siguiente día a la hora acostumbrada, adonde la Duquesa estaba, y asentados todos con gran silencio, estuvieron luego un rato mirando a miser Federico y al manífico Julián, esperando cuál dellos comenzaría a hablar; y así la Duquesa, después que hubo estado callando un poco, dixo: Sabé, señor Manífico, que todos aquí desean ver esa vuestra Dama muy bien aderezada; por eso, si no la mostráredes tal que toda su hermosura se vea, pensaremos que de celoso lo habéis hecho.

Señora, respondió el Manífico, si yo la tuviese por hermosa, mostraríala sin ningún aderezo, y de la manera que Paris quiso ver las tres diosas; pero si todas estas señoras, pues ellas me han puesto en este cuidado, no me ayudan a aderezalla, yo pienso que no solamente el señor Gaspar y el señor Frigio, mas aun todos estos otros señores ternán justa causa de decir mal della. Por eso agora, mientras ella está en alguna opinión de hermosa, será por ventura mejor tenella secreta, y oír lo que le queda a miser Federico por decir del Cortesano, el cual, sin duda, pienso yo que parece ya mejor de lo que podría parecer esta mi Dama.

Lo que yo entendía, respondió miser Federico, de decir del Cortesano no es cosa que haga tanto al caso que no pueda muy bien dexarse; antes es materia casi diversa de la que hasta aquí se ha tratado.

Pues decirnos qué es, dixo la Duquesa.

Yo quería, respondió miser Federico, declarar las causas de estas órdenes de caballeros fundadas por grandes príncipes debaxo de di-

versos títulos; como es la de San Miguel [201] en la casa de Francia, y la de la Jaretiera [202], que es debaxo del nombre de San Jorge, en la casa de Inglaterra, y la del Tusón [203] en la de Borgoña; y pensaba decir de qué manera se suelen dar estas dinidades, y cómo se quitan a los que merecen ser despojados dellas, y de dónde han procedido y quiénes fueron los fundadores dellas, y a qué fin han sido fundadas; porque en las grandes cortes suelen ser siempre los caballeros destas órdenes hombres muy principales. Pensaba también, si hubiese tenido tiempo, demás de la diversidad de las costumbres que se usan en las cortes de los príncipes cristianos en la manera del servirse, y en el andar los galanes con las damas, y en las fiestas y justas y juegos de cañas y semejantes cosas, decir algo de la del Gran Turco; pero más particularmente de la del Sofí [204], rey de Persia, porque siendo yo informado por mercaderes que largo tiempo han estado en aquella tierra, los caballeros de allá ser muy valerosos y de gentiles costumbres, y en el tratar unos con otros, y en el servir a las damas y en todas las otras cosas muy bien criados y discretos, y en las armas cuando se ofrece, y en las fiestas y juegos tener mucho punto y ser francos y galanes, heme dado a saber qué manera tengan ellos y qué arte en todo esto, y de qué cosas más se precien, y en qué consistan sus pompas y sus aderezos de vestidos y de armas, y en qué sean ellos diferentes de nosotros, y en qué conformes, qué forma de trato tengan las mujeres con los hombres, y con qué seso sepan traer a los que andan con ellas de amores; mas a la verdad no es agora tiempo de entrar en esto, en especial habiendo otras cosas que decir, mucho más a nuestro propósito que no éstas.

Antes esto y otras muchas cosas hace, respondió Gaspar Pallavicino, harto más al propósito que formar la Dama que aquí se ha dicho, considerado que las mismas reglas que son para el Cortesano son también para la Dama; porque así debe ella como él tener respeto al tiempo y al lugar, y guardar, según su flaqueza, todas las otras circunstancias que aquí muchas veces se han tocado. Y por eso, en lugar desto, quizá no sería malo decir alguna particularidad de las que nos muestran a saber servir a un príncipe; que por cierto al Cortesano conviene sabellas y hacellas con buena gracia, o, ya que esto no se dixese, a lo menos sería bien se tratase qué manera se ha de tener en los exercicios del cuerpo, y cómo hemos de menear un caballo, y jugar de armas y luchar, y en qué consiste la dificultad de todas estas cosas.

Dixo entonces la Duquesa riendo: Un Cortesano tan ecelente no ha de servir a nadie; y esos otros exercicios que vos decís dexé-

---

201 Orden militar fundada en 1469 por Luis XI de Francia.

202 Orden de la Jarretera, fundada en el siglo XIV por Eduardo III de Inglaterra.

203 Orden del Toisón de Oro, fundada en 1429 por Felipe, duque de Borgoña.

204 Se refiere probablemente a la corte de Ismail, que reunificó Persia y adoptó en 1502 el título de *sah*.

molos a miser Pietro Monte, que él terná cuidado de mostrallos cuando le pareciere tiempo; por eso agora el señor Manífico no ha de tratar de otra cosa sino desta Dama, a la cual paréceme que ya vos comenzáis a haber miedo, y así ha rato que andáis por desbaratar la plática, y atravesáis otras materias escusadas.

Tiene razón el señor Gaspar, respondió el Frigio, que ciertamente no hace agora al caso hablar de mujeres, en especial quedando más que decir del Cortesano; porque verdaderamente no debrían mezclarse estas dos cosas.

Vos os engañáis, respondió miser César Gonzaga, porque así como no puede haber corte ninguna, por grande y maravillosa que sea, que alcance valor ni lustre ni alegría sin damas, ni Cortesano que tenga gracia, o sea hombre de gusto o esforzado, o haga jamás buen hecho, sino movido y levantado con la conversación y amor dellas; así también el tratar agora esta materia desta cortesanía no alcanzará su perfición si ellas no se atravesaren, poniendo en ello aquella parte de buena sombra y de gentil gracia, con la cual se hace perfeto el ser del Cortesano.

Rióse a esto Otavián y dixo: Veis aquí un poco de aquella salsa que hace enloquecer a los hombres.

El Manífico Julián entonces, volviéndose a la Duquesa, díxole: Señora, pues vos así lo mandáis, yo diré lo que supiere; pero temo mucho que no he de salir desto con mi honra. Y cierto por menor trabajo ternía formar una señora que mereciese ser reina de todo el mundo, que una perfeta Dama, porque désta no tengo yo original de donde sacalla, pero de la reina no sería menester ir muy lexos para hallarle; y bastaría sólo imaginar las grandes ecelencias de una señora que yo conozco, y, contemplándolas, enderezar todo mi espíritu a exprimir con palabras lo que muchos ven con los ojos; y, ya que no fuese para hacer nada desto, nombrando solamente a esta señora, salría con mi intinción y daría harto buen cabo a lo comenzado.

Dixo entonces la Duquesa: No os salgáis de vuestro propósito, señor Manífico; no quebrantéis la orden puesta en esto, ni curéis sino de formar esa Dama, de tal manera que aquella señora que habéis dicho tenga de quien poder servirse con mucha honra.

Prosiguió el Manífico, diciendo: Pues luego, señora, porque se vea claramente que vuestros mandamientos pueden tanto en mí que bastan hasta hacerme probar a hacer lo que no sé hacer, formaré esta Dama como yo la querría, y después que la haya formado conforme a mi juicio, si viniere la cosa a no poder alcanzar otra, o a haberme e contentar con ésta, tomalla he y ternéla por mía, como Pimalión [205] tuvo la suya. Y porque el señor Gaspar ha dicho que las reglas que aprovechan al Cortesano aprovechan también a la

---

[205] Alusión a Pigmalión, mítico rey de Chipre, enamorado de una estatua a la que Venus otorgó la vida.

Dama, yo digo, cuanto a lo primero, que mi opinión es muy contraria en esto de la suya; que aunque alguna calidades sean comunes a entrambos, y tan necesarias al hombre como a la mujer, hay otras que convienen más a la mujer que al hombre, y otras que cuadran a los hombres, de las cuales las mujeres deben huir totalmente. Lo mismo digo en los exercicios del cuerpo. Mas sobre todo me parece que en la manera, en las palabras, en los ademanes y en el aire, debe la mujer ser muy diferente del hombre, porque así como le conviene a él mostrar una cierta gallardía varonil, así en ella parece bien una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza de hombre. Así que añadiendo esta consideración a las reglas que estos caballeros han dado al Cortesano, pienso que de muchas dellas podría la Dama, según ha dicho el señor Gaspar, aprovecharse; porque muchas virtudes del alma son necesarias en la mujer como en el hombre; y así lo son también la nobleza del linaje, el huir la afetación, el tener gracia natural en todas sus cosas, el ser de buenas costumbres, ser avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente, no vana, no revoltosa ni porfiada, no desdonada, poniendo las cosas fuera de su tiempo, saber ganar y conservar el amor de su señora y de todos los otros, y hacer bien y con buena gracia los exercicios que convienen a las mujeres. De la hermosura se ha de hacer otra cuenta, porque es mucho más necesaria en la Dama que en el Cortesano; que ciertamente a la mujer que no es hermosa no podemos decir que no le falte una muy gran cosa. Debe también ser más recelosa que no el hombre en lo que toca a su honra, y tener mayor cautela en no dar ocasión que se pueda decir mal della, y regirse de tal manera que no solamente sea libre de culpa, mas aun de sospecha; porque la mujer no tiene tantas armas para defenderse de lo que le levantan como el hombre. Mas porque el señor conde Ludovico ha esplicado particularmente el principal oficio del Cortesano, y ha querido que fuese el de las armas, paréceme también justa cosa de decir cuál sea, según mi opinión, el de la Dama, y en esto consiste la mayor parte de lo que yo he de tratar agora. Así que dexando aquellas virtudes del alma que le son a ella comunes con el Cortesano, como es la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia y muchas otras, y asimesmo aquellas calidades que se requieren en todas las mujeres, como ser buena y discreta, saber regir la hacienda del marido, y la casa y los hijos si fuere casada, y todas aquellas partes que son menester en una señora de su casa, digo que la que anda en una corte o en otro lugar donde se traten cosas de gala, paréceme que de ninguna cosa tenga tanta necesidad como de una cierta afabilidad graciosa, con la cual sepa tratar y tener correa con toda suerte de hombres honrados, tiniendo con ellos una conversación dulce y honesta, y conforme al tiempo y al lugar y a la calidad de aquella persona con quien hablare. Y todo

esto ha de hacer ella mezclando en sus costumbres sabrosas y moderadas y en la honestidad, la cual siempre ha de andar en todo, una presta viveza de espíritu, que la haga, muy ajena de toda grosería; pero esto con tal manera de seso y de bondad lo haga, que en opinión de todos sea tan buena, prudente y bien criada, cuanto graciosa, avisada y discreta.

Por eso tiene necesidad de guardar una cierta medianía difícil, y casi compuesta de contrarios, con la cual llegue puntualmente a cierto término con tan buen tiento que no le pase. Así que no debe esta Dama, por querer hacerse tener por muy buena y honesta, ser tan recogida y mostrarse tan enemiga de las compañías y pláticas algo sueltas, que hallándose entre ellas se aparte luego; porque haciéndolo así fácilmente se podría sospechar della que se finge tan recogida por disimular y hurtar el viento a los que andan en el rastro de sus secretos; y también la manera del vivir tan estrecha y desconversable suele siempre ser odiosa. Tampoco debe, por mostrarse muy desenvuelta y graciosa, decir palabras deshonestas, ni usar una familiaridad demasiadamente suelta, de tal manera que se haga tener por mala siendo buena, sino que, cuando se hallare en semejantes pláticas, las escuche, pero con algún empacho y con una vergüenza noble, sin grosería.

Asimismo; debe huir una tacha, en la cual yo he visto caer muchas, que es decir y escuchar de muy buena gana alguna infamia de otras mujeres; guárdese desto mucho, porque las que, oyendo contar cosas deshonestas de otras, se alteran dello cuerdamente, y muestran no creello, señalando tener por una cosa de monstruo que una mujer sea mala, dan manifiesta señal de sí, que pareciéndoles a ellas aquella culpa tan fea, deben hallarse sanas della en la conciencia; mas las que andan siempre escudriñando amores ajenos, y contándolos con grandes particularidades y con mucho placer, dan a entender claramente que tienen dellos invidia, y que quieren derramallos por todo el mundo, porque tengan ellas también licencia con aquel enxemplo de hacer lo mismo; y así, cuando se ofrecen semejantes cuentos, ríen muy sueltamente, y dicen tales palabras, y hacen tales ademanes que muestran gustar entrañablemente de aquella plática, y de aquí nace que los hombres que entonces las escuchan, aunque parezca que huelguen y tengan aquello por bueno, en volviéndoles las espaldas llevan dellas muy mal conceto, y las desprecian, y piensan que todo aquello hayan ellas dicho y hecho por hacellos caer y ponelles osadía que pasen más delante a otras más peores cosas, y así de lance en lance llega la cosa a término que con razón las difaman, y al cabo vienen a tenellas en tan poco que hasta de su conversación huyen, y se aborrecen con ellas totalmente; y, por el contrario, ningún hombre hay tan mal criado ni tan loco que no tenga siempre mucho acatamiento a las cuerdas y tenidas por buenas, porque aquella gravedad, templada con seso y bondad, es casi un escudo contra el desacato y bes-

tialidad de los locos. Y así se vee por esperiencia que una palabra, una risa, una señal, por pequeña que sea, de amor de una mujer honesta y grave, es tenida en más que todas las blanduras y regalos de las que así sin ningún tiento se muestras desvergonzadas. Estas tales son las que muchas veces, siendo buenas, se condenan por malas con aquellas sus risas desatentadas, con aquel su hablar siempre y con aquellas sus locuras y truhanerías que usan a cada paso.

Mas porque las palabras que no traen sustancia, ni van fundadas sobre algún sujeto de alguna calidad, son vanas y casi son niñerías, es necesario que la Dama, demás del conocimiento que ha de tener de la persona con quien hablare, tenga noticia de muchas cosas, porque, tratando agora de las unas y agora de las otras, haga su conversación larga, desenfadada y sustancial. Ha de saber también en el conversar escoger de todas las cosas que supiere las que hicieren más el propósito de la condición de aquél con quien hablare, y tenga aviso en no decir a descuido alguna vez palabras que le ofendan, y guárdese de ser pesada, alabándose indiscretamente o hablando mucho; no ande mezclando en las burlas cosas de seso, ni en las cosas de seso burlas; no sea grosera ni vana en mostrar saber lo que no sabe; mas procure cuerdamente de honrarse con lo que sabe, huyendo, como ya hemos dicho, la afetación en todo; con esto quedará ella aderezada y ennoblecida de buenas costumbres, y hará con buena gracia los exercicios del cuerpo que en mujer se requieren, y terná su habla abundosa y llena de prudencia, de honestidad y de gusto, y así será no solamente amada, mas acatada de todo el mundo, y podrá ser que merezca igualarse con este nuestro gran Cortesano, así en las calidades del alma como en las del cuerpo. En acabando de decir esto el Manífico Julián, calló y estuvo sobre sí, casi como si hubiese puesto fin a su habla.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Por cierto, señor Manífico, vos tenéis ya muy bien aderezada esa vuestra Dama, aunque todavía me parece que os habéis tenido mucho a lo general, y habéis señalado en ella algunas cosas tan grandes, que se me antoja que de vergüenza dexastes de declarallas; y lo que hasta aquí le tenéis dado, más aína me parece que ha sido deseárselo, como los que desean cosas imposibles, que habello mostrado. Por eso querría a lo menos que nos declarásedes algo más en particular cuáles sean los exercicios del cuerpo más conformes a ella, y qué manera haya de ser la suya en la conversación que tuviere con los hombres para dexallos con gusto y con buena opinión de sí, y cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella, según dixistes, ha de tener noticia; y si entendéis que la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia y aquellas otras virtudes tantas que habéis dicho le hayan de aprovechar solamente para el gobierno de su casa y de sus hijos y de sus criados, lo cual vos no queréis que sea su principal fin, o verdaderamente para la buena conversación y para hacer con gentil gracia los

exercicios del cuerpo que le convienen; y entre éstas y éstas os suplico señor, que os guardéis de poner estas pobres virtudes en tan baxo oficio que hayan de quedar corridas.

Rióse a esto el Manífico Julián, y dixo: Sea lo que fuere, señor Gaspar, que vos, en fin, no podéis dexar de mostrar la mala voluntad que tenéis a las mujeres; pero cierto a mí me parecía haber ya dicho harto sobre esta materia, en especial hablando con personas tan sabias; porque en verdad no pienso yo que haya aquí nadie de vosotros que no sepa, acerca de los exercicios del cuerpo, que no convernía a una mujer exercitarse en cosas de armas, ni menear un caballo, ni jugar a la pelota, ni luchar, ni hacer muchas otras cosas que son proprias solamente para los hombres.

Dixo entonces el único Aretino: Solía usarse entre los antiguos luchar las mujeres desnudas con los hombres; pero nosotros por nuestros pecados hemos perdido esta buena costumbre juntamente con otras muchas.

Acudió a esto miser César Gonzaga diciendo: Yo en mis días he visto mujeres jugar de armas, y a la pelota, menear un caballo, ir a caza, y hacer casi todos los exercicios que pudiera hacer un hombre.

[CAPÍTULO II]

[*En el cual, prosiguiendo el Manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, dice los exercicios que le competen, y cómo los debe usar; y también quiere que la Dama tenga noticia de letras, de música y del pintar, y otras muchas calidades, sobre lo cual pasan entre los cortesanos sotiles razones y réplicas.*]

Pues que yo, respondió el Manífico, tengo licencia de formar esta Dama a mi placer, no solamente no quiero que use esos exercicios tan impropios para ella, pero quiero que aun aquellos que le convienen los trate mansamente, y con aquella delicadeza blanda que, según ya hemos dicho, le pertenece. Y así [en] el danzar no querría vella con unos movimientos muy vivos y levantados, ni en el cantar o tañer me parecería bien que usase aquellas diminuciones fuertes y replicadas que traen más arte que dulzura; asimismo los instrumentos de música que ella tañiere estoy en que sean conformes a esta intinción; imaginá agora cuán desgraciada cosa sería ver una mujer tañendo un atambor, o un pífaro, o otros semejantes instrumentos; y la causa desto es la aspereza dellos, que encubre o quita aquella suavidad mansa que tan propriamente y bien se asienta en las mujeres. Por eso, si alguna vez le dixeren que dance o taña o cante, debe esperar primero que se lo rueguen un poco, y cuando lo hiciere, hágalo con un cierto miedo, que no llegue a embarazalla, sino que solamente aproveche para mostrar en ella una

vergüenza natural de mujer (de) casta, la cual es contraria de la desvergüenza; y aun su vestir debe también ayudar a esto; y así han de ser sus vestidos de manera que no la hagan vana ni liviana. Mas porque a las mujeres es permitido y debido que tengan más cuidado de la hermosura que los hombres, y en la hermosura hay muchas diversidades, debe esta Dama tener buen juicio en escoger la manera del vestido que la haga parecer mejor, y la que sea más conforme a lo que ella entiende de hacer aquel día que se viste; y conociendo en sí una hermosura lozana y alegre, débele ayudar con los ademanes, con las palabras y con los vestidos, que todos tiren a lo alegre. Y también si se conoce ser de un arte mansa y grave, debe seguilla acudiéndole con las cosas conformes a ella por acrecentar aquel don de la naturaleza que Dios le dio. Asimismo, siendo un poco más gorda o flaca de lo que conviene, o siendo blanca o algo baza, es bien que se ayude con saberse vestir como mejor le estuviere; mas esto halo de hacer tan disimuladamente que cuanto más cuidado pusiese en curar su rostro y en traer su persona aderezada, tanto mayor descuido muestre en ello. Pero porque el señor Gaspar Pallavicino preguntó poco ha cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella deba tener noticia, y qué manera de conversación haya de ser la suya para saber tratar con cualquier género de hombres honrados, y si deben las virtudes servir a este trato, digo que yo quiero que esta Dama alcance algún conocimiento de aquello que estos caballeros han querido que sepa el Cortesano; y aun en aquellos exercicios que hemos dicho no convenille, será bien que tenga aquel juicio que muchas veces nos acaece tener en las cosas que no sabemos hacellas, aunque sepamos juzgallas; y esto halo de alcanzar ella por saber alabar y preciar las habilidades que viere en los galanes, según los méritos de cada uno; y por replicar en parte con pocas palabras lo que ya se ha dicho, quiero que esta Dama tenga noticia de letras, de música, de pinturas, y sepa danzar bien, y traer, como es razón, a los que andan con ella de amores, acompañando siempre con una discreta templanza, y con dar buena opinión de sí, todas aquellas otras consideraciones que han sido enseñadas al Cortesano; y haciéndolo así, parecerá bien a todos hablando o riendo, en juegos, en burlas, y, en fin, en cuanto hiciere, y sabrá entretener discretamente y con gusto a cuantos tratare; y puesto que la continencia, la grandeza del ánimo, la templanza, la fortaleza, la prudencia y las otras virtudes parezca que no hagan al caso para la buena conversación que hemos dicho, yo quiero que esta Dama las tenga todas, no tanto por esta buena conversación, no embargante que aun a ésta pueden aprovechar, cuanto porque sea virtuosa, y porque estas virtudes la hagan tal, que componiendo y ordenando con ellas todas sus obras, sea tenida en mucho.

Maravíllome, dixo entonces riendo Gaspar Pallavicino, que pues dais a las mujeres las letras, la continencia, la grandeza del ánimo y

la templanza, no queráis también que ellas gobiernen las ciudades, y hagan las leyes, y traigan los exércitos, y que los hombres se estén quedos hilando, o en la cocina.

Respondió sonriéndose el Manífico: Aun quizá eso no sería malo; y tras esto dixo: ¿No sabéis vos que Platón, el cual, a la verdad, no era muy amigo de las mujeres, quiere que ellas tengan cargo del regimiento de las ciudades, y que los hombres no entiendan sino solamente en las cosas de la guerra? ¿No creéis vos que se hallarían muchas tan sabias en el gobierno de las ciudades y de los exércitos como los hombres? Mas yo no he querido dalles este cargo, porque mi intinción es formar una Dama, y no una reina. Conozco agora bien que vos queríades tornar a mover aquello que falsamente dixo ayer contra ellas el señor Otavián, cuando no tuvo empacho de decir que las mujeres son animales imperfetísimos y no dispuestas a hacer ninguna obra virtuosa, y de muy poco valor, y de menos autoridad en comparación de los hombres; pero verdaderamente vos y él recibiríades muy gran engaño si eso pensásedes.

Yo no quiero, dixo entonces Gaspar Pallavicino, tornar a mover las cosas ya dichas, mas paréceme que vos querríades agora con vuestras palabras hacerme decir algo que ofendiese a estas señoras; y así por la una parte me revolveríades con ellas, y por la otra las granjearíades para vos con vuestras lisonjas; pero, con todo, yo las tengo a ellas por tan discretas, que pienso que querrán más la verdad, aunque no les sea muy favorable, que la mentira, por más que sea en loor suyo. Y con esto no ternán por malo que yo diga que los hombres les llevan alguna ventaja, ni dexarán de confesar que habéis vos dicho grandes milagros, y puesto en esta Dama algunas imposibilidades que más parecen burla que otra cosa, y que, en fin, la habéis hecho llena de tantas virtudes, que Sócrates y Catón y todos los filósofos del mundo quedan baxos para con ella. Y ciertamente, hablando aquí agora entre nosotros, yo me maravillo mucho que no hayáis habido empacho de desmandaros tanto; que harto os debiera bastar hacer que esta Dama fuese hermosa, discreta, honesta y dulce, y que supiese con buena conversación tratar con hombres honradamente, y danzase bien, y no dexase de saber tañer y cantar a su tiempo, cuando hiciese al caso y fuese para señalarse en burlas, en motes, y en otras cosas que cada día vemos usarse en la corte; pero querelle dar conocimiento de todas las cosas del mundo, y ponelle aquellas virtudes que tan pocas veces se han hallado en los hombres, ni en nuestros tiempos ni en los pasados, es una cosa que ni sufrir ni escucharse puede. Y a lo que decís que ha dicho el señor Otavián, que las mujeres son animales imperfetos, y, por consiguiente, de menor valor que los hombres, y que en ellas no caben las virtudes que caben en ellos, digo que no quiero yo por agora meterme en eso, ni entiendo de afirmallo; porque lo que estas señoras valen no me haga salir mentiroso. Séos bien decir que hombres sabios y muy dotos han

dexado escrito que la natura, por cuanto siempre entiende y es su propósito hacer las cosas más perfetas, haría, si pudiese, continamente hombres; y así cuando nace una mujer, es falta y yerro de natura y contra su intinción; como acaece en uno que nace ciego o coxo o con algún otro defeto; lo mismo se vee en aquellos árboles en los cuales suele haber mucha fruta que nunca madura, y por eso podemos decir que la mujer es un animal producido a caso. Y si queréis ver esto, mirá las operaciones del hombre y las de la mujer, y por ellas sacaréis la perfición del uno y la imperfición del otro; mas, con todo, pues ellas tienen todas estas tachas por culpa de la natura, que las ha hecho tales, no debemos por eso dexar de amallas y tenellas aquel acatamiento que es razón; pero preciallas más de lo que merecen, y pensar que sean más de lo que son, eso nunca dexaré de decir que es error manifiesto.

Esperaba el manífico Julián que Gaspar Pallavicino dixese más; pero viendo que ya callaba, dixo: Para probar imperfición en las mujeres, paréceme que habéis traído una razón muy fría, a la cual, aunque agora por ventura, ni el lugar ni el tiempo no nos sufran entrar en estas sotilezas, respondo, según la opinión de los que más saben y según la verdad, que la sustancia en ninguna cosa puede recebir en si más o menos; y por eso, así como ninguna piedra puede ser más perfetamente piedra que otra, cuanto al ser de la piedra, ni un león más perfetamente león que otro, así un hombre no puede ser más perfetamente hombre que otro, y, por consiguiente, no será el macho más perfeto que la hembra cuanto a la sustancia suya formal, porque entrambos se comprenden debaxo de la especie del hombre, y aquello en que el uno es diferente del otro es cosa acidental y no esencial. Pues si tras esto me decís que el hombre es más perfeto que la mujer, si no cuanto a la esencia, a lo menos cuanto a los acidentes, respondo que estos acidentes es necesario que consistan o en el cuerpo o en el alma. Si en el cuerpo, por ser el hombre más recio, más hábil para los exercicios corporales, más ligero o mayor trabajador, digo que todos estos son indicios que señalan muy poca perfición; porque, aun entre los mismos hombres, los que tienen más estas calidades que los otros no son por ellas más estimados, y en las guerras, adonde se requiere mucho trabajo y fuerza, los más recios y más sueltos no son por eso tenidos en más. Si en el alma, digo que todas las cosas que puede entender el hombre puede también entender la mujer, y adonde puede penetrar el entendimiento dél podrá penetrar el della. Aquí paró un poco el manífico Julián y dixo luego sonriéndose: ¿No sabéis que en filosofía se tiene esta proposición, que los que tienen las carnes más delicadas tienen más sotil el entendimiento? Por eso las mujeres, por ser más delicadas de carnes, serán de entendimiento más sotil, y de ingenio más hábil para la especulación que los hombres. Pero, dexando esto y respondiendo a lo que dixistes, que por las obras podría yo sacar la perfición del

uno y la imperfición del otro, digo que si vos consideráis bien los efetos de la natura, hallaréis que ella produce las mujeres tales como son, no a caso, sino con razón, conforme al fin necesario que conviene; porque, aunque las haga para los exercicios del cuerpo blandas y sosegadas, y con muchas otras calidades contrarias a las de los hombres, todavía las condiciones de entrambos tiran a un solo fin, enderezado a un mismo provecho. De manera que como ellas por aquella su tierna blandura son menos esforzadas, así también por esta misma son más cautelosas. Por eso las madres crían a los hijos cuando niños, y los padres los enseñan y los ponen en cosas de virtud cuando son grandes, y con el esfuerzo andan ganando por el mundo lo que ellas después con su diligencia guardan dentro en casa; y no son menos de loar ellas en esto que ellos en lo otro. Pues si revolvéis las historias antiguas, y aun las modernas, no embargante que los hombres siempre fueron cortos en escribir las ecelencias de las mujeres, hallaréis que no han sido ellas ni son menos valerosas que ellos; y que ha habido muchas que en guerras alcanzaron señaladas vitorias y gobernaron reinos con gran prudencia y justicia, y, en fin, hicieron todo lo que han hecho hombres muy señalados y famosos. Pues acerca de las letras, ¿no se os acuerda haber leído de muchas que han alcanzado a ser muy sabias en filosofía; de otras que han sido ecelentísimas en poesía, y de otras tan entendidas en leyes que abogaban públicamente, y acusaban y defendían elocuentísimamente delante los jueces? De las obras manuales sería larga cuenta ponerse agora en decillas, y no habría necesidad de buscar testigos para proballas. Así que, si en la sustancia esencial el hombre no es más perfeto que la mujer, ni en los acidentes tampoco, y para la prueba desto, demás de las razones, se veen los efetos, yo no alcanzo en qué consista esta mejoría que dais al hombre. Mas porque vos habéis dicho que la natura siempre entiende de producir las cosas más perfetas, y por eso, que si ella pudiese, nunca produciría sino hombres, y que el producir mujeres es más aína error o falta de la natura que intinción suya, respondo que eso totalmente se niega. Y por cierto no sé yo cómo podéis vos decir que la natura no entiende de producir mujeres, pues sabéis que de ninguna cosa es ella más deseosa que de la conservación del linaje humano, el cual no puede conservarse sin ellas. Y así con el medio de esta compañía de macho y de hembra se producen los hijos, los cuales pagan a los padres ya viejos los beneficios recebidos en la niñez mantiniéndolos, así como fueron mantenidos dellos; y después vuelven a renovar otros con engendrar ellas también otros hijos, de los cuales esperan recebir en la vejez lo que siendo mozos dieron a sus padres; y de aquí la natura, casi volviendo esta rueda, hinche la eternidad, y da la inmortalidad a los mortales; siendo, pues, para esto tan necesaria la mujer como el hombre, yo no hallo razón por donde ella sea hecha más a caso que él. Vos con todo bien decís verdad, que la natura entiende

siempre de producir las cosas más perfetas, y por eso entiende de producir al hombre en su especie, pero no más varón que hembra; antes si siempre produxiese varón erraría mucho, porque, como del cuerpo y del alma resulta un compuesto más noble que sus partes, el cual es el hombre, así de la compañía del varón y de la hembra resulta un compuesto conservador de la especie humana, sin el cual las partes perecerían; y por eso macho y hembra a natura se consiguen y están siempre juntos, y no puede ser el uno sin el otro, y así no se debe llamar macho al que está sin hembra, según la definición del uno y del otro, ni hembra la que está sin macho. Y porque un sexo solo muestra imperfición, atribuyeron aquellos primeros teólogos de la gentilidad más antigua entrambos sexos a Dios; y así Orfeo dixo que Júpiter era macho y hembra; y léese en la *Sagrada Escriptura* que Dios formó a los hombres, macho y hembra, a su semejanza, y muchas veces los poetas, hablando de los dioses, confunden el sexo.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Yo cierto no querría que nosotros nos metiésemos en tan grandes honduras; porque he miedo que estas señoras no nos entenderán; y así, puesto que yo defienda bien mi parte, ellas creerán, o a lo menos mostrarán creer, que no tengo justicia; y, si a mano viene, darán la sentencia contra mí. Pero, ya que hemos tropezado en esto, diré brevemente lo que se me ofrece: El hombre, como vos mismo sabéis ser opinión de muy grandes filósofos, es comparado a la forma, y la mujer a la materia; y por eso, así como la forma no solamente es más perfeta que la materia, pero aun le da el ser, así el hombre es mucho más perfeto que la mujer. Y acuérdome haber oído que un gran filósofo, en unos problemas suyos, pregunta: ¿Qué es la causa que naturalmente la mujer ama siempre aquel hombre que fue el primero con quien ella se juntó a recebir sus deleites y, por el contrario, el hombre se aborrece con aquella mujer que ha sido la primera con quien él se envolvió por esta vía? Y poniendo la causa, afirma ser esto porque en semejante ayuntamiento la mujer recibe del hombre perfición, y el hombre de la mujer imperfición, y así cada uno ama naturalmente aquello que le hace perfeto, y desama lo que le hace imperfeto, y demás desto, gran argumento de la perfición del hombre y de la imperfición de la mujer es que generalmente todas las mujeres desean ser hombres por un cierto instinto natural que las guía a desear su perfición.

Respondió a esto el manífico Julián: Las cuitadas no desean ser hombres por ser más perfetas, sino por alcanzar alguna libertad y huir aquel señorío que los hombres malamente se han usurpado contra ellas; y esa comparación que vos habéis hecho de la materia y de la forma no conviene, como pensáis, en todo, porque no es así hecha perfeta la mujer por el hombre, como es la materia por la forma. La materia recibe esa perfición que vos decís porque recibe el ser de la forma, y sin ella no puede estar; antes, cuanto más de

materia tienen las formas, tanto más tienen de imperfición, y separadas della son perfetísimas; mas la mujer no recibe del hombre el ser, antes así como es ella hecha perfeta por él, así también ella le hace a él perfeto; y desta manera entrambos concurren en la generación, la cual cosa no puede hacer el uno sin el otro. Y la causa que después alegastes del amor perpetuo de la mujer con el hombre con quien primero se juntó, y del aborrecimiento del hombre con aquella mujer a la cual él se llegó primero, no confesaré yo, por cierto, que sea la que da vuestro filósofo en sus problemas; pero diré que lo uno se causa por la firmeza de la mujer, y lo otro por la liviandad del hombre, y todo esto no es sin natural razón, porque siendo él a natura caliente, toma naturalmente de su calor la liviandad, el movimiento y la mudanza; y, por el contrario, la mujer recibe de la frialdad el sosiego, la gravedad y la firmeza y los concetos más fixos.

Emilia entonces, volviéndose al manífico Julián, díxole: Dexá agora, por me hacer merced, esos vuestros términos de materia y forma, y de macho y hembra, y hablá de manera que os entendamos, porque os hago saber que todas hemos oído y muy bien entendido el mal que de nosotras han dicho el señor Otavián y el señor Gaspar, y agora, a vos que nos defendéis, no os entendemos ni alcanzamos las razones que traéis por nuestra parte; así que esto me parece que es casi un saliros de lo que conviene a nuestra defensión, y no abonarnos contra los argumentos de nuestros enemigos.

No nos pongáis, señora, respondió Gaspar Pallavicino, ese nombre. Catá que más le merece el señor Manífico; porque, dando a las mujeres loores falsos, muestra que para ellas no los hay verdaderos.

Dixo tras esto el Manífico: Señora, perdé cuidado, que a todo se responderá largamente; pero yo no quiero decir lástimas a los hombres tan sin causa, como ellos las han dicho a las mujeres; y si yo he usado de aquellos términos que vos agora me reprehendistes, helo hecho porque si aquí hubiese alguno que escribiese nuestras disputas, pesarme hía que después, en lugar donde fuesen entendidas estas materias y formas se viesen sin respuesta los argumentos de nuestros adversarios.

Yo no alcanzo, respondió Gaspar Pallavicino, cómo podéis vos negar, señor Manífico, que el hombre por sus calidades naturales no sea más perfeto que la mujer, siendo ella fría por su complisión y él caliente; porque no inoráis vos cuánto más noble y más perfeto sea lo caliente que lo frío, por ser ativo y poderoso de producir. Y, como muy bien sabéis, los cielos influyen acá en nosotros solamente lo caliente y no lo frío, lo cual no entra en las obras de natura, y por eso, el ser las mujeres frías de complisión, creo yo que sea la causa de sus poquedades y miedos.

Todavía me parece, respondió el Manífico, que queréis entrar en sotilezas; pues sea así, que quizá no os irá bien dello; por eso es-

cucha: Yo os confieso que la calor es en sí más perfeta que el frío; mas esto no es en las cosas compuestas, porque si así fuese, el cuerpo más caliente sería más perfeto, lo cual es falsísimo, que antes los templados son los muy perfetos. Mas os digo que la mujer se dice ser de complisión fría en comparación del hombre, el cual por demasiado calor está muy lexos de lo templado; pero cuanto en sí es templada, o a lo menos más cerca de ello que no el hombre, porque tiene proporcionado con el calor natural lo húmedo, lo cual en el hombre, por la mucha sequedad, más presto se resuelve y se consume. Es asimismo la frialdad de la mujer de tal calidad, que retiene y refuerza el calor natural y le hace ser más cercano a lo templado; y en el hombre lo demasiado caliente presto reduce al postrer grado el calor natural, el cual, faltándole su mantenimiento, forzadamente se ha de resolver; y así, porque los hombres en el engendrar se gastan más que las mujeres, acontece que muchas veces son de más corta vida que no ellas, y aun esta perfición entre las otras alcanzan ellas, que viviendo más que los hombres, exercitan y obran más tiempo aquello que es intento de la natura. El calor, tras esto, que, según dixistes, infunden los cielos sobre nosotros, no es el que agora hace a nuestro propósito; que, aunque tiene un mismo nombre, no es propriamente éste de que hablamos; porque ya veis que no puede ser contrario al frío, siendo conservador de todas las cosas que son debaxo de la luna, así calientes como frías. Más adelante, el miedo que habéis dicho ser ordinario en las mujeres, puesto que señale alguna imperfición, nace todavía de buena y loable causa, porque procede de la delgadeza y presteza de los espíritus, los cuales representan presto las especies al entendimiento; y por eso las mujeres fácilmente se alteran por las cosas exteriores, y aun este miedo no es vergonzoso ni de culpar, que, por el contrario, veréis muchos hombres que ni temen muerte, ni otra ninguna afrenta, y con todo esto no se pueden llamar esforzados, porque no conocen el peligro, y van como perdidos por donde ven el camino ancho, sin pensar en mada, y esto procede de tener los espíritus gruesos y pesados; por eso no se puede decir que un loco o necio sea animoso. El verdadero esfuerzo es aquel que nace de un juicio proprio y de una voluntad determinada a hacer lo que conviene, y a tener en más la honra y la obligación della que todos los peligros del mundo; y, en fin, el buen corazón ha de ser tal, que, aunque tenga la muerte a los ojos, sea tan firme que sus sentidos estén siempre libres y su acuerdo entero. Esta manera de esfuerzo hemos visto y oído haber alcanzado muchos señalados hombres y muchas mujeres, las cuales, y en los tiempos pasados y en los presentes, han mostrado gran ánimo y hecho en el mundo hazañas tan maravillosas como las que se escriben de los hombres.

Esas hazañas, dixo entonces el Frigio, comenzaron a hacerse cuando la primera mujer, errando, hizo errar al hombre contra

Dios, y por mayorazgo nos dexó la muerte, las fatigas y las pasiones, y todas las miserias y trabajos que hoy en día en el mundo se sienten.

Respondió el manífico Julián entonces: Pues veo que todavía os inclináis a entrar en lo sagrado, también os habré de salir por ahí. ¿No sabéis vos que ese yerro, como fue hecho por una mujer, así fue corregido por otra? Y montó mucho más el provecho que ésta nos truxo que el daño que aquélla nos hizo; de manera que esa culpa, siendo redemida con tales y tantos méritos, con razón se llama bienaventurada. Pero yo no quiero agora fundarme en decir cuánto todas las criaturas humanas sean inferiores a la Virgen Nuestra Señora, por no mezclar las cosas divinas con estas nuestras baxas y vanas pláticas. Tampoco me porné en contar cuántas mujeres hayan con gran firmeza padecido por el nombre de Cristo ásperos martirios y crudas muertes, dadas por sentencias de tiranos cruelísimos; ni diré de muchas que con su ciencia, disputando, atajaron y convencieron infinitos idólatras. Y si a esto me respondéis que aquello todo era milagro y cosa hecha por gracia del Espíritu Santo, digo que ninguna virtud es mayor que aquella que es aprobada, siendo Dios el testigo. De otras muchas mujeres, de las cuales no se hace tanta cuenta, podréis vos mismo leer si quisiéredes, en especial en San Gerónimo, el cual celebra algunas de sus tiempos con tan maravillosos loores, que bastarían para cualquier hombre, por santo que fuese. Pensá, tras esto, cuántas hay en el mundo que no son conocidas porque están encerradas las tristes sin aquella pomposa soberbia y codicia desordenada de alcanzar nombre de santas en el vulgo, como hoy día hacen muchos hombres hipócritas malditos, los cuales, olvidando, o, por mejor hablar, menospreciando la dotrina de Cristo, que quiere que cuando el hombre ayuna se aderece y cure el rostro porque no parezca que ayune, y manda que las oraciones, las limosnas y las otras buenas obras se hagan, no por las plazas ni por las sinagogas, sino en secreto, tanto que la izquierda no sepa de la diestra, afirman que no hay nada bueno en el mundo sino dar buen enxemplo; y así, con el cuello caído a la una parte y con los ojos baxos, dando a entender que no hablarían con mujeres por la vida, ni comerían sino de las hierbas crudas del campo, marchitos, ahumados, con sus túnicas hechas pedazos, alaban la manera del vivir simple, y tras esto, si se ofrece, no dexan de falsar un testamento, ni de revolver los maridos con sus mujeres, y dalles bebedizos si a mano viene, y en fin no paran hasta ser hechiceros y nigrománticos, y usar toda suerte de maldad y ribaldería. Y si alguno se escandaliza dellos, traen luego esta autoridad por su parte: *Si non caste, tamen caute* [206], y paréceles que con estas palabras todo está sano, y que con ellas harán creer a los que no son bien cautelosos que todos los

---

[206] Es decir: *si no [actúas] castamente, hazlo al menos cautamente.*

pecados, por graves que sean, fácilmente se perdonan, con tal que sean secretos y no nazca dellos mal enxemplo. Y así con un velo de santidad, y con este tratar sus cosas secretamente, ponen muchas veces sus pensamientos en trastornar el corazón de alguna mujer virtuosa; otras en sembrar discordias y enemistades entre hermanos; en gobernar estados; en levantar al uno y derrocar al otro; en hacer degollar, encarcerar y desterrar hombres; y al cabo en ser ministros de las maldades y casi tesoreros de los robos que hacen muchos príncipes. Otros echan por otro camino: huélganse sin ningún empacho de andar muy frescos y gordos y colorados y bien vestidos, con la barba y corona bien rapada; y cuando andan por las calles, alzan de rato en rato la túnica por mostrar las calzas estiradas y la disposición de la persona, y précianse de hacer una reverencia muy galana. Otros usan ciertos ademanes y gestos, hasta en el decir la misa, con los cuales piensan tener mucha gracia y ser muy mirados. ¡Malvados, abominables y infernales hombres, ajenos totalmente, no sólo de nuestra religión cristiana, mas aun de toda buena costumbre y crianza! Éstos son aquellos que si alguno los reprehende de su disoluta manera de vivir, hacen burla dél y ríense de los que les aconsejan bien, y casi se precian públicamente de sus bellaquerías.

Emilia entonces, no pudiendo más sufrirse, dixo: Holgáis tanto de decir mal de frailes, que saliéndoos de vuestro propósito os habéis metido sin saber cómo en esa plática; y cierto no es bien murmurar de religiosos, y es gran cargo de conciencia y cosa sin ningún provecho, que si no por ellos, que ruegan a Dios por nosotros, podría ser que Dios no nos tuviese la mano tan liviana.

Rióse a esto el manífico Julián, y dixo: Yo no sé, señora, cómo habéis vos así acertado en pensar que yo hablaba de frailes, no habiéndolos hasta aquí nombrado; pero, en verdad, esto que yo hacía agora no era murmurar, antes era hablar bien alto y bien claro; y lo que digo no se ha de entender sino de los malos, de los cuales no hablo de mil partes la una de lo que sé dellos.

No habléis agora de frailes, respondió Emilia, que a mí ya se me hace conciencia escucharos; por eso, si no calláis, irme he.

Soy contento, dixo el Manífico, de no hablar más en esto. Por eso, volviendo a las ecelencias de las mujeres, digo que el señor Gaspar no me dará ningún hombre ecelente que yo no le dé luego la mujer o hija o hermana igual con él en valor, y alguna vez que le lleve ventaja; y más, os hago saber que algunas han sido causa de infinitos bienes a sus maridos, y a hartos de ellos han corregido de muchos yerros. Pero, siendo, como aquí hemos declarado, las mujeres naturalmente dispuestas a recebir la mismas virtudes que suelen recebir los hombres, y habiéndose visto muchas veces esto por esperiencia, no sé por qué, dándoles yo lo que es posible caber en ellas y ha cabido y cada día cabe, haya de ser tenido, según aquí me ha acusado de ello el señor Gaspar, por hombre que dice mi-

lagros y imposibilidades, considerado que siempre ha habido mujeres en el mundo, y agora también las hay, tan cerca de poder igualarse con esta Dama que yo aquí he formado, como hombres de poderse igualar con el Cortesano.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: A mí no me parecen buenas las razones que tienen la esperiencia en contrario; y cierto si yo os preguntase agora quiénes sean o hayan sido esas singulares mujeres merecedoras de ser tan loadas cuanto lo fueron aquellos singulares hombres, cuyas mujeres, hermanas y hijas han sido ellas, o cuáles sean esas que, según vos decís, fueron causa de mucho bien para sus maridos y corrigieron las tachas dellos, yo creo que vos quedaríades confuso y razonablemente atajado.

Respondió el manífico Julián: Por cierto ninguna cosa podría atajarme en esto, sino hallar yo tanto que decir sobre esta materia, que no sabría por dónde echar primero. Y si no faltase el tiempo, yo os contaría agora a este propósito la historia de Otavia, mujer de Marco Antonio y hermana de Augusto; la de Porcia, hija de Catón y mujer de Bruto; la de Caya Cecilia, mujer de Tarquino Prisco; la de Cornelia, hija de Scipión; y las de otras infinitas que son por todo el mundo sabidas; y no solamente os diría de las de nuestras naciones, mas aun de las extranjeras y bárbaras, como de Alexandra, mujer de Alexandre, rey de los judíos, la cual después de la muerte de su marido, viendo sus pueblos levantados y todos ya puestos en armas para matalle dos hijitos que de Alexandre le quedaban, y esto por entregarse en los hijos de las sinrazones y crueldades con que el padre los había siempre tratado, húbose con ellos tan cuerdamente, y súpolos llevar con tan buena maña, que en la misma hora los amansó y les hizo perder la memoria de los agravios recebidos, y cobrar amor a los hijos del padre, que con infinitas injurias los había largo tiempo forzado a que le fuesen crueles enemigos.

Contá a lo menos, respondió Emilia, cómo eso pasó.

Dixo el Manífico: Esta Reina, viendo a sus hijos en tanto peligro, luego a la hora hizo echar el cuerpo de Alexandre en mitad de la plaza; y tras esto mandó llamar prestamente los más principales del pueblo, y venidos ante ella, díxoles que ella conocía muy bien cuánta razón tenían de estar agraviados de su marido, y que toda cosa que quisiesen hacer contra él era muy justa; porque las graves injurias que él les tenía hechas lo merecían todo, y que así como siendo él vivo quisiera ella mucho apartalle de aquellas sus injusticias y maldades, así entonces, después de fallecido, estaba ella con voluntad de mostrar el sentimiento grande que había siempre tenido de todo aquello, y se determinaba a ser con ellos y a castigar crudamente a su marido así muerto, como mejor pudiese; por esto, que tomasen el cuerpo dél y, arrastrándole feamente, le hiciesen mil pedazos con los más crudos y bravos modos que imaginarse pudiesen, y que, en fin, le echasen a los perros para que dellos fuese tragado aquel cuerpo donde un alma tan perversa había

morado. Pero que les rogaba por aquel amor que ella les tenía y había siempre tenido, que hubiesen lástima a aquellos sus hijitos, cuitados y inocentes niños, los cuales no solamente no podían tener culpa, mas ni aun saber las bellaquerías del padre. Tanta fuerza tuvieron estas palabras, que la brava ira, ya concebida en los corazones de todo aquel pueblo, súpitamente fue mitigada y convertida en un amor tan grande, que no sólo eligieron en concordia de todos a aquellos dos niños por sus señores, mas aun el cuerpo del muerto padre enterraron con grandes honras. Aquí paró un poco el manífico Julián, y luego tras esto volvió a decir: ¿No habéis vos leído que la mujer y hermanas de Mitrídates mostraron menos temor de la muerte que el mismo Mitrídates, y la mujer de Asdrúbal que Asdrúbal? ¿No sabéis vos que Harmonía, hija de Hierón, tirano de Zaragoza de Sicilia, viendo que los enemigos le quemaban su patria, quiso morir en mitad del fuego?

Dixo entonces el Frigio: Eso más aína fue tema o pertinacia que otra cosa; porque bien sabéis vos que si una mujer comienza de recio a tomar un antojo, tras él se dexará morir, como aquella que estaba en el pozo con el agua hasta los ojos, y no pudiendo decir más a su marido tixeras, señalábaselas con las manos.

Rióse el manífico Julián, y dixo: La pertinacia que se endereza a fin virtuoso no se ha de llamar propiamente pertinacia, sino constancia, como fue la de Epichari, libertina romana, la cual, siendo sabidora en una conjuración grande contra Nerón, fue tan constante, que por más que la descoyuntaron con los más ásperos tormentos que inventarse pudieron, jamás por ella fue descubierto hombre de los conjurados. Pues en esta misma revuelta muchos caballeros principales y senadores, de puro miedo, acusaron hermanos y amigos y las personas más queridas que en el mundo tuvieron. ¿Y qué me diréis vos de aquella otra que se llamaba Leona, por honra de la cual los atenieses pusieron delante la puerta de la fortaleza una leona de bronzo sin lengua, por mostrar en esta mujer la constante virtud de saber callar? Ésta también, sabiendo en otra conjuración contra los tiranos, no se espantó de ver que mataron sobre el mismo caso a dos grandes hombres amigos suyos; y así, por más que fue apretada y rompida con infinitos y crueles tormentos, nunca descubrió nada.

Dixo entonces Margarida Gonzaga: Paréceme, señor, que vos contáis muy brevemente esos hechos tan señalados de mujeres; y así estos nuestros adversarios, aunque los hayan oído y leído, todavía muestran no sabellos y quieren que se pierda dellos la memoria. Por eso, si hacéis que nosotras lo sepamos, no los dexaremos caer, sino que nos honraremos con ellos.

A mí me place, respondió el Manífico, de hacello así; y quiero luego contaros de una mujer que hizo lo que hacen muy pocos hombres. Y esto pienso yo que lo confesará el mismo señor Gaspar. Y así comenzó:

[CAPÍTULO III]

[*En el cual, prosiguiendo más adelante el manífico Julián su plática, cuenta en defensión de las damas algunos notables hechos que hicieron muy afamadas mujeres, y estos enxemplos trae a consecuencia contra las razones del Frigio y de Gaspar Pallavicino.*]

En Masella [207] hubo una costumbre, la cual piensan muchos que vino de Grecia, y fue ésta: que públicamente se guardaba ponzoña mezclada con una hierba que llaman cicuta; y consentíase que la tomase el que, por determinación del Senado, tuviese licencia de quitarse la vida por algunas desdichas o trabajos grandes que en ella le hubiesen recrecido, o por alguna otra justa causa. Y esto se hacía a fin de que si alguno se viese caído en alguna grande adversidad, o subido en alguna prosperidad señalada, ni aquélla le durase, ni ésta se le mudase; así que hallándose Sexto Pompeo...

En esto, el Frigio, no esperando que el manífico Julián pasase más adelante, atajóle diciéndole: Eso, por deciros verdad, me parece principio de alguna muy larga hablilla.

El manífico Julián entonces, volviéndose con una risa a Margarida Gonzaga, díxole: Veis aquí, señora, cómo no me dexa hablar el señor Frigio. Yo quería agora contaros de una mujer, la cual, habiendo probado delante el Senado que tenía mucha razón de no querer más vivir, tragó sin ningún miedo en presencia de Sexto Pompeo la ponzoña con tanto esfuerzo, y con tan cuerdas y dulces y amorosas contemplaciones hechas a los suyos, que Pompeo y todos los que estaban presentes, viendo en una mujer tan gran acuerdo y tan firme determinación en mitad del espantoso paso de la muerte, quedaron llorando, confusos y turbados de ver un hecho tan maravilloso.

Dixo aquí Gaspar Pallavicino riendo: Yo también me acuerdo haber leído un razonamiento, en el cual un mal aventurado de un hombre pedía al Senado licencia de matarse, y la justa causa que alegaba para esto era no poder sufrir la ordinaria pesadumbre que recebía del parlar y de las chismerías de su mujer; y así se determinó este cuitado más aína a beber la ponzoña que, según vos decís, se guardaba públicamente, que a tragar el enojo que su mujer le hacía con sus palabras.

A esa cuenta, respondió el Manífico, ¡cuántas pecadoras de mujeres ternían razón de pedir esa licencia de darse la muerte por no sufrir, no digo las malas palabras, mas las malísimas obras de sus maridos! De mí os digo que yo conozco hartas que ya en este mundo padecen las mismas penas del infierno.

Así también hay muchos maridos, respondió Gaspar Pallavicino,

[207] La ciudad francesa de Marsella.

que tienen tan mala vida con sus mujeres que no hay día ni hora que no deseen la muerte.

¿Qué mala vida, dixo el Manífico, pueden las mujeres dar a sus maridos que sea tan sin remedio como la que dan los maridos a sus mujeres? Las cuales, si no por amor, a lo menos por temor, siguen la condición o el antojo dellos.

Vos, señor, dixo Gaspar Pallavicino, habéis tocado agora una muy gran verdad, que ciertamente eso poco que ellas hacen para contentar a sus maridos todo es de miedo; porque habéis de saber que hay muy pocas que allá dentro en sus almas no se aborrezcan con ellos.

Vos os engañáis en eso, respondió el Manífico. Y, si queréis acordaros de lo que habéis leído, no me negaréis vos que no se halle en todas las historias que casi siempre las mujeres suelen amar más a sus maridos que no ellos a ellas. Decime, ¿leístes vos jamás o vistes que algún marido mostrase a su mujer una señal tan grande de amor cuanta fue la que mostró Camma a su marido?

Yo no conozco esa Camma, respondió Gaspar Pallavicino, ni sé quien se es, ni sé qué señal de amor fue esa que mostró a su marido.

Ni yo, dixo el Frigio.

Respondió el Manífico: Oíldo, pues. Y vos, señora Margarida Gonzaga, estad atenta y acordaos bien desto que quiero contar agora. Esta Camma fue una mujer hermosa y moza, y tan bien criada y discreta, que no menos por esto que por la hermosura, fue estimada y querida de todo el mundo. Era casada y amaba entrañablemente a su marido, el cual se llamaba Sinato. Aconteció que otro caballero de mayor estado que Sinato, y casi tirano de aquella ciudad donde vivían, se enamoró desta señora; y así, después de haber trabajado largo tiempo por muchas vías de alcanzalla, viendo que no aprovechaba nada cuanto hacía, parecióle que lo mucho que ella amaba a su marido debiera de ser la causa por la cual ella no quería venir en nada de lo que él deseaba; y con este pensamiento acordó de hacer matar al marido, y así lo hizo. Hecho esto, tornando luego a porfiar en su demanda, cuanto más trabajaba en ello tanto más hallaba por esperiencia que todos sus trabajos eran en vano; por donde, creciendo cada día este amor o este deseo así tan loco, determinó de tomalla por mujer, no embargante que fuese él muy más principal que no ella, y de mucho mayor hacienda; y así, requeridos los parientes della por Signorige, que así se llamaba este caballero, tomáronla luego todos ellos y aconsejáronle que tuviese por bien de casarse con él; y para traella a esto, dixiéronle los provechos que había en hacello, y los daños y peligros que podrían recrecérsele a ella y a ellos si no lo hiciese. Ella, después de haber dicho muchas veces que no lo quería hacer, en fin concluyó que era contenta, y que mucho enhorabuena se concertase. Los parientes luego hiciéronlo saber a Signorige, el cual,

alegre en todo extremo con tan buena nueva, procuró que se velasen presto. Así que, venidos entrambos para esto al templo de Diana con grande fiesta, Camma hizo traer una cierta confación para beber, dulce y de buen gusto, la cual ella misma había hecho. Y así, tomándola delante la imagen de Diana, en presencia de Signorige, bebió la mitad ella, y luego de su mano, porque esto así se usaba en las bodas, dio el vaso con lo que quedaba a su esposo, el cual lo bebió todo. Hecho esto, viendo Camma que la cosa le había sucedido a su placer, toda alegre y contenta, se arrodilló delante la imagen de Diana y dixo estas palabras: ¡Oh señora!, tú conoces mi corazón y ves mis entrañas, tú, señora, puedes agora serme buen testigo con cuánta dificultad y trabajo, después que mi marido y todo mi bien murió, haya yo podido acabar conmigo hasta agora de no matarme, y con cuánta fatiga haya sostenido la carga y el dolor de la vida, en la cual ningún bien ni deleite jamás he sentido, sino el esperanza tan solamente de alcanzar esta venganza que agora me hallo haber alcanzado. Por eso, alegre y contenta, me parto a hallar la dulce compañía de aquella alma que yo en vida y en muerte más que a mí misma he siempre querido. Y tú, malvado, que pensaste ser mi marido, en lugar de la cama que se te había de aderezar para la boda, provee que te sea aparejada la sepultura, porque te hago saber que yo de ti he hecho sacrificio al alma de Sinato. Espantado Signorige con estas palabras, y sintiendo ya la fuerza de la ponzoña que le turbaba, buscó muchos remedios, mas no aprovechó ninguno; y a Camma sucedióle tan bien el negocio, que antes que ella muriese supo que Signorige era muerto; y así, en sabiéndolo, echóse en la cama con un placer estraño, llamando, siempre con los ojos al cielo, el nombre de Sinato, y diciendo: ¡Oh mi marido y mi señor, agora que yo he dado a tu muerte por dádiva postrimera lágrimas y venganza, y no veo que me quede aquí ya otra cosa que pueda hacer por ti, huyo del mundo y desta vida, sin ti cruelísima, con la cual yo por tu sola causa me holgué en algún tiempo! Sale, pues, a recebirme, señor mío, y acoge esta alma en ti con tanta voluntad con cuanta ella para ti se parte! Y así desta manera, hablando con los brazos abiertos, casi pareciendo que quería abrazar a su marido, se murió [208]. Decí agora, pues, señor Frigio, ¿qué os parece desta mujer?

Paréceme, respondió el Frigio, que vos querríades hacer llorar esta señora. Mas pongamos que eso haya sido verdad, ¿paréceos a vos, señor, que agora se hallarían en el mundo tales mujeres como ésta?

Sí se hallarían por cierto, respondió el Manífico. Y porque veáis que es como yo digo, oíd: En mis días hubo en Pisa un caballero llamado miser Tomaso, no me acuerdo de qué casa era, aunque a mi

[208] Se trata de la primitiva versión de la leyenda de Rosamunda, que Castiglione pudo tomar de Plutarco y que fue tratada por Ariosto en el *Orlando Furioso*.

padre, que era gran amigo suyo, lo oí decir muchas veces. Así que este miser Tomaso, pasando una vez en un pequeño navío de Pisa a Sicilia por cosas de su hacienda, fue salteado de ciertas fustas de moros, las cuales dieron sobre él tan arrebatadamente, que los que gobernaban el navío apenas se dieron cata dello hasta que casi tuvieron los enemigos dentro, y así, aunque todos se defendieron harto bien, todavía, por ser pocos y los moros muchos, fueron tomados, unos heridos y otros sanos, según la dicha de cada uno, y con ellos fue también preso miser Tomaso, el cual, peleando muy valientemente, mató a un hermano de un capitán de los de las fustas; por donde este capitán, enojado de haber perdido a su hermano, quiso a miser Tomaso por su prisionero; y así, maltratándole y azotándole cada día, llevóle a Africa, adonde había determinado de tenello toda su vida cativo con mucha miseria y trabajo. Todos los otros compañeros, unos por una vía y otros por otra, alcanzaron en breve tiempo libertad, y volviendo a sus casas hicieron saber a la mujer, que Argentina se llamaba, y a los hijos, la áspera vida y gran tormento en que miser Tomaso vivía, sin esperanza de jamás verse libre si Dios milagrosamente no le ayudase; lo cual ya ella y ellos lo tenían por muy cierto, porque habían ya tentado muchos remedios para sacalle y no había aprovechado ninguno, y sabían cómo él mismo tenía ya tragado de acabar en aquella desventura. En fin, no mucho después desto, aconteció que un hijo de los suyos, llamado Pablo, doliéndose de la miserable fortuna de su padre, desvelóse y esforzóse tanto en procurar de sacalle que, menospreciado todo género de peligro, determinó morir o poner a su padre en libertad. Esta determinación sucedió tan prósperamente a este mancebo, que en pocos días sacó a su padre con tan buena maña y cautelosamente que primero llegaron entrambos a Liorna [209] que se supiese en Africa. Desde allí miser Tomaso, ya puesto en salvo, escribió a su mujer una carta haciéndose saber su libertad y el lugar donde entonces se hallaba, y cómo luego otro día esperaba de ser con ella; esta señora, con sus entrañas llenas de virtudes y de amor, salteada de tanta y tan no pensada alegría, contemplándose que había de ver tan presto a su marido, el cual había sido librado por el esfuerzo y sobrado amor de su hijo en tiempo que no esperaba ella jamás velle, leída la carta, alzó los ojos al cielo y llamando con alta voz el nombre de su marido, cayó muerta; y luego los que acudieron con muchos remedios, pensando que debiera ser algún desmayo, vieron claramente el cuerpo totalmente desamparado del alma. Cruel y dolorosa vista, y bastante a moderar las voluntades humanas y a retraellas de desear muy ahincadamente las alegrías desordenadas deste mundo.

Dixo entonces riendo el Frigio: ¿Qué sabéis vos si murió esa señora de pesar, viendo que su marido volvía?

---

[209] La ciudad italiana de Livorno.

Eso es, respondió el Manífico, querer decir gracias; que bien veis vos que no fue por eso, porque no vivía ella de manera que se pudiese pensar tal cosa della; antes creo que su alma, no pudiendo sufrir aquel poco de tiempo que había de tardar de ver con los ojos corporales a su marido, se salió del cuerpo y, llevada con el deseo, voló súpitamente adonde leyendo la carta había volado el pensamiento.

Dixo a esto Gaspar Pallavicino: Quizá esa señora amaba más apasionadamente de lo que convenía; porque ya sabéis que las mujeres comúnmente siguen en toda cosa los estremos, los cuales siempre son malos. Y así se vio en ella por esperiencia que, por amar demasiadamente, hizo mal a sí y a su marido y a sus hijos, a los cuales todos convertió en amarga tristeza el gozo de aquella libertad, deseada y alcanzada con mucho peligro. Por eso no debéis alegar esa mujer por una de aquellas que han sido causa de muchos bienes.

Yo la alego, respondió el Manífico, por una de las que prueban hallarse muchas que aman en cabo a sus maridos; que desas otras que fueron causa de muchos bienes para el mundo podría traeros infinitos enxemplos y contaros de algunas tan antiguas, que casi parecen fábulas las cosas que con verdad se escriben dellas. Podría asimismo deciros de otras que han sido inventoras de tantas cosas tan provechosas a los hombres, que merecieron ser tenidas por diosas, como fue Pallas y Ceres. También os podría decir de las Sibilas, por cuyas bocas Dios habló tantas veces y reveló al mundo las cosas que habían de acaecer. Asimismo de aquellas que han sido maestras de grandes hombres, como Aspacia [210] y Diótima [211], la cual con sacrificios dilató diez años el tiempo de una pestilencia que había de venir sobre Atenas. Deciros hía también de Nicostrata, madre de Evandro, la cual mostró las letras a los latinos, y de otra mujer que fue maestra de Píndaro lírico. Asimismo os diría de Corinna [212] y de Safo, que fueron ecelentísimas en poesía; pero no quiero traer las cosas de tan lexos. Séos bien decir, dexando agora lo demás aparte, que de la grandeza de Roma quizá las mujeres fueron tanta causa como los hombres.

Eso querría yo, dixo Gaspar Pallavicino, que me dixésedes cómo fue.

Oíd, pues, respondió el Manífico: Después que Troya quedó abrasada y por el suelo, muchos troyanos que de tanto estrago habían escapado, huyeron los unos a una parte y los otros a otra; de los cuales, un cierto número que por la mar habían pasado recias tempestades, aportaron a una comarca de Italia, donde el Tíber entra en la mar; y así, saliendo a tierra por buscar basti-

---

[210] Personaje griego famoso por su belleza y cultura. Fue mujer de Pericles y amiga de Sócrates.

[211] Mujer griega, maestra de Sócrates e interlocutora en *El Banquete,* de Platón.

[212] Poetisa griega del siglo V a. de C.

mentos y otras cosas necesarias, comenzaron a andar vagando por aquella provincia. Entonces las mujeres que habían quedado en las naves pensaron entre sí un provechoso consejo con el cual se pudiese poner fin a su navegación, larga y peligrosa, y, en lugar de la patria que habían perdido, se procurase de cobrar otra; y así todas en uno, consultando antes que sus maridos volviesen, quemaron las naves; y la primera que lo comenzó se llamaba Roma; todavía, temiendo el enojo que dello podrían recebir los hombres, los cuales ya volvían, saliéronles al camino y algunas abrazando y besando a sus maridos, otras a sus parientes, amansaron con blanduras y halagos el primer ímpetu dellos, y después que los vieron algo sosegados, comenzaron a decilles cuerdamente la causa de su prudente determinación; por lo cual los troyanos, así por su necesidad como porque fueron recogidos cortésmente de los moradores de aquella tierra, tuvieron por bueno lo que las mujeres habían hecho, y así moraron allí con los latinos en el lugar donde después fue Roma, y desto procedió la costumbre antigua en los romanos, que las mujeres, cuando topaban a sus parientes, los besaban. Así que bien veis cuánto estas mujeres aprovecharon a que se fundase Roma. Pues si éstas hicieron este provecho para el comienzo desta ciudad tan grande, no lo hicieron menor las sabinas para el acrecentamiento della; porque, habiéndose Rómulo enemistado generalmente con todos los pueblos comarcanos por el robo que hizo de las mujeres dellos, fue apretado por todas partes con grandes guerras, las cuales él, por ser hombre de mucho valor y esfuerzo, brevemente las despachó con vitoria, salvo la de los sabinos, que fue muy recia por el valiente corazón y prudencia singular de Tito Tacio, rey dellos; y así, ofreciéndose un día entre estos dos pueblos una cruda batalla con grave daño de entrambas partes, y aparejándose otra mayor, las mujeres sabinas, vestidas todas de luto, mesando sus cabellos y llorando ásperamente, sin miedo de las armas de los ejércitos que estaban ya para romper, pusiéronse en medio entre los padres y los maridos, rogándoles que no quisiesen ensangrentar sus manos con la sangre de sus proprios suegros y yernos; y si por caso estaban mal satisfechos del deudo que entre ellos había, volviesen contra ellas las armas, que mucho mejor les sería morir que quedar viudas o sin padres y sin hermanos, y acordarse que habían parido de los que les habían muerto a sus padres, o eran nacidas de los que les habían muerto a sus maridos. Tras esto, muchas dellas, llorando con gemidos lastimosos, traían sus hijitos pequeños en los brazos, algunos de los cuales comenzaban ya a formar algunas palabras, y parecían que querían llamar y halagar su agüelos, a los cuales ellas, mostrando los nietos, decían con grandes lágrimas: Veis aquí vuestra sangre propria, la cual vosotros agora queréis tan cruelmente derramar con vuestras mismas manos. Tanto pudo en este caso el amor que estas mujeres tuvieron a su patria, a sus padres y a sus maridos, y la prudencia de que su-

pieron en tan brava afrenta aprovecharse, que no solamente fue establecida perpetua amistad y concordia entre estos dos reyes enemigos, mas aun, lo cual fue más de maravillar, fueron los sabinos a vivir en Roma, y de dos pueblos se hizo uno solo; y así esta paz acrecentó mucho el estado y poder de los romanos, lo cual todo se ha de agradecer a estas sabias y animosas mujeres, las cuales fueron luego tan remuneradas de Rómulo, que él, entre otras cosas, dividiendo el pueblo en treinta barrios, les puso los nombres dellas.

Aquí comenzó a callar un poco el manífico Julián, y viendo que Gaspar Pallavicino también callaba, díxole: ¿No os parece que con razón se puede decir que estas mujeres fueron causa de mucho bien para los hombres, y que hicieron gran provecho al acrecentamiento de Roma?

Yo conozco, respondió Gaspar Pallavicino, que esas mujeres merecen ser tenidas en mucho; pero si vos quisiérades en esto ser juez igual y decir de las mujeres así los males como los bienes, no calláredes que una mujer en esta guerra de Tito Tacio cometió una traición bien grande contra Roma, mostrando a los enemigos el paso por donde podían entrar en el Capitolio; y así vino la cosa a muy poco que no quedasen los romanos perdidos para siempre.

Respondió a esto el manífico Julián: Vos me habláis de una sola mujer mala, y yo a vos de infinitas buenas; y aun demás de los enxemplos que os he dado, podría daros muchos otros de los provechos que a Roma hicieron las mujeres. Y podríaos decir por qué causa fue edificado un templo a Venus Armada, y otro a Venus Calva; y que fue instituida a Juno la fiesta de las mozas porque libraron a Roma de las asechanzas de los enemigos; pero dexando esto, ¿no os parece a vos que aquel hecho tan señalado de haber descubierto la conjuración de Catilina, del cual Cicerón tanto se alaba, principalmente procedió de una mujer baxa, la cual por esto sólo se podría decir que fue causa de todo aquel bien que en tantas partes Cicerón se precia haber hecho a la República Romana? Y si no me faltase tiempo, aun quizá os mostraría cómo las mujeres han corregido hartas veces en los hombres muchas tachas; mas paréceme que ya esta mi habla dura mucho y comienza a ser pesada; por eso, pues yo pienso haber ya cumplido, según mis pocas fuerzas, con el cargo que estas señoras me han dado, acuerdo de dexar lo demás a otro que sepa decillo mejor que yo.

No hagáis, dixo Emilia, tan gran perjuicio a las mujeres como sería dexar de dalles todos los loores que merecen, y acordaos que, si el señor Gaspar y aun quizá el señor Otavián os escuchan con pena, todos estos otros caballeros y nosotras os escuchamos con mucho placer.

Todavía el Manífico porfiaba a no decir más, pero todas aquellas señoras se pusieron en rogalle que dixiese, y así él, riendo, dixo:

Por no hacer que el señor Gaspar me quiera peor de lo que me

quiere ya, diré brevemente sólo de algunas que agora se me acuerdan, y dexaré otras muchas que podría deciros, y así comenzó: Habiendo Filipo de Demetrio [213] puesto cerco sobre la ciudad de Chío, mandó pregonar que a todos los esclavos que huyesen de la ciudad y se viniesen para él prometía de ahorrallos y casallos con las mujeres de sus dueños. Agraviáronse y embraveciéronse tanto las mujeres con este pregón tan ultrajoso para ellas, que luego, armándose todas, corrieron con gran ímpetu a la cerca, y allí tan fieramente pelearon, que Filipo dende a pocos días hubo de levantar el real y irse con daño y con mengua. Esto hicieron las mujeres, lo cual hasta entonces nunca habían podido hacer los hombres. Estas mismas, llegando a Leuconia [214] con sus maridos, padres y hermanos que andaban desterrados, hicieron un hecho no menos honrado que estotro, y fue que moviendo los eritreos, los cuales estaban allí con sus confederados, guerra contra estos chíos, éstos, no siendo parte para poder valerse contra sus enemigos, vinieron a tratar con ellos algún partido; y así fue el concierto: que los chíos dexasen la ciudad y se fuesen cada uno solamente con su jubón y camisa. Viniendo a los oídos de las mujeres este partido tan vergonzoso, hubieron mucho pesar dello, pareciéndoles gran deshonra que unos hombres que hasta allí habían sido tenidos en muy buena reputación, pasasen sin armas y desnudos entre sus enemigos; y así disiéronles que en ninguna manera lo hiciesen. Respondiendo ellos que ya el concierto era hecho y que no podían tornarse atrás, diéronles ellas por consejo que dexasen todos los vestidos y sólo llevasen sus lanzas y sus escudos y dixiesen a sus enemigos que aquéllos eran sus jubones y sus camisas. Ellos lo hicieron así, y desta manera encubrieron gran parte de la deshonra que parecía no poder escusarse ya. Habiendo también Ciro en una cruel batalla desbaratado un gran exército de los persianos, ellos, huyendo hacia la ciudad, hallaron a sus mujeres cabe la puerta del lugar; y así ellas, viéndoles venir ya cerca, dixiéronles con un rigor muy grande: ¿Adónde huís, perdidos y baxos hombres? ¿Querríades agora vosotros por ventura asconderos en nosotras dentro en el lugar de donde salistes? Oyendo los persianos estas y semejantes palabras, y conociendo cuánto sus mujeres valían más que ellos, hubieron tan gran empacho de sí mismos que, vueltos en el mismo punto a sus enemigos, tornaron nuevamente a pelear con ellos y desbaratáronlos.

Habiendo hasta aquí hablado el manífico Julián, paró, y volviéndose a la Duquesa, díxole: Sé que agora, señora, darme heis licencia que calle.

Paréceme, dixo Gaspar Pallavicino, que os será forzado callar, pues ya no tenéis más que decir.

---

[213] Filipo V, rey de Macedonia (237-179 a. de C.)
[214] Isla griega del mar Egeo.

Respondió riendo el Manífico: Vos, señor, me ponéis en necesidad que os ponga yo a vos en trabajo de escucharme toda esta noche loores de mujeres. Y así sabréis de muchas espartanas que holgaron estrañamente con las honradas muertes de sus hijos proprios, y veréis de otras que, o no los quisieron por hijos, o los mataron en sabiendo que habían hecho vileza. Oiréis más, cómo las mujeres de Morviedro [215], en la perdición de su patria, se armaron contra la gente de Anníbal; y también os diré cómo siendo el exército de los tudescos desbaratado por Mario, las mujeres de aquellos bárbaros, no pudiendo alcanzar de los romanos que pudiesen vivir en Roma con libertad en servicio de las vírgenes Vestales, todas se mataron juntamente con sus hijitos pequeños; y si mucho me enojáis, diréos de otras mil, de las cuales las historias antiguas están llenas.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: ¡Ah, señor Manífico, Dios sabe cómo esas cosas pasaron! Ya sabéis que de luengas vías aquellos tiempos quedan tan atrás y tan lexos de nosotros, que muchas mentiras pueden decirse de lo que pasó entonces, y muy pocas probarse.

Si quisiéredes, respondió el Manífico, en todo tiempo medir el valor de las mujeres con el de los hombres, hallaréis que ellas nunca han quedado, ni agora quedan, un paso atrás dellos; porque, dexando aquellos tiempos más antiguos, si venimos al tiempo en que los godos señorearon a Italia, hallaremos entre ellos haber sido una reina Amalasunta [216], la cual reinó muchos años con maravillosa prudencia. Después Teodelinda [217], reina de los lombardos, virtuosísima, y Teodora, griega, emperatriz. Y en Italia, entre otras muchas, fue muy ecelente señora la condesa Matilda [218], de la cual sería mejor que hablase el señor conde Ludovico, porque viene de aquel linaje.

Antes es mejor, respondió el Conde, que habléis vos della, porque no parece bien alabar el hombre sus mismas cosas.

Pasó adelante el Manífico, diciendo: ¿Y no han llegado a vuestra noticia las mujeres que en los tiempos pasados fueron en toda virtud famosas de esta ilustre casa de Montefeltro? ¿Y las de casa Gonzaga, las de Este y las de Pij? Pues si quisiésemos hablar agora de las de nuestros tiempos, no sería menester illas a buscar muy lexos, que en casa las tenemos. Mas yo no quiero aprovecharme de las que están presentes, porque no paresca que me confesáis por

---

[215] En el original se alude a *le donne saguntine*. Boscán prefiere en este caso, puesto que traduce para lectores españoles, introducir el topónimo *Morviedro*, nombre que designaba en su época a la antigua ciudad de Sagunto. Tal designación (más exactamente, *Murviedro)* ha perdurado hasta el siglo XIX.

[216] Hija de Teodorico y reina de los ostrogodos, famosa por su virtud y buen sentido.

[217] Principal impulsora de la conversión de los longobardos al cristianismo.

[218] Condesa de Toscana (1046-1115), mujer virtuosa y de gran cultura.

cortesía lo que en ninguna manera podéis negarme; y, porque salgamos ya de Italia, acordaos que en nuestros días hemos visto a Ana [219], reina de Francia, señora no menos poderosa en la virtud que en el estado, la cual, si en la justicia, en la clemencia, en la liberalidad y santidad de vida quisiéredes comparalla con los reyes Carlos y Ludovico, que de entrambos fue mujer, hallarla heis en todo y por todo igual con ellos. Mirá también madama Margarita [220], hija del emperador Maximiliano, la cual con grandísimo seso y justicia ha gobernado hasta aquí, y todavía gobierna su estado. Pero, dexando aparte todas las otras, decíme, señor Gaspar, ¿qué rey o qué príncipe hemos visto en nuestros días, o hemos oído decir que haya sido muchos años atrás en la cristiandad, que merezca ser comparado con la reina doña Isabel de España?

¿Qué rey?, respondió Garpar Pallavicino. El rey Don Hernando, su marido.

Vos decís, dixo el Manífico, muy gran verdad, por cierto; que, pues ella le juzgó merecedor de ser su marido, y le amó tanto, no se puede decir que no pueda ser comparado con ella. Con todo, bien creo yo que la reputación y autoridad que ella le dio no fue menor dote que el que le truxo, trayéndole todo el reino de Castilla.

Antes pienso yo, respondió Gaspar Pallavicino, que muchas cosas buenas de las que hacía él las echaban a ella.

Dixo entonces el Manífico: Si los pueblos de España, los señores, los privados, los hombres y las mujeres, los pobres y los ricos, todos no están concertados en querer mentir en loor della, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso enxemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad y de toda virtud, en fin, que esta gloriosa Reina; y puesto que la fama desta señora en toda parte sea muy grande, los que con ella vivieron y vieron por sus mismos ojos las cosas maravillosas della, afirman haber esta fama procedido totalmente de su virtud y de sus grandes hechos. Y el que quisiere considerar sus cosas, fácilmente conocerá ser la verdad ésta; porque, dexando otras infinitas hazañas suyas que darían desto buen testigo y podrían agora decirse si fuese este nuestro principal propósito, no hay quien no sepa que cuando ella comenzó a reinar halló la mayor parte de Castilla en poder de los grandes; pero ella se dio tan buena maña y tuvo tal seso en cobrallo todo tan justamente, que los mismos despojados de los estados que se habían usurpado y tenían ya por suyos le quedaron aficionados en todo estremo y muy contentos de dexar lo

---

[219] Ana de Bretaña (1476-1514), casada primero con Carlos VIII y más tarde con su sucesor Luis XII. Mujer con fama de culta y virtuosa.

[220] Casada en 1497 con el infante don Juan de Castilla y posteriormente con Filiberto, duque de Saboya. Tuvo decisiva influencia en la educación de Carlos V.

que poseían. Cosa es también muy sabida con cuánto esfuerzo y cordura defendió siempre sus reinos de poderosísimos enemigos. A ella sola se puede dar la honra de la gloriosa conquista del reino de Granada; porque en una guerra tan larga y tan difícil contra enemigos obstinados que peleaban por las haciendas, por las vidas, por su ley y, al parecer dellos, por Dios, mostró siempre con su consejo y con su propria persona tanta virtud, que quizá en nuestros tiempos pocos príncipes han tenido corazón, no digo de trabajar en parecelle, mas ni aun de tenelle invidia. Demás desto afirman todos los que la conocieron haberse hallado en ella una manera tan divina de gobernar, que casi parecía que solamente su voluntad bastaba por mandamiento, porque cada uno hacía lo que debía sin ningún ruido, y apenas osaba nadie en su propria posada y secretamente hacer cosa de que a ella le pudiese pesar. Y en gran parte fue desto causa el maravilloso juicio que ella tuvo en conocer y escoger los hombres más hábiles y más cuerdos para los cargos que les daba. Y supo esta señora así bien juntar el rigor de la justicia con la blandura de la clemencia y con la liberalidad, que ningún bueno hubo en sus días que se quexase de ser poco remunerado, ni ningún malo de ser demasiadamente castigado, y desto nació tenelle los pueblos un estremo acatamiento mezclado con amor y con miedo, el cual está todavía en los corazones de todos tan arraigado, que casi muestran creer que ella desde el cielo los mira, y desde allá los alaba o los reprehende de sus buenas o malas obras, y así con sólo su nombre y con las leyes establecidas por ella, se gobiernan aún aquellos reinos de tal manera que aunque su vida haya fallecido, su autoridad siempre vive, como rueda que movida con gran ímpetu largo rato, después ella misma se vuelve como de suyo por buen espacio, aunque nadie la vuelva más. Considerá tras esto, señor Gaspar, que en nuestros tiempos todos los hombres señalados de España y famosos en cualquier cosa de honra han sido hechos por esta Reina; y el Gran Capitán Gonzalo Hernández mucho más se preciaba desto que de todas sus vitorias y ecelentes hazañas, las cuales en paz y en guerra le han hecho tan señalado, que si la fama no es muy ingrata, siempre en el mundo publicará sus loores y mostrará claramente que en nuestros días pocos reyes o señores grandes hemos visto que en grandeza de ánimo, en saber y en toda virtud, no hayan quedado baxos en comparación dél.

Pero volviendo otra vez a nuestra Italia, digo que aun aquí no faltan señoras ecelentísimas; porque en Nápoles tenemos dos singulares reinas [221]; y en la misma ciudad murió poco ha la otra reina de Ungría [222], señora tan ecelente cuanto vos sabéis, y bastante

---

[221] Se refiere a Juana III de Aragón, esposa y más tarde viuda de Fernando I de Nápoles; y a Juana IV, hija de la anterior, viuda de Fernando II de Nápoles.

[222] Beatriz de Aragón (1457-1508), hija de Fernando I de Nápoles, casada con el rey de Hungría Matías Corvino.

para igualarse con el famoso y nunca vencido rey Matía Corvino [223], su marido. Asimismo la duquesa doña Isabel de Aragón [224], hermana del rey don Hernando de Nápoles, la cual en las ásperas revueltas de la fortuna ha mostrado su virtud y esfuerzo, como suele el oro mostrar en el fuego su valor. Pues si dais vuelta a la Lombardía, veréis luego a doña Isabel, marquesa de Mantua [225], a cuyas virtudes se haría injuria hablando dellas tan templadamente, como sería forzado hacello aquí agora donde estamos. Mas pésame que no hayáis todos conocido a la duquesa de Milán doña Beatriz [226], su hermana, porque con ella daríades cabo a no maravillaros más ya de otro ningún ingenio de mujer, por singular que fuese. La duquesa también doña Leonor de Aragón, duquesa de Ferrara [227], y madre destas dos señoras que yo agora os he nombrado, fue tal que sus señaladas virtudes mostraban bien a todo el mundo que ella no solamente merecía ser hija de rey, mas ser reina de mucho mayor estado que no habían poseído todos sus antecesores. Y por deciros de otra, ¿conocéis vos por ventura muchos hombres en el mundo que sufriesen los recios encuentros de la fortuna con tanto seso con cuanto los sufre la reina doña Isabel de Nápoles [228], la cual después de la pérdida de su reino; después del destierro y muerte del rey Don Faderique, su marido, y de dos hijos; después de la prisión del duque de Calabria, su primogénito, todavía en mitad de estas adversidades parece reina, y pasa con tan buen ánimo su miserable pobreza que muestra muy claramente que, aunque haya mudado de estado, no ha mudado de condición? Dexo de hablar agora de infinitas otras señoras, y de mil mujeres de baxa suerte, como de muchas pisanas que en la defensión de su patria contra los florentines [229] mostraron aquel generoso esfuerzo, sin temor de la muerte, que pudieran mostrar los corazones más animosos que hayan sido jamás en el mundo; y así fueron celebradas por muchos famosos poetas en sus versos. Podría también deciros de algunas ecelentísimas en letras, en música, en el arte del pintar y esculpir; pero no quiero andar revolviéndome más tras estos enxemplos, los cuales son de vosotros tan sabidos como de mí. Basta por agora, que si vos en vuestro corazón queréis considerar las mujeres que vos mismos conocéis, hallaréis sin dificultad que ellas por la mayor parte valen tanto como sus padres, hermanos y maridos, y que muchas han sido causa de grandes provechos a los hombres, y

---

[223] Rey de Hungría (1443-1490), vencedor de los turcos y conquistador de Viena.

[224] Hija de Alfonso II de Nápoles, casada con Juan Galeazzo Sforza, duque de Milán.

[225] Isabel de Este (1474-1539), casada con Francisco Gonzaga, famosa por su cultura y refinamiento y elogiada por escritores y artistas de la época.

[226] Esposa de Ludovico el Moro.

[227] Hija de Fernando I de Nápoles y esposa de Hércules de Este.

[228] Isabel de Balzo, esposa de Federico I de Nápoles. Al perder éste su reino, marchó con él al exilio, acompañados del poeta Iacopo Sannazaro.

[229] Alusión a la guerra de 1449 entre Florencia y Pisa.

hartas veces les han enmendado sus yerros. Y si agora no se hallan en el mundo aquellas grandes reinas que sojuzgaban regiones estrañas y hacían edificios señalados, pirámides y ciudades, como aquella gran Tomiris [230], reina de Scitia; Artemisa [231], Cenobia [232], Semíramis [233] y Cleopatra, tampoco se hallan hombres tan famosos como fue César, Alexandre, Scipión, Lucullo y aquellos otros emperadores romanos.

No digáis eso, respondió riendo el Frigio, que sin duda agora hartas mujeres se hallan como Cleopatra y Semíramis; y si no tienen tan grandes estados como aquéllas, no les falta por eso la buena voluntad de seguillas en darse placer y satisfacer, cuanto es posible, a sus apetitos.

Vos, señor, Frigio, dixo el Manífico, andáis apartándoos de la tela; porque bien veis vos que si agora se hallan algunas Cleopatras, no dexan de hallarse infinitos Sardanápalos [234], que es harto peor.

No hagáis, dixo Gaspar Pallavicino, esas comparaciones, ni creáis que los hombres sean menos castos que las mujeres, y ya que lo fuesen no sería peor; porque de la incontinencia de las mujeres nacen infinitos males, que no nacen de la de los hombres; y por eso, como ayer se dixo, sabiamente ordenaron ellos que a ellas les fuese lícito sin infamia poder errar en todas las otras cosas, a fin que pudiesen poner todas sus fuerzas en mantener esta sola virtud de la castidad, sin la cual los hijos serían inciertos, y aquel ñudo que tiene al mundo atado con el deudo de la sangre, y con amar naturalmente cada uno aquello que ha producido, quedaría suelto, y por eso es muy justo que parezca peor en las mujeres la vida deshonesta que no en los hombres, los cuales no traen en sus cuerpos nueve meses los hijos.

Hermosos argumentos, respondió el Manífico, son esos que agora vos hacéis. Nos sé por qué no mandáis luego escribillos. Pero decíme, ¿por qué razón no ha sido ordenado que en los hombres fuese tan gran deshonra la vida disoluta como en las mujeres, considerado que si ellos son naturalmente más virtuosos y de mayores fuerzas para resistir a los vicios, más fácilmente podrán mantenerse en esta virtud de la castidad que no ellas? Y los hijos serán tan ciertos desta manera como desa otra que habéis dicho; porque aunque las mujeres fuesen malas y quisiesen andar envueltas en mil deshonestidades, si los hombres fuesen buenos y no consintiesen en las maldades dellas, claro está que ellas, siendo solas, ni podrían dañar con sus vicios, ni poner entre nosotros duda de

---

230 Señalada por Heródoto en relación con la figura del rey de los persas Ciro.
231 Probable alusión a la reina de Caria y esposa del rey Mausoleo, muerta en el año 350 a. de C.
232 Reina de Palmira, vencida por el emperador Aureliano y conducida a Roma.
233 Legendaria reina de Asiria (siglo IX a. de C.)
234 Alusión al rey de Asiria Sardanápalo IV, muerto en el año 798 a. de C., famoso por su lujuria.

nuestros hijos. Mas, en fin, si queréis confesar la verdad, no dexáis de conocer vos que nosotros de nuestra propria autoridad nos hemos ocupado esta licencia, que unos mismos pecados se tengan por livianos en nosotros y alguna vez merezcan ser loados, y en las mujeres sean tenidos por gravísimos y no basten penas para castigallos si no es una vergonzosa muerte o, por lo menos, una perpetua infamia. Por eso, ya que esta opinión dañada está apoderada en el mundo, parecerme hía también justa cosa castigar gravemente a los que con mentiras andan difamando mujeres. Y tengo yo por cierto que sea obligado todo buen caballero a defender la verdad siempre que sea manester, en especial cuando sepa que alguna mujer es acusada falsamente de mala.

Y yo, respondió riendo Gaspar Pallavicino, no solamente afirmo ser obligación de todo buen caballero hacer eso que vos decís, mas aun pienso que es cortesía y gentileza encubrir cualquier yerro, en el cual, por desastre o por mucho amor, haya caído una mujer de bien. Y en esto veréis que yo tomo más la parte de las mujeres, donde la razón lo sufre, que no hacéis vos. No niego yo con todo que los hombres no se hayan metido por esta libertad adelante algo más de lo que debieran, y esto porque saben que, según la opinión común, no les trae a ellos la vida disoluta tanta deshonra como a las mujeres, las cuales por su flaqueza son mas aparejadas a consentir en sus apetitos que los hombres. Y si alguna vez dexan de acudir a sus deseos, hácenlo de vergüenza; y por eso nosotros les hemos puesto el miedo de la infamia como un freno que por fuerza las haga parar en esta virtud de la castidad, sin la cual, por decir verdad, valdrían ellas harto poco; porque el mundo ningún provecho lleva dellas sino el engendrar de los hijos. Esto no es así en los hombres, los cuales son útiles para muchas cosas: gobiernan las ciudades y los exércitos y hacen otros mil provechos de mucha calidad, lo cual todo, pues vos así lo queréis, no quiero yo agora disputar cómo sabrían hacello las mujeres, basta ver que no lo hacen. Pues cuanto a la continencia, todas las veces que la cosa ha venido a lance que se hubiese de ver esta virtud en los hombres, así en ésta como en las otras han llevado ellos ventaja a las mujeres, puesto que vos no lo confeséis; y yo para la prueba desto no quiero recitaros tantas historias o fábulas cuantas habéis vos recitado; contentarme he de remitiros solamente a la continencia de dos grandes hombres y mozos y llenos de vitorias frescas de entonces, con las cuales suelen tomar mucha licencia y enloquecerse hasta los hombres baxos. Del uno es la que usó el gran Alexandre con la mujer y hijas hermosísimas de Darío, enemigo y vencido; la otra es de Scipión, a quien siendo de edad de veinte y cuatro años, y habiendo en España tomado por fuerza una ciudad, fue traída una muy hermosa y muy principal moza, presa entre otras muchas, y siendo Scipión informado ser ésta esposa de un señor de aquella tierra, no solamente no quiso llegar a ella, mas volvióla a su

marido con grandes dádivas. Podría también deciros de Xenócrates, el cual fue tan casto, que siéndole puesta en su cama al lado una mujer [235] fresca y bien dispuesta, y haciéndole ella todos los regalos que se podían hacer, y usando todas las artes para aquello necesarias, en las cuales era gran maestra, nunca pudo trastornar el ánimo de este varón singular, ni aun hacelle mostrar señal alguna, por pequeña que fuese, de deshonestidad, no embargante que en esto gastó ella toda una noche. Podríaos asimismo decir de Pericles, el cual oyendo solamente que uno alababa con gran hervor a un mochacho de hermoso, le reprehendió gravemente; y de muchos otros continentísimos por su propria voluntad y no por vergüenza ni miedo, como las más de las mujeres, que por estas dos solas causas suelen ser buenas, las cuales aun con todo esto merecen ser alabadas, y el bellaco que las disfama debe, como vos decís, ser muy reciamente castigado.

[CAPÍTULO IV]

[*Cómo después que en el capítulo precedente el manífico Julián ha traído muchos enxemplos de los notables hechos de mujeres, en especial de la memorable señora doña Isabel, reina de España, agora en éste, tomando la mano en la plática miser César en defensión de las damas, trae otros muchos enxemplos de afamadas señoras.*]

Miser César entonces, el cual había gran rato que estaba callando, dixo: Mirá cuál debe ser el mal que el señor Gaspar dice de las mujeres, que esto que agora acaba de decir, dice él por alaballas. Por eso, si el señor Manífico me consintiere que yo pueda en lugar suyo respondelle un poco acerca de cuanto, a mi parecer, falsamente ha dicho sobre esto, será quizá bien para él y para mí; porque él descansará en tanto un rato, y después podrá mejor volver a su proceso de formar su Dama, y yo holgaré mucho que se me haya ofrecido ocasión de poder defender la verdad, como es oficio de todo buen caballero.

Antes os suplico, respondió el Manífico, que lo hagáis así; porque ya a mí me parecía haber cumplido, según mis fuerzas, con mi obligación, y temía que esta mi habla no comenzase a desmandarse algo.

Dixo entonces miser César: Ya yo no quiero hablar del provecho que el mundo recibe de las mujeres demás del parir; porque harto se ha declarado cuánto ellas sean necesarias, no solamente a nuestro ser, mas aun a nuestro bien ser; pero digo, señor Gaspar, que si ellas son, como vos decís, más prestas a sus apetitos que los

[235] Episodio de la famosa cortesana ateniense Friné.

hombres, y con todo esto se resisten más que no ellos, lo cual vos mismo habéis confesado, merecen tanto más ser alabadas, cuanto su naturaleza es menos fuerte para vencer los movimientos naturales; y si decís que de vergüenza resisten a sus deseos, paréceme que desa manera, en lugar de dalles una virtud, les dais dos; porque si en ellas puede más la vergüenza que el apetito, y por ella se refrenan de hacer mal, pienso que esta tal vergüenza, la cual, en fin, no es otra cosa sino temor de infamia, es una singular virtud, y de muy pocos hombres poseída. Y si yo agora pudiese, sin muy gran deshonra y confusión de los hombres, decir cuántos dellos estén enterrados en mitad de la desvergüenza, que es el vicio contrario a esta virtud, amancillaría los limpios y castos oídos que me escuchan; y lo peor es que por la mayor parte estos tales, injuriosos a Dios y a la natura, son ya hombres viejos, de los cuales los unos son clérigos, los otros filósofos, los otros dotores en leyes; y gobiernan las repúblicas con una severidad grave en sus rostros, la cual promete toda la limpieza del mundo. Éstos son los que por una parte se autorizan o andan por autorizarse, diciendo a cada paso con un gran ceño que las mujeres son incontinentísimas, y por otra continuamente se están quexando a sí mismos que ya no pueden y que ya les falta el calor natural para satisfacer a sus abominables deseos, los cuales les quedan atravesados en el alma después que la natura los niega al cuerpo, y así muchas veces hallan modos en que las fuerzas no son necesarias. Pero yo no quiero agora más alargarme en esto, y basta ver que me confesáis que las mujeres se abstienen más del vivir deshonesto que los hombres. Sabé otra cosa: que ningún freno las aprieta ni las sojuzga, sino el que ellas mismas se ponen; y veréislo en esto, que las más de las que son guardadas con grandes estrechezas, o maltratadas de sus maridos o padres, son menos buenas que las que viven con más libertad. El verdadero freno generalmente para las mujeres es la virtud y el deseo de la honra, de la cual, muchas que yo en mis días he conocido, hacen más caso que de la propria vida. Y si queréis decir la verdad, no hay aquí nadie de nosotros que no haya visto mancebos de gran linaje y principales, discretos, avisados, animosos, bien dispuestos, y, en fin, muy gentiles galanes, haber gastado muchos años andando de amores con alguna dama, sin jamás descuidarse de diligencia ni de cosa que pudiese aprovechar, dando, suplicando, llorando y, en fin, haciendo cuanto se pudiese pensar, y al cabo ser todo en vano. Y si no porque quizá querríades estar cortesano conmigo y responderme que en mí no es maravilla, que yo no soy para que me vaya bien de amores, probaros hía conmigo mismo lo que he dicho; porque más de una vez, por la recia y dura bondad de una mujer, me he visto llegar al punto de la muerte.

No os maravilléis deso, respondió Gaspar Pallavicino, que quizá esas mujeres estuvieron tan recias porque no les parecían bien o tenían un no sé qué que no eran de su gusto esos que andaban con

ellas; y sabé más: que las que son muy rogadas, ésas son las que se detienen, y las que no las ruega nadie, aquéllas son las que ruegan.

Yo por cierto, dixo miser César, nunca he visto hombre que fuese requerido de mujer ninguna. Bien he visto muchos que, después que se ven haber trabajado en vano y gastado sus días locamente, se acogen a una gentil venganza, que es decir que alcanzaron muy largamente lo que por ventura ellos consigo mismo solamente imaginaron; y paréceles a éstos que ser disfamadores y fengir cuentos para que anden mil mentiras en perjuicio de alguna mujer de bien, sea una muy delicada cortesanía; y verdaderamente los tales que se alaban perjudicialmente de una gentil dama, o sea verdad o mentira, merecen ser gravemente castigados; y si alguna vez llevan algo sobre la cabeza, son ciertamente hombres de honra los que les dieron tal pago; porque, sin con mentira disfaman, ¿qué más abominable bellaquería que quitar falsamente a una mujer honrada lo que ella precia más que la vida? Y esto por lo que ella hizo bien, y por lo de que mereciera ser muy loada; y si con verdad, ¿qué castigo o qué pena podrá bastar para un hombre tan malo y tan traidor que pague con tanta ingratitud y maldad a una mujer de bien lo que ella hizo por él vencida de sus falsas blanduras, de sus fingidas lágrimas, de sus continas importunidades, de sus quexas y lamentaciones, de sus artes y mañas y juramentos falsos, con lo cual todo hubo ella de caer a amar mucho, y amando mucho, fue necesario entregarse totalmente a un tan malino espíritu?

Mas por responderos también a esta gran continencia que habéis alegado de Alexandre y de Scipión, digo que yo no os niego que entrambos hiciesen una cosa muy bien hecha; mas todavía al encuentro deso, porque no podáis decir que contando cosas muy antiguas os cuento hablillas de viejas, os quiero contar de una mujer de nuestros tiempos, de baxa suerte, la cual se mostró harto más continente que esos dos grandes hombres que habéis dicho. Así que digo que yo conocí una moza hermosa y delicada, el nombre de la cual no quiero deciros porque no se escandalicen della los necios, los cuales en sabiendo que una mujer está enamorada luego tienen mal conceto della; ésta, siendo largo tiempo amada de un mancebo noble y de buenas costumbres, volvióse con todo su corazón y entrañas a amalle, y esto no solamente yo lo sabía, a quien ella descubría todos sus secretos como si yo fuera, no digo hermano, mas una hermana entrañable suya; pero aun todos aquellos que la veían en presencia deste mancebo conocían claramente cuán perdida por él estaba; y así, amando ella tan ahincadamente cuanto amar puede un corazón por enamorado que esté, sostúvose dos años en tanto recogimiento, que nunca hizo muestras a este mancebo de amalle, sino las que en ninguna manera podía encubrille; ni jamás le quiso hablar ni recebir dél cartas ni dádivas ni otros presentes, siendo requerida con todas estas cosas a cada paso, pues cuanto desease ella

hacello, yo bien lo sé; porque si alguna vez secretamente podía alcanzar alguna cosa que hubiese sido de este su servidor, teníala tan guardada y tan preciada, y regalábase tanto con ella, que parecía que aquello era su vida y todo su bien; en fin, en todo este tiempo nunca en nada quiso contentalle sino en velle y dexarse ver, y alguna vez, ofreciéndose algunas fiestas públicas, danzaba con él como con los otros; y porque las calidades y haciendas de entrambos eran harto conformes, deseaban ellos que este amor parase en casamiento; lo mismo deseaban cuantos hombres y mujeres había en aquella ciudad, salvo el crudo y áspero padre della, el cual por una perversa y estraña opinión acordó de casalla con otro más rico. A esto no contradixo la cuitada de la moza con otra cosa sino con lágrimas. Estas solas fueron sus palabras y sus razones y todas sus defensas; así que hecho este malaventurado matrimonio con mucho dolor de todo aquel pueblo y con mayor desesperación destos tristes enamorados, aun este encuentro de la fortuna no bastó para desarraigar un tan fundado amor de entrambos corazones, porque aun después duró por espacio de tres años, puesto que ella muy cuerdamente lo disimulase y procurase con todas sus fuerzas de cortar el hilo a sus deseos, los cuales ya eran sin esperanza, y en todo este tiempo siguió siempre su determinado propósito de no dexarse vencer; y viendo que no podía honestamente gozar de aquél en quien adoraba, determinó de estarse sin él y de no querelle; y así seguía su costumbre de no escuchar los recaudos que él le enviaba, ni recebir sus dádivas, ni dexarse ver; en fin, con esta recia determinación y fuerza que se hizo la cuitada, vencida del áspero trabajo, y venida por larga pasión en estrema flaqueza, al cabo de tres años se murió, y escogió más aína sufrirse sin su proprio contentamiento y sin sus deseos y, en fin, sin su misma vida, que sin su virtud. Pues yo os aseguro que no le faltaban hartos lugares para poder acudir a su voluntad secretamente y sin peligro de infamia o de otra alguna pérdida; y con todo esto siempre estuvo firme, sin consentir en lo que tanto deseaba, moviéndola a ello la persona del mundo a quien más ella quería. Este hecho tan señalado no le hizo ella por miedo ni por otro ningún respeto, sino por el solo amor a la verdadera virtud.

¿Y qué me diréis vos de otra, la cual seis meses enteros estuvo casi cada noche desnuda en una cama con un hombre por quien era perdida, y en todo este tiempo, tiniendo los manjares a la boca con deseos de comer, y convidada con los ruegos y lágrimas de quien ella más que a sí misma amaba, siempre se tuvo? Y aunque estuviese presa así desnuda en la recia cadena de aquellos amados brazos, nunca se dió por vencida, sino que conservó siempre sana la flor de su limpieza. ¿Paréceos, señor Gaspar, que podrían igualarse estos hechos de contenencia con el de Alexandre, el cual, enamorado en todo estremo, no de la mujer y hijas de Darío, sino de aquella fama y grandeza que le despertaban con las aldabadas de

la gloria y le movían a sufrir trabajos y a pasar peligros por hacerse inmortal, no sólo las otras cosas, mas su propria vida despreciaba? ¿Pues paréceos gran milagro que con tales pensamientos se refrenase de una cosa que no deseaba mucho? Porque claro está que no habiendo jamás visto aquellas mujeres, no había luego en aquel punto de enamorarse tanto dellas, que no le fuese muy fácil cosa no caer; cuanto más que estaba en la mano quererlas mal por causa de Darío, enemigo mortal suyo; y siendo así esto, toda cosa que él cometiera con ellas fuera injuria y no amor. Y por eso no fue mucho que Alexandre, el cual no menos con su grandeza de ánimo que con las armas venció al mundo, dexase de injuriar unas mujeres tristes y presas y llenas de miseria. La continencia también de Scipión merece ciertamente ser alabada; mas con todo, si bien se considera, no se debe igualar con la de estas dos mujeres que he dicho; porque él también dexó de caer a cosa no deseada estando en tierra de enemigos y siendo un capitán nuevo, y luego en el principio de una empresa importantísima, y esperando todos en su patria que había de hacer las más señaladas cosas que nunca hombre hizo, y habiendo de tener residencia de todo lo que hiciese ante jueces rigurosísimos, los cuales muchas veces castigaban, no solamente los grandes, mas aun los pequeños delitos, y sabía que entre ellos no faltaban algunos que le tenían mala voluntad; y más conociendo que si de otra manera hiciera aquello, se pusiera en peligro, por ser aquélla una mujer muy principal y casada con un gran señor, de alterar toda la tierra y de hacer que se levantasen contra él muchos, y con esto pudiera su vitoria dilatarse o quizá perderse. Así que con tantos y tan grandes inconvenientes no fue mucho astenerse de un liviano y dañoso apetito, en especial mostrando en ello esta virtud de continencia y una liberal bondad, con la cual, según se escribe, ganó todos los corazones de aquellos pueblos, y con ella se aprovechó tanto como con otro gran exército para vencer con amor los ánimos que por ventura con armas nunca hubiera vencido. Así que esto más aína se pudiera llamar un buen ardid de guerra que pura continencia; cuanto más que este hecho de Scipión no se tiene por tan verdadero como quizá pensáis, porque algunos autores aprobados afirman haber Scipión gozado de esta moza; pero lo que yo os he contado podéis creer que fue así sin duda.

¿Leístelo vos, dixo el Frigio, por ventura en los Evangelios?

Yo mismo lo he visto, respondió miser César, y por eso lo sé mejor que podéis saber vos ni otro lo que se escribe de Alcibíades, que se levantaba por la mañana de la cama de Sócrates como suelen levantarse los niños de las camas de sus padres. Esto, hablando aquí la verdad, no sé yo cómo era, que, cuanto a mí, no me parece muy proprio lugar ni tiempo la cama o la noche para contemplar aquella pura hermosura, la cual se dice que amaba Sócrates sin ningún deseo deshonesto, en especial amando más la hermo-

sura del alma que no la del cuerpo, pero esto en los mochachos. Pues un gentil enxemplo es aquel de Xenócrates; por cierto creo yo que no se pudiera hallar otro mejor para alabar la continencia de los hombres, que siendo éste un filósofo envuelto siempre en sus libros, obligado a su misma profesión, la cual consiste toda en la virtud y buenas costumbres, y no en las palabras; viejo ya, consumido, perdida la fuerza natural, no pudiendo ni mostrando señal de poder, ¿qué queríades que hiciese sino lo que hizo? ¿Quisiérades que no pudiendo se encharcara en una ramera pública, la cual con sólo el nombre era bastante a hacelle asco? Mas aína creyera yo que hubiera él sido continente, si mostrando en aquel caso algún movimiento o señal de alboroto hubiera usado de su continencia, o si se templara en el vino, el cual suele ser harto más natural a los viejos que envolverse con mujeres. Pero mirá qué viejo tan templado, que dél se escribe que holgaba con el beber razonablemente, y que ordinariamente andaba lleno de vino; pues yo querría que me dixiésedes si hay cosa en el mundo más ajena de la continencia de un viejo que la borrachez. Pero, en fin, si astenerse de obras carnales merece loor en los viejos, ¿cuánto mayor es el que se merece desto en unas mujeres mozas y delicadas como aquellas dos que os he dicho? La una de las cuales, poniendo ásperas leyes a todos sus sentidos, no solamente negaba a los ojos su luz, mas quitaba al corazón aquellos pensamientos que fueron muy largo tiempo el puro mantenimiento con que ella sostuvo su vida. La otra, enamorada perdida, hallándose tantas veces sola en los brazos de aquél a quien más que a todo el mundo amaba, peleando contra sí misma y contra él, vencía a aquel ardiente deseo que muchas veces ha vencido a hartos hombres sabios y muy honrados. Pues luego, señor Gaspar, ¿no os parece que debieran los que han escrito tener empacho de hacer mención de Xenócrates en este caso, y de llamalle continente? Porque, cierto, si pudiésemos agora sabello, yo apostaría cuanto vos quisiésedes que el buen viejo, toda la noche, hasta el otro día a hora de comer, durmió como un muerto enterrado en vino, y que nunca aquella honrada mujer, por mucho que en él labrase, pudo despertalle ni hacelle abrir más los ojos que si le hubieran dado dormideras.

A esto rieron todos; y Emilia, también riendo, dixo: Por cierto, señor Gaspar, yo creo que si pensáis en ello un poco más, aun hallaréis otro hermoso enxemplo de continencia tan bueno como ese que habéis dicho.

¿No os parece, señora, dixo miser César, que también es bueno lo que nos ha contado de Pericles? Yo me espanto que no se haya acordado de la continencia y de aquel gentil dicho que se escribe de uno a quien una ramera pidió muy gran precio por una noche y él respondióle que no quería dar tanto por un arrepentimiento.

Andaba todavía gran risa, y miser César, habiendo callado un poco, dixo: Suplícoos, señor Gaspar, que me perdonéis si os he

enojado con decir más verdades de las que vos quisiérades oír; porque, en fin, ésos son los milagros de continencia que los hombres escriben de sí mismos, condenando a las mujeres por malas, en las cuales a cada paso se ven infinitas señales de gran virtud; porque, en verdad, si bien lo queréis mirar, no hay fortaleza en el mundo tan inespunable ni tan bien defendida, que combatiéndola con mucha menos fuerzas y artes que por derrocar el firme corazón de una mujer se inventan, no la tomásedes al primer combate. ¿Cuántos criados de reyes y de señores, hechos ricos y puestos en autoridad por ellos, siendo alcaides de sus fortalezas, las cuales eran la llave y el fundamento de todos sus estados, las han vendido por pura codicia de dinero, sin vergüenza ni miedo de ser después tenidos por traidores? Pluguiese a Dios que en nuestros tiempos hubiese tan pocos déstos que no tuviésemos mayor trabajo en hallar alguno que en tal caso hubiese hecho lo que debía, que en nombrar agora muchos que en esto hayan errado. Pues si queréis mirallo todo, veréis tantos otros que andan cada día robando, salteando y matando hombres. Otros por la mar cosarios despojando a todos los que topan. Pues ¿cuántos perlados hay que venden las cosas del Iglesia de Dios? ¿Cuántos letrados y escribanos que falsan testamentos? ¿Cuántos que hacen mil juramentos falsos? ¿Cuántos que testifican en juicio contra la verdad por dinero? ¿Cuántos médicos que por esta misma causa dan hierbas a los enfermos? ¿Y cuántos también se hallan que por miedo de la muerte hacen vilezas baxísimas? Y a todas estas recias y crudas batallas, que las más veces por la codicia se levantan, resiste a cada paso una mujer moza y delicada, que hartas hemos visto que han escogido antes morir que perder la honra.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Creo yo, en verdad, señor miser César, que no hay agora en el mundo desas mujeres que vos decís.

Yo no quiero, respondió miser César, alegaros las pasadas; séos decir que se hallarían y se hallan muchas de nuestros tiempos que en tal caso no tienen la muerte en lo que pisan. Y agora me ha ocurrido que cuando Capua fue saqueada de los franceses [236], que aun no ha tanto esto que no se os pueda a vos muy bien acordar, una gentil moza capuana, mujer de linaje, siendo presa de una compañía de gascones y llevada por ellos fuera de su casa, cuando llegó al río que pasa por Capua, quedándose un poco atrás del que la llevaba, con achaque de adobarse un zapato, se echó súpitamente en el río. Y ¿qué me diréis vos de una labradorcilla que no ha muchos meses que en tierra de Mantua, en un lugar llamado Gazuolo, estando un día con una hermana suya cogiendo la rebusca en el campo, sobrada de sed, fue a una casa que estaba un poco apartada a pedir una poca de agua; y así entrando dentro y viéndola el

[236] En julio de 1501.

dueño de la casa, que era hombre mozo, así sola, pareciéndole bien, llegóse primero a ella con buenas palabras; después, viendo que no aprovechaba aquello nada, comenzó a amenazalla; en fin, de que vio que siempre ella estaba firme, maltratándola y golpeándola, forzóla. Ella luego, toda descabellada, llorando, volvióse al campo a su hermana, y nunca, por mucho que la otra le importunase que le dixese lo que la había acaecido, se lo quiso decir; y así dende un rato entrambas comenzaron a irse hacia el lugar, y la moza, caminando con su hermana, mostraba ya estar sin enojo; y así, hablándole con el gesto alegre y sin lágrimas, encargóle ciertas cosas que se habían de hacer; luego después, llegada a Oglio, que es el río que pasa cabe Gazuolo, apartándose un poco de la hermana, la cual no podía pensar lo que ella quisiese hacer, prestamente se echó en el río. La hermana en viendo tan triste caso, llorando y dando gritos, andaba siguiéndola cuanto más podía junto al agua, que con el raudal la llevaba reciamente, y todas las veces que la cuitada salía encima del agua, la triste de la hermana le echaba una soga con que traía las espigas que había cogido; y puesto que la cuerda le viniese más de una vez a las manos y pudiese ella muy bien tomalla y probar a salir, la determinada y constante moza siempre la rehusó y la echó de sí; de manera que huyendo todo socorro que pudiese dalle vida, en breve espacio alcanzó la muerte que deseaba. Ésta no se movió con la nobleza de su sangre a hacer un tan gran hecho, ni con el miedo de otra más cruel muerte o de infamia, sino solamente con el dolor de la perdida virginidad [237]. Por aquí podréis ver cuántas otras mujeres hagan cosas señaladas y dinas de memoria sin que se haga mención dellas, cuando esta moza habiendo dado, aun ayer se puede decir, tan gran prueba de su virtud, ya no está en cuenta de nada, ni se habla della. Mas si en aquellos días no sobreviniera la muerte del Obispo de Mantua [238], tío de la señora Duquesa nuestra, bien sería agora aquella ribera de Oglio, en el lugar donde esta moza se echó en el río, ennoblecida de una hermosa y manífica sepultura en memoria de aquella alma tan gloriosa que merecía tanto mayor fama después de la muerte cuanto en menos generoso cuerpo viviendo había morado.

Aquí paró un poco miser César, y luego dixo: No ha mucho que en Roma también acaeció un semejante caso, y fue éste: que una hermosa y principal moza romana, siendo largo tiempo seguida de uno que mostraba mucho amalla, estuvo siempre con él tan recia que hasta parecer en lugar donde él estuviese nunca quiso; de manera que este perdido, viéndose tan sin remedio, hizo con una criada della, dándole mucho dinero, que le ayudase en este negocio como mejor pudiese. Ésta, con el placer de la ganancia y con la co-

---

[237] El episodio lo narra Bandello en una de sus *novelle*.
[238] Ludovico Gonzaga, obispo de Mantua entre 1483 y 1511.

dicia de ganar más, deseosa de hacerle buena obra, rodeó con su señora que un día que no fuese fiesta fuese a oír misa a San Sebastián [239]. Concertado esto, hízolo luego saber a aquel caballero, y díxole todo lo que había de hacer. Y así, llegada la señora a esta iglesia, la criada llevóla luego a una de aquellas capillas hondas y escuras, donde suelen entrar a hacer oración casi todos los que allá van, en la cual había un gran rato que secretamente estaba ascondido el caballero. Y así él, hallándose sólo con la que amaba tanto, comenzó a suplicalla cuanto más blandamente pudo, que quisiese dolerse dél y convertir sus asperezas en amor; pero después, viendo que sus blanduras no le valían, probó si con amenazas pudiera hacer algo; no aprovechando esto tampoco, púsose en maltratalla y herilla muy reciamente, y, en fin, determinóse a salir con su intinción por fuerza o como quiera, y así él por una parte y la malvada de la criada por otra, tomáronla y hiciéronle cuanta fuerza en el mundo pudieron para vencella y ella siempre firme defendiéndose fuertemente sin consentir en nada; de manera que este mal caballero, parte por el enojo que tenía della, viendo que no quería hacer nada de lo que él quería, parte de miedo que los parientes della no lo supiesen y a él no le costase caro tan gran bellaquería, con ayuda de la criada, la cual se temía lo mismo, ahogó a esta cuitada de señora y dexóla allí muerta sin poner ningún recaudo en el cuerpo y huyó donde no pudiesen hallarle. La criada, turbada y ciega de su mismo pecado, no supo huir; y puesta en la cárcel por algunos indicios, confesó todo el negocio cómo pasaba, y así fue justiciada como merecía; el cuerpo de aquella constante y singular mujer fue sacado con gran honra de aquella capilla y llevado a enterrar en Roma con una corona de laurel en la cabeza, y acompañado de infinitos hombres y mujeres, de los cuales no hubo nadie que volviese a su casa con los ojos sin lágrimas. Y así esta señora fue generalmente de todos tan llorada cuanto alabada.

Mas por hablaros de las que vos mismo conocéis, ¿no oístes vos que yendo la señora Felice de la Rovere [240] por mar a Saona [241], y temiendo que ciertas velas que se habían descubierto no fuesen de papa Alexandre [242], que viniesen tras ella para tomalla, se aparejó con firme determinación a echarse en la mar si aquellos navíos se llegasen tanto que no hubiese remedio para escaparse dellos? Pues yo os seguro que della no se puede creer que hiciese tal cosa por liviandad; porque vos, así como algún otro, conocéis muy bien ser esta señora no menos avisada y cuerda que hermosa. Pero, en fin, yo no puedo más sufrirme sin decir siquiera una palabra de la señora Duquesa nuestra, la cual, habiendo vivido quince años en

---

239 Basílica paleocristiana de la antigua Roma.
240 Hija natural del papa Julio II.
241 La actual Savona.
242 Alejandro VI, enemigo de la familia de la Rovere.

compañía de su marido como viuda, no solamente estuvo siempre firme en jamás descubrir esto a persona del mundo, mas siendo de sus propios parientes requerida y importunada que no sufriese tal vida, sino que procurase de salir de una tan áspera viudez, escogió más aína padecer destierro, pobreza y toda otra suerte de miseria que acetar lo que a todos parecía ser bien y gran prosperidad de fortuna.

Quiriendo hablar más miser César en esto, díxole la Duquesa: Hablá en lo que hace al caso y dexá esto, que hartas otras cosas tenéis agora que decir.

Sé por lo menos, dixo miser César, que esto que agora he dicho no me lo negaréis vos, señor Gaspar, ni vos, señor Frigio.

No por cierto, respondió el Frigio. Mas una golondrina no hace verano.

Verdad es, dixo entonces miser César, que estos tan señalados hechos acaecen en pocas mujeres; pero todavía las que resisten a los combates de amor hacen una cosa tan alta y tan difícil que casi parece milagro, y las que no pueden hacello, sino que alguna vez caen y quedan vencidas, verdaderamente tienen desculpas tan grandes y tantas causas de haber caído, que ninguna otra cosa merecen sino compasión y lástima que se tenga dellas; porque realmente las diligencias de los enamorados, las artes que usan y los lazos que arman son tantos y tan continos, que no es menos de un gran milagro que una tierna moza pueda no caer o escaparse dellos. ¿Qué día hay, o qué hora, que esta combatida mujer no sea de su servidor requerida y importunada con dádivas, con presentes y con todas aquellas cosas que pueden a ella parecelle bien? ¿En qué punto se puede ella parar a la ventana, que siempre no vea pasar al triste enamorado determinado a morir en su demanda, callando con la boca, pero hablando con los ojos, con el gesto afligido y quebrado, no sin sospiros y lágrimas hartas veces; y cuando sale ella para ir al iglesia o a otra cualquier parte, que este su servidor no se halle delante della, o a cada vuelta de calle no salga a topalla, con aquella su triste pasión imprimida en los ojos de tal manera que parece que de punto en punto espera la muerte? Dexo agora los aderezos y el primor del vestir, las invinciones, las letras, las fiestas, el danzar, las máscaras, las momerías, las justas y los torneos, lo cual todo sabe ella muy bien que es por ella. Después en la noche, cuando todas las cosas callan y sosiegan, si ella alguna vez despierta, la primera cosa que oye es tañer y cantar debaxo de sus ventanas, o a lo menos aquel desasosegado espíritu rodeándole la casa con sospiros y gemidos; y si por caso a esta señora se le antoja hablar un rato con alguna de sus criadas, ya cualquiera dellas está trastornada con dineros, y así en viniéndole delante, luego a dos palabras le da alguna cosa que su servidor le envía: o una carta o una copla, o algo desta calidad de parte del triste enamorado; y allí de lance en lance viene a hablalle en él fundadamente, y luego le

dice cuánto el cuitado la quiere, y cómo por servilla no se le da nada de perder la vida, y cómo no quiere della cosa que le esté mal; que no querría sino solamente poder hablalle; para esto, si no hay lugar sin muchas dificultades, a todas se hallan mil remedios: llaves falsas, escaleras de cuerdas, confaciones o artes para hacer dormir; y si la cosa es recia, píntase de manera que parece liviana; danse enxemplos de muchas otras, que siendo muy honradas mujeres, hicieron y hacen mayores saltos; así que el camino se hace tan llano y preséntanse tantas causas para hacer caer, que ya a ella no le queda otro trabajo sino decir que es contenta; y si todavía se detiene algunos días más, tantas tentaciones acuden y tantas diligencias o casos o blanduras o enamorados desavenimientos sobrevienen, que con la mucha fuerza y el amartillar contino, si alguna contradición quedaba, es necesario que se rompa y cese luego; y demás desto hay algunos malos hombres que, viendo todos sus trabajos ser en vano, danse a amenazar y dicen que las disfamarán y las publicarán a sus maridos por las que no son. Otros tratan valientemente con los padres, y alguna vez con los maridos, los cuales, por dineros o por alcanzar favor, entregan sus proprias hijas o sus mujeres, a pesar dellas, en manos de hombres que por lo menos las dexan deshonradas o perdidas. Otros trabajan con hechizos y nigromancias en quitalles aquella libertad que Dios por proprio y ecelente don ha concedido a nuestras almas, y en esto se ven grandes y espantosos efetos cada día; pero yo no sabría decir en mil años todas las artes y mañas que usan los hombres para alcanzar lo que quieren de las mujeres; y es lo bueno que, demás de las que cada uno se halla para sí, no ha faltado quien haya sotilísimamente escrito cómo debemos regirnos para que nos vaya bien de amores. No sé yo, pues, qué remedio tengan estas importunadas y combatidas mujeres para guardarse de tantas redes cuantas nosotros les armamos, en especial armándoles con tan dulce cebo. En fin, ¿por tan recia cosa tenéis que una mujer, viéndose amada en todo estremo y largo tiempo de un hombre de bien y buen cortesano, de buenas costumbres y de buen linaje, el cual mil veces cada día se ponga a peligro de muerte por servilla, y nunca piense sino en tenella contenta, que esta tal, con aquel dar y herir contino con que suele el agua muchas veces romper las peñas, quede vencida y se determine a amalle, y determinada a este amor, le haga merced de aquello que, según vos decís, ella naturalmente por su inclinación desea más que el hombre? ¿Tan grave os parece este yerro, que siendo presa esta mujer con tantos regalos y blanduras no merezca a lo menos aquel perdón que muchas veces a los homicidas, a los ladrones, a los salteadores y traidores se concede? ¿Querríades vos por ventura que este pecado fuese tan grave, que por haber resbalado en él alguna mujer, todas por eso hubiesen de ser condenadas y tenidas en poco? ¿No os acordaréis que se hallan muchas que están siempre firmes , sin jamás consentir en ninguna tentación de

amor, antes las veréis más recias a todos los encuentros que las peñas a los continos golpes de la mar?

Gaspar Pallavicino, entonces, viendo que miser César había parado un poco y estaba así suspenso, comenzaba a querer respondelle, mas díxole Otavián Fregoso sonriéndose: Daos agora por vencido, señor Gaspar, que yo voy viendo que haría ya poco al caso todo lo que vos dixiésedes y no haríades sino cobrar no solamente a estas señoras por enemigos, mas aun la mayor parte destos caballeros.

Rióse Gaspar Pallavicino, y dixo: Por cierto hasta agora harto tienen que agradecerme todas las mujeres; porque si yo con mis razones no enojara un poco al señor Manífico y al señor miser César, no se oyera decir tanto bien dellas cuanto aquí se ha dicho.

Dixo entonces miser César: El bien que el señor Manífico y yo hemos dicho de las mujeres es tan claro que ha sido escusado decille. ¿Quién no sabe que sin mujeres no se puede alcanzar placer ni contentamiento en esta vida, la cual sin ellas sería grosera, sin ningún gusto y casi salvaje, y más áspera que la de las fieras alimañas? ¿Quién no alcanza que las mujeres son las que quitan de nuestros corazones todos los baxos y viles pensamientos, las fatigas, las miserias y aquellas tristezas tristes que andan en compañía de todo esto? Y si quisiéremos bien considerar la verdad, conoceremos que acerca del conocimiento de las cosas grandes no nos desvían ellas, ni nos embarazan, antes nos despiertan y nos levantan. Hacen asimismo en la guerra ser los hombres sin miedo, y realmente yo tengo por imposible que en corazón de un hombre donde una vez haya entrado amor pueda jamás entrar vileza ni cobardía; porque quien ama desea siempre hacer cosas que le hagan ser amado, y teme ordinariamente no le acaezca algo que le deslustre, por donde venga a tenelle en poco la que él desea que le tenga en mucho; y así muy fácilmente se pone mil veces a peligro de muerte porque su señora conozca que él merece el amor della; de manera que, si se pudiese hacer un exército todo de enamorados y que peleasen en presencia de sus damas, yo tengo por cierto que el mundo todo no sería bastante a resistille, salvo si contra él no viniese de la misma manera otro de otros tantos enamorados. Y creé sin duda que nunca Troya se pudiera tener diez años contra toda Grecia si no fuera por algunos enamorados que dentro en la ciudad estaban, los cuales, cuando habían de salir a pelear se armaban delante de sus señoras, y ellas alguna vez se llegaban a dalles las armas, y al partir decíanles alguna palabra que los enamoraba y les abría las entrañas para no saber sino morir o ganar honra; y así después al pelear eran más que hombres, porque sabían que ellas los estaban mirando desde las almenas, y parecíales que cualquier cosa que hiciesen señalada no podía allí perderse, sino que todo había de ser agradecido y alabado por ellas, y éste era el mayor galardón que ellos pudiesen alcanzar de sus trabajos y peligros. Dicen tam-

bién muchos que las damas fueron en parte gran causa de las vitorias del rey don Hernando y reina doña Isabel contra el rey de Granada; porque las más veces, cuando el exército de los españoles iba a buscar los enemigos, la Reina iba allí con todas sus damas y los galanes con ellas, hablándoles en sus amores hasta que llegaban a vista de los moros; después, despidiéndose cada uno de su dama, en presencia dellas iban a las escaramuzas con aquella lozanía y ferocidad que les daba el amor y el deseo de hacer conocer a sus señoras que eran amadas y servidas de hombres valerosos y esforzados; y así muchas veces hubo caballeros españoles que con muy poco número de gente desbarataron y mataron gran multitud de moros. ¿Esto a quién se ha de agradecer sino a las damas, que con ser hermosas, dulces y de gran punto, imprimían maravillosos efetos en sus servidores? Por eso yo verdaderamente no alcanzo, señor Gaspar, cuál engaño o cuál diablo os haya traído a decir mal de mujeres. ¿No véis vos que de todos los exercicios alegres y cortesanos que dan lustre al mundo, la principal causa son las mujeres? ¿Quién trabaja en saber danzar y bailar con gracia sino por ellas? ¿Quién se da a tañer y cantar bien sino por contentallas? ¿Quién compone buenos versos, a lo menos en lengua vulgar, sino por declarar aquellos sentimientos que los enamorados padecen por causa dellas? Acordaos de cuántas cosas maravillosamente escritas en la poesía careceríamos agora en la lengua griega y en la latina si las mujeres no hubieran sido tenidas en mucho por los poetas. Pero dexando todos los otros, ¿qué mayor pérdida pudiera pensarse que fuera la del Petrarcha, el cual ha escrito tan divinamente como veis en esta nuestra lengua sus amores, si hubiera puesto todo su ingenio solamente en las cosas latinas, así como está claro que lo hiciera si el amor de madama Laura no se lo estorbara? No me quiero ocupar en nombraros los claros entendimientos que hay agora en muchas partes, y hartos dellos aquí presentes, que cada día escriben y echan en el mundo obras maravillosas, tomando por sujeto la hermosura y valor de las mujeres. Acordaos de Salamón, que queriendo escribir cubiertamente cosas altísimas y divinas, fingió, por escondellas debaxo de un hermoso velo, un blando y ardiente diálogo de un enamorado con su amiga, pareciéndole que no se podía hallar aquí entre nosotros semejanza más conforme a las cosas divinas que el amor de un singular hombre con una singular mujer; y así, escribiendo desta manera, nos quiso dar un cierto aire o un olor de aquella divinidad que él por ciencia y por gracia conocía mejor que otro; por eso, señor Gaspar, si vos quisiérades, bien escusado fuera disputar esta materia, a lo menos con tantas palabras; y aun habéis hecho otro mal, que con vuestro tanto porfiar contra la verdad habéis atajado la plática que aquí se tenía de cuál ha de ser una Dama para ser perfeta; y hubiéranse dicho, si no por vos, mil otras cosas buenas acerca desto.

Creo yo por cierto, respondió Gaspar Pallavicino, que sobre esa materia ya no se puede más decir; y si a vos os parece que el señor manífico Julián aun no haya dado a su Dama todas las buenas calidades que en ella pueden caber, sabé que no ha sido por falta dél, sino de quien ha hecho que no hubiese más virtudes en el mundo, porque él todas las que hay le ha dado.

[CAPÍTULO V]

[*En el cual, concluyendo miser César en los enxemplos de illustres mujeres, torna el manífico Julián a proseguir su plática en las calidades de la Dama, y dice cómo se ha de haber con el galán que la sigue de amores, y muéstrale a saber amar.*]

Dixo a esto la Duquesa riendo: Ahora callá, que aun el señor Manífico hallará alguna otra cosa buena que dalle.

En verdad, señora, respondió el Manífico, yo pienso que le he dado ya hartas; y cuanto por mí, yo me contento bien desta Dama así como ella está agora; y si estos señores quieren otra mejor, déxenme a mí ésta.

Entonces miser Federico, viendo que todos callaban, dixo: Siquiera por haceros decir más, quiero agora, señor Manífico, preguntaros una cosa cerca de lo que habéis querido que sea el principal oficio de la perfeta Dama, y es ésta: que yo deseo saber cómo ella deba regirse en una particularidad que, a mi parecer, hace mucho al caso; que aunque en las grandes cosas que vos en ella habéis puesto se encierren entendimiento, saber, juicio, desembarazo en la conversación, buena crianza y otras muchas calidades, con las cuales ella podrá muy bien saber estar y conversar con quien quiera y en cualquier caso, pienso que de ninguna cosa tenga tanta necesidad como de saber tratar con los que anduvieren con ella de amores; porque todo buen enamorado, demás de trabajar en tener, por alcanzar el amor de su dama, todas aquellas gentilezas y virtudes que hemos dado al Cortesano, tiene también por muy principal cosa para este efeto, y así procura de alcanzalla, hablar bien. Y no sólo quiere alcanzar esto por descansar de sus angustias con su amiga, mas aun por dexalla satisfecha, hablándole de tal manera que ella crea y tenga por cierto que cuanto él le dice es verdad. Y desto se sigue quedar ella contenta de sí misma, pareciéndole que el amor deste servidor suyo muestra ser ella mujer para ser amada, y que su hermosura y su arte y todas sus cosas son tales que obligan y fuerzan a todos a servilla. Por eso yo querría saber esta señora, cuando su servidor llegare a hablalle, con qué seso y manera se ha de haber con él; y cómo ha de responder al verdadero enamorado, y cómo al fengido; y si debe disimular o en-

tenderse luego, o si debe acudir al amor que este su servidor le tiene o desdeñalle; y, en fin, deseo que me digáis cómo debe gobernarse en todo esto.

Dixo el manífico Julián entonces: Primero sería menester mostrar a esta Dama cómo y en qué pudiese conocer los enamorados fengidos entre los verdaderos; después, sabido esto, pienso, cuanto a lo del acudir al amor de quien la sirve, que en eso la regla cierta ha de ser la misma voluntad della, con la cual se ha de guiar, y no con la ajena, prosupuesto que sea esta dama mujer de buen juicio y de buen punto.

Mostralde, pues, dixo miser Federico, cuáles sean las más ciertas señales para conocer el amor fengido y el verdadero, y con qué se debe ella contentar para quedar bien certificada del amor que su servidor le muestra.

Respondió riendo el Manífico: Yo eso no lo sé, porque hoy en día los hombres son tan tramposos y andan tan doblados, que alcanzan mil artes para mostrar falsamente lo que no tienen en el corazón, y alguna vez lloran cuando han buena gana de reír. Por eso sería necesario enviallos a la Insula firme, porque allí se probasen debaxo del arco de los leales amadores [243]. Mas porque esta mi Dama, de la cual yo he de tener especial cuidado por ser mi hechura, no tropiece en algunos yerros en que yo he visto caer muchas, doile por consejo que no crea luego livianamente a los que le dixeren que la aman, ni lo haga como algunas, que no solamente no muestran no entender a quien les dice amores, aunque los diga cubiertamente, mas al primer remoque luego lo admiten todo por requiebro y responden dulzuras, o si no hacen esto, danse a hacer misterios o escandalízanse, o desechan de manera las palabras, que oyen, que más aína es todo esto ser ganchosas y recoger bien que recogerse; así que el arte que yo quiero que tenga esta mi Dama con quien le dixere amores, ha de ser mostrar con una buena presunción que tiene por cosa liviana lo que él le dice, y, en fin, no ha de dar a entender luego que cree ser amada. Y si este caballero que presumiere de servilla llegare a hablalle, como lo hacen muchos, con una soberbia grosera, sin tenelle todo el acatamiento que fuere razón, secarse ha de manera con él, o decille ha brevemente tales palabras, que él se tenga por entendido, y otro día, por necio que sea, no lo sea tanto que llegue a hablalle desacatadamente. Pero si este que la sirviere fuere discreto y le hablare con buena crianza y mansamente, y aun los amores que le dixere no fueren muy descubiertos, y, en fin, si fuere tan hombre de bien

---

[243] Alusión a un famoso episodio del *Amadís de Gaula*, libro de caballerías español reelaborado por el italiano Bernardo Tasso. En el texto de este último, un caballero con una trompeta, colocado sobre el arco, la hace sonar de modo bronco cuando bajo aquél pasan amantes desleales, y de manera suave cuando la pareja se ama verdaderamente.

que traiga con ella todo el arte que traería en tal caso nuestro Cortesano, muestre entonces no entendelle, y las palabras que él le dixere échelas a otra cosa, procurando siempre con el jucio y templanza y arte que hemos dicho de sacalle de aquello. Y si los términos fueren tales que ella no pueda disimular, tomallo ha como burlando, o con una buena llaneza decille ha cuerdamente algunas palabras, de las cuales él ni pueda quedar desabrido, ni tampoco con asidero para quedar muy confiado. Y si él se pusiere en loalla, esté ella de manera en ello que ni lo recoja ni tampoco lo deseche, sino que algunas veces parezca que está falsa, y otras que lo toma llanamente. Si ella así lo hiciere, ternánla todos por avisada y cuerda y no pasará peligro de ser engañada. Esta es el arte que, a mi parece, ha de tener la perfeta Dama con quien se le llegare a decille amores.

Dixo entonces miser Federico: Vos, señor Manífico, habláis en esto de manera como si fuese necesario que todos los amores fuesen fingidos, y que en este caso los hombres no quisiesen sino engañar. Si ello así fuese, yo ternía vuestros consejos por buenos; pero si este caballero que llega a hablar a su dama está verdaderamente enamorado y siente aquella viva pasión que tanto suele afligir los corazones humanos, ¿no consideráis vos en cuánto trabajo y miseria le echáis agora, quiriendo que jamás ella le crea cosa de cuantas él le dice? ¿Pues cómo las maldiciones que él se echa, las lágrimas y tantas otras señales de amor, no es razón que puedan algo? Catá, señor Manífico, que quizá no es bien que, demás de las crueldades que las mujeres naturalmente hacen, vos agora de nuevo les mostréis otras.

Yo hablo, respondió el Manífico, no de quien ama, sino de quien dice amores; en lo cual, los que lo hacen sólo por una costumbre de gala, siempre andan buscando que no les falte qué decir; y así nunca callan. Mas los verdaderos enamorados, como tienen el corazón caliente, así tienen la lengua fría *col parlar roto e subito silencio*[244]. Y así por ventura no sería muy gran sinrazón decir que el que mucho ama habla poco; pero, en fin, no se puede en esto dar regla cierta por la diversidad de las costumbres de los hombres, ni yo en ello sabría decir sino que la Dama debe estar recatada en sí y acordarse siempre que con mucho menos peligro pueden los hombres mostrar que están enamorados que no las mujeres.

Atravesó en esto Gaspar Pallavicino, diciendo: Decíme, señor Manífico, ¿no os parecería a vos bien que esa vuestra tan ecelente Dama amase a lo menos cuando verdaderamente se conociese ser amada? Considerado que si a nuestro Cortesano le fuese mal con

---

[244] Boscán mantiene en italiano estas palabras que rítmicamente constituyen un auténtico endecasílabo. La idea del pasaje recuerda, por otra parte, un texto del *Canzoniere* de Petrarca (soneto CLXX).

ella, está en la mano desgustarse luego y dexar de servilla, y desta manera perdería él muchas cosas buenas, las cuales ternía todas con gran abundancia amándola; y entre las otras faltalle hía una muy sustancial, y sería aquella sojución y acatamiento con que acatan y casi adoran los enamorados a sus damas.

Eso que habéis preguntado, respondió el Manífico, no lo ha de hacer ella por consejo, ni se ha de tratar esa materia de amores con argumentos, sino que la que cayera caya, y la otra que se esté. Cosa que trae consigo una pasión tan grande como es amar, no se puede ordenar ni medir en los hombres ni en las mujeres; acaecimientos son o dolencias que es cosa difícil prevenillas, y casi imposible curallas. Séos bien decir, si esto se ha de hablar por rigor de derecho y hemos de andar aquí en dotrinas y filosofías estrechas, que ese amar, como vos lo entendéis que sea, quizá no sería lícito sino a las que están por casar; porque cuando el amor no ha de parar en casamiento, es forzado que la mujer tenga dél el escrúpulo que se suele tener de las cosas defendidas, y ponga en algún peligro la fama que tanto le importa.

Respondió a esto riendo miser Federico: Esa vuestra opinión, señor Manífico, me parece muy estrecha; y antójaseme que la debéis de haber aprendido de algún fraile predicador de los que suelen reprehender mucho las mujeres que se enamoran de hombres seglares, y esto porque querrían que todas se guardasen para ellos. Y ciertamente esa ley que dais a las casadas es algo dura; porque muchas dellas se hallan poco amadas y muy maltratadas de sus maridos sin ninguna causa. Y por cierto es muy gran maldad la dellos, que ningún empacho tengan de hacelles a cada paso mil desabrimientos, o con andar envueltos con otras mujeres, o con hacelles cuantos pesares en el mundo pueden. Pues otras hay muy bien libradas que las casaron sus padres por fuerza con hombres viejos, dolientes, asquerosos, que las hacen vivir en perpetua desventura; y si éstas pudiesen descasarse y apartarse de aquéllos con quien tan mal se juntaron, y no lo hiciesen, no sería quizá entonces de sufrilles que amasen sino a sus maridos; mas cuando, o por la fortuna enemiga, o por la diversidad de las complesiones, o por otro cualquier acidente, acaece que en la cama, la cual debería ser lugar de concordia y de amor, siembra la maldita furia infernal del diablo su ponzoña, de la cual después nacen las rencillas, las sospechas y las espinas del triste aborrecimiento que atormentan aquellas cuitadas almas atadas cruelmente con la recia cadena que quebrar no se puede hasta la muerte, ¿por qué no consentiréis vos que a esta mujer que está en tan duro estado le sea permitido buscar algún alivio para tantos trabajos y dar a otro aquello que del marido es no solamente despreciado, mas aun aborrecido? No dexo de conocer que las que tienen los maridos conformes a su condición y gusto y están seguras que no andan ellos en otros amores, sino que solamente son ellas las más amadas, no deben

ofendellos; pero las otras tampoco deben ofenderse a sí mismas amando a quien no las ama.

A sí mismas se ofenden ellas, respondió el Manífico, amando sino a sus maridos. Mas con todo, prosupuesto que amar o dexar de amar no está siempre en nuestra mano, digo que si a la Dama le acaeciere, o por odio del marido, o por amor de quien la ama, enamorarse, no ha de dar otra cosa a su servidor sino el corazón, ni jamás le ha de hacer demostración ninguna tan cierta de querelle bien que él lo tenga por determinado sin quedar todavía con alguna desconfianza.

Dixo entonces miser Roberto de Bari: Yo, señor Manífico, apelo desa vuestra sentencia y otro tanto pienso que harán muchos. Mas ya que acordáis de mostrar esa grosería a las mujeres casadas y queréis que sean unas labradoras, ¿queréis también por ventura que las no casadas sigan el mismo camino y sean tan cortas que no acudan a sus servidores a lo menos en algo?

Si esta mi Dama, respondió el Manífico, no fuere casada y hubiere de amar, quiero que ame a hombre con quien pueda casarse y no terné por malo que a este tal le muestre alguna señal de amor. Y para esto quiero dalle una regla general con pocas palabras, porque pueda ella también con poca fatiga tenella en la memoria; y es que tenga licencia de hacer todas las demostraciones de amor a quien la amare, salvo aquellas que podrían dar esperanza de cosas deshonestas. Y en esto es necesario tener gran tiento, porque es un error muy común de las mujeres, en el cual caen infinitas, que porque todas desean ser hermosas y tenidas por tales, y de su hermosura ningún testigo hay mayor que ser muy servidas, andan siempre haciendo grandes diligencias por alcanzar un gran número de servidores; y así danse a ganchearse con todos; y a los unos con una desenvoltura desautorizada; a los otros con un regalo poco honesto; a otros con un mirar bien loco, y a otros con palabras y gestos desvergonzados; a todos, en fin, andan pescando, pareciéndoles que éstas son las finas damerías para matar de amores a todo el mundo. Y es éste un muy gran engaño; porque los que muestran caer a semejantes lazos no presuman ellas que estén enamorados ni que las quieren bien; antes quiero que sepan que las demostraciones que ellos entonces hacen no nacen de amor, sino solamente de una opinión que han concebido de las liviandades dellas, con la cual tienen por determinado que a ocho días se las llevarán en las uñas. Por eso quiero que esta mi Dama no parezca ofrecerse con maneras deshonestas a quien anduviere por servilla, ni cure de andar echando redes a los ojos o al corazón de quien la mirare. Gane ella hombres de bien por servidores que la amen verdaderamente, y gánelos no con las artes que hemos dicho de las otras, sino con su gentileza, con sus buenas costumbres, con su autoridad, con su gracia, con un buen descuido y, en fin, con decir y hacer lo que debe. Con estas cosas será ella amada y tenida en

mucho, y honralla han sus servidores en presencia y mucho más en ausencia, y desto nacerá que el que se viere ser amado de una dama de tan gran precio, fácilmente sufrirá sus trabajos; y aunque muchas veces, de muy apretado de sus fatigas, venga a romper y casi a desesperarse, todavía volverá sobre sí y hallará que tiene razón de contentarse, o a lo menos de sufrirse con cualquier señal de amor que en ella vea, por pequeña que le parezca, y preciará más una blandura o un buen mirar désta que ser totalmente señor de otra. Formada esta Dama del arte que hemos dicho, yo me contentaría y no sabría añadille otra cosa sino que fuese amada de un tan ecelente Cortesano como el que ha sido formado por estos caballeros y que ella también le amase, y desta manera alcanzarían entrambos su propria y entera perfición.

Habiendo el manífico Julián hasta aquí hablado, calló, y entonces Gaspar Pallavicino dixo sonriéndose: Agora ya no podría nadie quexarse que el señor Manífico no haya puesto esta Dama en su punto, haciéndola tan perfeta cuanto es posible. Ya de hoy más yo digo que, si una tal Dama como ésta se hallare, merecerá igualarse con el Cortesano.

Yo me obligo, respondió Emilia, a hallarla, siempre que vos halláredes al Cortesano.

Acudió a esto miser Roberto de Bari, diciendo: Sin ninguna duda esta Dama hecha por el señor Manífico es perfetísima; pero todavía me parece que si siguiese sus consejos en estas postreras condiciones que tocan a lo de los amores quedaría algo corta, porque, según me parece, él quiere que ella, ni con las palabras ni con el gesto, ni con los ademanes dé a su servidor ninguna esperanza, sino que le traiga del todo desesperado; y desta manera destruye todo el fundamento de los amores; porque no hay quien no sepa que nuestros deseos no se estienden a aquello de que no se tiene esperanza; y puesto que se hallen algunas mujeres que con la presunción de valer mucho y de ser muy hermosas responden desabridamente a sus servidores y luego a las primeras palabras los desesperen, todavía tras esto son más tratables, y con un mirar blando y un buen gesto los recogen de manera que con la blandura de las obras o ademanes tiemplan en parte la dureza de las palabras; pero si esta dama quitare con el gesto, con las palabras y después con las obras, de raíz toda la esperanza, por cierto creo yo que, si el Cortesano no fuere necio, no la amará; así ella habrá de quedar por fuerza con esta imperfición de no tener quien ande enamorado della.

No quiero yo, dixo el Manífico, que esta mi Dama quite el esperanza de todas las cosas, sino solamente de aquellas que fueren deshonestas, las cuales, si el Cortesano fuere tan discreto y bien criado como estos señores le han hecho, no solamente no las esperará, mas ni aun las deseará; porque si la hermosura, las buenas costumbres, el entendimiento, la bondad, el saber, la buena

crianza y otras muchas virtuosas calidades que a esta Dama hemos dado son las cosas que han de enamorar al Cortesano, el fin deste tal amor de necesidad ha de ser virtuoso. Y si también la nobleza de linaje, el esfuerzo y valor en las armas, el saber en las letras y en la música, el ser gentilhombre, el tener buena conversación en las burlas y en las cosas de seso, y todo esto con gentil gracia, son los medios con los cuales el Cortesano ha de alcanzar el amor de su Dama, forzado es que el fin deste amor sea conforme a estos medios; demás desto, como en las mujeres se hallan diversas maneras de hermosuras, así también se hallan diversos gustos y deseos en los hombres, y por eso acaece que hay muchos que, viendo una mujer grave que andando y estando queda, y burlando y haciendo otra cualquier cosa, trae siempre una autoridad consigo tal que hace tener a raya a los que le están cerca, sin que se descuiden de tenelle contino acatamiento, se espantan y no osan servilla y se dan, movidos de alguna esperanza, a andar con otras halagüeñas, blandas y tan regaladas, que en las palabras, en el gesto y en el mirar muestran un cierto caimiento y una pasión quebrada, de tal arte que parece que fácilmente todo aquello se puede convertir en amor. Otros hay que de miedo de ser engañados aman a las que son claras y libres y sueltas, para hacer así en los ojos como en las palabras y en todos sus movimientos lo que primero se les antoja, con una cierta pureza con que descubren su condición y pensamientos. Hay también algunos tan valerosos y de tan alto punto, que sabiendo que el verdadero valor consiste en las cosas dificultosas, y que la buena vitoria es vencer lo que a los otros parece no poder ser vencido, se inclinan a amar a las más recogidas y ásperas, y esto por dar a entender que ellos son hombres para ablandar un corazón de una mujer por recio que sea y hacelle que ame; y así estos mismos, de muy confiados, porque piensan que nadie ha de ser para engañarlos, aman también de buena voluntad a unas mujeres que parecen disimuladas y falsas, o algunas otras calladas y poco risueñas y desdeñosas; hállanse otros que no se precian de amar sino a las que en el mirar y en el hablar, y en cuanto dicen y hacen, muestran toda la gentileza, todas las buenas costumbres, todo el saber y todas las gracias juntas, así como una flor compuesta de todas las ecelencias del mundo. Siendo esto así, si esta mi Dama no alcanzare algunos de aquellos enamorados que se inclinan a amar movidos con esperanza de cosas deshonestas, no quedará por eso sin servidores, porque alcanzará muchos de los otros que la amarán por lo que ella mereciere y por la confianza del valor proprio de sí mismos, con el cual ternán esperanza de ser amados della.

[CAPÍTULO VI]

[*En el cual, prosiguiendo el manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, en especial en mostralle saber amar, se atraviesan hermosas disputas entre la señora Emilia y el único Aretino y otros cortesanos sobre los medios que ha de tener el Cortesano para irle bien de amores y para saberse conservar en ellos.*]

Contradecía a esto todavía miser Roberto, y traía ya tales razones por su parte, que pudiera quizá con ellas quedar la opinión del Manífico en algunas cosas destruida y en otras algo moderada; pero no embargante esto, la Duquesa tuvo por bien de condenar a miser Roberto, confirmando el parecer del Manífico, y después dixo: Por cierto, nosotras tenemos mucha razón de quedar contentas del señor Manífico; porque ciertamente pienso que esta Dama por él agora hecha se puede igualar con el Cortesano, y aun llevalle ventaja, porque le ha mostrado a saber amar, lo cual no han hecho estos caballeros a su Cortesano.

Respondió entonces el único Aretino: Justa cosa es mostrar a las mujeres a amar, pues hay tan pocas que sepan hacello; y es lo bueno que casi todas tienen por tema que no vale nada la hermosura si no es acompañada de mucha aspereza y desagradecimiento contra los que con mejores entrañas se pierden por ellas, y merecen con su valor y virtud ser pagados de sus fatigas; y tras esto, despreciando a los mejores, se entregan a los más ruines que ni las quieren bien ni curan dellas; y así por quitar estos tales errores fuera quiza bien mostralles primero a saber escoger los hombres que merecen ser amados, y después a saber amallos, lo cual no es necesario que a nosotros nos sea mostrado, que harto por nuestros pecados lo sabemos, y yo puede dello ser harto buen testigo, porque nunca aprendí a amar de nadie sino de la hermosura y gran valor de una señora, la cual me lo ha mostrado tan bien, que nunca en mi mano ha sido no adoralla; así que yo en esto no he tenido necesidad de arte ni de maestro, y en lo mismo pienso yo que se hallan todos los que verdaderamente aman. Por eso más aína convernía mostrar al Cortesano a saber hacerse amar que a saber amar.

Dixo entonces Emilia: Pues luego, señor Único, yo os pido por merced que tratéis agora esa materia un poco.

Paréceme, respondió el Único, que el verdadero camino para alcanzar el amor de las mujeres sería servillas siempre y tenellas contentas; pero esto de que ellas se sirven y se contentan es necesario sabello dellas mismas, porque muchas veces tienen unos antojos tan estraños, que nosotros ni podemos acertallos ni aun imaginallos; y aun ellas ratos hay que no se entienden ni saben lo que quieren. Por eso será bien que vos, señora, que sois mujer, y por el

mismo caso es razón que sepáis la condición de las mujeres y lo que les parece bien o mal, toméis trabajo de declararnos esto por hacer al mundo un tan gran provecho como sería poder nosotros entenderos.

Respondió entonces Emilia: Las mujeres os quieren tanto y están todas tan satisfechas de vos, que desto se puede sacar en limpio que debéis vos de saber todos los caminos por donde se alcanza el amor dellas; por eso es razón que vos agora nos mostréis esto.

Señora, respondió el Único, yo no sabría dar a un enamorado ningún aviso tan provechoso como sería que procurase que vos tuviésedes estrecha amistad con la dama con quien él anduviese de amores; porque si algunas buenas cualidades ha habido en mí, según a algunos ha parecido, y si éstas se han juntado con el más puro y verdadero amor que jamás en hombre se haya visto, todo ello no ha podido tanto para hacer que yo fuese amado, cuanto vos para hacer que fuese aborrecido.

Guárdeme Dios, respondió Emilia, de pensar, cuanto más de hacer cosa por la cual vos hubiésedes de ser aborrecido; porque demás que yo haría en esto lo que no debo, sería tenida por mujer de poco seso en querer hacer lo que sería imposible. Pero yo, pues así lo queréis y me habéis traído por buenas razones a que diga lo que, a mi parecer, quieren las mujeres y lo de que más se contentan, decillo he. Y si en esto dixere algo contra vuestra opinión, dad la culpa a vos mismo; así que yo pienso que el que quisiere que le amen, debe primeramente amar, y después ser tal que merezca ser amado. Estas dos cosas bastan a un hombre para que le vaya bien de amores. Mas por responder a vuestras quexas, digo que aquí todos saben que la una cosa destas dos, la cual es ser hombre para ser amado, vos la alcanzáis muy enteramente; la otra, que es amar tan puramente como decís, ésa aún yo no me determino que la hayáis alcanzado; y en esta misma duda pienso yo que están muchos de los que os conocen; porque ser vos tan aparejado para que os amen ha causado que hayáis sido amado de muchas mujeres, a las cuales vos también habéis habido de acudir con amallas; y ya sabéis que los ríos repartidos en muchas partes vienen a traer poca agua; así también el amor que se reparte viene a tener poca fuerza. Pero ese vuestro quexaros, afirmando que todas las mujeres que habéis servido os han hecho mil agravios, lo cual no se ha de creer, considerado lo que vos valéis, es una forma de traer vuestros amores secretos por encubrir vuestras prosperidades y asegurar a las mujeres que os aman y se os han entregado, que no serán publicadas. Y así por esta vía a ellas les place, y ellas os consienten que en lo público sintáis andar con otras por poder mejor andar con ellas en lo secreto. De manera que si algunas mujeres de aquéllas, a las cuales vos agora mostráis querer bien, no os creen tan fácilmente como vos querríades, hácenlo porque ya comienzan

a caeros en la cuenta, y no porque yo sea causa que ellas os quieran mal.

Dixo entonces el Único: Yo no quiero ponerme en contradecir a vuestras palabras; porque, según veo, mucho ha que me cabe en dicha no ser creído de la verdad como a vos ser creída de la mentira.

Ya por lo menos, señor Único, dixo Emilia, vos no podréis probarme que améis así tan verdaderamente como querríades que nosotras lo pensásemos; porque si así amásedes, conformaros híades con la que amáis, y querríades lo que ella quiere, que ésta es la verdadera ley de amor. Pero ese vuestro tanto agraviaros señala algún engaño, como he dicho, o verdaderamente muestra que vos queréis lo que ella no quiere.

Antes yo quiero, dixo el Único, lo que ella quiere, y ésta es manifiesta prueba que yo la amo; pero quéxome porque ella no quiere lo que quiero yo, que es señal que no me ama, según la ley que vos misma agora habéis alegado.

Quien comienza a amar, respondió Emilia, debe también comenzar a obedecer y a conformarse totalmente con la voluntad de la persona a quien ama, y con ella gobernar la suya, y hacer que sus deseos sean como esclavos, y que su misma alma sea como sierva, y que no piense jamás sino en transformarse, si posible fuese, en la cosa amada, y esto ha de tener por su mayor y más perfeta bienaventuranza; porque así hacen los que verdaderamente aman.

Mi mayor y más perfeta bienaventuranza, respondió el Único, estaría en su punto si una voluntad sola gobernase el alma de la que yo amo y la mía.

En vuestra mano está, respondió Emilia.

Miser Bernardo Bibiena entonces, atajando esta plática, dixo: Cierto está que quien de verdad ama luego pone todos sus pensamientos en servir y contentar a su dama; mas porque los buenos servicios no son siempre conocidos, pienso que demás del servir y querer sea necesario hacer todavía alguna otra demostración de amar tan clara que vuestra amiga no pueda disimular el conocimiento que tuviere de ser amada; pero hase de hacer esto tan templadamente que nunca el acatamiento que se debe a ella se pierda. Y por eso vos, señora, que habéis comenzado a decirnos que el alma del enamorado ha de ser sierva de la mujer a quien ama, mostranos agora este secreto, el cual parece muy importante.

Rióse miser César, y dixo: Si el enamorado fuere tan comedido que tenga empacho de decir a su señora lo que la quiere y lo que por ella padece, escríbaselo.

Antes si fuere, dixo Emilia, tan discreto como conviene, primero que se lo diga estará seguro de ofendella.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Todas las mujeres huelgan que les digan amores, aunque no entiendan de dar lo que les piden.

Vos os engañáis, respondió el manífico Julián, y cierto yo no consejaría a nuestro Cortesano que se declarase con una dama sin que primero tuviese grandes indicios que había de ser bien recebido.

Pues luego, ¿qué os parece, preguntó Gaspar Pallavicino, que habría de hacer el Cortesano en esto?

Dixo el Manífico: Si él quisiere escribir o decir amores debe entrar en ello en tan buen tiento y tan cautelosamente, que sus palabras sean muy disimuladas y solamente sirvan a tentar el vado, y díganse con un velo, o por decillo así, con una neutralidad que dexen a la dama a quien se dixeren camino para poder disimulallas, o salida para echallas a otro sentimiento que no sea de amores. Y desta manera podrá él, viendo dificultad en ella, tornarse atrás sin perder nada y mostrar haber dicho o escrito aquello a otro fin. Y también, haciéndolo así, gozará de aquel buen tratamiento y familiaridad estrecha que por amistad se alcanza con las damas y se pierde luego que se descubren amores. Y así, aquellos que son muy prestos y se aventuran con demasiada confianza a declararse porfiando en ello, las más veces se pierden y quedan entristecidos, y no sin causa; porque toda dama de precio se tiene por poco acatada y casi recibe injuria de quien así livianamente se declara con ella por servidor sin primero habella tratado y servido mucho por otra vía. Por eso, según mi opinión, el camino que el Cortesano ha de tener para descubrir su voluntad a su Dama ha de ser mostrársela más aína con un gesto, con un ademán, con un no sé qué, que con palabras; porque verdaderamente alguna vez mayor amor se descubre en un sospiro que salga de las entrañas, en un buen acatamiento y en un miedo que en mil palabras. Tras esto, los ojos hacen mucho al caso y son grandes solicitadores; son los diligentes y fieles mensajeros que a cada paso llevan fuertes mensajes de parte del corazón, y muchas veces muestran con mayor fuerza las pasiones del alma, que no hace la lengua ni las cartas, ni otros recaudos; y no solamente descubren los pensamientos, mas aun suelen encender amor en el corazón de la persona amada; porque aquellos vivos espíritus que salen por los ojos, por ser engendrados cerca del corazón, también cuando entran en los ojos donde son enderezados como saeta al blanco, naturalmente se van derechos al corazón y hasta allí no paran, y allí se asientan como en su casa, y allí se mezclan con los otros que ya estaban dentro; y con aquella delgadísima natura de sangre que tienen consigo inficionan y dañan la sangre vecina al corazón donde han llegado, calentándola y haciéndola semejante a sí y de su misma calidad propria y dispuesta a recebir la impresión de aquella imagen que consigo truxeron. Y así, poco a poco, yendo y viniendo estos mensajeros por el camino que va de los ojos al corazón, y llevando la yesca y el pedrenal de la hermosura y de la gracia, encienden con el viento del deseo aquel fuego que tanto arde y nunca se acaba, porque siempre

le traen mantenimiento de esperanza para mantenelle. Y así bien se puede decir que los ojos son la guía de los amores, en especial si son graciosos y dulces, negros y claros, o zarcos y alegres con buena risa, y así sabrosos y penetrantes en el mirar como algunos, en los cuales parece que aquellas vías por donde salen los espíritus sean tan hondas que casi por ellas se vea hasta el corazón. Así que los ojos están ascondidos en salto, como en la guerra los guerreros en las celadas. Y si la forma de todo el cuerpo, siendo hermosa y bien compuesta, convida y trae a sí al que de lexos la mira hasta hacelle llegar a estar cerca , luego allí en estando junto, los ojos salen y arremeten y hacen todo el hecho dañando y trastornando cuanto topan; en especial cuando por derecho camino envían sus rayos a los ojos de la persona amada en tiempo que ella también haga lo mismo; porque entonces los espíritus de entrambos se topan y se encuentran, y en este dulce encuentro el uno toma la calidad del otro, como acaece en un ojo enfermo, que mirando muy en hito a otro sano le pega su enfermedad. Así que, a mi parecer, nuestro Cortesano puede por esta vía declarar gran parte de su amor a su dama. Verdad es que los ojos, si el hombre no está sobre aviso y no los gobierna con gran cautela, descubren muchas veces los secretos amores a quien el hombre menos querría; porque por ellos casi visiblemente se traslucen aquellas vivas pasiones, las cuales, queriendo el enamorado manifestallas solamente a su señora, acaécele hartas veces descubrillas a quien él más querría tenellas encubiertas. Por eso quien no está del todo desatinado tiene en esto gran tiento y considera el tiempo y el lugar; y cuando es necesario refrena el mirar muy ahincado, no embargante que sea un muy gran gusto estar mirando a quien bien queréis. Pero fácilmente el buen enamorado tiene en esto y en todo lo demás cuanta cautela a él le es posible para traer su juego bien secreto, porque sabe lo que le va en ello y no dexa de conocer cuán trabajosos y pesados sean los amores públicos.

Respondió a esto el conde Ludovico: Acontece alguna vez que andar enamorado públicamente no daña, antes es una forma de disimular lo que más cumple que se disimule; porque en tal caso muchos piensan que unos amores traídos así tan sin cautela no deben ser criminales, y tras esto, no negándolos, tiene el hombre libertad de estar y hablar en público con su dama sin escrúpulo, lo cual no acaece a los que andan secretos, porque hacen el negocio más sustancial y parece que tengan mucha esperanza y estén ya muy cerca de alcanzar alguna gran merced, la cual no querrían que se supiese; y demás desto, he visto yo mujer no querer ver a un hombre ni oílle y después venir a amalle entrañablemente, no por más sino porque supo que muchos tenían por opinión que estaba ella tan enamorada dél cuanto él della, y la causa desto creo yo que era que aquel juicio universal de muchos se le figuraba bastante prueba para hacelle creer que aquel tal hombre merecía que ella le

amase, y la fama casi parecía que le llevaba de parte del enamorado los mensajes, mucho más verdaderos y más ciertos que no fueran los que él mismo le pudiera enviar con cartas o con recaudos. Por eso la voz pública no solamente alguna vez no daña, mas aun aprovecha.

Los amores, respondió el Manífico, de los cuales la fama es la tercera, son harto peligrosos y están muy cerca de hacer que sea el hombre mostrado con el dedo, y por eso el que hubiere de andar enamorado secretamente, es necesario que señale tener menos fuego en su corazón del que tiene, y muestre contentarse de lo que le pareciere poco, y disimule sus deseos, sus celos, sus trabajos y también sus placeres, y ría muchas veces con los ojos y con la boca, cuando llora con el corazón y con las entrañas, y finja ser pródigo de lo que es muy escaso. Todas estas cosas son tan recias de hacer que casi son imposibles; mas aun con todo esto, si nuestro Cortesano quisiese creerme, yo le pornía en camino para poder tener sus amores harto secretos.

Dixo entonces miser Bernardo: Cumple luego que vos se lo mostréis, y paréceme que es ésta una de las cosas que hacen mucho al caso; porque demás que hay algunos enamorados que con ciertas señas o con un ademán que no se puede decir qué es, se descubren tan encubiertamente a la persona que quieren, que casi sin hacer ellos ningún movimiento ella les lee en los ojos y en el gesto lo que dentro en el corazón tienen; he visto yo alguna vez algún hombre hablar con su amiga largo rato en sus amores y ser la plática de entrambos de tal arte que, aunque los que estaban delante oían lo más, no podían entender ninguna particularidad, ni certificarse que aquello fuesen amores, y esto todo se hacía porque tenían estos dos que hablaban estraño aviso y cuidado de todo lo que pasaba, y llevaban tal arte en esto, que sin mostrar estar recatados de los que los oían, decían baxo solamente las palabras que más importaban, y alto todas las otras que podían echarse a otros fines.

Dixo entonces miser Federico: El tratar tan particularmente estas consideraciones y artes que convienen para traer los amores secretos sería derechamente hacer un proceso en infinito. Por eso yo querría que, dexando agora esto aparte, se tratase un poco de cómo un enamorado se ha de conservar en el amor de su dama; y esto me parece por agora más necesario.

Pienso yo, respondió el Manífico, que los medios que aprovechan para que os vaya bien de amores, esos mismos aprovechan para conservaros en ello. Y todo esto consiste en contentar siempre a la dama a quien servís, sin jamás ofendella en nada, pero esto es tan difícil que también lo sería dar regla cierta en ello, porque por infinitas vías el que no usa de mucho seso en este caso hace tales errores que, aunque parecen pequeños, enoja con ellos gravemente a su señora, y esto suele comúnmente acaecer a los que están enamorados; y así hay algunos que todas las veces que

pueden hablar a sus damas se quexan tan reciamente y piden cosas tan imposibles, que con esta importunidad son pesados y vienen a ser aborrecidos. Otros hay que, en dándoles una punta de celos, se dexan luego ir tras esta pasión tan desenfrenadamente, que sin tener respeto a nada se dan a decir mil maldades de aquél de quien son celosos, y quieren tener a sus amigas tan apretadas que luego riñen y se dan al diablo si las ven hablar con algún hombre, y aun no pueden sufrir que vuelvan los ojos a mirar a nadie; y esto hácese muchas veces por un solo antojo, que es más para ser reído que para ser remediado. Y estas tales formas de amar no solamente son desabridas hartas veces a la mujer que amáis, mas aun suelen ser causa que ame ella a aquél de quien se piden los celos; porque cuando el enamorado muestra tener miedo a su competidor hácele gran honra, y subiendo a él abaxa a sí mismo y da a entender que le tiene en mucho; y con esta opinión la mujer se vuelve también a tenelle en alguna cuenta y a mirar sus cosas con mejores ojos que no solía, y de lance en lance se mueve a amalle y no cree el mal que oye decir dél, porque piensa que todo se dice solamente para hacer que ella no le quiera bien, y así, mientras más atajos le ponen delante, más le ama.

Yo confieso, dixo entonces miser César, que no soy tan cuerdo que pudiese dexar de decir mal de mi competidor, salvo si vos no me mostrásedes alguna otra mejor arte para desbaratalle.

Respondió riendo el Manífico: Tenemos casi por refrán que cuando vemos a nuestro enemigo con el agua hasta la cinta le debemos dar la mano para sacalle; mas cuando le llega hasta la barba debemos entonces con pies y manos dalle priesa para ahogalle luego, y por eso hay algunos que lo hacen así con sus competidores, que cuando los ven andar un poco levantados, temporizan con ellos y muéstranseles muy amigos, pero después, en viéndolos algo caídos, si se ofrece caso para poder acabar de derrocallos, no cesan jamás de usar contra ellos todas las artes y engaños que pueden, levantándoles mil rabias o descubriendo dellos todas las tachas que les saben. Mas porque yo no querría que nuestro Cortesano se aprovechase contra nadie de engaños ni de ruines mañas, consejaríale que procurase de llevar a su competidor, no con artes ni con malicias, sino con ganar la voluntad de su dama, sirviéndola y amándola y procurando de ser virtuoso, esforzado, discreto y bien criado y, en fin, trabajando de ser mejor que él, siendo en toda cosa avisado y cauteloso y guardándose de algunas necedades en las cuales he visto hartas veces caer muchos necios por diversas vías. Que ya yo conozco algunos que hablando y escribiendo a mujeres usan unas ciertas palabras retóricas de Polifilo [245], y fúndanse en unas sotilezas tan pesadas y en unos términos tan nuevos, que

[245] Seudónimo del fraile dominico veneciano Francisco Colonna (h. 1432-1527), autor del libro *Hypnerotomachia Polyphili*, novela alegórica de tema amoroso.

ellas se enfadan luego o se desconfían de sí mismas viendo que no los entienden, y ténense por poco sabias, y por esta vía también forzadamente se han de cargar con ellos y de desear que se acabe aquella plática. Otros veo que, no pensando decir nada, dicen algunas cosas que derechamente vienen a ser en perjuicio y daño de sí mismos. Como algunos, que todo su fin es amores, y así sin más propósito dirán, estando hablando con damas: yo nunca hallé mujer que me quisiese bien; y no entienden estos perdidos que aquellas mujeres que entonces les oyen esto, luego juzgan que no puede aquello proceder de otra cosa sino de ser ellos tan viles y baxos hombres que ni merecen que les vaya bien de amores, ni aun el agua que beben; y con esta opinión luego los tienen en tan poco, que por todos los bienes del mundo no se inclinarían a amallos, pareciéndoles que si los amasen valrían ellas harto menos que las otras que no los amaron. Otros, pues, hay muy discretos, que por decir mal de algún competidor suyo y desbaratalle de pies a cabeza, dicen en presencia de mujeres: hulano es el más dichoso del mundo, que ni es gentil hombre, ni sabio, ni esforzado, ni sabe decir o hacer ninguna cosa mejor que otro, y con todo esto no hay mujer que no se pierda por él; y así éstos, mostrando tener invidia a la buena dicha déste, no embargante que este tal no muestre tener cosa por donde merezca ser amado, dan a entender con sus palabras que él debe tener algunas gracias secretas con las cuales alcanza el amor de tantas mujeres, y así aquellas que oyen todo esto dél muévense con esta opinión a amalle.

Rióse el conde Ludovico, y dixo: yo os prometo que el cortesano avisado no querrá aprovecharse de semejantes mañas o necedades en sus amores.

Ni aun de otra, respondió miser César Gonzaga, que en mis días hizo un caballero, que no era de los menos estimados, al cual yo, por honra de los hombres, no quiero nombrar agora.

Decí a lo menos, dixo la Duquesa, qué necedad fue esa que hizo.

Dixo entonces miser César: Este caballero que yo digo alcanzó por su dicha o desdicha parecer tan bien a una gran señora, que vino ella a amalle tanto, que le envió a llamar que viniese secretamente a una ciudad donde ella estaba; y así venido él a aquel lugar, después de haber estado allí algunos días y hablado con esta señora por concierto, al cabo, partiéndose della con muchas lágrimas y gemidos, señalando el estremo dolor que sentía de la partida, suplicóla que se acordase siempre dél, y dicho esto, le dixo más, que por cuanto él había estado en un mesón todos aquellos días y debía toda la costa al mesonero, le hiciese merced de mandar pagar aquello, que pues él allí había venido por mandado della, razón era que él no pagase el gasto. Todas aquellas señoras entonces comenzaron a reír mucho y a decir que este tal no debiera de ser caballero, sino algún escudero muy ruin, y muchos de los que allí estaban sentían ya pena de la vergüenza y confusión que este perdido

sentiría, si en algún tiempo Dios le mejorase el juicio de manera que viniese a conocer una necedad tan grande como esta que hizo.

Volviéndose entonces Gaspar Pallavicino a miser César, díxole: Harto mejor fuera dexar de contar eso por honra de las mujeres que dexar de nombrar ese caballero por honra de los hombres, que bien podéis agora vos ver cuán buen conocimiento debiera de tener esa que vos llamáis gran señora, quiriendo bien a un tan gran majadero. Y aun con razón se puede creer della que escogió a ése entre otros muchos servidores suyos por el más avisado, dexando y despreciando a alguno de quien él no mereciera ser mozo.

Rióse el conde Ludovico, y dixo: Por ventura ése debiera ser sabio en las otras cosas, y solamente necio en esto de los mesones. Pero desculpémosle agora un poco más. ¿No sabéis vos que por sobrado amor los hombres suelen muchas veces hacer algunas grandes necedades? Y si vos queréis aquí agora confesar la verdad, yo os seguro que habréis hecho más de dos en este mundo, de muy enamorado.

Respondió riendo miser César: Dexemos agora esto, señor Conde, y no descubramos aquí delante todas nuestras tachas.

Conviene, dixo Gaspar Pallavicino, descubrillas por enmendallas. Y dicho esto, volviéndose al manífico Julián, díxole: Pues ya el Cortesano sabe ganar y conservar el amor de su dama y llevar a su competidor, vos, señor, sois obligado a mostralle cómo ha de saber traer secretos unos amores.

Yo, respondió el Manífico, he hablado ya harto; por eso hacé que otro tome cargo de tratar esa materia que agora habéis tocado.

Entonces miser Bernardo y todos los otros caballeros que allí estaban, comenzaron a cargar dél y a rogalle muy ahincadamente que hablase en aquello un poco.

Dixo entonces el Manífico: Vosotros, señores, queréis probarme; yo sé muy bien que en cosa de amores todos sois grandes maestros, pero si todavía deseáis saber más en ello, leed a Ovidio.

¿Y cómo, dixo miser Bernardo, tan necio pensáis que he de ser yo que si estuviere enamorado me rija por los precetos de Ovidio, sabiendo que da por consejo que debe el hombre, estando en presencia de su amiga, fingir que está borracho? [246]. Mirá qué gentil manera de ganar la voluntad a una dama. Y dice más, que es muy buen arte para decir amores disimuladamente, cuando el hombre está con su amiga en algún banquete, tomar vino con el dedo y escribir en la mesa, en parte que ella lo vea, algo de lo que hace al caso [247].

Respondió a esto sonriéndose el Manífico: En aquel tiempo debiera de usarse eso, y quizá teníase por bueno.

---

[246] *Arte de amar,* libro I, versos 595-598.
[247] *Ídem,* libro I, versos 567-571.

Y aun por eso hemos de creer, dixo miser Bernardo, que los hombres de entonces, pues se pagaban de semejantes frialdades o desdones, no debían de saber tratar los amores tan bien como nosotros. Pero con todo, no dexemos nuestro propósito de mostrar al Cortesano cómo ha de andar enamorado secretamente.

[CAPÍTULO VII]

[*En el cual concluye su plática en formar la Dama perfeta con las calidades que le convienen, y da algunos avisos para que el Cortesano sepa traer secretos sus amores.*]

Paréceme, dixo el Manífico, que para andar el hombre secreto en unos amores se deben primeramente huir las causas que los publican, las cuales son muchas; pero la más principal pienso que sea el querer ser demasiadamente secreto y no confiarse de ninguna persona en comunicalle los sentimientos o los tratos que se ofrecen a cada paso, para que entienda en el negocio y ayude lo que pudiere; porque todo enamorado desea hacer saber sus fatigas a su señora, y, hallándose solo, sin amigo de quien se pueda aprovechar, esle forzado hacer muchas más demostraciones y más fundadas que si tuviese alguno que le ayudase a llevar la carga, y sin duda las muestras que la parte principal hace causan mayor sospecha que las que se hacen por tercera persona, y de parte de ser nuestros corazones naturalmente curiosos y deseosos de saber hasta las cosas escusadas, a la hora que alguno comienza a sospechar algunos amores pone tanta diligencia en seguir el rastro dellos, que no para hasta saber la verdad, y, sabida, ningún empacho tiene de descubrilla, antes se precia y huelga mucho de publicalla. Esto no lo hará un amigo, el cual, demás de ayudar y consejar en las necesidades, suele muchas veces remediar los yerros del enamorado ciego, y siempre procura que todo ande muy secreto, y provee en muchas cosas, en las cuales no puede proveer la misma parte; y demás destos provechos, es muy gran alivio decir vuestras congoxas a quien las tome como proprias, y asimismo los placeres se hacen mayores comunicándose.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Otra cosa me parece que descubre más los amores que no esa que agora habéis dicho.

¿Cuál?, respondió el Manífico.

La vanidad, replicó Gaspar Pallavicino, y la locura y crueldad de las mujeres, las cuales, como vos mismo habéis dicho, mueren por alcanzar gran suma de servidores, y desean abrasallos todos en vivas llamas, y querrían, si posible fuese, después de quemados y

hechos ceniza, tornar a hacellos de nuevo, y a resucitallos por volver a quemallos otra vez y otras ciento; y aunque ellas también los amen, huélganse estrañamente con los tormentos dellos, porque entonces, cuando los ven andar tristes y afligidos llamando a cada paso la muerte, tienen la suya sobre el hito, y creen cierto que son verdaderamente amadas, y que pueden con su hermosura hacer de los hombres lo que se les antoja, a los unos cargándolos de miseria, y a los otros hinchiéndolos de bienaventuranza, dando a éstos vida y a aquéllos muerte; y éste es el natural manjar de que ellas se mantienen; y son tan hambrientas dél, que porque no les falte, de desconfiadas, no osan acabar de contentar a sus servidores, ni tampoco los desesperan, sino que, por tenellos continamente puestos entre el trabajo y el deseo, usan una cierta gravedad compuesta de desabrimientos, con una poca de esperanza al cabo, y quieren que una buena palabra dellas, un buen mirar y un ademán blando sea tenido por gran bienaventuranza; y porque todo el mundo las tenga por muy buenas, procuran que estas sus durezas o malas crianzas sean públicas, a fin que todos piensen que, pues ellas tratan tan mal a los hombres de bien, mucho peor tratarán a los ruines, y hartas veces tras esto, pensando con esta maña ser seguras que no serán tenidas por malas, duermen enteras noches con hombres baxísimos y apenas conocidos dellas mismas. De manera que por holgar y hartarse bien de la desventura y lágrimas de algún hombre estimado de todo el mundo y querido dellas, niegan a sí mismas aquellos placeres que podrían gozar con harta disculpa gozándolos con personas de precio y que lo mereciesen. Y así son causa que el triste del enamorado, viéndose perdido, de pura desesperación ha de hacer cosas por donde descubra lo que con toda industria se debría tener secreto. Otras hay que con engaños trabajan de asir a muchos y dalles a entender que los aman, y luego, en habiéndolos puesto esta confianza, andan haciéndoles celos, tratando bien al uno en presencia del otro; y cuando veen que aquel que ellas tienen por escogido entre todos anda muy confiado, y tiene por cierto que le va bien por las señales que vee, entonces, con unas palabras que se pueden echar a muchos entendimientos, y con unos desprecios fingidos, le desatinan y le traen dudoso de su mismo estado, y, en fin, le quebrantan y le atormentan, mostrando que no curan dél y que se inclinan más a otro. Luego, de aquí nacen iras, enemistades, infinitos escándalos y manifiestos daños; porque, quien ama, forzado es que en semejante caso, de pura pasión, muestre públicamente su congoxa, aunque por ello a su dama se le haya de recrecer vergüenza y infamia. Otras, no contentas de dar sólo este tormento de celos a sus servidores, después que el enamorado ha dado todas las pruebas de sí de querer bien y de ser verdadero, y después que ellas le han recebido blandamente, así en sana paz, sin ningún propósito, cuando menos tal cosa se había de esperar, comienzan a secarse con él,

mostrando creer que ya anda tibio, y tras esto fingen que están sospechosas, que ya él no trae aquello con la verdad que solía, y así señalan que ellas también quieren dexar aquello del todo y apartarse. Entonces este cuitado, por sanar estos inconvinientes, de necesidad ha de volver a hacer todas aquellas demostraciones que hacía al principio, y así comienza a andar todo el día dando vueltas por la calle donde está su amiga; y cuando ella sale, luego él allí se halla presente, y acompáñala donde quiera que vaya, andando siempre mirándola, sin jamás volver los ojos a una parte ni a otra, y por aquí torna de nuevo a sus quexas y lloros acostumbrados, a su estar descontento, a sus juramentos, a sus blasfemias y a todas aquellas desesperaciones y locuras a que los tristes enamorados son traídos por estas crudas fieras que nunca se hartan de nuestra sangre. Estas tales demostraciones luego son muy miradas y conocidas, y alguna vez harto más hondamente juzgadas por todos que por quien las causa; y así en breve tiempo son tan públicas, que no se puede dar un paso ni menear el ojo que todo no sea notado por cien mil personas. Y de aquí acaesce que mucho antes que estos amores se lleguen al cabo, ya todo el mundo lo piensa; porque ellas, cuando veen que el enamorado, de puro perdido y muerto con los desabrimientos dellas, determinadamente se quiere alzar y rompello todo, entonces comienzan a mostrar querelle de corazón y a hacelle buenas obras y, en fin, a echarse en sus manos; y así esto hácenlo estas señoras a tan buen tiempo, que el que ama, de estar ya totalmente desgustado y caído, con sus deseos quebrantados y muertos, apenas puede ya holgar con los placeres que tan tarde y con tanto mal recibe, ni tiene ya por qué agradecellos; de manera que todo va bien al revés de como habría de ir. Y siendo ya por las demostraciones que hemos dicho estos amores harto decubiertos, descúbrense tambien a su tiempo todos los efetos y obras dellos; y así quedan ellas deshonradas y el enamorado se halla haber perdido el tiempo y los trabajos y haberse acortado la vida, trabajando sin fruto y sin placer ninguno, pues alcanzó lo que deseaba, no cuando gustara tanto dello que hubiera sido bienaventurado, mas cuando ya no lo preciaba, de tener el corazón tan caído que no tenía ya sentimiento de placer ni de contentamiento que se le ofreciese.

Otavián Fregoso, entonces, dixo riendo: Vos, señor Gaspar, os recogistes un rato y dexastes de decir mal de mujeres, y agora, según veo, habéis vuelto a mordellas, de tal manera que parece que habéis estado quedo para cobrar fuerzas, como los que quiriendo arremeter muy recio tornan dos pasos atrás para salir con más furia. Y cierto no tenéis razón de hacello así, porque ya debríades estar contento con lo que habéis dicho, y amansar vuestra ira.

Rióse desto Emilia, y volviéndose a la Duquesa, díxole: ¿No miráis, señora, cómo nuestros adversarios ya comienzan a desbaratarse y a desavenirse?

No me pongáis ese nombre, respondió Otavián Fregoso, que yo no soy vuestro adversario, ni quiero ser contra vosotras. Bien es verdad que quisiera que se escusara esta porfía, no porque me pesase ver la cosa ganada por parte de las mujeres, mas porque en este debate el señor Gaspar se ha arrojado a decir peor dellas de lo que debiera, y el señor Manífico y miser César a loallas por ventura un poco más de lo que fuera razón; y demás desto, por lo mucho que nos hemos detenido en esta plática, hanse dexado de tratar muchas otras cosas buenas que se pudieran haber dicho sobre el Cortesano.

Veis ahí, dixo Emilia, cómo vos mismo os condenáis agora por nuestro adversario, pues confesáis que quisiérades que se escusara la disputa que ha pasado sobre la ventaja que nosotras llevamos a los hombres, y en esto mostráis bien claro que os pesa que haya sido formada esta tan ecelente Dama que agora acaba de formar el señor Manífico, y esto no porque por ello se haya desbaratado la plática sobre el Cortesano, porque ésta ya era acabada, y estos caballeros habían ya dicho en ella lo que sabían, y no creo yo que ni vos ni otro tenga más que decir sobre ella, sino que en forma sentís pena de oír decir tanto bien de mujeres por la invidia que tenéis a la honra dellas.

Todavía digo, respondió Otavián Fregoso, que demás de las cosas dichas sobre el Cortesano, se podrían decir muchas otras muy buenas; pero ya que todos os contentáis con lo que se ha dicho, yo también me contento. Y por cierto, pues así lo queréis, yo no le mudaría en ninguna cosa, sino en hacelle algo más amigo de las mujeres que no es el señor Gaspar; pero tampoco querría que lo fuese tanto como algunos de los que aquí están.

Necesario es, dixo entonces la Duquesa, que se vea agora si vuestro ingenio es tan grande que sea para poner mayor perfición al Cortesano que la que hasta agora se le ha puesto. Por eso tené por bien de decirnos en esto lo que se os entiende, porque de otra manera pensaremos que vos tampoco tenéis más que decir sobre ello, sino que lo que agora habéis dicho ha sido solamente por apocar las ecelencias desta nuestra Dama, pareciéndos que es tan perfeta que se puede muy bien igualar con el Cortesano. Y así, pues vos no podéis a ella abaxarla, querríades dar a entender que él puede subir más alto de donde le han subido estos caballeros.

Rióse a esto Otavián y dixo: Las perficiones y las tachas que aquí se han puesto a las mujeres más de lo que convenía, nos dexan los oídos y los corazones tan llenos, que por agora no nos queda lugar desocupado donde pueda caber ninguna otra cosa; y demás desto, paréceme que deba ser ya muy tarde.

Pues luego, dixo la Duquesa, quédese esto para mañana, y así ternemos más tiempo para todo, y esas perficiones y tachas que, según vos decís, han sido puestas a las mujeres por una parte y por

la otra algo desmedidamente, entre tanto olvidallas han estos caballeros, y así quedarán más desocupados para recebir la verdad de lo que vos dixéredes.

En acabando de decir esto la Duquesa levantóse, y dando licencia a todos que se fuesen, retrúxose a su retraimiento, y los caballeros fuéronse a sus posadas.

FIN DEL TERCERO LIBRO DEL CORTESANO

EL CUARTO LIBRO DEL CORTESANO

DEL CONDE BALTASAR CASTELLÓN
A MISER ALFONSO ARIOSTO

TRADUCIDO DE ITALIANO EN CASTELLANO

[PRÓLOGO]

Pensando yo de escribir las pláticas que en la cuarta noche, después de las contenidas en los precedentes libros, pasaron, siento, entre otras imaginaciones mías, un áspero pensamiento que me hiere el alma y me representa a la memoria las miserias humanas y nuestras esperanzas engañosas, y me hace contemplar cómo la fortuna muchas veces en mitad del camino y otras ya cerca del cabo, desbarata y rompe nuestros flacos y vanos propósitos, y alguna vez los hunde y los ahoga antes que aun de lexos puedan ver el puerto. Y así acuérdome que poco tiempo después que estas disputas pasaron, privó la muerte importuna la casa de nuestro Duque de tres muy escogidos hombres, al tiempo que más en edad y en esperanza de gran honra florescían. Déstos fue el primero Gaspar Pallavicino, el cual, siendo apretado de una recia enfermedad, y llegado por ella dos o tres veces muy al cabo, puesto que su ánimo fuese de tanta fuerza que por algún espacio de tiempo pudiese tener el alma en el cuerpo a pesar de la muerte, todavía en mitad de su mocedad hubo de morirse; pérdida, por cierto, grande, no solamente para la casa de Urbino y para los amigos y parientes suyos, mas aun para su patria y toda la Lombardía. No mucho después murió miser César Gonzaga, el cual a todos los que le conocían dexó estraño dolor de su muerte, porque produciendo la natura pocas veces tales hombres, pareció sin razón quitarnos éste tan presto. Que cierto nosotros perdimos a miser César en tiempo que él comenzaba a hacer verdad lo que dél todos habían siempre esperado, y a ser tan estimado cuanto sus virtudes merecían, porque ya muchos virtuosos trabajos había mostrado su valor, con el cual, demás de la nobleza del linaje, de las letras, de la habilidad de las armas y de toda otra buena costumbre suya, estaba en tan buena opinión con todos, que por su bondad y entendimiento y esfuerzo y saber, ninguna cosa había tan grande que dél no se pudiese esperar. Luego, tras él, falleció miser Roberto de Bari, de la muerte del cual a todos nos pesó en grande estremo, y con mucha razón por cierto.

Que ¿quién no había de dolerse de perder un mancebo bien criado y de buenas costumbres, gracioso y gentil hombre, y de una complisión tan próspera y gallarda cuanto en el mundo desearse pudiese? Así que estos tres, si vivieran, pienso yo que llegaran a término que pudieran mostrar consigo mismos claramente a todos los que los conocieran cuán ecelente fuese la corte de Urbino y cuán llena siempre de singulares hombres. Desto mismo dieron testimonio casi todos los otros que allí se criaron, porque verdaderamente nunca del caballo troyano salieron tantos señores y capitanes, cuanto desta casa caballeros en virtud escogidos, y en toda cosa estimados, han salido. Que, como sabéis, miser Ferderico Fregoso fue hecho arzobispo de Salerno; el conde Ludovico, obispo de Bayous; Otavián Fregoso, duque de Génova; miser Bernardo Bibiena, cardenal de Santa María in Pórtico; miser Pietro Bembo, secretario del Papa León; el manífico Julián, duque de Nemours, y puesto en aquella grandeza en que agora se halla; el señor Francisco María Rovere, prefeto de Roma, y después duque de Urbino, aunque mayor gloria es de la casa donde él fue criado haber sacado un tan ecelente señor en toda calidad de virtud, como agora se vee, que habelle subido a poseer el ducado de Urbino; y de todo esto creo yo que no haya sido pequeña causa la compañía de hombres escogidos, con la cual continamente tratando, siempre ha visto y oído singulares cosas. Así paréceme que esta casa, o sea esto a dicha o por su buena costelación que le hayan dado de mucho tiempo acá señores ecelentísimos, todavía dura y hace los mismos efetos que solía; y por eso bien se puede tener esperanza que aun la fortuna ayudará tanto a estas obras virtuosas, que la prosperidad de esta casa y de su estado, no solamente no caerá, mas cada hora subirá más y se porná en más alto grado, y ya desto se veen muchas señales, entre las cuales tengo yo por la más principal habernos dado Dios tal señora como es la señora doña Leonor Gonzaga [248], duquesa nuevamente venida a este estado; porque si alguna vez en un solo cuerpo se vieron juntos saber, gracia, hermosura, grande entendimiento, gentil arte, llaneza y buena condición y cualquier otra costumbre perfeta, en esta señora todas estas cosas así están atadas, que dellas es hecha casi una cadena que estas calidades todas y sus movimientos compone juntamente y atavía. Sigamos, pues, adelante el proceso de nuestro Cortesano, con esperanza que después de nosotros no han de faltar muchos que tomen claros y honrados enxemplos de virtud de la presente corte de Urbino, así como agora nosotros los tomamos de la pasada.

---

[248] Hija del marqués Francisco Gonzaga y de Isabel de Este. Casada en 1505 con Francisco María de la Rovere.

[CAPÍTULO I]

[*En el cual, tomando la mano en la plática Otavián Fregoso, dice cómo mediante las calidades que se le han dado al Cortesano, y con las demás que se le pueden dar, puede hacerse muy amado y privado del Príncipe, y así podrá inducille a las virtudes y reprendelle los vicios.*]

Así que, según Gaspar Pallavicino solía contarnos, pareció que el siguiente día, después de las razones contenidas en el precedente libro, Otavián Fregoso estuvo algo apartado, y por eso muchos creyeron que se hubiese retirado para mejor pensar lo que hubiese de decir; de manera que, siendo a la hora costumbrada ya todos vueltos adonde la Duquesa estaba, fue necesario mandar buscalle, y con todo esto le hubieron de esperar buen rato, porque nadie podía hallarle; y así muchos caballeros de los que allí estaban comenzaron a danzar con las damas y a ocuparse en muchos otros placeres, pensando que ya aquella noche no se trataría nada del Cortesano; y ya todos estaban puestos, los unos en una cosa y los otros en otra, cuando Otavián Fregoso entró por la sala adelante, a tiempo que ya casi no le esperaban, y viendo que miser César Gonzaga y Gaspar Pallavicino danzaban cada uno con su dama, después de hecha reverencia a la Duquesa, dixo riendo: Yo esperaba que aun todavía esta noche el señor Gaspar Pallavicino había de decir mal de mujeres; mas viéndole agora danzar con una, pienso que ha hecho la paz con todas; y por cierto pláceme que el pleito, o por mejor hablar, la plática sobre el Cortesano, haya parado en esto.

No ha parado en eso, respondió la Duquesa, porque yo no quiero tanto mal a los hombres cuanto vos a las mujeres; por eso no quiero que al Cortesano se dexe de dar toda la honra que se le debe, sino que acabe de tener todos aquellos ornamentos que vos ayer le prometistes; y, en diciendo esto, mandó que todos, en aca-

bando de danzar aquellos caballeros, se asentasen como solían las otras noches, y así fue hecho.

Y luego, estando cada uno muy atento, dixo Otavián Fregoso: Señora, pues al haber yo deseado muchas otras buenas calidades en el Cortesano, demás de las que aquí se le han dado, ponéis nombre de haber yo prometido de decillas, yo las diré, no con pensamiento de decir todo lo que sobre esto decirse podría, sino solamente aquello que baste para quitar de vuestra opinión lo que ayer me dixistes, que pensábades que yo había dicho que al Cortesano se pudieran todavía dar otras perficiones sin las que le habían sido dadas, no porque fuese así, sino porque haciendo falsamente creer que podía él subir más, quedase la Dama formada por el señor Manífico algo baxa. Así que por esto y por ser más tarde que no era estas otras noches cuando comenzábamos estas pláticas, seré breve.

Digo, pues, siguiendo adelante lo que estos caballeros han tratado, lo cual en todo apruebo y confirmo, que de las cosas que nosotros llamamos buenas, hay algunas que puramente y por sí mismas son siempre buenas, como es la templanza, la fortaleza, la salud y todas aquellas virtudes que causan sosiego en nuestros corazones; otras hay que por diversos respetos y por el fin donde se enderezan, son buenas, como las leyes, la liberalidad, las riquezas y otras desta calidad. Pienso yo luego que el Cortesano perfeto de la manera que le han formado el señor conde Ludovico y el señor miser Federico, puede ser verdaderamente cosa buena y merecedora de ser loada; mas no puramente buena ni por sí, sino por respeto del fin al cual puede ser enderezado, porque en la verdad, si el Cortesano, con ser de buen linaje, gracioso, de buena conversación y hábil en tantos exercicios cuantos aquí le han sido dados, no hiciese otro fruto sino el ser tal para sí mismo, no sería yo de opinión que sólo por alcanzar esta tal perfición de cortesanía trabajase el hombre tanto cuanto sería necesario para alcanzalla. Antes diría que muchas de aquellas calidades que, según aquí se ha dicho, le convienen, como es danzar, conversar con damas, cantar y jugar, serían todas liviandades y vanidades puras, y en un hombre muy principal y de autoridad más aína para ser reprehendidas que para ser alabadas; porque los aderezos y fiestas y burlas y otras semejantes cosas que son necesarias para tratar con damas y para andar de amores con ellas, muchas veces, aunque otros tengan el contrario, no hacen sino enflaquecer nuestros corazones y dañar la mocedad, echándole en una vida muelle y demasiadamente regalada; de donde nacen aquellos malaventurados efetos que traen el nombre italiano arrastrado y cargado de infamia; y por estos medios adelante la cosa llega a término que se hallan ya muy pocos que osen, no digo morir, mas entrar en un peligro. Y ciertamente infinitas otras cosas se hallarían, las cuales, si se tratasen con industria y diligencia, serían mucho más provechosas en la paz y en la guerra que

esta tal cortesanía por sí sola. Mas resumiéndonos en esto, si las obras del Cortesano se enderezan al fin que es razón y que yo entiendo, en tal caso paréceme que no sólo no son dañosas ni vanas, mas son muy provechosas y dinas de loores infinitos. El fin luego del perfeto Cortesano, del cual hasta agora no se ha tratado, creo yo que sea ganar por medio de las calidades en él puestas de tal manera la voluntad del príncipe a quien sirviere, que pueda decille la verdad, y de hecho se la diga en toda cosa y le desengañe sin miedo ni peligro de selle cargado; y conociendo la intinción dél de inclinarse a hacer alguna cosa mal hecha, que ose estorbársela y contradecírsela sin ningún empacho, y en esto que tenga tan gentil arte con la gracia alcanzada por sus buenas calidades, que pueda, sin alterar ni dexar llaga, curalle del mal que hubiere hecho, y atajalle que no haga más; y así desta manera, tiniendo el Cortesano en sí la bondad que estos señores le han dado, acompañada con la viveza del ingenio y buena conversación, y con la prudencia y noticia de letras y de tantas otras cosas, sabrá diestramente en cualquier caso mostrar a su príncipe cuánta honra y provecho le venga a él y a los suyos de la justicia, de la liberalidad, de la grandeza del ánimo, de la beninidad y de las otras virtudes que en un buen príncipe se requieren; y por el contrario, cuánta infamia y daño le recrezca de los vicios contrarios a todo esto. Por eso yo tengo por opinión que como la música, las fiestas, las burlas y las otras cosas para holgar son casi la flor, así el inclinar y traer su príncipe al bien y apartalle del mal sea el verdadero fruto desta cortesanía. Y porque la perfición de las buenas obras consiste principalmente en dos cosas, la una de las cuales es escoger un fin que sea realmente bueno, hacia el cual nuestra intinción se enderece, y la otra el saber hallar los medios oportunos para poder con ellos llegar a este fin trazado en nuestro pensamiento, hemos de decir que el que entiende de hacer que su príncipe no sea engañado por ninguno, ni escuche los lisonjeros ni los maldicientes y mentirosos, sino que tenga firme conocimiento del bien y del mal, y al uno ame y al otro aborrezca, tiene ojo a fin singularísimo.

Los medios, pues, para llegar a él en la mano están, que serán las condiciones dadas al Cortesano por estos caballeros; y que este fin que agora tratamos sea bueno y provechoso, vese claramente; porque de muchos errores que hoy en día vemos en muchos de nuestros príncipes, los mayores son la inorancia y la loca presunción que ellos tienen de sí mismos, y la raíz destos dos males es puramente la mentira, la cual con mucha razón es aborrecible a Dios y a los hombres, y más dañosa a los señores que ningún otro vicio; porque ellos comúnmente carecen más de aquello de que debrían tener más abundancia, lo cual es tener cabe sí quien les diga la verdad y les acuerde el bien; que sus enemigos, pues no les tienen amor, claro está que no les dirán cosa que les aproveche, antes holgarán de vellos envueltos en mil maldades, y que nunca se enmien-

den; ni tampoco osarán, lo que harían de muy buena gana, decir mal dellos públicamente, de miedo de ser castigados; pues de los amigos, pocos hay que sean tan privados que tengan con ellos gran cabida, y esos pocos temen de reprehendellos tan libremente como reprehenderían a sus iguales, y muchas veces por granjeallos y ganalles bien la voluntad, no curan sino de decilles cosas con que huelguen, aunque sean malas y deshonestas; de manera que de amigos vienen a hacerse chocarreros, y por sacar provecho desta estrecha familiaridad que con ellos tienen, síguenles siempre la vena en todo y hácense abrir las puertas a poder de mentiras, de las cuales en el corazón del príncipe luego nace la inorancia, no solamente de las cosas exteriores, mas aun de sí mismo, y ésta se puede decir que es la mayor y la más recia mentira de todas, porque el alma inorante engaña y miente a sí misma allá dentro en sus entrañas.

Y de aquí acaece que los señores, demás de nunca ser informados de la verdad en ninguna cosa, emborrachados de aquella muy suelta y mala libertad que trae consigo el señorear, y ahogados en los placeres con la abundancia de los deleites, se engañan tanto y tienen el espíritu tan dañado de verse siempre obedecidos y casi adorados con tanto acatamiento y tantos loores, no solamente sin reprehensión, mas aun sin contradición ninguna, que desta tal inorancia saltan en una estrema confianza de sí mismos, de tal manera que vienen a no admitir consejo ni parecer de nadie; y porque creen que el saber reinar sea una muy fácil cosa, y que para alcanzalla no haya necesidad de arte, ni de orden ni de regla, sino de sola fuerza, ponen su corazón y todos sus pensamientos en sostener el poder que alcanzan, pensando que la verdadera bienaventuranza sea que pueda el hombre todo lo que quiera. Y así hay algunos déstos que se aborrecen con la razón y con la justicia, pareciéndoles que si quisiesen guardar estas dos cosas, serían ellas un freno y una atadura para hacelles tener a raya, y atalles tanto las manos, que por aquí podrían quizá venir a ser sujetos y a perder parte del bien y contentamiento que ternían en ser señores, y que su forma de señorear no sería perfeta ni entera si ellos estuviesen atados a obedecer a lo justo y honesto, porque realmete creen que el que obedece no es verdaderamente señor; y así corriendo a gran priesa tras estos fundamentos, y dexándose llevar de su loca fantasía, llegan a toda la soberbia del mundo, y con un semblante puesto siempre en mandar riguroso y secutivo, y con unas costumbres estrechas y duras, con estidos pomposos cargados de oro y de perlas, y con un estar casi siempre retraídos, y parecer pocas veces en público, piensan alcanzar gran autoridad con todos y ser tenidos por dioses. Estos tales, a mi parecer, se podrían comparar a aquellos grandes bultos que el año pasado se hicieron en Roma [249],

[249] Alusión a los gigantes de los desfiles carnavalescos.

los cuales por de fuera parecían unos grandes hombres encima de poderosos caballos, y de dentro estaban llenos de estopa y de borra; pero aun con todo, estos príncipes son mucho peores, porque aquellos bultos en su mismo peso se sostienen derechos, mas estos señores, por ser dentro mal contrapesados y puestos demasiadamente sobre asientos designados, por su propria graveza se caen de suyo. Y aun hay peor, que de un error dan en otro, y de otro en otros mil hasta dar en infinitos, porque su propria inorancia, llena de la falsa presunción que tienen de no poder errar, y mezclada con el tener por determinado que su poder procede de su saber, les hace que se ocupen locamente por vías justas o injustas grandes estados.

Pero si ellos se determinasen a saber y hacer lo que debiesen, así trabajarían por no reinar como agora trabajan por reinar, porque conocerían cuán desconcertada y dañosa cosa sea que los vasallos que han de ser gobernados sean más sabios que los príncipes que han de gobernar. Vemos por esperiencia que la inorancia en la música o en el danzar o en el menear bien un caballo no daña a nadie, y aun con todo esto el que no es buen músico tiene empacho de cantar en presencia de otri, y asimismo de danzar o de cabalgar en un caballo quien no lo sabe hacer; pero de no saber gobernar a los pueblos nacen tantos males, muertes, destruciones, abrasamientos y sacos de casas y de lugares, que se puede bien decir que es la más mortal pestilencia que se halle sobre la tierra, y tras esto veréis algunos príncipes inorantísimos en el gobierno ponerse sin ningún empacho en gobernar no sólo delante cinco o seis hombres, mas en presencia de todo el mundo; porque el estado dellos está puesto en un lugar tan alto, que cien mil ojos andan siempre rodeando sobre ellos, y por esto sus tachas, por pequeñas que sean, siempre son notadas. Y así se escribe que notaban en aquel gran Cimón Atheniés [250] que le sabía bien el vino, y en Scipión que dormía mucho, y en Lúculo que era amigo de hacer siempre banquetes. Mas pluguiese a Dios que los príncipes destos nuestros tiempos mezclasen sus vicios con tantas virtudes con cuantas los mezclaban aquellos antiguos, los cuales, si alguna vez en algo erraban, no dexaban por esto de escuchar de muy buena voluntad las reprehensiones, ni de seguir los consejos de los que eran suficientes para reprehendellos y consejallos; antes procuraban con toda diligencia de ordenar y asentar su vida debaxo de reglas de hombres singulares, como Epaminundas debaxo de la de Lisias Pitagórico [251], Agesilao de la de Xenofonte, Scipión de la de Panecio [252], y infinitos otros. Mas si agora llegase a alguno de nuestros príncipes un severo filósofo o otro cualquier hombre, el cual abiertamente y sin grandes

---

250 Político y general griego (515-449 a. de C.)
251 Orador de Taranto que llegó a ser maestro de Epaminondas.
252 Filósofo estoico, maestro de Escipión el Africano.

rodeos quisiese ponelle delante los ojos aquel rostro áspero de la verdadera virtud, y instruille en buenas costumbres, y decille qué forma de vida hubiese de seguir, yo soy cierto que luego a la hora le echaría de sí como a una sierpe que viniese a mordelle, o por lo menos haría burla dél como de una cosa perdida. Así que digo que, pues hoy en día los príncipes están tan dañados con sus malas costumbres, y con la inorancia y falsa presunción de sí mismos, pues tan difícil cosa es hacelles entender la verdad y traellos al camino de la virtud, y pues todos los que están cabe ellos andan por ganalles la voluntad con mentiras y lisonjas y con maneras viciosas y baxas, puede fácilmente y debe el Cortesano, por medio de aquellas buenas calidades que le han dado el señor conde Ludovico y miser Federico, alcanzar el amor de su príncipe y ponelle tan buen gusto de sí que llegue a privar tanto con él, que pueda decille toda cosa sin peligro de selle pesado, y esto, si él fuere tal como aquí se ha dicho, ternálo hecho; y así podrá decille con buena arte la verdad en todo. Demás desto, podrá también poco a poco hacelle virtuoso, instruyéndole en la continencia, en la fortaleza, en la justicia, en la templanza, y haciéndole gustar la dulzura que hay debaxo de aquella poca amargura que luego al principio se ofrece a quien contrasta a los vicios, los cuales siempre son dañosos, desabridos y cargados de deshonra y de infamia, así como las virtudes son provechosas, alegres y llenas de loor y de gloria. Y a éstas el Cortesano hale de levantar con el enxemplo de los capitanes más famosos y de otros ecelentes hombres, a los cuales los antiguos solían hacer estatuas de bronzo y de mármol, y algunas veces de oro, y ponellas en los lugares públicos, así por honrar a ellos como por mover a los otros que trabajasen con una honrada invidia de parecelles. Desta manera podrá él llevar a su príncipe por el áspero camino de la virtud, hinchiéndosele de frescuras y de sombras, y enramándole de flores por templar el enojo de la trabajosa jornada a quien fuere de fuerzas flaco; y agora con música, agora con armas y caballos, agora con versos y coplas y agora con pláticas de amores y con todas aquellas cosas que estos señores han tratado, podrá tenelle continamente el espíritu ocupado en honestos placeres, imprimiéndole siempre, como he dicho, a vueltas destos regalos alguna virtuosa costumbre, y engañándole con un provechoso engaño, como hacen los médicos mañosos, que muchas veces, quiriendo dar a algún muchacho enfermo y delicado alguna medicina amarga, ponen primero por toda la orilla del vaso alguna cosa dulce; así que, aprovechándose el Cortesano para este fin de esta tal arte, envolviendo el trabajo con el placer, en todo tiempo, en todo lugar y en todo exercicio, salrá con su intinción y merecerá mucho mayor loor y premio por esto que por otra cualquiera buena obra que pudiese hacer al mundo; porque ningún bien hay que tan generalmente aproveche a todos como el buen príncipe, ni mal que tan generalmente dañe como el mal príncipe. Por eso no se ha-

llaría pena bastante a castigar aquellos malvados cortesanos que usan de sus gracias y buenas habilidades para mal fin, y con éstas granjean a sus príncipes para dañarlos y desviarlos del camino de la virtud y echallos derechamente en mitad de los vicios; porque destos tales puédese muy bien decir que no un vaso donde ha de beber uno, mas la fuente pública donde todo el pueblo ha de ir a coger agua, emponzoñan con mortal ponzoña.

[CAPÍTULO II]

[*En el cual, prosiguiendo Otavián Fregoso su plática cerca de las virtudes que son atavío del ánima, declara la diferencia que hay entre la virtud de la temperancia y continencia, sobre la cual pasan sutiles razones entre los cortesanos.*]

Callaba ya Otavián Fregoso y parecía que no quería hablar más, pero díxole Gaspar Pallavicino: A mí no me parece, señor Otavián, que esa bondad y esa continencia y esas otras virtudes que vos queréis que el Cortesano muestre a su príncipe se puedan aprender; mas pienso que a los hombres que las alcanzan hayan sido concedidas graciosamente por mano de Dios y de la natura; y para prueba desto es gran argumento ver que no hay nadie tan malo ni de tan perversa condición en el mundo, ni tan determinadamente dado a los vicios, ni tan injusto, que siéndole preguntado, él, si por ventura tiene estas tachas, las confiese; antes cada uno, por malvado que sea, huelga de ser tenido por justo y continente y bueno, lo cual no sería así si estas virtudes se pudiesen aprender, porque no es vergüenza no saber aquello en que se requiere estudio si no habéis estudiado en ello; mas dexar de tener aquello de que a natura debemos estar ennoblecidos, no solamente parece mal, pero es deshonra. Y por eso comúnmente solemos trabajar de encubrir las tachas naturales, así del alma como del cuerpo, según se vee en los ciegos, coxos, tuertos y otros naturalmente tollidos o diformes; que aunque estos defetos se puedan asentar a cuenta de la natura, todavía quienquiera recibe pena de vellos en sí, porque parece que, por testimonio de la misma natura, tenga el hombre aquella falta casi como por un sello o señal de su malicia. Confirma también esta mi opinión aquella fábula de Epimetheo [253], el cual supo tan mal repartir los dones naturales entre los hombres, que los dexó mucho más menesterosos de cualquiera cosa que a todos los otros animales. Y así, en enmienda desto, Prometeo robó aquel

[253] Personaje de la mitología griega, hermano de Prometeo, considerado como símbolo del mal.

artificioso saber de Minerva y de Vulcano, con el cual los hombres ganaban la vida, mas no alcanzaban aquel otro saber que era necesario para que supiesen estar juntos en las ciudades, y hacer sus repúblicas, y vivir moralmente, porque éste estaba dentro en aquella gran fortaleza de Júpiter puesto a recaudo con grandes guardas; las cuales tanto espantaban a Prometeo, que no osaba llegarse a ellas. Y por esto Júpiter, doliéndose del miserable estado de los hombres, los cuales, no pudiendo estar juntos por faltalles la virtud que compone y concierta el trato humano, andaban por los montes como salvajes, y eran a cada paso despedazados por las fieras, envió con Mercurio la Justicia y la Vergüenza del mundo, a fin que estas dos cosas ennobleciesen las ciudades y atasen en concordia y pacífico ayuntamiento a los moradores dellas, y quiso que a todos fuesen dadas estas dos virtudes como las otras artes, en las cuales un solo maestro basta para muchos inorantes, como es la medicina. Mas no embargante esto, fue su voluntad que fuesen en cada uno imprimidas, y estableció una ley, que todos los que quedasen sin justicia y sin vergüenza, fuesen, como pestilenciales a las ciudades, desterrados y muertos. Veis aquí, pues, señor Otavián, cómo estas virtudes son de Dios concedidas a los hombres, y no se aprenden, sino que son naturales.

Otavián Fregoso entonces, casi riendo, dixo: ¿Pues luego queréis vos, señor Gaspar, que los hombres sean tan malaventurados y de un juicio tan perverso que, habiendo hallado con su industria arte para domar las bravas alimañas, osos, lobos y leones, y pudiendo con ella avezar a una ave de volar al albedrío del hombre, de tal manera que vuelva del campo y de su natural libertad voluntariamente a la jaula o al çiñuelo, no puedan o no quieran con la misma industria hallar artes para aprovechar a sí mismos, y con diligencia y estudio hacerse mejores de lo que son? Esto, a mi parecer, sería como si los médicos estudiasen con gran cuidado de saber solamente sanar el mal que se hace en las uñas o un ahito de un niño que mama, y no curasen de aprender a saber dar remedios a una recia calentura, o a un dolor de costado, o a otras enfermedades graves; ya veis esto, si así fuese, cuán gran locura sería. Así que, por concluir, yo pienso que las virtudes morales en nosotros no sean naturales totalmente, porque ninguna cosa se puede jamás acostumbrar a lo que naturalmente le es contrario, como lo vemos en una piedra, que aunque nunca hiciésemos sino echalla hacia arriba, jamás ella tiraría de suyo sino hacia abaxo. Por eso, si en nosotros las virtudes fuesen tan naturales como es la graveza en la piedra, nunca sería posible acostumbrarnos al vicio. Tampoco se ha de decir que son naturales los vicios totalmente, porque si lo fuesen no terníamos remedio para ser virtuosos, y sería gran sinjusticia y locura castigarnos por aquellos delitos que, de ser naturales en nosotros, se hiciesen sin culpa nuestra; y errarían mucho las leyes, las cuales no dan pena a los malhechores por el crimen

pasado, porque no se puede hacer que lo hecho no sea hecho; pero tienen ojo a lo porvenir, a fin que quien ha errado no yerre más, ni dé causa con su mal enxemplo a otro que yerre; de manera que con esto las leyes muestran tener por determinado que las virtudes se pueden aprender, y es así verdaderamente, porque nosotros somos nacidos dispuestos a recebillas, y asimismo a recebir los vicios, y por eso de entrambas cosas se hace en nosotros un hábito con la costumbre, y así primero hacemos obras de virtud o de vicios, y después somos virtuosos o viciosos. Lo contrario desto se halla en las cosas que son en nosotros naturales, que primero podemos hacellas y después las hacemos, como se vee en los sentidos, que primero podemos ver, oír y tocar; después vemos, oímos y tocamos, aunque con todo muchas destas obras se mejoran con el arte. Y así los que quieren bien criar a los niños, no solamente les muestran letras, mas aun los avezan a que sepan tener buena manera y honesta en el comer y beber y hablar y andar con buen aire y con un ademán conforme a lo mejor. Y por eso, como en las otras artes, así también en las virtudes es necesario tener maestro, el cual con su dotrina y buenos consejos despierte y levante en nosotros aquellas virtudes morales, de las cuales tenemos la simiente enterrada en nuestras almas, y las granjee como buen labrador, y les abra el camino por donde nazcan, quitándoles las espinas y las malas yerbas de los deseos, los cuales muchas veces tanto ocupan y ahogan nuestros corazones que ni les dejan echar flor ni producir aquellos singulares frutos que debríamos desear que naciesen solos en nosotros. Así que desta manera es natural en los hombres la justicia y la vergüenza, aunque vos digáis que Júpiter nos las envió a todos acá en la tierra. Mas así como un cuerpo sin ojos, por recio y hábil que sea, si se mueve para algún lugar cierto a cada paso yerra el camino, así la raíz destas virtudes, potencialmente engendradas en nuestras almas, si no es ayudada con la dotrina y arte, pierde muchas veces su fuerza, y viene a ser tanto como no nada; porque si se ha de reducir en su obra y hábito perfeto, no le basta, como ya se ha dicho, la natura sola, pero tiene necesidad de la costumbre artificiosa de la razón para que purifique y aclare el alma, quitándole la tiniebla de la inorancia, de la cual casi todos nuestros errores comúnmente proceden; porque si el bien y el mal fuesen perfetamente conocidos, todos escogeríamos siempre el bien y huiríamos el mal. Y así la virtud se puede casi decir que no es sino una prudencia y un saber elegir el bien, y el vicio que no es sino una imprudencia y una inorancia que nos hace juzgar falsamente las cosas; porque está claro que nunca los hombres escogen el mal con opinión que es mal, pero engáñanse con una cierta semejanza de bien que les viene a los ojos.

Respondió entonces Gaspar Pallavicino: Todavía hay muchos que conociendo claramente que hacen mal, no dexan de hacelle, y esto porque tienen en más el deleite que entonces tienen delante

que el castigo que temen que les ha de venir dello, como los ladrones, los homicidas y otros tales.

El verdadero placer, respondió Otavián, es siempre bueno, y el verdadero dolor malo, y en esto solemos comúnmente engañarnos, que tomamos el placer falso por el verdadero y el verdadero dolor por el falso; y así muchas veces, corriendo tras los falsos placeres, damos de ojos en los verdaderos desplaceres. Así que aquella arte que nos muestra a conocer esta verdad y esta mentira se puede a lo menos aprender; y aquella virtud con la cual escogemos lo que verdaderamente es bien, no aquello que falsamente nos paresce que lo es, se puede llamar verdadera ciencia, y más provechosa a la vida humana que otra ninguna, porque quita la inorancia, de la cual, como he dicho, proceden todos los males.

Yo no sé, señor Otavián, dixo entonces miser Pietro Bembo, cómo el señor Gaspar os dexa pasar eso que agora decís, que de la inorancia procedan todos los males, y que no haya muchos hombres en el mundo, los cuales, pecando, saben determinadamente que pecan, y no se engañan un solo punto en el verdadero placer ni en el verdadero dolor; porque cierto es que los incontinentes tienen el juicio sano, y veen lo que es razón, y saben que aquello a que los inclina el ruin deseo es malo, y por esto resisten y ponen la razón por defensa contra el apetito; y de aquí nace la pelea del deleite y del dolor contra el juicio, hasta que, en fin, la razón, vencida del apetito, que en aquel caso es más poderoso, se dexa caer y se desampara, como nao que un largo rato se defiende de la tempestad fuerte; pero al cabo, combatida del furioso ímpetu de los vientos, perdidas las áncoras, quebrado el mástel y rotas las velas, se dexa llevar y correr su fortuna sin aprovecharse de gobernalle ni brúxola, ni de otro ningún artificio; así que los incontinentes, a la hora que se dexan vencer, cometen sus errores; mas cométenlos con una cierta duda y remordimiento y casi contra su voluntad, lo cual no harían si no supiesen que es malo lo que hacen, antes se dexarían ir sin ninguna contradición totalmente tras el deseo, y entonces haciéndolo así no se llamarían, según filosofía, incontinentes, sino intemperados, lo cual es mucho peor; y por esto la incontinencia se dice ser vicio diminuido, porque tiene en sí alguna parte de razón, y la continencia, virtud imperfeta, porque participa de algún movimiento de sensualidad. Así que, concluyendo en esto, paréceme que no se puede decir que los incontinentes pequen por inorancia ni se ha de creer que ellos se engañen o que no yerren, sabiendo ciertamente que yerran.

Vuestro argumento, señor miser Pietro Bembo, respondió Otavián Fregoso, es harto bueno, aunque con todo, según mi opinión, es más aparente que verdadero, porque, puesto que los incontinentes yerren con esa duda y remordimiento que habéis dicho, y la razón en ellos contradiga al apetito, y les parezca que el mal sea mal, todavía no alcanzan perfeto conocimiento de lo que yerran, ni

entienden la cosa tan enteramente como sería necesario, sino que tienen para conocer sus errores más aína una flaca opinión que cierta ciencia, y de aquí les viene consentir que la razón se dexe vencer de la sensualidad. Que claro está que si ellos estuviesen con verdadera ciencia de sus yerros, nunca errarían, porque siempre aquello por lo cual el apetito vence a la razón es inorancia, y la verdadera ciencia es imposible ser en ningún tiempo vencida por el deseo, el cual nace del cuerpo y no del alma; y si por la razón es bien recogido y gobernado, viene a hacerse virtud, y de otra manera hácese vicio; pero tanta fuerza tiene la razón, que se hace siempre obedecer de la sensualidad, y con maravillosas maneras y vías penetra hasta donde conviene, con tal que la inorancia no tenga ocupado aquello que ella debría tener de su mano. Y así acaece que aunque los espíritus procedidos de la sangre, y también los nervios y los huesos, no tengan en sí razón, todavía, cuando en nosotros nace aquel movimiento del alma que nos mueve a hacer algo, parece que, casi como si el pensamiento pusiese las espuelas y requiriese el freno a los espíritus, todos los miembros se aperciben: los pies para andar, las manos para tomar o hacer lo que piensa el juicio; y esta obediencia que tiene el cuerpo al alma aun se conoce más manifiestamente en muchos que comen alguna vez algún manjar ascoroso y aborrecible para ellos no sabiéndolo, pero por estar bien guisado, y porque les parece que es otra cosa, sábeles bien y alábase mucho; después, sabiendo lo que era, no solamente reciben pena y sienten asco en el alma de habelle comido, mas aun el cuerpo sigue tanto en aquello el juicio, que vienen luego a vomitar todo lo que comieron.

Seguía adelante Otavián Fregoso su habla; mas atajándole el manífico Julián, díxole: Paréceme, señor Otavian, que si yo bien me acuerdo dello, vos habéis dicho agora poco ha que la continencia es virtud imperfeta, porque tiene en sí algún movimiento de parte de la sensualidad. Y por cierto mi opinión es que aquella virtud, la cual, habiendo discordia entre la razón y el apetito, pelea y hace quedar la razón vencedora, debe ser tenida por más perfeta que no aquella que vence sin tener contradición de deseo ni de otra ninguna afición; porque en tal caso parece que el alma no se refrene del mal por virtud, sino que solamente dexe de hacer aquello que es malo por no habello gana.

¿Cuál terníades vos, dixo Otavián Fregoso, entonces por mejor capitán, o el que peleando abiertamente se pusiese a peligro de ser vencido, y venciese, o el que por pura virtud y seso atajase las fuerzas a sus enemigos, trayéndoles a estado que no pudiesen pelear, y así sin batalla y sin peligro los venciese?

El que aventurando menos, respondió el Manífico, y con mayor seguridad venciese, merecería, sin duda, ser más loado, con tal que esta su vitoria tan cierta no procediese de ser los enemigos flacos.

Bien habéis juzgado, respondió Otavián, y así también yo os digo que la continencia es como un capitán que pelea valientemente, y, aunque los enemigos sean recios y poderosos, no dexa por eso de vencellos, pero no sin gran trabajo y peligro; mas la temperancia, libre de toda turbación y movimiento, es semejante al otro capitán, que sin pelea y sin contradición vence y reina, y habiendo en el alma donde se halla, no solamente remediado en parte, mas del todo muerto el fuego de los deseos, como buen príncipe cuando un pueblo echa a dos partes y pelean entre sí unos con otros, destruye los alborotadores enemigos familiares y da el mando y el señorío entero a la razón, y no forzando a nuestro sentido, sino infundiéndonos sabrosamente una fuerte y firme persuasión que nos inclina al bien, hácenos estar sosegados y llenos de reposo, iguales en todo y bien medidos, y por donde quiera compuestos de una cierta concordia con nosotros mismos que nos mejora y nos da lustre con una bonanza tan clara, que jamás nos anublamos ni nos turbamos, sino que somos hechos en todo conformes con la razón, y prestos y aparejados a enderezar hacia ella todos nuestros movimientos y seguilla adonde quiera que nos lleve sin resistencia ninguna, como los tiernos corderos que corren, están y van siempre cerca de sus madres, y no se mueven más de cuanto las veen mover a ellas; así que esta virtud ya veis que es totalmente perfeta y conviene principalmente a los príncipes, porque della nacen muchas otras.

No alcanzo yo, dixo entonces miser César Gonzaga, qué virtudes convenientes a un príncipe o a un señor pueden nacer de esta temperancia, siendo ella la que quita, como vos decís, las aficiones y deseos y otros semejantes movimientos de nuestras almas, lo cual por ventura sería bueno en un fraile o ermitaño, pero no sé yo cómo pudiese sufrirse en un príncipe manánimo, liberal y esforzado, que jamás, por cosa que se le ofreciese, tuviese ira o aborrecimiento o amor o desamor o deseo o otro sentimiento alguno, o cómo, no tiniendo alguna cosa déstas, pudiese alcanzar autoridad con los pueblos o con la gente de guerra.

Yo no digo, respondió Otavián, que la temperancia desarraigue totalmente de nosotros las aficiones o movimientos del alma, ni sería bien que lo hiciese, porque aun en estas aficiones hay algunas partes buenas; pero digo que aquello que en nuestros movimentos interiores es malo, y porfía a no dexarse domar de lo bueno, esta virtud lo sojuzga y lo trae hasta ponello debaxo de los pies de la razón. Así que no es cosa necesaria ni razonable, por quitar las pasiones del alma que nos turban, arrancar de raíz los movimientos y alborozos della, porque esto sería como si por proveer que ningún hombre fuese borracho, se hiciese un pregón que nadie osase beber vino, o porque suele el hombre caer corriendo, se quitase el correr. Acordaos que el que concierta un caballo no le hace que no corra o que no salte, pero avézale a que lo haga a buen tiempo y

cuando quiere el caballero que le trae. Desta misma manera, los movimientos de nuestra alma, moderados y corregidos por la temperancia, ayudan mucho a la virtud, como la ira que pone espuelas al esfuerzo, y el odio contra los malos que fortifica a la justicia; y así hay otras muchas virtudes, ayudadas por estos nuestros movimientos, los cuales, si se quitasen del todo, dexarían la razón flaca y caída, de tal manera que se le levantasen poco los brazos para hacer cosa que debiese, y quedaría ni más ni menos como un patrón de una gran nave en mitad de una gran calma. Por eso no os maravilléis, señor miser César, que yo haya dicho que de la temperancia proceden muchas otras virtudes, que sabé que así lo hacen; y cuando todas están juntas, si el alma ayudada de la razón llega a estar templada y concorde con el armonía dellas, fácilmente después recibe aquel verdadero esfuerzo, con el cual se halla firme y constante en los peligros, y casi señora de todas las pasiones humanas; alcanza también la justicia pura, virgen y entera, amiga de la humildad y templanza y del bien, y, en fin, reina de todas las otras virtudes, pues muestra de hacer lo que se debe hacer, y de huir lo que se debe huir; y es perfetísima porque por ella se hacen las obras de las otras virtudes, y della recibe muy gran provecho el que la posee, no solamente para sí, mas aun para los otros. Sin ésta, según vulgarmente se dice, el mismo Júpiter no podría bien gobernar su reino. La grandeza del ánimo viene luego tras éstas, y a todas las hace mayores, pero ella por sí sola no puede estar, porque quien no tiene otra virtud, tampoco puede tener gran ánimo. De todas éstas es después guía la prudencia, la cual consiste en un cierto juicio de saber bien elegir; y en esta tal cadena, tan bienaventurada, vienen atadas la liberalidad, la manificencia, el deseo de honra, la buena crianza, la mansedumbre, la dulzura, la buena conversación, la afabilidad y muchas otras virtudes que agora no hace al caso decillas todas. Y si nuestro Cortesano hiciere lo que hemos dicho, hallará todas estas virtudes en el alma de su príncipe, de las cuales cada día verá nacer tantas flores y frutas cuantas no se hallan en los más deleitosos jardines del mundo; y viendo esto terná en sí un grandísimo contentamiento, acordándose que no ha dado a su príncipe lo que dan los locos y baxos hombres, que es oro y plata, vaxillas ricas, grandes aderezos y semejantes cosas, las cuales suelen faltar al que las da y sobrar al que las recibe; mas que le ha dado aquella singular virtud, que quizá entre todas las cosas humanas es la mayor y la menos común y menos conocida y tratada entre los hombres; y ésta es la buena manera de gobernar y reinar como es razón, la cual sola bastaría a hacer los hombres bienaventurados, y restituir otra vez al mundo aquella edad de oro, que fue, según se escribe, en el tiempo en que reinó Saturno.

[CAPÍTULO III]

[*En el cual se platica cuál sea mejor gobernación, la de un buen rey o la de una buena república, y sobre esta disputa pasan entre los cortesanos sutiles razones y réplicas.*]

Aquí paró Otavián como por descansar un poco, y dixo Gaspar Pallavicino: ¿Cuál tenéis vos, señor Otavián, por mejor y más próspero señorío, y más bastante a tornar al mundo esa edad de oro de que vos agora hecistes mención, o el reino de muy buen príncipe, o el gobierno de una muy buena república?

Yo querría siempre más, respondió Otavián, el reino de un buen príncipe, porque es señorear más conforme a la natura, y, si se sufre comparar las cosas pequeñas a las infinidas, más semejante al de Dios, el cual, siendo uno y solo, gobierna a todo el mundo. Mas dexando esto, mirá que en lo que se hace con artificio humano, como en los exércitos, en los grandes navíos, en los edificios y en otras tales cosas, todo se refiere a uno solo que gobierna a su voluntad, y es el maestro; asimismo en nuestro cuerpo todos los miembros trabajan y se exercitan siguiendo lo que el corazón manda. Demás desto, parece cosa razonable que los pueblos sean gobernados por un príncipe, como lo son también muchos animales, a los cuales la misma natura les muestra la obediencia como cosa muy saludable. Veis que los ciervos, las grúas y muchas otras aves, cuando pasan de una tierra a otra, siempre tienen un gobernador a quien siguen y obedecen; y las abejas, casi como si usasen de discurso de razón, tienen tanto acatamiento a su rey, que no le tienen mayor los más sujetos pueblos del mundo; y así todo esto es muy gran argumento para hacernos conocer que el señorío del príncipe tiene más conformidad con la natura que el de la república.

Pues a mí me parece, dixo entonces miser Pietro Bembo, que siéndonos dada a todos la libertad igualmente de mano de Dios por un don señalado y singular, no es razón que nos sea quitada, ni que uno alcance mayor parte della que otro, lo cual acaece debaxo del gobierno de los príncipes, porque comúnmente tienen a los vasallos apretados en estrecha sojución; pero en las repúblicas bien fundadas y regidas no es así, antes en ellas se guarda maravillosamente la libertad, y demás desto, en los consejos y juicios y consultas, más veces acaece engañarse el parecer de uno solo que el de muchos, porque una pasión de ira o de aborrecimiento, o de codicia, más fácilmente entra en un solo hombre que en todo un pueblo, el cual es casi como una gran agua, que menos aparejada es a dañarse que una pequeña. Digo más, que el enxemplo que habéis traído de los animales no me parece que hace a nuestro propósito, porque los ciervos y las grúas y otras muchas aves, ni siguen ni obe-

decen siempre a uno mismo, antes mudan, dando agora el mando a uno y agora a otro, y desta manera viene la cosa a ser más aína forma de república que de reino, y ésta se puede llamar verdadera y igual libertad, cuando los que algunas veces mandan obedecen después también. La otra comparación, pues, de las abejas, tampoco me parece que cuadra, porque aquel rey suyo no es de la misma especie dellas; y así el que quisiese dar a los hombres un señor, que verdaderamente fuese merecedor de serlo, habría de hallarle de otra especie y natura más ecelente que la humana, para que con razón los hombres hubiesen de obedecelle, así como acaece en las ovejas, o carneros, o bueyes, que no obedecen a un animal semejante a ellos, sino a un pastor que es hombre, y en su especie y natura les lleva gran ventaja. Por todas estas cosas pienso yo, señor Otavián, que el gobierno de una república debe ser tenido en más y ha de ser más deseado que el de un rey.

Contra vuestra opinión, dixo entonces Otavián, quiero yo, señor miser Pietro, traer una sola razón, y es ésta: que, como sabéis, tres maneras de gobernar bien a los pueblos se hallan solamente: la una es el reinar de un solo rey; la otra el gobierno de los buenos, que eran llamados por los antiguos optímates; y la otra el regimiento popular. Estas tres tienen sus tres rompimientos, o, por decillo así, sus tres vicios contrarios, en cada uno de los cuales, cada una también dellas incurre en dañándose. El reinar se daña y se convierte en su contrario cuando se hace tiranía; y el gobierno de los buenos cuando se muda en el de pocos poderosos y no buenos; y el regimiento popular cuando es ocupado confusamente por todo el pueblo, el cual, mezclando y confundiendo los grados y las partes ordenadas y asentadas en cada oficio y estado, echa totalmente el gobierno en manos de la multitud confusa; de estas tres maneras de gobernar malas, claro está que la tiranía es la peor, según se podría muy bien probar por muchas razones. Conclúyese luego que de aquellas tres maneras de gobierno buenas, la del reinar es la mejor, porque es contraria a la peor; que, como tenéis bien entendido, los efetos de las causas contrarias son ellos también entre sí contrarios. Tras esto, respondiéndoos a lo que habéis dicho de la libertad, digo que la verdadera libertad no es vivir como el hombre quiere, sino según las buenas leyes mandan, y no es menos natural y provechoso y necesario el obedecer que el mandar, y algunas cosas hay nacidas y así señaladas y ordenadas naturalmente para mandar, como otras para obedecer. Verdad es que hay dos formas de señorear: la una es rigurosa y lleva a fuerza las cosas, como es la que usan con los esclavos sus dueños, y con ésta el alma manda al cuerpo; la otra es más blanda y sabrosa, como la que tratan los buenos príncipes por el camino de las leyes con sus pueblos, y con ésta manda la razón al apetito; la una y la otra destas dos son provechosas, porque el cuerpo es nacido naturalmente dispuesto a obedecer al alma, y asimismo el apetito a la razón. Hay también

muchos hombres que no entienden sino en las cosas del cuerpo, y en ellas andan siempre envueltos, y para ellas solamente viven; y estos tales son tan diferentes de los virtuosos, cuanto lo es el cuerpo del alma; mas todavía por ser animales racionales participan algo de razón, pero no más de cuanto la conocen, no poseyéndola ni gozándola; así que éstos naturalmente son siervos, y mejor les es a ellos obedecer que mandar.

¿Qué manera, pues, dixo entonces Gaspar Pallavicino, se ha de tener en mandar a los discretos y virtuosos, pues no son naturalmente siervos?

Respondió a esto Otavián: Hales el hombre de mandar con aquella manera, que arriba diximos, blanda y sabrosa y propria para un buen rey y para una buena ciudad, y hanse de dar a estos tales aquellos oficios y cargos que más les convienen, según su habilidad, a fin que puedan ellos también mandar y gobernar a los que fueren menos sabios que ellos. Pero en esto hase de mirar siempre que el principal gobierno cuelgue todo de un supremo príncipe. Y porque me acuerdo que habéis dicho que es más fácil cosa dañarse y hacerse malo un solo hombre que todo un pueblo, digo que también es más fácil cosa hallarse un hombre bueno y sabio que muchos. Y por cierto, razón es esperar que ha de ser bueno y sabio un rey viniendo de alta sangre, siendo inclinado a la virtud por su natural instinto y por la gloriosa memoria de sus antecesores, y siendo criado en buenas costumbres; y, si no fuere de otra especie más ecelente que la humana, según vos habéis dicho, hablando en lo de las abejas, bastalle ha, siendo ayudado de la dotrina y crianza y arte del Cortesano hecho por estos señores, que sea perfetamente justo, continente, templado, animoso, sabio, liberal, manífico, buen cristiano, piadoso y, en fin, honrado gloriosamente y amado de los hombres y de Dios, con cuya gracia alcanzará aquella virtud alta y más que humana, que por los filósofos es llamada heroica, la cual le subirá más alto de lo que nuestra humanidad sufre, y le hará tan perfeto y maravilloso, poniéndole tan arriba de todo el mundo, que se pueda más aína llamar un medio Dios que un mortal hombre. Porque en la verdad Dios recibe gran deleite, y es protector de aquellos príncipes que siguen sus pisadas y andan por parecelle, no con mostrarse muy poderosos y hacerse adorar de los hombres, sino con ser puramente buenos y llenos de saber, con el cual quieran y sepan hacer bien y ser sus ministros, distribuyendo para la salud y provecho de los hombres los bienes y las mercedes que ellos dél reciben. Por eso, como en el cielo el sol y la luna y las otras estrellas muestran acá en el mundo, casi como en un espejo, una cierta semejanza de Dios, así en la tierra mucho más propria imagen de Dios son aquellos buenos príncipes que le aman y le temen, y muestran a los pueblos la clara luz de su justicia acompañada con la sombra de aquella alta razón y entendimiento divino; y Dios a estos tales da parte de la honestidad, igualdad, jus-

ticia y bondad suya, y de aquellos otros bienaventurados bienes que yo nombrar no sé, los cuales representan en el mundo un testigo de la divinidad harto más claro y cierto que la luz del sol, o el contino volver del cielo con la variedad de los cursos de las estrellas. Así que los pueblos son de Dios encomendados a los príncipes, los cuales deben tener gran cuidado siempre dellos por poder dar buena cuenta del cargo que les es dado , como la dan los buenos mayordomos a sus señores; y hanlos de amar, y tener todo su bien y mal por proprio, y procurar sobre todas las otras cosas el descanso y contentamiento dellos. Por eso debe el príncipe, no solamente ser bueno, mas aun hacer buenos a los otros, como aquella forma cuadra que usan los albañís, la cual, no sólo en sí es derecha, igual y justa, mas endereza, iguala y hace justas todas las cosas que a ella se juntan; y en la verdad muy cierta señal es de ser el príncipe bueno ser sus vasallos buenos. Porque la vida del príncipe es ley y maestra de los pueblos, y necesario es que de las costumbres dél procedan las de todos los otros, y no conviene que el inorante enseñe, ni el desordenado que ordene, ni el caído que levante a otro. Por eso, si el príncipe ha de hacer bien todas estas cosas, es menester primero que ponga gran estudio y diligencia en sabellas, y que después forme dentro en sí y guarde firmemente en toda cosa la ley de la razón, no escrita en papel ni en tablas de metal, sino imprimida en sus entrañas, a fin que le sea siempre, no solamente familiar, mas intrínseca y fixa, y ande con él siempre como cosa que es parte de su alma; porque días y noches, en todo lugar y tiempo, le conseje y le hable dentro en su corazón, curándole de aquellas pasiones que suelen sentir los hombres disolutos; los cuales, de estar continamente apretados por la una parte del pesado sueño de la inorancia, y por la otra del trabajo que reciben de sus perversos y ciegos deseos, están siempre desasosegados y combatidos de congoxosas fatigas, como acaece alguna vez a los que duermen, estallo de estrañas y espantosas visiones.

Cargando después mayor poder al mal querer, ha de cargar de necesidad mayor pesadumbre, y cree que, cuando el príncipe puede lo que quiere, entonces es gran peligro que no quiera lo que no debe. Por eso bien dice Bías [264] que en los cargos se parecen luego los hombres; porque como en una cuba o en una tina, si se rezuma, mal se puede conocer, estando vacía, por dónde se sale, pero en hinchiéndola se vee luego, así los corazones dañados y llenos de vicios pocas veces descubren sus tachas hasta que los hinchen de autoridad; porque luego entonces, en viéndose prósperos, no bastan a llevar el grave peso del poder que alcanzan, y así se caen y se quiebran, y quebrados, vierten por todas partes la codicia, la soberbia, la ira, la vanidad y aquellas costumbres de tiranos

---

[264] Uno de los siete sabios de Grecia (siglo VI a. de C.), al que se atribuyen dichos y pensamientos morales.

que tienen dentro en sí; y así sin ninguna consideración maltratan a los buenos y sabios persiguiéndolos, y honran a los malos y locos favoreciéndolos, y no sufren que en las ciudades haya amistades ni compañías ni tratos entre los ciudadanos, antes traen siempre sobre ellos grandes espías, y tienen cabe sí acusadores y matadores para espantar a los pueblos y hacellos de flaco espíritu. Y ordinariamente siembran discordias entre ellos porque no estén unidos, y así no tengan tantas fuerzas; y desta manera, procediendo de un mal en otro, hácese un proceso de infinitos daños y miserias para los cuitados de los vasallos, y muchas veces síguese cruel muerte, o a lo menos temor contino della a los mismos tiranos. Porque los buenos príncipes temen, no por sí, sino por sus pueblos, y los tiranos temen a sus mismos pueblos; y así cuanto mayores señores son y más número de gente tienen debaxo de su mando, tanto más temen y tienen más enemigos. ¿Qué vida pensáis vos que ternía, y cuántos sobresaltos sentiría Clearco, tirano de Ponto, cada vez que se paseaba por la ciudad, o salía al teatro, o iba a algún banquete, escribiéndose dél que dormía solo en una cámara cerrado por de dentro a gran recaudo? Pues ¿qué diremos de Aristodemo Argivo?, el cual había hecho de su cama casi una prisión, porque en su palació tenía una pequeña cámara hecha con tal artificio, que estaba colgada en el aire, y tan alta, que era menester una muy larga escalera para subir a ella, y allí dormía con una manceba suya, la madre de la cual tenía cargo expreso de quitar cada noche el escalera y de tornarla a poner en la mañana. Muy contraria vida désta ha de ser en todo la del buen príncipe; conviene que sea libre y sin miedo, y tan aceta y cara a los suyos cuanto a ellos la propria, y ordenada de manera que sea en parte activa y en parte contemplativa, y esto no más de cuanto convenga para el bien de los pueblos.

¿Cuál desas dos vidas, dixo entonces Gaspar Pallavicino, os parece a vos, señor Otavián, que haga más al caso para un príncipe?

Respondió Otavián riendo: Vos quizá debéis de pensar que yo presuma de ser aquel gran Cortesano que es obligado a saber tantas cosas, y a aprovecharse dellas para el fin que aquí he dicho; pues acordaos que estos caballeros le han formado con muchas calidades, que yo por cierto no las tengo. Por eso procuremos de hallarle, y hallado que sea, remitirme a él en eso y en todas las otras cosas que pertenecen a un buen príncipe.

Yo pienso, dixo entonces Gaspar Pallavicino, que si de las calidades dadas al Cortesano os faltan algunas, serán más aína la música y el danzar y las otras de poca importancia que aquellas que hacen al caso para criar bien a un príncipe.

No son, cierto, respondió Otavián, de poca importancia las que aprovechan para ganar la voluntad del príncipe, lo cual es necesario que haga, como hemos dicho, el Cortesano primero que se aventure a consejalle y reprehendelle y mostralle la virtud, la cual, según pienso haber probado con mis razones, se puede muy bien

aprender, y aprendida, aprovecha tanto cuanto daña la inorancia, de la cual nacen todos los pecados, y en especial aquella falsa presunción que el hombre tiene de sí mismo. Pero paréceme que basta ya lo que he dicho, y por ventura me he alargado más de lo que me obligaba lo que he prometido.

Dixo la Duquesa entonces: Cuanto mayor fuere vuestra paga que vuestra deuda, tanto mayor será vuestra cortesía y el cargo en que os quedaremos. Por eso no se os haga de mal responder a la pregunta del señor Gaspar Pallavicino; y pidos por merced que digáis también todo lo que os parece que vos mostraríades a vuestro príncipe si él tuviese necesidad de aprender, y hacé cuenta agora que vos fuésedes ya tan su privado que pudiésedes decille libremente vuestro parecer en todo.

Rióse a esto Otavián Fregoso, y dixo: Si yo fuese agora muy gran privado de algún príncipe que yo conozco y presumiese de decille mi parecer en algo, yo os prometo que presto no lo sería, y demás desto, para mostralle, sería necesario que yo primero aprendiese. Mas todavía, pues vos, señora, mandáis que yo responda a lo que el señor Gaspar Pallavicino ha preguntado, soy contento de hacello, y así digo que mi opinión es que los príncipes deben tener fin a estas dos vidas, pero más a la contemplativa; porque ésta en ellos es partida en dos partes: la una de las cuales consiste en conocer y juzgar bien, y la otra en mandar justamente y por términos convenibles las cosas puestas en razón, y las que lícitamente se pueden mandar, y mandallas en su lugar y tiempo a los que con razón las hubieren de obedecer, y esto tocaba al duque Federico, cuando decía que el que sabía mandar era siempre obedecido. El mandar, en fin, es siempre el principal oficio; pero aunque parezca que a ellos no les quepa sino esto, deben todavía muchas veces ser presentes en ver poner por obra sus mandamientos, y aun según la necesidad y el tiempo ayudar con sus manos en todo, y esto es parte de lo activo; pero el fin de la vida activa debe ser la contemplativa, como el de la guerra, la paz, y el de los trabajos, el reposo.

Por eso conviene al buen príncipe poner sus pueblos en tan buenas costumbres y tenellos tan corregidos con tales leyes y orden, que puedan vivir en sosiego sin peligro y con autoridad, gozando con honra del fin de todos sus negocios, que debe ser el descanso; porque muchas veces se han hallado hartas repúblicas y príncipes, que en guerra siempre alcanzaron gran poder y florescieron mucho, pero luego que tuvieron paz, se perdieron y quedaron deslustrados, como hierro que en no sirviendo luego se hinche de orín; y la causa de todo esto es no haber sido bien instruidos y acostumbrados en el vivir pacífico, ni saber gozar del bien del sosiego; y por cierto andar continamente tratando la guerra, sin tener ojo a llegar a su fin, que es la paz, no es lícito; puesto que piensen algunos príncipes que todo su principal intento ha de ser señorear y tener sujetos los pueblos comarcanos, y así exercitan a los suyos en

una fiera guerrería de robos, de matanzas y de semejantes cosas, y hacen mercedes a los que saben mejor tratar este oficio, al cual ellos llaman virtud; y de aquí nació aquella costumbre en los scytas, que el que no hubiese muerto a algún enemigo suyo no pudiese en los convites públicos beber en la taza en que los otros bebían. En otras partes se usaba poner al derredor de cada sepultura tantas colunas, de aquellas que los griegos llaman obeliscos, cuantos enemigos había muerto aquel que estaba allí enterrado; y todas estas cosas y otras tales se hacían porque los hombres fuesen guerreros, a fin que siempre anduviesen conquistando y sojuzgando provincias de una en otra, con intinción de sojuzgallas todas, lo cual fuera casi imposible por ser cosa para nunca acabar, hasta que no hubiera más que sojuzgar en el mundo; y era también contrario a la ley de natura, la cual manda que no hagamos a otro lo que no querríamos que se hiciese a nosotros. Por eso deben los príncipes exercitar sus pueblos en las cosas de la guerra, no por codicia de señorear, sino por defender a sí y a ellos de quien les quiera hacer sobras, o también por echar los tiranos y poder bien gobernar a los pueblos, no sufriendo que sean maltratados, o verdaderamente por quitar de libertad y poner debaxo de servidumbre a los que sean naturalmente tales que merezcan ser hechos siervos; pero esto ha de ser con intinción de gobernallos bien, y de tenellos en paz y sosiego después de habellos sojuzgado; y este mismo fin han de tener las leyes y todo lo que está ordenado por la justicia, castigando a los malos, no por odio, sino porque no sean malos ni embaracen el sosiego de los buenos; porque en verdad, es una cosa fuera de toda razón y dina de ser muy reprehendida mostrarse los hombres en la guerra, la cual en sí es mala, valerosos y sabios, y en la paz, la cual es buena, mostrarse inorantes, y para tan poco que no sean para gozar del bien que les es concedido; así que como en la guerra deben los pueblos ocuparse en las virtudes útiles y necesarias para alcanzar dellas el fin, que es la paz, así en la paz por alcanzar su fin, que es el sosiego, deben ocuparse en las honestas, las cuales son el fin de las útiles. Desta manera los súbditos serán buenos, y el príncipe terná más a quien loar y hacer mercedes que a quien castigar, y el señorío será para el señor y para los vasallos próspero y bienaventurado, no riguroso ni áspero, como con el esclavo le usa su dueño, sino dulce y manso, como de buen padre a buen hijo.

Dixo entonces Gaspar Pallavicino: Por cierto yo holgaría mucho de saber cuáles sean esas virtudes útiles y necesarias en la guerra, y cuáles las honestas en la paz.

Todas son buenas, respondió Otavián, y provechosas, porque se enderezan a buen fin; pero en la guerra principalmente vale aquel verdadero esfuerzo que hace ser nuestros ánimos tan libres de toda pasión, que no solamente no tememos los peligros, mas ni aun se nos da nada dellos; aprovecha también la constancia y el su-

frimiento con el ánimo saldo, firme y desapasionado a todos los encuentros de la fortuna. Convienen asimismo en la guerra y en cualquier otra cosa tener todas las virtudes que son enderezadas a lo honesto, como es la justicia, la continencia y la temperancia; pero éstas más propriamente se requieren en la paz, porque muchas veces los hombres puestos en prosperidad y sosiego, cuando la fortuna les sucede bien, vienen a hacerse injustos y intemperados, y déxanse dañar con la abundancia de los deleites. Y por eso los que están en este estado que hemos dicho próspero y sosegado, tienen muy gran necesidad de estas virtudes, porque el mucho ocio fácilmente causa vicios y malas costumbres; y así los antiguos tenían por refrán que los siervos nunca habían de estar ociosos. Y créese que las pirámides de Egito fueron hechas por tener a los pueblos ocupados en algún exercicio, porque comúnmente la costumbre del trabajo es muy provechosa a todos. Hállanse demás destas virtudes otras muchas de gran provecho; pero basta lo dicho, porque, si yo supiese hacer mi príncipe tal y de tan buena y virtuosa crianza como hemos declarado, y de hecho le hiciese así, yo pensaría haber harto cumplidamente alcanzado el fin del buen Cortesano.

[CAPÍTULO IV]

[*En el cual Otavián prosigue su plática cerca de las virtudes, en que pasan ciertas preguntas y respuestas, en especial cómo ha de criar y enseñar a un príncipe el perfeto Cortesano.*]

Señor Otavián, dixo entonces Gaspar Pallavicino, porque, según veo, vos habéis alabado mucho la buena arte y manera de saber bien criar a uno, y casi habéis mostrado creer que ésta sea la principal cosa con la cual el hombre se haga virtuoso, querría por eso agora yo saber si la crianza que ha de mostrar el Cortesano a su príncipe ha de comenzar a mostrarse con la conversación y costumbres ordinarias, las cuales poco a poco, sin que él se dé cata dello, le avecen a hacer buenas cosas, o si ha de ser comenzada con hacelle entender por razón la calidad del bien y del mal, y con mostralle, ante de ponelle en el camino que ha de llevar, cuál sea lo bueno para que lo siga, y cuál lo malo para que lo huya, y, en fin, si es mejor introducirse y fundarse la virtud en nuestras almas con la razón y con el discurso del entedimiento, o verdaderamente con la costumbre.

Paréceme, señor, respondió Otavián, que vos queréis agora meterme en largas pláticas y grandes honduras; mas porque no penséis que me escuso de responder a vuestras preguntas, digo que así como el alma y el cuerpo en nosotros son dos cosas, así también el alma es partida en dos partes, la una de las cuales tiene en sí la

razón y la otra el apetito; y asimismo, como en lo que se engendra precede el cuerpo al alma, así también la parte irracional del alma precede a la racional; y esto se vee claramente en los niños, los cuales casi en naciendo muestran luego tener ira y gana agora de una cosa y agora de otra; pero la razón no se muestra en ellos sino después por discurso de tiempo. Así que, siguiendo esta orden, débese primero tener cuidado del cuerpo que del alma, y asimismo del apetito primero que de la razón; pero este cuidado que se ha de tener del cuerpo ha de ser por respeto del alma, y el del apetito por respeto de la razón; porque como la virtud intelletiva se hace perfeta con la dotrina, así se hace perfeta la moral con la costumbre. Debe luego primero mostrarse esta buena crianza con la costumbre, la cual puede gobernar los apetitos que aún no son capaces de razón y enderezallos con el buen uso hacia el bien; después confírmanse ellos con el entender, el cual, aunque muestre tarde su luz, da manera para gozar perfetamente de la virtud a quien tiene fundamento de buenas costumbres, en las cuales consiste, a mi parecer, la suma de todo esto.

Querría saber, dixo Gaspar Pallavicino, antes que paséis más adelante, qué cuidado es ese que vos decís que se ha de tener del cuerpo; porque me parece que habéis dicho que primero debemos tenelle dél que del alma.

Eso preguntaldo, respondió riendo Otravián, a los que están más frescos y gordos que yo; pero todavía, dexando burlas aparte, podríamos hablar bien fundadamente en eso, y tratar sobre ello hartas cosas buenas, como sería decir de la edad más conveniente para casarse, a fin que los hijos no estuviesen muy cerca ni muy lexos de los años de sus padres; también de los exercicios y crianza en que han de ser puestos los niños, luego en naciendo, y después en todo el proceso de su edad, porque salgan sanos, bien dispuestos y recios.

Lo que más querrían, respondió Gaspar Pallavicino, las mujeres para hacer sus hijos bien dispuestos y hermosos sería, según mi opinión, lo que Platón en su *República* quiere dellas: que no sean particularmente proprias de nadie, sino que sean comunes; y aun holgarían ellas de sello de aquella misma manera que ese filósofo dice.

Dixo entonces Emilia riendo: No me parece que quedó asentado, en lo que concertamos, que hubiésedes vos de volver a decir mal de mujeres.

Yo por cierto, señora, respondió Gaspar Pallavicino, pienso que las alabo mucho en esto; porque no digo sino que querrían que se guardase una costumbre aprobada por un tan singular y señalado hombre como fue Platón.

Veamos, dixo riendo miser César Gonzaga, si entre los precetos del señor Otavián, que aun no sé si los ha dicho todos, podría tener lugar ése, y así sería bien que el príncipe hiciese dello una ley.

Los precetos que yo he dado, aunque son pocos, respondió Ota-

vián, bastarían quizá a hacer un príncipe tan bueno como podrían ser los que se usan hoy en día, no embargante que quien quisiese tratar esta materia más delgadamente, aun hallaría más que decir sobre ella.

Dixo a esto la Duquesa: Pues no cuesta sino palabras, decinos ahora todo lo que se os ofreciere, que haga al caso para criar a vuestro príncipe y hacelle sabio.

Respondió a esto Otavián: Muchas otras cosas, señora, le mostraría yo si las supiese, y entre las otras sería ésta una: que de sus vasallos escogiese un cierto número de caballeros de los de mejor linaje y más principales y más sabios, con los cuales comunicase y consultase todas las cosas de su estado, y a éstos diese autoridad y licencia de poder decille libremente, sin ningún respeto, todo lo que les pareciese; y había de tener con ellos tal manera que todos entendiesen dél que quería oír y saber de toda cosa la verdad, y que tenía aborrecido todo género de mentira; y demás desta elección que habría de hacer de estos generosos y principales hombres, consejarle hía también que eligiese en el pueblo otros de menor grado, de los cuales se hiciese un consejo popular, el cual comunicase con el otro consejo de los caballeros las cosas de la ciudad pertenecientes a lo público y a lo privado, y desta manera que le hiciese del príncipe como de la cabeza, y de los caballeros y de los populares como de los miembros, un solo cuerpo unido todo juntamente, el gobierno del cual naciese principalmente del príncipe, y después participase de los otros; y así este tal estado, compuesto y ordenado de esta arte, ternía forma de aquellos tres buenos gobiernos que arriba diximos que serían el del reino, el de los generosos, o, según lo llamaban los antiguos, optímates, y el del pueblo. Tras esto le mostraría que de los cuidados que ha de tener el príncipe, el más importante es el de la justicia, por la conservación de la cual se deben dar los cargos a los hombres sabios y abonados; y la prudencia déstos ha de ser verdadera prudencia mezclada con bondad, porque de otra manera no sería prudencia, sino astucia; que cuando la bondad falta, siempre el arte y la sotileza de los letrados es perdimiento y confusión de las leyes y de los juicios; y la culpa de todos los errores dellos se ha de echar a quien les dio cargo de justicia o de otra cosa en que pudiesen mandar. Diríale también cómo de la justicia pende aquel amar a Dios que se requiere necesariamente en todos, pero más en los príncipes, los cuales deben amalle sobre toda otra cosa, y enderezar a él como a verdadero fin todas sus obras, y, como decía Xenofonte, alaballe y amalle siempre, pero mucho más en la prosperidad, porque puedan después sin empacho pedilles mercedes y remedios en las adversidades, que en la verdad nadie puede gobernar bien a sí ni a otri si Dios no ayuda en todo, el cual suele alguna vez enviar a los buenos la buena dicha como criada suya para que les ande cerca y los guarde de peligros; y otras veces les envía la mala por no de-

xallos que se duerman tanto en las prosperidades, que se olviden dél o de la prudencia humana, la cual muchas veces hace que la mala fortuna sea buena o sea menos mala, como el buen jugador, que de los ruines lances de los dados saca provecho, o a lo menos menor daño con jugar bien las tablas. Acordaríale más, a vueltas de todo esto, que fuese verdaderamente buen cristiano, de conciencia sana y firme, no supersticioso ni dado a las vanidades de los conjuros o ensalmos o de los adevinos; porque desta manera, juntando con la humana prudencia el temor de Dios y la verdad de nuestra religión cristiana, terná de su mano la buena fortuna, y a Dios por protetor, el cual siempre le hará andar próspero en la paz y en la guerra.

Diríale yo también que debe amar a la patria y a sus pueblos teniéndolos no muy apretados por no selles odioso, de donde suelen proceder las revueltas, las conjuraciones y mil otros males, ni tampoco muy sueltos en mucha libertad, por no llegar a ser tenido dellos en poco, de lo cual nace la vida demasiadamente libre y disoluta en los pueblos, y luego tras ella se siguen los robos, los hurtos, los homicidios sin temor de las leyes, y por aquí muchas veces viene la cosa a total caimiento y perdición de las ciudades y reinos. Mostralle hía más cómo debe amar a sus deudos de grado en grado, guardando con todos en ciertas cosas, como en la justicia y en la libertad, una igualdad medida, y llevando en otras algunas una desigualdad puesta en razón, como en ser liberal, en remunerar los servicios, en repartir las honras y los cargos según las diferencias y desigualdades de los méritos, los cuales, por muchos que sean, no han de poder ser tantos que las mercedes no hayan de ser más. Decille hía tras esto que si así lo hiciese, sería no solamente amado, mas adorado de sus súbditos, y que no ternía necesidad de tomar estranjeros para la guarda de su persona; que los suyos por provecho de sí mismos con sus vidas guardarían la dél; y todos de muy buena voluntad obedecerían a las leyes cuando viesen que él las obedecía y fuese casi un conservador y secutor fiel dellas; y desta manera daría acerca desto tan buena y firme opinión de sí, que aunque alguna vez viniese en algo contra ellas, todos dirían y conocerían que se hacía a buen fin, y no ternían menos respeto y acatamiento a la voluntad dél que a las mismas leyes; y con esto estarían los corazones de los pueblos tan moderados y puestos en su punto que los buenos no querrían tener más de lo que hubiesen menester, y los malos no podrían, y esto bastaría para poner gran seguridad en todos; porque muchas veces las demasiadas riquezas son causa de grandes males, como en la triste de Italia, que anda puesta en manos de cuantos estranjeros quieren saquearla y desollarla, y esto acaece así por el mal gobierno como por ser abundantísima y muy rica. Por eso sería bien que, por la mayor parte, los pueblos ni fuesen muy ricos ni pobres; porque los demasiadamente ricos las más veces se hacen soberbios y locos; y los pobres vienen

a ser apocados y tramposos; pero los que no declinan mucho al un estremo ni al otro, sino que se conservan en un buen medio, no engañan ni son revoltosos, ni tampoco han miedo de ser engañados, ni temen revueltas; y siendo estos que están en esta medianía más en número, de necesidad han de ser más poderosos; y así están como unos medianeros que no dexan a los ricos ni a los pobres levantarse contra su príncipe o contra los otros que gobiernan, ni los dexan andar revolviendo al pueblo. Así que, por hacer pacíficos y seguros los estados, es una cosa muy provechosa conservar generalmene esta medianía. Diríale luego tras esto cuán necesario le fuese usar destos y de otros muchos remedios oportunos para hacer que en sus vasallos no entrase deseo de novedades y de mudanzas de estados, lo cual las más veces hacen los pueblos o por provecho o por honra que esperan, o verdaderamente por daño o por deshonra que temen; y estos movimientos se engendran en sus corazones alguna vez por odio o ira que los trae desesperados por las injurias y ultrajes que les son hechos con la avaricia, soberbia, crueldad y bellaquerías y adulterios públicos de los más principales y poderosos del pueblo; y otras veces les vienen de menospreciar a los príncipes por la floxedad y vileza y poquedad que ven en ellos. Para no dar lugar a estos dos males, es necesario que los vasallos amen y teman a su príncipe, lo cual se alcanza fácilmente con hacer bien y honrar a los buenos, y con proveer algunas veces con buena maña y otras con rigor que los malos y revolvedores no lleguen a ser muy poderosos, y este daño hase de prevenir mucho antes que venga; porque con mucho menos dificultad se atajan las fuerzas de los malos hombres antes que ellos las tengan, que se quitan después que las tienen. Diríale más, que el mejor camino de todos para hacer que los pueblos no den en semejantes yerros, es guardallos de malas costumbres, en especial de las que se entran poco a poco; porque éstas son pestilencias secretas que tienen dañados los lugares antes que puedan ser conocidas, cuanto más remediadas. Consejarle hía también que el príncipe procurase con estas cosas de conservar sus pueblos en estado pacífico, y de dalles los bienes del alma y del cuerpo y de la fortuna; pero los del cuerpo y de la fortuna por poder con ellos exercitar los del alma, los cuales, cuanto mayores son y más eceden, tanto son de mayor provecho, lo cual no acaece en los del cuerpo ni en los de la fortuna. Desta manera, si los pueblos fuesen buenos y valerosos y bien puestos y encaminados hacia el fin de la felicidad, sería el príncipe que fuese señor dellos muy gran señor; porque aquél se puede llamar verdadero y gran señorío, debaxo del cual los vasallos son buenos y bien gobernados y regidos con mandamientos sabios y justos.

Pues yo pienso, dixo Gaspar Pallavicino, que harto pequeño señor sería aquel cuyos vasallos fuesen todos buenos, porque bien sabéis vos que en toda parte los buenos son siempre pocos.

Respondió a esto Otavián: Si por caso agora en el mundo se hallase alguna Circes que mudase en animales brutos todos los vasallos del rey de Francia, decí, ¿no os parecería luego el rey muy pequeño señor, aunque señorease tantos millares de bestias? Y por el contrario, si los ganados que andan paciendo solamente por estos nuestros montes fuesen convertidos en hombres sabios y caballeros de honra, ¿no juzgaríades vos que los pastores que los gobernasen serían de pastores hechos muy grandes señores? Bien veis luego que no el número de los vasallos, mas el valor dellos hace ser grandes los príncipes.

Habían estado ya un buen gran rato atentísimos a la habla de Otavián la Duquesa y Emilia y todos los caballeros; pero habiendo aquí él parado un poco a manera de no querer hablar más, dixo miser César Gonzaga: Por cierto, señor Otavián, no se puede decir que vuestros precetos no sean buenos y provechosos; mas con todo esto yo creería que si vos con ellos instruyésedes a vuestro príncipe, más aína mereceríades título de buen bachiller o de buen maestro de una escuela que de buen Cortesano, y él también más propriamente se podría llamar buen gobernador que gran príncipe. No entendáis vos con todo que yo quiera decir agora que los señores no deban tener cuidado de procurar que sus pueblos sean bien regidos con justicia y beninidad; pero todavía me parece que podría bastar que eligiesen buenos ministros, para que tuviesen cargo de poner por obra estas tales cosas; y su verdadero oficio no había de parar en esto, sino pasar mucho más adelante. Por eso, si yo pensase ser aquel ecelente Cortesano que estos caballeros han formado, y ser ya gran privado de mi príncipe, soy cierto que yo nunca le consejaría cosa mala, sino que por alcanzar aquel buen fin que, según vos decís y yo confirmo, debe ser el fruto de la fatigas y obras del Cortesano, trabajaría de imprimille en su alma una gran grandeza, con una majestad real y con una presta viveza de espíritu, y un valor constante en las armas que le hiciese ser amado y temido de todos, de tal manera que por esto principalmente su fama se estendiese por todo el mundo. Decille hía también que mezclase con su grandeza una mansa familiaridad, juntamente con una beninidad dulce y aparejada a ganar el amor de sus pueblos, y que tuviese buena arte para traer contentos a los suyos y a los estranjeros, y esto que lo hiciese discretamente, contrapesando y poniendo más y menos en cada uno, según los méritos; guardando pero siempre [255] la majestad conforme a su estado con tan buen tiento, que ni su autoridad se apocase haciendo baxezas, ni él viniese a ser mal quisto siendo demasiadamente grave. Consejalle hía tras esto que fuese muy liberal y suntuoso, y que diese a todos largamente, porque Dios, como vulgarmente se dice, es tesorero

[255] Traducción literal de la construcción italiana del original: *conservando però sempre...*

de los príncipes dadivosos. Y decille hía que hiciese grandes y maníficos banquetes, fiestas, juegos, justas, torneos, momerías y otras cosas desta calidad; que tuviese gran suma de caballos muy singulares para aprovecharse dellos en la guerra, y por holgarse con ellos en la paz; que tuviese también halcones, perros y todos los otros pasatiempos que convienen a grandes señores y son para dar placer a los pueblos, como en nuestros días hemos visto hacello al señor Francisco Gonzaga, marqués de Mantua [256], el cual en todas estas cosas más parece rey de Italia que señor de una ciudad. Procuraría también de inclinalle a que hiciese grandes edificios por su autoridad y honra mientras viviese, y porque dexase de sí memoria después de muerto, como hizo el duque Federico con hacer estas ricas y maníficas casas, y agora el Papa Julio [257] con lo que labra en la iglesia de San Pedro, y en aquel largo pasadizo que va desde palacio hasta Belveder, y como hacían los antiguos romanos en muchos edificios, de los cuales se ven agora tantos pedazos y antigüedades en Roma y en Nápoles, en Puzol [258], en Baya [259], en Civitavechia, en Porto [260] y asimismo fuera de Italia y en tantos otros lugares, que claramente muestran el valor de aquellos grandes y famosos hombres de aquellos tiempos. Así también lo hizo el gran Alexandre, el cual, no contento de la fama que con haber conquistado el mundo había ganado, edificó a Alexandría en Egipto, Bucefalia en la India, y otras muchas ciudades en otras tierras; y pensó en reducir en forma de hombre aquella gran montaña llamada Athos [261], y edificalle en la mano izquierda una muy gran ciudad, y en la derecha una gran copa, en la cual se recogiesen todos los ríos que de aquellas sierras descienden, y después desde allí diesen en la mar, pensamiento verdaderamente grande y dino del gran Alexandre. Estas tales cosas pienso yo, señor Otavián, que son las que propriamente convienen a un ecelente y verdadero príncipe, y las que le hacen en la paz y en la guerra señalado por todo el mundo, y no tener ojo a tantas delgadezas o miserias cuanto vos habéis tocado, ni curar cuando tuviere guerra de pelear solamente con fin de sojuzgar y vencer los que merecieren ser sojuzgados y vencidos, o con fin de hacer provecho a los vasallos, o por quitar el gobierno a los que gobiernan mal; que cuanto si los romanos, Alexandre, Annibal y los otros grandes hombres hubiesen mirado todas estas menudencias, nunca hubieran llegado a tan alto grado de gloria como llegaron.

---

256 Sucesor de Federico I y esposo de Isabel de Este. Mandó el ejército de la Liga italiana que venció a Carlos VIII en la batalla de Fornovo (1495).

257 El papa Julio II emprendió, en efecto, las obras de San Pedro de Roma en abril de 1506.

258 Pozzuoli, en la Campania.

259 Baia, ciudad de la Campania.

260 Se refiere a Anzio, en la desembocadura del Tíber.

261 Monte de Macedonia.

Respondió entonces Otavián sonriéndose: Los que no miraron esas que vos llamáis delgadezas hubieran hecho mejor si las miraran; y aun, si bien os queréis acordar dello, hallaréis que muchos las miraron, y en especial aquellos primeros antiguos como Teseo y Hércules, y no creáis que Procustes, Sciron [262], Cacco, Diomedes, Anteo y Gerion [263] fuesen sino tiranos cruelísimos, despreciadores de Dios y de toda ley, contra los cuales traían perpetua y mortal guerra estos varones ecelentísimos que agora yo he nombrado, y por eso, porque ellos libraron al mundo de tan intolerables monstruos, que otro nombre no merecen los tiranos, fueron hechos templos y sacrificios a Hércules, y honráronle como a Dios; porque la buena obra que se hace en echar los tiranos de los pueblos es tan provechosa al mundo, que quien la hace merece mucho mayor premio que el que conviene a un hombre mortal. Pero entre los otros que vos habéis nombrado, ¿no os parece que Alexandre hizo muchos y señalados provechos con sus vitorias a los vencidos, habiendo puesto en tantas buenas costumbres aquellas bárbaras naciones que domó, que de fieras alimañas los hizo hombres? Y si queremos discurrir por los bienes que fueron hechos por él, hallaremos que edificó un gran número de ciudades famosas en tierras casi deshabitadas, introduciendo en ellas la manera del vivir conforme a virtud, y casi juntando la Asia y la Europa en paz y amistad estrecha, y en conformidad de santas leyes; de manera que más bienaventurados fueron los vencidos por él que los otros; porque a algunos dellos mostró la ley del matrimonio, a otros el arte de la labranza, a otros el tener fin a alguna ley cuanto a las cosas divinas, a otros el mantener sus padres ya viejos y no matallos como solían, a otros el abstenerse de juntarse con sus madres, y, en fin, otras cien mil cosas que se podrían decir en testimonio de los grandes provechos que hicieron al mundo sus vitorias.

Pero, dexando agora los antiguos, ¿cuál más honrada y provechosa demanda podría hallarse, que sería poner los cristianos todas sus fuerzas en sojuzgar los infieles? ¿No os parece que esta empresa, sucediendo prósperamente, y siendo causa que se convertiesen de la falsa seta de Mahoma a la luz de la verdad cristiana tantos millares de hombres, sería tan buena para los vencidos como para los vencedores? Y verdaderamente, como se lee de Temístocles, que siendo echado de su patria y recogido del rey de Persia con gran honra, y tratado con regalos y dádivas infinitas, hablando un día con los suyos, les dixo: mi fe, hermanos, perdidos fuéramos si no nos perdiéramos. Así entonces podrían bien decir lo mismo con harta razón los turcos y los moros, porque su perderse sería su ga-

---

[262] Procustes y Sciron, personajes de la mitología griega, muertos por Teseo.
[263] Cacco, Diomedes, Anteo y Gerión, personajes de la mitología griega, muertos por Hércules.

narse. Este bien tan glorioso aun yo pienso que hemos de velle si Dios nos diera tan larga vida que veamos a mosiur Dangolema [264] ser rey de Francia, el cual da tan claras señales de su valor, que todos tienen dél concebida tanta esperanza cuanta dixo el señor Manífico la otra noche, que fue la primera de estas nuestras disputas, y también será gran parte para esto ser rey de Inglaterra don Enrique, príncipe de Uuaglia [265], el cual agora debaxo de los mandamientos de su famoso padre crece en todo género de virtud, como debaxo de la sombra de un ecelente árbol un tierno ramo, que después se ha de renovar y hacerse más hermoso y fértil a su tiempo; que como desde allá nos escribe el nuestro Castellón [266], y más largamente promete decírnoslo después de vuelto, parece que la natura haya querido en este señor hacer prueba de sí mismo, poniendo en un cuerpo solo tantas ecelencias cuantas bastarían para muchos.

Dixo entonces miser Bernardo Bibiena: Muy grande esperanza también se tiene de don Carlos, príncipe de España [267], el cual no siendo aún de edad de diez años, muestra ya tan gran ingenio y tan ciertos indicios de bondad, de prudencia, de beninidad, de grandeza de ánimo, y de toda virtud, en fin, que si el imperio de la cristiandad viniere, como se espera, en sus manos, creerse puede que con su fama porná silencio en la de muchos emperadores antiguos y se igualará con los que más famosos han sido en el mundo.

Creo yo luego, dixo Otavián Fregoso, que tales y tan grandes príncipes hayan sido enviados por Dios acá en la tierra, y hechos semejantes y conformes en edad, en poder, en estado, en hermosura y buena disposición de cuerpo, a fin que se parezcan y se conformen también en una misma voluntad de juntarse para esta empresa que hemos dicho; y si alguna invidia o competencia ha de haber entre ellos en algún tiempo, plega a Dios que solamente sea en querer cada uno ser el primero y el más determinado en esta tan alta y tan gloriosa demanda. Mas dexemos por agora esto y volvamos a nuestro propósito; así que digo, señor miser César, que todas esas cosas que vos queréis que haga el príncipe son buenas y merecen ser muy loadas; pero creé que si él no supeiere lo que yo he dicho que le conviene saber, y no formare y asentare su alma de la manera que yo he tratado, guiándola por el camino de la virtud, con dificultad sabría ser manánimo, liberal, justo, esforzado, prudente y tener alguna calidad de aquellas que en él se requieren; y por lo que yo querría que él fuese tal cual yo le he hecho, no es sino porque supiese usar todas esas condiciones que vos le habéis

[264] El futuro Francisco I.
[265] El Príncipe de Gales, futuro rey con el nombre de Enrique VIII.
[266] Alusión a la estancia en Inglaterra del propio Baltasar de Castiglione, que estuvo en la corte de Enrique VIII. Es la única mención explícita de su propio nombre que el autor de *El Cortesano* hace en su obra.
[267] El futuro Carlos I.

dado; que así como los que hacen edificios no son todos buenos oficiales en su arte, así los que dan no son todos liberales; porque la virtud jamás es causa de daño para nadie, y hay muchos que hurtan para dar, y así son liberales de la hacienda ajena; otros dan a quien no deben, y dexan tendidos en mitad de la pobreza a los que debrían socorrer por infinitos cargos que les tienen; otros hay que dan desabridamete y casi con despecho, de tal manera que luego se vee que lo hacen por fuerza; otros, si dan, no solamente no lo callan, mas llaman testigos que lo vean y hacen pregonar sus liberalidades a cada paso; otros vierten locamente cuanto tienen y agotan la hacienda, que es la fuente de la liberalidad, de tal manera que no puedan vacialla más.

Así que en esto, como en todas las otras cosas, es necesario saber gobernarse con la prudencia, que ha de ser la compañera de todas las virtudes, las cuales, porque están en el medio, son algo vecinas de los dos estremos, que son vicios; por eso quien no sabe, fácilmente da de ojos en ellos; porque así como es difícil en un círculo totalmente redondo hallar el punto del centro, que es el medio, así lo es también hallar el punto de la virtud puesta en el medio de los dos estremos viciosos, el uno por lo mucho y el otro por lo poco, a los cuales agora al uno y agora al otro somos inclinados, y esto se conoce con el placer y desplacer que por causa dellos sentimos; que por el placer hacemos lo que no debemos, y por el desplacer dexamos de hacer lo que debríamos; verdad es que el placer es mucho más peligroso, porque fácilmente nuestro juicio se dexa trastornar dél; mas porque conocer cuánto el hombre esté lexos del centro de la virtud es cosa dificultosa, debemos poco a poco por nosotros mismos echar hacia la parte contraria de aquel estremo, al cual nos conocemos ser inclinados, como hacen los que por enderezar una vara tuerta, torciéndola a la otra parte, la hacen quedar derecha. Desta manera, haciéndolo así, llegarnos hemos más a la virtud, la cual, como dicho tengo, consiste puntualmente en el medio, y por esta causa nosotros tenemos muchos caminos para errar y uno solo para acertar; como los ballesteros, que por una sola vía dan en el blanco y por muchas le yerran; y por eso hartas veces un príncipe, por querer ser humano y tratable, hace infinitas cosas fuera de su punto, y se abaxa tanto, que viene a ser menospreciado; otras hay que, por guardar una majestad grande con aquella autoridad que les conviene, hácense tan graves y divinos que vienen a ser intolerables; otros, por mostrarse bien hablados, buscan unas nuevas maneras y estrañas y unos largos rodeos de palabras curiosas y hinchadas, y hacen unos gestos graves, o, por mejor hablar, pesados, y escúchanse a sí mismos tanto, que esto solo basta para que nadie los escuche. Así que, señor miser César, no llaméis delgadezas o miserias a lo que puede mejorar a un príncipe en cualquier cosa por delgada o pequeña que sea, y no creáis que yo tenga mis precetos por conde-

nados ni reprehendidos con lo que habéis dicho, diciendo que con ellos más aína se haría un buen gobernador que un buen príncipe; que no sé yo vuestra intinción cuál ha sido; pero por ventura no pudiérades vos con otra cosa alaballos más que con ésa; porque quizá a un príncipe ningún loor se le puede dar mayor ni más conforme a él que llamarle buen gobernador. Por eso, si a mí tocase consejarle y ponelle en hacer lo que debiese, querría que él tuviese cuidado, no solamente de gobernar las cosas ya dichas, mas aun las que fuesen mucho menores, y entendiese todas las particularidades pertenecientes a sus pueblos, cuanto le fuese posible, y nunca diese tanto credito, ni tanta parte a ningún ministro suyo, que le cometiese a él solo totalmente todo el gobierno; porque ninguno hay tan hábil que lo sea en toda cosa; y muy mayor daño hace creer los señores mucho y fácilmente, que creer poco y con dificultad, lo cual no solamente no daña, mas aprovecha muchas veces en gran manera; pero todavía en esto es necesario el buen juicio del príncipe para conocer quién debe ser creído y quién no. Querría también que tuviese ojo a entender lo que hacen sus ministros, y que fuese como un veedor y juez dellos, quitando o acortando los pleitos, atajando los bandos y quistiones de sus vasallos, y juntándolos en deudo de parentesco, haciendo que cada una de sus ciudades estuviese unida y conforme en buena amistad, ni más ni menos como una sola casa con un solo señor, y fuese populosa, rica, sosegada, llena de buenos oficiales, favoreciendo a los mercaderes, y aun ayudándoles con dineros, siendo liberal y amigo de hacer buen tratamiento a los estranjeros y a los religiosos, moderando las cosas demasiadas; porque muchas veces por los yerros que en esto se hacen, aunque parecen pequeños, las ciudades se echan a perder. Por eso es razón que el príncipe ponga término y orden en los muy suntuosos edificios, si son públicos, en los convites, en los dotes demasiados, en los desordenados aderezos de las mujeres, en sus pompas de joyas y de vestidos, que no son sino claros indicios de la locura dellas; porque demás de derramar muchas veces las haciendas de sus maridos por una vanidad o una invidia y competencia que traen las unas con las otras, acaéceles alguna vez vender por alguna cosilla de oro que les parezca linda, o por una pedrezuela que les digan que es muy fina, o por otra nonada que les dé en los ojos, la bondad al que quiere compralla.

Paréceme, señor Otavián, dixo entonces miser Bernardo Bibiena, que vos volvéis a ser del bando del señor Gaspar Pallavicino y del señor Frigio.

Respondió a esto riendo Otavián: El pleito ya se acabó, yo agora no quiero tornar a comenzalle; por eso acuerdo de no hablar más en mujeres, sino de volverme a mi príncipe.

Bien podéis, respondió el Frigio, dexalle ya y contentaros que quede cual le habéis hecho; porque sin duda aun sería más fácil cosa hallar una mujer con las calidades dichas por el señor Maní-

fico, que un príncipe con las calidades dichas por vos. Por eso yo he miedo que esto ha de ser como la república de Platón, y que no hemos de ver un príncipe tal como el vuestro sino en el cielo.

Las cosas posibles, respondió Otavián, aunque traigan mucha dificultad, todavía se pueden esperar; por eso aun quizá le veremos en nuestros tiempos acá en la tierra; que puesto que los cielos sean tan escasos en producir príncipes ecelentes, que apenas en muchos y largos espacios de tiempo se vea uno, Dios lo podría hacer todo, y darnos a nosotros este que en diez mil años no se halla.

Dixo entonces el conde Ludovico: Yo tengo deso harto buena esperanza, porque demás de aquellos tres grandes príncipes que hemos nombrado, de los cuales se puede esperar lo que se ha dicho convenir al más alto grado de un perfeto rey, aun en Italia se hallan hoy día algunos hijos de señores, los cuales, aunque no sean para ser tan poderosos como estos otros, suplirán quizá con la virtud lo que en el poder faltaren, y el que entre todos muestra mejor disposición de ingenio y promete de sí mayor esperanza que cualquiera de los otros, paréceme que es el señor Federico Gonzaga, primogénito del marqués de Mantua, sobrino de la señora Duquesa nuestra, que aquí está presente; el cual, demás de la gentil crianza y buen seso que en tan tierna edad muestra, los que le tienen en cargo dicen dél maravillas, alabándole de avisado, de deseoso de honra, de manánimo, de cortés, de liberal y de amigo de justicia, así que de tan buen principio no se puede esperar sino muy buen fin.

Dixo entonces el Frigio: Agora no más, placerá a Dios que veamos salir verdadera esa vuestra esperanza.

Otavián en esto, volviéndose a la Duquesa, pareciendo ya que había dado fin a su habla, díxole: Esto es, señora, lo que a mí se ha ofrecido de decir sobre el fin que ha de tener el Cortesano, en la cual cosa, si yo he quedado algo corto, bastaráme a lo menos haber mostrado que se le pudiera dar alguna otra perfición demás de las que le han dado estos caballeros, los cuales pienso que adrede han dexado de tratar todo esto y cuanto yo más pudiera decir, no porque no lo supiesen mejor que yo, sino por escusarse de trabajo. Por eso yo callaré agora, y dalles he a ellos lugar que sigan adelante la materia del Cortesano, si por dicha les quedare algo más que decir sobre ella.

[CAPÍTULO V]

[*En el cual, prosiguiendo Otavián su plática cerca del fin de la perfeta cortesanía, añade otros documetnos sobre ello al Cortesano; sobre lo cual pasan algunas contradiciones y réplicas entre los cortesanos.*]

Dixo entonces la Duquesa: Paréceme ya tan tarde que se m'antoja que presto será hora de acabar esto por esta noche; y también

me parece que no debemos mezclar otras materias con esa que vos habéis tratado, en la cual habéis hallado tantas cosas tan buenas, que en lo que toca al fin de la perfeta cortesanía, se puede decir por vos que no solamente sois aquel perfeto Cortesano que buscamos, bastante a criar bien y hacer maravilloso a nuestro príncipe; pero si la fortuna os ayudare, que sois aparejado para ser el mismo príncipe, lo cual, si fuere, no podrá ser sin mucho provecho y acrecentamiento de vuestra patria.

Rióse a esto Otavián, y dixo: Quizá, señora, si yo llegase a ese estado, podría ser que me aconteciese lo que acontece a muchos, que saben decir y no hacer.

Aquí replicando algo todos, y hablando así sin orden los unos con los otros, porfiando y haciéndose algunos contrarios, pero todo en loor de lo que se había tratado, y diciendo que era temprano, dixo el manífico Julián sonriéndose: O, señora, soy tan enemigo de engaños, que me es agora forzado contradecir al señor Otavián, el cual, por estar, según yo sospecho, conjurado secretamente con el señor Gaspar Pallavicino, ha incurrido perjudicialmente para las mujeres en dos errores, a mi parecer, muy grandes: el uno es que por aventajar a este nuestro Cortesano de la Dama perfeta y hacelle pasar más adelante del término donde ella puede llegar, le ha aventajado también de su príncipe y hecho mejor que él, lo cual es una cosa muy desconveniente y fuera de toda razón; el otro es que le ha determinado un fin que siempre le ha de ser difícil y alguna vez imposible alcanzalle, y, cuando le alcanzare, no se ha de llamar Cortesano.

Yo no entiendo, dixo Emilia, cómo sea tan difícil o imposible que el Cortesano alcance este su fin, ni tampoco veo cómo el señor Otavián le haya hecho mejor que a su príncipe.

No consintáis, señora, respondió Otavián, que el señor Manífico diga tal, porque yo ciertamente no he puesto más adelante al Cortesano que al príncipe; ni tampoco pienso haber incurrido acerca del fin de la cortesanía en ningún error.

Respondió entonces el manífico Julián: No podéis, señor Otavián, decir que la causa de la cual es producido algún efeto no sea siempre más fuerte y más noble en su calidad que aquel efeto producido della; y por esto es necesario que el Cortesano, por cuyos consejos y dotrina el príncipe ha de ser de tanta ecelencia como habéis dicho, sea más ecelente que el príncipe, y desta manera habrá de ser también de más dinidad y valor que el mismo príncipe, lo cual sería una cosa muy estraña y fuera de toda orden. Tras esto, lo que vos habéis dicho acerca del fin de la cortesanía, puede acontecer cuando la edad del príncipe no es muy diferente de la del Cortesano, y aun entonces se hace con dificultad; porque donde hay poca diferencia de edad, razón es que también la haya poca de saber; pero si el príncipe es viejo y el Cortesano mozo, cosa razonable es que el príncipe viejo sepa más que el Cortesano mozo; y

aunque esto de las edades no acaezca siempre así, todavía acaece alguna vez, y acaeciendo desta manera, el fin que vos habéis determinado para el Cortesano sería imposible alcanzarse. Pues si volvéis la hoja y queréis que el príncipe sea mozo y el Cortesano viejo, gran trabajo terná el Cortesano, en tal caso, de ganar la voluntad del príncipe con aquellas calidades que vos le habéis dado; porque, a la verdad, el jugar de armas, el saber bien menear un caballo y los otros exercicios de la persona no convienen sino a los mozos, y la música y el danzar y los juegos y los amores, todas son cosas de reír en los viejos, y muy desproporcionadas en un caballero que haya de ser tan grave y de tanta autoridad, tan maduro en años y en esperiencia, y, si posible fuere, tan buen filósofo y capitán, y, en fin, que haya de saber toda cosa tan bien como conviene a uno que ha de tener cargo de criar a un príncipe; por eso este tal, tiniendo tantas cosas tan sustanciales y tan perfetas, no se ha de llamar, a mi parecer, Cortesano, sino que le han de dar otro mayor y más honrado título. Así que, señor Otavián, perdonáme, yo os lo suplico, si he descubierto agora ese vuestro engaño, que forzadamente he habido de hacello por la honra de mi Dama, la cual vos querríades que fuese de menor valor que ese vuestro Cortesano, y hágoos saber que yo no lo he de sufrir eso.

Rióse a esto Otavián, y dixo: Catá, señor Manífico, que más honra de vuestra Dama sería ensalzalla tanto que pudiese ella ser igual con el Cortesano, que abaxar al Cortesano tanto que viniese a ser igual con la Dama; que aun si vos quisiésedes, podría también la Dama saber criar a su reina o a su señora y tener con ella el mismo fin que ha de tener el Cortesano con su príncipe; pero vos, según me parece, no andáis por alabar a vuestra Dama, sino por desalabar a nuestro Cortesano; y por eso, pues vos no queréis en esto usar de aquella llaneza que podríades, yo habré por fuerza de tomar la parte del Cortesano y defendella como mejor pudiere. Así que por responder a vuestros argumentos digo que yo no he dicho que los consejos y la dotrina del Cortesano hayan de ser la sola causa por donde el príncipe llegue a ser tan perfeto como hemos tratado; porque si él naturalmente no fuese bien inclinado y dispuesto a recebir la buena crianza, todo el cuidado y la industria del Cortesano en crialle bien sería tan en vano cuanto lo sería sembrar muy buen trigo en mitad de un arenal muy grande, porque aquella esterilidad en aquel tal lugar es natural; mas cuando a la buena simiente, echada en tierra fértil con buena templanza de aire y llover conforme a la sazón del año, se añade la diligencia del buen granjear, no puede entonces dexar de acudir gran abundancia y de cogerse mucho; y aun con todo esto no se sigue que el labrador solo sea la sola causa de esta fertilidad, no embargante que sin él poco o nada aprovecharían todas las otras cosas. Muchos príncipes habría, pues, en el mundo buenos, si fuesen desde el comienzo con consejos y buena crianza bien granjeados, y de éstos hablo yo, no de

aquellos que se pueden comparar a la tierra estéril, siendo naturalmente tan ajenos de buenas costumbres que no basta industria ni diligencia para ponellos en el buen camino.

Y porque, como ya hemos dicho, tales se hacen en nosotros nuestras costumbres cuales son nuestras operaciones, y en el obrar consiste la virtud, no es imposible ni maravilla que el Cortesano encamine a su príncipe en muchas virtudes, como es la justicia, la liberalidad y la grandeza del ánimo, las cuales todas el príncipe con la abundancia y poder de su estado fácilmente puede poner por obra y hacer dellas en sí hábito, lo cual por ventura no podrá hacer el Cortesano, porque no será tan poderoso ni tan rico como muchas veces es menester para usar estas virtudes. Y así, siguiendo este proceso, se puede concluir que el príncipe, puesto en cosas de virtud por el cortesano, puede hacerse más virtuoso que el mismo cortesano; y demás desto, acordaos que la piedra en que aguzan los cuchillos no corta, pero hace que los cuchillos corten; así que mi opinión es que aunque el cortesano críe bien al príncipe, no se ha de seguir por eso de necesidad que sea más perfeto que el mismo príncipe. Y a lo que decís más, que el fin que yo he determinado en esta cortesanía es difícil, y alguna vez imposible, y que cuando el Cortesano le alcanza, no se debe llamar Cortesano, sino que merece otro mayor título, digo que yo no niego esa dificultad que vos en ello ponéis, porque también es tan difícil hallar un Cortesano, tal cual aquí se ha formado por estos caballeros, como es alcanzar el fin que yo le he señalado; pero la imposibilidad que vos pretendéis, ésa niego y digo que no la hay ninguna, ni aun en aquel caso que vos habéis alegado, porque si el Cortesano es tan mozo que no sepa lo que aquí se ha dicho que ha de saber, no es menester hablar en él, porque entonces no sería éste el Cortesano que nosotros buscamos, ni tampoco sería posible que quien ha de tener noticia de tantas cosas fuese muy mozo; y si por caso se ofreciere que el príncipe sea de suyo tan sabio y bueno que no tenga necesidad de ser consejado de nadie, aunque esto es tan difícil cuanto todo el mundo sabe, al Cortesano en tal caso bastalle ha ser tal, que si el príncipe hubiere menester sus consejos, pueda él con ellos hacelle virtuoso; y desta manera podrá satisfacer con la intinción y buena habilidad a esto, y con la obra a lo otro de no dexalle que le engañen ni que se engañe, y de hacer que siempre sepa la verdad de toda cosa, y de ponerse por escudo contra los lisonjeros y maldicientes, y, en fin, contra todos los que procuraren de dañarle con deshonestos placeres; y así alcanzará su fin, por lo menos en gran parte, aunque en todo no le alcance con la obra, lo cual tampoco será razón tenérselo a tacha, procediendo de una tal y tan justa causa como la que hemos dicho; porque si un famoso médico se hallase en un lugar donde todos estuviesen sanos y donde nunca adoleciese nadie, claro está que aunque no sanase a ningún enfermo, no dexaría por eso de ser buen médico, ni faltaría acerca del fin de

la medicina. Por eso, así como la intinción del médico debe ser la salud de los hombres, así también es razón que sea la del Cortesano la virtud del príncipe; y a lo uno y a lo otro basta tener este fin interior en potencia, cuando el no producille exteriormente en obra procede del sujeto, al cual es enderezado este tal fin. Y más, si el Cortesano es tan viejo que le desconvenga usar la música, las fiestas, los juegos, las armas y otras habilidades de la persona, ni aun con todo esto se ha de decir que le sea imposible ganar por vía destos medios la voluntad de su príncipe; porque aunque la edad quite la obra de todas estas cosas, no quita por eso el entendellas; y habiéndolas el hombre exercitado en la mocedad, terná en ellas tanto más perfeto juicio, y tanto más perfetamente sabrá mostrallas a su príncipe cuanto mayor y mejor noticia de toda cosa se alcanza con la esperiencia y años que sin ellos; y desta manera el Cortesano ya viejo, aunque por obra no exercite las calidades a él atribuidas, alcanzará su fin de criar bien a su príncipe. Y si no quisiéredes llamalle Cortesano, no me mataré por eso mucho; porque la natura no ha puesto un tan corto término a la autoridad y valor de las cosas humanas que no podamos subir de la una a la otra; y así los soldados muchas veces suben a capitanes, los hombres sin mando ni cargo a reyes, los clérigos a papas, los dicípulos a maestros, y desta manera juntamente con la dinidad alcanzan el título; y por esta vía podría quizá decirse que llegar un hombre a tan alto grado como es criar bien a un príncipe, fuese el postrer término y el fin del Cortesano; aunque con todo yo no sé quién en el mundo haya que no se tenga por muy satisfecho de este nombre de perfeto Cortesano, el cual, según mi opinión, merece ser muy estimado; y paréceme que Homero, así como formó dos varones ecelentísimos por enxemplo de la vida humana, al uno en las obras y hazañas famosas, que fue Achiles, y al otro en los trabajos y sufrimientos grandes, que fue Ulises, así también quiso formar un perfeto Cortesano, que fue aquel gran Fénix, el cual después de haber contado todos sus amores, y muchas otras cosas que hizo en su mocedad, dixo ser enviado a Achiles por Peleo, su padre, porque le estuviese siempre cerca y le mostrase cómo supiese decir y hacer, lo cual no es otra cosa sino este mismo fin que nosotros hemos señalado al Cortesano; y aun pienso que si a Aristótil y a Platón les dieran este nombre de Cortesano perfeto, se holgaran mucho con él, porque se vee claramente en ellos que hicieron todo lo que pudiera haber hecho un hombre de corte muy escogido, y tuvieron gran ojo a este fin de que tratamos, el uno con el gran Alexandre y el otro con los reyes de Sicilia. Y porque el oficio del buen Cortesano es conocer la condición del príncipe y sus inclinaciones, y así, según ellas, aprovechándose del tiempo y de los casos que se ofrecen, sabelle ganar la boca y llegar a selle muy aceto por medio de aquellas cosas que hemos tratado, y ponelle después en el camino firme de la virtud, Aristótil, siguiendo esto, conoció tan bien la condición

de Alexandre y supo con tan buena maña llevarle, que fue más amado y honrado dél que si fuera su padre; y así, entre otras muchas señales que Alexandre le mostró del amor que le tuvo, fue ésta una: que quiso que Estagira su patria, ya destruida y por el suelo, fuese reedificada. Y Aristótil, demás de encaminar y poner a este gran rey en aquel propósito gloriosísimo, que fue querer hacer que el mundo fuese como una sola patria universal, y todos los hombres como un solo pueblo que viviese en amistad y concordia debaxo de un solo gobierno y de una sola ley que resplandeciese y alumbrase generalmente a todos, como hace la luz del sol, le formó tal en las ciencias naturales y en las virtudes del alma, que le hizo sapientísimo, esforzadísimo, continentísimo, y verdadero filósofo moral, no solamente en las palabras, mas aun en las obras, porque no se puede imaginar más ecelente filosofía que traer a que supiesen estar juntos y vivir con la orden que se suele tener en las buenas ciudades unos pueblos tan bárbaros y fieros como los que habitaban en Bactra [268], en el Cáucaso, en la India y en Scitia, y enseñarles la ley del matrimonio, el arte de la labranza, el amar y honrar a sus padres, el astenerse de robos y homicidios y de otras abominables costumbres, el edificar tantas ciudades famosas en tierras muy estrañas; de manera que infinitos hombres fueron por causa destas leyes reducidos de la vida salvaje y bestial a la humana; y estas cosas que Alexandre hizo, todas se las hizo hacer Aristótil, siendo buen cortesano, lo cual no supo ser Calístenes [269], aunque Aristótil se lo había mostrado, que por querer ser puro filósofo y traer la verdad así cruda, sin envolver en ella algún artificio de buena cortesanía, perdió la vida, y no aprovechó en nada, antes fue causa de infamia para Alexandre. La misma manera de Aristótil tuvo Platón con Dion Siracusano [270], y después hallando a Dionisio tirano totalmente dañado, como un libro lleno de mil mentiras, y con más necesidad de ser del todo borrado que enmendado, por ser imposible quitalle aquellos grandes errores de la tiranía, con la cual estaba de largo tiempo estragado, no quiso con él aprovecharse de ninguna arte, pareciéndole que todo fuera en vano. Esto mismo hará de mi consejo también el Cortesano, si por caso se hallare en servicio de algún príncipe de tan perversa condición y natura, que esté ya envejecido en los vicios, como los phtísicos en la enfermedad; porque en tal caso debe despedirse por no llevar parte de la deshonra de las maldades y bellaquerías que él hace, y por no sentir el enojo que sienten los buenos cuando sirven a los malos.

Aquí, callando Otavián, dixo Gaspar Pallavicino: Por cierto yo no tenía a nuestro Cortesano por tan honrado como agora le veo, y

---

[268] Región del antiguo Irán conquistada por Alejandro Magno.

[269] Filósofo griego del siglo IV a. de C., que acompañó a Alejandro Magno en sus campañas en Asia y contó esos hechos. Fue asesinado al caer en desgracia de Alejandro.

[270] Amigo de Platón y familiar de Dionisio I, tirano de Siracusa.

así, pues Aristótil y Platón eran también cortesanos, pienso que éste debe ser un gran título, y que nadie tiene razón ya de no precialle mucho; aunque con todo yo no sé si me crea que Aristótil y Platón hayan danzado jamás, o hayan sido músicos, o hecho otras cosas de caballeros cortesanos.

Ciertamente no es de pensar, respondió Otavián, que dos espíritus tan divinos como los destos dos ecelentes varones no supiesen toda cosa; y hase de creer que ellos hacían todo lo que convenía hacer a un buen Cortesano, porque todas las veces que se ofrece escriben de todas estas cosas tan sotilmente, que los mismos maestros dellas conocen que las entendían perfetamente, y llegaban a las entrañas y las raíces más hondas dellas. Así que, concluyendo en esto, no se ha de decir que al Cortesano, o al ayo de un príncipe, si así quisiéredes llamalle, tiniendo ojo a aquel grande y buen fin que hemos dicho, no le cuadren puntualmente todas las calidades en él puestas por estos caballeros, aunque sea él muy severo filósofo, y muy santo en sus costumbres; porque estas calidades en ninguna edad ni tiempo ni lugar repunan a la bondad, a la discreción, al saber, ni al valor.

Acuérdome, dixo entonces Gaspar Pallavicino, que estos caballeros, tratando esta noche pasada de las condiciones que se requieren en el Cortesano, todos determinaron que había de ser enamorado; y porque, resumiendo lo que se ha dicho hasta aquí, se podría concluir muy bien que el Cortesano, el cual con su valor y autoridad ha de poner a su príncipe en cosas de virtud, ha de ser de necesidad viejo, porque muy pocas veces viene el saber antes que vengan los años, y en especial en las cosas que con la esperiencia se aprenden, no sé cómo se pueda concertar esto que haya de ser viejo y enamorado, considerado que, como esta noche se ha dicho, el amor en los viejos asienta muy mal, y aquello que en los mozos parece bien y se tiene por gran gentileza y agrada a las mujeres, en ellos es todo locura y cosa de reír, y, en fin, las mujeres han asco y los hombres burlan dello; por eso si ese vuestro Aristótil, cortesano viejo, fuese enamorado, y hiciese lo que hacen los mozos cuando andan de amores, y siguiese el estilo de algunos viejos locos que en nuestros días hemos visto, yo he muy gran miedo que no se descuidase de dar consejos a su príncipe, y que muchas veces no se viese rodeado de muchos rapaces que le diesen grita; y aun las mujeres le ternían como por un pasatiempo con quien se desenfadasen, haciendo burla dél.

Dixo Otavián entonces: Pues todas las otras calidades dadas al Cortesano le convienen, no me parece que, aunque sea viejo, le deba ser quitada una bienaventuranza tan grande como es amar.

Mas antes pienso, dixo Gaspar Pallavicino, que quitalle que ame es dalle una otra perfición más, y es hacelle vivir vida bienaventurada sin trabajo y sin miseria.

Dixo a esto miser Pietro Bembo: ¿No se os acuerda, señor

Gaspar, que el señor Otavián, aunque por esperiencia sepa poco de amores, la otra noche supo, según entonces mostró en su juego, que hay algunos enamorados que tienen por dulces y sabrosos los desabrimientos y enojos y iras y desavenimientos y congoxas que pasan en los amores; y así pidió entonces que alguno le hiciese saber la causa desto? Por eso, si nuestro Cortesano, aunque viejo, acertase en estos amores, que son dulces, sin ninguna amargura, claro está que no sentiría en ellos miseria ni fatiga alguna, y siendo sabio, como nosotros presuponemos que sea, no se engañaría pensando que había de traer los amores como los suelen traer los hombres mozos, antes andaría enamorado de tal manera, que no sólo no le sería vergüenza, mas sellía mucha honra y muy gran bienaventuranza, no mezclada con sinsabores y congoxas, lo cual pocas veces y casi nunca acaece a los hombres mozos; y así de esta arte podría él muy bien mostrar a su príncipe toda cosa de virtud y de honra, y no viviría de manera que mereciese grita de rapaces, como vos habéis dicho.

Pláceme, señor miser Pietro, dixo entonces la Duquesa, que hayáis tenido esta noche poco trabajo en estas nuestras pláticas, porque agora con menos empacho os podamos dar cargo de tratar esa materia y de enseñar al Cortesano ese amor tan próspero que no trae consigo culpa ni pena ninguna, y será ésta por ventura una de las importantes y provechosas cosas de cuantas hasta aquí le hayan sido dadas; por eso decí todo lo que en esto supiérades.

Rióse a esto miser Pietro y dixo: Yo, señora, no querría que por decir yo que los viejos pueden y deben andar enamorados, estas señoras me tuviesen por viejo; así que ese cargo dése a quien le quisiere tomar, que yo no le quiero.

No os debe pesar, respondió la Duquesa, que os tengan por viejo en el saber, pues no lo sois en los años. Por eso decí, y no andéis buscando por dónde descabulliros.

Por cierto, señora, dixo miser Pietro, si yo he de tratar esa materia, a mí me cumple aconsejarme con el ermitaño [271] de mi Lavinello.

Mirá, señor miser Pietro, dixo entonces Emilia casi enojada, que no hay en la compañía quien tanto se defienda de obedecer a lo que le mandan como vos; por eso sería bien que la señora Duquesa os mandase dar por ello alguna gran pena.

Dixo riendo miser Pietro: No os enojéis conmigo, señora, yo os lo suplico, que yo diré todo lo que vos mandárades.

Decí, pues, dixo Emilia.

Miser Pietro entonces, habiendo primero estado sobre sí un rato callando, apercibiéndose después un poco, como para hablar de una cosa muy sustancial y muy alta, comenzó a decir así:

---

[271] Bembo se refiere a un personaje de su obra los *Asolani* que expone a Lavinello las ideas sobre el amor platónico.

[CAPÍTULO VI]

[*En el cual miser Pietro Bembo, por mandado de la Duquesa, tomando el cargo de la plática, muestra cómo el Cortesano siendo viejo puede ser enamorado, no sólo sin afrenta, mas con mayor prosperidad de honra que el mozo, y trata esta materia del amar sutilmente.*]

Señores, para mostrar yo que los viejos pueden amar, no solamente sin vergüenza y deshonra, mas aun con mayor honra y prosperidad que los mozos, será necesario estenderme un poco por declarar qué cosa es amor, y en qué consiste la bienaventuranza que pueden alcanzar los enamorados. Por eso, señores, yo os suplico que estéis atentos, porque yo espero haceros ver claramente que aquí no hay entre nosotros hombres que no pudiesen muy bien andar enamorados aunque tuviesen quince o veinte años más que el señor Morello.

Rieron desto un rato todos, y luego el Bembo siguió adelante su habla diciendo así: Digo, pues, que, según la difinición de los antiguos sabios, amor no es otra cosa sino un deseo de gozar lo que es hermoso, y porque el deseo nunca apetece sino lo que conoce, es necesario que el conocimiento sea siempre primero que el deseo, el cual naturalmente ama al bien, pero de sí mismo es ciego y no le vee. Por eso la natura ha ordenado la cosa desta manera: que cada virtud, cuyo oficio es conocer, tenga por compañera otra virtud, cuyo oficio sea apetecer; y porque en nuestra alma hay tres formas de conocer, es a saber, por el sentido, por la razón y por el entendimiento; del sentido nace el apetito, el cual es común a nosotros con las bestias; de la razón nace la eleción, que es propria al hombre, y del entendimiento, por el cual puede el hombre participar con los ángeles, nace la voluntad. De manera que como el sentido no conoce sino cosas sensibles, así también el apetito no apetece sino las mismas; y así como el entendimieto no tiene ojo sino a la contemplación de las cosas inteligibles, así la voluntad no alcanza otro mantenimiento sino los bienes del espíritu. El hombre de natura racional, puesto como medio entre estos dos estremos, puede por su eleción, o inclinándose al sentido o levantándose al entendimiento, llegarse a los deseos, agora de la una parte y agora de la otra. Siguiendo, pues, este proceso, se puede desear lo hermoso, de lo cual el universal nombre conviene a todas las cosas, así naturales como artificiales, que sean compuestas con buena proporción y debido temple, cuanto la natura de cada una dellas sufre. Mas hablando de la hermosura de que nosotros agora tratamos, la cual es solamente aquella que parece en los cuerpos, y en especial en los rostros humanos, y mueve aquel ardiente deseo que lla-

mamos amor, diremos que es un lustre o un bien que emana de la bondad divina, el cual, aunque se estienda y se derrame sobre todas las cosas criadas como la luz del sol, todavía cuando halla un rostro bien medido y compuesto, con una cierta alegre y agradable concordia de colores distintos, y ayudados de sus lustres y de sus sombras y de un ordenado y proporcionado espacio y términos de líneas, infúndese en él y muéstrase hermosísimo, aderezando y ennobleciendo aquel sujeto donde él resplandece, acompañándole y alumbrándole de una gracia y resplandor maravilloso, como rayo de sol que da en un hermoso vaso de oro muy bien labrado y lleno de piedras preciosísimas, Y así con esto trae sabrosamete a sí los ojos que le ven, y penetrando por ellos se imprime en el alma de quien le mira, y con una nueva y estraña dulzura toda la trastorna y la hinche de deleite, y encendiéndola, la mueve a un deseo grande dél; así que, quedando presa el alma del deseo de gozar desta hermosura como de cosa buena, si se dexa guiar por el sentido, da de ojos en grandes errores y juzga que aquel cuerpo, en el cual se vee la hermosura, es la causa principal della, y así, para gozalla enteramente, piensa que es necesario juntarse del todo, lo más que sea posible, con él; y éste es gran error, y por eso el que cree gozar la hermosura poseyendo el cuerpo donde ella mora, recibe engaño, y es movido no de verdadero conocimiento por eleción de razón, sino de opinión falsa por el apetito del sentido; y así también el placer que se sigue desto ha de ser de necesidad falso. Y por eso en una de dos miserias dan todos aquellos enamorados que cumplen sus carnales deseos con sus amigas: que o luego, en llegando al fin deseado, no solamente quedan hartos y enfadados, mas aborrécense con ellas de tal manera que no parece sino que el mismo apetito se arrepiente de su mismo yerro, y reconoce el engaño que el falso juicio del sentido le ha hecho, por el cual creyó que el mal era bien; o verdaderamente quedan en el mismo deseo, como aquellos que aún no han llegado al fin verdadero que buscaban, y puesto que por la ciega opinión que los tiene borrachos les parezca que en aquel punto sientan placer, como acaece a los enfermos que sueñan beber en alguna fuente clara, no por eso se contentan ni quedan sosegados. Y porque del poseer el bien deseado nace siempre sosiego y contentamiento en el alma de quien le posee, hemos de decir que si aquel fuese el verdadero y buen fin del deseo dellos, poseyéndole quedarían sosegados y contentos, lo cual no hacen, antes engañados con aquella muestra o semejanza del bien, luego a la hora vuelven a sus desenfrenados deseos; y, con la misma fatiga que primero sentían, se hallan en mitad de la brava y ardiente sed de aquello que en vano esperan poseer perfetamente. Así que estos tales enamorados aman pasando vida congoxosa y miserable; porque o nunca alcanzan lo que desean, que no puede ser mayor trabajo, o verdaderamente, si lo alcanzan, hállanse haber alcanzado su mal, y acaban su miseria con otra mayor

miseria; porque no solamente en el cabo, mas aun en el principio y en el medio de este amor, nunca otra cosa se siente sino afanes, tormentos, dolores, adversidades, sobresaltos y fatigas; de manera que el andar ordinariamente amarillo y afligido en continas lágrimas y sospiros, el estar triste, el callar siempre o quexarse, el desear la muerte, y, en fin, el vivir en estrema miseria y desventura, son las puras calidades que se dicen ser proprias de los enamorados.

La causa, pues, de todos estos males es la sensualidad principalmente, la cual en la mocedad puede mucho; porque la virtud del cuerpo en aquella sazón le da tanta fuerza cuanta es la que quita a la razón, y por eso fácilmente derrueca al alma y le hace que siga el apetito. Y por cierto no es maravilla, porque hallándose ella presa y aherrojada en la prisión de la carne, y siendo aplicada al cargo de gobernar y sostener el cuerpo, apartada de la contemplación espiritual, no puede por sí misma entender claramente la verdad, y así esle forzado para alcanzar algún conocimiento de las cosas, que vaya mendigando de los sentidos el principio dellas, y por eso les da crédito, y tras ellos se anda y a ellos toma por guía, en especial cuando son tan poderosos que casi la fuerzan; y porque ellos son engañosos, hínchenla de errores y de falsas opiniones; por donde casi siempre acaece que los hombres mozos andan envueltos en este amor vicioso, enemigo total de la razón, y así son hechos indinos y inhábiles para gozar las mercedes y bienes que el amor da a sus verdaderos esclavos, y tras esto nunca en sus amores sienten otros placeres sino los mismos que sienten las bestias, y los afanes son más graves. Siendo luego firme este fundamento, el cual no puede ser más verdadero, digo que el revés de todo esto que hemos dicho acaece a los que son de edad más madura: porque si éstos, cuando ya el alma no está tan cargada con la carga del cuerpo, y cuando el calor natural comienza a entibiarse, se encienden y se levantan tras aquella hermosura de que tratamos, y hacia ella vuelven todo el deseo, guiado por eleción de razón, no quedan engañados, sino que perfetamente la alcanzan y la poseen y la gozan, y deste poseella y gozalla les nace bien contino, porque la hermosura es cosa buena, y por consiguiente el verdadero amor della ha de ser bueno, y siempre ha de producir efetos buenos en las almas de aquellos que con el freno de la razón corrigen la malicia del sentido, lo cual pueden hacer los viejos mucho más fácilmente que los mozos. No os parezca, pues, muy gran sinrazón decir que los viejos pueden andar enamorados sin que merezcan ser por ello burlados ni reprehendidos, y aun con mejor vida y más sosegada que los mozos. Hase de entender con todo, cuando aquí digo viejos, que no es mi intinción decillo de los que lo son tanto que estén ya tan gastados y caídos, que el alma, por la flaqueza del cuerpo, no pueda ya aprovecharse en ellos de sus potencias; no lo digo sino de los que son de tal edad que su saber y su juicio y su

ánimo están aún en su verdadera fuerza y virtud; pero entre otras cosas no quiero callar ésta: que yo tengo por cierto que aunque el amor que reina en la sensualidad sea en toda edad malo, todavía en los mozos tiene muy gran desculpa, y quizá en alguna manera es permitido; porque, puesto que ellos por él padezcan trabajos y congoxas, y aquellas tantas desventuras que hemos dicho, y se vean a cada paso en mil peligros, hay muchos enamorados que por ganar el amor de sus damas hacen muchas cosas de virtud y de honra, las cuales, aunque no sean enderezadas a buen fin, todavía en sí son buenas; y tras esto, en mitad de sus males, sacan ellos, por una fuerza o propriedad de amor que apenas se puede entender, un cierto gusto que les da sufrimiento y les despierta el sentido y les hace que huelguen de tragar mil males por aquel poco de bien que después acude a su tiempo; llevan asimismo un gran provecho, que con las fortunas y adversidades que pasan, escarmientan al cabo y cobran seso, conociendo sus yerros y enmendándolos. Así que como yo tengo por más que hombres aquellos mancebos que vencen sus apetitos y aman, llevando sus cosas con el juicio de la razón, así también desculpo a los que se dexan vencer del amor vicioso, al cual por nuetra flaqueza somos inclinados. Con todo hase de mirar en esto que estos que aman así se muestren bien criados, y usen de una gentileza de espíritu y de un valor grande, y de todas las otras buenas calidades que estos señores han dado al Cortesano, y más que, en viéndose declinar a la vejez, dexen de amar con este amor que agora decimos, y se retrayan, apartándose del deseo que la sensualidad trae, como del más baxo paso de aquella escalera por la cual se puede subir al verdadero amor; pero si éstos aun después de viejos conservan en su corazón frío el fuego de los deseos desordenados y someten la razón fuerte a la sensualidad flaca, no se puede decir cuánto merezcan ser reprehendidos, porque en la verdad debrían como locos sin sentido ser echados con perpetua infamia entre los animales brutos, considerando que los pensamientos y los términos del amor vicioso son en todo estremo desproporcionados con la edad ya madura.

Aquí el Bembo paró un poco, casi como por descansar, y entonces, estando todos quedos esperando lo que más diría, atravesó Morello de Ortona, diciendo: Y si se hallase un viejo más bien dispuesto y más recio y más hermoso que muchos mozos que yo conozco, ¿por qué querríades vos que a este tal no le fuese permitido amar del amor que los mozos aman?

Rióse a esto la Duquesa, y dixo: Si el amor de los mozos es tan trabajoso como aquí se ha dicho, ¿por qué queréis vos, señor Morello, que los viejos también amen sintiendo el mismo trabajo? Por eso creo yo que si vos fuésedes viejo, como dicen estos caballeros, no procuraríades agora tanto mal para los viejos.

El mal para los viejos, respondió Morello de Ortona, paréceme que miser Pietro Bembo le procura, quiriendo que ellos amen de

un cierto modo que yo de mí os digo que no le entiendo, y paréceme que gozar de aquella hermosura que él tanto alaba, si juntamente con ella no se goza del cuerpo donde ella mora, no es otra cosa sino un sueño.

¿Créis vos, señor Morello, dixo entonces el conde Ludovico, que la hermosura es siempre tan buena como dice miser Pietro Bembo?

Yo no, por cierto, respondió Morello. Antes me acuerdo haber visto muchas mujeres hermosas en todo estremo malas y crueles y desabridas; y esto parece que comúnmente ha de acaecer así, porque la hermosura las hace soberbias, y la soberbia crueles.

Dixo a esto riendo el conde Ludovico: A vos quizá os deben de parecer crueles porque no hacen con vos todo lo que querríades; por eso hacé que miser Pietro Bembo os muestre de qué manera han de querer los viejos gozar la hermosura de las mujeres, y qué es lo que han de desear dellas, y de qué se han de contentar, y así, no saliendos vos de las reglas que él os diere, veréis cómo no seran con vos crueles ni soberbias, y cómo os acudirán muy bien a vuestros deseos.

Pareció en esto que Morello se enojó algo, y así dixo: Yo no quiero saber lo que no me toca; mas hacé vos que os sea mostrado cómo han de andar enamorados y desear gozar esa hermosura que habéis dicho, los mancebos peor dispuestos y menos recios que los viejos.

Aquí miser Federico, por desbaratar esta plática, porque Morello no se enojase más, no consintió al conde Ludovico que respondiese, sino atajándole, dixo: Por ventura el señor Morello no dexa de tener alguna razón en decir que la hermosura no es siempre buena, porque muchas veces las mujeres hermosas son causa de muchos males, enemistades, guerras, muertes y otros cien mil daños, y desto es buen testigo Troya; y son asimismo comúnmente soberbias y crueles, o verdaderamente, como ya se ha dicho, deshonestas y malas; pero esto postrero quizá el señor Morello no le tendrá por tacha. Hay también muchos hombres malvados y perversos que tienen buena cara y buena disposición, de manera que parece que la natura los haya hecho tales para que puedan mejor engañar, y que aquel gesto manso y bueno sea como el cebo en el anzuelo.

No creáis, dixo entonces miser Pietro Bembo, que la hermosura no sea siempre buena.

Aquí el conde Ludovico, por volver al propósito de lo que arriba movió, atajó esto que se comenzaba a tratar, y dixo: Pues el señor Morello no quiere saber lo que tanto le importa, mostrámelo a mí a lo menos, y hacéme saber cómo los viejos puedan alcanzar alguna bienaventuranza en los amores; que con tal que yo sepa esto, no se me dará nada desotro que me tengan por viejo los que vieren que he hecho esta pregunta.

Rióse a esto miser Pietro, y dixo: Yo quiero primero quitar destos señores el error que tienen, y después responderé a eso que vos queréis saber. Y así volvió a comenzar, diciendo: Señores, yo ciertamente no querría que con decir mal de la hermosura, la cual es una cosa sagrada y divina, hubiese alguno de vosotros que, como profano y sacrílego, incurriese en la ira de Dios. Y así porque el señor Morello y el señor miser Federico estén en esto avisados, y se guarden de perder como Stesícoro [272] la vista, que es pena muy justa y conveniente a quien menosprecia la hermosura, digo que de Dios nace ella, y es como un círculo del cual la bondad es el centro. Por eso, como no puede ser círculo sin centro, así tampoco puede ser hermosura sin bondad; y con esto acaece pocas veces que una ruin alma esté en un hermoso cuerpo, y de aquí viene que la hermosura que se vee de fuera es la verdadera señal de la bondad que queda dentro; y en el cuerpo de cada uno es imprimida, en los unos más y en los otros menos, una cierta gracia casi como un carácter o sello del alma, por el cual es conocida por de fuera, como los árboles que con la hermosura de la flor señalan la bondad de la fruta. Esto mismo acontece en los cuerpos; y así los que entienden de fisonomía, muchas veces en la compostura de los rostros y en el gesto, conocen las costumbres e inclinaciones, y alguna vez los pensamientos, y lo que es más de maravillar, hasta en las bestias se comprende en el aspeto la calidad del ánimo, el cual en el cuerpo se declara todo lo posible. Considerá cuán claramente en el rostro del león, del caballo y del águila se conoce la ira, la ferocidad y la soberbia; en los corderos y en las palomas, una pura y simple inocencia; en las zorras y lobos, una astucia maliciosa, y por aquí casi en todos los otros animales.

Así que los feos comúnmente son malos, y los hermosos buenos; y puédese muy bien decir que la hermosura es la cara del bien: graciosa, alegre, agradable y aparejada a que todos la deseen; y la fealdad, la cara del mal: escura, pesada, desabrida y triste. Y si queréis discurrir por todas las otras cosas, y bien considerallas, hallaréis que siempre, las que son buenas y provechosas alcanzan este don de hermosura. Mirá este gran edificio y fábrica del mundo, el cual por el bien y conservación de todas las critaturas ha sido criado y fabricado por la mano de Dios; veréis el cielo redondo, ornado y ennoblecido de tantas divinas lumbres; la tierra rodeada de los elementos con su mismo peso sostenida; el sol, que haciendo su curso, estiende y derrama su luz por todo, y en el invierno deciende hacia el más baxo sino, y después su poco a poco vuelve a subir hacia el otro punto; veréis también la luna que dél toma su luz proporcionada según la distancia de cómo se le allega o se le

[272] Poeta griego de la primera mitad del siglo VI a. de C. que, según la leyenda, perdió la vista al vituperar con sus versos a la bella Elena de Troya y la recuperó más tarde al escribir nuevos versos de elogio.

alexa, y las otras cinco planetas que diferentemente hacen el mismo curso. Todas estas cosas en sí tienen tanta fuerza, por el ayuntamiento y atadura de un orden compuesto así necesariamente, que mudándole un solo punto no podrían compadecerse y caería el mundo quedando hecho mil pedazos; alcanzan asimismo tanta hermosura y gracia que no puede el entendimiento humano imaginar cosa más hermosa. Considerá tras esto la figura del hombre, el cual se puede llamar pequeño mundo: hallaréis en él todas las partes de su cuerpo ser compuestas necesariamente por arte y no a caso, y después toda la forma junta ser hermosísima, de tal manera que con dificultad se podría juzgar cuál es mayor, o el provecho o la gracia que al rostro humano y a todo el cuerpo dan los miembros, como son los ojos, la nariz, la boca, las orejas, los brazos, los pechos, y así las otras partes. Lo mismo se puede decir de todos los otros animales; veis las plumas en las aves, las hojas y ramas en los árboles, mirá que estas cosas les son dadas por conservación de su ser, y juntamente con esto tienen en sí una frescura y lindeza grande. Dexemos la natura y vengamos al arte. ¿Qué cosa hay tan necesaria en las naves y galeras como es la proa, los lados, el antena, el mástel, las velas, el gobernalle, los remos, las áncoras y todos los otros aparejos? Y todas estas cosas ya veis cómo parecen tan bien a la vista que quien las mira halla que así se hicieron por ornamento como por provecho. Sostienen las colunas y los arcos y las bóvedas a los altos templos y palacios, mas por eso no son estas cosas menos vistosas y soberbias a los ojos de quien las vee que provechosas a los edificios. Cuando primero comenzaron los hombres a edificar, pusieron en los templos y casas, en lo más alto de enmedio, aquellas cubiertas así combadas como agora se veen; y no era entonces la intinción dellos hacer esto porque tuviesen más gracia los edificios, sino porque estando así los tejados en pendiente corriesen mejor las aguas; todavía vino mezclada con este provecho la hermosura tanto, que si debaxo de aquel cielo, donde nunca llueve ni graniza, se edificase agora un templo, no parecería que sin aquella combadura pudiese tener ninguna majestad ni hermosura. También vemos que para alabar cualquier cosa, ningún término tenemos mejor que llamalla hermosa; y así cuando queremos alabar las cosas del mundo decimos hermoso cielo, hermosa tierra, hermoso mar, hermosos ríos, hermosas provincias, hermosos montes, árboles, jardines, hermosas ciudades, hermosos templos y casas y exércitos. A toda cosa, en fin, da grandísimo ornamento esta alta y divina hermosura, y puédese bien decir que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una misma cosa, en especial en los cuerpos humanos, de la hermosura de los cuales la más cercana causa pienso yo que sea la hermosura del alma, la cual, como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente si aquel cuerpo donde ella mora no es de tan baxa materia que ella no

pueda imprimille su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo y insinia de la vitoria del alma, cuando ésta con la virtud divina señorea a la natura material, y con su luz vence las tinieblas del cuerpo. No es razón, pues, decir que la hermosura haga a las mujeres ser soberbias o crueles, puesto que le parezca así al señor Morello; ni tampoco se han de echar a cuenta de las hermosas aquellas enemistades, muertes y graves daños de que son causa los deseos desordenados de los hombres. No porfiaré con todo que no sea posible hallarse en el mundo entre las mujeres hermosas algunas deshonestas y malas, pero no se ha de decir por eso que la hermosura las incline a no ser buenas. Antes hemos de tener por cierto que las guarda de caer en cosas feas, y las pone en camino de la virtud por aquel ayuntamiento que, según hemos dicho, tiene la bondad con la hermosura; mas alguna vez la mala crianza que les dieron, y los continos requerimientos y porfías de los enamorados, las dádivas, la pobreza, la esperanza, los engaños, el miedo y otras cien mil cosas vencen la bondad y firmeza de las muy hermosas y muy buenas; y por estas mismas o otras semejantes causas pueden también los hombres hermosos venir a ser malos.

Si es verdad, dixo entonces miser César, lo que ayer afirmó el señor Gaspar Pallavicino, no hay duda sino que las hermosas han de ser más castas y virtuosas que las feas.

¿Qué afirmé yo?, dixo Gaspar Pallavicino.

Si yo bien me acuerdo, respondió miser César, vos dixistes que las mujeres, cuando las ruegan siempre niegan lo que les piden, y las otras que no son rogadas andan rogando a muchos; acaeciendo esto así, y siendo cierto que las hermosas son más rogadas e importunadas que las feas, síguese que las hermosas siempre niegan y nunca acuden a los que andan tras ellas, y por consiguiente son más castas que las feas, las cuales, no siendo rogadas, ruegan a los otros.

Ríóse el Bembo, y dixo: A ese argumento no hay que responder. Y luego siguió adelante su habla, diciendo: Acaece también muchas veces que así la vista, como los otros sentidos nuestros, se engaña y juzga por hermoso un rostro que en la verdad no lo es, y porque en los ojos y en todo el gesto de algunas mujeres se vee alguna vez un cierto brío mezclado con una blandura o regalo poco honesto, muchos que huelgan con aquello, porque les da esperanza de alcanzar fácilmente lo que desean, dicen que aquélla es la perfeta hermosura; pero realmente no es sino una deshonestidad cubierta con un no sé qué que engaña a los necios, no por cierto merecedora de un tan honrado y santo nombre como es el de la hermosura.

[CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO]

[*En el cual, prosiguiendo miser Pietro Bembo su plática, muestra al Cortesano la manera que debe tener para amar muy al contrario del amor loco que el vulgo sigue.*]

Callaba ya miser Pietro Bembo, pero todos aquellos señores le porfiaron que dixese más sobre este amor tan sustancial y tan alto, y que tratase la manera que se ha de tener para gozar verdaderamente de la hermosura, y así él, en fin, dixo: A mí me parece que harto bien claro os he mostrado que con mayor descanso y más prósperamente pueden amar los viejos que los mozos, y ésta ha sido la materia que yo he tomado a cargo de tratar; por eso a mí no me conviene por agora entrar más adelante en otras cosas.

Mejor habéis mostrado, respondió el conde Ludovico, la mala vida de los mozos en los amores que la buena de los viejos, a los cuales, según me parece, aun no habéis enseñado qué camino hayan de seguir en este su amor, sino que solamente les habéis dicho que se guíen en él por la razón, y muchos tienen por imposible que puedan la razón y el amor compadecerse.

El Bembo andaba ya por descabullirse de esta plática y por dar fin a su habla; pero la Duquesa le rogó que dixese más, y así él volvió a comenzar diciendo: Gran miseria y desventura sería de la humana naturaleza si nuestra alma, en la cual puede nacer fácilmente aquel tan encendido deseo que con el amor va mezclado, fuese forzada a mantenelle con sólo aquello que a ella le es común con las bestias, y no pudiese volvelle hacia a la otra ecelente parte que le es conforme y propria totalmente. Por eso, pues vosotros mandáis que yo trate un rato de esta tan singular materia, soy contento de hacello; pero, porque yo me hallo baxo para una tan alta cosa, y no merecedor de hablar de los santísimos secretos y misterios del amor, ruego a él que mueva y levante mi pensamiento y mi lengua tanto que yo pueda mostrar a este nuestro gran Cortesano la manera que ha de tener para poder amar muy fuera de la costumbre del loco y profano vulgo; y así como yo desde niño siempre hasta aquí le he seguido y puesto mi vida en sus manos, así agora a él le plega que mis palabras sigan este mismo proceso, y tengan aliento y fuerza grande en alaballe. Digo, pues, que considerado que nuestra naturaleza en los hombres mozos es muy inclinada a la sensualidad, se puede bien sufrir al Cortesano que en su mocedad ame sensualmente; pero si después en los años ya más maduros a caso se enamorare, debe tener gran cautela y estar mucho sobre aviso de no engañarse; y ha de guardarse de caer en aquellas desventuras y congoxas que en los mozos merecen más

aína ser lloradas que reprehendidas, y en los viejos mucho más ser reprehendidas que lloradas.

Por eso, cuando viere a alguna mujer hermosa, graciosa, de buenas costumbres y de gentil arte, y tal, en fin, que él como hombre esperimentado en amores conozca ser ella aparejada para enamoralle, luego a la hora que cayere en la cuenta y viere que sus ojos arrebatan aquella figura y no paran hasta metella en las entrañas, y que el alma comienza a holgar de contemplalla y a sentir en sí aquel no sé qué que la mueve y poco a poco la enciende, y que aquellos vivos espíritus que en ella centellean de fuera por los ojos no cesan de echar a cada punto nuevo mantenimiento al fuego, debe luego proveer en ello con presto remedio, despertando la razón y fortaleciendo con ella la fortaleza del alma, y atajando de tal manera los pasos a la sensualidad y cerrando así las puertas a los deseos, que ni por fuerza ni por engaño puedan meterse dentro; y así entonces, si la llama de fuego cesa, cesará también el peligro; mas si ella dura o crece, debe en este caso el Cortesano, sintiéndose preso, determinarse totalmente a huir toda vileza de amor vulgar y baxo, y a entrar con la guía de la razón en el camino alto y maravilloso de amar. Y para esto ha de considerar primero que el cuerpo donde aquella hermosura resplandece no es la fuente de donde ella nace, sino que la hermosura, por ser una cosa sin cuerpo y, como hemos dicho, un rayo divino, pierde mucho de su valor hallándose envuelta y caída en aquel sujeto vil y corrutible, y que tanto más es perfeta cuanto menos dél participa, y si dél se aparta del todo, es perfetísima; y que así como es imposible oír nosotros con el paladar, o oler con los oídos, asi también lo es gozar la hermosura con el sentido del tacto y satisfacer con él a los deseos movidos por ella en nuestras almas, y que solamente se puede gozar con el sentido del ver, del cual es ella el verdadero objeto; y así, con estas consideraciones, apártase del ciego juicio de la sensualidad y goce con los ojos aquel resplandor, aquella gracia, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes y todos los otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura. Goce asimismo con los oídos la suavidad del tono de la voz; el son de las palabras y la dulzura del tañer y del cantar, si su dama fuere música, y así con todas estas cosas dará a su alma un dulce y maravilloso mantenimiento por medio de estos dos sentidos, los cuales tienen poco de lo corporal y son ministros de la razón, y será tal este entendimiento suyo que no pasará hacia el cuerpo con el deseo a ningún apetito deshonesto. Tras esto, acate, sirva, honre y siga en todo la voluntad de su dama, y quiérala más que a sí mismo, y tenga más cuidado de los placeres y provechos della que de los suyos proprios, y ame en ella no menos la hermosura del alma que la del cuerpo. Por eso tenga aviso de acordalle lo que le cumpliere, no dexándola caer en errores, y con buenas palabras procure siempre de guialla por el camino de la virtud y verdadera honestidad, y haga que en

ella no tengan lugar sino los pensamientos limpios y puros y apartados de toda fealdad de vicios. Y así, sembrando virtudes en su alma della, cogerá grandes frutos de hermosas costumbres, y gustallos ha con entrañable deleite, y éste será el verdadero engendrar y juntar y exprimir la hermosura en la hermosura, lo cual, según opinión de algunos, es el sustancial fin del amor. Desta manera será nuestro Cortesano muy aceto a su Dama, y así ella se conformará siempre con la voluntad dél y le será dulce y blanda y tan deseosa de contentalle cuanto de ser amada dél, y las voluntades de entrambos serán honestas y conformes, y por consiguiente vivirán vida bienaventurada.

Respondió aquí Morello de Ortona: El engendrar con efeto la hermosura en la hermosura me parece a mí que sería engendrar un hermoso hijo en una hermosa mujer; y por cierto yo creería que fuese más clara señal de amor acudir ella a su servidor en esto, que contentalle con aquella blandura y buen tratamiento que habéis dicho.

Rióse a esto el Bembo, y dixo: No nos salgamos de nuestros términos, señor Morello. ¿Paréceos a vos que señale poco amor la Dama a su servidor, dándole la hermosura, que es una cosa de tanto precio, y dándosela por las vías que son la derecha entrada para el alma? Porque por la vista y por los oídos le envía el blando mirar de sus ojos, la imagen de su rostro, la gracia de su gesto, la voz y las palabras que penetran hasta dentro en las entrañas dél, y allí muestran claramente cuán amado es.

El mirar y las palabras, dixo Morello, pueden ser, y muchas veces son, unos testigos bien falsos que afirman lo que no es; así que el que no tuviere otra mejor prenda, no estará, a mi parecer, muy seguro. Y a la verdad yo esperaba que vos hiciésedes esa vuestra Dama un poco más tratable y dulce con el Cortesano que no ha hecho el señor Manífico la suya; mas paréceme que entrambos habéis sido en esto como aquellos jueces que por parecer sabios y virtuosos dan la sentencia contra los suyos.

Yo ciertamente quiero, dixo el Bembo, que mi Dama sea harto más dulce con mi Cortesano viejo que no es la del señor Manífico con el mozo, y esto con gran razón por cierto, porque el mío no desea sino cosas honestas, y por eso puede su dama dárselas todas sin ninguna culpa. Mas la dama del señor Manífico, pues le cabe el servidor más travieso, debe dalle solamente lo que fuere honesto, y negalle todo lo demás. Así que más bienaventurado será mi Cortesano, a quien se ha de dar todo lo que desea, que no el otro, a quien parte se da y parte se niega; y porque mejor veáis que el amor virtuoso vale más y da mayor bienaventuranza que el vicioso, digo que unas mismas cosas se deben alguna vez negar en el amor vicioso y en el virtuoso concederse, porque en aquél son deshonestas y en estotro honestas; y así la Dama, por contentar a su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él

muy familiarmente riendo y burlando, y tratar con él en seso cosas sustanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable que le tome la mano y se la tenga; mas aun puede llegar sin caer en culpa por este camino de la razón hasta a besalle, lo cual en el amor vicioso, según las reglas del señor Manífico, no es lícito, porque siendo el beso un ayuntamiento del cuerpo y del alma, es peligro que quien ama viciosamente no se incline más a la parte del cuerpo que a la del alma; pero el enamorado que ama tiniendo la razón por fundamento, conoce que, aunque la boca sea parte del cuerpo, todavía por ella salen las palabras que son mensajeras del alma, y sale asimismo aquel intrínseco aliento que se llama también alma; y por eso se deleita de juntar su boca con la de la mujer a quien ama, besándola no por moverse a deseo deshonesto alguno, sino porque siente que aquel ayuntamiento es un abrir la puerta a las almas de entrambos, las cuales, traídas por el deseo la una de la otra, se traspasan y se trasportan por sus conformes veces la una también en el cuerpo de la otra, y de tal manera se envuelven en uno, que cada cuerpo de entrambos queda con dos almas, y una sola compuesta de las dos rige casi dos cuerpos; y por eso el beso se puede más aína decir ayuntamiento del alma que del cuerpo; porque tiene sobre ella tanta fuerza que la trae a sí y casi la aparta del cuerpo; por esta causa todos los enamorados castos desean el beso como un ayuntamiento espiritual; y así aquel gran Platón, divinamente enamorado, dice que besando una vez a su amiga le vino el alma a los dientes para salirse ya del cuerpo; y porque el separarse el alma de las cosas sensibles y baxas y el juntarse totalmente con las inteligibles y altas puede ser sinificado por el beso, dice Salomón en aquel su divino libro de los Cánticos: *«Béseme con el beso de su boca»,* por mostrar deseo grade que su alma sea arrebatada por el amor divino a la contemplación de la hermosura celestial, de tal manera, que juntándose con ella entrañablemente desampare al cuerpo.

Estaban todos muy atentos escuchando lo que el Bembo decía, cuando él paró un poco, y estando así quedo un rato sobre sí sin hablar palabra, viendo que todos también callaban, volvió a decir así:

Pues me habéis hecho comenzar a mostrar a nuestro Cortesano cómo pueda ya, siendo algo viejo, amar de este amor tan alto y tan lleno de bienaventuranza, yo quiero agora hacelle pasar más adelante, haciéndole subir a otro mayor grado, porque, ciertamente, dexalle en este término de que agora hemos tratado es harto peligroso, considerado que, como aquí muchas veces se ha dicho, nuestra alma es en estremo inclinada a los sentidos; y puesto que la razón, procediendo por sus argumentos adelante, llegue a escoger el bien, y conozca la hermosura no nacer del cuerpo, y por el mismo caso tenga la rienda corta a los deseos no buenos, todavía contemplándola siempre el entendimiento en aquel cuerpo de la

persona amada, se le turba y trastorna hartas veces el verdadero juicio; y cuando ya otro mal no hubiese en esto, el estar ausente de la que amáis no puede sino afligir mucho, porque aquel penetrar o influir que hace la hermosura siendo presente, es causa de un estraño y maravilloso deleite en el enamorado, y callentándole el corazón, despierta y derrite algunos sentimientos o fuerzas que están adormidas y heladas en el alma, las cuales, criadas y mantenidas por el calor que del amor les viene, se estienden y retoñecen y andan como bullendo al derredor del corazón, y envían fuera por los ojos aquellos espíritus, que son unos delgadísimos vapores hechos de la más pura y clara parte de la sangre que se halle en nuestro cuerpo, los cuales reciben en sí luego la imagen de la hermosura y la forman con mil ornamentos y primores de diversas maneras, y con esto el alma por una parte se deleita, y por otra se espanta con una cierta maravilla, y en mitad de este espanto se goza y, casi atónita, siente juntamente con el placer aquel temor y acatamiento que a las cosas sagradas suele tenerse, y parécele que es aquello puramente su paraíso. Así que el enamorado que contempla la hermosura solamente en el cuerpo, pierde este bien luego a la hora que aquella mujer a quien ama, yéndose de donde él está presente, le dexa como ciego, dexándole con los ojos sin su luz, y, por consiguiente, con el alma despojada y huérfana de su bien; y esto ha de ser así forzadamente, porque estando la hermosura ausente, aquel penetrar y influir que hemos dicho del amor, no calienta el corazón como hacía estando ella presente, y así aquellas vías por donde los espíritus y los amores van y vienen, quedan entonces agotadas y secas, aunque todavía la memoria que queda de la hermosura mueve algo los sentimientos y fuerzas del alma.

Y de tal manera los mueve, que andan por estender y enviar a su gozo los espíritus; mas ellos, hallando los pasos cerrados, hállanse sin salida y porfían cuanto más pueden por salir, y así encerrados no hacen sino dar mil espoladas al alma, y con sus aguijones desasosiéganla y apasiónanla gravemente, como acaece a los niños cuando les empiezan a nacer los dientes; y de aquí proceden las lágrimas, los sospiros, las cuitas y los tormentos de los enamorados; porque el alma siempre se aflige y se congoxa, y casi viene a tornarse loca hasta que otra vez vuelve a ver aquella hermosura por ella tanto deseada, y luego, en viéndola, sosiega y descansa y huelga toda, y contemplándola, recibe en sí un gusto sabroso sobre todos los otros gustos y un mantenimiento sustancial sobre todo los otros mantenimientos, y nunca jamás querría de aquella vista partirse; así que por huir el tormento desta ausencia y gozar sin ninguna pasión la hermosura, conviene que el Cortesano, ayudado de la razón, enderece totalmente su deseo a la hermosura sola sin dexalle tocar en el cuerpo nada, y cuanto más pueda la contemple en ella misma simple y pura, y dentro en la imaginación la forme sepa-

rada de toda materia, y formándola así la haga amiga y familiar de su alma, y allí la goce y consigo la tenga días y noches en todo tiempo y lugar sin miedo de jamás perdella, acordándose siempre que el cuerpo es cosa muy diferente de la hermosura y que no solamente no le acrecienta, mas que le apoca su perfición; desta manera será nuestro Cortesano viejo fuera de todas aquellas miserias y fatigas que suelen casi siempre sentir los mozos, y así no sentirá celos, ni sospechas, ni desabrimientos, ni iras, ni desesperaciones, ni otras mil locuras llenas de rabia, con las cuales muchas veces llegan los enamorados locos a tanto desatino que algunos no sólo ponen las manos en sus amigas maltratándolas feamente, mas aun a sí mismos quitan la vida. Tras esto, no hará agravio a marido, padre, hermanos o parientes de la mujer a quien amare; no será causa de la infamia della, no terná necesidad de refrenar alguna vez con grande dificultad los ojos y la lengua por traer secretos sus amores; no sentirá los tormentos de las partidas ni de las ausencias, porque consigo se llevará siempre en su corazón su tesoro, y aun con la fuerza de la imaginación se formará dentro en sí mismo aquella hermosura mucho más hermosa que en la verdad no será.

Pero aun entre todos estos bienes hallará el enamorado otro mayor bien, si quisiere aprovecharse de este amor como de un escalón para subir a otro muy más alto grado, y esto harásele perfetamente si entre sí considerare cuán apretado ñudo y cuán grande estrecheza sea estar siempre ocupado en contemplar la hermosura de un cuerpo solo; y así de esta consideración le verná deseo de ensancharse algo y de salir de un término tan angosto, y por estenderse juntará en su pensamiento poco a poco tantas bellezas y ornamentos, que juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas a la unidad de aquella sola que generalmente sobre la humana naturaleza se estiende y se derrama; y así no ya la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal que todos los cuerpos atavía y ennoblece, contemplará; y desta manera, embebecido y como encandilado con esta mayor luz, no curará de la menor, y ardiendo en este más ecelente fuego, preciará poco lo que primero había tanto preciado. Este grado de amar, aunque sea muy alto y tal que pocos le alcanzan, todavía no se puede aún llamar perfeto; porque la imaginación, siendo potencia corporal (y según la llaman los filósofos, orgánica), y no alcanzando conocimiento de las cosas sino por medio de aquellos principios que por los sentidos le son presentados, nunca está del todo descargada de las tinieblas materiales y por eso, aunque considera aquella hermosura universal separada y en sí sola, no la discierne bien claramente; antes todavía se halla algo dudosa por la convenencia que tienen las cosas a ella representadas, o (por usar del vocablo proprio) los fantasmas con el cuerpo; y así aquellos que llegan a este amor, sin pasar más ade-

lante, son como las avecillas nuevas no cubiertas aún bien de todas sus plumas, que aunque empiecen a sacudir las alas y a volar un poco, no osan apartarse mucho del nido, ni echarse al viento y al cielo abierto.

Así que, cuando nuestro Cortesano hubiere llegado a este término, aunque se pueda ya tener por un enamorado muy próspero y lleno de contentamiento en comparación de aquellos que están enterrados en la miseria del amor vicioso, no por eso quiero que se contente ni pare en esto, sino que animosamente pase más adelante, siguiendo su alto camino tras la guía que le llevará al término de la verdadera bienaventuranza; y así en lugar de salirse de sí mismo con el pensamiento, como es necesario que lo haga el que quiere imaginar la hermosura corporal, vuélvase a sí mismo por contemplar aquella otra hermosura que se vee con los ojos del alma, los cuales entonces comienzan a tener gran fuerza y a ver mucho cuando los del cuerpo se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por eso el alma apartada de vicios , hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y exercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose a la contemplación de su propria sustancia casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y vee en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada a ella, de la cual también ella después comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra; y así, por este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales, y con grandes ojos para las celestiales, y alguna vez, cuando las virtudes o fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la contina contemplación apartadas dél o ocupadas de sueño, quedando ella entonces desembarazada y suelta dellas, siente un cierto ascondido olor de la verdadera hermosura angélica; y así arrebatada con el resplandor de aquella luz, comienza a encenderse y a seguir tras ella con tanto deseo, que casi llega a estar borracha y fuera de sí misma por sobrada codicia de juntarse con ella, pareciéndole que allí ha hallado el rastro y las verdaderas pisadas de Dios, en la contemplación del cual, como en su final bienaventuranza, anda por reposarse; y asi ardiendo en esta más que bienaventurada llama, se llevanta a la su más noble parte que es el entendimiento, y allí, ya no más ciega con la escura noche de las cosas terrenales, vee la hermosura divina, mas no la goza aún del todo perfetamente porque la contempla solamente en su entendimiento particular, el cual no puede ser capaz de la infinida hermosura universal, y por eso, no bien contento aun el amor de haber dado al alma este tan gran bien, aun todavía le da otra mayor bienaventuranza, que así como la lleva de la hermosura particular de un solo cuerpo a la hermosura universal de todos los cuerpos, así también en el postrer grado de perfición la lleva del entendimiento particular al entendimiento universal; adonde el alma, encendida en el santísimo fuego por el verdadero

amor divino, vuela para unirse con la natura angélica, y no solamente en todo desampara a los sentidos y a la sensualidad con ellos, pero no tiene más necesidad del discurso de la razón, porque, trasformada en ángel, entiende todas las cosas inteligibles, y sin velo o nube alguna vee el ancho piélago de la pura hermosura divina, y en sí le recibe, y recibiéndole goza aquella suprema bienaventuranza que a nuestros sentidos es incomprensible.

Pues luego, si las hermosuras que a cada paso con estos nuestros flacos y cargados ojos en los corruptibles cuerpos (las cuales no son sino sueños y sombras de aquella otra verdadera hermosura) nos parecen tan hermosas que muchas veces nos abrasan el alma y nos hacen arder con tanto deleite en mitad del fuego, que ninguna bienaventuranza pensamos poderse igualar con la que alguna vez sentimos por sólo un buen mirar que nos haga la mujer que amamos, ¿cuán alta maravilla, cuán bienaventurado trasportamiento os parece que sea aquel que ocupa las almas puestas en la pura contemplación de la hermosura divina? ¿Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, la cual es principio de toda otra hermosura y nunca crece ni mengua, siempre hermosa, y por sí misma tanto en una parte cuanto en otra simplicísima, solamente a sí semejante y no participante de ninguna otra, mas de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas son hermosas porque della toman la hermosura? Ésta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad que con su luz llama y trae a sí todas las cosas, y no solamente a las intelectuales da el entendimiento, a las racionales la razón, a las sensuales el sentido y el apetito común de vivir, mas aun a las plantas y a las piedras comunica, como un vestigio o señal de sí misma, el movimiento y aquel instinto natural de las propriedades dellas. Así que tanto es mayor y más bienaventurado este amor que los otros, cuanto la causa que le mueve es más ecelente, y por eso, como el fuego material apura al oro, así este santísimo fuego destruye en las almas y consume lo que en ellas es mortal, y vivifica y hace hermosa aquella parte celestial que en ellas por la sensualidad primero estaba muerta y enterrada. Ésta es aquella gran hoguera, en la cual (según escriben los poetas) se echó Hércules y quedó abrasado en la alta cumbre de la montaña llamada Oeta [273], por donde después de muerto fue tenido por divino y inmortal; ésta es aquella ardiente zarza de Moisés, las lenguas repartidas de fuego, el enflamado carro de Elías, el cual multiplica la gracia y bienaventuranza en las almas de aquellos que son merecedores de velle cuando, partiendo de esta terrenal baxeza, se van volando para el cielo. Enderecemos, pues, todos los pensamientos

[273] Pasaje mitológico en el que se cuenta cómo Hércules, enloquecido, se arrojó a la hoguera en el monte Oeta y adquirió así la inmortalidad. El pasaje procede de la *Metamorfosis* de Ovidio.

y fuerzas de nuestra alma a esta luz santísima que nos muestra el camino que nos lleva derecho al cielo, y tras ella, despojándonos de aquellas aficiones de que andábamos vestidos al tiempo que descendíamos, rehagámonos agora por aquella escalera que tiene en el más baxo grado la sombra de la hermosura sensual, y subamos por ella adelante a aquel aposiento alto donde mora la celestial, dulce y verdadera hermosura que en los secretos retraimientos de Dios está ascondida, a fin que los mundanales ojos no puedan vella, y allí hallaremos el término bienaventurado de nuestros deseos, el verdadero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias, y el seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar desta miserable vida.

¿Cuál lengua mortal, pues, oh Amor santísimo, se hallará que bastante sea a loarte cuanto tú mereces? Tú, hermosísimo, bonísimo, sapientísimo, de la unión de la hermosura y bondad y sapiencia divina procedes, y en ella estás, y a ella por ella como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de la tierra, con un manso y dulce temple inclinas las virtudes de arriba al gobierno de las de acá baxo, y volviendo las almas y entendimientos de los mortales a su principio, con él los juntas. Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza a producir y convidas a la sucesión de la vida lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, a las imperfetas das la perfición, a las diferentes la semejanza, a las enemigas la amistad, a la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz que da vida. Tú eres padre de verdaderos placeres, de las gracias, de la paz, de la beninidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje braveza, de la floxedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es morar en los lindos cuerpos y lindas almas, y desde allí alguna vez te muestras un poco a los ojos y a los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que agora aquí entre nosotros debe ser tu morada. Por eso ten por bien, Señor, de oír nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros corazones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbra nuestras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego labirinto el mejor camino; corrige tú la falsedad de nuestros sentidos, y después de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien; haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento, y haznos tambien oír la celestial armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga lugar más alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perenal de contentamiento que siempre deleita y nunca harta, y a quien bebe de sus vivas y frescas aguas da gusto de verdadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos con los rayos de tu luz la niebla de nuestra inorancia, a fin que más no preciemos hermosura mortal alguna y conozcamos que las cosas que pensamos ver no lo son, y aquellas que no

viamos, verdaderamente son; recoge y recibe nuestras almas que a ti se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material baxeza; por manera que en todo separadas del cuerpo, con un perpetuo y dulce ñudo se junten y se aten con la hermosura divina; y nosotros de nosotros mismos enajenados, como verdaderos amantes, en lo amado podamos transformarnos, y levantándonos de esta baxa tierra seamos admitidos en el convite de los ángeles, adonde mantenidos con aquel mantenimiento divino, que ambrosía y néctar por los poetas fue llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron aquellos santos padres, las almas de los cuales tú, con aquella ardiente virtud de contemplación, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios.

Habiendo el Bembo hasta aquí hablado con tanta fuerza que casi parecía estar arrebatado y fuera de sí, estábase quedo sin hacer movimiento ninguno, tiniendo los ojos vueltos hacia el cielo como atónito, cuando Emilia, la cual juntamente con todos los otros había estado siempre atentísima, tirándole por la halda, le dixo: Guardad, miser Pietro, que a vos también con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo.

Señora, respondió miser Pietro, no sería ése el primer milagro que amor hubiese hecho en mí.

La Duquesa entonces y todos los otros comenzaron de nuevo a rogar muy ahincadamente al Bembo que siguiese adelante su habla, y cada uno ya parecía sentir en su alma una cierta centella del amor divino que le movía y le levantaba el espíritu, y así todos deseaban oír más.

Pero el Bembo dixo: Señores, ya yo he dicho todo aquello que el sagrado ímpetu del amor me ha inspirado, así que agora que ya parece que más no me inspire, yo he de callar; y pienso que el amor no quiere que se descubran más secretos suyos, ni que el Cortesano pase más adelante de aquel grado que él ha tenido por bien que yo le mostrase, y por eso quizá no sería bien tratar más de esta materia.

Verdaderamente, dixo entonces la Duquesa, si el Cortesano viejo fuere tal que sepa salir con lo que vos le habéis mostrado, él terná sin duda mucha razón de contentarse de sí mismo y de no tener ninguna invidia al Cortesano mozo.

El camino, dixo entonces miser César Gonzaga, de esa tan alta bienaventuranza me parece tan áspero, que realmente yo tengo por cosa muy difícil podelle andar.

Andalle, dixo Gaspar Pallavicino, creo yo que a los hombres sea difícil y a las mujeres imposible.

Rióse a esto Emilia, y dixo: Si tantas veces, señor Gaspar, volvéis a decirnos lástimas, yo os prometo que no os sea más perdonado.

Yo no pienso, señoras, respondió Gaspar Pallavicino, lastimaros

en eso, diciendo que las mujeres no están tan libres de pasiones como los hombres, ni tan exercitadas en la contemplación como es necesario, según ha dicho miser Pietro Bembo, que lo estén los que han de gustar del amor divino, y así no se lee que alguna mujer haya alcanzado este don; pero léese que le alcanzaron muchos hombres como Platón, Sócrates y Plotino, y otros muchos, y en nuestros cristianos hay aquellos santos padres, como san Francisco, al cual un ardiente espíritu de amor imprimió aquel sacratísimo sello de las cinco llagas. Pues a san Pablo Apóstol, ¿qué otra cosa sino fuerza de amor pudo arrebatalle y llevalle a la visión de aquellos secretos, de los cuales hablar no es permitido al hombre? Y a san Esteban, ¿qué sino amor pudiera mostralle los cielos abiertos?

No llevarán en eso, respondió el manífico Julián, los hombres ninguna ventaja a las mujeres, porque el mismo Sócrates confiesa todos los misterios del amor que él sabía haberle sido revelados por una mujer, que fue aquella gran Diotima; y el ángel que con el fuego de amor dexó llagado a san Francisco hizo también merecedoras de las mismas llagas a muchas mujeres de nuestros tiempos. Debríades tras esto acordaros que a santa Madalena fueron perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y quizá no con menor gracia que San Pablo fue ella arrebatada de amor por el ángel hasta el tercer cielo. Acordaos también de muchas otras, las cuales, como ayer más largamente dixe, por amor del nombre de Cristo no tuvieron en nada perder la vida, ni temieron tormentos ni otro género de muerte por espantoso y cruel que fuese, y estas tales no eran , según quiere miser Pietro Bembo que sea su Cortesano, viejas, sino tan mozas que eran mochachas tiernas y delicadas, y de la edad en la cual él mismo ha dicho que se puede permitir a los hombres que amen sensualmente.

Comenzaba Gaspar Pallavicino a querer responder, pero atajóle la Duquesa, diciendo: Yo quiero que sea juez de eso miser Pietro, y que se haya de estar a su sentencia, en la cual se ha de declarar si las mujeres son tan capaces del amor divino como los hombres. Mas porque este pleito entre vosotros podría durar mucho, será bien dexalle para mañana.

Antes para esta tarde, dixo miser César.

¿Cómo así para esta tarde?, dixo la Duquesa.

Porque ya es de día, respondió miser César; y en diciendo esto mostróle la claridad que comenzaba a entrar por las hendeduras de las ventanas. Levantáronse entonces todos en pie, maravillados de ver que hubiese ya amanecido, porque no les parecía que hubiese durado aquella plática más de lo que solía; pero, por haberse comenzado más tarde que las otras noches, y por haber sido la materia muy sustancial y de mucho gusto, se engañaron todos, y se les pasó así el tiempo sin sentillo, de manera que no había allí nadie que sintiese en sus ojos ninguna pesadumbre de sueño, lo cual

suele acaecer al revés luego en llegando la hora acostumbrada de dormir. Así que, abiertas las ventanas por aquella parte que da hacia la alta cumbre del monte de Catri [274], vieron en el oriente alborear el alba y mostrarse con toda su hermosura y con su color de rosas, con el cual todas las otras estrellas desaparecieron luego, salvo la dulce gobernadora del cielo de Venus, que de la noche y del día tiene los confines, de la cual parecía salir un airecillo suave y blando, que de viva y delgada frescura hinchiendo el aire, comenzaba entre las arboledas de los vecinos collados a mover y levantar los dulces cantos de las lozanas y enamoradas avecillas.

Entonces todos, despidiéndose con mucho acatamiento de la Duquesa, comenzaron a irse para sus posadas, no curando de las hachas que allí les tenían los pajes sino yéndose con la claridad del día. Y al tiempo que todos salían ya de la sala, volviéndose el Prefeto a la Duquesa, díxole: Señora, porque se declare en el pleito que es entre el señor Gaspar y el señor Manífico, nosotros vernemos con el juez esta tarde más temprano que no ayer.

Sea con tal condición, respondió Emilia, que si el señor Gaspar quisiere todavía, como es su costumbre, decir mal de mujeres y levantalles rabias, dé fiadores primero, con los cuales se obligue a estar a razón, porque yo alego aquí por nuestra parte que se puede sospechar de él que huirá; y así no podrá entregarse de él la justicia.

---

[274] Situado en la región italiana de las Marcas.

DEO GRACIAS

AQUÍ SE ACABAN LOS CUATRO LIBROS DEL CORTESANO,
COMPUESTO EN ITALIANO POR EL CONDE BALTHASAR CASTELLÓN,
Y TRADUCIDOS EN LENGUA CASTELLANA POR BOSCÁN, IMPRIMIDOS
EN LA MUY NOBLE CIUDAD DE BARCELONA POR PEDRO MON
PEZAT, IMPRIMIDOR, A DOS DEL PRESENTE
MES DE ABRIL, MIL Y QUINIENTOS
TREINTA Y CUATRO